Mansfield Park

Jane Austen

CAPÍTULO I

Hará cosa de treinta años, miss María Ward, de Huntingdon, con una dote de siete mil libras nada más, tuvo la buena fortuna de cautivar a sir Thomas Bertram, de Mansfield Park, condado de Northampton, viéndose así elevada al rango de baronesa, con todas las comodidades y consecuencias que entraña el disponer de una hermosa casa y una crecida renta. Todo Huntingdon se hizo lenguas de lo magníficamente bien que se casaba, y hasta su propio tío, el abogado, admitió que ella se encontraba en inferioridad por una diferencia de tres mil libras cuando menos, en relación con toda niña casadera que pudiera justamente aspirar a un partido como aquél. Tenía dos hermanas que bien podrían beneficiarse de su encumbramiento; y aquellos de sus conocidos que consideraban a miss Ward y a miss Frances tan hermosas como miss María no tenían reparos en predecirles un casamiento casi tan ventajoso como el suyo. Pero en el mundo no existen ciertamente tantos hombres de gran fortuna como lindas mujeres que los merezcan. Miss Ward, al cabo de seis años, se vio obligada a casarse con el reverendo Mr. Norris, amigo de su cuñado y hombre que apenas si disponía de algunos bienes particulares; y a miss Frances le fue todavía peor. El enlace de miss Ward, llegado el caso, no puede decirse que fuera tan despreciable; sir Thomas tuvo ocasión, afortunadamente, de proporcionar a su amigo una renta con los beneficios eclesiásticos de Mansfield; y el matrimonio Norris emprendió su carrera de felicidad conyugal con poco menos de mil libras al año. Pero miss Frances se casó, según expresión vulgar, para fastidiar a su familia; y al decidirse por un teniente de marina sin educación, fortuna ni relación, lo consiguió plenamente. Dificilmente hubiese podido hacer una elección más desastrosa. Sir Thomas Bertram era hombre de gran influencia y, tanto por cuestión de principio como por orgullo, tanto por su natural gusto en favorecer al prójimo como por un deseo de ver en situación respetable cuanto con él se relacionase, la hubiese ejercido con sumo placer en favor de su cuñada; pero el marido de ésta tenía una profesión que escapaba a los alcances de toda influencia; y antes de que pudiera discurrir algún otro medio para ayudarles, se produjo entre las hermanas una ruptura total. Fue el resultado lógico del comportamiento de las respectivas partes y la consecuencia que casi siempre se deriva de un casamiento imprudente. Para evitarse reconvenciones inútiles, la señora Price no escribió siquiera a su familia participando su boda hasta después de casada. Lady Bertram, que era mujer de espíritu tranquilo y carácter marcadamente indolente y acomodaticio, se hubiera contentado simplemente con prescindir de su hermana y no pensar más en el asunto. Pero la señora Norris tenía un espíritu activo al que no pudo dar reposo hasta haber escrito a Fanny una larga y colérica carta, poniendo de relieve lo disparatado de su conducta y amenazándola con todas las peores consecuencias que de la misma cabía esperar. La señora Price, a su vez, se sintió ofendida e indignada; y una contestación que comprendía a las dos hermanas en su acritud, y en la que vertían unos conceptos tan irrespetuosos para sir Thomas que la señora

Norris no supo en modo alguno guardar para sí, puso fin a toda correspondencia entre ellas durante un largo período.

Sus respectivos puntos de residencia eran tan distantes y los medios en que se desenvolvían tan distintos como para que se considerase casi excluida toda posibilidad de tener siquiera noticia de sus vidas unos de otros, en el curso de los once años que siguieron, o al menos para que sir Thomas se maravillase de veras de que la señora Norris tuviera la facultad de comunicarles, como hacía de cuando en cuando con voz irritada, que Fanny tenía otro bebé. Al cabo de once años, sin embargo, la señora Price no pudo seguir alimentando su orgullo o su resentimiento, o no se resignó a perder para siempre a unos seres que quizá pudieran ayudarla. Una familia numerosa y siempre en aumento, un marido inútil para el servicio activo, aunque no para las tertulias de amigos y el buen licor, y unos ingresos muy menguados para atender a sus necesidades, hicieron que deseara con avidez ganarse de nuevo los afectos que tan a la ligera había sacrificado; y se dirigió a lady Bertram en una carta que reflejaba tal contrición y desaliento, tal superfluidad de hijos y tal escasez de casi todo lo demás, que su efecto no pudo ser otro que el de predisponerlos a todos a una reconciliación. Precisamente, se hallaba en vísperas de su noveno alumbramiento; y después de deplorar el caso e implorar que quisieran ser padrinos del bebé que esperaba, sus palabras no podían ocultar la importancia que ella atribuía a sus parientes para el futuro sostenimiento de los ocho restantes que ya se encontraban en el mundo. El mayor de los hijos era un muchacho de diez años, excelente y animoso chaval, ansioso de lanzarse a correr mundo; pero, ¿qué podía hacer ella? ¿Había acaso alguna probabilidad de que pudiese ser útil a sir Thomas en el negocio de sus propiedades de las Antillas? ¿O qué le parecería Woolwich a sir Thomas? ¿O cómo podía enviarse un muchacho a Oriente?

La carta no resultó infructuosa. Restableció la paz y el mutuo afecto. Sir Thomas cursó amables consejos y recomendaciones, lady Betteam envió dinero y pañales y la señora Norris escribió las cartas.

Éstos fueron los efectos inmediatos, y antes de que transcurriese un año la señora Price obtuvo alguna ventaja más importante aún. La señora Norris manifestaba a los otros, con harta frecuencia, que no podía quitarse de la cabeza a su pobre hermana y a su familia y que, no obstante lo mucho que todos habían hecho por ella, parecía que necesitaba todavía más; y al fin no pudo menos que expresar su deseo de que se aliviase a la señora Price de uno de los muchos hijos que tenía.

—¿Qué os parece si, entre todos, tomásemos a nuestro cuidado a la hija mayor, que tiene ahora nueve años, edad que requiere más atención de la que su pobre madre puede dedicarle? Las molestias y gastos consiguientes no representarían nada para ellos, comparados con la bondad de la acción.

Lady Bertram estuvo de acuerdo en el acto.

—Creo que no podríamos hacer nada mejor —dijo—; mandaremos por la niña.

Sir Thomas no pudo dar un consentimiento tan instantáneo y absoluto. Reflexionaba y vacilaba. Aquello representaría una carga muy seria. Encargarse de la formación de una muchacha en aquellas condiciones implicaba el

proporcionarle todo lo adecuado, pues de lo contrario seria crueldad y no bondad el apartarla de los suyos. Pensó en sus propios cuatros hijos, en que dos de ellos eran varones, en el amor entre primos, etc.; pero, apenas había empezado a exponer abiertamente sus reparos, la señora Norris le interrumpió para rebatirlos todos, tanto los que ya habían sido expuestos como los que todavía no.

—Querido Thomas, te comprendo perfectamente y hago justicia a la generosidad y delicadeza de tus intenciones, que, en realidad, forman un solo cuerpo con tu norma general de conducta; y estoy completamente de acuerdo contigo en lo esencial, como es lo de hacer cuanto se pueda para proveer de lo necesario a una criatura que, en cierto modo, ha tomado uno en sus manos; y puedo asegurar que yo sería la última persona del mundo en negar mi óbolo para una obra así. No teniendo hijos propios, ¿por quiénes iba yo a procurar, de presentarse alguna menudencia que entre dentro de mis posibilidades, sino por los hijos de mis hermanas? Y estoy segura de que mi esposo es demasiado justo para... Pero ya sabes que soy persona enemiga de parloteo y chismerías. El caso es que no nos arredre la perspectiva de una buena obra por una minucia. Dale a una muchacha buena educación, preséntala al mundo de debida forma, y apuesto diez contra uno a que estará en posesión de medios suficientes para casarse bien, sin ulteriores gastos para nadie. Una sobrina nuestra, Thomas, o cuando menos una sobrina vuestra, bien puede decirse que no tendría pocas ventajas al crecer y formarse en los medios de esta vecindad. No diré que vaya a ser tan guapa como sus primas. Me atrevería a decir que no lo será. Pero tendría ocasión de ser presentada a la sociedad de esta región en circunstancias tan favorables que, según todas las probabilidades humanas, habrían de proporcionarle un honroso casamiento. Piensas en tus hijos, pero ¿no sabes tú bien que, de cuantas cosas pueden ocurrir en el mundo, *ésa* es la menos probable, después de haberse criado siempre juntos como hermanos? Es algo virtualmente imposible. Nunca supe de un solo caso. De hecho, es el único medio seguro para precaverse contra este peligro. Vayamos a suponer que es una linda muchacha y que Tom o Edmund la ven por primera vez dentro de siete años: casi me atrevería a afirmar que entonces sería perjudicial. La mera reflexión de que se hubiera consentido que creciera tan distanciada de todos nosotros, pobre y necesitada, bastaría para que cualquiera de los dos tiernos y bondadosos muchachos se enamorase de ella. Pero, edúcala junto a ellos desde ahora y, aun suponiendo que tuviera la hermosura de un ángel, nunca representará para tus hijos más que una hermana.

—Hay mucha verdad en lo que dices —dijo sir Thomas—, y nada más lejos de mi pensamiento que poner un caprichoso impedimento a la realización de un plan tan magnífico para ambas partes, respectivamente. Lo único que he querido manifestar es que no debemos comprometemos a la ligera y que, para hacer de ello algo efectivamente provechoso para ella y honroso para nosotros, debemos asegurar a la niña o considerarnos obligados a proporcionarle después, cuando llegue el caso, los medios necesarios para desenvolverse cual corresponde a una dama, de no presentársele por otro lado la ventajosa proposición que tú esperas con tanta confianza.

—Te comprendo perfectamente —contestó la señora Norris—; eres todo generosidad y consideración, y estoy segura de que nunca discreparemos en este punto. Cuanto está en mi mano, bien lo sabes, estoy siempre dispuesta a hacerlo en favor de los seres que amo; y aunque jamás pueda sentir por esa chiquilla ni la centésima parte del cariño que tengo puesto en tus queridos hijos, ni puedo en modo alguno considerarla tan mía, abominaría de mí misma si fuese capaz de volverle la espalda. ¿No es, acaso, la hija de una hermana? ¿Y podría yo soportar que ella pasase necesidades, teniendo un pedazo de pan que darle? Querido Thomas, a pesar de todos mis defectos poseo un tierno corazón y, aunque soy pobre, me privaría hasta de lo necesario para vivir, antes que cometer una acción poco generosa. Así es que, si no te opones, mañana escribiré a mi pobre hermana haciéndole la proposición; y, en cuanto esté todo convenido, yo me comprometo a traer la niña a Mansfield. Tú no tendrás que molestarte para nada. Las molestias que yo me tomo, bien lo sabes, nunca las tengo en cuenta. Mandaré a Nanny a Londres al efecto, donde podrá alojarse en casa de su primo, el talabartero, y citaremos a la niña para que se reúna allí con ella. Fácilmente podrán enviarla desde Portsmouth a la capital, confiándola al cuidado de alguna persona de confianza que coincida en el mismo viaje. Sin duda habrá siempre una mujer de algún honrado menestral que deba trasladarse a Londres.

Excepto la impugnación del plan en la parte en que se hacía intervenir al primo de Nanny, sir Thomas no opuso más objeciones, y una vez sustituido el punto de reunión por otro más respetable, aunque no tan económico, se consideró que todo estaba arreglado y se saboreó ya la satisfacción derivada de tan humanitarios propósitos. El reparto de sensaciones gratas, en estricta justicia, no debía ser por partes iguales; porque sir Thomas estaba completamente resuelto a ser un auténtico y firme protector de la muchacha elegida, mientras que la señora Norris no tenía la menor intención de contribuir, ni con la más mínima aportación, al sostenimiento de la misma. En cuanto a moverse, charlar y discurrir, era cabalmente caritativa, y nadie sabía mejor que ella cómo enseñar liberalidad a los otros; pero su amor al dinero y su afición a mandar y disponer eran iguales, y sabía guardar el suyo tanto como gastar del de sus amigos. No habiendo podido disponer, al casarse, de unos ingresos tan crecidos como se había acostumbrado a imaginar, desde el principio consideró necesario sujetarse a un plan de economía muy estricto; y lo que había empezado como medida de prudencia pronto se convirtió en afición, en el objeto de esa especial solicitud que se prodiga a los niños, donde no los había. Si hubiese tenido hijos que mantener, puede que la señora Norris no hubiese ahorrado jamás; pero, no teniendo obligaciones de esta índole, nada podía impedir su austeridad o escatimarle el consuelo de incrementar anualmente una renta que jamás había necesitado para vivir. Dominada por esta creciente pasión, que no podía aminorar un afecto no sentido hacia su hermana, le era imposible aspirar a más que a la reputación de haber proyectado y tramitado una obra de caridad tan costosa; aunque tal vez se conocía tan poco como para regresar a su hogar de la rectoría, terminada esta conversación, con la feliz creencia de ser la hermana y tía de espíritu más liberal que existía en el mundo.

Cuando se habló de nuevo del asunto, sus intenciones pudieron apreciarse con mayor claridad; y, en contestación a la pregunta que tranquilamente le hizo lady Bertram sobre «¿adónde irá primero la niña, a tu casa o a la nuestra?», dijo, y sir Thomas lo escuchó no poco sorprendido, que a ella le seria totalmente imposible encargarse personalmente de la protegida. Él se había figurado que la niña sería bien acogida como un aumento de familia en la rectoría, como una compañía deseable para una tía que no tenía hijos; pero vio que estaba totalmente equivocado. La señora Norris afirmó que lamentaba tener que manifestar que, al menos tal como iban entonces las cosas, eso de quedarse ellos con la niña era algo que estaba fuera de toda discusión. La salud algo delicada del pobre Mr. Norris lo hacía imposible: era tan incapaz de soportar el ruido de un chiquillo como de volar. Desde luego, si llegase a mejorar de sus dolencias artríticas, ya seria distinto... Entonces la acogería con mucho gusto, sin reparar en los inconvenientes; pero ahora, justamente, el pobre Mr. Norris reclamaba constantemente sus cuidados, y estaba segura de que la sola mención de una cosa así sería suficiente para volverle loco.

—Entonces será mejor que se quede con nosotros —dijo lady Bertram con la mayor compostura.

Después de una corta pausa, sir Thomas añadió con dignidad:

—Sí, que sea esta casa su hogar. Procuraremos cumplir nuestro deber para con ella y, al menos, tendrá la ventaja de contar con unos compañeros de su edad y con una institutriz regular.

—¡Muy cierto! —exclamó la señora Norris—; y ambos aspectos son de gran importancia. En definitiva, a miss Lee le será lo mismo enseñar a tres muchachas que a dos; en esto no puede haber diferencia. Lo único que yo desearía es poder ser más útil; pero ya veis que hago cuanto puedo. No soy de esas personas que sólo procuran ahorrarse molestias. Nanny irá a buscarla, aunque ello me suponga el inconveniente de quedarme tres días sin mi mejor consejera. Supongo, hermana, que instalarás a la niña en el pequeño cuarto blanco del ático, junto al antiguo aposento de los chicos. Será, con mucho, el mejor sitio para ella, tan cerca de miss Lee, no lejos de las otras niñas y al lado mismo de las criadas, pudiendo cualquiera de ellas ayudarla a vestirse, ¿no te parece?, y cuidar de su ropa; pues supongo que no te parecería bien esperar que Ellis se cuidase de ella, como de las otras. Realmente, no veo en qué otro lugar podrías colocarla.

Lady Bertram no hizo la menor oposición.

—Espero que demostrará ser una chica bien dispuesta —añadió la señora Norris— y apreciará la extraordinaria buena suerte de tener estos amigos.

—Si sus inclinaciones naturales no fuesen buenas —dijo sir Thomas—, no deberíamos, para el bien de nuestros hijos, consentir que permaneciera en el seno de la familia; pero no hay razón para esperar un mal tan grande. Es probable que observemos en ella mucho que deje que desear, y podemos prepararnos a considerar su gran ignorancia, algunas vulgaridades de opinión y unos modales lamentablemente ordinarios; pero estos defectos no son incorregibles, ni serán, cono, perniciosos para sus compañeros. Si mis niñas fuesen más jóvenes que ella, hubiera considerado el momento muy delicado

para juntarlas a una compañía de esta clase; pero, no siendo éste el caso, espero que el roce no habrá de entrañar peligro alguno para ellas y, en cambio, será muy beneficioso para Fanny.

—¡Esto es exactamente lo que yo pienso! —exclamó la señora Norris—. Es lo mismo que esta mañana le decía <r mi marido. Sólo por el hecho de convivir con sus primas, le dije, la niña se educará; aunque miss Lee no le enseñase nada, de ellas aprendería a ser buena e inteligente.

—Espero que no atormentará a mi pobre falderillo —dijo lady Bertram—; precisamente, hasta ahora no había conseguido que Julia lo dejase tranquilo.

—Tropezaremos con alguna dificultad, señora Norris —observó sir Thomas—, con respecto a la conveniente distinción que deberá hacerse entre las niñas a medida que vayan siendo mayores: la de mantener en el ánimo de mis hijas la conciencia de quiénes son, sin que por eso consideren demasiado humilde a su prima; y la de que ésta tenga siempre presente, sin que se sienta en exceso humillada, que ella no es una *miss Bertram.* Me gustaría verlas buenas amigas, y en modo alguno habré de permitir en mis hijas el menor grado de arrogancia hacia su prima; sin embargo, no pueden ser iguales. Los respectivos rangos, fortunas, derechos y aspiraciones serán siempre diferentes. Es un punto muy delicado, y deberás ayudamos en nuestro propósito de escoger con acierto la línea de conducta adecuada.

La señora Norris quedó a su entera disposición y, aunque estaba completamente de acuerdo con su cuñado en que se trataba de algo en extremo dificultoso, le animó a confiar en que entre todos lo resolverían fácilmente.

Ya se supondrá que la señora Norris no escribió en vano a su hermana. A la señora Price pareció que le causaba cierta sorpresa esto de que eligieran a una niña, cuando tenía una excelente colección de muchachos; pero aceptó el ofrecimiento, agradecidísima, asegurándoles que su hija era una chiquilla muy bien dispuesta, de excelente carácter, y expresando su convicción de que nunca les daría motivos para echarla. Por lo demás, hablaba de ella como de algo endeble y delicado, pero manifestaba la ilusionada esperanza de que mejorarían sus condiciones fisicas con el cambio de aires. ¡Pobre mujer! Seguramente pensaba que un cambio de aires era lo que convenía a la mayoría de sus hijos.

CAPÍTULO II

La muchacha efectuó el largo viaje felizmente. En Northampton se reunió con la señora Norris, que así pudo envanecerse de ser la primera en darle la bienvenida y saborear la importancia de conducirla a la casa de sus parientes, para recomendarla a su benevolencia.

Fanny Price tenía entonces diez años nada más y, aunque en su aspecto no se apreciaba nada que pudiera cautivar a primera vista, tampoco había, cuando menos, nada que pudiera disgustar a sus parientes. Era pequeña para su edad, no había color en sus mejillas, ni se apreciaba en ella otro encanto que pudiera

impresionar. En extremo tímida y esquiva, procuraba siempre pasar inadvertida. Pero su aire, aunque desgarbado, no era vulgar; su voz era dulce y cuando hablaba quedaba graciosa su actitud. Sir Thomas y lady Bertram la acogieron muy cariñosamente, y, al notar él cuán falta estaba de ánimos, trató de mostrarse todo lo conciliador que pudo; y lady Bertram, sin esforzarse la mitad siquiera, sin pronunciar apenas una palabra por cada diez que empleaba él, con la simple ayuda de una cariñosa sonrisa, resultó enseguida el menos temible de los dos personajes.

Toda la gente joven se hallaba en casa y se portó muy bien en el acto de la presentación, mostrándose de buen talante y sin sombra de apocamiento, al menos por parte de los muchachos, que, con sus dieciséis y diecisiete años y más altos de lo corriente a esa edad, tenían a los ojos de su primita el tamaño de hombres hechos y derechos. Las dos niñas se mostraron algo más cohibidas, debido a que eran más jóvenes y temían mucho más a su padre, el cual se refirió a ellas en aquella ocasión con preferencia un tanto imprudente. Pero estaban demasiado acostumbradas a la sociedad y al elogio para que sintieran nada parecido a la natural timidez; y, como su seguridad fuese en aumento al ver que su prima carecía por completo de ella, no tardaron en sentirse capaces de examinarle detenidamente la cara y el traje con tranquila despreocupación.

Todos ellos eran notablemente hermosos: los muchachos muy bien parecidos, las niñas francamente bellas, y tanto unos como otras con un magnífico desarrollo y una estatura ideal para su edad, lo que establecía entre ellos y su prima una diferencia tan acusada en el aspecto fisico como la que la educación recibida había producido en sus maneras y trato respectivos; y nadie hubiera sospechado que la diferencia de edad entre las muchachas fuese tan poca como la que se llevaban en realidad.

Concretamente, sólo dos años separaban a Fanny de la más joven. Julia Bertram tenía doce años tan sólo y Maria era un año mayor. Entretanto, la pequeña forastera se sentía tan infeliz como quepa imaginar. Asustada de todos, avergonzada de sí misma, llena de añoranzas por el hogar que había dejado atrás, no sabía levantar la mirada del suelo y apenas podía decir una palabra que pudiera oírsele, sin llorar. La señora Norris no había cesado de hablarle durante todo el camino, desde Northampton, de su maravillosa suerte y de la extraordinaria gratitud que había de sentir y manifestar con su comportamiento; pero esto sólo consiguió aumentar la conciencia de su infortunio, al convencerla de que el no sentirse feliz era una perversidad suya. Además, la fatiga de un viaje tan largo no tardó en aumentar sus males. Fueron en vano la condescendencia mejor intencionada de sir Thomas y todos los oficiosos pronósticos de la señora Norris en el sentido de que demostraría ser una buena niña; en vano le prodigó lady Bertram sus sonrisas y le hizo sentar en el sofá con ella y el falderillo, y en vano fue hasta la presencia de una tarta de grosellas con que se la obsequió para consolarla: apenas pudo engullir un par de bocados sin que las lágrimas viniesen a interrumpirla. Y, como al parecer era el sueño su amigo preferido, la llevaron a la cama para que diera allí fin a su pena.

—No es un comienzo muy halagüeño —manifestó la señora Norris, cuando Fanny hubo salido de la habitación—. Después de todo lo que le dije antes de

llegar, creía que iba a portarse mejor. Le advertí de la gran importancia que podía tener para ella el portarse bien desde el primer momento. Seria de desear que no tuviese un carácter algo huraño... Su pobre madre lo tiene, y no poco. Pero debemos ser indulgentes con una niña de esa edad. Al fin y al cabo, no creo que lo de estar apenada por haber dejado su casa se le pueda censurar; pues, con todos sus defectos, aquélla era su casa y aún no ha podido darse cuenta de lo mucho que ha ganado con el cambio. Pero, de todos modos, creo que está mejor un poco de moderación en todas las cosas.

Sin embargo, fue necesario más tiempo que el que la señora Norris había tendido a suponer para reconciliar a Fanny con la novedad de su vida en Mansfield Park, y para que se acostumbrara a la separación de los seres de que hasta entonces se había visto rodeada. Su sensibilidad estaba muy agudizada y sus sentimientos eran muy poco comprendidos, demasiado poco para que se los tratara en forma conveniente. Nadie se proponía ser poco amable con ella, pero nadie daba un paso para proporcionarle algún consuelo.

El día de asueto, que, después del de su llegada, se concedió a las niñas Bertram para que tuvieran ocasión de alternar e intimar con su primita, produjo poca unión. No pudieron por menos que despreciarla al enterarse de que sólo tenía dos cinturones y nunca había aprendido francés; y, al notar lo poco que se admiraba del dúo que tuvieron la amabilidad de cantar para ella, consideraron oportuno limitarse a regalarle algunos de sus juguetes menos valiosos y dejarla sola, para dedicarse ellas al pasatiempo del día: hacer flores artificiales o recortar papel dorado.

Fanny, ya estuviera cerca o lejos de sus primas, lo mismo en la sala de estudio que en el salón, que en el plantío de árboles, siempre se sentía igualmente abandonada, siempre le parecía que tenía algo que temer de todo el mundo y por todas partes. La anonadaba el silencio de lady Bertram, la aterrorizaba el aspecto grave de sir Thomas y la sobrecogían las advertencias de la señora Norris. Sus primos, tan grandotes, la mortificaban con reflexiones sobre su tamaño y la confundían subrayando su timidez; miss Lee se admiraba de su ignorancia y las sirvientas se burlaban de sus trajes. Y cuando a todas esas amarguras se mezclaba el recuerdo de sus hermanos y hermanas para los que ella siempre había sido un elemento importante como compañera de juegos, institutriz o niñera, la angustia que oprimía su corazón se hacía todavía más cruel.

La magnificencia de la casa la asombraba, pero no podía consolarla. Las salas le parecían demasiado grandes para moverse en ellas a gusto; no se atrevía a tocar nada sin temor a ofensa, y se escurría de un lado para otro constantemente atemorizada por cualquier cosa, y a menudo se retiraba a su habitación para llorar. Y la muchachita, de la que decían en el salón, por la noche, después que ella lo había abandonado para ir a descansar, que parecía afortunadamente tan sensible a su extraordinaria buena suerte, ponía un broche a sus amarguras de todos los días llorando hasta dormirse. Así pasó una semana, sin que nada de ello se trasluciera por su traza sosegada, pasiva, cuando una mañana la encontró Edmund, el más joven de sus primos, sentada en la escalera del ático, llorando.

—Querida primita —dijo el muchacho, con toda la ternura de un natural bondadoso—, ¿qué puede haberte ocurrido?

Y sentándose a su lado intentó vencer su vergüenza por haber sido sorprendida y persuadirla para que hablase francamente, lo que sólo pudo conseguir con gran esfuerzo. «¿Estaba enferma? ¿Se había enfadado alguien con ella? ¿Acaso se había peleado con Julia o con María? ¿Tal vez se había hecho un embrollo al repasar la lección, que él le pudiera explicar? ¿Necesitaba, en fin, algo que tal vez él podría proporcionarle o hacer por ella?» Durante un buen rato no consiguió más contestación que «No, no... en absoluto... no, gracias». Pero él siguió porfiando; y, en cuanto Fanny empezó a referirse a su hogar y a los suyos, sus crecientes sollozos le indicaron a Edmund dónde estaba el mal. Intentó consolarla.

—Te apena dejar a tu mamá, querida Fanny —le dijo—, lo cual demuestra que eres una niña muy buena; pero debes tener presente que te encuentras entre parientes y amigos, que todos te quieren y desean hacerte feliz. Vamos a pasear por el parque y me hablarás de tus hermanos y hermanas.

Al profundizar en el tema, Edmund descubrió que, no obstante lo mucho que ella quería a todos esos hermanos y hermanas en general, uno de ellos ocupaba su mente con preferencia sobre los demás: William era el hermano de quien más hablaba y a quien más deseaba ver, William, el mayor, que tenía un año más que ella, su constante compañero y amigo, el que siempre abogaba por ella cerca de su madre (de quien era el preferido) cuando se encontraba en algún apuro.

—William no quería que los dejase; le dijo a mamá que me echaría de menos, desde luego.

—Pero William te escribirá, supongo.

—Sí, me prometió que lo haría, pero me pidió que lo hiciera yo primero.

—¿Y cuándo piensas hacerlo?

Ella bajó la cabeza y contestó, vacilante:

—No lo sé... no tengo papel.

—Si la dificultad está sólo en esto, yo te proporcionaré papel y todo lo demás, y podrás escribir la carta cuando quieras. ¿Te gustaría escribirle?

—Sí, mucho.

—Pues hazlo enseguida. Ven conmigo al comedor auxiliar; allí encontraremos todo lo necesario y de seguro que nadie nos molestará.

—Pero, querido primo, ¿irá al correo la carta?

—Sí, de eso respondo yo... junto con las otras cartas; y, como tu tío la franqueará, no le costará nada a William.

—¿Mi tío? —repitió Fanny con cara de espanto.

—Sí; cuando hayas escrito la carta, la llevaré a mi padre para que le ponga el franqueo.

A Fanny le pareció un atrevimiento, pero no opuso más resistencia; y ambos se dirigieron al pequeño comedor donde se tomaba el desayuno. Enseguida Edmund preparó el papel y trazó en el mismo los renglones, poniendo en ello toda su buena voluntad, tanto como hubiese puesto el propio hermano de su primita, y probablemente con mayor regularidad. Permaneció a su lado durante

todo el tiempo que duró el redactado de la carta para ayudarla con su cortaplumas o su ortografia en cuanto le fuese preciso; y a estas atenciones, que ella agradeció muchísimo, añadió unos amables saludos para su hermano, que colmaron su gratitud. Edmund escribió de su puño y letra este testimonio de afecto a su primo William y le envió media guinea bajo sobre cerrado. Los sentimientos de Fanny eran tales en aquellos momentos, que se sintió incapaz de expresarlos; pero en su rostro y en unas pocas palabras sencillas y espontáneas, desprovistas de toda afectación, iba implícita toda su gratitud y alegría, y su primo empezó a ver en ella algo interesante. Siguieron hablando y, a través de cuanto ella manifestaba, se convenció de que poseía un tierno corazón y sentía unos grandes deseos de portarse bien. Y Edmund se dio cuenta de que era digna de una mayor atención, tanto por lo muy sensible de su situación como por su gran timidez. Él nunca la había apenado a sabiendas, pero ahora se daba cuenta de que ella necesitaba de una benevolencia más positiva; y en consecuencia intentó, ante todo, quitarle el miedo que todos le inspiraban y darle, especialmente, muchos y buenos consejos a fin de que pudiera jugar con Julia y María y se mostrase lo más alegre posible.

A partir de aquel día, Fanny empezó a sentirse más a gusto. Sabía que contaba con un amigo, y las atenciones de su primo Edmund la hacían más animosa ante los demás. El lugar se le hizo menos extraño y las personas menos pavorosas; y, si alguien había a quien ella no podía dejar de temer, empezó cuando menos a conocer los caracteres de todos ellos y a discernir el mejor modo de adaptarse a su medio. Las pequeñas rusticidades y torpezas, que al principio producían una penosa impresión en el ánimo de todos, y no menos en el suyo propio, fueron desapareciendo, como no podía ser de otro modo, y la niña ya no temía presentarse ante su tío, ni la voz de su tía Norris le causaba gran sobresalto. Para sus primas se convirtió en una compañera eventual, que no dejaba de ser aceptable. Aunque la consideraban indigna, por su inferioridad en edad y en fuerza, de asociarla constantemente a sus juegos, para sus planes y diversiones resultaba a veces muy útil una tercera persona, sobre todo si esa tercera persona tenía un carácter dócil y complaciente. Y no podían menos de manifestar, cuando su tía les preguntaba sobre los defectos de la niña, o cuando Edmundo reclamaba que fuesen más amables con ella, que «Fanny era bastante bonachona y no se tomaba nada a mal».

Edmund era amable de por sí, invariablemente; y, en cuanto a Tom, lo peor que Fanny tuvo que aguantarle era esa especie de irónico regocijo que un jovenzuelo de diecisiete años siempre considera oportuno en el trato con una niña de diez. Puede decirse que justamente empezaba a asomarse a la vida, lleno de alegría y vivacidad, y con toda la liberal predisposición de un primogénito que se cree nacido tan sólo para gastar y divertirse. Las atenciones que dedicaba a la primita estaban de acuerdo con su posición y sus derechos: le hacía algunos bonitos regalos y se reía de ella.

A medida que su aspecto y su ánimo iba mejorando, sir Thomas y la señora Norris consideraban los alcances de su plan benéfico con creciente satisfacción, y muy pronto coincidieron en dejar sentado que, si bien no tenía nada de inteligente, la niña demostraba tener un carácter tratable y parecía que no iba a

causarles grandes molestias. Desde luego, la pobre opinión que les merecían sus talentos no tenía límites para ellos. Fanny sabía leer, bordar y escribir, pero no había aprendido nada más; y al ver sus primas que ignoraba tantas cosas que a ellas les eran familiares desde hacía tiempo, la consideraron un prodigio de estupidez, y durante las dos o tres primeras semanas no hacían más que llevar de continuo al salón nuevas referencias del caso.

—Figúrate, mamaíta: mi prima no sabe componer el mapa de Europa... Mi prima no sabe nombrar los principales ríos de Rusia... Nunca ha oído hablar del Asia Menor... No sabe distinguir entre una acuarela y un dibujo al creyón... ¡Qué raro! ¿Viste nunca algo tan estúpido?

—Querida —solía replicar su considerada tía—, esto es muy lamentable, pero no debes esperar que todas las niñas estén tan adelantadas ni aprendan con tanta facilidad como tú.

—Pero, tía, ¡si es que es tan ignorante! Sólo te diré que, anoche mismo, le preguntamos qué camino seguiría para ir a Irlanda, y dijo que atravesaría la isla de Wight. No se le ocurre otra cosa que la isla de Wight, a la que llama *la Isla,* como si no existiera otra en el mundo. Estoy segura de que a mí me hubiera dado vergüenza saber tan poco, aun mucho antes de tener su edad. Ya ni me acuerdo del tiempo en que yo no había aprendido todavía muchas cosas, de las que ella aun ahora no tiene la menor noción. ¡Cuánto tiempo ha pasado, tía, desde que solíamos repasar el orden cronológico de los reyes de Inglaterra, con las fechas de su proclamación y los principales hechos de su reinado!

—Sí —añadió la otra—, y de los emperadores romanos, hasta los de la categoría de Severus, además de lo mucho referente a la mitología pagana, así como todos los metales, metaloides, planetas y filósofos notables.

—Muy cierto, desde luego, queridas mías; pero vosotras tenéis el don de una memoria privilegiada, mientras que vuestra pobre prima, es probable que no tenga ni pizca. Entre su capacidad de retención y la vuestra existe una diferencia enorme, como en todo lo demás; por esto debéis ser indulgentes con vuestra prima y compadeceros de su deficiencia. Y no olvidéis que, por lo mismo que sois tan cultas e inteligentes, debéis ser siempre modestas; pues, aunque sepáis ya mucho, todavía os queda mucho más que aprender.

—Sí, ya sé que es así, hasta que cumpla los diecisiete años. Pero debo contarte otra cosa de Fanny, que ya no puede ser más sorprendente y estúpida. ¡Imagínate, dice que no quiere aprender música ni dibujo!

—Efectivamente, querida, es algo muy estúpido y que revela una total carencia de sentido artístico y de espíritu de emulación. Pero, si bien se considera, tal vez sea mejor así; pues, aunque ya sabéis que los papás (debido a mí) son tan buenos que han querido educarla con vosotras, no es del todo necesario que su educación sea tan completa como la vuestra; al contrario, seria mucho más deseable que hubiera alguna diferencia.

Éstos eran los consejos de que se valía la señora Norris para formar la mentalidad de sus sobrinas; así, no hay que maravillarse de que, no obstante lo adelantadas en sus estudios y a pesar de sus prometedores talentos, carecieran totalmente de otras virtudes menos corrientes, como el conocimiento de sí mismas, la humildad y la generosidad. Se había cuidado de su educación

admirablemente en todos los aspectos, menos en el de sus inclinaciones. Sir Thomas ignoraba lo que convenía, porque, aun siendo un padre celoso de verdad, no exteriorizaba sus íntimos afectos, y su actitud reservada hacía que se reprimiese ante él toda manifestación de sentimientos.

Lady Bertram no dedicaba la menor atención a la educación de sus hijas. No tenía tiempo para esta clase de cuidados. Era una mujer que pasaba los días sentada en un sofá, muy bien compuesta y haciendo alguna labor de aguja poco útil y nada primorosa; pensando más en su perro faldero que en sus hijos, pero muy indulgente con éstos siempre que ello no le reportase alguna incomodidad; guiándose por sir Thomas en todo lo importante y por su hermana en las cuestiones menores. De haberle quedado más tiempo para dedicarlo a sus hijas, seguramente lo hubiese considerado innecesario, pues estaban bajo el cuidado de una institutriz, tenían buenos profesores y no podían necesitar nada más. En cuanto a lo de que Fanny era torpe para aprender, «tan sólo podía decir que era muy lamentable, pero ya se sabía que hay gente así, y que lo que Fanny podía hacer era esforzarse más... no veía otra solución; y, dejando aparte esto de que fuera obtusa, podía afirmar que no encontraba nada ofensivo en la pobrecita; al contrario, siempre la tenía a mano y era muy diligente en llevar recados y traerle lo que le pedía».

Fanny, con todos sus pecados de ignorancia y timidez, quedó establecida en Mansfield Park y, habiendo aprendido a transferir al lugar mucho de su afecto por su antiguo hogar, fue creciendo entre sus primos sin sentirse desgraciada. María y Julia no le eran decididamente aviesas; y, aunque Fanny se sentía a menudo mortificada por el trato que de ellas recibía, se decía que era demasiado insignificante para considerarse ofendida.

Por la época en que Fanny fue a vivir con ellos, lady Bertram, a consecuencia de una ligera enfermedad y de su gran indolencia, prescindió de la casa de Londres, a donde solía trasladarse todos los años en primavera, y desde entonces permaneció siempre en el campo, dejando que sir Thomas atendiera sus obligaciones en el Parlamento, cualesquiera fuesen las ventajas o los inconvenientes que a él pudiera significarle el no tenerla a su lado. Por ello, en el campo siguieron las niñas Bertram ejercitando la memoria, cantando sus dúos y creciendo hasta convertirse en mujeres; y su padre las veía progresar en su desarrollo físico, talentos y refinamiento, o sea en todo lo que pudiera satisfacer sus anhelos. Su hijo mayor era manirroto y despreocupado, y le había causado ya muchos disgustos; pero de los otros no cabía esperar más que excelencias. En lo tocante a sus hijas, consideraba que mientras llevasen el nombre de Bertram no harían más que prestarle mayor lustre, y al abandonarlo lo harían aportando a la familia nuevos apellidos ilustres; y el carácter de Edmund, su firme buen sentido y su rectitud de pensamiento prometían, sin lugar a dudas, provecho, honor y ventura, así para él como para todos sus deudos: sería clérigo.

Entre las inquietudes y satisfacciones que le procuraban sus propios hijos, sir Thomas no se olvidaba de hacer cuanto podía por los de la señora Price: la ayudaba generosamente a educarlos en cuanto tenían edad para una determinada vocación; y Fanny, aunque separada casi por completo de los suyos,

sentía la más profunda satisfacción al enterarse de cualquier fineza que se les hiciera, o de cualquier giro prometedor para su prosperidad y bienestar. Una vez, una sola vez en el decurso de muchos años, gozó la felicidad de tener a William a su lado. Nadie más se dejó ver; parecía que nadie pensaba en reunirse con ella otra vez, ni siquiera en la brevedad de una visita; nadie parecía echarla de menos en la casa. Pero William, habiendo resuelto ser marino poco después que ella se fue, quedó invitado a pasar una semana con Fanny en Northamptonshire, antes de hacerse a la mar. La vehemente efusión de sentimientos al encontrarse de nuevo, la dulce emoción de verse otra vez juntos, sus horas de jovial felicidad y sus momentos de grave conversación pueden ser fácilmente imaginados, así como los briosos propósitos y alientos del muchacho, puestos de manifiesto hasta el último instante, y la pena de la niña cuando él partió. Afortunadamente, esos días coincidieron con las vacaciones de Navidad, lo que permitió a Fanny hallar consuelo en la compañía de su primo Edmund; y éste le contó cosas tan maravillosas sobre lo que William haría y llegaría a ser en el curso de su carrera, que poco a poco fue reconociendo que la separación podía ser provechosa. La amistad de Edmund nunca le faltó. El cambio de Eton por Oxford no alteró en absoluto su comportamiento amable, sino que le dio oportunidad para reiterarlo con más frecuencia. Sin hacer ostentación alguna de que se ocupaba de ella más que nadie, ni temor alguno de que pareciese que hacía demasiado, era siempre fiel a sus intereses y considerado para sus sentimientos, procurando que sus buenas cualidades fuesen reconocidas y, al propio tiempo, vencer la cortedad que impedía hacerlas más patentes, y le daba consejos, consuelo y alientos.

Amilanada por el trato de todos los demás, su único apoyo no podía darle la seguridad deseada; pero, por otra parte, las atenciones de Edmund fueron de gran importancia para un mejor aprovechamiento de su inteligencia, proporcionándole a la vez un nuevo medio de esparcimiento. Él veía que Fanny era inteligente, que tenía una gran facilidad de comprensión y buen discernimiento, junto con una gran afición a la lectura, la cual, convenientemente orientada, podría proporcionarle una excelente instrucción. Miss Lee le enseñaba francés y le hacía recitar diariamente su lección de Historia; pero él le recomendaba los libros que hacían sus delicias en sus horas de ocio, él fomentaba su inclinación y rectificaba sus opiniones. Él hacía provechosa la lectura hablándole de lo que leía, y ensalzaba sus alicientes con sensatos elogios. En correspondencia a estos favores, Fanny le quería más que a nadie en el mundo, exceptuando a William. Entre los dos repartía su corazón.

CAPÍTULO III

El primer acontecimiento de importancia que se dio en la familia fue la muerte de Mr. Norris, cuando Fanny andaba alrededor de los quince años, y ello dio lugar a inevitables cambios e innovaciones. La señora Norris, al abandonar la

rectoría, se trasladó a Mansfield Park, y después a una casita propiedad de sir Thomas, en el pueblo. Se consoló de la pérdida de su esposo al considerar que podía pasar muy bien sin él, y de la reducción de los ingresos al juzgar la evidente necesidad de llevar una economía más estricta.

El beneficio eclesiástico tenía que ser para Edmund; y, de haber muerto su tío unos años antes, se habría otorgado a algún amigo que lo disfrutase hasta que él tuviera la edad para ordenarse. Pero los despilfarros de Tom, anteriores a este suceso, habían sido tan importantes como para hacer necesaria una cesión de la vacante, de modo que el hermano menor tuvo que ayudar a pagar los placeres del mayor. Existía otro beneficio familiar, del que ya se había posesionado Edmund; pero, aunque esta circunstancia hacía que el forzoso arreglo no pesara tanto sobre la conciencia de sir Thomas, no por ello dejaba de considerarlo como un acto injusto, y procuró inculcar a su hijo mayor la misma convicción, con la esperanza de que diera mejor resultado que todo lo que hasta entonces había tenido ocasión de decir o hacer.

—Me sonrojo por ti, Tom —le dijo con la mayor seriedad—; me avergüenzo del extremo a que me he visto obligado a recurrir; y fío en que mereces que te compadezca por tus sentimientos de hermano en esta ocasión. Has privado a Edmund por diez, veinte, treinta años... quizás para toda la vida, de más de la mitad de la renta que debía corresponderle. Puede que más adelante esté en mi mano o en la tuya (así lo espero) el procurarle alguna compensación; pero no debes olvidar que ningún beneficio de esta clase sería superior a lo que por derecho natural podría reclamamos, y que en realidad nada podría ser para él un equivalente de las ventajas positivas que ahora se ve obligado a ceder, debido a lo apremiante de tus deudas.

Tom escuchó estas palabras con cierta vergüenza y aflicción; pero escabulléndose tan pronto como pudo, no tardó en dejarse llevar de un confortador egoísmo para decirse primero, que sus deudas no llegaban ni a la mitad de las que habían contraído algunos de sus amigos; segundo, que su padre había hecho del tema la conferencia más aburrida, y tercero, que el futuro beneficiado, quienquiera que fuese, era de esperar que muriese muy pronto.

A la muerte de Mr. Norris, el derecho de presentación recayó en un tal doctor Grant, que, en consecuencia, fue a vivir a Mansfield; y, resultando ser un hombre robusto de cuarenta y cinco años, había para creer que defraudaría los cálculos de Tom. Pero... «no; tenía el cuello corto y todo su aspecto era de apopléjico; además, surtido como estaba de cosas buenas, no tardaría en estirar la pata».

Su esposa tenía unos quince años menos que él, y carecían de hijos. Ambos llegaron al lugar con el favorable y acostumbrado informe de que eran personas muy respetables y agradables.

Sir Thomas creía llegado el momento de que su hermana política reclamase su parte en la protección de la sobrina. La nueva situación de la señora Norris y el hecho de que Fanny fuese ya mayorcita parecían no tan sólo anular todas sus anteriores objeciones con respecto a lo de vivir juntas, sino que lo hacían decididamente recomendable; y como él atravesaba unas circunstancias menos favorables que un tiempo atrás, debido a ciertas recientes pérdidas en sus

posesiones de las Antillas, tras de los derroches de su primogénito, no dejaba de parecerle bastante deseable verse relevado de los gastos de su sostenimiento y de sus obligaciones para asegurarle el porvenir. Con el pleno convencimiento de que así había de ser, habló a su esposa de esta probabilidad; y a la primera ocasión en que ésta volvió a acordarse del asunto, lo que por cierto ocurrió en un momento en que Fanny se hallaba presente, le dijo con toda su calma:

—Así es, Fanny, que vas a dejamos para ir a vivir con mi hermana. ¿Te gustará?

Fanny quedó demasiado perpleja para hacer otra cosa que no fuera repetir las palabras de su tía:

—¿Que voy a dejarlos?

—Sí, querida; ¿por qué había de asombrarte? Has vivido cinco años con nosotros, y mi hermana siempre dio a entender que te recogería cuando muriese Mr. Norris. Pero tendrás que dejarte ver y ayudarme a puntear mis patrones, lo mismo que ahora.

La noticia le resultó a Fanny tan desagradable como inesperada. Su tía Norris nunca se había mostrado bondadosa con ella y no podía quererla.

—Sentiré mucho irme —dijo, con un temblor en la voz.

—Sí, así lo creo; eso me parece muy natural. Supongo que desde que llegaste a esta casa has tropezado con menos motivos de enojo que cualquier criatura del mundo.

—No quisiera parecer ingrata, tía —dijo Fanny humildemente.

—No, querida; espero que no lo seas. Siempre me has parecido una buena chica.

—¿Y nunca más volveré a vivir aquí?

—Nunca, querida. Pero ten la seguridad de que hallarás una casa cómoda.

Poca diferencia puede representar para ti el vivir en cualquiera de las dos casas.

Fanny abandonó la habitación con el corazón oprimido: ella no podía considerar que la diferencia fuese tan insignificante... La perspectiva de vivir con su tía no le proporcionaba nada parecido a la satisfacción. En cuanto tuvo ocasión de hablar con Edmund le contó su pena.

—Primito —le dijo—, algo va a ocurrir que a mí no me gusta nada; y, aunque muchas veces has llegado a persuadirme hasta conseguir que me reconciliara con algunas cosas que al principio me disgustaban, ahora no va a serte posible. Me voy a vivir definitivamente con tía Norris.

—¡Qué dices!

—Sí; tu mamá acaba de decírmelo. Ya está decidido. Voy a dejar Mansfield Park para instalarme en la Casa Blanca, supongo que en cuanto ella se traslade allí.

—Verás, Fanny, si el proyecto no te disgustase, yo diría que es excelente.

—¡Oh, Edmund!

—Por lo demás, lo tiene todo a su favor. Tía Norris se porta como una persona sensible al desear tenerte. Se decide por la mejor amiga y compañera que podría escoger, y celebro que su amor al dinero no se lo impida. Serás para ella lo que debes ser. Espero que no te pesará demasiado, Fanny.

—Desde luego que me pesa; no puede gustarme. Quiero a esta casa y todo lo que hay en ella; allí nada podré querer. Bien sabes lo a disgusto que me siento con ella.

—No diré de su trato mientras fuiste una chiquilla, pero te advierto que con todos nosotros hacía lo mismo, o poco menos. Nunca supo cómo hacerse agradable a los niños. Pero ahora ya tienes edad para recibir otro trato... y me parece que ya se porta mejor; y, cuando seas su única compañera, tendrá que considerarte muy importante.

—Yo nunca podré tener importancia para nadie.

—¿Qué puede impedirlo?

—Todo. Mi situación... mi necedad y torpeza.

—Querida Fanny, en cuanto a necedad y torpeza, créeme, no tienes sombra de lo uno ni de lo otro, como no sea al aplicar estas palabras tan impropiamente. No existe razón en el mundo para que no se te conceda importancia donde te conozcan. Tienes buen juicio y un carácter dulce, y estoy seguro de que posees un corazón agradecido que en ningún caso sabría recibir bondades sin desear corresponder a las mismas. No conozco mejores cualidades para una amiga y compañera.

—Me favoreces demasiado —dijo Fanny, ruborizándose ante tal alabanza—. ¡Cómo podré nunca agradecer bastante la buena opinión que tienes de mí! ¡Oh, Edmund, si he de marcharme, recordaré tus bondades hasta el último momento de mi vida!

—Vaya, desde luego, Fanny; debo esperar que me recuerdes a una distancia tan corta como la de la Casa Blanca. Hablas como si te fueras a doscientas millas de aquí, en vez de atravesar tan sólo el parque; pero nos pertenecerás casi lo mismo que ahora. Las dos familias habrán de reunirse todos los días del año. La única diferencia estará en que, viviendo con tía Norris, forzosamente tendrás que destacar como mereces. Aquí hay demasiadas personas tras de las cuales puedes ocultarte; pero al lado de *ella* te verás obligada a poner de manifiesto tu personalidad.

—¡Oh, no digas eso!

—Debo decirlo, y decirlo con alegría. Tía Norris está mucho más indicada que mi madre para encargarse ahora de ti. Tiene carácter para hacer mucho por quien realmente le interese, y te obligará a que hagas justicia de tus dotes naturales.

Fanny suspiró y dijo:

—Yo no puedo ver las cosas como tú; pero habré de creer que la razón está más de tu parte que de la mía, y te agradezco muchísimo que trates de conciliarme con lo que tiene que suceder. ¡Si yo pudiera suponer que en realidad le importo a mi tía, qué delicioso séria sentirme importante para alguien! Aquí, bien sé que no lo soy para nadie; y, sin embargo, me es tan querido el lugar...

—El lugar, Fanny, es precisamente lo que no vas a dejar, aunque dejes la casa. Podrás disponer libremente del parque y los jardines, lo mismo que hasta ahora. Ni siquiera tu fiel corazoncito debe asustarse por ese cambio tan meramente nominal. Podrás frecuentar los mismos paseos, escoger tus lecturas en la misma biblioteca, ver la misma gente y montar el mismo caballo.

—Tienes razón; sí, mi querida jaca gris. ¡Ah!, primito, cuando recuerdo el miedo que me daba montar, el terror que sentía cuando oía decir que ello sería tan provechoso para mi salud (¡oh!, sólo de ver a mi tío desplegar los labios para hablar de caballos, me ponía a temblar), y luego pienso en el trabajo que te diste con tus razonamientos, para quitarme el miedo y convencerme de que me gustaría al poco tiempo, y reconozco la mucha razón que tenías, según quedó demostrado después... Casi me inclino a creer que tus predicciones serán siempre lo mismo de acertadas.

—Y yo estoy plenamente convencido de que el vivir al lado de tía Norris será tan beneficioso para tu espíritu como el montar lo ha sido para tu salud... y, en último término, para tu misma felicidad.

Así terminó la conversación que, por la utilidad que de la misma pudo sacar Fanny, podían muy bien haberse ahorrado, ya que la señora Norris no tenía la menor intención de llevársela, ni se le había ocurrido pensar en ello últimamente, como no fuera para eludir el compromiso. Para evitar que se hicieran ilusiones, había elegido la vivienda más reducida de las que podían considerarse aceptables entre las pertenecientes a la parroquia de Mansfield, la Casa Blanca, que contaba con el justo espacio para albergarla a ella y a sus sirvientes, sobrando un solo cuarto para un forastero, extremo éste que cuidó mucho de subrayar. En la rectoría jamás se hizo uso de las habitaciones sobrantes; pero ahora resultaba que la absoluta necesidad de reservar un cuarto para el caso debía tenerse muy en cuenta. Todas sus precauciones, sin embargo, no pudieron salvarla de que se le atribuyesen mejores intenciones; o, quizá, sus mismas propagandas sobre la importancia de un cuarto de repuesto habían inducido a sir Thomas a suponer que, en realidad se destinaba a Fanny. Lady Bertram no tardó en poner las cosas en claro, al observar con indiferencia, hablando con su hermana:

—Creo que no necesitaremos retener por más tiempo a miss Lee, cuando Fanny vaya a vivir contigo.

La señora Norris casi dio un respingo.

—¡Vivir conmigo, hermana mía! ¿Qué quieres decir?

—¿No va a vivir contigo? Creía que lo habías convenido así con mi marido.

—¿Yo? ¡Nunca! Jamás le dije una palabra de esto a sir Thomas, ni él a mí. ¡Vivir Fanny conmigo! Seria la última cosa de este mundo que a mí se me iba a ocurrir, o que podría desear cualquiera que nos conozca a las dos. ¡Santo cielo! ¿Qué haría yo con Fanny? Yo, una pobre viuda desvalida, desamparada, inútil para todo, sin ánimos para nada... ¿qué podría hacer por una niña de su edad, una muchacha de quince años, que es cuando más necesitan de atención y cuidados, como para poner a prueba al espíritu más animoso? ¡Vaya, estoy segura de que sir Thomas no puede en serio esperar tal cosa! Me aprecia demasiado para eso. Nadie que me quiera bien me lo propondría, estoy convencida. ¿Cómo fue que te habló del asunto?

—La verdad es que no lo sé. Sin duda porque debió de parecerle bien.

—Pero ¿qué dijo? No pudo decir que *deseaba* que me llevase a Fanny. Estoy segura de que no podía desearlo de corazón.

—No; sólo dijo que lo consideraba muy probable. Y yo lo creía también así.

Los dos pensamos que seria un consuelo para ti. Pero, si no te gusta, no hay más que hablar. Aquí no estorba.

—Querida hermana, teniendo en cuenta mi lamentable estado, ¿cómo podría ser un consuelo para mí? Aquí me tienes convertida en una pobre viuda desamparada, privada del mejor de los maridos, perdida la salud en cuidarle y atenderle, peor de ánimos todavía, destruida mi paz en este mundo, contando apenas con lo suficiente para mantenerme en el rango de una dama y llevar una vida que no deshonre la memoria del que se fue: ¿qué posible consuelo podría hallar tomando sobre mis hombros una carga como Fanny? Si pudiera desearlo en mi provecho, sería incapaz de causar tanto perjuicio a la pobre niña. Ella está en buenas manos y no le falta nada. Yo tengo que abrirme paso como puedo entre mis penas y dificultades.

—¿Piensas acaso vivir completamente sola?

—Hermana mía, ¿para qué sirvo sino para la soledad? Espero verme acompañada por unos días, de vez en cuando, en mi pobre casita, por alguna amistad; siempre tendré una cama para una amiga. Pero la mayor parte de mis días transcurrirá en el más absoluto aislamiento. Mientras pueda conjugar ambas aspiraciones, no pido más.

—Espero, hermana mía, que no te irán tan mal las cosas, teniendo en cuenta que mi marido dice que podrás disponer de seiscientas libras al año.

—No es que me queje. Sé que no podré vivir como antes, pero me limitaré en lo que pueda y aprenderé a llevar una mejor economía doméstica. He sido un ama de casa bastante liberal, pero ahora no me avergonzaré de practicar el ahorro. Mi situación ha variado en la misma proporción que mi renta. Un sinfin de cosas que se hacían teniendo en cuenta la condición de rector de mi pobre esposo no pueden esperarse ahora de mí. Nadie sabe lo que se llegaba a consumir en nuestra cocina en atención a los invitados. En la Casa Blanca habrá que mirar mucho más. Tendré que vivir de mi renta, pues de lo contrario no tendría perdón; y sería para mí una gran satisfacción poder conseguir algo más... guardar un poquito al final del año.

—Estoy segura de que lo harás. Lo haces siempre, ¿verdad?

—Mi deseo es beneficiar a los que quede, cuando yo haya abandonado este mundo. Es por el bien de tus hijos por lo que deseo ser más rica. Por nadie más tengo que preocuparme; pero me ilusionaría mucho pensar que puedo dejarles una bagatela que no desmereciera de lo que posean.

—Eres muy buena, pero no tienes que preocuparte por ellos. De seguro que tendrán bastante. Thomas se encargará de eso.

—Sí, bueno; pero no olvides que sus posibilidades quedarán bastante mermadas si la hacienda de la Antigua ha de darle unos beneficios tan menguados.

—¡Bah! Esto pronto quedará arreglado. Thomas ha escrito para solucionar el asunto. Me consta.

—Bueno, querida —dijo la señora Norris, disponiéndose para salir—, tan sólo puedo decirte que mi único afán es el de ser útil a tu familia; de modo que si a tu marido se le ocurriese hablar otra vez sobre lo de llevarme a Fanny puedes decirle que mi salud y mi postración moral ponen el asunto fuera de toda

discusión; aparte de que, en realidad, no tendría siquiera cama que darle, pues necesito un cuarto de repuesto para las amistades.

Lady Bertram repitió a su marido lo suficiente de esta conversación para convencerle de lo mucho que se había equivocado en cuanto a las intenciones de su cuñada. Y ésta, a partir de aquel momento, quedó perfectamente a salvo de toda suposición y de la menor alusión por parte de él al respecto. Sir Thomas no pudo por menos que maravillarse de que ella rehusara hacer algo por una sobrina en cuya adopción había puesto tanto interés; pero, como ella se apresurase a darle a entender, lo mismo que a lady Bertram, que cuanto poseía estaba destinado a sus hijos, no tardó en conformarse ante esta distinción, que, a la par que era ventajosa y halagadora para ellos, le permitiría favorecer a Fanny con más holgura por sus propios medios.

Fanny no tardó en saber lo inútiles que habían sido sus temores por el cambio anunciado; y su felicidad sincera, espontánea, ante el descubrimiento, proporcionó a Edmund algún consuelo en su desencanto acerca de lo que esperaba había de ser tan esencialmente beneficioso para ella. La señora Norris tomó posesión de la Casa Blanca, los Grant llegaron a la rectoría y, después de estos acontecimientos, todo siguió en Mansfield como de costumbre por algún tiempo.

Los Grant resultaron ser unas personas sociables, propicias a la buena amistad, y cayeron muy bien a casi la totalidad de su nueva relación. Desde luego, tenían sus defectos, y la señora Norris pronto los descubrió. El doctor Grant era muy aficionado al buen yantar, y le hubiera gustado tener un banquete todos los días; y la señora Grant, en vez de procurar darle satisfacción gastando poco, pagaba a su cocinera un salario tan elevado como el que tenía la de Mansfield Park, y apenas se dejaba ver en la cocina. La señora Norris no podía hablar con calma de tales desaguisados, como tampoco de la cantidad de huevos y manteca que regularmente se consumía en la casa. «Nadie amaba más que ella la esplendidez y la hospitalidad... Nadie odiaba más los procedimientos mezquinos... La rectoría, estaba segura, nunca había carecido de comodidades de toda clase, nunca había tenido mala fama en su *tiempo,* pero ahora las cosas iban allí de un modo que no podía comprender... Una dama elegante en una rectoría de pueblo estaba totalmente fuera de lugar... Su despensa, por supuesto, era lo bastante buena para no dar lugar a que la señora Grant pudiese despreciarla... Por más indagaciones que hiciera, no pudo hallar que la señora Grant hubiese tenido nunca más de quinientas libras.»

Lady Bertram escuchaba sin gran interés esta especie de invectivas. Ella no podía penetrar los errores de un economista, pero sentía lo injurioso que era para la belleza eso de que la señora Grant se hubiese situado tan bien en la vida sin ser bella, y expresaba su asombro sobre este punto casi tan a menudo, aunque no tan prolijamente, como su hermana debatía el otro.

Estos temas fueron aireados durante casi un año, cuando en la familia se produjo otro suceso de tal importancia como para reclamar justamente un lugar en la mente y la conversación de las damas. Sir Thomas juzgó conveniente desplazarse a la Antigua para mejor ordenar sus negocios personalmente; y se llevó consigo a su hijo mayor, con la esperanza de despegarlo de algunas malas

compañías de la metrópoli. Abandonaron Inglaterra con la probabilidad de no volver hasta al cabo de unos doce meses.

Lo necesario de la medida desde el punto de vista pecuniario y la esperanza de que redundase en beneficio de su hijo, compensaron a sir Thomas del sacrificio de separarse del resto de la familia y de tener que dejar a sus hijas bajo la custodia de otras personas, precisamente ahora, cuando las dos habían entrado en la época más interesante de la vida. No pudo considerar idónea a su esposa para sustituirle ante ellas o, mejor, para desempeñar las funciones que en todo caso le hubieran correspondido. Pero en la atenta vigilancia de la señora Norris, así como en el buen juicio de Edmund, sí podía confiar para marcharse sin recelar por ellas.

A lady Bertram no le hacía ninguna gracia que su marido se ausentase; pero no la alteró la menor inquietud por su seguridad, ni preocupación alguna por su bienestar, ya que era una de esas personas que creen que nada puede ser peligroso, dificil o cansado para nadie, excepto para ellas mismas.

Las niñas Bertram se hicieron muy dignas de compasión en la coyuntura: no por su pena, sino porque no la conocieron siquiera. Su padre no era para ellas motivo de cariño; nunca había parecido amigo de sus diversiones y, desgraciadamente, la noticia de su marcha fue muy bien acogida. Así se verían libres de toda coerción; y, sin que aspirasen a ninguna clase de expansión de las que seguramente les hubiera prohibido sir Thomas, en el acto se sintieron a sus anchas y seguras de tener todas las complacencias a su alcance. El alivio de Fanny y su conocimiento del mismo fue en un todo igual al de sus primas; pero un natural más tierno le indicaba que sus sentimientos eran ingratos y, en realidad, se afligía de no poder afligirse. ¡Sir Thomas, que tanto había hecho por ella y por sus hermanos, y que se había ido quizá para nunca volver! ¡Y que ella pudiera verle partir sin derramar una lágrima... era de una insensibilidad vergonzosa! Él le había dicho además, la misma mañana de su partida, que esperaba que podría ver de nuevo a William en el curso del siguiente invierno, y le había encargado que le escribiera invitándole a pasar unos días en Mansfield, en cuanto la Escuadra a que pertenecía se supiera que estaba en Inglaterra. ¡Aquello era el colmo de la amabilidad y la previsión! Tan sólo con que le hubiese sonreído y llamado «querida Fanny» mientras le hablaba, todo el ceño y frío tratamiento de anteriores ocasiones hubiera podido quedar borrado de su mente. Por el contrario, terminó su discurso de un modo que la sumió en amarga mortificación, al añadir:

—Si William viene a Mansfield, espero que podrás convencerle de que los muchos años transcurridos desde vuestra separación no han pasado totalmente sin algún provecho para ti; aunque mucho me temo que encuentre a su hermana, a los dieciséis años, demasiado parecida en muchos aspectos a la de diez.

Ella lloró amargamente a causa de esta reflexión cuando su tío hubo partido; y sus primas, al verla con los ojos enrojecidos, la consideraron una hipócrita.

CAPÍTULO IV

Tom Bertram pasaba últimamente tan poco tiempo en casa, que sólo pudieron echarle de menos nominalmente; y lady Bertram pronto se asombró de lo bien que iba todo aun sin el padre, de lo bien que le suplía Edmund manejando el trinchante en la mesa, hablando con el mayordomo, escribiendo al procurador, entendiéndose con los criados y, en fin, ahorrándole igualmente a ella toda posible fatiga o molestia en todas las cuestiones, menos en la de poner la dirección en las cartas que ella escribía.

Pronto llegó la noticia del feliz arribo de padre e hijo a la Antigua después de una excelente travesía, pero no sin que antes la señora Norris hubiese abundado en la exposición de sus espantosos temores e intentado que Edmund se hiciera partícipe de ellos siempre que podía sorprenderle a solas; y, como presumía de ser siempre ella la primera persona en enterarse de toda fatal catástrofe, ya había discurrido el modo de comunicarla a los demás, cuando, al recibir del propio sir Thomas la certeza de que ambos habían llegado a puerto sanos y salvos, se vio obligada a arrinconar por algún tiempo su excitación y sus conmovidas palabras de preparación.

Llegó y pasó el invierno sin que le fuera preciso recurrir a ellas; las noticias seguían siendo buenas y la señora Norris, preparando diversiones a sus sobrinas, ayudándolas en sus tocados, poniendo de manifiesto sus prendas y buscándoles los futuros maridos, tenía tanto que hacer, sin contar el gobierno de su propia casa, alguna que otra injerencia en los asuntos de la de su hermana y la fiscalización de los ruinosos despilfarros de la señora Grant, que poco tiempo le quedaba para dedicarlo siquiera a temer por los ausentes.

Las niñas Bertram habían quedado definitivamente clasificadas entre las bellezas de aquellos contornos; y como unían a su hermosura y brillantes conocimientos unos modales naturales y fáciles, cuidadosamente inculcados para el trato en general y entre la buena sociedad, gozaban del favor y la admiración de todos sus conocidos. Tenían una vanidad tan bien disciplinada que parecían estar completamente exentas de ella y no darse importancia alguna; mientras que las alabanzas por tal conducta, tan llevadas y traídas por su tía, servían para afirmarlas en la creencia de que no tenían un solo defecto.

Lady Bertram nunca acompañaba a sus hijas fuera de casa. Era demasiado indolente, aun para regalarse con la satisfacción de una madre al presenciar sus éxitos y alegrías, si ello tenía que ser a costa del más pequeño sacrificio personal, y la carga recayó sobre su hermana, que no deseaba cosa mejor que ostentar tan honrosa representación y saboreaba con fruición la oportunidad que le brindaba de alternar con la sociedad sin tener más atributos para ello.

Fanny no participaba en las fiestas de la temporada, pero gustaba de ser manifiestamente útil como compañera de su tía cuando los demás se marchaban atendiendo a alguna invitación; y, como miss Lee ya no estaba en Mansfield, ella lo era todo para lady Bertram en las noches de baile o de reunión fuera de la casa. Ella le hablaba, la escuchaba, le leía; y la paz de esas veladas,

la seguridad absoluta de que en aquellos *tête—d—tête* estaba a salvo de cualquier aspereza o desatención, resultaban algo en extremo grato para un espíritu que raras veces había conocido una pausa en sus alarmas y zozobras. En cuanto a las diversiones de sus primas, le gustaba escuchar un relato de sus incidencias y pormenores, especialmente de los bailes y de con quién había bailado Edmund; pero consideraba demasiado humilde su propia condición para imaginar que podría algún día ser admitida en alguno de ellos y, por lo tanto, escuchaba sin pensar que pudieran tener para ella otro interés más inmediato. En su conjunto, el invierno resultó bastante grato para ella, pues, aunque William no llegó a Inglaterra, la inagotable esperanza de verle llegar ya valía mucho.

En la siguiente primavera se vio privada de su valiosa amiga, la vieja jaca gris, y por algún tiempo estuvo en peligro de que la pérdida repercutiera en su salud tanto como en sus sentimientos; pues, no obstante la reconocida importancia que para ella tenía el montar a caballo, nada se dispuso para que pudiera seguir haciéndolo, «porque —según consideraban sus tías— podía utilizar cualquiera de los dos caballos de sus primas siempre que éstas no los necesitasen». Y, como las señoritas Bertram necesitaban regularmente sus caballos todos los días buenos para salir y no tenían la menor intención de llevar sus maneras corteses hasta el sacrificio de un verdadero placer, la ocasión, desde luego, nunca se presentaba. Ellas daban sus agradables paseos a caballo en las deliciosas mañanas de abril y mayo, mientras Fanny se pasaba todo el día sentada en casa, al lado de una tía, o bien daba paseos agotadores para sus fuerzas a instancias de la otra. Lady Bertram sustentaba el criterio de que el ejercicio era tan innecesario para los demás como desagradable era para ella; y tía Norris, que caminaba todos el día de un lado para otro, opinaba que todo el mundo debía hacer lo mismo. Edmund estaba ausente por entonces; en otro caso, el mal se hubiera remediado más pronto. A su regreso, una vez enterado de la situación de Fanny y notando sus malos efectos, pareció que para él no había sino una cosa que hacer; y con la resuelta declaración de que «Fanny necesita un caballo» se opuso a todo cuanto podía argüir la indolencia de su madre o la economía de su tía para quitarle importancia al asunto. La señora Norris no podía evitar el pensar que podría encontrarse algún viejo y pesado animal entre los muchos pertenecientes al parque, más que suficiente para el caso; o que podían pedirle uno prestado al administrador; o que acaso el doctor Grant podría dejarles de vez en cuando la jaca que enviaba para el correo. La señora Norris no podía menos que considerar absolutamente innecesario, y hasta impropio, que Fanny hubiese de tener siempre a su disposición un caballo propio de señora, al estilo de sus primas. Estaba segura de que sir Thomas nunca había tenido tal intención, y debía manifestar que hacer semejante compra en su ausencia, con el consiguiente aumento del mucho gasto que le reportaba la cuadra en un momento en que gran parte de sus rentas aparecían inestables, le parecía algo por demás injustificable. «Fanny necesita un caballo» era la única réplica de Edmund. La señora Norris no podía ser de la misma opinión. Lady Bertram, sí: estaba totalmente de acuerdo con su hijo en que era necesario y en que su padre lo consideraba así; pero no coincidía en lo de la urgencia. Ella sólo quería esperar la vuelta de sir Thomas, y entonces sir

Thomas lo arreglaría todo personalmente. Se le esperaba para septiembre, ¿y qué mal podría hacer a nadie el esperar tan sólo hasta septiembre?

Aunque Edmund se disgustó mucho más con su tía que con su madre, por mostrar aquélla menos consideración a su sobrina, no tuvo más remedio que atender a sus razonamientos, hasta que al fin decidió adoptar una fórmula que evitaría el riesgo de que su padre pudiera creer que se había excedido y, al propio tiempo, procuraría inmediatamente a Fanny el medio de hacer ejercicio, cuya falta él no podía tolerar. Edmund disponía de tres caballos, pero ninguno de ellos era apropiado para una mujer. Dos eran caballos de caza; el tercero, un útil animal de aguante. Y éste, decidió cambiarlo por otro que pudiera montarlo su prima. Él sabía dónde encontrar uno que sirviera para el caso y, una vez resuelto a poner en práctica su idea, no tardó en dejarlo todo arreglado. La nueva yegua resultó un tesoro; con muy poco esfuerzo se consiguió convertirla en el ideal para el fin deseado, y Fanny entró entonces en casi plena posesión de ella. Aunque había supuesto que nada podría nunca acomodarle tanto como la vieja jaca gris, resultó que su placer con la yegua de Edmund sobrepasó en mucho todo goce anterior en aquel aspecto; satisfacción que en todo momento sentía acrecentada al considerar la fineza de la cual se derivaba el mismo placer, hasta tal punto que no le hubiera sido posible hallar palabras para expresarla. Veía en su primo un ejemplo de todo lo bueno y grande, considerándolo portador de unos valores que nadie más que ella podría apreciar jamás, y acreedor de una gratitud tan inmensa por parte de ella, que no podía haber sentimientos lo bastante fuertes para saldar tal deuda. Su sentir por él se componía de todo lo que pueda ser respeto, gratitud, confianza y ternura.

Como el caballo continuaba siendo, tanto de nombre como de hecho, propiedad de Edmund, la señora Norris pudo tolerar que Fanny lo usara; y de haber pensado lady Bertram alguna vez en sus objeciones, Edmund hubiera quedado excusado a sus ojos por no haber esperado a que sir Thomas regresase en septiembre, pues cuando septiembre llegó, sir Thomas seguía ausente y sin perspectiva inmediata de resolver sus negocios. Unas circunstancias desfavorables surgidas de pronto, justamente cuando empezaba a poner todos sus pensamientos en el regreso a Inglaterra, y la gran inseguridad que entonces lo envolvió todo, determináronle a enviar a su hijo a la metrópoli y a esperar él solo el arreglo definitivo. Tom llegó sin novedad, trayendo excelentes referencias de la salud que gozaba su padre, pero no muy convincentes para la señora Norris. Esto de que sir Thomas hiciera volver a su hijo le pareció hasta tal punto una medida de cuidado paternal, que habría tomado influido por el presagio de algún mal que, sin duda, le amenazaba, que no pudo evitar que se apoderasen de su espíritu los más negros presentimientos; y al llegar el otoño con sus largas veladas, se veía de tal modo perseguida por esas ideas en la soledad de su casita, que no encontró más solución que la de refugiarse todos los días en el comedor de Mansfield Park. Pero los compromisos que traía aparejados la temporada de invierno produjeron su efecto; y, a medida que iban en aumento, su mente hubo de ocuparse tan a gusto en velar por el futuro de su sobrina mayor, que sus nervios consiguieron aplacarse hasta el punto de resultar tolerables.

—Si el Destino impidiese que el pobre Thomas volviese jamás, sería un gran consuelo dejar bien casada a su querida María —solía decirse a menudo.

Esto lo pensaba siempre que se hallaban en compañía de muchachos acaudalados y, especialmente, se le ocurrió al serles presentado un joven que acababa de heredar una de las propiedades más extensas, sita en uno de los lugares más hermosos de la comarca.

Mister Rushworth quedó, desde el primer instante, prendado de la belleza de miss Bertram; y, como se sentía inclinado al matrimonio, no puso obstáculos a su rápido enamoramiento. Era un joven insulso, sin más que sentido común; pero como ni en su figura ni en su porte había nada desagradable, la damisela quedó satisfecha de su conquista. Habiendo cumplido sus veintiún años, María Bertram empezaba a considerar el matrimonio como un deber; y, como casándose con míster Rushworth gozaría de una renta superior a la de su padre y tendría casa asegurada en la ciudad, lo que constituía entonces su objetivo primordial, se le hizo evidente, por la misma fuerza de su obligación moral, que debía casarse con míster Rushworth... si podía. La señora Norris puso todo su celo en impulsar el noviazgo mediante toda suerte de insinuaciones y estratagemas tendentes a encarecer, respectivamente, lo apetecible de las dos partes y, entre otros procedimientos, procurando intimar con la madre del *gentleman,* que a la sazón vivía con él, para lo cual llegó al extremo de forzar a lady Bertram a hacer un recorrido de diez millas con toda su desgana, a fin de hacerle una visita. No tardó mucho tiempo en establecerse una buena inteligencia entre la viuda Norris y aquella señora. Mistress Rushworth se manifestó muy deseosa de que su hijo se casara pronto y aseguró que, de todas las damiselas que había tenido ocasión de conocerlo, miss Bertram le parecía, por sus admirables prendas y virtudes, la más adecuada para hacerle feliz. La señora Norris admitió el cumplido, admirando el magnífico discernimiento de la persona que tan bien sabía apreciar el mérito. María era, desde luego, el orgullo y el encanto de todos... no tenía un solo defecto... era un ángel; y viéndose, naturalmente, tan rodeada de admiradores, se le haría muy dificil la elección; no obstante, por lo que ella, la señora Norris, podía atreverse a suponer, aunque hacía poco que habían trabado conocimiento, míster Rushworth parecía ser precisamente el joven más digno y capaz de lograrla.

Después de bailar juntos cierto número de veces, tanto él como ella justificaron estas opiniones y se entabló un compromiso, dando de ello la debida referencia al ausente sir Thomas, con gran satisfacción por parte de las familias respectivas y de los curiosos de la vecindad en general, que desde hacía bastantes semanas habían percibido la conveniencia de un casamiento entre mister Rushworth y miss Bertram.

Habían de transcurrir algunos meses antes de que llegara el consentimiento de sir Thomas, pero entretanto, como nadie dudaba que daría su más cordial aquiescencia al compromiso, la relación entre ambas familias se intensificó sin vacilación, y no hubo más intento para mantener la cosa en secreto que el de tía Norris, al hablar por doquier del asunto como de algo de lo cual no debía hablarse aún.

Edmund fue el único de la familia que vio un defecto en aquella cuestión, y

ningún argumento de su tía pudo inducirle a considerar a míster Rushworth como un compañero deseable. Admitía que su hermana era quien mejor podía juzgar en lo relativo a su propia felicidad, pero no le gustaba que esta felicidad se cifrase en una gran renta; ni tampoco podía evitar el decirse a menudo a sí mismo, cuando se hallaba en compañía de míster Rushworth: «Si este hombre no tuviese doce mil libras al año, sería un sujeto bien estúpido».

Sir Thomas, no obstante, se sintió muy dichoso ante el proyecto de una alianza tan indiscutiblemente ventajosa, respecto de la cual sólo pudo tener referencias de lo positivamente bueno y agradable. El caso ya no pudo parecerle más ideal —una familia del mismo condado y con los mismos intereses—, y no tardó en hacer llegar su decidido asentimiento. Puso la única condición de que la boda no se celebrase antes de su regreso, cuya fecha procuraba adelantar con todo el afán. Esto lo escribió en el mes de abril, manifestando que tenía fundadas esperanzas de dejar todos los asuntos resueltos a su entera satisfacción y abandonar la Antigua antes de terminar el verano.

Tal era el estado de las cosas en el mes de julio. Fanny acababa de cumplir dieciocho años, cuando vinieron a sumarse a la sociedad del pueblo el hermano y la hermana de la señora Grant, míster y miss Crawford, hijos del segundo matrimonio de su madre. Eran jóvenes y acaudalados. Él tenía unas magníficas posesiones en Norfolk, y ella veinte mil libras. De pequeños, su hermana siempre los había querido mucho; pero como poco después de casarse ella sobrevino la muerte de la madre, quien los dejó al cuidado de un tío paterno que la señora Grant no conocía siquiera, apenas había vuelto a verlos desde entonces. Los dos encontraron en la casa de su tío un hogar amable. El almirante y su esposa, la señora Crawford, aunque nunca habían conseguido ponerse de acuerdo en cuestión alguna, se unieron en el efecto a los pequeños huérfanos o, cuando menos, la discrepancia de sus sentimientos no alcanzó más allá de la elección de sus respectivos favoritos, a los que, cada uno por su lado, mostraban especial predilección. El almirante se encantaba con el muchacho, y su esposa chocheaba por la niña. Fue la muerte de la señora Crawford lo que obligó a su protegida, después de unos meses más de prueba en casa de su tío, a buscar otro hogar. El almirante Crawford era hombre de costumbres depravadas que prefirió, en vez de retener a su sobrina, traer a su querida bajo el mismo techo; y, ante esto, la señora Grant se vio obligada a llevarse a su hermana atendiendo su petición, medida tan bien acogida por una parte como oportuna pudo considerarse por la otra; ya que la señora Grant, agotados todos los recursos de distracción que puede hallar en el campo una dama sin descendencia (ya había más que llenado de bonitos muebles su sala favorita y reunido una escogida colección de plantas y aves de corral), estaba muy necesitada de que se produjera algún cambio en su casa. Por lo tanto, la llegada de una hermana a la que siempre había querido y a la, que esperaba poder ahora retener a su lado, en tanto fuese soltera, resultó en extremo agradable para ella: y su principal inquietud estaba en el temor de que Mansfield no pudiera satisfacer los hábitos de una joven tan hecha a la vida de Londres.

La propia miss Crawford no estaba totalmente exenta de tales aprensiones, aunque éstas se derivaban principalmente de sus dudas acerca del estilo de

vida y tono social de su hermana; y tan sólo después de haber intentado en vano persuadir a su hermano de la conveniencia de instalarse con ella en su propia casa de campo, se arriesgó a convivir con el matrimonio Grant. Por todo cuanto se pareciese a un domicilio fijo o a una limitación de la vida de sociedad, Henry Crawford sentía, desgraciadamente, una gran aversión: no podía acomodarse a los deseos de su hermana en una cuestión de tal importancia. Pero la acompañó, muy amablemente, hasta Northamptonshire, y al propio tiempo se comprometió a recogerla de nuevo a la media hora de tener noticias de que ella se había cansado del lugar.

El contacto resultó muy satisfactorio para ambas partes. Miss Crawford encontró a una hermana desprovista de afectación o rudeza, un cuñado que tenía todo el aspecto de un *gentleman,* y una casa cómoda y bien provista de todo. Por su lado, la señora Grant vio en los seres que ahora esperaba tener ocasión de amar más que nunca, a un joven y a una muchacha de cautivadora presencia. Mary Crawford era notable por su belleza; Henry, aun sin ser guapo, tenía figura y prestancia; los dos eran de un talante animado y simpático, y la señora Grant consideró enseguida que poseían todas las buenas cualidades. Los dos la encantaron, pero Mary fue su preferida; y, como nunca había podido gloriarse de su propia belleza, le proporcionaba una inmensa satisfacción el poder enorgullecerse de la de su hermana. No había esperado su llegada para buscarle una pareja adecuada; se había fijado en Tom Bertram. El primogénito de un barón no podía ser demasiado para la gran dama que la señora Grant preveía en ella; y, como era mujer franca e impulsiva, no llevaba Mary tres horas en la casa cuando le contó lo que había planeado.

Miss Crawford se alegró de saber que tenían tan cerca a una familia de tal importancia, y no se disgustó en absoluto por eso de que su hermana se hubiese cuidado del asunto con anticipación, ni por la elección que había hecho. El matrimonio era su objetivo, con tal de poder casarse bien; y, habiendo visto a Tom en Londres, sabía que a su persona cabía poner tan pocas objeciones como a su posición social. Aunque hablase de ello como de una broma, no podía evitar, sin embargo, el pensar en serio sobre el asunto. El proyecto fue pronto comunicado a Henry.

—Y, además —añadió la señora Grant—, he pensado en algo para completarlo. Me gustaría muchísimo colocaros a los dos en esta región; y por lo tanto, Henry, debes casarte con la menor de las Bertram, una muchacha gentil, hermosa, alegre y de todas prendas, que te hará feliz.

Henry se inclinó y le dio las gracias.

—Querida hermana —dijo Mary—, si fueras capaz de convencerle en este terreno, seria para mí un nuevo motivo de satisfacción el verme unida a una persona tan inteligente, y sólo me cabría lamentar que no tuvieras media docena de hijas disponibles. Si eres capaz de conseguir que Henry se case, será que tienes la habilidad de una francesa. Todo lo que pueden hacer las habilidades inglesas se ha probado ya. Tengo tres amigas muy íntimas que han estado muriéndose por él, las tres por turno; y el trabajo que ellas, sus madres (personas de mucho talento), mi tía y yo misma nos hemos tomado en razonarle, engatusarle o embaucarle para que se casara, es inconcebible. Es el coquetón

más terrible que quepa imaginar. Si a esas niñas Bertram no les gusta que les destrocen el corazón, que huyan de Henry.

—Querido hermano, no voy a creer eso de ti.

—No; estoy seguro de que eres demasiado buena. Sin duda no serás tan rigurosa como Mary. Te harás cargo de la indecisión de la juventud y la inexperiencia. Soy por temperamento, enemigo de arriesgar mi felicidad obrando con precipitación. Nadie puede tener del matrimonio un concepto más elevado que el que tengo yo. Considero la bendición de una esposa como un tanto acierto se describe en los discretos versos del poeta: «Del cielo el mejor y *último* don».

—Ahí tienes: ya ves cómo subraya cierta palabra. Y sólo tienes que fijarte en su sonrisa. Te aseguro que es detestable; las lecciones del almirante le han estropeado por completo.

—Hago muy poco caso —dijo la señora Grant— de lo que un joven diga respecto al matrimonio. Lo que manifiestan aversión por él, es que todavía no han tropezado con la persona que les conviene.

El doctor Grant se congratuló, riéndose, de que miss Crawford no sintiera tal aversión por el estado matrimonial.

—¡Ah, desde luego! No me avergüenza decirlo. Me gustaría que todo el mundo se casara, con tal de poder hacerlo dignamente. No me gusta que la gente se precipite a un fracaso; pero todos deberían contraer matrimonio en cuanto pudiera hacerlo en condiciones ventajosas.

CAPÍTULO V

Entre el elemento joven se estableció desde el primer momento una corriente de simpatía. Por cada lado había mucho motivo de atracción, y el incipiente trato prometió convertirse en intimidad, tan pronto como la práctica de las buenas costumbres pudiera autorizarlo. La belleza de miss Crawford no perjudicaba la de las dos miss Bertram. Éstas eran demasiado hermosas para que pudieran ofenderse de que otra lo fuera también, y quedaron casi tan prendadas como sus hermanos de sus ojos negros y avispados, su tez morena y la gentileza de toda su persona. De ser alta, llena de figura y rubia, hubiese podido dar lugar a más de un disgusto; pero, tal como era, no cabía la comparación. Y con mayor facilidad se la pudo considerar una muchacha agraciada y gentil, mientras ellas seguían siendo las más hermosas de la comarca.

El hermano no era guapo. No; cuando le vieron por primera vez les pareció de lo más vulgar: feo y vulgar. Pero, no obstante, no dejaba de ser un *gentleman,* de trato agradable. En una segunda ocasión ya resultó que no era tan vulgar: lo era, sin duda alguna, pero tenía en cambio tanta prestancia, y una dentadura tan

magnífica, y tan buena figura, que pronto hacía olvidar su vulgaridad. Y en la tercera ocasión, después de comer con él en la rectoría, ya no se admitió que nadie le calificase así. Resultó ser, en definitiva, el joven más agradable que las hermanas habían tenido ocasión de conocer, y ambas quedaron igualmente encantadas de él. El compromiso de María hizo que, como correspondía, se inclinase por Julia, y ésta se dio perfecta cuenta de ello; y antes de que Henry llevara una semana en Mansfield, estaba ya dispuesta a enamorarse de él.

Las ideas de María al respecto eran más vagas y confusas. A ella no le hacía falta ver ni comprender. «No puede haber nada malo —se decía— en que me guste un hombre agradable... todo el mundo conoce mi situación... míster Crawford es quien debe tener cuidado». Pero mister Crawford estaba lejos de considerarse en peligro. Las encantadoras Bertram eran dignas de ser complacidas y él estaba dispuesto a complacerlas; así empezó él sin otro objeto que el de hacerse querer. No pretendía que muriesen de amor por él; pero con un sentido y una sangre fria que hubieran debido hacerle sentir y juzgar mejor, se permitía en estas cuestiones una gran laxitud.

—Esas miss Bertram me gustan demasiado, hermana mía —dijo cuando regresó de acompañarlas al coche, después de la citada comida—; son unas chicas muy elegantes y muy agradables.

—Así es, en efecto, y me complace mucho oírtelo decir. Pero te gusta más Julia.

—¡Oh, sí! Julia me gusta más.

—¿Lo dices de veras? Porque, en general, se considera más guapa a María.

—Lo supongo. La aventaja en todas sus facciones, y yo prefiero su cara, pero Julia me gusta más. Es cierto que María es la más hermosa, y además yo la he encontrado más agradable; pero a mí siempre me gustará más Julia, porque tú me lo ordenas.

—No te diré nada, Henry; pero sé que *al fin* te gustará más.

—¿No te digo que ya me gusta más al *principio?*

—Y además, María está prometida. No lo olvides, querido. Ha elegido ya.

—Sí, y me gusta más por esto. Una mujer prometida resulta siempre más agradable que una sin compromiso. Ya está satisfecha de sí misma. Para ella no existen más preocupaciones, y sabe que puede ejercer todo su poder de atracción sin despertar sospechas. Con una mujer prometida todo está a salvo; no hay daño posible.

—Verás, en cuanto a esto, mister Rushworth es un muchacho de excelentes cualidades, y se trata de una gran boda para ella.

—Pero, a María, lo que es él no le importa un comino; esto es lo que tú piensas de tu gran amiga. Esta opinión, yo no la suscribo. Estoy seguro de que miss Bettiam se siente muy unida a mister Rushworth. Pude leerlo en sus ojos, cuando se le mencionó. Tengo formado un concepto demasiado bueno de María para suponerla capaz de conceder su mano sin dar el corazón.

—Mary, ¿cómo habría de tratarle?

—Mejor será dejarlo solo, creo yo. Hablando no sacaremos ningún provecho. Al fin caerá en la trampa.

—Pero yo no quisiera que cayese en la trampa, que le engañasen. Desearía

que todo se llevara a cabo limpia y honradamente.
—¡Ah, querido! Deja que corra su suerte y que le engañen. Le valdrá lo mismo. Nadie se escapa de que le engañen alguna vez.
—No es siempre así en los casamientos, querida Mary.
—Especialmente en los casamientos. Con todo el respeto debido a los presentes que tuvieron la suerte de casarse, querida hermana Grant, no hay uno entre ciento, de los dos sexos, que no sea engañado cuando va al matrimonio. Por dondequiera que mire, veo que es así; y comprendo que así *tiene* que ser al considerar que, de todas las transacciones, es en ésta donde cada uno espera el máximo del otro y procede con menos honradez.
—¡Ah, qué mala escuela para el matrimonio habéis tenido en Hill Street!
—Es cierto que nuestra pobre tía tenía pocos motivos para querer ese estado; pero, aparte de ello, hablando sólo por lo que he podido observar, creo que es un negocio de intrigas. ¡Conozco a tantos que se han casado esperando y confiando hallar alguna determinada ventaja al hacerlo, o algunas prendas o cualidades en la persona elegida, y que se han visto totalmente defraudados y obligados a resignarse con todo lo contrario! ¿Qué es esto, sino un engaño?
—Niña, en todo eso que dices tiene que haber algo de tu imaginación. Perdona, querida, pero no puedo creerte del todo. Te aseguro que sólo ves por un lado la cuestión. Descubres el mal, pero no aciertas a ver el consuelo. Habrá ligeros roces y desengaños por todas partes, y todos estamos capacitados para esperar siempre más; pero luego, si fracasa un proyecto de felicidad, la naturaleza humana se orienta hacia otro; si el primer cálculo resulta equivocado, hacemos otro mejor... siempre hallaremos consuelo en alguna parte. Y esos observadores mal pensados, querida Mary, que convierten todo lo poco en mucho, quedan más engañados y decepcionados que los mismos cónyuges.
—¡Muy bien, hermana! Respeto y admiro tu espíritu de compañerismo. Cuando yo sea casada, intentaré ser tan constante como tú; y desearía que todas mis amigas en general lo fuesen también. Así me ahorraría muchos pesares e inquietudes.
—Estás tan enferma como tu hermano, Mary; pero aquí os curaremos a los dos. Mansfield os curará, y sin nada de engaños. Quedaos con nosotros y hallaréis el remedio.
Los Crawford, sin desear que los curasen, se quedaron muy a gusto. A Mary le gustaba la rectoría como hogar en su presente, y Henry estaba igualmente dispuesto a prolongar su permanencia allí. Había llegado con el propósito de quedarse unos pocos días tan sólo; pero Mansfield le ofrecía buenas perspectivas y nada le llamaba a otra parte. A la señora Grant le encantó que se quedaran los dos y al doctor Grant le satisfizo enormemente que fuera así: una jovencita lista y habladora como Mary Crawford siempre es una compañía agradable para un hombre casero e indolente; y el tener como huésped a Henry le servía de excusa para beber clarete todos los días.
No es probable que miss Crawford, debido a sus costumbres, pudiera sentir ningún género de admiración tan arrebatada como la de las hermanas Bertram por Henry. Reconocía, no obstante, que los Bertram eran unos muchachos muy apuestos, que aun en el mismo Londres no era fácil ver juntos a dos jóvenes de

sus condiciones y que sus modales, en particular los del mayor, eran excelentes. Este había residido largas temporadas en Londres y era más listo y galante que Edmund y, por consiguiente, debía ser el preferido. Aparte de que aquello de ser el mayor era otro motivo poderoso, desde luego. Ella tuvo enseguida el presentimiento de que *habría* de gustarle más el mayor. Sabía que éste era su camino.

Desde luego, Tom Bertram tenía que ser considerado un muchacho agradable por todos los conceptos; era el tipo de hombre joven que generalmente gusta; poseía esa clase de simpatía que a menudo convence más que ciertas dotes de orden más elevado, pues sus maneras eran naturales, su humor excelente, su trato familiar y tenía mucha conversación; y la herencia de Mansfield Park y de una baronía, que habían de corresponderle por derecho de sucesión, no perjudicaba en absoluto su atractivo personal. Miss Crawford no tardó en darse cuenta de que tanto él como su situación podían muy bien convenirle. Oteó las perspectivas que se le ofrecían con la debida atención, y acabó por decirse que, de todos sus posibles pretendientes, él era el que más ventajas ofrecía: un parque, un verdadero parque con cinco millas de perímetro; una casa espaciosa, de construcción moderna, tan bien situada y resguardada que merecía figurar en cualquier colección de grabados de residencias señoriales del reino, y que sólo requería ser totalmente amueblada de nuevo; unas hermanas agradables, una madre pacífica y, en fin, él mismo, hombre atrayente, con la ventaja de que entonces se había desligado bastante de su afición al juego debido a una promesa hecha a su padre, y la de que en lo futuro se llamaría sir Thomas. No estaba nada mal... decididamente, debía aceptarle. Y, en consecuencia, comenzó a interesarse un poco por el caballo de Tom que había de correr en las carreras de B...

Estas carreras le obligarían a marcharse poco después de haberse conocidos los dos; y como parecía que su familia, debido al proceder habitual en él, no esperaba que regresase antes de haber transcurrido buen número de semanas, la pasión del galán se vería sometida a una prueba inmediata. Mucho insistió él para inducirla a que asistiera a las carreras, y se hicieron planes para organizar una gran partida campestre, a fin de presenciarlas, con todo el entusiasmo de la afición; pero todo quedó en hablar.

Y Fanny, ¿qué hacía y pensaba entretanto? ¿Y qué opinión tenía de los recién llegados? Pocas muchachas de dieciocho años hubieran podido verse menos llamadas que Fanny a dar su opinión. De un modo discreto, y sin que sus palabras hallasen mucho eco, rendía su tributo de admiración a la belleza de Mary Crawford; pero como seguía considerando muy vulgar a Mr. Crawford, a pesar de que sus dos primas habían demostrado en repetidas ocasiones que ya no pensaban así, a *él* nunca le mencionaba. A su convicción, cada vez más arraigada en ella, respondía tal actitud.

—Empiezo a comprenderlos a todos, excepto a miss Price —dijo Mary, mientras paseaba con los hermanos Bertram—. A ver: ¿ha sido o no ha sido presentada en sociedad? Estoy intrigada. Asistió a la comida en la rectoría, como los demás, lo que parecía indicar que sí había sido presentada; pero, sin embargo, dijo tan poca cosa, que me cuesta creer que lo haya sido.

Edmund, a quien principalmente se dirigía la pregunta, contestó:

—Creo que sé lo que quiere decir, pero no quiero comprometerme a responder a esa pregunta. Mi prima es ya mayor. Tiene la edad y el juicio de una mujer; pero lo de las presentaciones o no presentaciones es algo que escapa a mis alcances.

—Y, no obstante, en general, nada tan fácil de acertar. ¡La diferencia es tan notoria! La actitud y las maneras resultan, siempre hablando en términos generales, completamente dispares. Hasta ahora, nunca había supuesto que pudiera engañarme en lo de si una muchacha había sido presentada o no. La que no, lleva siempre la misma clase de indumentaria (una capota cerrada, por ejemplo), se muestra muy recatada y nunca dice una palabra. Aunque se sonrían ustedes, así es, no lo duden. Y, aunque a veces se exagera, hay que reconocer que está muy bien. Las jovencitas deben ser discretas y modestas. Lo más censurable que tiene el hecho de la presentación de una joven en sociedad es que el cambio resulta con frecuencia demasiado brusco. A veces, en tan corto plazo, pasan de la discreción a todo lo contrario... ¡al atrevimiento! Ésta es la parte flaca del sistema. No agrada ver a una joven de dieciocho o diecinueve años tan súbitamente familiarizada con todo, cuando, a lo mejor, se la ha visto casi incapaz de desplegar los labios un año antes. Yo diría que también usted se ha encontrado alguna vez con cambios parecidos.

—Creo que sí; aunque esto no me parece muy leal. Ya veo por dónde va usted. Se está burlando de mí y de miss Anderson.

—¡No lo crea! ¿Miss Anderson? No sé a qué ni a quién se refiere. Estoy completamente a obscuras. Pero me burlaré con mucho gusto si me cuenta de qué se trata.

—¡Ah! Lo disimula usted muy bien, pero no crea que yo me dejé embaucar así. A la fuerza tenía usted en su imaginación a miss Anderson al describir la metamorfosis de una jovencita. Hizo de ella un retrato demasiado real para que pueda haber engaño. Fue exactamente así... ¡Vaya con los Anderson, de Baker Street! El caso coincide exactamente con la descripción que acaba de hacernos Mary. El día en que Anderson me presentó a su familia, hará de eso cosa de un par de años, su hermana no había sido aún presentada en sociedad, y no me fue posible conseguir de ella ni una sola palabra. Una mañana permanecí una hora sentado en su casa, esperando a Charles, sin más que ella y un par de niñas en el salón, pues la institutriz estaría enferma o se habría marchado, y su madre entraba y salía a cada momento con cartas de negocios; pues bien, apenas me fue posible conseguir una palabra o una mirada de la damisela. Echó el cerrojo a su boca... ¡y me volvió la cara con unos aires! No volví a verla hasta un año después. Entonces ya había sido presentada en sociedad. La encontré en c sa, de la señora Holford y no la reconocí. Vino a mi encuentro, me llamó como si fuésemos viejos amigos, me clavó la mirada con desparpajo y se puso a charlar y a reír de tal modo, que acabé por no saber qué actitud adoptar. Me di cuenta de que yo era también, junto a ella, motivo de risa en la sala; y está claro que a miss Crawford le contaron la historia.

—Una historia muy divertida que hace más honor a la verdad, diría yo, que a miss Anderson. Es un defecto demasiado frecuente. Las madres, ciertamente,

no han dado con la fórmula acertada para educar a sus hijas. Yo no sé dónde está el error. No pretendo corregir a nadie, pero veo que en muchos casos se procede erróneamente.

—Las personas que saben demostrar al mundo cómo debía portarse toda mujer —dijo Tom galantemente— hacen ya mucho en favor de un mejoramiento general.

—No es dificil descubrir el error —dijo Edmund, menos galante—; tales jovencitas están mal criadas. Desde el principio les inculcaron ideas equivocadas. Obran siempre influenciadas por motivos de vanidad y en su conducta no hay más auténtica modestia *antes,* que *después* de ser presentadas en sociedad.

—No sé, no sé —dijo miss Crawford, indecisa—. Francamente, no puedo estar de acuerdo con usted en este punto. Para mí, éste es el aspecto menos censurable de la cuestión. Mucho peor resulta ver a ciertas muchachas que ya antes de ser presentadas tienen el mismo aire y se toman las mismas libertades que si lo hubieran sido, como he podido apreciar en más de un caso. Esto es lo peor de todo... ¡en extremo desagradable!

—Sí, eso lo encuentro muy inconveniente —dijo Tom Bertram—. Además, desorienta mucho; hasta tal punto que, a veces, uno no sabe lo que debe hacer. La capota cerrada y el aire de recato que tan bien describe usted (y nunca se dijo nada tan acertado) le advierten a uno a las claras. Pero el año pasado cometí un tremendo error debido a la ausencia de esos distintivos en una muchacha. En septiembre último fui con un amigo a pasar una semana en Ramsgate, a mi regreso de las Antillas. Allí estaban mi amigo Sneyd (tú me has oído hablar de Sneyd, Edmund), su padre, su madre y sus hermanas, a quienes no tenía el gusto de conocer. Cuando llegamos a Albion Place, todos habían salido. Fuimos en su busca y encontramos en el embarcadero a la señora con sus dos hijas y varios conocidos suyos. Saludé en debida forma y, como fuese que la señora Sneyd estaba rodeada de caballeros, me uní a una de las hijas y fui caminando a su lado durante todo el camino de regreso, procurando hacerme lo más agradable que pude. Ella se desenvolvía con la mayor naturalidad, mostrándose tan dispuesta a escuchar como a hablar. Yo no tenía la menor sospecha de que pudiera estar cometiendo alguna incorrección. Las dos hermanas tenían exactamente el mismo aspecto; iban vestidas y llevaban velos y parasoles, lo mismo que las otras. Pero después supe que había dedicado por entero mis atenciones a la más joven, que no había sido presentada en sociedad, y había ofendido muchísimo a la mayor. En Augusta, la menor, no había que reparar hasta seis meses después; creo que su hermana no me lo perdonará jamás.

—Eso estuvo mal, desde luego. ¡Pobrecita! Aunque yo no tengo una hermana menor, me pongo en el sitio de ella. El verse postergada antes de tiempo debe ser muy humillante; pero la culpa fue toda de la madre. Miss Augusta tenía que haber ido acompañada de su institutriz. Eso de hacer las cosas de un modo que se presta a confusionismos nunca da buen resultado. Pero ahora desearía ver satisfecha mi curiosidad acerca de miss Price. ¿Asiste Fanny a los bailes? ¿Va siempre a todos los convites, como asistió a la comida en casa de mi hermana?

—No —contestó Edmund—, no creo que haya ido nunca a un baile. Nuestra misma madre raras veces asiste a reuniones de sociedad ni come nunca fuera, como no sea en casa de la señora Grant, y Fanny se queda en casa con ella.

—¡Oh! Entonces la cosa está clara: miss Price no ha sido presentada en sociedad.

CAPÍTULO VI

Tom Bertram se fue... y Mary Crawford se dispuso a encontrar un gran vacío en su círculo de amistades y a echarlo decididamente en falta en las reuniones, ahora casi diarias, de las dos familias; y en la comida a que asistió en Mansfield Park, poco después de su partida, volvió a ocupar su puesto preferido casi a un extremo de la mesa, plenamente convencida de que notaría la más lamentable diferencia en el cambio de anfitrión. Estaba segura de que la cosa resultaría muy aburrida. Comparado con su hermano, Edmund no tendría nada que decir. Se repartiría la sopa en medio del silencio más insípido, se bebería el vino sin que surgieran sonrisas ni gratos comentarios, y se trincharía el venado sin que se escuchase una divertida anécdota sobre tal o cual pierna servida en una pasada ocasión, o una simple y amena historia sobre «mi amigo fulano». Intentaría hallar distracción ocupándose de lo que pudiera ocurrir en el otro extremo de la mesa y observando a Mr. Rushworth, que aparecía por primera vez en Mansfield después de la llegada de los Crawford. Había estado en casa de un amigo, en un condado vecino; y, como este amigo había proyectado recientemente unas mejoras en sus terrenos, Mr. Rushworth volvía de allí con la cabeza llena de todas esas cosas y con una gran impaciencia por aplicarlas de igual modo a su propia hacienda. Y, aunque poco dijo sobre este tema, no supo hablar de otra cosa. El asunto se comentó ya en el salón y, luego, se sacó a relucir de nuevo en el comedor. El interés y la opinión de María Bertram era, evidentemente, lo que más le importaba; y aunque la actitud de ella era más demostrativa de una consciente superioridad que de una predisposición a complacerle, la sola mención de Southerton Court, con las ideas que este nombre suscitaba en ella, le proporcionaba una sensación muy grata que le impedía mostrarse en exceso despectiva.

—Me gustaría que vieses Compton —decía él—. ¡Es la cosa más perfectamente acabada que puedas imaginarte! En ningún sitio he visto un cambio tan radical. Le dije a Smith que no sabía dónde me encontraba. El acceso es, ahora, una de las cosas más bellas del país: la casa ha cobrado una perspectiva sorprendente. Confieso que cuando regresé ayer a Sotherton me pareció una cárcel... una lúgubre y vieja cárcel.

—¡Oh, deberia avergonzarse de lo que dice! —exclamó la señora Norris—. ¡Una cárcel! Sotherton es el lugar más hermoso que pueda haber en el mundo.

—Requiere mejoras, señora mía, ante todo. Jamás vi un lugar que estuviera tan necesitado de mejoras. Y está tan abandonado que no sé qué partido podrá sacarse de él.

—No le extrañe que Rushworth hable ahora así —dijo la señora Grant a la viuda Norris, con una sonrisa—; esté usted segura: en Sotherton se harán todas las mejoras que sean precisas en el momento en que pueda desearlo su corazón.

—Intentaré hacer algo —dijo Mr. Rushworth—, aunque no sé cómo. Confio en que algún buen amigo me ayudará.

—Tu mejor amigo para el caso —sugirió María Bertram, hablando con calma–– seria Mr. Repton, me parece a mí.

—Es lo que estaba pensando. Puesto que lo ha hecho tan bien en el caso de Smith, creo que lo mejor hubiera sido contratarlo inmediatamente. Sus honorarios son de cinco guineas diarias.

—¡Bueno, y aunque fueran diez! —exclamó la señora Norris—. Estoy segura de que usted no precisa mirar esto. El gasto no habría de ser obstáculo. Si yo estuviera en su lugar, no pensaría en el presupuesto. Me gustaría que se hiciera, dándole a todo el mejor estilo y todo el relieve posible. Un lugar como Sotherton Court merece cuanto el buen gusto y las posibilidades económicas puedan hacer. Usted dispone allí de buen espacio del que sacar partido y de buenas tierras que sobradamente le recompensarán. Lo que es yo, si poseyera algo así como la quinta parte de la extensión de Sotherton, siempre estaría plantando y mejorando, pues es algo que me gusta en extremo, por inclinación natural. Seria ridículo que lo intentase donde estoy ahora, con sólo medio acre de terreno. Resultaría bufo. Pero, si dispusiera de más espacio, con verdadera delicia me dedicaria a plantar y cultivar. Mucho fue lo que hicimos en este aspecto en la rectoría: la convertimos en algo totalmente distinto de lo que era cuando nos posesionamos de ella. Vosotros, los jóvenes, quizá no lo recordéis muy bien; pero si nuestro querido sir Thomas estuviera aquí podría contaros las mejoras que se llevaron a cabo. Y mucho más se hubiera hecho, de no haberlo impedido el delicado estado de salud de mi pobre esposo. Apenas si podía salir, el pobre, para gozar de esas cosas, y esto me desanimaba para hacer otras muchas, de las que sir Thomas y yo solíamos hablar. De no haber sido por eso, hubiéramos terminado el muro del jardín y plantado los árboles para cercar el cementerio de la parroquia, tal como ha hecho el doctor Grant. Siempre hacíamos algo, a pesar de todo. No fue más allá de la primavera anterior del año en que murió mi esposo cuando plantamos el albaricoquero junto a la pared de la cuadra, que es ahora un árbol magnífico... y que va ganando día a día —añadió, dirigiéndose al doctor Grant.

—El árbol se desarrolla bien, sin duda, señora —replicó él—. La tierra es buena. Y nunca paso por allí sin lamentar que el fruto valga tan poco la pena de cogerlo.

—Señor mío, es un Moor Park; se adquirió en el bien entendido de que era un Moor Park y nos costó.... es decir, fue un regalo de sir Thomas, pero vi la factura y sé que costó siete chelines, e iba facturado como un Moor Park.

—Les hicieron a ustedes un fraude, señora —replicó el doctor Grant : estas

patatas que estamos comiendo saben tanto a los albaricoques de un Moor Park como la fruta de ese árbol. Cuando mejor, resulta insípida; en cambio, un buen albaricoque es siempre sabroso, cosa que no ocurre con ninguno de los que tengo en mi jardín.

—La verdad es —terció la señora Grant, intentando dirigirse con un susurro a la señora Norris a través de la mesa— que mi marido apenas sabe qué gusto tienen nuestros albaricoques al natural; difícilmente habrá conseguido probar uno siquiera, pues es un fruto tan preciado, con poco que se le añada, y los nuestros son de un tamaño tan grande, de una calidad tan excelente y tan adecuados para tartas y conservas tempranas, que mi cocinera se da buena maña en cogerlos todos antes de que pueda hacerlo él.

La señora Norris, cuyo rostro había empezado a congestionarse, se apaciguó; y, por unos momentos, otros temas vinieron a desplazar el de las mejoras de Sotherton. El doctor Grant y la señora Norris raras veces hacían buenas migas; su trato se había iniciado en un régimen de dilapidación, y sus hábitos eran totalmente dispares.

Después de una corta interrupción, Mr. Rushworth empezó de nuevo:

—La hacienda de Smith se ha convertido en la admiración de todo el país; y no era nada antes de que Repton pusiera allí la mano. Creo que llamaré a Repton.

—Si yo tuviera que encargarme de esto —dijo lady Bertram—, haría plantar un campo de arbustos. Es muy agradable pasear entre los arbustos cuando hace buen tiempo.

Mr. Rushworth se apresuró a asegurar a su señoría que estaba de acuerdo, e intentó pronunciar alguna palabra galante; pero, entre el deseo de manifestar su sumisión a ella y de hacer constar que él ya tenía de tiempo aquel proyecto, con la sobreañadida intención de atender a los gustos de las damas en general, pero insinuando que sólo había una a quien ansiaba complacer, se hizo un embrollo tremendo; y Edmund tuvo la satisfacción de poner fin a su discurso, llenando las copas y proponiendo un brindis. No obstante, Mr. Rushworth, aunque no era un gran hablador, tenía todavía algo que decir sobre el tema que tan caro le era a su corazón:

—Smith no cuenta en su propiedad con más de cien acres en total, lo que no es mucho y hace más sorprendente que el lugar haya mejorado tanto. Pues bien, en Sotherton tenemos setecientos de paso, sin contar las praderas de regadío. Por esto pienso que, si tanto se ha logrado en Compton, no debemos desesperar. Allí había dos o tres viejos árboles, muy hermosos por cierto, pero demasiado pegados a la casa, que han sido talados, lo cual abre una perspectiva asombrosa; y esto me ha sugerido la idea de que Repton, o quien sea que se encargue del asunto, sin duda habrá de talar la avenida de Sotherton... La avenida que conduce de la fachada del oeste a la cima de la colina, ¿recuerdas? —preguntó, dirigiéndose a María Bertram.

Pero a miss Bertram le pareció que le sentaba muy bien contestar:

—¡La avenida! ¡Oh!, no la recuerdo. En realidad, es muy poco lo que conozco de Sotherton.

Fanny, que se sentaba al otro lado de Edmund, o sea exactamente enfrente de

Mary Crawford, y que seguía atentamente la conversación, dirigió a él la mirada y dijo en voz baja:

—¡Talar una avenida! ¡Qué lástima! ¿No te recuerda a Cowper?: *Avenidas caídas, una vez más deploro vuestra inmerecida suerte.*

Él contestó sonriendo:

—Me temo que esa avenida se halla en grave peligro, Fanny.

—Me gustaría ver Sotherton antes de que se lleve a cabo la reforma, para conocer el lugar tal cual ha sido hasta ahora, en su estado antiguo; pero no creo que sea posible.

—¿Nunca estuviste allí? No, no has tenido ocasión; y, por desgracia, está demasiado lejos para un trote a caballo. Desearía poder combinarlo.

—¡Oh!, no tiene importancia. Cuando lo vea, tú me contarás lo que haya sido cambiado.

—De todo ello deduzco —dijo miss Crawford— que Sotherton es un lugar antiguo, dotado de cierta grandeza.

—La casa fue construida en tiempos de Elizabeth, y es un edificio de ladrillo, grande, de líneas regulares... de aspecto un tanto macizo, pesado, pero señorial, y tiene muchas salas buenas. Está mal situada. Se levanta en uno de los puntos más hondos del parque, aspecto éste desfavorable para todo plan de mejora. Pero el bosque es hermoso y hay un arroyo del que, me parece a mí, se podría sacar mucho partido. Opino que Mr. Rushworth está muy acertado en su propósito de modernizar la finca, y no dudo de que resultará algo magnífico.

Miss Crawford escuchaba la palabra de Edmund con gran interés, y dijo para sí: «Es hombre bien educado; hace cuanto puede para poner las cosas bien».

—No deseo influenciar a Mr. Rushworth —prosiguió Edmund—; pero, de tener yo una finca que modernizar, no me pondría en manos de un profesional. Preferiría alcanzar un grado inferior de belleza en la realización, pero que fuese de mi gusto y lograda progresivamente. Y soportaría mejor mis propios errores que los de otro.

—Usted sabría lo que le conviene, desde luego; pero, a mí, eso no me daría buen resultado. No tengo vista ni idea para estas cosas, sino cuando las veo terminadas —dijo Mary—. Y, si yo tuviera en el campo una finca de mi propiedad, le quedaría enormemente agradecida a cualquier Mr. Repton que se encargara de ella y embelleciera el lugar todo lo posible a cambio de mi dinero; y nunca miraría su obra hasta que estuviera terminada.

—Pues a mí me encantaría ver cómo se va desarrollando —expresó Fanny.

—¡Ah!, será que a usted la han educado para eso. Es un aspecto que no formó parte de mi educación; y, como la única dosis que recibí en la vida me fue administrada por una persona que, ciertamente, no puede considerarse la más favorecida del mundo, me ha llevado a considerar las reformas *entre manos* como el mayor de los engorros. Hace tres años, el almirante, mi honroso tío, compró una casita en Twickenham para los veranos. Mi tía y yo nos trasladamos allí entusiasmadas; pero, por lo visto, era demasiado bonita la casa y pronto se consideró necesario mejorarla. Resultado, que durante tres meses todo se convirtió en porquería y desorden, y nos quedamos sin un paseo enarenado por donde poder pasear, ni un banco en condiciones para sentamos. A mí me

gustaría tenerlo todo en el campo lo mejor posible: arbustos, macizos de flores y bancos rústicos en abundancia; pero que todo se hiciera sin yo preocuparme. Henry es diferente: a él le gusta hacer.

A Edmund le apenó que Mary, a la que estaba muy propenso a admirar, hablase con tanta ligereza de su tío. Era algo que chocaba con su sentido de la corrección, y permaneció callado, hasta que sonrisas y retozos le indujeron a despreocuparse por el momento del particular.

—Edmund —dijo ella—, al fin he tenido noticias de mi arpa. Me aseguran que está a salvo en Northampton; y probablemente se encuentre allí desde hace diez días, a pesar de las formales seguridades tan a menudo recibidas de que no era así.

Edmund expresó su agrado y sorpresa.

—La verdad —prosiguió Mary— es que nuestras gestiones eran demasiado directas: enviamos un criado, fuimos nosotros mismos a informarnos. Esto no da resultado a setenta millas de Londres. En cambio, esta mañana recibimos la noticia por el conducto que corresponde. El arpa fue vista por algún granjero, éste lo dijo al molinero, el molinero lo dijo al carnicero, y el yerno del carnicero dejó recado en la tienda.

—Celebro mucho que haya llegado a usted la noticia, no importa por qué medio, y espero que ya no habrá más dilaciones.

—Mañana la tendré; pero, ¿cómo cree usted que la traerán? No en carro ni en carreta. ¡Oh, no! Nada de eso ha sido posible alquilar en el pueblo. Como si hubiera pedido unos mozos con unas angarillas.

—Supongo que encontraría usted dificultad en alquilar un carro y un caballo, precisamente ahora, en plena recogida del heno, que se lleva a cabo con bastante retraso, por cierto.

—¡Quedé asombrada de las dramáticas reacciones que provocó el asunto! Parecía imposible no encontrar un caballo y un carro de sobra en el campo, de modo que mandé enseguida a mi doncella para que los contratase; y como no puedo asomarme a la ventana de mi tocador sin ver el corral de una granja, ni pasear por el sendero de arbustos sin pasar por delante de otro; creí que la cosa se reduciría a pedir y tener, y más bien lamentaba no poder favorecerlos a todos con mi propuesta. Figúrese mi sorpresa cuando me encontré que había pretendido lo más insensato, lo más imposible del mundo; que había ofendido a todos los granjeros, a todos los labradores, a todo el heno de la parroquia. En cuanto al ministril del doctor Grant, creo que hubiera hecho mejor de no ponerme en su camino; y hasta mi cuñado, que en general es todo amabilidad, me miró con no poco ceño al enterarse de mis pretensiones.

—Es natural que no se le ocurriese a usted pensar en la gravedad del caso; pero cuando lo piense tendrá que reconocer la importancia que tiene la recogida de la hierba. Alquilar un carro no le seria, en cualquier época del año, tan fácil como usted supone; nuestros granjeros no tienen costumbre de cederlos; pero durante la recogida tiene que serles totalmente imposible prescindir de un caballo.

—Con el tiempo, sin duda llegaré a comprender ese modo de hacer que impera aquí, en el campo; pero al llegar de Londres, trayendo de allí el

axiomático principio de que con dinero todo se consigue, quedé al principio un poco desconcertada ante esta recia independencia de costumbres. A pesar de todo, mañana me traerán el arpa. Henry, que es la bondad personificada, me ha ofrecido traerla en su birlocho. ¿No será honrosamente transportada?

Edmund habló del arpa como de su instrumento favorito, y dijo que esperaba tener pronto ocasión de oírsela tocar. Fanny no había oído nunca tocar el arpa, y manifestó que lo deseaba con el mayor anhelo.

—Será para mí un gran placer tocar para los dos —dijo miss Crawford—; al menos, mientras no se cansen de escucharme... y seguramente más también, porque adoro la música; cuando el gusto natural es idéntico por ambas partes, el ejecutante lleva siempre ventaja, pues goza por más conceptos. Ahora, Edmund, si escribe a su hermano dígale, se lo ruego, que mi arpa ha llegado ya..., ¡me oyó quejarme tanto de lo desgraciada que me sentía sin ella! Y también puede decirle, si le parece bien, que prepararé las piezas más elegíacas de mi repertorio para cuando vuelva, por compasión a sus sentimientos, pues sé que su caballo perderá la carrera.

—Si le escribo, le diré cuanto usted desea; aunque de momento no creo que se presente motivo para escribirle.

—No, me lo figuro; aunque estuviera un año fuera no le escribiría usted nunca, ni él a usted, de poderlo evitar. Nunca se presentaría la ocasión. ¡Que extrañas criaturas son los hermanos! Jamás se escribirían, a no ser por la necesidad más urgente; y cuando se ven obligados a tomar la pluma para decir que tal caballo está enfermo, o tal pariente ha fallecido, lo hacen con las menos palabras posibles. Todos los hermanos tienen el mismo sistema. Lo conozco muy bien. Henry, que en todos los demás aspectos es exactamente lo que un hermano debe ser, que me quiere, que se aconseja conmigo, que hace de mí su confidente y estaría hablando conmigo horas seguidas, nunca ha llegado a dar vuelta a la hoja en las cartas que me ha dirigido; y con frecuencia no pone más que: «Querida Mary, acabo de llegar. Bath parece que está lleno, y todo lo demás como de costumbre. Tuyo afectísimo». He aquí el auténtico estilo masculino... He aquí una perfecta carta de hermano.

—Cuando se encuentran muy lejos de toda la familia —dijo Fanny, sonrojándose en honor a William—, saben escribir las más largas cartas.

—Fanny tiene un hermano marino —explicó Edmund—, cuyo excelente comportamiento como corresponsal le hace a ella suponer que es usted demasiado severa en sus juicios contra nosotros.

—¡Marino! ¿De veras? De la Armada Real, claro está...

Fanny hubiera preferido que Edmund se encargase de contar la historia; pero, como él se impuso el más absoluto silencio, se vio obligada a describir ella la situación de su hermano. El tono de su voz se fue animando al hablar de la profesión del muchacho y de los lugares exóticos que había visitado, pero no pudo mencionar el número de años que llevaba ausente sin que a sus ojos acudieran las lágrimas. Miss Crawford le deseó cortésmente un rápido ascenso.

—¿No conoce usted a mi primo, el capitán? —preguntó Edmund—. ¿El capitán Marshall? Usted tiene muchos conocidos en la marina, según creo.

—Entre los almirantes, bastantes; pero —y adoptó un aire de grandeza—

poco sabemos de las jerarquías inferiores. Dentro del grado de capitán puede que haya gente de muy buena clase, pero no pertenecen a *nuestro* mundo. De varios almirantes podría contarle muchas cosas... De ellos y de sus insignias, de la importancia de sus pagas, de sus rivalidades y disputas. Pero puedo asegurarle que, en general, están todos mal acostumbrados y peor considerados. Sí, desde luego, viviendo en casa de mi tío tuve ocasión de conocer a muchos almirantes y a bastantes *contras y vices.* Bueno, no crea que me he propuesto hacer un juego de vocablos, por favor.

Edmund volvió a ponerse serio, y sólo replicó:

—Es una noble profesión.

—Sí, la profesión es bastante buena, mientras concurran dos circunstancias: que proporcione fortuna y que haya discreción para gastarla. Pero en resumen, no es la profesión que yo prefiero. A mis ojos nunca ha tenido un aspecto agradable.

Edmund volvió al tema del arpa, y otra vez se sintió dichoso ante la perspectiva de que oiría tocar a Mary.

Entretanto, la cuestión del mejoramiento de fincas seguía acaparando la atención de los demás; y la señora Grant no pudo evitar el dirigirse a su hermano, aunque fuera interrumpiendo sus galanteos dedicados a Julia Bertram.

—Querido Henry, ¿y tú, no tienes nada que decir? También tú te has dedicado a hacer mejoras, y por las referencias que tengo de Everingham, sé que puede rivalizar con cualquier mansión de Inglaterra. Las bellezas naturales del lugar son grandes, sin duda alguna. Everingham, tal como era antes, merecía ya toda mi admiración. ¡Aquel precioso declive del terreno y aquel arbolado! ¡Qué no daría yo por verlo otra vez!

—Nada podría serme tan grato como oír esa opinión tuya —contestó él—; pero me temo que quedarías algo decepcionada... lo verías distinto a como lo recuerdas actualmente. En extensión es una nadería..., te sorprendería su insignificancia; y, en cuanto a mejoras, pocas fueron las que pude introducir... demasiado pocas. Hubiera preferido poderme ocupar en ello mucho más tiempo.

—¿Es usted aficionado a esas cosas? —preguntó Julia.

—Excesivamente; pero teniendo en cuenta las ventajas naturales del terreno, que eran evidentes, incluso a los ojos de un inexperimentado, muy poco era lo que quedaba por hacer; y, llevando rápidamente a la práctica mis conclusiones, me faltaban todavía tres meses para alcanzar la mayoría de edad cuando Everingham quedó totalmente convertido en lo que es ahora. Mi plan fue proyectado en Westminster, se alteró acaso un poco en Cambridge, y se ejecutó a mis veintiún años. Me siento inclinado a envidiar a Mr. Rushworth por tener ante sí, todavía, tanta felicidad. Yo he sido un devorador de la mía.

—Los que conciben las cosas con rapidez, pueden resolver y actuar rápidamente —dijo Julia—. A usted nunca podrá faltarle ocupación. En vez de envidiar a Mr. Rushworth, debería ayudarle con su opinión.

La señora Grant, atenta a las últimas palabras de este diálogo, las apoyó calurosamente, persuadida de que ningún juicio igualaría al de su hermano; y como María Bertram acogió la idea con el mismo entusiasmo, manifestando que, en su opinión, era infinitamente mejor consultar a los amigos y consejeros

desinteresados que echar el asunto, sin pensarlo más, en manos de un profesional, Mr. Rushworth se apresuró a requerir de Henry el favor de su ayuda; y Mr. Crawford, después de rebajar, como era propio que hiciese, el valor de sus propios méritos y aptitudes, se puso a su entera disposición para todo aquello en que pudiera serle útil. Mr. Rushworth empezó entonces por proponer a Mr. Crawford que le hiciera el honor de trasladarse a Sotherton y aceptar alojamiento en su finca; pero la señora Norris, como si leyera en la mente de sus sobrinas la poca aprobación que les merecía un plan que las separaría de Henry, se interpuso con una enmienda.

—No cabe dudar del mucho gusto que tendría Mr. Crawford en complacerle; pero, ¿por qué no agregamos algunos más? ¿Por qué no organizar una pequeña partida? Aquí hay muchos que se interesarían por las mejoras, amigo Rushworth, y que gustaría de oír la opinión de Mr. Crawford sobre el terreno, y que tal vez podrían ayudarle, aunque fuera muy poco, con sus pareceres. Por mi parte, hace tiempo que deseo hacer otra visita a su madre; sólo la falta de caballos propios ha hecho que pareciese tan remisa. Pero así podría ir y pasar unas horas en compañía de la señora Rushworth, mientras los demás paseasen y decidieran lo que hay que hacer; y después podríamos volver todos para cenar aquí a última hora, o bien cenaríamos en Sotherton... en fin, ello depende de lo que pudiera serle más agradable a su madre, y gozaríamos de un delicioso regreso bajo la luz de la luna. Creo que Mr. Crawford no tendría inconveniente en llevamos a mis dos sobrinas y a mí en su birlocho; Edmund podría ir a caballo, ¿no te parece, hermana?, y Fanny se quedaría en casa contigo.

Lady Bertram no tuvo nada que objetar; y todos los incluidos en la excursión se apresuraron a manifestar su entera conformidad, excepto Edmund, que lo escuchó todo y no dijo nada.

CAPÍTULO VII

—Bueno, Fanny, ¿qué te parece *ahora* Mary Crawford? —dijo Edmund al día siguiente, después de haber estado pensando él en lo mismo durante algún tiempo—. ¿Te pareció bien, ayer?

—Muy bien... mucho. Me gusta oírla hablar. Me entretiene su conversación; y es tan sumamente linda que me causa un gran placer mirarla.

—Es su fisonomía lo que resulta tan atractivo. Tiene un juego de facciones maravillosamente expresivo. Pero en su conversación, ¿no te chocó algo que no estaba bien, Fanny?

—¡Oh, sí! No debió hablar de su tío como lo hizo. Me sorprendió mucho. Un tío con el que ha vivido tantos años y que, cualesquiera sean sus defectos, quiere tanto a su hermano y lo considera, según ellos dicen, como un hijo... ¡Nunca lo hubiera creído!

—Ya supuse que te causaría mal efecto. Estuvo muy mal..., muy irrespetuosa.

—Y me pareció muy poco agradecida.

—Decir que es desagradecida tal vez sería demasiado. Yo no sé que su tío tenga derecho alguno a su *gratitud;* pero su esposa lo tenía, desde luego; y es su fervoroso respeto a la memoria de su tía lo que despista a Mary en este punto. Su ánimo se halla torpemente influenciado. Con la vehemencia de sus sentimientos y un espíritu tan arrebatado, tiene que serle difícil hacer patente su afecto por la difunta señora Crawford, sin echar una sombra sobre el almirante. No pretendo saber cuál de los dos llevaba más parte de culpa en sus desavenencias, aunque la actual conducta del almirante pueda inclinarle a uno a favor de la esposa; pero resulta natural y simpático que Mary quiera eximir de toda censura a su tía. Yo no condeno su *criterio,* pero lo que sí está mal es que lo exponga públicamente.

—¿No te parece —observó Fanny, después de una breve reflexión— que la responsabilidad de esta falta recae precisamente sobre su tía, puesto que ella se encargó por completo de su educación? No pudo inculcarle unas ideas justas en cuanto a lo que debía al almirante.

—Es muy acertada la observación. Sí, hemos de suponer que los defectos de la sobrina fueron los de la tía; y esto hace que uno lamente con más motivo las desventajas de su anterior situación, pero creo que su actual hogar habrá de hacerle mucho bien. El carácter de la señora Grant es ideal para el caso. Y cuando habla de su hermano lo hace en unos términos afectuosos y muy gratos.

—Sí, excepto en lo tocante a las cartas tan breves que suele escribirle. Casi me hizo reír; pero yo no podría tasar muy alto el cariño o la bondad de un hermano que no se toma la molestia de escribir a su hermana algo que valga la pena de ser leído, cuando están separados. Estoy segura de que William nunca me hubiera *tratado* así, en ningún caso. ¿Y qué derecho tiene a suponer que tú no escribirías cartas largas si estuvieras ausente?

—El derecho que le da su espíritu vivaz, Fanny, que aprovecha todo cuanto pueda contribuir a su diversión o a la de los otros; es algo perfectamente disculpable, siempre que no aparezca matizado con un tinte de mal humor o aspereza, y de esto no hay ni sombra en la expresión o en la actitud de Mary: nada agrio, ni chillón, ni grosero. Es perfectamente femenina, excepto en el aspecto a que nos hemos referido. *Ahí* no se la puede justificar. Me alegra que lo notases lo mismo que yo.

Puesto que él había formado su espíritu, al tiempo que se había ganado sus efectos, no era de extrañar la coincidencia de sus respectivas apreciaciones; aunque, por aquel entonces y sobre el mismo punto, comenzaba a perfilarse un peligro de disparidad, pues él admiraba ya a Mary Crawford de un modo que acaso pudiera llevarle adonde Fanny no podría seguirle. Los atractivos de Mary no disminuían. Llegó el arpa, que vino a añadir no poco a su aureola de belleza, ingenio y buen humor; pues se prestaba a tocar con la mayor complacencia en cuanto se lo pedían, lo hacía con una expresión y un gusto muy peculiares en ella, y siempre tenía algo acertado que decir al final de cada pieza. Edmund acudía a diario a la rectoría para deleitarse con su instrumento favorito. La primera mañana logró que se le invitara para la del día siguiente, pues a la

damisela no podía desagradarle tener un oyente, y así un día y otro, quedando la cosa establecida como una costumbre normal.

Una mujer joven, bonita, brillante, junto a un arpa tan elegante como ella misma, recortándose ambas en el marco de un balcón abierto a la perspectiva de un césped rodeado de arbustos con su rico follaje estival, era suficiente para cautivar el corazón de cualquier hombre. La estación, la escena, el ambiente, todo era favorable a la ternura y el sentimiento. La presencia de la señora Grant con su bastidor de bordar no estorbaba... Todo quedaba armónico. Y, como nada carece de encanto cuando empieza a insinuarse el amor, hasta la bandeja de emparedados y el doctor Grant haciendo los honores eran otros tantos motivos en que se posaba con gusto la mirada. Aunque sin reflexionar sobre el caso, o tal vez sin darse cuenta de nada, al cabo de una semana de esta frecuentación Edmund empezó a estar no poco enamorado; y en honor de su dama debemos añadir que, sin ser él un hombre de mundo ni el primogénito de una familia acaudalada, sin ninguna de las artes de la adulación o las amenidades de las conversaciones frívolas, Edmund empezó a gustarle. Mary lo notó, aunque no lo había previsto y apenas podía comprenderlo; porque él no era un hombre atractivo según las reglas de aplicación general, ni decía tonterías, ni gastaba cumplidos, sus opiniones eran inflexibles y sus atenciones moderadas y simples. Acaso hubiera un encanto en su sinceridad, su firmeza, su integridad, aspectos éstos que Mary podía igualar en su sentir, pero no al debatirlos en su fuero interno. Sin embargo, no pensó mucho en ello; por lo pronto, Edmund le agradaba... a ella le gustaba tenerlo cerca. Era suficiente.

Fanny no podía extrañarse de que Edmund fuese todas las mañanas a la rectoría; también a ella le hubiera gustado ir, de poder hacerlo sin que la invitaran y sin ser vista, por el placer de oír tocar el arpa. Tampoco le podía extrañar que, al finalizar el paseo de las tardes, a Edmund le pareciera bien acompañar a la señora Grant y a su hermana hasta su casa, mientras Henry se dedicaba al elemento femenino de Mansfield Park. Pero consideraba que nada bueno podía esperarse de aquella especie de intercambio; y que, si Edmund no llegaba a tiempo de mezclarle el vino con agua, mejor hubiera sido que no existiera tan situación. Lo que sí le parecía un tanto sorprendente era que él pudiera pasar tantas horas al lado de miss Crawford sin descubrirle más defectos de la clase que tan pronto había observado en ella, y del que Fanny tenía que acordarse, debido a alguna manifestación de la misma índole, siempre que se encontraba en su compañía. Pero era así. A Edmund le gustaba hablar con ella de miss Crawford, mas parecía que ya se contentaba con que desde aquel día hubieran cesado las alusiones al almirante y ella tenía reparo en comunicarle sus propias observaciones, por temor a que pareciese malignidad de su parte. El primer motivo de verdadero pesar que le ocasionó Mary Crawford fue la consecuencia de un deseo de aprender a montar que se apoderó de ésta a poco de haber llegado a Mansfield, ante el ejemplo de las hermanas Bertram; deseo que, al estrecharse los lazos de amistad entre ella y Edmund, él mismo se prestó a fomentar, llegando a brindarle su mansa yegua para las primeras lecciones, por ser el animal más apropiado para cualquier principiante, que pudiera hallarse en caballeriza alguna. Pero en este ofrecimiento no podía haber

daño ni ofensa para su prima: ella no iba a perder por eso ni un solo día de ejercicio. La yegua pasaría a la rectoría tan sólo media hora antes de que ella hubiese de iniciar su paseo; y Fanny, al ser consultada en primer lugar, lejos de sentirse desairada, quedó casi anonadada de gratitud por haberle pedido Edmund permiso para ello.

Miss Crawford realizó con gran éxito su primer ensayo, y sin el menor inconveniente para Fanny. Edmund, que se había llevado la yegua y lo había dirigido todo, volvió con el animal muy a tiempo, antes de que Fanny y el viejo cochero que la acompañaba siempre que no salía con sus primas estuvieran listos para la marcha. Al segundo día de prueba ya no se procedió con tanto escrúpulo. Tal era el gusto de Mary por montar, que no sabía como dejarlo. Ágil, valerosa, aunque algo pequeña, de firme complexión, parecía nacida para amazona; y al puro y genuino placer del ejercicio quizás habría de añadir algo consistente en la presencia e instrucciones de Edmund, y aún algo más relativo a la convicción de que ella superaba en mucho a las personas de su sexo en general por la rapidez de sus progresos, todo lo cual contribuía sin duda a que sintiera muy pocas ganas de descabalgar. Fanny estaba lista y esperando. La señora Norris empezaba a regañarla por no haber salido, y todavía no se anunciaba la llegada del caballo ni Edmund aparecía. Para esquivar a su tía y buscarle a él, Fanny salió.

Las dos casas, aunque apenas distaban media milla, no quedaban a la vista una de otra; pero andando cincuenta yardas desde la puerta del vestíbulo, pudo dominar el parque y echar una ojeada a la rectoría y su heredad, que se extendía en suave declive al otro lado de la carretera; y en la pradera del doctor Grant descubrió enseguida el grupo: Edmund y Mary, ambos a caballo, cabalgando hombro con hombro, y el doctor Grant con su esposa, Henry y dos o tres palafreneros, todos de pie, mirándolos. A ella le pareció una feliz concentración: todos interesados en un solo objeto. Y que lo pasaban bien, sin duda alguna, pues hasta ella llegaba el ruido de sus animadas voces. Ruido de voces alegres que no podía alegrarla. Se sorprendió de que Edmund se hubiera olvidado por completo de ella, y esto la afligió muchísimo. No podía apartar los ojos de la pradera, no pudo dejar de observar cuanto allí ocurría. Primero, miss Crawford y su acompañante dieron la vuelta al circuito del campo, que no era pequeño, a paso lento; después, sugerido por *ella* a lo que parecía, se lanzaron a un medio galope, y Fanny, debido a su natural algo medroso, quedó asombrada al ver lo bien que la otra se mantenía en la montura. Al cabo de unos minutos se pararon por completo. Edmund estaba muy junto a ella... le decía algo; evidentemente, le estaba enseñando el manejo de la brida... le tenía la mano cogida. Fanny lo vio, o tal vez la imaginación suplía lo que la vista no alcanzaba a distinguir. No tenía que asombrarse por todo ello. ¿Podía haber algo más natural que eso de que Edmund procurara ser útil e hiciera gala de sus bondades cerca de quien fuese? Fanny hubo de decirse, eso sí, que Henry hubiese muy bien podido ahorrarle la molestia... que hubiera sido muy propio y muy correcto en un hermano el encargarse de aquel asunto; pero Mr. Crawford, a pesar de todas sus cacareadas bondades y todo su presunto arte de manejar, probablemente no entendía nada en el asunto y, desde luego, no tenía nada de

efectivamente amable comparado con Edmund. Después, Fanny pensó que era bastante duro para la yegua atender a aquella doble obligación que le había sido impuesta; si de ella se olvidaban, había que acordarse de la pobre yegua.

No tardó en tranquilizarse algo su espíritu, al ver que se dispersaba el grupo de la pradera y que miss Crawford, siempre a caballo, pero guiada ahora por Edmund a pie, salía por un portalón a la callejuela, se introducía en el parque y se dirigía seguidamente hacia el punto donde ella se encontraba. Entonces empezó a invadirla el temor de parecer descortés en su impaciencia, y salió a su encuentro, ansiosa de evitar tal sospecha.

—Querida Fanny —dijo miss Crawford, en cuanto pudo hacerse oír—, he venido a fin de presentarle mis excusas personalmente por haberla tenido aguardando; pero no sé qué decirle. Me daba cuenta de que era ya muy tarde y de que me estaba portando enormemente mal; y por lo mismo debe usted perdonarme, yo se lo ruego. El egoísmo tiene que perdonarse siempre, porque es un mal que no tiene remedio, ¿no cree?

La contestación de Fanny fue en extremo cortés, y Edmund añadió que estaba seguro de que a ella no le coma ninguna prisa:

—Pues —dijo— a mi prima le queda tiempo más que suficiente para dar un paseo dos veces más largo de lo que acostumbra, y usted ha contribuido a su mayor comodidad al evitar que saliera media hora antes, ya que el cielo se está nublando y, así, Fanny no padecerá el calor que hubiera tenido que soportar en aquel caso. Desearía que no se sintiera *usted* fatigada por el mucho ejercicio. Podía haberse evitado este paseo hasta aquí.

—Nada de ello me fatiga, como no sea dejar el caballo, se lo aseguro —replicó Mary, mientras descabalgaba ayudada por él—. Soy muy fuerte. Nunca me fatiga nada, excepto el tener que hacer lo que no me gusta. Miss Price: le cedo a usted la vez con muy mala gracia, pero sinceramente le deseo un paseo agradable, y que sólo tenga que contarme excelencias de este querido, delicioso y bello animal.

En aquel momento llegó junto a ellos el viejo cochero, que había estado aguardando cerca con su caballo; Fanny montó en el suyo y ambos partieron atravesando el parque en otra dirección... sin que en ella disminuyera su desazón al darse vuelta y ver a los otros dos, caminando juntos por la pendiente de la colina hacia el pueblo; ni le hicieron mucho bien los comentarios de su acompañante sobre las excelentes disposiciones de miss Crawford para amazona, cosa que el hombre había estado observando casi con tanto interés como ella misma.

—¡Da gusto ver a una mujer con tanto arrojo para montar! —decía el buen hombre—. Jamás conocí a otra que se mantuviera tan bien a caballo. Parece que no tenga ni idea del miedo. Muy diferente de usted, señorita, cuando empezó, seis años hará en la próxima Pascua. ¡Bendito sea Dios! ¡Cómo temblaba usted cuando sir Thomas la sentó en la montura por primera vez!

En el salón, Mary Crawford fue también muy celebrada. Los dones del valor y la fuerza con que la había dotado la naturaleza eran muy apreciados por las hermanas Bertram; el gusto de Mary por montar era igual al de ellas; su precocidad para aprender era, también, igual a lo que se había manifestado en

ellas, y se complacían en elogiarla.

—Estaba segura de que enseguida aprendería a montar perfectamente —dijo Julia—; parece hecha para eso. Tiene una figura tan esbelta como la de su hermano.

—Sí —agregó María—, y su espíritu es igualmente admirable, y tiene un carácter tan enérgico como él. No puedo menos que pensar que la buena disposición para montar tiene mucho que ver con el temperamento.

Cuando se separaron aquella noche, Edmund preguntó a Fanny si tenía intención de dar su paseo a caballo el día siguiente.

—No, no sé... No, si necesitas la yegua —fue su contestación.

—No la necesito para mí —dijo él—; pero, siempre que prefirieses mañana quedarte en casa, creo que a Mary le gustaría poderla disfrutar más tiempo... toda una mañana, en fin. Tiene unos grandes deseos de llegarse hasta los pastos comunes de Mansfield. La señora Grant le ha hablado de su magnífica panorámica, y no dudo que ella sabrá apreciarla igualmente. Pero, para eso, lo mismo da una mañana que otra. Ella sentiría muchísimo perjudicarte. Y estaría muy mal que no le importase. Ella sólo monta por placer; tú, por la salud.

—No pienso pasear a caballo mañana, la verdad —dijo Fanny—. He salido muy a menudo últimamente, y con más gusto me quedaré en casa. Ya sabes que ahora estoy bastante fuerte para andar.

Vio que Edmund quedaba complacido, y esto le sirvió de consuelo. El paseo a los pastos comunales de Mansfield tuvo lugar a la mañana siguiente. El grupo lo integraba toda la gente joven, excepto Fanny, y todos disfrutaron mucho durante la excursión y después, por la noche, al comentarla. Cuando un plan de esta clase resulta un éxito, lleva generalmente a otro; y la visita a los pastos comunales de Mansfield los animó a todos a planear una nueva excursión a otra parte cualquiera para el día siguiente. Había otras muchas panorámicas que admirar; y, aunque el tiempo era caluroso, no faltaban veredas sombreadas que conducían adonde quisiera ir. Un grupo juvenil siempre encuentra caminos sombreados. Cuatro mañanas deliciosas se emplearon sucesivamente de ese modo, mostrando a los Crawford la comarca y haciendo los honores a sus más bellos rincones. Todo respondía magníficamente, todo era júbilo y buen humor, el calor no proporcionaba más molestia que la necesaria para referirse al mismo con placer... hasta que al cuarto día se nubló la dicha de un miembro del grupo. Nos referimos a María Bertram. Edmund y Julia fueron invitados a comer en la rectoría, y a *ella* se la excluyó. La idea y el hecho se debían a la señora Grant; medida que adoptó con la mejor intención y por deferencia a Mr. Rushworth, cuya llegada a Mansfield estaba anunciada como probable para aquel día; pero María lo tomó como una grave ofensa y tuvo que emplear a fondo el freno de su buena crianza, sometida a la más dura prueba, para ocultar su rencor y su rabia hasta llegar a casa. Como Rushworth no se presentó, se hizo más duro el agravio, y ni siquiera tuvo el consuelo de demostrar el poder que sobre él ejercía; tuvo que conformarse con mostrar su mal humor ante su madre, su tía y su prima, y proyectar toda la melancolía posible sobre la comida y los postres.

Entre diez y once Edmund y Julia entraron en el salón, tonificados por el aire fresco de la noche, animados y contentos, personificando el reverso mismo de lo

que observaron en las tres damas allí sentadas. María se molestó apenas en levantar los ojos del libro que estaba leyendo, lady Bertram se hallaba medio dormida, y hasta la señora Norris, destemplada por el mal humor de su sobrina, y no habiendo recibido inmediata respuesta a las dos o tres preguntas que hizo acerca de la comida, parecía totalmente resuelta a no decir una palabra más. Durante unos minutos hermano y hermana estuvieron demasiado entregados al mutuo comentario sobre la magnificencia de la noche y el intenso brillo de las estrellas, para pensar más que en sí mismos; pero, al producirse el primer silencio, Edmund, mirando en derredor, dijo:

—¿Dónde está Fanny? ¿Se ha acostado ya?

—No; que yo sepa, no —contestó la señora Norris—; hace un momento estaba aquí.

Su dulce voz, al hacerse oír desde el otro extremo de la sala, que era muy espaciosa, les indicó que estaba en el sofá. Tía Norris empezó a gruñir:

—Es un truco muy tonto, Fanny, esto de arrinconarse para pasarse la noche holgazaneando en un sofá. ¿Por qué no te acercas y te sientas aquí, y te empleas en algo como hacemos *nosotras? Si* no tienes labor tuya, yo puedo proporcionártela de la cesta de los pobres. Allí está todo el percal nuevo, comprado la semana pasada, todavía intacto. Te aseguro que casi se me quebró el espinazo al cortarlo. Tienes que aprender a pensar en los demás; y, puedes creerme, es un hábito muy feo en una persona joven el estar siempre recostada en un sofá.

Antes de que dijera la mitad del discurso, Fanny había vuelto a su sitio en la mesa y había tomado de nuevo su labor; y Julia, que gozaba aún del excelente humor que le habían proporcionado las diversiones del día, quiso hacer justicia a su prima exclamando:

—¡Pero, tía, si Fanny se sienta en el sofá menos que nadie de la casa!

—Fanny —dijo Edmund, después de observarla con atención—, estoy seguro de que te ha dado la jaqueca.

Ella no pudo negarlo, pero dijo que no era muy fuerte.

—Me cuesta creerlo —replicó él—; conozco demasiado bien tu semblante. ¿Desde cuándo te duele la cabeza?

—Desde un poco antes de la cena. No será más que un poco de insolación.

—¿Saliste a pasear con el calor de hoy?

—¡Que si ha salido! Claro que salió —terció tía Norris—; ¿querías que se quedase en casa con este día tan espléndido? ¿Acaso no salimos *todos?* Hasta tu madre salió hoy y estuvo fuera más de una hora.

—Sí, es cierto, Edmund —agregó lady Bertram, a quien había desvelado por completo la enérgica reprimenda de tía Norris a Fanny—; estuve fuera más de una hora. Durante tres cuartos de hora permanecí sentada en el jardín, mientras Fanny cortaba las rosas. Me resultó muy agradable, te lo aseguro, pero hacía demasiado calor. Allí estaba bastante sombra, por supuesto, pero la verdad es que temía el regreso hasta casa.

—¿Y dices que Fanny estuvo cogiendo rosas?

—Sí; y me temo que serán las últimas del año. ¡Pobrecita! Ella no pasó poco calor. Pero las rosas estaban tan abiertas que no era posible esperar más.

—No podía evitarse, ciertamente —dijo tía Norris, en un tono de voz bastante más suave—; pero me pregunto si su jaqueca no provendrá de *entonces.* No hay nada que dé tanta jaqueca como ajetrearse bajo un sol ardiente; pero yo creo que mañana estará bien. ¿Qué te parece si le dejases tu vinagrillo? Yo nunca me acuerdo de llenar mi frasco.

—Ya lo tiene —dijo lady Bertram—. Lo tiene desde la segunda vez que regresó de tu casa.

—¡Cómo! —exclamó Edmund—. ¿Además de coger rosas ha hecho estas caminatas, atravesando el parque bajo este sol abrasador, y nada menos que por dos veces? No es raro que le duela la cabeza.

La señora Norris se puso a hablar con Julia y no oyó nada.

—Ya me temí que sería demasiado para ella —dijo lady Bertram—. Pero, cuando tuvimos las rosas en la mano, tu tía manifestó deseos de quedarse con ellas; y, como comprenderás, fue preciso llevárselas a su casa.

—Pero, ¿tantas rosas había como para obligarla a hacer dos viajes?

—No, pero había que ponerlas a secar en el cuarto para forasteros y, por desgracia, Fanny se olvidó de cerrarlo y traer la llave; por eso tuvo que volver.

Edmund se puso en pie y empezó a pasear por la habitación diciendo:

—¿Y no se pudo emplear a nadie más que a Fanny para esta diligencia? A fe mía que ha sido un asunto muy mal llevado.

—Pues te aseguro que no veo cómo hubiera podido hacerse mejor —gritó la señora Noms, incapaz de hacerse la sorda por más tiempo—, a no ser que hubiese ido yo misma, claro. Pero yo no puedo estar en dos sitios a la vez; y en aquel preciso instante estaba hablando con Mr. Green acerca de la lechera de tu madre, por deseo de ésta, y había prometido a John Groom escribir a la señora Jefferies dándole noticias de su hijo, y el pobre muchacho llevaba ya media hora esperándome. Me parece que nadie puede acusarme justamente de que me desentienda de las cosas en ninguna ocasión, pero la verdad es que no puedo hacerlo todo a un tiempo. Y, en cuanto a que Fanny haya ido andando por mí hasta mi casa (no hay mucho más de un cuarto de milla), no creo que fuera pedirle nada irrazonable. ¿Cuántas veces no hago yo el mismo recorrido hasta tres veces al día, mañana y tarde... sí, haga el tiempo que haga?... ¡Y no me quejo por eso!

—¡Ojalá tuviera Fanny la mitad de tus fuerzas, tía!

—Si Fanny hiciera sus ejercicios fisicos con más regularidad, no se rendiría tan pronto. No ha salido a caballo desde no sé cuántos días, y estoy convencida de que cuando no monta le conviene pasear. De haber salido antes con el caballo, yo no le hubiera dado el encargo. Pero creí que incluso le haría bien después de haber estado tanto rato con la cabeza inclinada sobre las rosas, tomando el sol; pues nada hay tan refrescante como un paseo después de una fatiga de esta clase, y, aunque el sol era fuerte, no hacía un calor exagerado. Entre nosotros, Edmund —terminó, indicando con un movimiento de cabeza a su madre—, fue el cortar las rosas y vaguear al sol entre las flores lo que le hizo daño.

—Me temo que esto fue, en efecto —dijo lady Bertram, mucho más cándida que su hermana y que casualmente oyó algo de lo que ésta acababa de

manifestar—. Mucho me temo que fue allí donde cogió el dolor de cabeza, pues hacía un calor como para matar a cualquiera. No sé cómo pude soportarlo. Estarme allí sentada, y llamar a Pug, y vigilar que no se metiera en los macizos de flores, fue casi demasiado para mí.

Edmund no dijo más a las dos señoras. Se dirigió con paso lento a otra mesa, en la que estaba aún la bandeja de la cena, llenó un vaso de Madeira para Fanny y la obligó a bebérselo casi entero. Ella hubiera querido ser capaz de rehusarlo; pero las lágrimas, que asomaron a sus ojos impulsadas por diversos y encontrados sentimientos, hicieron que le fuera más fácil engullir que hablar.

A pesar de lo enojado que Edmund estaba con su madre y su tía, más lo estaba aún consigo mismo. Su propio olvido de ella era peor que todo cuanto las dos habían hecho. Nada de esto hubiera ocurrido de haberle guardado la debida consideración; pero se la había dejado cuatro días seguidos sin opción al ejercicio ni al trato con amigos y sin excusa alguna para eludir cualquier insensatez que pudieran encargarle sus tías. Se avergonzó al pensar que durante cuatro días se había visto imposibilitada de montar y se hizo la firme promesa, por mucho que le contrariase privar de un placer a miss Crawford, de no permitir que aquello volviese a ocurrir nunca más.

Fanny fue a acostarse con el corazón tan repleto de emociones como en la noche de su llegada a Mansfield Park. Su estado de ánimo había sin duda influido en su indisposición; pues durante los últimos días se había sentido abandonada y había estado luchando contra todo sentimiento de disgusto y envidia. Al recostarse en el sofá., en el que se había refugiado con el deseo de pasar inadvertida, el dolor de su alma superaba en mucho al de su cabeza; y el súbito cambio que en el estado de su espíritu habían producido las atenciones de Edmund hizo que casi no supiera cómo soportar su emoción.

CAPÍTULO VIII

Los paseos a caballo de Fanny se reanudaron al día siguiente; y como la mañana era fresca, agradable, menos calurosa que las inmediatas anteriores, Edmund confió en que no tardaría en resarcirse de la salud y el goce perdidos. A poco de haber salido ella de paseo, llegó Mr. Rushworth en compañía de su madre, que acudió en visita de cortesía y dispuesta a mostrarse especialmente cortés al insistir para que se llevara inmediatamente a la práctica el plan de visitar Sotherton, que se había esbozado quince días atrás y que se había dejado dormir, a causa de haber tenido que ausentarse ella de la finca. A la señora Norris y a sus sobrinas les hizo mucha ilusión que se sacudiera el polvo del citado proyecto, y se señaló una fecha próxima, que fue aceptada, a condición de que Henry Crawford no tuviera otro compromiso contraído con anterioridad. El joven elemento femenino tuvo buen cuidado de introducir esta

salvedad, y aunque tía Norris de buena gana hubiera respondido por él, ellas no quisieron autorizar esta libertad ni correr el riesgo. Al fin, después de atender a una insinuación de María Bertram, Mr. Rushworth descubrió que lo más propio era que él se llegara a la rectoría sin perder más tiempo, hablase directamente con Henry y le preguntase si el jueves le iría bien.

Antes de que él volviera, se presentaron la señora Grant y Mary Crawford. Como llevaban algún tiempo fuera de casa y habían seguido un camino distinto hasta allí, no se habían tropezado con él. Sin embargo se dieron confortadoras esperanzas de que encontraría en casa a Mr. Crawford. Se habló, naturalmente, de la proyectada excursión a Sotherton. Era casi imposible, desde luego, que se hablara de otra cosa, pues tía Norris estaba la mar de ilusionada por ello; y la señora Rushworth, mujer ingenua, afable, insulsa y pomposa, que no concedía importancia a nada que no estuviera relacionado con sus propios asuntos y los de sus hijos, no había abandonado aún su insistencia cerca de lady Bertram para que se uniera a la partida. Lady Bertram no hacía más que rehusar; pero su modo suave al negarse hacía que la señora Rushworth siguiera pensando que deseaba aceptar, hasta que el mayor número de palabras y el tono más alto empleados por tía Norris la convencieron de lo contrario.

—Sería muy fatigoso para mi hermana, excesivamente fatigoso, se lo aseguro, mi querida señora Rushworth. Son diez millas de ida y otras diez de vuelta, bien lo sabe usted. Debe excusar a mi hermana en esta ocasión y aceptamos a nuestras queridas niñas y a mí, sin ella. Sotherton es el único lugar que podría suscitar en ella un *deseo* de ir tan lejos, pero no puede ser, desde luego. Ella tendrá la compañía de Fanny Price, ¿sabe usted?, de modo que todo se combinará perfectamente bien; y, en cuanto a Edmund, como no está aquí para decirlo personalmente, yo puedo responder de lo mucho que le encantará unirse a la partida. Él podrá ir a caballo, ¿sabe usted?

La señora Rushworth, viéndose obligada a admitir que lady Bertram se quedara en casa, sólo pudo lamentarlo:

—El verme privada en tal ocasión de su honrosa compañía será para mí un gran pesar, y me hubiera causado una gran satisfacción recibir también a esta jovencita, miss Price, que nunca ha estado en Sotherton, y es una lástima que no conozca el lugar.

—Es usted muy amable, toda amabilidad, señora mía —expresó tía Norris—; pero, por lo que a Fanny se refiere, ya tendrá infinidad de ocasiones de conocer Sotherton; tiene mucho tiempo ante—si. Y de que pudiera ir ahora, ni hablar. A mi hermana le sería totalmente imposible prescindir de ella.

—¡Oh, no! No puedo pasarme sin Fanny.

La señora Rushworth procedió acto seguido, bajo la convicción de que todo el mundo tenía que estar ansioso por conocer Sotherton, a incluir a miss Crawford en la invitación; y la señora Grant, que no se había tomado la molestia de visitar a la señora Rushworth cuando ésta se instaló en su finca de la cercanía, rehusó cortésmente por su parte, satisfecha de asegurar un motivo de placer a su hermana Mary, la cual, previos los convenientes ruegos e insistencias, no tardó en aceptar la atención. Mr. Rushworth volvió de la rectoría con resultados positivos de su visita, y Edmund compareció después, llegando justo a tiempo

para enterarse de lo que se había acordado para el jueves, acompañar a la señora Rushworth hasta su carruaje y bajar hasta la mitad del parque con la señora Grant y su hermana.

A su regreso al comedor auxiliar de la casa, encontró a tía Norris intentando esclarecer en su concepto si la integración de Mary en la partida sería conveniente o no, o si el birlocho de su hermano no iría lo bastante completo sin ella. Las hermanas Bertram se rieron de sus temores, asegurándole que en el birlocho cabrían cuatro personas perfectamente, sin contar el pescante, donde podría ir *una* al lado de *él.*

—Pero, vamos a ver, ¿por qué es necesario emplear el carruaje de Crawford, o *solamente* el suyo? —consideró Edmund—. ¿Por qué no hemos de hacer uso del calesín de nuestra madre? Ya el otro día, cuando se habló del proyecto por primera vez, no pude entender por qué una visita de la familia no ha de hacerse con el carruaje de la familia.

—¡Vaya! —exclamó Julia—. ¡Ir hasta tres personas encajonadas en un calesín en este tiempo, pudiendo disponer de asientos en un birlocho! No, mi querido Edmund, esto sí que no resultaría.

—Además —agregó María—, sé que Mr. Crawford cuenta con llevamos. Después de lo que se habló al principio, reclamaría este derecho por considerarlo un compromiso.

—Y, mi buen Edmund —añadió tía Norris—, sacar dos carruajes cuando con uno basta sería buscarse molestias inútiles. Y, entre nosotros, el cochero no es muy amigo de las carreteras que nos unen a Sotherton; siempre se queja con mal humor de que por lo angosto de los caminos se araña el coche, y se comprende que no nos gustaría que vuestro padre, a su regreso, se encontrara con el barniz completamente rayado.

—Ésta no seria una razón muy noble para hacer uso del de Mr. Crawford —opinó María—; pero la verdad es que Wilcox es un pedazo de viejo estúpido que no tiene noción de cómo hay que conducir. Apostaria a que lo angosto de los caminos no representará ningún inconveniente el jueves próximo.

—No creo que sea un sacrificio —dijo Edmund— ni nada desagradable ir en el pescante del birlocho.

—¡Desagradable! —exclamó María—. ¡Por Dios! Yo creo que todo el mundo lo consideraría el asiento favorito. Es como mejor pueden apreciarse las bellezas del paisaje. Es probable que la misma Mary Crawford prefiera reservarse la plaza del pescante para ella.

—Entonces no puede haber obstáculo que impida a Fanny ir con vosotras; no cabe ya dudar de que dispondréis de un sitio para ella.

—¡Fanny! —exclamó la señora Norris—. Querido Edmund, no hay que pensar en que venga con nosotras. Se quedará con su tía. Así lo dije a la señora Rushworth. No la esperan.

—No puedes tener motivo, supongo, madre —dijo él, dirigiéndose a lady Bertram—, para desear que Fanny *no* se una a la partida, como no sea por ti, por tu comodidad. Pero si pudieras prescindir de ella no tendrías el menor empeño en que se quedara en casa, ¿verdad?

—Claro que no; pero *no puedo* prescindir de ella.

—Podrás, si me quedo yo en casa, como pienso hacer.

Estas palabras provocaron un clamor general.

—Sí —prosiguió él—; no es necesario, en absoluto, que yo vaya, y pienso quedarme en casa. A Fanny le gustaría conocer Sotherton. Me consta que lo desea muchísimo. Pocas veces se le da una satisfacción como ésta, y estoy convencido, madre, de que te gustaría proporcionarle ahora este placer.

—Oh, claro, mucho me gustaría... siempre que tu tía no vea algún inconveniente.

Tía Norris se apresuró mucho a exponer el único inconveniente que podía existir aún: el de haber asegurado decididamente a la señora Rushworth que Fanny no podría ir, y el efecto tan raro que, por consiguiente, produciria el llevarla, lo que le pareció una dificultad totalmente imposible de superar. ¡Causaría el efecto más desastroso! Sería un proceder tan sumamente descortés, tan rayano en falta de respeto para la señora Rushworth, cuyo modo de comportarse era precisamente ejemplo de hidalguía y buena educación, que ella no se veía capaz de afrontarlo. La señora Norris no le tenía ningún afecto a Fanny, ni jamás había sentido deseos de proporcionarle satisfacción alguna; pero la oposición que en este caso hacía a Edmund provenía más de un partidismo por su plan, porque era el que ella había concebido, que de otra cosa. Consideraba que lo había combinado todo magníficamente bien y que cualquier alteración sólo serviria para estropearlo. Por eso al replicarle Edmund, lo que hizo en cuanto ella tuvo a bien prestarle oídos, que no tenía por qué preocuparse de lo que diría la señora Rushworth, pues al cruzar con ella el vestíbulo había aprovechado la oportunidad para decirle que Fanny Price se uniría probablemente a la partida y había recibido en el acto una invitación más que suficiente para su prima, tía Norris se sintió demasiado humillada para rendirse con mucha elegancia y se limitó a decir:

—Está bien, está bien, como tú quieras; combínalo a tu manera. Te aseguro que a mí tanto me importa.

—Es de un efecto bastante raro —dijo María— que te quedes tú en casa en lugar de Fanny.

—Creo que Fanny deberia agradecértelo muchísimo —añadió Julia, apresurándose a abandonar la habitación apenas acabó de pronunciar estas palabras, al darse cuenta de que también pudiera ser ella quien se ofreciese para quedarse en casa.

—Fanny sentirá toda la gratitud que pueda merecer una cosa así —dijo Edmund por toda réplica, y quedó agotado el tema.

La gratitud de Fanny al enterarse del plan fue, de hecho, muy superior a su satisfacción. Su sensibilidad vibró por la atención de Edmund, con toda, y aun más que con toda, la fuerza que él, ignorando los amorosos sentimientos de su prima, pudiera imaginar; pero le dolía que él tuviera que sacrificar su diversión por ella, y hasta su misma ilusión por conocer Sotherton se convertía en desencanto si no podía ir con él.

La siguiente reunión de las dos familias de Mansfield introdujo en el plan otra modificación, que fue acogida con general aplauso. La señora Grant ofreció quedarse aquel día en Mansfield Park para acompañar a lady Bertram, en vez

de Edmund; su esposo, el doctor Grant, se reuniría con ellas para comer. A lady Bertram le pareció muy bien que se hiciera así, y las damiselas recobraron su buen humor. También Edmund quedó muy agradecido por un arreglo que le permitía ocupar de nuevo su puesto en la expedición; y la señora Norris manifestó que era un plan excelente, que lo tenía en la punta de la lengua y que estaba a punto de proponerlo cuando la señora Grant se le anticipó.

El jueves amaneció con un tiempo magnífico, y poco después del desayuno llegó Henry Crawford conduciendo a sus hermanas en el birlocho. Como todos estaban dispuestos, sólo faltaba que la señora Grant se apease y los demás ocuparan sus puestos. El asiento de los asientos, la plaza envidiada, el puesto de honor, estaba aún por adjudicar. ¿A quién caería en suerte? Mientras las hermanas Bertram, cada una por su lado, estaban meditando cómo mejor asegurárselo, dando la sensación de que lo cedían a los demás, la señora Grant se encargó de resolver la cuestión diciendo, al tiempo que se apeaba del coche:

—Como ustedes son cinco, mejor será que una se siente al lado de Henry; y como usted, Julia, dijo no hace mucho que le gustaría saber conducir, creo que se le presenta una buena oportunidad para tomar una lección.

¡Julia dichosa! ¡Desdichada María! La primera subió al pescante del birlocho sin pensarlo más, la segunda ocupó un sitio en el interior, triste y mortificada; y el coche arrancó entre las despedidas de las dos señoras que se quedaban y los ladridos del faldero en los brazos de su ama.

El camino discurría por un delicioso paisaje; y Fanny, que nunca se había distanciado mucho en sus paseos a caballo, no tardó en descubrir horizontes ignorados por ella, sintiéndose feliz al observar todo lo nuevo y admirar todo lo bello. No se la invitaba con frecuencia a participar en la conversación general, ni ella lo deseaba. Sus propios pensamientos y reflexiones solían ser sus mejores compañeros; y observando el aspecto de la campiña, la orientación de los caminos, las variaciones del terreno, el estado de las cosechas, las cabañas, los rebaños, los chiquillos, halló un entretenimiento que sólo hubiera podido sublimarse teniendo al lado a Edmund para hablarle de las sensaciones que experimentaba. Éste era el único punto de coincidencia entre ella y la damisela que iba sentada a su lado; aparte la estimación que profesaba a Edmund, miss Crawford era en todo muy distinta a ella. Mary no tenía nada de la delicadeza de gustos, de espíritu, de sentimientos, que poseía Fanny; veía la naturaleza, la inanimada natura, sin observarla apenas; su atención se concentraba toda en los hombres y las mujeres, su inteligencia captaba sólo lo superficial y animado. Pero en cuanto a ocuparse de Edmund, tratando de descubrirle cuando dejaban atrás una recta en la carretera, o cuando él los adelantaba en el ascenso a alguna loma de respetable altura, iban las dos muy unidas, y algún que otro «¡ahí está!» se les escapó a ambas simultáneamente más de una vez.

Durante las siete primeras millas, el viaje tuvo muy poco aliciente para María Bertram; su mirada siempre iba a dar con el espectáculo de Henry Crawford y su hermana Julia, sentados uno al lado de la otra en el pescante, conversando animadamente y divirtiéndose de lo lindo; y el solo hecho de ver el expresivo perfil de Henry cuando se daba vuelta para sonreír a Julia, o de oír las risas que ésta soltaba de vez en cuando, era para ella un motivo constante de irritación

que su sentido de lo correcto apenas conseguía disimular. Cuando Julia se daba vuelta, era con una expresión de deleite en el rostro, y cuando hablaba lo hacía con extraordinaria animación. «¡Aquí se disfruta de una vista espléndida!» «Me gustaría que todos pudiesen ver el paisaje tan bien como yo», etc., etc. Pero su única oferta de permuta la hizo a miss Crawford, cuando lentamente alcanzaban la cima de un extenso collado, y cuanto en sus palabras hubo de invitación no pasó de esto:

—Aquí se quiebra el paisaje en un estallido de magnificencia. Quisiera ofrecerle mi asiento; pero ya veo que no querrá aceptarlo, ni siquiera permitirá que insista.

Y miss Crawford apenas pudo contestarle antes de que se encontrasen ya corriendo a buena marcha por la otra vertiente.

Al adentrarse en la zona de influencia de Sotherton, María Bertram, de quien pudiera haberse dicho que tenía un arco con dos cuerdas, empezó a sentirse mejor. Tenía «sentimientos Rushworth» y «sentimientos Crawford»; y, en la vecindad de Sotherton, los primeros ejercían una influencia considerable. La importancia de Mr. Rushworth era también la de ella. No pudo decir a Mary Crawford que aquellos bosques pertenecían a Sotherton, ni comentar distraídamente que creía que los campos que ahora atravesaban eran todos, a uno y otro lado de la carretera, propiedad de Mr. Rushworth, sin que latiera con júbilo su corazón; y su satisfacción iba en aumento a medida que se aproximaban a la importante mansión feudal y antigua residencia solariega de la familia.

—A partir de ahora ya no tendremos mal camino; se acabaron las molestias. Lo que queda de carretera es como debe ser. Mr. Rushworth lo ha hecho, después de heredar la finca. Aquí empieza la aldea. Aquellas cabañas son, realmente, una ignominia. La aguja de la iglesia es conocida por su notable hermosura. Me gusta que la iglesia no esté tan pegada a la casa grande como ocurre a menudo en lugares antiguos. El fastidio de las campanas ha de ser terrible. Allí está la rectoría... casas de aspecto muy pulcro; y tengo entendido que el rector y su esposa son personas muy respetables. Aquello son casas de beneficencia, fundadas por miembros de la familia. A la derecha está la casa del administrador; es hombre muy respetable. Ahora llegamos al pabellón del guarda; pero nos queda todavía casi una milla de parque. Como usted ve, no es feo en este extremo; hay algunos árboles preciosos. Pero la situación de la casa es desastrosa. Para llegar a ella hemos de recorrer media milla cuesta abajo; y es una lástima, porque no tendría mal aspecto si tuviera mejor acceso.

Miss Crawford no regateó su admiración; fácilmente adivinó cuáles eran los sentimientos de María y se empeñó en aumentar su gozo todo lo posible. La señora Norris era toda entusiasmo y volubilidad; y hasta Fanny tenía algo que expresar, admirada, y era escuchada con agrado. Su mirada captaba con avidez cuanto se le ofrecía a su alcance; y después que hubo logrado, no sin algún esfuerzo, descubrir la casa, observando que «era una clase de edificio que ella no podía mirar sino con respeto», añadió:

—Bueno, ¿y dónde está la avenida? La casa está orientada al Este, según veo. La avenida, por tanto, tiene que hallarse detrás. Mr. Rushworth habló de la

fachada del Oeste.

—Sí, está exactamente detrás de la casa; se inicia a corta distancia y desciende, en una extensión de media milla, hasta el límite del parque. Algo de ella puede verse desde aquí... algo de los árboles más distantes. Es todo roble.

Miss Bertram podía hablar ahora con plena suficiencia de lo que nada sabía unos días atrás, cuando Mr. Rushworth le preguntó su opinión; y en su espíritu se agitaba toda la felicidad que puedan proporcionar el orgullo y la vanidad, cuando se detuvieron ante la amplia escalinata de piedra de la entrada principal.

CAPÍTULO IX

Mr. Rushworth estaba en la puerta para recibir a su hermosa dama y a todos dio la bienvenida con la debida atención. En el salón viéronse acogidos con la misma cordialidad por la madre, y María Bertram fue objeto de todos los honores que podía desear. Una vez terminadas las ceremonias motivadas por la llegada se hizo preciso, ante todo, comer; y las puertas se abrieron de par en par, a fin de que los invitados pasaran, atravesando un par de salas intermedias, al salón comedor, donde les esperaba una colación preparada con abundancia y buen gusto. Mucho se habló, mucho se comió, y todo fue bien. Luego se tomó en consideración lo referente al especial motivo de la visita. ¿Qué le parecía a Mr. Crawford, qué medio preferiría emplear para dar un vistazo a los terrenos? Mr. Rushworth hizo mención de su carrocín. Mr. Crawford sugirió la mayor conveniencia de un carruaje que admitiera más de dos personas, y añadió:

—Vemos privados del favor de otros ojos y otros pareceres sería un perjuicio, incluso superior al sacrificio de estos deliciosos momentos.

La señora Rushworth propuso que se empleara también el calesín; pero esto fue considerado apenas como una solución: las damiselas no sonrieron ni dijeron palabra. La siguiente proposición de la señora Rushworth, ofreciendo mostrar la casa a los que nunca habían estado allí, resultó más aceptable; pues María Bertram gustaba de que se exhibiera toda su grandeza, y los demás acogieron con agrado la perspectiva de hacer algo.

Así, pues, todos se levantaron de la mesa y, guiados por la señora Rushworth, fueron recorriendo gran número de habitaciones, todas altas de techo, muchas de ellas amplias, profusamente amuebladas al gusto de cincuenta años atrás, dotadas de relucientes pavimentos, sólida caoba, ricos damascos, mármoles, tallas y dorados, todo muy bonito dentro de su estilo. Cuadros los había en abundancia, y algunos de ellos buenos, pero la mayoría eran retratos de familia que no interesaban más que a la propia señora Rushworth, la cual se había tomado el mucho trabajo de aprenderse cuanto el ama de llaves pudo enseñarle, y estaba ahora casi tan bien preparada como ésta para mostrar la casa. En la presente ocasión se dirigió principalmente a miss Crawford y a Fanny, aunque

no podía compararse la atención que ponían la una y la otra; pues miss Crawford, que había visto docenas de grandes casas sin interesarse por el contenido de ninguna de ellas, daba la impresión de que se limitaba a escuchar por cortesía, mientras que Fanny, para la cual era todo tan interesante como nuevo, atendía con buena fe desprovista de toda afectación a cuanto la señora Rushworth pudo relatar de la familia en épocas pretéritas: su origen y grandeza, las visitas regias, los méritos de lealtad..., y se deleitaba al relacionarlo con hechos históricos que ya le eran conocidos, o animando su imaginación con escenas del pasado.

La ubicación de la casa excluía la posibilidad de grandes perspectivas desde cualquiera de las habitaciones; y, mientras Fanny y algunos más acompañaban a la señora Rushworth, Henry Crawford fruncía el ceño y meneaba la cabeza al mirar por las ventanas. Todas las habitaciones de la fachada oeste daban a una verde extensión de césped limitada por el comienzo de la avenida, que desde allí podía divisarse en su parte inmediata a la alta verja de hierro.

Cuando hubieron recorrido muchas más habitaciones, de las que cabía suponer que no tenían otra utilidad que la de contribuir al impuesto de ventanas y dar trabajo a las criadas, dijo la señora Rushworth:

—Ahora nos dirigimos a la capilla, en la que, propiamente, deberíamos entrar por arriba para verla desde un punto dominante; pero como estamos en confianza los guiaré por aquí, si me lo permiten.

Entraron. La imaginación de Fanny había previsto algo más grandioso que una simple sala espaciosa, rectangular, sin que al adaptarla a los fines de la devoción se la hubiera provisto de algo más impresionante o más solemne que la profusión de caoba y almohadillas de terciopelo carmesí en la galería superior, destinada a la familia.

—Estoy decepcionada —dijo, hablando a Edmund en voz baja—. Esto no se compagina con la idea que yo tengo formada de una capilla. No tiene nada de imponente, de grandioso, nada que invite al recogimiento. Aquí no hay naves, ni arcos, ni inscripciones, ni estandartes... No hay estandartes, primo mío, que *tremolen en la noche al soplo de un aliento celestial,* ni indicios de que *un monarca escocés duerma debajo.*

—Olvidas, Fanny, lo reciente de esta construcción y lo limitado de su finalidad, en comparación con las viejas capillas de castillos y monasterios. Ésta se hizo tan sólo para uso particular de la familia. Supongo que los grandes personajes estarán enterrados en la iglesia parroquial. Allí es donde puedes buscar estandartes y ambientación.

—He sido tonta al no pensar todo eso; pero me ha desilusionado.

La señora Rushworth empezó su relato:

—Esta capilla se arregló tal como ustedes la ven ahora, en tiempos de Jacobo II. Antes de esta época los bancos eran, según tengo entendido, simples tablones de madera; y hay algunos motivos para creer que los paramentos y almohadillas del púlpito y de los reclinatorios de la familia eran sólo de tela morada; pero esto no es del todo seguro. Es una hermosa capilla, de la que antes se hacía uso mañana y tarde. Siempre leía en ella los rezos el capellán de la casa, como muchos recuerdan. Pero el último Mr. Rushworth suprimió la

costumbre.
—Cada generación tiene sus mejoras —dijo Mary, con una sonrisa, a Edmund.
La señora Rushworth se había alejado para recitar su lección a Mr. Crawford; y Edmund, Fanny y Mary quedaron en un grupo aparte.
—Es una lástima —consideró Fanny— que la costumbre se haya interrumpido. Era un aspecto muy estimable de los tiempos pasados. En una capilla con su capellán hay algo que está muy de acuerdo con una gran casa, según la idea que una se ha formado de lo que una gran casa debe ser. ¡Qué bonito ver a toda una familia que se reúne regularmente para rezar!
—¡Muy bonito, ya lo creo! —exclamó miss Crawford, riendo—. Debe hacer un gran bien a los cabezas de familia eso de obligar a las pobres criadas y a los lacayos a que dejen su trabajo o su recreo para venir aquí, a rezar, dos veces al día, mientras ellos mismas inventan excusas para escabullirse.
—Fanny apenas puede concebir *así* una reunión de familia —observó Edmund—. Si el señor y la señora de la casa no asisten, la costumbre reportará más daños que beneficios.
—De todos modos, es preferible dejar que la gente proceda de acuerdo con su conciencia en estas cuestiones. A cada cual le gusta seguir su camino... escoger la hora y el modo de practicar la religión. La obligación de asistir, la ceremonia, la coerción, la duración... todo eso resulta algo espantoso que a nadie gusta. Y si las buenas gentes que solían arrodillarse y bostezar en esa galería hubiesen llegado a prever que vendrían tiempos en que hombres y mujeres podrían permanecer otros diez minutos en la cama a la hora de levantarse, cuando despertasen con dolor de cabeza, sin temor a verse reprobados por haber faltado a la capilla, hubieran saltado de gozo y de envidia. ¿No os imagináis lo muy contrariadas que las bellas, antiguas moradoras de la casa de Rushworth, acudirían más de una vez a esta capilla? ¿A las jóvenes damitas, Leonoras o Brígidas, muy tiesas y envaradas para fingir piedad, pero con las cabezas llenas de algo muy distinto, especialmente si el capellán no era hombre digno de que se le mirase? Y me figuro que, en aquellos tiempos, los sacerdotes eran aun inferiores a los de ahora.
Pasaron unos momentos sin que nadie contestara. Fanny se sonrojó y miró a Edmund, pero estaba demasiado enojada para hablar; y él necesitó concentrarse un poco antes de poder decir:
—Su espíritu animado y bullicioso apenas le permite estar seria aun tratando de cosas serias. Nos ha trazado usted un esbozo divertido, y desde un punto de vista humano no puede decirse que no fuera así. Todos tropezamos, *a veces,* con la dificultad de no poder fijar nuestra atención como desearíamos. Pero si supone usted que es cosa frecuente, es decir, una debilidad convertida en hábito por negligencia, ¿qué podría esperarse de la piedad *privada* de esas personas? ¿Cree usted que las mentes a las que se les permite, a las que se les consiente que divaguen en la capilla, se recogerían mejor en un gabinete íntimo?
—Sí, es muy probable. Cuando menos tendrían dos contingencias a su favor: habría menos motivos para distraer su atención y la prueba no sería tan larga.
—La mente que no lucha contra sí misma en *una* de las circunstancias, creo

yo que hallaría motivos de distracción en la *otra;* y la influencia del lugar y del ejemplo puede muchas veces suscitar mejores intenciones que las que se tuvieron a entrar. Sin embargo, admito que la mayor duración del servicio represente, a veces, un esfuerzo excesivo para la atención. Uno desearía que no fuese así; pero aún no ha transcurrido bastante tiempo desde que abandoné Oxford para olvidar lo que son los rezos de la capilla.

Mientras así se hablaba, los demás invitados se habían esparcido por la capilla; y Julia hizo que Mr. Crawford se fijara en María, diciendo:

—Fíjate en Mr. Rushworth y en mi hermana, uno al lado del otro, lo mismo que si fuera a celebrarse la ceremonia. ¿Verdad que parecen completamente dispuestos?

Henry sonrió, como asintiendo, adelantóse hasta María y dijo, con voz que sólo ella podía oír:

—No me gusta ver a miss Bertram tan cerca del altar.

María dio un respingo, se apartó instintivamente unos dos pasos, pero se recobró en el acto, aparentó reír y le preguntó, en un tono de voz no mucho más alto:

—¿Quisiera usted apartarme?

—Temo que lo haría muy torpemente —fue su respuesta, que acompañó de una mirada muy significativa.

Julia, que al momento se reunió con ellos, siguió adelante con su broma:

—La verdad, es realmente una lástima que no tenga lugar ahora mismo. Sólo falta la correspondiente licencia. Pues aquí nos hallamos todos reunidos, de modo que sería lo más práctico y agradable del mundo.

Y más dijo y rió sin prevención, como para recabar la atención de Mr. Rushworth y su madre en tomo al tema, dando ocasión a que él susurrara sus galanteos al oído de su amada, y la señora Rushworth dijese, con dignidad y sonrisa apropiadas, que sería para ella el suceso más feliz cuando tuviese lugar.

—¡Si Edmund ya estuviera ordenado! —exclamó Julia; y, corriendo hacia donde él se encontraba con miss Crawford y Fanny, añadió—: Querido Edmund, si ya hubieses sido ordenado podría efectuarse la ceremonia ahora mismo. ¡Qué desgracia que todavía no lo estés! Mr. Rushworth y María están dispuestos.

El rostro de Mary Crawford, mientras Julia hablaba, hubiera divertido a cualquier observador desinteresado. Parecía casi horrorizada ante la noticia que acababa de recibir, Fanny la compadeció; por su mente cruzó esta reflexión: «¡Qué mal le sabrá haber dicho lo de hace un momento!»

—¡Ordenarse! —exclamó miss Crawford—. ¿De modo que va usted a ser sacerdote?

—Sí; voy a ordenarme poco después del regreso de mi padre. Probablemente por Navidad.

Miss Crawford, rehaciendo su ánimo y recobrando su temple, tan sólo replicó:

—De haberlo sabido antes, hubiese hablado del clero con más respeto —y cambió de tema.

Poco después abandonaron todos la capilla, dejándola sumida en la paz y el silencio que reinaban en ella, con pocas interrupciones, en el curso de todo el año. María Bertram, disgustada con su hermana, fue la primera en salir; y todos

parecían sentir que habían permanecido ya allí bastante tiempo.

Habían visitado toda la planta de la casa, y la señora Rushworth, incansable en sus funciones, los hubiera llevado al piso principal dispuesta a mostrarles todas sus habitaciones, si su hijo no se hubiese interpuesto con la duda de que les quedase tiempo suficiente.

—Ya que —dijo, incurriendo en esa especie de argumentación redundante que otros muchos cerebros más preclaros no siempre consiguen eludir—, si alargamos *demasiado* el recorrido por el interior de la casa, luego no nos quedará tiempo para lo que tenemos que hacer fuera. Son más de las dos, y hay que cenar a las cinco.

La señora Rushworth se sometió. La cuestión de proceder al examen de los terrenos, con quién y en qué forma, parecía que iba a debatirse en agitada sesión, y la señora Norris empezaba a disponer la combinación de carruajes y caballos más factible, cuando la gente joven, al encontrarse ante una puerta tentadora abierta a un tramo de escalera que conducía inmediatamente al césped y a los arbustos y a todas las delicias de un jardín de recreo, como obedeciendo a un mismo impulso, a un mismo anhelo de aire y libertad, se deslizó por ella al exterior.

—Podríamos dar una vuelta por aquí, de momento —*propuso* la señora Rushworth, haciéndose cortésmente eco de aquel deseo, y siguiéndoles—. Aquí está la mayor parte de nuestras plantas, y aquí los curiosos faisanes.

—Me pregunto —dijo Henry Crawford, observando en derredor—, ¿no podríamos hallar algo en que empleamos aquí, antes de ir más lejos? Mr. Rushworth, veo unos bancos de roca natural que prometen mucho. ¿No podríamos convocar a la junta en este prado?

—James —dijo la señora Rushworth a su hijo—, creo que a todos les gustaría recorrer el bosque. María y Julia Bertram no lo conocen todavía.

Nadie objetó nada, pero por algún tiempo pareció que no había propensión a moverse para ningún plan ni a distancia alguna. Todos mostraron al principio su interés por las plantas o los faisanes, y todos se dispersaron gozando de la feliz independencia. Mr. Crawford fue el primero en alejarse para examinar las posibilidades que en aquel extremo ofrecía la casa. El terreno, limitado a ambos lados por altos muros, contenía, a continuación de la primera área con plantas, una bolera, y a continuación de la bolera una terraza sostenida por columnas de hierro, desde donde se descubrían las copas de los árboles del bosque contiguo. Era un ángulo excelente para la observación con espíritu crítico. A Mr. Crawford le siguieron pronto María Bertram y James Rushworth; y cuando, poco después, los demás se reunieron en sendos grupos, Edmund, miss Crawford y Fanny hallaron a los primeros en atareada consulta sobre las mejoras. Después de una breve participación en sus deliberaciones, los dejaron y siguieron paseando. Los tres restantes personajes —la señora Rushworth, la señora Norris y Julia— quedaban aún muy atrás; pues Julia, cuya buena estrella no prevaleció mucho tiempo, se vio obligada a caminar al lado de la señora Rushworth y a refrenar la impaciencia de sus pies para acompasarlos a la marcha lenta de la dama; y tía Norris, habiendo establecido contacto con el ama de llaves, que había salido para dar comida a los faisanes, se demoraba comadreando con ella. ¡Pobre

Julia! La única de los nueve que no estaba medianamente satisfecha de su suerte, sentíase ahora como si la hubieran castigado y tan distinta de la Julia que vino en el pescante del birlocho como quepa imaginar. La cortesía que había aprendido a practicar como un deber, le hacía imposible la escapatoria: mientras que la carencia de otros móviles más elevados para el dominio de sí mismo, de un sentido de la debida consideración al prójimo, de un conocimiento de su propio corazón, de esos principios de derecho, en fin, que no había formado parte esencial de su educación, hacían sentirse desgraciada bajo la esclavitud de aquel deber.

—Hace un calor insoportable —dijo miss Crawford, cuando hubieron dado una vuelta por la terraza y se dirigían nuevamente a la puerta que daba acceso a la floresta—. ¿Acaso alguno de nosotros hallaría inconveniente en sentirse a gusto bajo la sombra de los árboles? Ahí tenemos un delicioso bosquecillo... mientras podamos penetrar en él. ¡Qué felicidad si la puerta no estuviera cerrada...! Pero lo está, desde luego. En estas grandes mansiones sólo los jardineros pueden ir adonde les place.

No obstante, resultó que la puerta no estaba cerrada, y todos se avinieron a franquearla con gran alegría, zafándose de los inclementes ardores del sol. Un largo tramo de escalera les condujo a la floresta, que era un bosque plantado en unos dos acres de terreno, y, aunque todo eran alerces y laureles, y hayas recortadas, allí había sombra y belleza natural, en comparación con la terraza y la bolera. Todos acusaron su grato influjo refrigerante y, por algún tiempo, se limitaron a pasear y admirar. Al fin, rompiendo el silencio, miss Crawford comentó:

—De modo que va a convertirse usted en un sacerdote, Mr. Bertram. Es una sorpresa para mí.

—¿Por qué había de sorprenderla? Tenía usted que suponerme destinado a alguna profesión, y pudo darse cuenta de que yo no era abogado, ni militar, ni marino.

—Muy cierto; pero, en definitiva, no se me había ocurrido. Y ya sabe usted que suele haber un tío o un abuelo que deja una fortuna al segundón de una familia.

—Una costumbre muy encomiable —dijo Edmund—, pero no universal. Yo soy una de las excepciones y, por serlo, debo hacer algo por mi cuenta.

—Pero, ¿por qué ha de ser clérigo? Yo creí que, en todo caso, *eso* era el destino del hermano más joven, cuando había muchos otros con derecho de prioridad en la elección de carrera.

—¿Cree usted, entonces, que ésta nunca se elige por vocación natural?

—*Nunca* es palabra atroz. Pero, sí: aplicando el *nunca* de la conversación, que quiere decir *no muy a menudo,* yo lo creo así. A los hombres les gusta distinguirse, y en cualquier parte pueden conseguirse distinciones, menos en el clero. Un clérigo no es nadie.

—Supongo que el *nadie* de las conversaciones tendrá sus gradaciones, como el *nunca.* Unos sacerdote podrá no destacar por su brillantez o su elegancia. No deberá acaudillar turbas ni dar la pauta en la moda. Pero me es imposible admitir que no es *nadie* el individuo que labora en el terreno de mayor importancia para la humanidad, individual o colectivamente considerada, así

para lo temporal como para lo eterno, quien cuida de la religión y la moral y, en consecuencia, de las costumbres que resultan de su influencia. En este aspecto, no hay quien pueda tachar de *nadie* al que ejerce este ministerio; y si, en realidad, mereciera tan pobre concepto, sería porque descuida sus deberes, porque se concede más importancia de la que tiene, pisando fuera de su terreno a fin de aparentar lo que no debe.

—*Usted* concede más importancia a un sacerdote de la que una está acostumbrada a que le reconozcan, o de la que yo misma pueda atribuirle. Poco se notan los efectos de esa influencia benéfica en el seno de la sociedad, y ¿cómo pueden adquirir tal prestigio y ejercer tal influencia en unos medios en que raramente se los ve? ¿Cómo pueden dos sermones a la semana, aun suponiéndolos dignos de ser escuchados, conseguir todo eso que usted dice: moderar la conducta y ordenar las costumbres de una numerosa feligresía para todos los días restantes? Apenas se ve a un sacerdote fuera del púlpito.

—Usted está hablando de Londres; yo me refiero a la nación entera.

—Me figuro que la metrópoli es una bonita muestra de lo que ocurre por doquier.

—No, le aseguro que no lo es de la *proporción* entre la virtud y el vicio que pueda registrarse en el conjunto del reino. No buscamos en las grandes ciudades el mejor ejemplo de moralidad. No es allí donde las gentes de cualquier condición tienen más probabilidades de obrar bien; y, en efecto, no es allí donde más pueda acusarse la influencia de la Iglesia. Al buen predicador se le sigue y admira; pero no es sólo con hermosos sermones como un buen sacerdote puede ser útil a su parroquia, cuando ésta no abarca una demarcación excesivamente extensa y un número demasiado crecido de feligreses, de modo que los mismos tengan ocasión de conocer el carácter personal y observar la línea de conducta de su pastor, caso que raramente puede darse en Londres. Allí, la clerecía se pierde entre la multitud de feligreses. A los más, se les conoce tan sólo como predicadores. Y, en cuanto a lo de influir en las costumbres, Mary, no debe usted interpretarme erróneamente ni suponer que les confiero el carácter de árbitros de la buena educación, artífices del refinamiento y la cortesía o maestros en las ceremonias mundanas. Las *costumbres* de que le hablo podrían más bien llamarse *conducta,* quizás el resultado de los buenos principios... el efecto, en fin, de aquellas doctrinas que ellos tienen el deber de enseñar y recomendar; y creo que en todas partes se hallará que, según el clero sea o no sea como debe ser, así será el resto de la nación.

—Muy cierto —dijo Fanny con gentil gravedad.

—¡Vaya! —exclamó Mary—. Ya ha convencido del todo a Fanny.

—Desearía poder convencer a Mary también.

—No creo que lo consiga jamás —dijo ella, con una picaresca sonrisa—; estoy tan sorprendida ahora como al principio de que tenga la intención de ordenarse. Realmente, usted tiene condiciones para algo mejor. Vamos, cambie de idea; todavía no es demasiado tarde. Hágase abogado..., métase en leyes.

—¡Que me meta en leyes! Y lo dice con la misma naturalidad con que me invitó a meterme en esta floresta.

—Ahora va a decimos algo acerca de que la jurisprudencia es el más salvaje de los dos bosques, pero yo me anticipo; conste que lo he prevenido.

—No es necesario que se apresure usted, si su única finalidad es la de impedirme que diga algo ocurrente, porque en mí no existe el menor ingenio. Soy hombre claro, sólo sé decir las cosas por su nombre y puedo andar perdido en los ribetes de una agudeza durante media hora seguida, sin dar con ella.

Se hizo un silencio general. Los tres quedaron pensativos. Fanny fue la primera en hablar de nuevo:

—No creo que vaya a cansarme mucho con sólo pasear por este delicioso bosque; pero cuando descubramos otro banco, si no os desagrada, me gustaría sentarme un poco.

—¡Mi querida Fanny! —exclamó Edmund, brindándole enseguida el apoyo de su brazo—. ¡Qué descuido el mío! Espero que no te sientas demasiado fatigada. Acaso —añadió, dirigiéndose a Mary— mi otra compañera me haga el honor de aceptar también mi brazo.

—Gracias, pero yo no siento el menor cansancio.

Mientras esto decía aceptó, sin embargo, el ofrecimiento.

Y la satisfacción de Edmund, por ello, unida a su emoción al sentir esta clase de contacto por primera vez, hizo que se olvidara un poco de Fanny.

—¡Si apenas se apoya usted! —dijo él—. Así no le presto ningún servicio. ¡Qué diferente el peso de un brazo femenino comparado con el de un hombre! En Oxford solía muchas veces pasear con algún compañero que se apoyaba en mi brazo, y, en comparación, no pesa usted más que una mosca.

—Le aseguro que no estoy cansada, lo que casi me extraña, pues al menos hemos andado una milla por este bosque. ¿No le parece?

—Ni media milla —fue la tajante contestación de Edmund; pues no estaba aún tan enamorado como para medir las distancias o computar el tiempo con irresponsabilidad femenina.

—¡Oh!, no tiene en cuenta los muchos rodeos que hemos dado. ¡Si ha sido un continuo serpenteo! El bosque ya debe de tener la media milla en línea recta, porque no hemos vuelto a verle el fin todavía, desde que abandonamos el sendero ancho.

—Pero sin duda recordará que, antes de abandonar el sendero ancho, veíamos el final a cuatro pasos. Miramos hacia abajo contemplando el panorama y vimos que quedaba cerrado por una verja de hierro, de la que no podía separamos más que un octavo de milla.

—Bueno, yo no estoy por discutir esos quebrados; lo que sí sé es que es un bosque muy extenso... y que no hemos cesado de dar vueltas y revueltas desde que nos internamos en él; por lo tanto, cuando digo que hemos recorrida una milla, lo hago prescindiendo de la brújula.

—Llevamos exactamente un cuarto de hora en el bosque —dijo Edmund, sacando su reloj—. ¿Cree acaso que andamos a cuatro millas por hora?

—¡Oh!, no me ponga nerviosa con su reloj. Los relojes siempre se atrasan o se adelantan. Yo no puedo someterme a las arbitrariedades de un reloj.

Unos pasos más, y salieron al extremo del sendero a que acababan de referirse; y arrimado a un lado, muy sombreado y protegido, mirando al parque

se extendía a continuación de un foso escarpado, los esperaba un cómodo banco, en el que se sentaron los tres.

—Temo que te sentirás muy cansada, Fanny —dijo Edmund, observándola—; ¿por qué no lo dijiste antes, Será para ti un mal día de asueto, si al fin quedas rendida. Toda clase de ejercicio la fatiga, Mary; excepto la equitación.

—Entonces, ¡qué abominable su comportamiento al permitir que yo acaparase su caballo, como hice la semana pasada! Me avergüenzo por usted, así como de mí misma; pero nunca volverá a suceder.

—Su miramiento y consideración hacen que me sienta más culpable de mi propio descuido. Los intereses de Fanny parece que están más seguros en sus manos que en las mías.

—No obstante, que se encuentre cansada ahora no me sorprende; porque, de todas las obligaciones que puedan existir, no hay otra tan pesada como la que hemos cumplido esta mañana, viendo una casa inmensa, vagando durante horas de una sala a otra, forzando la vista y la atención, escuchando lo que uno no entiende, admirando lo que a uno no le importa... En general, todo el mundo reconoce que es una de las cosas más cargantes del mundo, y para Fanny lo ha sido también, aunque no se haya dado cuenta

—Pronto habré descansado bastante —dijo Fanny—; sentarse a la sombra en un día magnífico y contemplar la vegetación es lo que más alivia.

Poco rato llevaba sentada Mary, cuando se puso de nuevo en pie.

—Necesito moverme —dijo—; la inactividad me fatiga. He estado mirando al parque por encima del foso, hasta aburrirme. Voy a contemplarlo ahora a través de aquella verja, aunque no lo vea tan bien.

Edmund abandonó también el asiento.

—Ahora, Mary, podrá ver el trazado del paseo que en línea recta une los dos extremos del parque, y se convencerá de que no puede tener media milla de longitud, ni acaso la mitad de media milla.

—¡Es una distancia enorme! —replicó ella—. Con una ojeada tengo bastante.

Él siguió razonando, pero en vano. Ella no quería calcular, no quería comparar; sólo quería sonreír y discutir. Un mayor grado de consistencia racional no hubiese podido resultar más atractivo, y ambos continuaron hablando con mutua satisfacción. Al fin convinieron que debían intentar la verificación de las dimensiones del bosque paseando un poco más. Se llegarían hasta uno de sus extremos por la parte en que ahora se encontraban (pues había un sendero recto, cubierto de césped, que se extendía a lo largo de la parte baja bordeando el foso), y acaso se internarían por alguna vereda orientada en otra dirección si ello podía ayudarles, pero a los pocos minutos estarían de vuelta. Fanny dijo que ya había descansado y se disponía a marchar también, pero no lo consintieron. Edmund la instó para que permaneciera donde estaba, con tanta seriedad que ella no se pudo resistir, y la dejaron en el banco pensando con placer en los cuidados de su primo, aunque muy apenada por no sentirse más fuerte. Los observó hasta que doblaron por otro camino, y escuchó hasta que cesaron los últimos ecos de sus voces.

CAPÍTULO X

Pasaron quince minutos, veinte... y Fanny seguía pensando en Edmund, en Mary y en sí misma, sin que nadie la interrumpiera. Empezó a extrañarle que la dejaran sola tanto tiempo y a escuchar con ansias de oír de nuevo sus pasos y sus voces. Escuchaba, escuchaba y al fin pudo oír... sí, eran voces y pasos que se acercaban; pero, apenas acabó de percatarse de que no se trataba de los que ella esperaba, aparecieron María Bertram, Mr. Rushworth y Henry Crawford, procedentes del mismo sendero que ella había seguido antes.

—¡Fanny sola...! Querida Fanny, ¿cómo ha sido esto? —fueron los primeros saludos.

Ella lo contó.

—¡Pobrecita Fanny! —exclamó su prima—. ¡Qué mal te han tratado! Hubiera sido mejor que te quedaras con nosotros.

Después, sentándose en el banco con un caballero a cada lado, reanudó la conversación que antes sostenían, estudiando la posibilidad de las mejoras con gran animación. Nada se concretó, pero Henry Crawford tenía la cabeza llena de ideas y proyectos; y, en términos generales, cuanto él proponía quedaba inmediatamente aprobado, primero por ella y luego por Mr. Rushworth, cuya principal ocupación era, a lo que parecía, escuchar a los demás, sin arriesgarse apenas a exponer alguna sugerencia propia, como no fuera su deseo de que vieran ellos también la finca de su amigo Smith.

Después de dedicar unos minutos a ese tema, miss Bertram, observando la verja de hierro, expresó su deseo de entrar por ella en el parque, a fin de obtener nuevas perspectivas para sus planes. Henry opinó que sería lo mejor que podían hacer, el único medio que les permitiría decidir con algún acierto. Enseguida descubrió una loma a menos de media milla, desde cuya cima tendrían la exacta visión de conjunto que se requería para el caso. Por lo tanto, era incontestable que tenían que ir a la loma y pasar por la verja; pero la verja estaba cerrada. Mr. Rushworth lamentó no llevar encima la llave; dijo que estuvo muy cerca de pensar, antes de salir, en si debía cogerla; que estaba resuelto a no volver jamás por allí sin la llave. Sin embargo, todo esto no resolvía la dificultad presente. No podían atravesar la verja. Y, como en María no menguaban los deseos de hacerlo, Mr. Rushworth acabó por manifestar que estaba dispuesto a ir a buscar la llave y separóse de ellos acto seguido.

—Indudablemente, es lo mejor que podemos hacer, ahora que nos hemos alejado tanto de la casa —dijo Henry, cuando el otro se hubo marchado.

—Sí, no cabe hacer otra cosa. Pero, sinceramente, ¿no encuentra el lugar, en su conjunto, peor de lo que esperaba?

—No, por cierto; muy al contrario. Lo encuentro mejor, más grandioso, más completo en su estilo, aunque acaso este estilo no sea el ideal. Y, si quiere que le diga la verdad —añadió, hablando bastante más bajo—, no creo que jamás

vuelva a ver Sotherton con el placer de ahora. Dificilmente otro verano podrá mejorarlo para mí.

Después de una breve turbación, la damisela replicó:

—Es usted un hombre demasiado mundano para no ver las cosas con los ojos del mundo. Si los demás creen que Sotherton ha mejorado, usted también lo considerará así.

—Temo que no soy tan hombre de mundo como me convendría en algunos casos. Mis sentimientos no son tan deleznables, ni mis recuerdos del pasado tan fáciles de dominar, como es el caso, según uno puede ver por ahí, de los hombres de mundo.

Se siguió un corto silencio. Miss Bertram empezó de nuevo:

—Parece que esta mañana se divirtió usted mucho mientras guiaba el coche. Celebré verle tan entretenido. Usted y Julia no cesaron de reír en todo el camino.

—¿Nos reíamos? Sí, creo que sí; pero no me acuerdo en absoluto de qué. ¡Ah!, creo que le estuve contando unas ridículas anécdotas de un viejo palafrenero irlandés que tiene mi tío. A su hermana le gusta mucho reír.

—¿Le parece ella más alegre que yo?

—Creo que se la divierte con mayor facilidad —replicó Henry—, y por tanto, ¿comprende usted? —agregó sonriendo—, me parece mejor compañera. A usted, no me hubiera visto capaz de divertirla con anécdotas irlandesas durante un recorrido de diez millas.

—Creo que mi carácter, corrientemente, es tan animado como el de Julia, pero ahora tengo más cosas en qué pensar.

—Sin duda; y, en determinadas circunstancias, un exceso de alegría denota insensibilidad. Sin embargo, las perspectivas que a usted se le ofrecen son demasiado halagüeñas para justificar una pérdida de humor. Se halla usted ante un panorama risueño.

—¿Habla usted en sentido literal o figurado? Deduzco que literal. Sí, en efecto. Luce el sol y el parque tiene un aspecto muy alegre. Pero, por desgracia, esa verja de hierro, ese foso escarpado, me dan idea de opresión y limitación. *No puedo salir,* como dice el estornido de la fábula —mientras esto decía, poniendo vehemencia en sus palabras, se aproximó a la verja; él la siguió—. ¡Tarda tanto James en volver con la llave!

—Y por nada del mundo se atrevería usted a salir sin la llave y sin el consentimiento y la protección de Mr. Rushworth; de lo contrario, creo que sin mucha dificultad saltaría usted por este extremo de la verja, con mi ayuda. Creo que podríamos hacerlo, si usted deseara realmente sentirse menos prisionera y tuviera el valor de considerarlo como cosa no prohibida.

—¡Prohibida! ¡Qué tontería! Claro que puedo salir así, y lo haré. James no tardará en llegar, por supuesto; no nos alejaremos mucho, para que nos vea.

—Y, si no nos viera, miss Price tendrá la amabilidad de decirle que nos encontrará cerca de aquella loma... en el robledal de la loma.

Fanny, dándose cuenta de que todo aquello no estaba nada bien, no pudo menos que esforzarse en evitarlo.

—María, te vas a lastimar —porfiaba—; seguro que te lastimarás con esos

clavos; te rasgarás el vestido; corres el riesgo de caerte al foso. Mejor sería que no fueras...

Al decir esto último, su prima se hallaba ya en el otro lado y, sonriendo con todo el buen humor que proporciona el éxito, replicó:

—Gracias, querida Fanny, pero tanto mi traje como yo hemos llegado sanos y salvos; de modo que... ¡adiós!

Fanny se quedó otra vez sola y no de mejor humor, pues la apenaba casi todo lo que había visto y oído. Estaba asombrada de María y enojada con Henry. Como no tomaron el camino recto, sino otro que les obligaría a dar un rodeo y, según a ella le pareció, muy irrazonable para dirigirse a la loma, pronto quedaron fuera del alcance de su vista. Transcurrieron unos minutos más sin que oyera ni viese a nadie. Le parecía tener todo el bosquecillo para ella sola. Casi tenía motivo para suponer que Edmund y miss Crawford la habían abandonado; pero no era posible que Edmund se olvidase tan por completo de ella.

Un repentino rumor de pisadas la distrajo de sus inquietantes suposiciones; alguien se acercaba a paso rápido, bajando por el sendero principal. Esperaba que aparecería Mr. Rushworth, pero era Julia, la cual, acalorada y sin resuello, y evidentemente contrariada, exclamó al verla:

—¡Hola! ¿Dónde se han metido los demás? Creí que María y Henry estaban contigo.

Fanny explicó lo ocurrido.

—¡Bonito truco, a fe mía! No los veo por ninguna parte —añadió, mirando con impaciencia al interior del parque—. Pero no pueden estar muy lejos, y creo que puedo saltar tan bien como María, hasta sin que me ayuden.

—Pero, Julia: Mr. Rushworth estará aquí dentro de un momento, con la llave. Espérale, por favor.

—¿Esperarle yo? No es fácil. Demasiado he tenido que aguantar a esa familia, por una mañana. ¡Vamos, niña! Justamente ahora acabo de librarme de su horrible madre. ¡Menuda condena he tenido que soportar, mientras tú estabas aquí sentadita, tan compuesta y feliz! Tal vez te hubiera dado lo mismo encontrarte en mi sitio, pero el caso es que siempre te las arreglas para escabullirte de esos compromisos.

La acusación no podía ser más injusta, pero Fanny prefirió no darle importancia y pasar por ella. Julia estaba picada y se dejaba llevar de su temperamento impulsivo; pero Fanny estaba segura de que no le duraría el mal humor, y por tanto, haciendo caso omiso de sus palabras, le preguntó si había visto a Mr. Rushworth.

—Sí, sí, le vimos. Iba disparado, como si fuera cuestión de vida o muerte, y perdió el tiempo justo para decimos a lo que iba y dónde estabais. —Es lástima que se haya tomado tanta molestia para nada.

—De esto debe preocuparse María. Yo no estoy obligada a sufrir por sus pecados. De la madre no pude huir mientras tía Norris, siempre tan pesada, anduvo danzando por ahí con el ama de llaves, pero al hijo puedo eludirlo en todo momento.

Inmediatamente trepó por la verja, saltó al otro lado y se alejó sin atender a la última pregunta de Fanny sobre si había visto algún rastro de Edmund y de

Mary. La especie de temor que ahora sentía Fanny de encontrarse ante Mr. Rusworth le impidió pensar mucho en la prolongada ausencia de la pareja, como hubiera hecho en otro caso. Se daba cuenta de que le habían tenido muy poca consideración, y le resultaba violento tener que explicarle lo ocurrido. James se presentó cinco minutos después que Julia había desaparecido; y, aunque Fanny hizo cuanto pudo para referir el caso de modo que no resultara tan desagradable, él no pudo ocultar la enorme mortificación y el profundo disgusto que sentía. Al principio apenas dijo nada; sólo en su actitud se reflejó la sorpresa y el enojo que aquello le causaba. Se llegó a la verja y quedó allí, inmóvil, como sin saber qué hacer.

—Me rogaron que me quedase; María me encargó que le dijera, en cuanto usted llegase, que los encontraría en aquella loma o en sus inmediaciones.

—Me parece que no voy a ir más lejos —dijo él, desalentado—. No se ven por ninguna parte. Cuando yo llegase a la loma, ellos ya se habrían marchado a otro sitio. Me he paseado bastante.

Y fue a sentarse con aire sombrío junto a Fanny.

—Lo siento mucho —dijo ella—; es muy lamentable.

Y hubiera dado cualquier cosa para que se le ocurriese algo más que poder decir, a propósito.

Después de un prolongado silencio, él se quejó:

—Creo que bien hubieran podido esperarme.

—María pensó que usted la seguiría.

—Yo no tenía por qué seguirla, si ella se hubiese quedado.

Esto no podía negarse, y Fanny se calló. Al cabo de otra pausa, él reanudó:

—Por favor, miss Price, ¿podría decirme si es usted tan admiradora de ese Mr. Crawford como otras personas? Lo que es yo, no le veo nada de particular.

—A mí no me parece nada guapo.

—¡Guapo! Nadie puede decir que sea guapo un individuo corto de talla como él. No alcanza cinco pies con nueve. Y no me extrañaría que sólo llegase a los cinco con ocho. Además, le encuentro un aspecto muy poco agradable. Opino que esos Crawford no son una buena adquisición, en absoluto. Lo pasábamos muy bien sin ellos.

Aquí le escapó a Fanny un leve suspiro, y no supo contradecirle.

—Si yo hubiera puesto algún reparo en lo de ir a buscar la llave, cabría alguna excusa; pero fui en cuanto ella manifestó sus deseos.

—Su amable atención obligaba mucho, desde luego, y estoy segura de que se apresuró usted tanto como pudo; no obstante, la distancia es bastante larga desde aquí a la casa, como usted sabe, y quien espera juzga mal el tiempo; en estos casos, cada medio minuto pesa como cinco.

Él se puso en pie y volvió a la verja, diciendo:

—Ojalá hubiese tenido la llave entonces.

Fanny creyó ver en su actitud un indicio de apaciguamiento que la animó para otra tentativa. Con tal propósito dijo:

—Es una lástima que no vaya a reunirse con ellos. Buscaban una perspectiva mejor de la casa por aquel lado del parque, y estarán estudiando las mejoras que cabría hacer; pero, como usted sabe, no pueden decidir nada sin contar con

su parecer.

Fanny comprobó que tenía más garbo en despachar que en retener a sus acompañantes. Mr. Rushworth quedó convencido.

—Bueno —dijo—, si a usted le parece mejor que vaya... Sería tonto haber traído la llave para no utilizarla.

Franqueó la verja y se marchó sin más ceremonia.

Entonces, los pensamientos de Fanny se concentraron por entero en tomo a los que la habían dejado allí hacía tanto tiempo, y, como creciera su impaciencia, resolvió ir en su busca. Siguió el mismo camino que ellos habían tomado, paralelamente al foso, y apenas lo dejó para internarse por otra vereda llegaron de nuevo a su oído la voz y las risas de Mary. Resonaban cada vez más cerca, y unos momentos después se encontró ante ellos. Acababan de regresar al bosque desde el parque, al que habían pasado, tentados por una puerta lateral que hallaron abierta, poco después de separarse de Fanny, y cruzando un sector del parque habían llegado hasta la mismísima avenida que tanto había anhelado Fanny, en el curso de toda la mañana, alcanzar al fin, y allí se habían sentado bajo uno de los árboles. Esto fue lo que contaron. Era evidente que el tiempo había transcurrido muy agradablemente para ellos y no se habían dado cuenta de lo prolongado de su ausencia. El mejor consuelo para Fanny fue que le aseguraran lo mucho que Edmund la había echado de menos y que, desde luego, hubiera vuelto por ella ni no hubiese sido por lo cansada que ya estaba a causa del paseo por el bosque. Pero no era esto suficiente para borrar su pena por haberse visto abandonada durante una hora entera, cuando él había hablado tan sólo de unos minutos, ni para ahuyentar la especie de curiosidad que sentía por saber de qué habrían estado hablando durante todo aquel tiempo; y el resultado fue que se sintiera desilusionada y deprimida cuando decidieron, por acuerdo general, regresar a la casa.

Cuando llegaron al pie de la escalera que conducía a la terraza, aparecieron en lo alto la señora Rushworth y tía Norris, que se disponían a ir entonces a la floresta, cuando hacía una hora y media que ellos habían salido. La señora Norris estuvo ocupada en cosas demasiado interesantes para ponerse en marcha con mayor prontitud. Cualesquiera que fuesen los contratiempos que hubiesen podido frustrar la diversión de sus sobrinas, el caso es que para ella la mañana había sido de gozo completo; pues el ama de llaves, después de mostrarse en extremo atenta y amable al informarla de todo lo referente a los faisanes, la había llevado a la vaquería, ilustrándola sobre cuanto hace referencia a las vacas y dándole la receta de un famoso queso de crema; y después que Julia las había dejado se encontraron con el jardinero, tropiezo que resultó en extremo satisfactorio para la señora Norris, pues tuvo ocasión de rectificar el erróneo criterio del buen hombre acerca de la enfermedad que padecía su nieto, convenciéndole de que tenía una calentura intermitente, y le prometió un amuleto para el caso; y él, en justa correspondencia, le enseñó su plantel más escogido y hasta la obsequió con un ejemplar de brezo muy curioso.

Al encontrarse las damas con el terceto que regresaba, todos volvieron a la casa para, una vez allí, dedicarse a pasar el tiempo lo más distraídamente posible, bien charlando, ya leyendo alguna *Revista Trimestral,* cómodamente

arrellenados en los sofás, esperando la llegada de los otros y la hora de la cena. Era ya bastante tarde cuando se presentaron las hermanas Bertram y los dos caballeros; y, al parecer, su paseo no había resultado agradable más que a medias, y en modo alguno fecundo en consecuencias positivas con respecto al motivo de la excursión. Según ellos refirieron, no habían hecho más que ir unos en pos de otros, y el encuentro le pareció a Fanny que se había producido demasiado tarde para restablecer la armonía lo mismo que para, según reconocieron, tomar decisiones sobre las mejoras a realizar. Al mirar a

Julia y a Mr. Rushworth, notó que no era sólo en el pecho de ella donde se ocultaba el descontento por la conducta de los otros dos; también en el rostro de él se apreciaba un rictus de disgusto. Henry y María aparecían más satisfechos, y creyó ver que él ponía especial empeño, durante la cena, en disipar toda sombra de resentimiento en los otros y restablecer el buen humor general.

A la cena sucedió inmediatamente el té y el café, pues la perspectiva de un recorrido de diez millas para volver a casa no permitía desperdiciar el tiempo. A partir del momento en que se sentaron a la mesa todo fue una bulliciosa sucesión de naderias, hasta que el coche estuvo a la puerta y la señora Norris, después de afanarse y obtener del ama de llaves unos huevos de faisán y un queso de crema y abundar en corteses discursos de cumplido por las atenciones de la señora Rushworth, estuvo dispuesta a iniciar la marcha. En aquel momento, Henry se aproximó a Julia para decirle:

—Espero que no voy a perder a mi compañera, a menos que ella tema el aire de la tarde en un sitio tan expuesto.

La instancia no estaba prevista, pero fue gratamente acogida, y era de prever que para Julia la jornada iba a terminar tan bien como había empezado. María, por su lado, esperaba algo muy distinto, y quedó un tanto decepcionada; pero su convicción de que, en realidad, era ella la preferida le bastó para conformarse y la capacitó para acoger como debía las atenciones de despedida de James Rushworth. Sin duda a él había de satisfacerle más dejarla en el interior del birlocho que ayudarla a montar en el pescante, y sus deseos parecieron cumplirse con este arreglo.

—¡Vamos, Fanny, que éste ha sido un magnífico día para ti! —dijo tía Norris, mientras atravesaban el parque—. ¡Un completo recreo, desde el principio hasta el fin! Ya te digo que puedes estar muy agradecida a tía Bertram y a mí, por haber buscado la manera de que pudieses venir. ¡Nada, que has podido disfrutar un bonito día de constante diversión!

María estaba lo bastante disgustada para decir sin ambages:

—Me parece que usted no lo ha aprovechado del todo mal, tía. Yo diría que en el regazo lleva un montón de cosas buenas; y entre las dos hay una cesta con algo que me está torturando el codo sin piedad.

—Querida, no es más que un pequeño y hermoso brezo que el viejo jardinero, tan amable, se empeñó en que me llevara; pero, si te estorba, ahora mismo lo pongo en mi regazo. Mira, Fanny, tú podrías llevarme este paquete. Pon mucho cuidado... no se te vaya a caer; es un queso de crema, exactamente igual que ése tan excelente que hemos probado en la comida. No hubo manera de que la Whitaker, la buena ama de llaves, se resignase a que no me lo llevara. Me

resistí todo lo que pude, hasta que las lágrimas asomaron casi a sus ojos y yo me di cuenta de que el queso era precisamente de la clase que hace las delicias de mi hermana. ¡Esta señora Whitaker es un tesoro! Se horrorizó de veras cuando le pregunté si se les permitía beber vino a los de la segunda mesa, y echó a dos criadas por llevar vestidos blancos. Cuidado con el queso, Fanny. Así puedo llevar muy bien el otro paquete y la cesta.

—¿Y qué más ha *pescado* por allí? —preguntó María, en cierto modo satisfecha de que Sotherton mereciera tantos elogios.

—¡Pescar, querida! Nada más que esos cuatro hermosos huevos de faisán me obligó a aceptar, quieras o no quieras; no admite que se le desprecie nada. Dijo que sin duda sería una distracción para mí, enterada de que vivo sola, tener unos cuantos seres vivientes de esta especie; y lo será, de seguro. Haré que la granjera se los ponga a la primera clueca libre que tenga, y si llegan a buen fin me los llevaré a casa y los pondré en una caponera que alguien me prestará; y será para mí delicioso cuidarlos en mis horas de soledad. Y, si tengo suerte, habrá algunos para tu madre.

Era un bello anochecer, dulce y apacible, y el regreso venía a ser un paseo con todos los encantos que pudiera prestarle el sosiego de la naturaleza; pero, cuando tía Norris cesaba de hablar, en el coche se hacía un silencio absoluto. Los ánimos, en general, estaban agotados; y definir si el día les había procurado más penas que alegría, o viceversa, era la cuestión que sin duda ocupaba la mente de casi todos.

CAPÍTULO XI

El día pasado en Sotherton, a pesar de todos sus defectos, procuró a las hermanas Bertram sensaciones mucho más gratas que las cartas de la Antigua que poco después llegaron a Mansfield. Resultaba más agradable pensar en Henry Crawford que en el padre y, especialmente, que imaginarle de nuevo en Inglaterra dentro de un plazo no muy largo, como habían de creerlo por el contenido de esas cartas.

Noviembre era el mes fatídico: para noviembre se había fijado su llegada. Sir Thomas escribía sobre este punto con toda la seguridad que podían darle la experiencia y las ansias de volver. Sus asuntos estaban tan próximos a resolverse como para que pudieran ser justificadas sus esperanzas de tomar su pasaje para el correo de septiembre y, por consiguiente, preveía con ilusión que estaría de nuevo al lado de los seres queridos a primeros de noviembre.

María era más digna de compasión que Julia, porque el retorno del padre le aportaría un esposo, y el retorno del amigo más celoso de su felicidad la uniría al galán que ella misma había elegido como depositario de esa felicidad. Era una perspectiva muy negra, y no pudo hacer más que correr una cortina de humo

sobre la misma y esperar que, cuando el humo se disipara, pudiese ver algo distinto, un panorama más consolador. Era de creer que no sería *a primeros* de noviembre; siempre se producen retrasos, siempre cabe una mala travesía, *o algo...,* ese algo propicio que sirve de consuelo a todos los que cierran los ojos cuando miran, o el entendimiento cuando razonan. Probablemente sería a mediados de noviembre, por lo menos; para la mitad de noviembre faltaban todavía tres meses. Tres meses que comprendían trece semanas. Y en el transcurso de trece semanas muchas cosas podían ocurrir.

Sir Thomas hubiera sentido un profundo pesar de haber sospechado tan sólo la mitad de lo que pensaban sus hijas ante la perspectiva de su regreso, y poco se hubiera consolado al enterarse del interés que tal anuncio despertaba en el pecho de otra joven damisela. Miss Crawford, al dirigirse con su hermana a Mansfield Park para pasar la tarde con sus amigos, tuvo conocimiento de la buena nueva. Y aunque parecía que el particular sólo podía atañerle en el terreno de la cortesía, y que había dado escape a toda la emoción que pudiera sentir con su sosegada enhorabuena, lo cierto es que prestó oídos a la noticia con un interés no tan fácil de satisfacer. La señora Norris refirió el contenido de las cartas, y después se habló de otra cosa; pero cuando hubieron dado fin al té, hallándose Mary de pie junto a un ventanal abierto, en compañía de Edmund y de Fanny, contemplando el paisaje envuelto en la media luz crepuscular, mientras las hermanas Bertram, Mr. Rushworth y Henry Crawford se ocupaban en encender los candelabros del piano, miss Crawford resucitó el tema volviéndose súbitamente cara al grupo y exclamando:

—¡Qué feliz se le ve a Mr. Rushworth! Está pensando en el próximo noviembre.

Edmund dióse también vuelta para mirar a Mr. Rushworth, pero no dijo nada.

—Será un gran acontecimiento, el regreso de vuestro padre —agregó ella. —Lo será, desde luego, después de una ausencia así... una ausencia no sólo larga, sino sembrada de peligros.

—Además, será el anuncio de otros importantes acontecimientos: el casamiento de su hermana, la ordenación de usted...

—Sí.

—No se ofenda —dijo ella, riéndose—, pero esto me hace pensar en los viejos héroes paganos que, después de realizar grandes proezas en tierra extraña, ofrecían sacrificios a los dioses a su feliz regreso.

—No hay sacrificio en este caso —replicó Edmund, esbozando una especie de grave sonrisa y dando otra ojeada al piano—; ella ha elegido libremente.

—¡Oh!, sí, ya lo sé. Sólo fue una broma. Su hermana hace exactamente lo que quisiera hacer toda mujer joven; y no dudo que será en extremo feliz. Era otro el sacrificio a que me refería; y usted, por supuesto, no me entiende.

—Mi ordenación, se lo aseguro, será algo tan voluntario como el casamiento de María.

—Es una gran suerte que su inclinación y las conveniencias de su padre armonicen tan bien. Hay un excelente beneficio eclesiástico reservado para usted, según tengo entendido, por estos alrededores.

—Y usted supone que me he dejado influir por esto.

—¡Oh, no! Yo estoy segura que esto no ha influido para nada en su vocación ––terció Fanny.

—Gracias por tu buena opinión, Fanny; pero dices más de lo que yo mismo podría afirmar. Al contrario, la seguridad de contar con tal destino es probable que influyese en mí. Ni creo que haya ningún mal en ello. Nunca hubo en mí una aversión natural que fuera preciso forzar, y creo que no hay razón para suponer que un hombre será peor clérigo por saber que podrá situarse enseguida. Estuve en buenas manos. Tengo la esperanza de no haber errado el camino con mi propia elección, y me consta que mi padre ha sido siempre demasiado escrupuloso para permitirlo. No tengo la menor duda de que se me ha influido, pero creo que el hecho no merece censura.

—Es lo mismo que ocurre —dijo Fanny, después de una corta pausa—, con el hijo de un almirante que ingresa en la Armada, o el de un general que ingresa en el Ejército, sin que nadie vea que haya algún mal en ello. Nadie se extraña de que elijan el campo donde hallarán más amigos dispuestos a ayudarles, ni hay quien sospeche que su entusiasmo por la profesión sea inferior a lo que correspondería.

—No, querida Fanny, y hay sus razones para que así sea. La profesión, ya sea en la Marina o en el Ejército, se justifica por sí misma. No deja nada que desear: incluye heroísmo, riesgo, dinamismo, buen tono. A los soldados y a los marinos siempre se les admite en sociedad. Nadie puede extrañarse de que los hombres sean soldados o marinos.

—En cambio, los móviles de un hombre que va a ordenarse teniendo un destino asegurado son muy sospechosos; esto es lo que usted piensa, ¿no es cierto? —observó Edmund—. Para que este hombre tuviera una justificación a los ojos de usted, tendría que hacerlo en la más completa incertidumbre sobre su porvenir.

—¡Cómo! ¡Ordenarse sin tener un destino asegurado! No; esto sería una locura, una verdadero locura.

—¿Debo preguntarle cómo se nutrirían las filas de la Iglesia, si un hombre no ha de ordenarse contando con un beneficio ni sin contar con él? No, no se le pregunto, porque es seguro que no sabía usted qué contestar. Pero de sus propios argumentos cabe deducir alguna consecuencia favorable al clérigo. Ya que éste no puede estar influenciado por esos sentimientos que usted considera tan elevados como el afán de gloria y honores que empujan a soldados y marinos a la elección de su carrera; ya que ni heroísmo, ni fama, ni galardones cuentan para él, debería estar menos expuesto a sospecha de que hay falta de sinceridad o buenas intenciones en su vocación.

—Claro, sin duda será muy sincero al preferir unos ingresos asegurados, al esfuerzo de trabajar para obtenerlos, y tendrá las mejores intenciones de pasarse el resto de la vida sin hacer nada más que comer, beber y engordar. Es indolencia, Mr. Bertram, vaya que sí... indolencia y amor a la comodidad... una falta de toda loable ambición, de gusto por la sociedad, o de inclinación a tomarse la molestia de hacerse agradable, lo que lleva a un hombre a ser clérigo. Un clérigo no tiene nada que hacer como no sea leer el periódico, observar el tiempo, mostrarse desaliñado y egoísta y pelear con su mujer. El

cura auxiliar le hace todo el trabajo, y toda su ocupación se reduce a comer.

—Los hay que son así, sin duda alguna, pero me parece que el caso no es tan comente como para justificar la opinión de miss Crawford, cuando considera que estas características son de aplicación general. Sospecho que al formular esta crítica global y, diría yo, comprensiva de lugares comunes, no juzga usted por sí misma, sino a través de los prejuicios de otras personas cuyas opiniones se ha habituado usted a escuchar. Es imposible que por propia observación conozca usted mucho de la clerecía. No habrá tratado más que a poquísimos de esos hombres que usted condena de un modo concluyente. Habla, simplemente, por lo que ha oído en las conversaciones de sobremesa en casa de su tío.

—Hablo, haciéndome eco de lo que considero la opinión general; y cuando una opinión es general suele ser correcta. Aunque personalmente poco he podido observar de la vida privada de los clérigos, son muchas las personas que los conocen en la intimidad del hogar para que quepa una deficiencia de información.

—Cuando un cuerpo de hombres cultos, cualquiera que sea su función, es censurado en peso, sin hacer distinciones, tiene que haber una deficiencia de información o —y aquí sonrió— de otra cosa. Su tío, y sus colegas almirantes, acaso supieran muy poca cosa de clérigos fuera de los capellanes que, buenos o malos, siempre deseaban tener lejos.

—¡Pobre William! Él ha encontrado mucha bondad en el capellán del *Antwerp* —fue un tierno comentario de Fanny, muy a propósito de sus sentimientos, si no de la conversación.

—Tuve siempre tan poca propensión a formar mis opiniones con las de mi tío —replicó miss Crawford—, que dificilmente puede ser cierta su suposición; y, si tanto me apura, deberé hacer constar que no me hallo tan privada de medios para observar qué clase de personas son los clérigos, siendo actualmente huésped de mi propio hermano, el doctor Grant. Y, aunque el doctor Grant es muy amable y atento conmigo, y no puede negarse que es un auténtico *gentleman, y* me atrevería a decir que muy erudito e inteligente, y a menudo son muy buenos sus sermones, y es una persona muy respetable, no por eso dejo de ver en él al indolente, al egoísta *bon vivant,* que no puede dar un paso sin consultar su paladar, que es incapaz de mover un dedo por la conveniencia de otra persona y que, además, si la cocinera hace una patochada, se pone de mal humor con su excelente esposa. Si he de confesar la verdad, diré que Henry y yo nos hemos visto casi obligados a salir esta tarde por su disgusto ante una gansa cruda, de la que no pudo aprovechar la mejor parte. Mi pobre hermana tuvo que quedarse y soportarle.

—No me sorprende su desaprobación, se lo aseguro. Es un gran defecto de carácter, agravado por una falta de hábito a la sobriedad muy censurable; y ver a su hermana sufriendo por esta causa tiene que ser muy penoso para una sensibilidad como la de usted. Bueno, Fanny: en este punto nos ha vencido miss Crawford. No podemos intentar la defensa del doctor Grant.

—No —replicó Fanny—, pero no debemos achacar todo esto a su carrera; porque, cualquiera que fuese la profesión elegida, su carácter hubiera sido igualmente... no hubiera sido mejor; y como lo mismo en la Armada que en el

Ejército hubiera tenido mucho más personal bajo sus órdenes que el que ahora tiene, creo que más le hubiera perjudicado ser soldado o marino que clérigo. Además, he de suponer que cualesquiera sean los defectos que puedan imputarse al doctor Grant, tales defectos hubieran corrido un mayor riesgo de acentuársele en el ejercicio de una profesión más activa y mundana, en la que hubiese tenido menos tiempo y obligación de estudiarse a sí mismo..., en la que no se le hubiera presentado la ocasión, con tanta *frecuencia* al menos, de ahondar en ese conocimiento de sí mismo, aspecto éste del que ahora no puede prescindir. Un hombre... un hombre sensible como el doctor Grant, es imposible que tenga adquirido el hábito de enseñar todas las semanas al prójimo sus obligaciones, de acudir dos veces a la capilla todos los domingos y exhortar a los fieles con unos sermones tan excelentes como los suyos, sin que en él mismo repercuta el efecto de todas las verdades que predica. Sin duda tendrá que reflexionar, y estoy segura de que procura refrenarse más a menudo que si en vez de ser clérigo se hubiera dedicado a otra cosa.

—No es posible demostrar lo contrario, por supuesto: pero le deseo mejor suerte, Fanny, que la de casarse con un hombre cuya amabilidad dependa de sus propios sermones; pues, aunque se predicara a sí mismo hasta ponerse del mejor humor de todos los domingos, ya seria bastante pena tenerle discutiendo sobre si los gansos han quedado crudos desde el lunes por la mañana hasta el sábado por la noche.

—Si existe un hombre capaz de pelear a menudo con Fanny —dijo Edmund cariñosamente—, será que no hay sermones que vengan para él.

Fanny se acercó más a la ventana.

—Me figuro que miss Price está más acostumbrada a merecer elogios que a escucharlos —observó Mary, empleando un tono algo divertido.

Y no tuvo tiempo de decir más, pues en aquel momento fue requerida insistentemente por las hermanas Bertram para que se uniera a ellas en la interpretación de una canción alegre para voces solas. Accediendo, se dirigió al piano, mientras Edmund quedaba como sumido en un éxtasis de admiración ante sus muchos encantos, empezando por su espíritu complaciente y acabando por lo grácil y alado de su porte.

—¡Qué carácter tan animado! —dijo, contemplándola—. Con un temperamento así, no habrá quien pueda entristecerse a su lado. ¡Y qué complaciente! Enseguida accede al deseo de los demás, uniéndose a ellos en cuanto se la requiere. ¡Qué lástima —agregó, después de una breve reflexión— que haya tenido que estar en tan malas manos!

Fanny convino en eso, y tuvo la satisfacción de ver que él permanecía a su lado, junto a la ventana, a pesar de la anunciada canción, y que volvía como ella los ojos al exterior, cuyo espectáculo se ofrecía solemne, sedante, cautivador en la luminosidad de una noche estrellada, contrastando sobre la profunda negrura de los bosques. Fanny habló por sus sentimientos:

—¡Esto es armonía! —dijo—. ¡Esto es paz! ¡He aquí algo que deja atrás todo lo que la música y la pintura puedan expresar, y que sólo la poesía puede intentar describir! ¡Esto puede calmar toda inquietud y exaltar el espíritu hasta el arrobamiento! Cuando contemplo una noche como esta, tengo la sensación de

que ni la maldad ni el dolor pueden existir en el mundo; y es seguro que de las dos cosas habría menos si se atendiera más a la sublimidad de la naturaleza y la humanidad llevara su mirada un poco más allá del círculo de mezquindades en que se encierra, contemplando un espectáculo como éste.

—Me gusta ver tu entusiasmo, Fanny. Es una noche deliciosa, y muy dignos de compasión son aquellos que no han aprendido, aunque fuera hasta cierto punto, a sentir como tú... Aquellos a los que ni tan sólo se les ha iniciado en el gusto por las bellezas de la naturaleza desde la más tierna edad. No es poco lo que se pierden.

—Tú fuiste quien me enseñó a pensar y sentir estas cosas, Edmund.

—Y tuve una discípula muy aprovechada. Allí está Arturo, con su intenso brillo.

—Sí, y la Osa. Me gustaría localizar a Casiopea.

—Para eso tendríamos que salir y llegarnos al prado. ¿Te daría miedo? —En absoluto. Hemos pasado mucho tiempo sin dedicamos a la observación de las estrellas.

—Es verdad; no entiendo cómo ha podido ser así —en aquel momento empezó la canción—. Esperaremos a que hayan terminado, Fanny —dijo entonces Edmund, poniéndose de espaldas a la ventana; y mientras adelantaba la interpretación, Fanny hubo de mortificarse al ver que también él avanzaba, aproximándose lenta y gradualmente al instrumento; y, cuando sonó el último acorde, él se hallaba ya junto a las cantoras, insistiendo más que nadie en que concedieran un bis.

Fanny quedó suspirando sola junto a la ventana, hasta que la sacaron de allí los regaños de tía Norris pronosticándole un resfriado.

CAPÍTULO XII

El regreso de sir Thomas estaba anunciado para noviembre, y antes tenía que volver su primogénito para atender a las obligaciones que le reclamaban en Mansfield Park. Al aproximarse septiembre llegaron noticias de Tom Bertram: primero, por una carta que escribió al guardabosque y, después, por otra que mandó a Edmund. Y a fines de agosto llegó él, para mostrarse de nuevo alegre, simpático y galante si se presentaba la ocasión o miss Crawford lo requería; para hablar de carreras y de Weymouth, de reuniones y amigos... temas que hubieran suscitado en ella algún interés unas semanas antes, pero que ahora sirvieron, en total, para dejarla plenamente convencida, por la fuerza de una efectiva comparación, de que prefería al hermano menor.

Era muy lamentable, y ella lo sintió mucho, pero era así; y estaba ahora tan lejos de pensar en casarse con el primogénito, que ni siquiera se proponía desarrollar ante él atractivo alguno, excepto los que los más elementales derechos de una belleza consciente exigen. Tom, con su prolongada ausencia

de Mansfield, sin más objetivo que el placer ni más consejero que su libre albedrío, había demostrado a las claras que no se interesaba por ella; y la indiferencia de Mary superaba a la de él hasta tal punto que, aunque Tom se hubiera convertido de pronto en el señor de Mansfield Park, en todo el sir Thomas que un día habría de ser, ella no creía que hubiese podido aceptarle.

El inicio de la temporada y las obligaciones que reintegraron a Tom a Mansfield se llevaron a Henry Crawford a Norfolk. Everingham no podía pasar sin él a principios de septiembre. Se marchó para una quincena... una quincena tan insípida para las hermanas Bertram, que hubiera debido bastar para que ambas se pusieran en guardia y para que Julia, celosa como estaba de su hermana, reconociera la absoluta necesidad de no fiar en las atenciones del galán y deseara que no volviese más por allí; y una quincena que brindó al caballero ocasión bastante, durante las muchas horas de ocio que mediaban entre las dedicadas al sueño y a la caza, para que pensara en la conveniencia de permanecer más tiempo alejado, lo que sin duda hubiera hecho, de estar más habituado a examinar sus propias intenciones y a reflexionar sobre las posibles consecuencias de su estúpida vanidad; pero, irreflexivo e indiferente ante los perjuicios y el mal ejemplo, no quería ver más allá del momento presente. Las Bertram, bonitas, inteligentes e incitantes, eran una diversión para su espíritu saciado; y, al no encontrar en Norfolk nada que igualase el alicientes social de Mansfield, allí volvió alegremente y sin retraso sobre la fecha señalada, viéndose acogido no menos alegremente por las mismas de las que se proponía seguir burlándose.

María, teniendo sólo a Mr. Rushworth que se dedicara a ella, y condenada a los reiterados detalles que éste le daba sobre sus cotidianas actividades deportivas, lo mismo si ganaba que si perdía, las jactanciosas alabanzas que dedicaba a sus perros, los celos que le inspiraban los vecinos, sus recelos sobre la calidad de los mismos y sus inquietudes por si alguien se atrevía a robar caza o pesca en vedado (temas éstos que no pueden abrirse camino en los sentimientos femeninos sin algo de talento por una parte y algo de afecto por la otra), había echado de menos a Henry Crawford de una manera atroz; y Julia, sin compromiso ni ocupación, se consideró con todo el derecho a echarle de menos mucho más. Cada una e imaginaba ser ella la favorita. La creencia de Julia podía tener su justificación en las insinuaciones de la señora Grant, muy propensa a ver las cosas tal como las deseaba; y la de María, en las insinuaciones del propio Henry Crawford. Todo volvió a encauzarse lo mismo que antes de la partida de éste, que siguió mostrándose tan animado y simpático con la una como con la otra, a fin de no perder terreno con ninguna de las dos, deteniéndose justamente al borde de toda preferencia, de toda constancia, efusión o arrebato que pudiera llamar la atención general.

Fanny era la única del grupo que veía algo que no le gustaba; ya desde el día que pararon en Sotherton no podía ver a Henry con cualquiera de las dos hermanas sin reparo; y si su confianza en el propio criterio hubiese sido igual a la aplicación que daba al mismo en todo lo demás, si hubiera tenido la seguridad de que estaba viendo claro y juzgando cándidamente, tal vez habría comunicado algunas cosas importantes a su confidente habitual. Pero, como no era así, sólo

se permitía aventurar alguna insinuación; insinuación que, por lo demás, caía en el vacío.

—Me sorprende bastante —dijo una vez— que Mr. Crawford haya vuelto tan pronto, después de haber pasado ya tanto tiempo aquí... nada menos que siete semanas; pues yo tenía entendido que le gustaba tanto la variación y trasladarse continuamente de un lado para otro, que me figuré que algo habría de mantenerle distanciado desde el momento en que partió. Está acostumbrado a otros lugares mucho más divertidos que Mansfield.

—Esto de ahora habla en su favor —contestó Edmund—, y afirmaria que satisface no poco a su hermana. A ella no le gustan sus hábitos tan poco estables.

—¡Cuánto le miman mis primas!

—Sí, tiene el carácter que agrada a las mujeres. La señora Grant, me parece, sospecha que siente alguna inclinación por Julia; yo nunca he apreciado síntoma alguno que pueda dar pie a esta suposición, pero desearía que fuese así. Henry no tiene más defectos que los que desaparecerían con un enamoramiento formal.

—Si María no estuviese prometida —dijo Fanny, prudentemente—, a veces casi llegaría a pensar que él siente más admiración por ella que por Julia.

—Lo que tal vez sea una prueba de que prefiere a Julia más de lo que tú, Fanny, puedas suponer; pues a menudo se da el caso que un hombre, antes de decidirse, distinga a la hermana o a la amiga íntima de la mujer que ocupa su mente más que a ella misma. Demasiado buen sentido tiene Crawford para permanecer aquí si corriera algún peligro de enamorarse de María; y ella no me inspira ningún temor, después de la prueba que ha dado de que sus sentimientos no son fuertes.

Fanny se dijo que estaría equivocada y se propuso pensar de otro modo en lo sucesivo; pero, no obstante todo lo que podía hacer su sumisión a Edmund, a pesar de todo el concurso de insinuaciones y miradas de inteligencia que eventualmente sorprendía en los demás y que, al parecer, querían significar que Julia era la elegida de Mr. Crawford, no siempre sabía qué pensar. Una noche pudo enterarse de las ilusiones de tía Norris sobre este particular, así como de sus sentimientos y de los de la señora Rushworth sobre un punto muy similar, y no pudo menos de asombrarse mientras escuchaba; y no poco contenta hubiera estado de no tener que escuchar, pues, mientras todo el resto de la gente joven estaba bailando, ella no tuvo más remedio que permanecer allí sentada, muy en contra de su voluntad, entre las viejas que charlaban junto al fuego, anhelando que regresara el mayor de sus primos, de quien dependían en aquel momento todas sus esperanzas de tener pareja. Era el primer baile de Fanny, aunque sin la preparación o el esplendor del primer baile de otras jovencitas. Tuvo lugar por la tarde y se montó en la sala del servicio, aprovechando la última adquisición de un violinista y la posibilidad de combinar cinco parejas con la colaboración de la señora Grant y de un nuevo amigo íntimo de Tom Bertram, que acababa de llegar de visita. La cosa, sin embargo, había resultado muy agradable para Fanny a lo largo de cuatro danzas, y le dolía no poco llevar perdido aunque sólo fuera un cuarto de hora. Mientras aguardaba con ansiedad, ya mirando a las

parejas que bailaban, bien en dirección a la puerta, tuvo que escuchar forzosamente este diálogo entre las dos damas citadas.

—Creo —dijo tía Norris, dirigiendo la mirada hacia donde se hallaban James Rushworth y María Bertram, que formaban pareja por segunda vez que ahora volveremos a ver algunas caras alegres.

—Sí, señora, desde luego —manifestó la otra, acompañándose de una distinguidísima sonrisa afectada—; *ahora* nos proporcionará alguna satisfacción mirar a las parejas, y pienso que fue una verdadera lástima que se vieran obligados a separarse. Los jóvenes que se encuentran en su situación deberían estar excusados de observar las reglas generales. Me extraña que mi hijo no lo haya propuesto.

—Sin duda lo hizo. Mr. Rushworth nunca se quedó atrás. Pero nuestra querida María tiene un sentido tan estricto de las formas, posee en tal alto grado esa genuina delicadeza que tanto escasea hoy en día, ese deseo de evitar que se particularice con ella... Fíjese, señora Rushworth, fijese usted ahora en su rostro. ¡Qué expresión tan distinta de la que puso durante los dos últimos bailes!

María parecía estar satisfecha, en efecto: en sus ojos había un brillo ilusionado y hablaba con gran animación, pues Julia y la pareja de ésta, Mr. Crawford, se encontraban a su mismo lado. Los cuatro formaban un grupo. En cuanto a la anterior expresión de su rostro, Fanny no pudo recordarla, pues había estado bailando con Edmund y no se había ocupado de su prima. Tía Norris prosiguió:

—¡Es verdad delicioso, señora Rushworth, ver a los jóvenes tan perfectamente felices, tan idealmente emparejados, tan... tal para cual! No hago más que pensar en la satisfacción de sir Thomas. ¿Y qué me dice usted, señora Rushworth, de la probabilidad de otro noviazgo? Mr. Rushworth ha dado un buen ejemplo, y estas cosas se contagian pronto.

La señora Rushworth, que nunca veía más que a su hijo, se mostró totalmente desorientada.

—La pareja que está junto a ellos, señora mía —indicó tía Norris—. ¿No ve usted también algún síntoma por ese lado?

—¡Ah, vaya...! Miss Julia y Mr. Crawford. Sí, desde luego... una pareja muy linda. ¿Qué fortuna tiene él?

—Cuatro mil al año.

—No está mal. Los que no tienen más deben contentarse con lo que tienen. Cuatro mil al año ya representa una buena situación, y él parece un joven muy sano y agradable, de modo que auguro a Julia mucha felicidad.

—Todavía no es cosa hecha, señora Rushworth. Sólo hablamos de ello entre los íntimos. Pero casi no tengo la menor duda de que *será.* Él se muestra cada vez más significativo en sus atenciones.

Fanny no pudo seguir escuchando y asombrándose, pues Tom Bertram se presentó de nuevo en el salón; y, aunque se daba cuenta del gran honor que él le haría sacándola a bailar, *sabía* que así iba a suceder. Tom se dirigió al pequeño círculo de Fanny. Pero en vez de requerirla para el baile corrió una silla a su lado y empezó a contarle el estado en que se hallaba un caballo enfermo y la opinión del mozo de cuadra, a quien acababa de dejar. Fanny comprendió que se había equivocado y, en la modestia de su espíritu, sintió inmediatamente que

había sido grande su insensatez al esperar otra cosa. Cuando él hubo agotado el tema del caballo tomó un periódico de la mesa y, mirando por encima del mismo, dijo con lánguida entonación:

—Si deseas bailar, Fanny, estoy dispuesto a acompañarte.

Con más que igual cortesía, ella rehusó el ofrecimiento: que no, que no sentía deseos de bailar.

—Lo celebro —dijo él entonces, en un tono mucho más animado, al tiempo que abandonaba el periódico—, porque estoy rendido de cansancio. Lo que me admira es que los demás puedan resistir tanto tiempo. Tendrían que estar enamorados para hallar diversión en una chifladura como esta; y lo están, sin duda alguna. Si te fijas, verás que aquí todas las parejas son de enamorados... todas, menos la de mi amigo Yates y la señora Grant. Y, entre nosotros, Fanny, me parece que lo que es ella, pobre mujer, necesita un enamorado tanto como las otras. ¡Triste y desesperada vida debe ser la suya al lado del doctor Grant! ––y al decir esto volvió el rostro, con una mueca significativa, del lado de la butaca que ocupaba el aludido; pero, como descubriera que estaba a su lado, se vio en la imperiosa necesidad de recurrir a un cambio de expresión y de tema tan brusco, que Fanny, a pesar de todo, apenas pudo contener la risa—. ¡Vaya cosas raras ocurren en América, doctor Grant! ¿Cuál es su opinión? Siempre recurro a usted para saber a qué atenerme en las cuestiones públicas.

—Mi querido Tom —díjole su tía, hablando en voz alta, unos momentos después—, como no bailas, supongo que no tendrás inconveniente en unirte a nosotros para jugar una partida, ¿verdad?

Dejó su asiento y, aproximándose a él para dar más fuerza persuasiva a su proposición, añadió en un susurro:

—Conviene formar una mesa para la señora Rushworth, ¿comprendes? Tu madre lo desea muchísimo, pero casi no dispone de tiempo para jugar ella, debido al fleco que está confeccionando. Ahora bien, entre tú, yo y el doctor Grant seremos bastantes; y, aunque nosotros sólo jugamos a media corona, ten en cuenta que debes hacer las apuestas de media guinea jugando con él.

—Aceptaría con muchísimo gusto —replicó él en voz alta, al tiempo que se ponía en pie con presteza—; seria para mí un gran placer... pero en este mismo instante me disponía a bailar. Vamos, Fanny —agregó, tomando a su prima de la mano—, no pierdas más tiempo, o empezaremos cuando el baile ya habrá terminado.

Fanny se dejó llevar de muy buena gana, aunque le era imposible sentirse muy agradecida a su primo o distinguir, como él hizo por cierto, entre el egoísmo de otra persona y el propio.

—¡Bonita proposición, válgame Dios! —exclamó él, indignado, mientras se alejaban—. ¡Intentar coserme a una mesa de cartas por un par de horas con ella y el doctor Grant, que siempre están peleando, y esa vieja pesada que entiende tanto de *whisi* como de álgebra! Seria de desear que mi tía no fuese tan entrometida. ¡Y además, proponérmelo en esa forma... sin ninguna ceremonia, delante de todos, para comprometerme! *Esto* es lo que me disgusta más que nada. ¡Es lo que más me saca de quicio, esa ficción de que me consulta, de que me da a elegir, mientras lo hace de un modo como para obligarle a uno a hacer

lo que a ella se le antoja... ¡sea lo que sea! De no habérseme ocurrido felizmente salir a bailar contigo, no hubiera podido escabullirme. ¡Vaya mala suerte! Pero cuando a mi tía se le mete una idea en la cabeza no hay quien la detenga.

CAPÍTULO XIII

El ilustre John Yates, ese nuevo amigo de quien hemos hablado, no poseía más virtudes que las de vestir a la moda y gastar, y la de ser el hijo menor de un lord de mediana posición; y sir Thomas seguramente no hubiese considerado nada deseable su introducción en Mansfield. Tom lo había conocido en Weymouth, donde habían pasado juntos diez días con el mismo grupo; y su amistad, si amistad podía llamarse, quedó demostrada y ratificada, al ser invitado Mr. Yates a dejarse caer por Mansfield y al prometer éste que así lo haría. Y así lo hizo antes de lo que se esperaba, a consecuencia de la súbita dispersión de una gran pandilla reunida para hacer vida alegre en casa de otro amigo, el cual había tenido que abandonar Weymouth. Llegó Mr. Yates en alas de la desilusión y con la cabeza llena de arte dramático, pues había sido una partida de aficionados al teatro; y para la función, en la que él había de tomar parte, faltaban tan sólo dos días, cuando el súbito fallecimiento de uno de los más próximos parientes de la familia desbarató el plan y dispersó a los componentes del cuadro escénico. Tener tan cerca la felicidad, tan cerca la fama, tan cerca el largo párrafo haciendo el panegírico de las funciones de aficionados de Ecclesford, sede del muy honorable lord Ravenshaw, de Cornualles, que hubiera inmortalizado... por un año al menos, el nombre de todos los participantes; tenerlo tan cerca, y perderlo todo, constituía un fracaso que dolía en el alma. Y Mr. Yates no sabía hablar de otra cosa: Ecclesford y su teatro, los preparativos y los vestuarios, los ensayos y el jolgorio que se hacía en los mismos, eran su inagotable tema de conversación; y jactarse del pasado, su único consuelo.

Afortunadamente para él, la afición al teatro es tan generalizada, la ilusión por actuar tan viva en la juventud, que dificilmente podía fatigar la atención de sus oyentes. Desde el reparto de los papeles hasta el epílogo, todo había sido encantador, y pocos eran los que no hubieran querido ser parte interesada, o los que hubieran dudado en probar su aptitud. La obra elegida había sido «Promesas de Enamorados», y Mr. Yates tenía que encarnar el conde Cassel.

—Es un papel insignificante —decía— y nada de mi gusto, de modo que no volvería a aceptarlo otra vez; pero resolví no poner obstáculos. Lord Ravenshaw y el duque se habían asignado los dos únicos papeles que vale la pena interpretar antes de que yo llegara a Ecclesford; y, aunque lord Ravenshaw ofreció cederme el suyo, ya comprenderán ustedes que me fue imposible aceptarlo. Sentí por él que hubiera medido tan mal sus fuerzas, pues no sirve

para el papel de barón... tan bajito, con su voz tan débil, que siempre se ponía ronca a los diez minutos de haber empezado; hubiera destrozado materialmente la obra; pero yo estaba resuelto a no poner obstáculos. Sir Henry creía que tampoco el duque servía para hacer de Frederick, pero esto era debido a que deseaba interpretar él este personaje; por el contrario, así hubiera sido aún peor. Quedé pasmado al comprobar que sir Henry era tan mal actor. Afortunadamente, la fuerza de la obra no recaía sobre él. Nuestra Agata era insuperable, y muchos consideraron que el duque estaba magnífico en su papel. En total, que hubiera sido algo maravilloso.

«Fue una verdadera lástima, vaya que sí» y «sinceramente le compadezco, no hay para menos», eran los amables comentarios del auditorio simpatizante.

—No vale la pena quejarse por esto; pero cabe afirmar que la pobre viuda no hubiera podido escoger peor momento para morir, y uno no pudo evitar el deseo de que la noticia se ocultara hasta justamente después de los tres días que nos hacían falta. Eran tres días nada más, y por tratarse sólo de una abuela, y teniendo en cuenta que aquello se montaba a una distancia de doscientas millas, creo que no hubiera sido un mal tan grande; y alguien lo sugirió, me consta. Pero lord Ravenshaw, que sin duda es uno de los más correctos hombres de Inglaterra, no quiso siquiera oír hablar de ello.

—Un entremés en lugar de una comedia —dijo Mr. Bertram—. Las «Promesas de Enamorados» se terminaron, y lord y lady Ravenshaw se quedaron solos interpretando «Mi Abuela». En fin, él se consolará sin duda con la herencia; y tal vez, dicho sea entre nosotros, empezaba a inquietarse por su prestigio y sus pulmones en el papel de barón y no le haya sabido mal tener que retirarse. Y para meterme también contigo, Yates, creo que deberíamos montar un pequeño teatro en Mansfield y rogarte que fueras nuestro director escénico.

La idea, aunque instantánea, no se extinguió en un instante; pues en todos se había despertado el deseo de actuar, y en nadie con tanto ímpetu como en él, que era ahora el jefe de la casa, y que, teniendo tantas horas libres como para ver algo de bueno en casi todo aquello que representase una novedad, tenía al propio tiempo un grado de sensibilidad temperamental y afición a la escena que se adaptaba exactamente a la novedad de hacer teatro. Acariciaba la idea una y otra vez. «¡Oh, si se pudiera hacer algo semejante al teatro y los decorados de Ecclesford!» El deseo halló eco en las dos hermanas; y Henry Crawford, que veía en ello un nuevo motivo de fiesta no gustada aún para su completo programa de licencia y diversión, se sumó entusiásticamente a la idea:

—En estos momentos —dijo— creo que seria capaz de hacer el payaso lo bastante para encargarme de cualquier interpretación, de cualquiera de los personajes que han creado los dramaturgos, desde Shylock o Ricardo III hasta el héroe cantante de una farsa, con su traje escarlata y sombrero de candil. Me siento con ánimos para hacer cualquier cosa, para hacerlo todo, para declamar o rugir, para suspirar o cabriolar, en cualquier tragedia o comedia escritas en lengua inglesa. El caso es hacer algo. Aunque sólo sea una media representación... un acto... una escena. ¿Qué podría impedirlo? No esos rostros, estoy seguro —mirando a las hermanas Bertram—. Y en cuanto al teatro, ¿qué significa un teatro? Lo que nos proponemos es divertimos por nuestra cuenta.

Cualquier habitación de esta casa sería suficiente.
—Necesitaremos un telón —dijo Tom Bertram—, unos pocos metros de bayeta verde para un telón, y tal vez nada más.
—Sí, esto bastará —consideró Mr. Yates—, con sólo una cortina que se recoja a un lado, o bien partida para correrla hacia los extremos, quitando las puertas, y tres o cuatro decorados, tendremos todo lo necesario para un plan así. Tratándose de una simple diversión entre nosotros, no hace falta más.
—Yo creo que debemos contentarnos con *menos* —terció María—. No habría tiempo para tanto y surgirían otras dificultades. Será preferible que adoptemos el punto de vista de Mr. Crawford, dejando que sea la *representación,* no el *teatro,* nuestro objetivo. Muchos fragmentos de nuestras mejores obras teatrales son independientes de la escenografia.
—Nada, nada —dijo Edmund, que empezaba a escuchar alarmado—. No vayamos a hacer las cosas a medias. Si hay que hacer función, que sea en un teatro de verdad, dotado de platea, palcos y galería, y demos una representación completa, desde el principio hasta el fin, como si fuese de una obra alemana, no importa cuál, con un entremés a base de muchos trucos y tramoya, y una exhibición de danza, y un *hornpipe*[1]*,* y unas canciones en los entreactos. Si no superamos a Ecclesford no haremos nada.
—Vamos, Edmund, no te pongas antipático —dijo Julia—. Todos gustamos de una buena representación, tanto como tú, y hemos tenido ocasión de desplazamos algo más para presenciarla.
—Claro, para ver a auténticos artistas, a buenos y experimentados actores y actrices; pero difícilmente me desplazaría de esta habitación a la de al lado para presenciar los ímprobos esfuerzos de unos individuos que no han sido preparados para el oficio..., de un grupo de damas y caballeros que tienen todas las desventajas de la educación y el decoro, contra las que se ven precisados a luchar en estos casos.
Después de una corta pausa, a pesar de todo, el tema se reanudó y siguió discutiéndose con el mismo afán, mientras los respectivos entusiasmos no hacían más que aumentar en el curso del debate y al comprobar cada uno la ilusión de los demás; y aunque nada se determinó, excepto que Tom Bertram preferiría una comedia, y sus hermanas y Henry Crawford una tragedia, y que nada en el mundo podía ser más fácil que dar con una obra que complaciera a todos, lo de llevar a cabo el plan parecía algo tan decidido, que Edmund empezó a inquietarse de veras. Estaba resuelto a evitarlo, en tanto le fuese posible; a pesar de que su madre, que igualmente escuchó la conversación sostenida en tomo a la mesa, no evidenció el menor síntoma de desaprobación.
Aquella misma tarde se le ofreció la oportunidad de poner a prueba sus fuerzas. María, Julia, Henry Crawford y Mr. Yates se hallaban en el salón de billar. Tom los dejó para volver a la sala donde estaba Edmund pensativo, de pie junto a la chimenea, y también lady Bertram sentada en un sofá a corta distancia, con Fanny a su lado preparándole la labor. Aquél entró diciendo:
—¡Otra mesa de billar como la nuestra no se podría encontrar, creo yo, sobre

[1] Baile predilecto de los marineros ingleses que ejecuta una sola persona. (N. T.)

la faz del mundo! No puedo resistirla más, y creo que nada podrá tentarme a volver jamás a ella. Pero algo bueno acaban de descubrir: es la sala ideal para teatro, la que reúne precisamente las condiciones de forma y profundidades requeridas; y como las puertas del fondo pueden transformarse en una sola, lo que puede conseguirse en cinco minutos, simplemente corriendo la librería del despacho de nuestro padre, tenemos exactamente lo mejor que se nos hubiese podido ocurrir de haber permanecido horas y más horas sentados y meditando sobre el caso. Y el despacho de papá será un excelente escenario. Parece unido al salón de billar a propósito.

—No será en serio que hablas de la representación, ¿verdad? —dijo Edmund en voz baja, al aproximarse su hermano a la chimenea.

—¡Que no hablo en serio! Tan en serio como cuando más, te lo aseguro. ¿Qué hay en ello que pueda sorprenderte?

—Considero que estaría muy mal. Desde un punto de vista general, las funciones de teatro casero dan motivo a algunos reparos; pero, teniendo en cuenta nuestras particulares circunstancias, seria altamente imprudente, y más que imprudente, intentar algo parecido. Pondría de manifiesto una total falta de sentimiento por la ausencia de nuestro padre, que hasta cierto punto se encuentra en constante peligro; y sería imprudente, me parece a mí, con respecto a María, cuya situación es no poco delicada... en extremo delicada, si bien se considera todo.

—¡Hay que ver si lo tomas en serio! Como si nos propusiéramos actuar tres veces por semana hasta el regreso de mi padre, e invitar a toda la comarca. Pero no se trata de una exhibición de esta clase. No pretendemos otra cosa que divertimos un poco entre nosotros, justamente para dar variedad a la monotonía del escenario doméstico y ejercitar nuestras facultades en algo nuevo. No precisamos de público, ni de publicidad. Creo que puede confiarse en nosotros en cuanto a la elección de una obra perfectamente intachable. Y no concibo que pueda haber más daño o peligro en conversar empleando el elegante lenguaje de algún respetable autor que en charlar con un vocabulario de cosecha propia. No tengo temores ni aprensión. Y, en cuanto a lo de que nuestro padre está ausente, es algo que está tan lejos de representar un obstáculo que casi lo considero un motivo; pues la impaciencia por su retomo tiene que constituir para nuestra madre un período de intensa ansiedad. Y, si nosotros podemos ser el medio que sirva de distracción a su inquietud y conseguimos sostener su ánimo durante las pocas semanas que faltan, creo que habremos empleado muy buen el tiempo, y sin duda papá lo creerá así también. No olvidemos que para ella es éste un período de intensa ansiedad.

Al decir esto, los dos miraron a su madre. Lady Bertram, hundida en el sofá, cual auténtica representación de la salud, el bienestar, la comodidad y la tranquilidad, estaba precisamente sumiéndose en un dulce sopor, mientras Fanny iba solventando las escasas dificultades de su labor, para ella.

Edmund sonrió y meneó la cabeza.

—¡Por Júpiter! ¡Esto sí que es un fracaso! —exclamó Tom dejándose caer en una butaca, al tiempo que soltaba una franca carcajada—. Vaya, madrecita querida, lo que es tu ansiedad... en esto me *colé.*

—¿Qué te pasa? —inquirió lady Bertram, con la torpe pronunciación de una persona soñolienta—. No estaba durmiendo.

—¡No, mamá, por Dios! Nadie sospechó tal cosa. Bueno, Edmund —prosiguió, volviendo al tema, la postura y la entonación anteriores, tan pronto como lady Bertram empezó de nuevo a dar cabezadas—; pero *eso* estoy dispuesto a mantenerlo... puesto que no es ningún mal.

—No puedo estar de acuerdo contigo. Tengo el pleno convencimiento de que nuestro padre lo desaprobaría rotundamente.

—Y yo estoy convencido de lo contrario. A nadie le satisface más que a nuestro padre que se ejerciten las facultades de los jóvenes, no hay quien tanto procure fomentarlas; y por cuanto se relaciona con la buena dicción, la entonación y los gestos declamatorios, creo que siente una verdadera pasión. No dudo de que la alentaba en nosotros, cuando chiquillos. ¡Cuántas veces nos hizo recitar versos sobre el cadáver de julio Cesar y «ser o no sen», en esta misma sala, para su diversión! Y ten muy presente que he recitado «Mi nombre era Norval» todas las noches de mi vida, a partir de unas vacaciones de Navidad.

Aquello era muy distinto. Debes darte cuenta de la diferencia. Nuestro padre quería que nosotros, como escolares, supiéramos hablar y pronunciar correctamente, pero nunca pudo desear que sus hijas ya mayores hicieran teatro. Su sentido del decoro es estricto.

—Todo esto ya lo sé —replicó Tom, malhumorado—. Conozco a papá tan bien como tú; y ya cuidaré yo de que sus hijas no hagan nada que pueda disgustarle. Ocúpate de tus asuntos, Edmund, que yo ya cuidaré del resto de la familia.

—Si estás resuelto a hacer función —dijo el perseverante Edmund—, espero que será en un plan muy íntimo y reservado, y creo que no debería intentarse montar un teatro. Sería tomarse unas libertades en casa de nuestro padre, durante su ausencia, que no podrían tener justificación.

—De todo lo que con esto se relacione me hago yo responsable —replicó Tom con decidido acento—. No habrá perjuicio para su casa. Tengo tanto interés como puedas tenerlo tú en velar por el buen nombre de la casa de nuestro padre; y en cuanto a esas alteraciones que hace un momento sugerí... eso de retirar una librería o abrir una puerta, o incluso emplear el salón de billar por espacio de una semana sin que sea precisamente para jugar al billar en él, podrías igualmente suponer que pondría objeción a que hagamos más uso de esta sala y menos del comedor auxiliar, donde solíamos reunimos habitualmente para charlar antes de que se fuera, o a que el piano de mis hermanas se traslade continuamente de un lado para otro. ¡Totalmente absurdo!

—Pero este cambio, aunque no fuera inoportuno como tal, sería inoportuno por el gasto que supone.

—¡Claro, como que el gasto de una empresa así seria fenomenal! Acaso suponga un desembolso de veinte libras, nada menos. Que hay que montar algo parecido a un teatro es indudable, pero se hará en el plan más sencillo: una cortina verde, algo de obra de carpintería... y nada más. Y en cuanto a la obra de carpintería se hará toda en casa por el propio Cristóbal Jackson, de modo

que pasa de absurdo hablar del gasto. Además, mientras se emplee a Jackson, ya no hay inconvenientes por parte de sir Thomas. No vayas a figurarte que en esta casa nadie más que tú puede ver y juzgar las cosas. No tomes tú parte en la función, si eso no te gusta, pero no pretendas imponerte a los demás.

—No, desde luego, en cuanto a intervenir yo —dijo Edmund—, me niego rotundamente.

Mientras esto decía, Tom abandonó la habitación y Edmund quedó sentado junto al fuego, removiéndolo, pensativo y enojado.

Fanny, que había escuchado toda la conversación y se adhería a todos los sentimientos expresados por Edmund en el curso de la misma, se aventuró a decir entonces, en su anhelo de proporcionarle algún consuelo:

—Quizás no consigan encontrar una obra que les convenga. Los gustos de Tom y de tus hermanas parecen muy distintos.

—En esto no confío, Fanny. Si persisten en su empeño, algo encontrarán. Hablaré con mis hermanas e intentaré disuadirlas a *ellas.* Es lo único que puedo hacer.

—Me imagino que tía Norris se pondría de tu parte.

—Yo diría que sí, pero ni sobre Tom ni sobre mis hermanas tiene alguna influencia que valga para el caso; y si no logro convencerlas por mí mismo dejaré que las cosas sigan su curso, sin intentarlo mediante su intervención. Las querellas familiares son lo peor de todo, y es preferible cualquier cosa a suscitar esa clase de violencias.

Sus hermanas, a las que tuvo oportunidad de hablar el siguiente día por la mañana, se mostraron tan refractarias a sus consejos, tan reacias a sus razonamientos, tan resueltas a hacer su gusto, como el mismo Tom. Adujeron que su madre no ponía el menor reparo al plan y que no habían de temer en absoluto la desaprobación de su padre; que no podía haber dañado en algo que se había visto en tantas familias respetables, con la intervención de tantas damas dignas de toda consideración, y que tenía que ser una escrupulosidad rayana en la locura la que pudiese ver algo censurable en un plan como el suyo, que comprendía sólo a hermanos y hermanas y algunos amigos íntimos, y del que jamás se hablaría fuera de su propio círculo. Julia no ocultó cierta tendencia a admitir que la situación de María requería que procediese con especial cuidado y prudencia, si bien esto no podía hacerse extensivo *a ella:* ella gozaba de absoluta libertad. Y María puso claramente de manifiesto que su compromiso no hacía más que elevarla muy por encima de toda cohibición, y que se viera menos obligada que Julia a consultar al padre o a la madre. Pocas esperanzas le quedaban a Edmund, pero seguía porfiando aún cuando se presentó Henry Crawford, procedente de la rectoría, que se introdujo en la habitación diciendo a plena voz:

—No escasearán las mediocridades en nuestro teatro, miss Bertram... no nos faltarán elementos infames: mi hermana le ofrece sus respetos y espera ser admitida en la compañía y se considerará dichosa si se le concede el papel de alguna vieja dueña o sumisa confidente que a vosotros no os guste interpretar.

María dirigió a Edmund una mirada que quería decir: «¿Qué dices ahora? ¿Puede estar mal lo que a Mary Crawford le parece bien?» Y Edmund,

acorralado, se vio obligado a reconocer que el hechizo de las tablas podía muy bien cautivar el espíritu de las personas geniales; y, con la ingenuidad de un enamorado, se puso a pensar, más que en otra cosa, en el ánimo complaciente y servicial que se traslucía en el mensaje.

El proyecto seguía adelante. Toda oposición fue inútil y, en cuanto a tía Norris, se la juzgó erróneamente al atribuirle una tendencia oposicionista. No expuso inconveniente que no fuera rebatido a los cinco minutos por su sobrino Tom y su sobrina María, que eran todopoderosos ante ella. Por otra parte, como el total de la habilitación no significaría un gran dispendio para nadie, y ninguno para ella; como previniese en la realización del proyecto todas las delicias de los apresuramientos, el bullicio y la presunción, y dedujese la inmediata ventaja de considerarse obligada a abandonar su casa, donde había vivido un mes completo a sus expensas, para trasladarse a la de ellos a fin de que a todas horas pudieran contar con sus servicios... se comprenderá que, de hecho, estuviera en extremo encantada de que se llevara a efecto.

CAPÍTULO XIV

Fanny parecía estar más cerca de tener razón de lo que Edmund había supuesto. La cuestión de hallar una obra que satisficiera a todos resultaba un verdadero problema; y el carpintero ya había recibido el encargo y tomado sus medidas, ya había puesto de manifiesto y allanado por lo menos dos colecciones completas de dificultades y, después de demostrar hasta la evidencia la necesidad de una ampliación del proyecto y del presupuesto, había ya puesto manos a la obra, sin que se supiera aún qué drama o comedia se iba a representar. Otros preparativos estaban también en marcha de Northampton había llegado un enorme rollo de bayeta verde, que tía Norris se encargó de cortar (con un ahorro, gracias a sus buenas disposiciones, de tres cuartos de yarda enteros y verdaderos) y se estaba ya transformando en una cortina en manos de las sirvientas, pero seguía ignorándose la obra a representar. Y, viendo que así transcurrían dos o tres días, Edmund empezó casi a esperar que no llegarían a encontrarla jamás.

Había, en realidad, tantos extremos a tener en cuenta, tantas personas que contentar; eran tantos los papeles buenos que se requerían y, sobre todo, era tan necesario que la obra fuese una comedia y una tragedia al mismo tiempo, que no parecían existir más probabilidades de que se llegara a una decisión que las que puedan hallarse en cualquier quimera perseguida por la juventud y el tesón.

Del lado trágico estaban las hermanas Bertram, Henry Crawford y Mr. Yates; del cómico, Tom Bertram, no *completamente* solo, porque era evidente que los deseos de Mary Crawford, aunque cortésmente silenciados, se inclinaban en el

mismo sentido; pero, a lo que parecía, él tenía suficiente poder y decisión para no necesitar aliados. Y, aparte de esta profunda, irreconciliable diferencia, deseaban que en la obra interviniesen muy pocos personajes en total, pero todos de máxima importancia, y tres principales figuras femeninas. Todas las mejores obras se revisaron en vano. Ni «Hamlet», ni «Macbeth», ni «Otelo», ni «Douglas», ni «El Jugador» brindaban característica alguna que pudiera satisfacer siquiera al grupo de los trágicos; y «Los Rivales», «La Escuela del Escándalo», «La Rueda de la Fortuna», «El Heredero Legal» y un largo etcétera fueron sucesivamente rechazadas con protestas más calurosas aún. No se proponía obra que no presentara algún inconveniente para alguien, y por un lado y por otro todo era repetir: «¡Oh, no!, *ésta* sí que no sirve». «Dejémonos de tragedias retumbantes.» «Demasiados personajes.» «No hay un papel femenino medianamente aceptable en toda la obra.» «Cualquier cosa menos *eso,* querido Tom.» «Sería imposible completar el reparto.» «Es de suponer que nadie querría aceptar esta parte.» «No es más que una pura astracanada desde el principio hasta el fin.» «Esta serviría, tal vez, si no fuera por los papeles insignificantes.» «Si he de dar mi opinión, siempre la consideré la obra más insípida del repertorio inglés.» «Yo no quisiera poner obstáculos... si puedo seros de alguna utilidad ya me consideraré feliz... pero creo que no podríamos hacer peor elección.»

Fanny observaba y oía, no poco divertida al notar el espíritu egoísta que, más o menos encubierto, parecía guiarles a todos, y preguntándose cómo acabaría aquello. Para darse gusto, hubiera podido desear que algo se representase al fin, pues jamás había presenciado ni media función, pues todas las demás consideraciones de mayor importancia se lo impedían.

—Así nunca acabaremos —dijo al fin Tom Bertram—. Estamos perdiendo el tiempo miserablemente. Algo hay que elegir. No importa lo que sea, la cuestión es decidirse. No hemos de ser tan exigentes. Unos cuantos personajes de más no deben arredramos. Tenemos que *doblarnos.* Debemos rebajarnos un poco. Si un papel es insignificante, tanto mayor nuestro mérito al sacarle algún partido. A partir de este momento, yo no he de poner más inconvenientes. Acepto cualquier papel que os parezca bien confiarme, con tal que sea cómico. Que sea cómico es lo único que pongo por condición.

Entonces, por quinta vez aproximadamente, propuso «El Heredero Legal», mostrándose sólo irresoluto en cuanto a si preferiría reservarse el papel de lord Duberley o el de doctor Pangloss, e intentando muy en serio, pero con muy poco éxito, convencer a los demás de que había algunos personajes magníficamente dramáticos entre los restante que integraban la farsa.

El silencio que siguió a esta infructuoso esfuerzo lo interrumpió el propio Tom. Acababa de coger uno de los varios tomos esparcidos sobre la mesa y, dándole vuelta, exclamó de pronto:

—¡«Promesas de Enamorados»! ¿Y por qué «Promesas de Enamorados» no habría de serviros a nosotros lo mismo que a los Ravenshaw? ¿Cómo no se nos había ocurrido antes? Algo me dice que es exactamente lo que nos conviene. ¿Qué os parece? Hay dos principales papeles trágicos para Yates y Mr. Crawford, y el mayordomo poetastro para mí... si nadie más lo quiere; es un papel insignificante, pero de características que no me disgustan. Y, como dije

antes, estoy dispuesto a hacer lo que sea, y lo que pueda. En cuanto al resto de personajes masculinos, no ofrecen dificultades; podrá interpretarlos cualquiera. No son más que el conde Cassel y Anhalt.

La idea fue bien acogida por todos en general. Todos empezaban a cansarse de tanta indecisión, y unánimemente coincidieron en apreciar que nada se había propuesto anteriormente que se ajustara tanto a las respectivas exigencias. Mr. Yates quedó especialmente complacido. Había estado suspirando y muriéndose por encamar el personaje de Barón en Ecclesford. Había envidiado todas las peroratas retumbantes a cargo de lord Ravenshaw, teniendo que conformarse con recitarlas para sí en la soledad de su habitación. La furia del barón Wildenheim marcaba el cénit de su ambición interpretativa; y, con la ventaja de saber ya de memoria la mitad de las escenas, se ofreció en el acto para encargarse del papel. Aunque para hacerle justicia deberemos añadir, sin embargo, que no se decidió; pues, recordando que también Frederick tenía que declamar a gritos en algunas escenas, sintió igual entusiasmo por este personaje. Henry Crawford se brindó para cualquiera de los dos. En cuanto Mr. Yates se decidiese por uno, él aceptaría el otro con mucho gusto. Ello dio lugar a un breve intercambio de cumplidos. Miss Bertram, o sea la mayor de las dos hermanas, que tenía puesto todo su interés en interpretar el papel de Agatha, decidió resolver ella la cuestión; a tal fin, hizo observar a Mr. Yates que era aquél un caso en que la estatura y la figura debían tenerse muy en cuenta y que, siendo él el más alto, parecía lo más adecuado que interpretase el papel de Barón. Todos reconocieron que tenía mucha razón, y como los papeles fueron aceptados, respectivamente, por los dos caballeros de acuerdo con su sugerencia, ella se aseguró al Frederick que le interesaba. Tres de los papeles estaban ya repartidos, sin contar a Mr. Rushworth, por quien siempre contestaba María en el sentido de que aceptaría lo que fuese, con mucho gusto. Pero Julia, que quería para sí, lo mismo que su hermana, el papel de Agatha, empezó a mostrarse escrupulosa por cuenta de miss Crawford:

—Esto no es portarse bien con los ausentes —dijo—. Aquí no hay bastantes personajes femeninos. Amelia y Agatha no están mal para María y para mí, pero no queda nada para su hermana, Mr. Crawford.

Mr. Crawford hubiera deseado que nadie pensara en eso. Estaba completamente seguro de que su hermana no tenía el menor empeño en hacer función, prestándose con mucho gusto a ello tan sólo si la precisaban, y sabía que en este caso no permitiría que se preocupasen por ella. Tom Bertram, en cambio, se pronunció en el sentido de que el papel de Amelia correspondía por todos conceptos a Mary Crawford.

—Es tan natural como necesario que lo reservemos para ella —dijo—, puesto que Agatha encaja a cualquiera de mis hermanas. No puede haber sacrificio por parte de éstas, pues se trata de un personaje en extremo cómico.

A esto siguió un corto silencio. Las dos hermanas estaban impacientes. Cada una de ellas se creía con más derechos sobre la otra para aspirar al papel de Agatha, y cada una esperaba que los demás dieran el empujón que inclinase la balanza a su favor. Henry Crawford, que entretanto había tomado el libro en sus manos y con aparente indiferencia hojeaba el primer acto, pronto decidió la

cuestión:

—Debo rogar a miss *Julia* Bertram —dijo— que no se encargue del papel de Agatha, pues haría fracasar toda mi gravedad... Que no, que no debe hacerlo —volviéndose hacia ella—. No podría resistir su rostro cubierto de angustia y palidez. Se me representarían las muchas ocasiones en que nos hemos reído juntos, infaliblemente, y Frederick se vería precisado a huir con su mochila, a todo correr.

Cortés, galantemente, fueron pronunciadas estas palabras. Pero la forma quedó absorbida por el fondo en la sensibilidad de Julia. Sorprendió una breve mirada que él dirigió a María, lo que vino a confirmar la ofensa que se le infería. Era un ardid... un truco: ella quedaba postergada, María era la preferida. La sonrisa de triunfo que María intentaba reprimir era demostración de que quedaba perfectamente entendido. Y antes de que Julia pudiera adquirir el suficiente dominio sobre sí misma para hablar, su hermano acabó de hundirla con sus razonamientos contrarios a ella también:

—¡Oh, sí! María tiene que ser nuestra Agatha. María será la mejor Agatha. Aunque a Julia se le antoja que prefiere la tragedia, no me fiaría de ella para el caso. No hay nada de trágico en tomo a su persona. No tiene el aspecto adecuado. Sus facciones no se prestan a expresiones trágicas, y camina demasiado aprisa, y habla demasiado aprisa, y no sabría mantenerse seria. Mejor será que interprete la vieja campesina... la mujer del granjero. Créeme, Julia: la mujer del granjero es un personaje muy simpático, te lo aseguro. La vieja mujer da ánimos a su abatido marido con su magnífico espíritu. Tienes que ser la mujer del granjero.

—¡La mujer del granjero! —exclamó Mr. Yates—. ¿Qué estás diciendo? ¡El papel más vulgar, más despreciable, más insignificante! El más gris... sin una intervención aceptable en toda la obra. ¡Hacer esto tu hermana! Es un insulto proponérselo. En Ecclesford lo dejamos para el ama de llaves. Todos convinimos en que no podíamos ofrecerlo a nadie más. Un poco más de justicia, señor empresario, por favor. No mereces ostentar el cargo, si no sabes apreciar un poco mejor los talentos de tu compañía.

—Verás, en cuanto a eso, amigo mío, mientras mi compañía y yo no hayamos actuado, es natural que uno vaya un poco perdido; pero no quise hacer ningún desprecio a Julia. El caso es que no puede haber dos Agathas y, en cambio, necesitamos una mujer del granjero; y me parece que yo mismo le doy un ejemplo de modestia al conformarme con el viejo mayordomo. Si el papel es insignificante, más meritoria será su labor al conseguir sacarle algún partido; y, si siente una tal aversión por todo lo humorístico, que recite el texto correspondiente al granjero en vez del de la mujer, haciendo un trueque de papeles. Me parece que él es un personaje bastante grave, y hasta patético. ¡Ya lo creo! Esto no alteraría en absoluto el fondo de la obra. Y, en cuanto al papel de granjero, aun con el texto correspondiente a su mujer, yo mismo estaría dispuesto hacerlo de todo corazón.

—A pesar de todo su partidismo por la mujer del granjero —dijo Henry Crawford—, es imposible hacer de este papel algo que resulte adecuado para su hermana, y no debemos coaccionarla abusando de su buen carácter. No

debemos *permitir* que lo acepte. No seria justo que se sacrificase, a impulsos de su espíritu complaciente. Su temperamento será indispensable para el papel de Amelia. Amelia es un personaje más dificil de representar incluso que Agatha. Yo considero que Amelia es el personaje más dificil de la obra. Requiere mucho temple, mucha delicadeza, para infundirle vigor e ingenuidad sin caer en la extravagancia. He visto a buenas actrices que han fallado en esta interpretación. La ingenuidad, desde luego, está fuera del alcance de casi todas las actrices profesionales. Para ello se precisa una delicadeza espiritual que no poseen... Se precisa una damisela gentil... una Julia Bertram. Y usted querrá encargarse del papel, ¿no es cierto? —añadió, volviéndose a ella con una ansiosa mirada suplicante que consiguió apaciguarla un poco.

Mientras ella dudaba antes de dar una contestación, de nuevo terció su hermano a favor de miss Crawford.

—No, no; Julia no estaría bien en Amelia. No es el personaje que le cuadre. A ella misma no puede gustarle. No lo haría bien. Es demasiado alta y robusta. Para Amelia se requiere una figurilla delgada, airosa, movediza, juvenil. Es el papel que encaja a miss Crawford, y nada más que a miss Crawford. Su fisico es ideal para el caso, y estoy convencido de que lo hará admirablemente bien.

Prescindiendo de esos razonamientos, Henry Crawford seguía insistiendo:

—Tiene que complacemos —decía—, no puede negarse. Cuando haya estudiado el papel, no dudo que lo considerará muy adecuado para usted. Usted elige la tragedia, pero ciertamente resultará que la comedia la elige a *usted.* Tendrá que visitarme en el calabozo, con una cesta de provisiones... ¿Se negará usted a hacer una visita a este pobre prisionero? Ya me estoy imaginando que la veo llegar con su cesta.

El influjo de su voz se hizo sentir. Julia vacilaba; pero... ¿y si lo único que él se proponía era halagarla y apaciguarla y que pasara por alto su reciente afrenta? No se fió. El feo había sido terminante. Acaso ahora no hacía más que completar su pérfida jugarreta. Julia miró con desconfianza a su hermana: el rostro de María tenía que decidir. Si su expresión reflejara mortificación y alarma... Pero no; en el semblante de María todo era serenidad y satisfacción, y Julia sabía muy bien que, en el fondo, su hermana no podía sentirse feliz sino a costa de ella. Por eso, súbitamente indignada y con un temblor en la voz, dijo a Henry:

—Parece que ya no teme eso de no saber mantenerse serio, en el caso de verme llegar con una cesta de provisiones... aunque una pudiera suponer... ¡Pero era sólo en el papel de Agatha donde podía resultarle tan irresistible mi presencia!

Julia se interrumpió. Henry Crawford quedó un tanto escurrido y como sin saber qué decir. Tom Bertram empezó de nuevo:

—Miss Crawford tiene que ser nuestra Amelia. Será una Amelia excelente...

—No temáis que yo quiera encargarme del personaje —replicó Julia con airada precipitación—. Hemos quedado en que no haré el papel de Agatha, y os aseguro que no haré ninguno; y, en cuanto al de Amelia, no hay en el mundo personaje que pueda disgustarme más. Lo aborrezco. Es una muchacha detestable, ínfima, descarada, falsa, indecente. Siempre me pronuncié contra la

comedia, y ésta es comedia del peor estilo.

Diciendo esto abandonó precipitadamente la habitación, dejando una sensación de embarazo en más de una persona, pero sin despertar compasión en ninguna, excepto en Fanny, que fue una oyente pasiva de todo lo que allí se dijo, y que no podía hacerse la reflexión de que Julia se sentía torturada por los celos, sin apiadarse de ella.

A su salida siguió un corto silencio, pero su hermano pronto volvió al tema del momento, a las «Promesas de Enamorados», dedicándose a hojear la obra con afán para decidir, con la ayuda de Mr. Yates, qué decorados podrían necesitar, mientras María y Henry Crawford conversaban aparte, a media voz; y la manifestación con que ella inició el diálogo, afirmando que «le cedería el papel a Julia con mucho gusto, se lo aseguro; pero, aunque es probable que yo lo haga muy mal, estoy convencida de que ella lo haría peor», estaba cosechando sin duda todas las galanterías a que aspiró.

Así llevaban ya bastante tiempo, cuando la desintegración del grupo fue completada por Tom Bertram y Mr. Yates, que juntos abandonaron la habitación para estudiar mejor el caso sobre el terreno, o sea en la sala que ahora empezaban a denominar «el teatro», y por María Bertram, que decidió llegarse personalmente a la rectoría para ofrecer el papel de Amelia a miss Crawford. Y Fanny quedó sola.

El primer uso que hizo de su soledad fue tomar el libro que habían dejado sobre la mesa y enterarse del contenido de la obra. Tenía despierta la curiosidad, y sus ojos recorrieron el texto con afán sólo contenido a intervalos por su asombro de que hubiesen podido elegir aquello para el caso..., ¡de que se hubiese tenido la osadía de proponerlo y aceptarlo para un teatro casero! Agatha y Amelia le parecieron, cada una en su estilo, unos personajes tan sumamente impropios para una representación en la intimidad del hogar... la situación de la una y el lenguaje de la otra tan inadecuados para toda mujer modesta, que se le hizo dificil admitir que sus primas supieran en lo que se estaban empeñando, y deseó de todo corazón que reaccionaran lo antes posible, atendiendo a la protesta de Edmund, a no dudarlo, habría de formular.

CAPÍTULO XV

Miss Crawford aceptó el papel de muy buena gana; y poco después que María Bertram regresó de la rectoría, llegó Mr. Rushworth y, por lo tanto, quedó adjudicado otro papel. Se le ofreció el del conde Cassel y el de Anhalt, a elegir, y al principio no supo por cuál decidirse y pidió a su prometida que le orientase; pero cuando le hubieron dado a entender el distinto carácter de los personajes recordó que una vez había visto la comedia en Londres y que Anhalt le había parecido un tipo muy estúpido, de modo que se decidió por el conde. María

Bertram aprobó la decisión, considerando que cuanto menos tuviera que aprenderse su prometido, mejor; y, aunque no podía participar de sus deseos de que hubiera alguna escena en que el conde y Agatha intervinieran juntos, ni podía fácilmente contener su impaciencia mientras él hojeaba detenidamente la obra con la esperanza de comprobar que existía la tal escena para su satisfacción, ella se dedicó, muy amablemente, a reducirle todos los parlamentos que permitían ser abreviados, al tiempo que subrayaba la necesidad de que se engalanara mucho para salir a escena, cuidando de elegir unos colores del mejor gusto al combinar su atavío. A Mr. Rushworth le complació mucho la idea de presentarse tan adornado, aunque fingiendo despreciarla; y quedó demasiado atareado en imaginar el efecto que produciría él para pensar en los demás, o para sacar cualquiera de las conclusiones o manifestar cualquiera de los sentimientos de disgusto que María había medio esperado de él.

Así de adelantadas estaban las cosas, sin que Edmund, que había permanecido ausente toda la mañana, se hubiera enterado de nada; pero cuando entró en el salón antes del almuerzo, mientras Tom, María y Mr. Yates estaban entregados a la discusión del mismo tema, Mr. Rushworth fue a su encuentro con gran diligencia para enterarle de las gratas nuevas.

—Ya tenemos obra —dijo—. Haremos «Promesas de Enamorados»; y yo seré el conde Cassel, y voy a tener que salir, primero, con traje azul y capa de satén rosa y, después, tendré que llevar otro elegante indumento de caza, de fantasía. No sé si me gustará.

Los ojos de Fanny seguían a Edmund y su corazón latía con fuerza al escuchar la comunicación y ver la cara que él ponía, comprendiendo cuáles habían de ser sus sentimientos en aquel momento.

—¡«Promesas de Enamorados»! —con acento de pasmo, fue la única contestación que dio a Mr. Rushworth; y se volvió hacia su hermano y hermanas, como sin atreverse a dudar de una contradicción.

—Sí —corroboró Mr. Yates—. Después de todas nuestras discusiones y dificultades, descubrimos que nada podía ajustarse mejor a nuestros deseos, que no encontraríamos nada tan ideal como «Promesas de Enamorados». Lo asombroso es que no se nos hubiera ocurrido antes. Mi estupidez ha sido enorme, ya que con esta obra tendremos las ventajas de todo lo que yo vi en Ecclesford, ¡y es tan útil contar con algo que sirva de patrón! Hemos repartido ya casi todos los papeles.

—Pero... ¿y quién se encargará de los femeninos? —inquirió Edmund gravemente y mirando a María.

Este se ruborizó a despecho de sí misma al contestar:

—Yo haré la parte que había de interpretar lady Ravenshaw, y —añadió, mirándole con más audacia— miss Crawford encarnará a Amelia.

—Yo no la hubiese considerado la obra más adecuada para representar *nosotros* —replicó Edmund, alejándose en dirección a la chimenea, en torno a la cual estaban sentadas su madre, tía Norris y Fanny, y donde fue a sentarse también él, evidentemente disgustado.

Mr. Rushworth le siguió para decir:

—Yo aparezco tres veces y tengo cuarenta y dos parlamentos. Es algo, ¿no le

parece? Pero no me seduce mucho lo de presentarme con una elegancia tan refinada. Casi no me reconoceré, metido en un traje azul y envuelto en una capa de raso de color rosa.

Edmund no se vio capaz de contestarle. Pocos minutos después, Tom Bertram fue llamado a la otra sala para aclarar algunas dudas al carpintero, y salió acompañado de Mr. Yates. A poco les siguió Mr. Rushworth, y Edmund aprovechó casi inmediatamente la oportunidad para decir:

—No puedo hablar delante de Mr. Yates del concepto que me merece esa obra sin que él vea en mis palabras una alusión a sus amigos de Ecclesford; pero a *ti* debo decirte ahora, querida María, que la considero en extremo inadecuada para una representación particular, y espero que renunciaréis a ella. No puedo menos de suponer que tú serás la primera en rechazarla en cuanto la hayas leído detenidamente. Léeles nada más que el primer acto a tu madre o a tu tía, en voz alta, y tú verás si puedes aprobarla. No será necesario someterte al juicio de tu padre, estoy seguro.

—Nuestros respectivos puntos de vista son muy distintos —replicó María—. Conozco la obra perfectamente, no lo dudes, y mediante unos pocos cortes, omisiones, etcétera, que desde luego se harán, no veo que pueda haber nada censurable en ella; y no soy yo la única mujer joven del grupo que la considera muy apta para una representación particular.

—Y yo lo lamenta—contestó él—; pero en esta cuestión eres *tú* quien debes mandar. *Tú* debes dar el ejemplo. Si otros han errado, a ti te corresponde hacerles rectificar y mostrarles en qué consiste la auténtica sensibilidad. En todo cuanto afecte al decoro, tu conducta debe ser ley para los restantes elementos del grupo.

Esta imagen de su importancia surtió algún efecto, pues a nadie podía gustarle más que a María mandar sobre los demás; y, de un humor muy mejorado, contestó:

—Te estoy muy agradecida, Edmund. Tu intención es buenísima, no lo dudo; pero sigo pensando que juzgas las cosas con excesivo rigor, y yo no puedo ponerme en el plan de arengar a los demás sobre un tema de esta índole. En ello estaría el mayor indecoro, creo yo.

—¿Acaso supones que de mi cabeza podría brotar una idea así? No; deja que sea tu conducta la única arenga. Diles que, al examinar tu parte, has comprendido que no servirías para interpretarla; que te has dado cuenta de que requieres más práctica y seguridad de lo que habías supuesto. Dilo con firmeza, y será más que suficiente. Todos los que sepan distinguir comprenderán tus motivos. Se renunciará a la obra y será honrada tu delicadeza tal cual corresponde.

—No representes nada que sea impropio, querida —dijo lady Bertram—; a tu padre no le gustaría. Fanny, toca la campanilla; es hora de que se sirva el almuerzo. De seguro que Julia está ya vestida.

—Estoy convencido, mamá —dijo Edmund, reteniendo a Fanny—, de que a su padre no le gustaría.

—Ya lo ves, hija mía; ¿has oído lo que dice Edmund?

—Si yo rechazara mi papel —dijo María, con renovado empeño—, es seguro

que Julia lo haría.

—¡Cómo! —exclamó Edmund—. ¿Conociendo tus razones?

—¡Oh¡, ella se basaría en la diferencia que existe entre nosotras... en lo distinto de nuestra situación respectiva... en que ella no precisa tener los escrúpulos que yo debo sentir forzosamente. Estoy segura de que razonaría así. No, Edmund; tienes que disculparme. No puedo retractar mi consentimiento; todo está ya demasiado resuelto... todos quedarían tan decepcionados... Tom se pondría furioso; y si hemos de ser tan mirados nunca llegaremos a representar nada.

—Es exactamente lo mismo que ahora iba a decir yo —terció tía Norris—. Si a todas las piezas hay que encontrarles reparos, no representaréis nada y los preparativos no habrán sido más que dinero tirado; y os aseguro que *esto* sí que sería un descrédito para todos nosotros. Yo no conozco la obra; pero, como dice María, si contiene algo un poco subido de tono (y en casi todas se da el caso) fácilmente se puede eludir. No hemos de ser escrupulosos hasta la exageración, Edmund. Como Mr. Rushworth interviene también, no puede hacer daño. Yo sólo hubiera deseado que Tom supiera lo que quería cuando los carpinteros empezaron a trabajar, pues se perdió medio jornal por cuestión de esas puertas laterales. La cortina será un buen negocio, sin embargo. Las muchachas se esmeran mucho en su confección, y me parece que podremos devolver algunas docenas de anillas. No hay lugar para ponerlas tan juntas unas de otras. Supongo que yo soy de alguna utilidad, procurando evitar todo lo que sea gasto inútil y haciendo la mayoría de las cosas. Siempre debería haber una cabeza sentada para vigilar los asuntos que están en manos de la juventud. A propósito, me olvidé de contarle a Tom algo que me sucedió hoy mismo. Estuve cuidando de mi gallinero y acababa de salir, cuando me tropecé con Dick Jackson, que se dirigía al pabellón de los criados con dos pedazos de carne para su padre, podéis estar seguros; la madre tuvo que mandarle a un recado cerca del padre, y éste aprovechó la ocasión para pedirle esos bocados, alegando que no podía pasarse sin ellos. Comprendí lo que aquello significaba, pues en aquel preciso instante sonaba la campana llamando al servicio a la mesa; y como aborrezco a las gentes interesadas (los Jackson son muy interesados, siempre lo dije... son de esa clase de personas que procuran sacar todo lo que pueden) me enfrenté con el muchacho (ya sabéis que es un muchachote grandullón, de diez años, que debería avergonzarse de sí mismo) y le dije: «Ya me encargaré yo de llevarle esa carne a tu padre, Dick; o sea que ya te estás volviendo a tu casa a toda prisa». El muchacho quedó como petrificado, y acto seguido se alejó sin decir esta boca es mía, pues creo que mis palabras fueron bastante tajantes; y yo diría que habrá escarmentado y no volverá a rondar la casa por una temporada larga. Me indigna ese afán de abuso... ¡con lo bueno que es vuestro padre con esa familia, dando empleo al hombre durante todo el año!

Nadie se tomó la molestia de contestar. Los que habían salido no tardaron en volver, y Edmund se dijo que el haber intentado que rectificasen habría de ser su única satisfacción.

El almuerzo transcurrió pesadamente. Tía Norris refirió otra vez su triunfo sobre Dick Jackson; pero, por lo demás, poco se habló de la función ni de los

preparativos, pues la desaprobación de Edmund pesaba incluso sobre el ánimo de su hermano, aunque éste hubiera deseado no acusarla. María, al carecer del alentador apoyo de Henry Crawford, prefirió soslayar el tema. Mr. Yates, que pretendía hacerse simpático a Julia, tropezó con su mal humor, menos impenetrable para cualquier tópico que para el de lo mucho que él sentía que quedase al margen del cuadro escénico; y Mr. Rushworth, que no tenía en la cabeza más que su papel y su vestuario, pronto agotó todo lo que uno y otro tema podían dar de sí.

Sin embargo, el tema de la representación quedó sólo en suspenso por un par de horas. Quedaban todavía muchos cabos por atar; y como los espíritus del atardecer les infundieran nuevos alientos, Tom, María y Mr. Yates, apenas volvieron a reunirse todos en el sofá, fueron a sentarse en una mesa aparte y abrieron la obra, dispuestos a estudiar y solucionar sus posibles dificultades; y empezaban a entrar de lleno en el asunto cuando fueron agradablemente interrumpidos por la aparición de Mr. y miss Crawford, los cuales, a pesar de lo tarde, lo obscuro y lo brumoso de la hora y del tiempo, no pudieron pasarse sin ir y viéronse acogidos por la más cordial y alegre de las bienvenidas.

«Bueno, ¿cómo va eso?» y «¿Qué nuevos acuerdos habéis tomado?» y «¡Oh!, no podemos hacer nada sin vosotros» fueron las frases que se cruzaron a seguido de los primeros saludos; y Henry Crawford no tardó en sentarse junto a los tres que ocupaban la mesita aparte, mientras su hermana se dirigía hacia donde se encontraba lady Bertram para cumplimentarla con atenta deferencia.

—Sinceramente debo felicitar a usted —dijo— por haber sido ya elegida la obra a representar; pues, aunque usted lo ha soportado todo con paciencia ejemplar, no dudo que estará cansada de tanto ruido y tanta discusión; por eso le doy a usted mi sincera enhorabuena, lo mismo que a la señora Norris y a todos los que entran en el mismo predicamento —añadió, repartiendo su mirada, mitad temerosa, mitad astuta, entre Fanny y Edmund.

Obtuvo una contestación muy cortés de lady Bertram, pero Edmund no dijo nada. Que él no fuera más que uno de los circunstantes quedó sin desmentir. Después de seguir unos minutos charlando con el grupo reunido en tomo al fuego, miss Crawford se reunió con los sentados en tomo a la mesa y, permaneciendo de pie junto a ellos, pareció que se interesaba en sus disposiciones hasta que, como recordando de súbito algo de capital importancia, exclamó:

—¡Amigos míos! Veo que estáis trabajando con gran ponderación en tomo a los decorados de esas granjas y cervecerías, por dentro y por fuera; pero, por favor, decidme entretanto cuál va a ser mi suerte. ¿Quién hará el papel de Anhalt? ¿Cuál de vosotros será el caballero a quien tendré el placer de hacer el amor?

Transcurrieron unos segundos sin que nadie hablara; y después hablaron muchos a la vez para decir la misma triste verdad: todavía no contaban con ningún Anhalt. Mr. Rushworth se había decidido por el conde Cassel, pero del papel de Anhalt nadie se había encargado aún.

—Yo pude elegir entre los dos personajes —dijo Mr. Rushworth—, y me pareció que me gustaba más el papel de Conde... aunque no me entusiasma

eso de salir a escena tan elegante y adornado.

—Fue muy acertada su elección, desde luego —replicó miss Crawford, intencionadamente—; el papel de Anhalt es bastante difícil.

—*El Conde* tiene cuarenta y dos parlamentos —subrayó Mr. Rushworth—, lo que no es una bagatela.

—No me sorprende nada —dijo miss Crawford, después de una corta pausa— que no haya surgido ningún Anhalt. Amelia no merece mejor suerte. Una muchacha tan desenvuelta es natural que asuste a los hombres.

—A mí me causaría más que satisfacción encargarme del papel, si fuera posible —protestó Tom—; pero, desgraciadamente, el mayordomo y Anhalt coinciden en escena. Sin embargo, no quiero dar el caso por perdido; veré si se puede hacer algo... lo repasaré otra vez.

—Tu hermano seria el indicado —dijo Mr. Yates a Tom, en voz baja—. ¿No crees que aceptaría?

—No seré yo quien se lo proponga —replicó Tom, de un modo frío, terminante.

Miss Crawford cambió de tema y poco después se reunió con el grupo de la chimenea.

—No me necesitan para nada —dijo, tomando asiento—. Sólo sirvo para ponerles en un aprieto y obligarles a pronunciar frases corteses. Edmund, puesto que usted no toma parte en la comedia, será un consejero desinteresado, y por esto recurro a usted. ¿Qué podríamos hacer para disponer de un Anhalt? ¿Hay posibilidad de que alguno de los otros asuma la encarnación del personaje, haciendo un doble papel? ¿Cuál es su consejo?

—Mi consejo —replicó él con calma— es que se cambie la comedia.

—Yo no tendría inconveniente —dijo Mary—; pues aunque particularmente no me disgusta el papel de Amelia si se sostiene bien... es decir, sin sufrir grandes tropiezos, lamentaría ser un obstáculo. Pero como los de *esa mesa* —añadió, dirigiendo la mirada al grupo de Tom— parece que no están dispuestos a oír sus consejos, es muy seguro que no van a seguirlos.

Edmund permaneció callado.

—Si *algún* papel pudiera inducirle a usted a tomar parte en la representación, supongo que sería el de Anhalt —observó ella sutilmente, al cabo de una breve pausa—, pues se trata de un clérigo, como usted sabe.

—Esta circunstancia, precisamente, no podría inducirme a ello —replicó Edmund—, pues lamentaría hacer del personaje un tipo ridículo por no saber actuar en escena. Tiene que ser muy difícil evitar que Anhalt parezca un discursante formalista, superficial; y el individuo que personalmente ha elegido la carrera es, tal vez, el último que se prestaría a representar el papel de clérigo en las tablas.

Miss Crawford enmudeció y, con una mezcla de resentimiento y mortificación, corrió su silla ostensiblemente hacia la mesa de té, prestando toda su atención a tía Norris, que la presidía.

—Fanny —llamó Tom Bertram desde la otra mesa, donde la conferencia se desarrollaba con mucha animación y la conversación era incesante—, precisamos de tus servicios.

Fanny se puso en pie en el acto, esperando algún mandado; pues el hábito de emplearla en tal sentido no se había abandonado aún a pesar de todos los esfuerzos de Edmund por conseguirlo.

—¡Oh! No hace falta que abandones tu asiento. No precisamos tus servicios para *este momento.* Sólo vamos a requerirte para nuestra representación. Tendrás que hacer la mujer del granjero.

—¡Yo¡ —exclamó Fanny, sentándose de nuevo, llena de espanto—. Desde luego, tenéis que excusarme. No sería capaz de interpretar ningún papel aunque me diesen el mundo a cambio. No, eso sí que no, no sé actuar en escena.

—Desde luego, pero tienes que hacerlo porque no podemos prescindir de ti. No hace falta que te asustes por eso; es un papel insignificante, una nadería, con apenas media docena de parlamentos en toda la obra, y poco importará si nadie se entera de una palabra de lo que dices. De modo que podrás ser tan ladina como quieras, pero de ésta no te escapas, porque lo que nos conviene es que aparezcas para que se te vea.

—Si la asustan media docena de parlamentos —consideró Mr. Rushworth—, ¿cómo se las compondría con un papel como el mío? Yo tengo que aprenderme cuarenta y dos.

—No es que me asuste aprenderlo de memoria —dijo Fanny, casi horrorizada al encontrarse ella sola hablando en la habitación y sentir que todas las miradas convergían sobre ella—, pero es que en realidad no sé actuar en escena.

—Sí, sí; sabes bastante para nosotros. Te aprendes el papel, y nosotros te enseñaremos todo lo demás. Sólo intervienes en dos escenas, y como yo seré el granjero, yo mismo te pondré en el caso y te guiaré por donde convenga; y lo harás muy bien, respondo de ello.

—No, no, Tom; debes excusarme. No puedes imaginarte mi torpeza. Es algo absolutamente imposible para mí. Si fuera capaz de aceptarlo, sólo representaría un estorbo.

—¡Bah! ¡Bah! No seas tan modesta. Lo harás muy bien. Tendrás toda la condescendencia de nuestra parte. No exigimos perfección. Te pondrás un vestido marrón, un delantal blanco y una toca, y nosotros te pintaremos unas arrugas, unas cuantas patas de gallo junto a los ojos, y quedarás convertida en una vieja mujer ideal para el caso.

—Tenéis que excusarme, es forzoso que me excuséis —protestaba Fanny, poniéndose cada vez más colorada debido a su enorme excitación y mirando acongojadamente a Edmund, que la observaba con expresión cariñosa, pero que, no queriendo exasperar a su hermano con su intervención, se limitó a corresponder con una sonrisa alentadora. La súplica de Fanny no hizo el menor efecto a Tom, que repitió sus anteriores argumentos. Y no se trataba sólo de Tom, pues la petición obtuvo después el apoyo de María, y de Mr. Crawford, y de Mr. Yates, cuya insistencia sólo se diferenció de la del primero en que era más suave o más ceremoniosa; y todo ello, en conjunto, resultaba algo excesivamente abrumador para Fanny. Antes de que le dieran tiempo siquiera para respirar, tía Norris vino a completar su violencia al dirigirse así a ella, en un susurro colérico, al tiempo que perceptible para los demás:

—¡Vaya asunto se está haciendo aquí de una tontería! Estoy avergonzada por

ti, Fanny. ¡Poner tantas dificultades cuando se trata de complacer a tus primos en una cosa tan insignificante como ésta... tan amables como son ellos contigo! Acepta el papel de grado y no des lugar a que se hable más de ello, por favor.

—No la obligue, tía —terció Edmund—. No está bien forzarla de ese modo. Ya ve que no le gusta hacer función. Dejemos que decida tan libremente como todos nosotros. Su criterio es acreedor a toda consideración. No insista más.

—No volveré a insistir —replicó tía Norris, ofendida—; pero habré de considerarla una muchacha muy obstinada y desagradecida, cuando no es capaz de acceder a los deseos de su tía y sus primos... Muy desagradecida, vaya que sí, teniendo en cuenta quién es y lo que es.

Edmund estaba demasiado indignado para poder hablar; pero miss Crawford, después de mirar por un momento con asombro a la señora Norris y luego a Fanny, cuyas lágrimas empezaban a asomar, dijo inmediatamente con cierta agudeza:

—No me gusta mi situación; este *sitio* es demasiado caluroso para mí.

Y corrió su silla hacia el lado opuesto de la mesa, junto a Fanny, para decirle en un discreto y amable susurro, al sentarse a su lado:

—No se preocupe, querida; tenemos un día aciago. Todo el mundo está contrariado y molesto. Pero no les hagamos caso.

Y con acentuada deferencia siguió hablándole e intentando levantar su ánimo y ponerla de buen humor, a pesar de que ella misma se sentía de un humor pésimo. Mediante una mirada que dirigió a su hermano, evitó que se renovaran los ruegos a Fanny para que aceptara el papel; y las intenciones realmente buenas por las que se regía, casi puramente, en aquellos momentos bastáronle para recuperar en el acto la totalidad del poquito terreno que había perdido a los ojos de Edmund.

Fanny no quería a miss Crawford, pero le agradeció mucho su amabilidad; y cuando, después de interesarse por su labor y manifestarle que ella quisiera saber hacer unas labores tan primorosas, y rogarle que le prestara el diseño de la que estaba haciendo, y expresar su suposición de que se estaba preparando para ser presentada en sociedad, como sin duda se haría en cuanto su prima se hubiese casado, miss Crawford le preguntó si había tenido últimamente noticias de su hermano embarcado, y le dijo que tenía muchos deseos de conocerle, añadiendo que lo imaginaba un muchacho muy agradable, y aconsejó a Fanny que un pintor le hiciera un retrato para quedárselo ella antes de que se hiciera de nuevo a la mar...; después de todo esto, no pudo menos que admitir que eran unos halagos muy agradables, a los que forzosamente había que prestar oídos y a los que contestó poniendo en su acento más animación de la prevista.

La conferencia en tomo al libro de la obra seguía aún, y el primero en interrumpir el coloquio de miss Crawford con Fanny fue Tom Bertram al manifestarle, con profundo pesar, que le resultaba totalmente imposible encargarse del papel de Anhalt, además del de mayordomo, ya que había puesto todo su afán en procurar hacerlo factible, pero no había forma: tenía que abandonar su empeño.

—Pero no habrá la menor dificultad en encontrar quien quiera encargarse del papel —añadió—. Sólo tenemos que abrir la boca. Podremos elegir a voluntad.

Ahora mismo podría nombrar a seis jóvenes al menos, que viven a menos de seis millas a la redonda y que arden en deseos de ser admitidos en nuestra compañía; y hay entre ellos uno o dos que no desentonarían. Yo no temería confiar en cualquiera de los Oliver o en Charles Maddox. Tom Oliver es un muchacho muy inteligente, y Charles Maddox es en todas sus cosas tan caballero como pueda apetecerse; así es que mañana temprano ensillaré mi caballo para llegarme hasta Stoje y ponerme de acuerdo con alguno de ellos.

Mientras esto decía Tom, María miró a Edmund recelosamente, muy convencida de que se opondría a tal ampliación, tan contrapuesta a todas sus anteriores advertencias; pero Edmund permaneció callado.

Al cabo de unos momentos de reflexión, miss Crawford replicó con calma:

—Por lo que a mí respecta, nada puedo objetar a lo que vosotros consideréis acertado. ¿Conozco a alguno de esos dos caballeros? Sí, Mr. Charles Maddox almorzó un día en casa de mi hermana, ¿no es cierto, Henry? Un muchacho de aspecto muy formal. Le tengo muy presente. Que sea a él a quien se recurra, por favor, pues será menos desagradable para mí tener por oponente a un individuo totalmente desconocido.

Quedaron en que Charles Maddox sería el hombre. Tom repitió su decisión de ir a su encuentro el día siguiente a primera hora; y aunque Julia, que apenas había desplegado los labios hasta aquel momento, dijo con acento sarcástico, dirigiendo la mirada a María primero y a Edmund después, que «de la función de aficionados de Mansfield se hablaría en exceso por toda la comarca», Edmund se mantuvo impasible, limitándose a mostrar su disgusto con una determinada gravedad en su actitud.

—No siento gran entusiasmo por nuestra representación —dijo miss Crawford en voz baja a Fanny, pasados unos momentos de muda reflexión—; y estoy dispuesta a decirle a Mr. Maddox que suprimiré algunos de sus parlamentos y gran número de los míos, antes de ensayar juntos. Será muy desagradable, y en modo alguno lo que yo esperaba.

CAPÍTULO XVI

No estaba en el poder de miss Crawford conseguir, con su conversación, que Fanny olvidara realmente lo que había sucedido. Al término de la velada fue a acostarse dominada por la misma impresión, con los nervios todavía excitados por la violencia del ataque que le había dirigido su primo Tom, tan pública e insistentemente, y con el espíritu agobiado por la reflexión y el reproche tan desconsiderados que le había hecho su tía. Haberse visto llamada de aquel modo, para enterarse de que sólo se trataba del preludio de algo infinitamente peor; haber escuchado que debía hacer algo tan imposible para ella como intervenir en la representación y, después, haber tenido que soportar aquellas

imputaciones de obstinación e ingratitud, reforzadas con aquella alusión a su situación de inferioridad... fue un todo que la hizo sufrir demasiado en el momento de producirse para que al recordarlo a solas pudiera afligirla mucho menos, especialmente teniendo en cuenta el sobreañadido temor de que a la mañana siguiente se renovara el planteamiento de la cuestión. La protección de miss Crawford sólo había servido para el momento; y si se veía de nuevo requerida por ellos, con toda la insistencia autoritaria que Tom y María eran capaces de desarrollar, y en el caso probable de que Edmund se encontrase fuera de casa, ¿qué podría hacer ella? Quedó dormida antes de hallar contestación a esta pregunta, que no le pareció menos abrumadora cuando se despertó por la mañana. Pero como el cuartito blanco del ático, que había seguido siendo su dormitorio desde el día que pasó a integrar la familia Bertram, resultase incompetente para sugerirle alguna contestación, Fanny recurrió, en cuanto estuvo vestida, a otra habitación más espaciosa y más apropiada para pasear, reflexionando, arriba y abajo, y de la que era desde hacía algún tiempo casi tan dueña como de la suya. Había sido el cuarto de estudio de las niñas; es decir, este nombre había sido su distintivo hasta que las hermanas Bertram no quisieron admitir que siguieran llamándolo ìsí ni se destinase a tal fin hasta otra época futura. Allí había vivido miss Lee y allí las niñas habían leído y escrito, y hablado y reído hasta hacía poco más de tres años, cuando aquélla abandonó la casa. Entonces la habitación se convirtió en un espacio inservible, y por algún tiempo quedó totalmente abandonada, excepto por parte de Fanny, que entraba a menudo para cuidar de sus plantas o siempre que deseaba coger uno de sus libros; y no estaba poco contenta de poder guardarlos allí, dada la insuficiencia de espacio disponible en su cuartito del piso superior. Pero gradualmente, a medida que se acrecentaba el valor que para ella tenía el nuevo espacio por las comodidades que le proporcionaba, fue considerándolo como parte integrante de sus dominios y pasaba allí casi todas sus horas libres; y al no tropezar con ninguna oposición había ido adueñándose de un modo tan natural e impremeditado de aquel rincón, que ahora todos lo consideraban de su pertenencia. Así, pues, el cuarto del este, como lo llamaban desde que María Bertram había cumplido los dieciséis años, se consideraba ahora casi tan particular de Fanny como el cuartito blanco del ático; pues la estrechez del uno hacía tan evidentemente razonable el uso del otro, que las hermanas Bertram, que tenían en sus respectivos aposentos todas las ventajas superiores que pudiera exigir su propio sentido de superioridad, lo aprobaron sin el menor reparo; y tía Norris, después de estipularse que jamás se encendería allí una estufa por motivo de Fanny, quedó medianamente resignada a que ésta hiciera uso de lo que nadie más quería, aunque los términos en que a veces hablaba del favor parecían significar que se trataba de la mejor habitación de la casa.

Su orientación era tan ideal, que hasta sin estufa era habitable en más de una incipiente primavera y de un fin de otoño, por la mañana, para una espíritu tan resignado como el de Fanny; y, mientras en ella entrase un rayo de sol, abrigaba la esperanza de no tener que abandonarla, ni siquiera en pleno invierno. El bienestar que le procuraba en sus horas de asueto era grande. Allí podía refugiarse después de toda escena desagradable soportada en el piso bajo,

hallando inmediato consuelo en alguna ocupación o algún curso de ideas en relación con los mismos objetos de que se veía rodeada. Sus plantas, sus libros (que se había dedicado a coleccionar con afán desde el primer momento en que pudo disponer de un chelín), su mesita escritorio, sus labores caritativas e ingeniosas... todo lo tenía allí a su alcance; y cuando no se sentía en disposición de ocuparse en algo, cuando su ánimo sólo la predisponía al ensueño y a la contemplación, apenas podía mirar un objeto en aquel recinto que no suscitara en ella la evocación interesante de algún hecho ocurrido en aquel mismo sitio. Todo le era amigo o le hacía pensar en una persona amiga; y aunque allí había tenido que soportar a veces mucho sufrimiento... aunque sus razones habían sido a menudo mal interpretadas, sus sentimientos desatendidos y su intelecto menospreciado... aunque allí había conocido los tormentos del rigor, del ridículo y del desdén..., no obstante, casi toda repetición de alguna de aquellas coyunturas había conducido a algo consolador: tía Bertram había hablado en su defensa, o miss Lee la había alentado, o, lo que era más frecuente y más apreciable aún, Edmund había sido su paladín y su amigo de siempre, ya defendiendo su causa o explicando su intención, ya encareciéndole que no llorase o dándole alguna prueba de afecto que convertía su llanto en una verdadera delicia... Y el conjunto aparecía ahora tan perfectamente fundido, con unos matices tan bien armonizados por la distancia, que toda pretérita aflicción tenía su encanto. El recinto le era sumamente querido y no hubiera cambiado sus muebles por los mejores de la casa, aunque lo que ya de por sí era sencillo había recibido los malos tratos de la gente menuda. Y los principales adornos y elegancias que contenía eran: un deslucido escabel que Julia usara en sus labores, excesivamente estropeado para llevarlo a la sala de estar; tres transparencias, debidas a cierto momento en que una racha de la moda impuso las transparencias por todas partes, que cubrían los tres cristales inferiores de una ventana, donde la Abadía de Tintem tenía su sitio entre unas ruinas de Italia y un lago iluminado por la luna en Cumberland; una colección de retratos de familia considerados indignos de figurar en otro sitio, sobre la repisa de la chimenea; y al lado de éstos, apoyado contra la pared, el pequeño croquis de un barco que cuatro años antes le había enviado William desde el Mediterráneo, con la inscripción H.M.S.[2] en el casco de unos caracteres tan grandes como el palo mayor.

A este refugio de consuelos acudió Fanny para probar su influjo sobre un espíritu turbado, receloso...; para ver si contemplando la efigie de Edmund podía intuir alguno de sus consejos, o si oreando sus plantas podía inhalar el aura que templase su ánimo. Pero no eran sólo los temores en cuanto a la posibilidad de defender su postura lo que tenía que vencer: había empezado a sentirse indecisa con respecto a la postura que *debía* adoptar; y mientras paseaba arriba y abajo de la habitación aumentaba su incertidumbre. ¿Obraba rectamente al negarse a lo que se le pedía con tanto afán... a lo que podía ser tan esencial para el logro de un proyecto en el que algunos, a los que ella debía mostrarse siempre dispuesta a complacer, habían puesto todas sus ilusiones? ¿No sería

[2] Abreviatura *de His Majesty's ship.* Buque de su Majestad (N. del T.)

aquello mala voluntad, egoísmo y un temor a exponerse? ¿Y podía el criterio de Edmund, el convencimiento que éste tenía de la total desaprobación de sir Thomas, ser bastante para justificarla en una determinada negativa contra la voluntad de todos los demás? Seria para ella tan horrible intervenir en la representación, que se inclinó a desconfiar de la autenticidad y pureza de sus propios escrúpulos; y al pasear en torno su mirada vio reforzado el derecho de sus primos a contar con su gratitud, ante la presencia de los regalos y más regalos que de ellos había recibido. La mesa situada entre las ventanas aparecía cubierta de cajas de labores que le habían sido ofrecidas en distintas ocasiones, especialmente por Tom, y se aturdió sólo de considerar la importancia de la deuda que todos aquellos amables recuerdos representaban. Una llamada a la puerta la sorprendió en medio de esos intentos para hallar el camino de su deber, y su discreto «Adelante» fue correspondido por la aparición de la persona ante cuya presencia todas sus inquietudes solían desvanecerse. Sus ojos se iluminaron al ver a Edmund.

—¿Puedo hablar contigo, Fanny, sólo unos minutos? —preguntó él.

—Sí, claro.

—Quiero consultarte... necesito tu opinión.

—¡Mi opinión! —exclamó su prima, casi asustada al cumplido, que, al mismo tiempo, le causaba una gran satisfacción.

—Sí, tu consejo y tu opinión. No sé qué hacer. Esa perspectiva de la representación va adoptando un cariz cada vez peor, ya lo ves. Han elegido casi la peor obra que podían elegir; y ahora, para que nada falte, van a solicitar la colaboración de un individuo muy superficialmente conocido por todos nosotros. Aquí acaba toda la formalidad y reserva de que se habló al principio. No sé si puede reprocharse nada a Charles Maddox; pero la excesiva intimidad que forzosamente tiene que nacer de su admisión entre nosotros en este plan... más que intimidad, familiaridad, es algo altamente censurable; y a mí me parece un daño de tal gravedad como para evitarlo, si es posible, a toda costa. ¿No lo consideras tú así?

—Sí, pero ¿qué se puede hacer? ¡Tu hermano está tan determinado...!

—Sólo una cosa cabe hacer, Fanny. Yo mismo tendré que encargarme del papel de Anhalt. Estoy convencido de que es lo único que podrá frenar a Tom.

Fanny no pudo contestarle.

—Nada tan lejos de mi gusto —prosiguió él—. A ningún hombre puede gustarle verse llevado a una situación que lo haga aparecer tan inconsecuente. Todo el mundo sabe que me opuse al plan desde el primer momento, y parece absurdo que me preste a colaborar *ahora,* cuando precisamente están rebasando los límites de lo proyectado en un principio, en todos los aspectos. Pero no veo otra alternativa; ¿y tú, Fanny?

—No —contestó ella, hablando con lentitud—, ahora mismo, no... pero...

—¿Pero qué? Veo que tu opinión no coincide con la mía. Piénsalo un poco. Acaso tú no veas tan claramente como yo los perjuicios que *podría,* la situación desagradable que *tendría* que producir la introducción de un joven en nuestro círculo de ese modo... mezclándole en nuestra vida doméstica... autorizándole a venir a todas horas... colocándole en un terreno que pronto le llevaría a

prescindir de todas las barreras. Basta con pensar en las libertades que cada ensayo tendería a crear. ¡Es algo inaceptable, por todos conceptos! Ponte en el lugar de miss Crawford, Fanny. Considera lo que representaría hacer el papel de Amelia con un extraño. Ella tiene derecho a que se lamente su situación, porque es evidente que ella misma la lamenta. Llegó a mis oídos lo suficiente de lo que te dijo anoche para comprender su renuncia ante la perspectiva de actuar con un desconocido; y como probablemente se comprometió a aceptar su papel esperando algo muy distinto... tal vez sin considerar la cuestión con bastante detenimiento para darse cuenta de lo que se trataba con exactitud... seria una actitud poco generosa, seria en realidad obrar mal, dejarla expuesta a semejante contingencia. Sus sentimientos merecen ser respetados. ¿No te parece que así debe ser, Fanny? ¿Acaso lo dudas?

—Lo siento por miss Crawford, pero todavía siento más verte arrastrado a hacer algo contra lo que te habías pronunciado, aquello que todos saben que consideras habrá de disgustar a tu padre. Será un gran triunfo para ellos.

—No tendrán gran motivo de considerarlo un triunfo cuando vean lo mal que trabajo. Pero, de todos modos, no dejará de ser un triunfo, y esto me subleva. No obstante, si yo puedo ser el medio que reduzca la publicidad del asunto, que limite el círculo de la exhibición, que concentre nuestra extravagancia a sus más estrechos límites, me consideraré bien pagado. Manteniéndome en la actual postura no tengo la menor influencia... no puedo hacer nada: les he ofendido y no quieren escucharme. Pero, en cuanto les haya puesto de buen humor con mi concesión, tengo la esperanza de que podré persuadirles en el sentido de concretar la representación a un círculo mucho más estrecho que el que ahora están dispuestos a consentir. Esto será una ventaja positiva. Mi objetivo es evitar que la cosa transcienda más allá de los Rushworth y los Grant. ¿No vale la pena procurarlo?

—Sí, es un punto muy importante.

—Pero aún no merece tu entera aprobación. ¿Puedes sugerirme algún otro medio que me permita conseguir el mismo provecho? —No, no se me ocurre nada más.

—Entonces, dime que lo apruebas, Fanny. No quedo tranquilo sin tu aprobación.

—¡Por favor, Edmund!

—Si no estás de acuerdo, tendré que desconfiar de mí mismo; y aun así... Pero es absolutamente imposible dejar que Tom vaya por ese camino, recorriendo la comarca en busca de alguien que quiera intervenir en la función, no importa quién... mientras tenga la estampa de un caballero. Creí que *tú* habías penetrado mejor los sentimientos de miss Crawford.

—Sin duda se pondrá muy contenta. Será un gran alivio para ella —dijo Fanny, procurando dar a sus palabras un acento de mayor convicción.

—Nunca se mostró más amable que anoche, en su modo de portarse conmigo. Ello la hizo acreedora a toda mi buena voluntad.

—Estuvo muy amable, realmente, y me satisface haberle ahorrado...

No pudo terminar su generosa efusión: su conciencia la detuvo en seco; pero Edmund quedó satisfecho.

—Me reuniré abajo con ellos inmediatamente después del desayuno —dijo—, y estoy seguro de que les daré una alegría. Y ahora, querida Fanny, no quiero estorbarte más. Sin duda estarias leyendo cuando te interrumpí. Pero no hubiera podido tranquilizarme sin antes hablar contigo y llegar a una decisión. Dormitando o en vela, he pasado toda la noche sin poder ahuyentar de mi cabeza esta cuestión. Es un mal, pero sin duda conseguiré que sea menor de lo que pudo ser. Si Tom se ha levantado, iré a hablar directamente con él para dejar solucionado este punto; y cuando nos reunamos para desayunar estaremos del mejor humor ante la perspectiva de hacer función todos juntos, con tal perfecta unanimidad de pareceres. Tú, entretanto, te darás un paseito China adentro, me imagino. ¿Qué tal le va a lord Macartney? —añadió, tomando un grueso volumen de encima de la mesa y otros dos a continuación—. Y aquí tienes «El Holgazán» y los «Cuentos» de Crabbe a mano para alternar, si te cansas del libro grande. Me gusta extraordinariamente tu pequeño recinto; y apenas te haya dejado vaciarás tu cerebro de toda esa bobada de teatro casero para sentarte cómodamente a tu mesa de lectura. Pero no permanezcas aquí demasiado tiempo, no vayas a resfriarte.

Se fue; pero no pudo haber lectura, ni viajes a través de China, ni sosiego para Fanny. Edmund le había comunicado lo más extraordinario, lo más inconcebible, la más ingrata noticia, y ella no podía pensar en otra cosa. ¡Actuar él en la función! ¡Después de todas sus objeciones... objeciones tan justas y tan públicamente exteriorizadas! Después de todo lo que ella le había oído decir, de la actitud que le había visto adoptar y de lo bien que había conocido su modo de sentir... ¿Era posible? ¡Edmund tan inconsecuente! ¿No estaría engañándose a sí mismo? ¿No estaría en un error? ¡Ah, todo se debía a miss Crawford! Bien había observado el gran efecto que todas y cada una de las frases de Mary producían en él, y se sintió desgraciada. Las dudas y escrúpulos respecto de su propio comportamiento, que antes la habían atormentado y que quedaron aletargados mientras estuvo escuchando a Edmund, se habían convertido ahora en cosa de poca importancia. Su pena actual, más honda, los había desplazado. Ya todo podía seguir su curso: ya tanto le daba cuál pudiera ser el fin. Sus primos podían atacar, pero dificilmente conseguirían fastidiarla. Ella estaba fuera de su alcance; y si al fin se veía obligada a ceder... no importaba... todo era sufrimiento *ahora.*

CAPÍTULO XVII

Fue, ciertamente, un día de triunfo para Tom y María. No se habían hecho la ilusión de alcanzar tal victoria sobre la reserva de Edmund, y quedaron encantados. Ya nada podía estorbarles en la realización de su ilusionado plan y se felicitaron mutuamente, en secreto, por la flaqueza de los celos a que

atribuyeron el cambio, con toda la alegría de sus deseos satisfechos por todos conceptos. Edmund podía mostrarse todavía serio y decir que no le gustaba el proyecto en general y que tenía que desaprobar la obra elegida en particular: ellos habían logrado su objetivo. Edmund intervendría en la función, y a ello lo había arrastrado únicamente la fuerza de unas inclinaciones egoístas. Edmund había descendido de aquel punto de elevación moral en que se había mantenido hasta entonces, y ellos se sintieron tan mejorados como contentos por el descenso.

Se portaron, no obstante, muy bien con él a la sazón, sin traslucir más exultación de la que traicionaban unos rasgos en las comisuras de los labios, y parecía que consideraban la decisión un recurso tan salvador para librarse de la intromisión de Charles Maddox como si antes se húbieran visto forzados a admitirle contra su voluntad. Afirmaron que «llevarlo a cabo exclusivamente dentro de su círculo familiar era lo que más habían deseado; un extraño entre ellos hubiera constituido el fracaso de su diversión». Y cuando Edmund, refiriéndose a este mismo aspecto de la cuestión, insinuó sus esperanzas con respecto a la limitación de público, todos se mostraron dispuestos, en la euforia del momento, a prometer cualquier cosa. Todo era jovialidad y estímulo. Tía Norris se ofreció para hacerle el traje, Mr. Yates le aseguró que la última escena de Anhalt con el barón se prestaba a mucha acción y mucho énfasis y Mr. Rusworth se encargó de contar el número de parlamentos que tendría a su cargo.

—Tal vez —dijo Tom— Fanny estaría más dispuesta a complacemos ahora. Quizás tú podrías convencerla.

—No, está completamente resuelta. Es seguro que no aceptaría.

—¡Ah!, muy bien.

Y no se dijo más. Pero Fanny se sentía otra vez en peligro, y su indiferencia ante tal peligro empezaba a flaquear.

¡No suscitó menos sonrisas en la rectoría que en el Parque Mansfield el cambio de actitud de Edmund; miss Crawford estaba sumamente encantadora con su risueño semblante y acogió la noticia con una recuperación tan instantánea de su buen humor, que sólo podía producir un efecto en él: «Es indudable que he procedido con gran justicia al respetar tales sentimientos», se decía: «estoy satisfecho de mi decisión». Y la mañana transcurrió entre satisfacciones muy gratas, aunque no muy sanas. Una ventaja se derivó de todo ello para Fanny: ante la formal insistencia de Mary, su hermana, la señora Grant, se avino con su habitual buen humor a encargarse del papel para el que se había requerido la colaboración de Fanny; y éste fue el único acontecimiento de la jornada algo satisfactorio para ella. Pero hasta esto, al serle comunicado por Edmund, hubo de aportar una buena dosis de amargura a su corazón; pues resultó que era a miss Crawford a quien debía agradecérselo... que era la amable intervención de miss Crawford lo que había de promover su gratitud; y de los merecimientos de miss Crawford por haber puesto su empeño en ello se habló con calor de admiración. Fanny estaba a salvo. Pero paz y seguridad no se correspondían en este caso. Nunca más lejos de su espíritu la paz. No podía acusarse de haber obrado mal, pero sentía inquietud por todo lo demás. Lo

mismo su corazón que su criterio se rebelaban contra la decisión de Edmund; no podía explicarse su inconsecuencia, y verle feliz dentro de la misma la hacía sufrir. Su espíritu era un hervidero de celos y agitación. Miss Crawford compareció con un semblante tan alegre que parecía un insulto, y permitiéndose unas expresiones tan amistosas al dirigirse a ella, que a duras penas consiguió dominarse para responder con calma. Todos cuantos la rodeaban aparecían contentos y atareados, dichosos e indispensables; cada cual tenía su motivo de interés, su papel, su traje, su escena favorita, sus amigos y aliados... Todos tenían ocasión de emplearse haciendo consultas y comparaciones o de divertirse con las jocosas incidencias que se producían. Sólo ella estaba triste y era insignificante. No tomaba parte en nada. Podía irse o quedarse, podía estar en medio del ruidoso ajetreo de los demás o retirarse en la soledad del cuarto del Este, sin que notaran su presencia o su ausencia. Casi se sintió inclinada a pensar que cualquier cosa hubiera sido preferible a aquello. A la señora Grant se le concedía no poca importancia: se hacía honroso comentario de su carácter jovial; su gusto y su tiempo eran tomados en consideración; su presencia se hacía necesaria; se la solicitaba, se la atendía, se la elogiaba... Y Fanny estuvo, al principio, a punto de envidiarle el papel que ella misma había rechazado. Pero con la reflexión se impusieron mejores sentimientos y se le hizo evidente que la condición de la señora Grant exigía un respeto que a ella nunca le hubieran otorgado; y que, aun en el caso de haber sido objeto de la mayor deferencia, nunca hubiera podido sumarse con tranquilidad de conciencia a un plan que, teniendo sólo en cuenta la rectitud de su tío, había de condenar en su totalidad.

El corazón de Fanny no era absolutamente el único amargado entre todos los que latían en su tomo, como no tardó en descubrir. Julia era también una víctima, aunque no sin culpa.

Henry había jugado con su corazón; pero ella había admitido demasiados galanteos, e incluso los había buscado, con unos celos de su hermana tan razonables que hubieran debido bastar para salvaguardar sus propios sentimientos; y ahora, obligada por la evidencia a reconocer que él prefería a su hermana, aceptaba el hecho sin alarmarse lo más mínimo por la situación de María ni intentar nada racional para sosegar su espíritu. Se limitaba a permanecer sentada en taciturno silencio, envuelta en una rígida gravedad que por nada se dejaba amansar, o bien, admitiendo las galanterías de Mr. Yates, hablaba con forzada jovialidad sólo con él y ridiculizando la actuación escénica de los otros.

Durante un par de días, a partir del de la afrenta, Henry Crawford hizo algunos intentos para borrarla mediante la usual ofensiva de frases galantes y halagadoras, pero no le preocupaba tanto el caso como para perseverar a despecho de la actitud altanera y despectiva con que tropezó de momento; y, como no tardó en encontrarse demasiado atareado con su participación en el reparto de la obra para que le diera tiempo a sostener más de un *flirt,* le fue cada vez más indiferente el enfado, o más bien lo consideró un feliz suceso, como discreto término de lo que a no tardar hubiera podido hacer concebir esperanzas en alguien más, aparte de la señora Grant. A ésta no le agradaba ver a Julia excluida del reparto y sentada en un rincón, desairada; pero como no era asunto

que estuviera directamente relacionado con su felicidad; como Henry era quien mejor podía enjuiciar la suya, y puesto que él mismo le aseguraba, acompañándose de una sonrisa altamente persuasiva, que ni él ni Julia habían pensado jamás seriamente el uno en el otro, ella no podía hacer más que renovar sus advertencias con respecto a la hermana mayor, rogarle que no arriesgara su tranquilidad dedicando a María una excesiva admiración y, después, tomar parte en todo aquello que procurase alegría a la juventud en general y que, de un modo tan particular, había de ser motivo de placer y diversión para los dos hermanos que tanto quería.

—Casi me sorprende que Julia no esté enamorada de Henry —fue el comentario que hizo a Mary.

—Yo diría que lo está —contestó miss Crawford, con indiferencia—. Me imagino que las dos hermanas están enamoradas de él.

—¡Las dos! No, no, esto no puede ser. No vayas a insinuárselo siquiera a Henry. Piensa en Mr. Rushworth.

—Harías mejor en decírselo a María Bertram que piense en Mr. Rushworth. Puede que esto le hiciera algún bien a *ella.* A menudo pienso en las propiedades y la posición holgada de Mr. Rushworth, y desearía que estuvieran en otras manos; pero nunca pienso en *él.* Otro hombre representaría al condado con semejante patrimonio; otro hombre prescindiría de una profesión y representaría al condado.

—Creo que pronto lo tendremos en el Parlamento. Cuando vuelva sir Thomas, creo que lo presentará por algún distrito; pero hasta ahora no ha tenido a nadie que lo pusiera en camino de hacer algo.

—Sir Thomas tendrá grandes proyectos en cuanto se haya reintegrado al seno de la familia —dijo Mary, cerrando una pausa—. ¿Recuerdas la «Dedicatoria al Tabaco», de Hawkins Browne, imitando a Pope?:

¡Bendita hoja!, cuyas aromáticas emanaciones confieren modestia al estudiante, carácter al rector.

Yo voy a parodiarles:

¡Bendito caballero!, cuya dictatorial presencia confiere prestigio a sus criaturas, carácter a Rushworth.

¿No lo consideras así, hermana mía? Parece que todo depende del regreso de sir Thomas.

—Encontrarás muy justa y razonable la importancia que se le concede cuando lo veas ocupando su lugar en la familia, te lo aseguro. No creo que obremos demasiado bien sin él. Tiene un modo de hacer digno y mesurado, muy propio del jefe de una casa como la suya, y mantiene a cada cual en su sitio. Lady Bertram parece más un cero a la izquierda ahora que cuando está él; y es el único que puede mantener a raya a la señora Norris. Pero... sobre todo, Mary, no creas que María Bertram está por Henry. Estoy segura de que ni siquiera Julia está por él, pues de lo contrario no se dedicaría a coquetear con Mr. Yates como lo hizo anoche; y, aunque Henry y María son muy buenos amigos, me

parece que a ella le gusta demasiado Sotherton para ser inconstante.

—Poco apostaría yo a favor de Mr. Rushworth, si Henry se decidiera antes de las proclamas.

—Si abrigas esta sospecha, algo será preciso hacer. En cuanto se haya consumado la representación de la obra le hablaremos con mucha seriedad y haremos que nos dé a conocer sus intenciones. Y si no tienen ninguna intención, le obligaremos a que se marche a otra parte por una temporada, por muy Henry que sea.

Julia sufría, sin embargo, aunque no lo notase la señora Grant y aunque su pena escapara igualmente a la observación de su propia familia. Ella había amado, amaba todavía, y albergaba dentro de sí todo el sufrimiento que un temperamento apasionado y un espíritu altivo puedan conocer ante el desengaño de una preciada aunque absurda ilusión, unido a una fuerte sensación de injusticia. Su corazón destilaba ira y rencor, y sólo era capaz de rencorosos consuelos. Su hermana, con la que siempre había departido en un plano de cordialidad, se había convertido ahora en su mayor enemigo... las dos quedaron recíprocamente distanciadas; y Julia no era capaz de superar el deseo de que aquellos devaneos, que se llevaban adelante entre su hermana y Henry, tuvieran un calamitoso desenlace, que a María le sobreviniese un castigo por su comportamiento tan indigno para consigo como para con Mr. Rushworth. Sin que existiera una sustancial incompatibilidad de carácter o diversidad de gustos que les impidiera ser buenas amigas mientras sus intereses no fueron encontrados, las dos hermanas , ante una coyuntura como la que ahora se les presentaba, desconocían la ternura o los principios indispensables para ser generosas o justas, para sentir vergüenza o compasión. María saboreaba su triunfo, persiguiendo sus fines sin preocuparse por Julia; y ésta no podía ver las distinciones que Henry hacía a su hermana sin confiar en que aquello crearía una atmósfera de celos y desembocaría al fin en un escándalo público.

Fanny veía y compadecía en gran parte los sufrimientos de Julia; pero entre ellas no existía ninguna corriente exterior de compañerismo. Julia no hacía confidencias y Fanny no se tomaba libertades. Eran dos sufrientes solitarias, o unidas tan sólo por el conocimiento que Fanny tenía de los pesares de la otra.

El hecho de que ni sus dos hermanos ni su tía advirtieran la desazón de Julia y fueran ciegos a la verdadera causa de tal estado de ánimo debe atribuirse a que todos tenían la atención concentrada en sus respectivos motivos de primordial interés. Cada uno tenía mucho que hacer y pensar por su cuenta. Tom estaba entregado a los asuntos de su teatro y no veía nada que no se relacionase directamente con él. Edmund, entre el papel que debía hacer en la obra y el que le correspondía en el mundo real, entre los merecimientos de miss Crawford y el camino a seguir, entre amor y consecuencia, estaba igualmente abstraído; y tía Norris estaba demasiado ocupada en procurar y dirigir los pequeños complementos generales para la compañía, orientando la confección del extenso vestuario en un sentido de estricta economía, por lo que nadie le daba las gracias, y ahorrando con deleitosa integridad, unos chelines aquí y allá al ausente sir Thomas, para que pudiera dedicar algún tiempo a vigilar el comportamiento o velar por la felicidad de sus sobrinas.

CAPÍTULO XVIII

Todo progresaba ahora regularmente: teatro, actores, actrices y vestuario... todo iba adelante; pero, aunque no surgieron nuevos grandes obstáculos, Fanny pudo observar, antes de que hubieran transcurrido muchos días, que no todo era constante satisfacción para los mismos que integraban el grupo escénico, y que no se veía en el caso de presenciar una continuidad de aquella unánime alegría que casi se le hizo insoportable al principio. Todos empezaron a evidenciar sus respectivos motivos de disgusto. Edmund tenía muchos. Totalmente en contra de su criterio, se llamó a un escenógrafo de la capital, que estaba ya trabajando, lo que venía a incrementar los gastos considerablemente y, lo que era aún peor, la resonancia del acto que se proponían celebrar; y su hermano, en vez de dejarse guiar efectivamente por él en cuanto a la intimidad de la representación, repartía invitaciones a todas las familias que se encontraba al paso. El propio Tom empezó a enojarse por la lentitud con que progresaba la obra del escenógrafo y a sentir el fastidio de la espera; había aprendido su papel (todos sus papeles, pues se había encargado de cuantos podían conjugarse con el de mayordomo) y estaba impaciente por actuar; y, a medida que pasaba los días de tal suerte desocupado, se le hacía cada vez más evidente la insignificancia de todos sus papeles reunidos y se sentía más propenso a lamentar que no se hubiese elegido otra comedia.

Fanny, que se prestaba siempre a escuchar atentamente, y era a menudo la única oyente que se tenía a mano, fue la obligada confidente de las quejas y aflicciones de los demás. Así, se enteró de que todos pensaban que Mr. Yates declamaba horriblemente; de que a Mr. Yates le había defraudado Henry Crawford como actor; de que Tom Bertram hablaba tan aprisa que nadie le entendería una palabra; de que la señora Grant lo estropeaba todo al reírse de continuo; de que Edmund estaba muy atrasado en el estudio de su papel y de que era un verdadero suplicio trabajar al lado de Mr. Rushworth, incapaz de decir una sola frase sin necesidad de apuntador. Se enteró, asimismo, de que al pobre Mr. Rushworth se le hacía muy difícil encontrar a alguien que quisiera ensayar con él: también él expuso su queja a Fanny, lo mismo que los demás. Y ella veía de un modo tan claro cuanto hacía su prima María para rehuir a su prometido y la innecesaria frecuencia con que se ensayaba la primera escena entre ella y Mr. Crawford, que pronto la invadió el terror de tener que escuchar nuevas quejas de aquél. Lejos de verles a todos contentos y divertidos, descubrió que cada uno por su lado deseaba algo que no tenía o daba motivos de disgusto a los demás. Unos consideraban su papel demasiado corto, otros demasiado largo... nadie prestaba la debida atención... nadie sabía por dónde había que aparecer, si por la derecha o por la izquierda... nadie quería seguir un

consejo, como no fuera el mismo que lo daba.

Fanny consideraba que los preparativos de la representación le brindaban a ella ocasión de divertirse inocentemente tanto, por lo menos, como los demás. Henry Crawford trabajaba bien, y para ella era un placer deslizarse a la sala del teatro y presenciar el ensayo del primer acto, no obstante el efecto que le producían ciertos parlamentos de María. Esta, según le parecía a Fanny, trabajaba asimismo muy bien... demasiado bien; y a partir de los primeros ensayos los comediantes se acostumbraron a tener a Fanny por todo público; y a veces como apuntador, otras como simple espectadora, solía serles muy útil. Por lo que ella podía juzgar, Henry Crawford era con mucho el mejor actor de todos: tenía más seguridad que Edmund, más capacidad que Tom, más talento y más gusto que Mr. Yates. A ella no le gustaba como hombre, pero tenía que reconocer que era el mejor actor; y sobre este punto pocas opiniones había que difiriesen de la suya. Mr. Yates, por supuesto, protestaba de su insipidez y monotonía; y llegó al fin el día en que Mr. Rushworth se dirigió a ella con semblante sombrío, para decir:

—¿Cree usted que hay algo de maravilloso en todo eso? Por mi vida y mi alma que, lo que es yo, no puedo admirarle; y, entre nosotros, esto de ver a un individuo pequeño, corto de talla, de aspecto vulgar; erigido en primer actor, resulta muy ridículo, opino yo.

A partir de aquel momento hubo un resurgimiento de sus antiguos celos, que María, al hacerle concebir la actitud de Crawford mayores esperanzas, poco trabajo se tomaba en disipar; y las probabilidades de que Mr. Rushworth llegara a saberse algún día su papel quedaron mucho más reducidas. Que consiguiera hacer de sus intervenciones algo *tolerable,* nadie lo soñaba siquiera, excepto su madre; ésta, precisamente, lamentaba que el papel de su hijo no fuera más importante, y aplazó su desplazamiento a Mansfield para cuando los ensayos estuvieran más adelantados y se pudiera incluir en los mismos las escenas en que él debía intervenir. Pero los otros limitaban sus aspiraciones a que tuviera presente el pie[3] y la primera línea en cada uno de sus parlamentos y fuera capaz de seguir al apuntador en lo demás. Fanny, compasiva y bondadosa, no se tomó poco trabajo en enseñarle el modo de aprender, orientándole y ayudándole cuanto podía, intentando forjar una memoria artificial para él, hasta aprenderse ella misma todas y cada una de las palabras de su papel, pero sin conseguir que el hombre hiciera muchos progresos.

Es cierto que ella acusaba muchas sensaciones desagradables, de inquietud, de aprensión; pero esto mismo, unido a otros motivos que reclamaban su tiempo y su atención, hacía que se hallase tan lejos de quedarse sin ocupación o sin ser de utilidad en medio de todos ellos como de encontrarse sin un compañero de desdichas... Tan lejos de no verse requerida en sus horas libres como de no ver requeridos sus sentimientos de compasión. Quedó demostrado que la melancolía que se apoderó de ella en los primeros momentos carecía de fundamento. Ahora resultaba que circunstancialmente era útil a todos; y acaso

[3] En el teatro, última palabra que dice un personaje y es la señal para que empiece a hablar otro. (N. del T.)

había en su espíritu más paz que en ningún otro.

Además era mucho el trabajo de aguja que había que hacer y para lo cual se requería su ayuda; y que tía Norris reconocía que estaba tan atareada por otras partes como los demás era evidente por la forma en que exclamaba:

—Vamos Fanny —decía—, que ésta es una temporada deliciosa para ti; pero no debes estar siempre paseando de aquí para allá, echando continuas ojeadas a los ensayos, así, de continuo. Te necesito aquí. Yo me he esclavizado, hasta casi no poder tenerme en pie, para confeccionar el traje de Mr. Rushworth sin que hubiera necesidad de comprar más tela; y creo que ahora puedes ayudarme a montarlo. No hay más que tres costuras; lo dejarás listo en un abrir y cerrar de ojos. Ya me consideraría yo feliz si sólo tuviera que realizar la parte ejecutiva. Tú prefieres rondar por ahí, ya lo sé; pero, si nadie hiciera más de lo que haces tú, poco adelantaríamos.

Fanny tomó su labor pacíficamente, sin proponerse siquiera protestar; pero tía Bertram, más amable que la otra, dijo en su defensa:

—No es de extrañar, hermana mía, que Fanny esté maravillada: todo eso es nuevo para ella, bien lo sabes. A ti y a mí solía entusiasmamos una representación teatral, y así me ocurre todavía ahora; y en cuanto pueda disponer de algo más de tiempo me propongo dar también yo un vistazo a los ensayos de la obra. ¿De qué trata la comedia, Fanny? No me lo has contado nunca.

—Por Dios, no le hagas preguntas ahora —terció tía Norris—; Fanny no es de las que pueden hablar y trabajar a un tiempo. La comedia trata de «Promesas de Enamorados».

—Creo —dijo Fanny a tía Bertram— que se ensayarán los tres actos mañana por la noche, y esto le daría a usted ocasión de ver a todos los actores de una vez.

—Mejor será que esperes a que hayamos colocado el telón —aconsejó tía Norris—. Dentro de un par de días quedará colocado... Tiene muy poco sentido una obra representada sin telón. Y mucho tengo que engañarme para que no lo encuentres bellamente rematado con festones.

Al parecer, lady Bertram estaba muy resignada a esperar. Fanny no podía compartir la paciencia de su tía: pensaba demasiado en lo que se preparaba para el día siguiente. Pues, si se ensayaban los tres actor, Edmund y miss Crawford actuarían juntos por primera vez. El tercer acto contenía una escena que tenía para ella un especial interés, escena que ella deseaba y temía ver cómo sería interpretada por los dos. No había en la misma más tema que el amor: el caballero tenía que definir en qué consiste un casamiento por amor, y la dama tenía que hacerle poco menos que una declaración de amor.

Fanny había leído la escena una y otra vez con muy amargas, muy encontradas emociones, y esperaba el momento de verla representada casi como algo excesivamente interesante. Ella no *creía* que la hubiesen ensayado ya, aunque fuese en privado.

Llegó el día siguiente, el plan para la noche seguía en pie y, al considerarlo, no disminuía la inquietud de Fanny. Estuvo trabajando muy diligentemente bajo las orientaciones de su tía, pero su diligencia y su silencio ocultaban la ausencia y

ansiedad de su ánimo. Y hacia mediodía se refugió con su labor en su cuarto del este, a fin de eludir todo compromiso relacionado con otro ensayo más, que ella juzgaba totalmente innecesario y que Henry acababa de proponer, de las escenas del primer acto con María Bertram, deseosa a un tiempo de disponer de algunos momentos para sí y de ahorrarse la visión del infeliz Mr. Rushworth. Al atravesar el vestíbulo vio que Mary y su hermana se aproximaban procedentes de la rectoría, lo que no alteró sus deseos de retirarse a su querido refugio; y en su cuarto del este llevaba meditando y trabajando alrededor de un cuarto de hora, sin ser molestada, cuando vino a interrumpirla un ligero golpecito a la puerta, seguido de la entrada de miss Crawford.

—¿He acertado? Sí; éste es el cuarto del este. Mi querida miss Price, le ruego que me perdone, pero acudo a usted expresamente para suplicarle su ayuda.

Fanny, en extremo sorprendida, procuró acreditarse como dueña del aposento a través de las obligadas cortesías, y dirigió su mirada a la reluciente parrilla de su chimenea desprovista de brasas, con expresión de pesar.

—Gracias... no siento frío, nada de frío. Permita que me quede aquí unos momentos y tenga la bondad de escucharme las intervenciones que tengo en el tercer acto. He traído mi libro, y si usted quisiera prestarse a ensayar conmigo le quedaría *tan* agradecida... Hoy vine aquí con el propósito de ensayarlo con Edmund... sólo los dos... a última hora de la tarde, pero él no está preparado; y, aunque lo estuviera, no creo que yo pudiese salir del paso con *él,* sin antes haberme curtido un poco. Pues, la verdad, hay dos o tres frases que... ¿Será usted tan amable? ¿Verdad que sí?

Fanny fue de lo más cortés en sus contestaciones afirmativas, aunque no pudo darlas con voz muy segura.

—¿Ha dado alguna vez, por casualidad, un vistazo a la parte a que me refiero? —prosiguió miss Crawford, abriendo su libro—. Aquí está. No le concedía gran importancia al principio; pero, ya le digo yo que... Por ejemplo, fíjese en *este* párrafo, y en *este,* y en *este.* ¿Cómo voy a ser capaz de mirarle al rostro y decir tales cosas? ¿Se atrevería usted a hacerlo? Y aún, de todos modos, usted es su prima, y ahí está la gran diferencia. Debe usted ensayarlo conmigo, de modo que pueda imaginarme que usted es él y acostumbrarme gradualmente. A veces tiene usted algo que recuerda a él.

—¿De veras? Haré lo que pueda con toda mi voluntad; pero tendré que *leer* el papel, pues de memoria *casi* no lo sé.

—Es natural que no lo sepa en absoluto. Lo leerá usted, desde luego. Manos a la obra. Es necesario tener dos sillas a mano, para que usted las lleve hasta la boca del escenario. Aquí están... excelentes sillas escolares, que no fueron hechas para un teatro, diría yo; mucho más adecuadas para que se sientan en ellas pequeñas niñas y las golpeen con sus pies mientras aprenden la lección. ¿Qué dirían su institutriz y su tío al ver que las usamos para tales fines? Si pudiera vernos sir Thomas en estos momentos, sin duda se tiraría de los pelos, pues estamos ensayando por toda la casa. Yates está bramando en el comedor. Pude oírle al subir por la escalera. Y el escenario está ocupado, naturalmente, por ese par de «ensayadores» infatigables, Agatha y Frederick. Si cuando llegue el caso no lo hacen a la perfección, habré de asombrarme. Dicho sea de paso,

entre a echarles un vistazo hace cinco minutos, y estaban precisamente en uno de los momentos en que procuran *no* abrazarse; y Mr. Rushworth se encontraba a mi lado. A mí me pareció que el hombre empezaba a amoscarse, de modo que intenté distraerlo lo mejor que supe y, a tal efecto, le susurré al oído: «Tendremos una excelente Agatha; hay algo tan *maternal* en sus maneras... ¡es tan perfectamente *maternal* su voz y su expresión!» ¿No le parece que hice bien? El muchacho se puso de buen humor en el acto. Bueno, vamos por mi soliloquio.

Mary empezó, y Fanny le prestó su concurso con toda la sensación de modestia que la conciencia de estar sustituyendo a Edmund tenía forzosamente que producirle, pero con un semblante y una voz tan auténticamente femeninos que difícilmente podían sugerir la presencia de un hombre. Ante semejante Anhalt, sin embargo, miss Crawford tenía suficientes arrestos; y habían llegado a la mitad de la escena cuando un golpecito en la puerta introdujo una pausa, y la entrada de Edmund, a continuación, suspendió el ensayo.

Sorpresa, admiración y alegría produjo en los tres el inesperado encuentro; y, como Edmund venía para lo mismo que había llevado a miss Crawford allí, la admiración y el placer era de presumir que serían más que momentáneos en los *dos.* También él había traído su libro y buscaba a Fanny para rogarle que le permitiese ensayar con ella, ayudándole a prepararse para la noche, ignorando que miss Crawford se encontrara en la casa; y grande fue el júbilo y la satisfacción que mostraron por verse así casualmente reunidos, poniendo de relieve la coincidencia de las respectivas intenciones y coincidiendo también ambos en elogiar los amables oficios de Fanny.

Ésta no podía igualar el entusiasmo de la pareja; su espíritu quedó anonadado bajo la vehemencia expresiva de los dos, y sintió que le faltaba demasiado poco para convertirse en nada para ellos, para hallar algún consuelo en el hecho de que ambos la hubiesen estado buscando. Ahora podrían ensayar juntos. Edmund lo propuso, insistió, suplicó, hasta que la damisela, que ya al principio no estaba maldispuesta, no pudo seguir negándose; y Fanny ya sólo les sirvió para apuntar y observarles. Se le concedió, indudablemente, la investidura de juez y crítico, y con insistencia le rogaron que se prestara a ejercer tales oficios y les hiciera notar todas las faltas que cometiesen. Pero sus sentimientos se revolvían contra ello... Ella no podía, no quería, no se atrevería a intentarlo. Aunque por otros motivos hubiera existido un reconocimiento de su autoridad en la critica, igualmente su conciencia la hubiera privado de aventurarse a manifestar su desaprobación. Demasiado era lo que en su fuero interno hallaba de censurable en una función casera, respecto de la modestia o la moralidad. Tener que apuntarles era ya bastante para ella; y, en alguna ocasión; fue *más* que bastante, pues no siempre pudo estar atenta al texto del libro. Mirándoles a ellos se olvidaba de sí misma; e inquieta por la creciente vehemencia que Edmund ponía en sus acentos llegó, en un momento dado, a cerrar el libro para mirarles en el preciso instante en que él necesitaba su ayuda. El hecho se atribuyó a la muy comprensible fatiga de Fanny, a quien no se regatearon frases de agradecimiento y de compasión; si bien es cierto que la pobre muchacha merecía que la compadecieran mucho más de lo que ellos seguramente nunca

llegarían a sospechar. Por fin terminó la escena y Fanny se esforzó en añadir sus expresiones de elogio a los cumplimientos que los otros dos se hacían mutuamente; y cuando estuvo sola de nuevo, y en condiciones de recapacitar sobre todo lo ocurrido, se sintió inclinada a creer que aquéllos pondrían en la interpretación de sus papeles, indudablemente, tal realismo y sentimiento que ello, por sí sólo, habría de asegurarles el éxito, a la par que constituiría una exhibición muy pesarosa para ella. Sin embargo, cualquiera que fuese el efecto que le produjese, tendría que resistir de nuevo el embate cuando llegase el día.

El primer ensayo regular de los tres actos iba a tener lugar, en efecto, aquella misma noche. La señora Grant y los Crawford se comprometieron a volver para ello lo antes posible, después de la cena, y todos los que habían de intervenir esperaban el momento con gran ansiedad. Parecía existir con tal motivo un difundido espíritu de jovialidad: Tom se mostraba satisfecho por el gran paso que se daba hacia el fin perseguido, Edmund estaba de buen humor desde el ensayo de la mañana, y todos los pequeños roces e inconveniencias parecían haberse esfumado por todas partes. Todos estaban alerta e impacientes. Las damas se pusieron pronto en movimiento, no tardaron en seguirlas los caballeros y, exceptuando a lady Bertram, a tía Norris y a Julia, todos se reunieron en el teatro antes de la hora prevista; y, después de iluminarlo lo mejor que pudieron teniendo en cuenta que no estaba aún terminada la instalación, quedaron esperando nada más que la llegada de la señora Grant y los Crawford para dar comienzo.

No se hicieron esperar mucho los Crawford, pero llegaron sin la señora Grant. Resultó que no podía acudir. El doctor Grant se había sentido indispuesto (indisposición en la que poco creía su linda cuñadita) y no podía prescindir de su mujer.

—El doctor Grant está enfermo —proclamó Mary con irónica solemnidad—. No ha dejado de estar enfermo desde el momento en que, hoy, no probó un bocado de faisán. Le pareció que estaba duro, retiró el plato y no ha dejado de sufrir desde entonces.

¡Ahí estaba el gran desencanto! No poder contar con la señora Grant era algo realmente desastroso. Su agradable carácter y jovial conformidad hacían siempre de ella un valioso elemento para el grupo, pero ahora su concurso era absolutamente necesario. No podían representar, no podían ensayar a satisfacción sin ella. Todas las ilusiones puestas en aquella velada quedaron destruidas. ¿Qué iban a hacer? Tom, que a su cargo tenía el papel de granjero, estaba desesperado. Después de una pausa de muda perplejidad, empezaron algunos ojos a volverse hacia Fanny, y un par de voces a decir:

—Si miss Price tuviera la bondad de leer el papel...

Inmediatamente vióse acosada de súplicas... todos la rogaban... hasta Edmund le dijo:

—Hazlo, Fanny, si no ha de serte *muy* desagradable.

Pero Fanny siguió resistiendo aún. No podía soportar la idea de mezclarse en aquello. ¿Por qué no podían pedírselo igualmente a miss Crawford? O mejor: ¿por qué no se había retirado a su habitación, ya que había presentido que allí estaría más segura, en vez de querer presenciar el ensayo? Ella sabía que

había de irritarla y entristecerla... ella sabía que su deber era mantenerse lejos. Ahora recibía el justo castigo.

—Sólo tiene que *leer* el papel —dijo Henry Crawford, con renovada insistencia.

Y yo creo que lo sabe de memoria, palabra por palabra —agregó María—, pues tuvo ocasión de corregir a la señora Grant en veinte puntos, el otro día. Fanny... estoy segura de que lo sabes de memoria.

Fanny no pudo negarlo; y como todos perseveraban en sus ruegos... como Edmund repitiese su deseo, hasta con una expresión de confianza en su bondad... al fin tuvo que ceder. Procuraría hacerlo lo mejor que pudiese. Todo el mundo quedó satisfecho; y ella quedó abandonada al temblor de un corazón entregado a las más violentas palpitaciones, mientras los demás se preparaban para empezar.

Empezaron, sí; y como estuvieran demasiado metidos en su propio ruido para que pudiera sorprenderles algún otro ruido inusitado procedente del otro lado de la casa, habían adelantado ya algo en el ensayo cuando de golpe se abrió la puerta de la habitación y Julia, apareciendo en el marco de la misma, con el rostro despavorido, exclamó:

—¡Ha llegado papá! Ahora mismo acaba de entrar en el vestíbulo.

CAPÍTULO XIX

¿Cómo vamos a describir la consternación de todos los allí reunidos? Para la mayoría fue un momento de verdadero terror. ¡Sir Thomas en casa! Todos cedieron a una instantánea convicción. Nadie abrigó una esperanza de engaño u error. El semblante de Julia evidenciaba el hecho de tal modo, que lo hacía indiscutible, y después de los primeros respingos y exclamaciones no se oyó una palabra por espacio de medio minuto; se miraban los unos a los otros con cara de espanto y casi todos recibieron la noticia como la más desagradable, inoportuna y abrumadora de las sorpresas. Mr. Yates pudo considerar que aquello no era más que una enfadosa interrupción del ensayo por aquella noche, y Mr. Rushworth pudo imaginar que era una bendición del cielo; pero todos los demás se sentían oprimidos en mayor o menor grado bajo el peso de la auto—recriminación o de un indefinido temor. Todos los demás se preguntaban: «¿Qué será de nosotros? ¿Qué podemos hacer ahora?» Fue una pausa llena de terror; y terribles a todos los oídos fueron los corroborantes ruidos de puertas que se abrían y pasos que se aproximaban.

Julia fue la primera en ponerse de nuevo en movimiento y hablar. Celos y amargura habían quedado en suspenso, se había diluido el egoísmo en aras de la causa común; pero, en el momento en que se abrió la puerta, Frederick estaba escuchando, arrobado, el relato de Agatha, mientras oprimía la mano de

ésta contra su corazón; y en cuanto Julia se dio cuenta de ello y vio que, a despecho de la impresión que causaron sus palabras, él seguía manteniendo la misma actitud y retenía la mano de su hermana, su corazón herido se inflamó nuevamente de rencor; y poniéndose tan intensamente colorada como pálida había aparecido unos momentos antes, dióse vuelta para alejarse diciendo:

—Yo no tengo por qué asustarme de comparecer ante él.

Su marcha fustigó a los demás; y en el mismo instante se adelantaron los dos hermanos, sintiendo la necesidad de hacer algo. Unas pocas palabras cruzadas entre los dos fueron suficientes. El caso no admitía divergencias de opinión: debían acudir al salón inmediatamente. Mana se unió a ellos con el mismo propósito, sintiéndose en aquellos momentos la más fuerte de los tres; pues el mismo motivo que había empujado a Julia a salir era el más dulce soporte para ella. Que Henry Crawford hubiera retenido su mano en aquel momento (un momento de prueba e importancia tan singulares) valía por años de duda y ansiedad. Ella lo interpretó como un signo de la más formal de las determinaciones, cosa que le daba ánimos para enfrentarse con su padre. Los tres salieron, sin prestar la menor atención a la repetida pregunta de Mr. Rushworth, de «¿Debo ir también yo? ¿No seria mejor que fuera yo también? ¿No estaría bien que yo les acompañara?» Pero, apenas hubieron traspasado el umbral de la puerta, Henry Crawford se encargó de contestar la impaciente pregunta; y, alentándole por todos los medios a que presentase sus respetos a sir Thomas sin más demora, lo empujó en pos de los otros y el hombre salió, encantado, sin pensarlo más.

Fanny quedó solamente con los Crawford y Mr. Yates. Sus primos no se habían acordado siquiera de ella; y como opinaba que el derecho que tenía a contar con el afecto de sir Thomas era demasiado humilde para clasificarse al lado de sus hijos, estuvo contenta de quedar atrás y tener tiempo para un respiro. Su agitación y alarma excedían de cuanto pudieran sufrir los demás, por razón de un carácter al que ni siquiera la inocencia podía evitar el sufrimiento. Estuvo a punto de desmayarse; todo el antiguo temor habitual de su tío la estaba invadiendo de nuevo, junto con un sentimiento de compasión por él y por casi todos los componentes del grupo que ante él deberian justificarse, más una ansiedad indescriptible por cuenta de Edmund. Había encontrado un asiento, donde con incontenible temblor estaba soportando todos esos espantosos pensamientos, mientras los otros tres, libres ya de toda cohibición, desahogaban su enojo lamentando la imprevista, prematura, llegada como el más funesto acontecimiento y deseando, con toda desconsideración, que el pobre sir Thomas hubiera tardado el doble en su travesía o se encontrara todavía en la Antigua.

Los Crawford ponían más calor en el asunto que Mr. Yates debido a su mejor conocimiento de la familia y a que preveían con mayor claridad los consiguientes perjuicios. El hundimiento del teatro constituía para ellos una certeza; sabían que la destrucción del proyecto estaba inevitablemente al llegar. Mientras que Mr. Yates consideraba que aquello no significaba más que una interrupción temporal, un fracaso del plan para aquella noche, y hasta fue capaz de sugerir la posibilidad de que el ensayo se reanudase después del té, cuando hubiese cesado el revuelo consiguiente a la llegada de sir Thomas, y éste tuviera gusto

en recrearse viendo la función. Los Crawford hubieron de reírse al escuchar tales pronósticos; no tardaron en convenir que lo más propio era que se retirasen quedamente a su casa y propusieron a Mr. Yates que les acompañase y pasara la velada con ellos en la rectoria, dejando a la familia Bertram en la intimidad de su hogar. Pero Mr. Yates, que nunca había sido de los que conceden mucha importancia a los derechos de parentesco o a la confianza familiar, no pudo comprender que nada de ello fuese necesario; y en consecuencia, dándoles las gracias, dijo que preferiría quedarse en donde estaba, que tendría ocasión de presentar sus respetos al viejo *gentleman* como era debido, puesto que había llegado y, además, que a su juicio no les pareceria muy bien a los otros encontrarse con que todos se habían fugado.

Fanny empezaba a reponerse del susto y a pensar que si seguía manteniéndose oculta por más tiempo su actitud merecería la consideración de irrespetuosa, cuando se tomaron las antedichas resoluciones; y, quedando encargada de excusar a Henry y a Mary Crawford, vio que éstos se preparaban para marchar cuando ella abandonó la habitación para cumplir con el espantoso deber de comparecer ante su tío.

Demasiado pronto se encontró ante la puerta del salón; y después de detenerse un momento para hacerse con lo que sabía que no llegaría a encontrar..., para cobrar un grado de valor que jamás había hallado detrás de ninguna puerta... dio vuelta a la empuñadura y ante ella aparecieron las luces del salón y toda la familia reunida. Al entrar, su propio nombre llegó a su oído.

Sir Thomas estaba en aquel momento mirando en tomo suyo y diciendo:

—Pero, ¿y dónde está Fanny? ¿Cómo no veo a mi pequeña Fanny?

Y al descubrirla fue a su encuentro con una amabilidad que la asombró y emocionó a un tiempo, llamándola «mi querida Fanny», para besarla acto seguido afectuosamente y observar, con indudable satisfacción, lo mucho que se había desarrollado. Fanny no sabía qué sentir ni adónde mirar. Se sentía completamente anonadada. Él nunca había sido tan amable, tan *amabilísimo,* con ella. Su actitud parecía cambiada, hablaba con rapidez debido a la excitación producida por la alegría y todo lo que antes había de temible en su dignidad parecía diluido en ternura. La condujo más cerca de la luz y la miró de nuevo, preguntó especialmente por su salud y a continuación, corrigiéndose, afirmó que no le era necesario preguntar, ya que su aspecto hablaba con bastante elocuencia sobre este punto. Y, como un ligero rubor sucediera a la anterior palidez en el rostro de la niña, quedó justificada la creencia de sir Thomas de que había prosperado tanto en salud como en belleza. Después preguntó por su familia, especialmente por William; y fue, en suma, tanta su amabilidad, que ella tuvo que reprocharse lo poco que le quería, así como el haber considerado una desgracia su retomo; y cuando, al sentirse capaz de elevar la mirada hasta su rostro, observó que había adelgazado y que en su semblante curtido había huellas de la fatiga, del agotamiento, que hablaban de su vida esforzada bajo un clima ardiente, aumentó su enternecimiento y sintió una gran tristeza al considerar la muy insospechada reacción de enojo que, probablemente, iba a producirse en él de un momento a otro.

Sir Thomas era, ciertamente, el alma de la reunión; y todos, atendiendo a sus

deseos, se sentaron entonces en tomo a la chimenea. Él era quien hacía uso de la palabra, como le correspondía plenamente por derecho natural; y la sensación de delicia que le producía encontrarse de nuevo en su propia casa, rodeado de todos los suyos, después de una tan larga separación, hacía que se mostrara comunicativo y parlanchín en grado sumo, inusitado en él, y estuviera dispuesto a dar toda clase de informaciones con referencia a su viaje y a contestar a todas las preguntas de sus dos hijos, casi antes de que las formularan. Su negocio de la Antigua había prosperado últimamente con gran rapidez, y él había llegado directamente desde Liverpool, habiendo tenido la oportunidad de efectuar la travesía hasta allí en un navío particular en vez de esperar el correo; y con gran animación fue explicando todos los pequeños detalles relativos a sus gestiones y logros, a sus llegadas y partidas, sentado al lado de lady Bertram y mirando con auténtica satisfacción a los rostros que le rodeaban, aunque interrumpiéndose más de una vez, eso sí, para subrayar su buena suerte al encontrarlos a todos en casa, no obstante haber llegado inesperadamente... para expresar la satisfacción de verles a todos reunidos, exactamente como hubiera podido soñarlo, aunque no se había atrevido a confiar en ello. Mr. Rushworth no quedó en el olvido: vióse objeto de la más cordial acogida y el más caluroso apretón de manos, y con acentuada deferencia se le incluyó entre los elementos más íntimamente relacionados con Mansfield. No había nada desagradable en el aspecto de Mr. Rushworth y sir Thomas empezó a quererle desde el primer momento.

Ninguno de los componentes del círculo le escuchaba con tan inalterable, tan pura satisfacción como su esposa, que se sentía realmente en extremo dichosa de verle otra vez a su lado, y cuyos sentimientos se avivaron hasta tal punto con su súbito regreso, que la llevaron a un grado más próximo a la excitación que el alcanzado en el curso de los últimos veinte años. Llevó *casi* a impresionarse, y seguía aún tan visiblemente animada como para dejar de lado su labor, despachar al falderillo Pug y reservar toda su atención y todo el resto de su sofá a su marido. Por nada sentía inquietud alguna que viniera a nublar su felicidad; ella había empleado su tiempo de modo irreprochable durante la ausencia del esposo: había hecho gran cantidad de tapetes y muchos metros de fleco; y con el mismo desembarazo hubiera respondido de la buena conducta y las provechosas actividades de sus hijos como de las propias. Era tan agradable para ella verle otra vez, oírle hablar, tener recreado el oído y toda su capacidad de comprensión absorbida por sus relatos, que entonces empezó a sentir de un modo singular cuan espantosamente tuvo que haberle echado de menos, y lo imposible que a ella le hubiera sido soportar una ausencia más prolongada.

Tía Norris no podía compararse en modo alguno con su hermana en cuanto a felicidad. No es que la turbaran muchos temores ante la desaprobación que sir Thomas habría sin duda de manifestar en cuanto descubriese el actual estado de su casa, pues en aquel asunto había procedido con tal ofuscación de juicio que, excepto por la instintiva precaución con que hizo desaparecer la capa de seda rosa de Mr. Rusworth, en cuanto vio entrar a su hermano político, apenas podía decirse que mostrara signo alguno de alarma; pero estaba ofendida por la *forma* de su regreso. No le había dado ocasión de hacer nada. En vez de

haberse visto requerida para ir a su encuentro fuera del salón, y verle antes que nadie, y poder difundir la buena noticia por toda la casa, sir Thomas, acaso con una muy razonable consideración a los nervios de su esposa y sus hijos, no había buscado más confidente que el mayordomo, al que había seguido casi inmediatamente al interior del salón. Tía Norris se sintió defraudada, privada de unas funciones en las que siempre había confiado, ya fuera para proclamar la muerte o la llegada de su cuñado, y estaba ahora intentando ajetrearse sin tener motivo alguno de ajetreo, y procurando hacerse imprescindible donde no se requería más que tranquilidad y silencio. Si se hubiera prestado sir Thomas a comer algo, ella se hubiera dirigido al ama de llaves dándole complicadas instrucciones y hubiera insultado a los lacayos con requerimiento de premura; pero sir Thomas se negó rotundamente a cenar: no tomaría nada... nada más que el té... esperaría a que el té fuese servido. No obstante, tía Norris continuaba sugiriendo a intervalos una cosa u otra; y en el momento más interesante de la descripción de la travesía hacia Inglaterra, cuando la amenaza de un corsario francés alcanzaba su punto culminante, ella irrumpió en el relato proponiéndole una sopa:

—Vaya que sí, querido Thomas; un plato de sopa te sentará mucho mejor que el té. Tomarás un plato de sopa.

Sir Thomas no pudo enojarse.

—Siempre la misma, siempre el mismo desvelo por el bienestar de los demás —fue su respuesta—. Pero, te lo aseguro, sólo me apetece el té.

—Pues bien, entonces, tú que eres su esposa, María, creo que deberías ordenar que sirvieran el té inmediatamente... no estaría de más que dieras un poco de prisa a Baddeley; parece que anda muy atrasado esta noche.

Aquí cerró el paréntesis y sir Thomas reanudó su relato.

Al fin se produjo una pausa. Los temas que cumplieron a sus inmediatas ansias de comunicación quedaron agotados, y pareció que le bastaba mirar con satisfacción en derredor, ya al uno, ya al otro de los componentes del querido círculo. Pero la pausa no fue muy larga: en la exaltación de su júbilo lady Bertram se volvió locuaz, y... ¡cuál no sería la impresión de sus hijos al oírle decir!:

—¿Cómo dirías que se ha divertido la gente joven últimamente, Thomas? Haciendo comedia. Todos hemos estado la mar de ocupados con lo de su representación teatral.

—¡Vamos! ¿Y qué han representado?

—¡Oh!, ellos te contarán todo lo referente a eso.

—Contarlo *todo* será cuestión de un momento —terció Tom precipitadamente, y con fingido desconcierto—; pero no vale la pena aburrir ahora a papá con ello... Tiempo nos quedará mañana para contárselo. Sólo hemos intentado, a fin de hacer algo y distraer a mamá, precisamente dentro de la última semana, montar unas pocas escenas... una simple bagatela. Hemos tenido unas lluvias tan incesantes, casi desde principios de octubre, que nos hemos visto poco menos que confinados dentro de casa días y más días. No he podido salir con la escopeta desde el día tres. En el curso de los tres primeros días se pudo hacer algo, pero en los sucesivos no ha habido posibilidad de intentarlo siquiera. El día

primero me llegué a Mansfield Wood y Edmund se fue por los matorrales de Easton; entre los dos trajimos una docena de piezas, y cada uno de nosotros hubiera podido cazar seis docenas más; pero hemos respetado tus faisanes, papá, tanto como pudieras desearlo, te lo aseguro. No creo que vayas a encontrar tus bosques menos provistos que antes. Lo que es yo, nunca había visto el Mansfield Wood tan lleno de faisanes como este año. Espero que tú mismo no tardarás en dedicar un día a la caza, papá.

Por el momento quedó soslayado el peligro, y la tensión de Fanny cedió; pero cuando, poco después, fue servido el té y sir Thomas, abandonando su asiento, dijo que le parecía que llevaba ya demasiado tiempo en la casa sin haber dado un vistazo a sus queridas habitaciones particulares, renacieron las anteriores inquietudes. Sir Thomas desapareció antes de haberse dicho nada para prevenirle de la metamorfosis que se había operado en su aposento; y a su salida siguió un angustioso silencio. Edmund fue el primero en hablar.

—Es preciso hacer algo —dijo.

—Es hora de que nos acordemos de nuestras visitas —observó María, sintiendo todavía su mano aprisionada sobre el corazón de Henry Crawford, y muy poco preocupada por todo lo demás—. ¿Dónde dejaste a miss Crawford, Fanny?

Fanny contó que se habían ido los dos hermanos y cumplió el encargo que le habían dado.

—Entonces... ¡el pobre Yates está solo! —exclamó Tom—. Iré a buscarle. No nos será desdeñable su ayuda cuando todo se descubra.

Y al teatro se dirigió, a donde llegó justamente a tiempo de presenciar el primer encuentro entre su padre y su amigo. A sir Thomas no le había causado poca sorpresa encontrar su habitación iluminada por buen número de candelas y un general ambiente de desorden en la colocación de sus muebles. Le llamó especialmente la atención el no ver la librería ante la puerta del salón de billar, pero apenas había tenido tiempo de asombrarse por todo ello cuando a su oído llegaron unos ruidos procedentes del propio salón de billar, que le asombraron todavía más. Alguien estaba hablando allí en voz muy alta... una voz desconocida para él... y más que hablando, estaba vociferando. Se dirigió hacia la puerta, felicitándose en aquel momento de que fuera practicable al no existir el obstáculo de la librería; la abrió y se encontró en el escenario de un teatro, ante un joven que estaba declamando a gritos y que parecía empeñado en rechazarle con su furiosos movimientos de brazos. En el preciso instante en que Yates descubrió a sir Thomas, mientras soltaba su ímpetu declamatorio, acaso el mejor arranque que había tenido en el curso de todos los ensayos, Tom Bertram entró por el otro extremo de la habitación y se vio en apuros para contener su risa. El aspecto solemne y lleno de perplejidad de su padre al hacer su primera aparición en un escenario, y la metamorfosis gradual que fue convirtiendo al arrebatado barón de Wildenheim en el educado y sencillo Mr. Yates, que se inclinó y presentó sus excusas a sir Thomas Bertram, fue una exhibición tan única, una escena tan llena de realismo y autenticidad como para no dejársela perder por nada del mundo. Seria la última... lo más probable era que fuese la última escena representada en aquel escenario; pero él estaba seguro que no

hubiera podido darse otra más espectacular. La sala cerraba sus puertas con la mayor brillantez.

No había tiempo, sin embargo, para solazarse con imágenes divertidas. También él tuvo que adelantarse hasta el escenario y hacer la presentación; cosa que llevó a cabo no poco entorpecido por una fuerte sensación de embarazo. Sir Thomas acogió a Mr. Yates con toda la apariencia de cordialidad propia del señor de la casa, pero, en realidad, estaba tan lejos de sentirse complacido por el compromiso de aquella amistad como por el comienzo que había tenido. La familia y las relaciones de Mr. Yates le eran suficientemente conocidas para que, al serle presentado éste como el «amigo predilecto» —otro de los cien amigos predilectos de su hijo—, no hubiera de considerarlo algo en extremo desagradable; y era necesaria toda la felicidad de hallarse otra vez en casa, y todo el ánimo tolerante que esta circunstancia podía favorecer, para que de sir Thomas no se apoderase la cólera al verse de aquel modo confundido en su propio hogar, mezclado en una ridícula exhibición en medio de un absurdo aparato teatral y obligado, en momento tan inoportuno, a admitir la amistad de un jovenzuelo que sin duda alguna merecía su reprobación, y cuya despreocupación y verbosidad en el curso de los cinco primeros minutos hacían suponer que era él quien se hallaba más en su casa, de los dos.

Tom adivinó los pensamientos de su padre y, deseando de corazón que siguiera siempre tan bien dispuesto a no expresarlos más que en parte, empezó a ver más claramente de lo que lo había visto hasta entonces que en todo aquello debía de haber algún fondo de agravio... que debía de haber alguna razón para que su padre dirigiese aquella mirada al techo y al estuco de la habitación; y que, al preguntar con moderada gravedad por el destino de la mesa de billar, procuraba no evidenciar más que una muy legítima curiosidad. Unos pocos minutos bastaron para que se acusaran tales sensaciones insatisfactorias por ambas partes; y sir Thomas, después de haber condescendido hasta el extremo de pronunciar unas indulgentes palabras de aprobación, en respuesta a una optimista consulta sobre lo acertado del «arreglo» que se había hecho en la sala, que formuló Mr. Yates, volvió en compañía de éste y de su hijo al salón, con un acusado aumento de gravedad que no pasó por todos inadvertido.

—Vengo de vuestro teatro —dijo, con calma, al sentarse—. Me encontré en él de un modo bastante inesperado. Su vecindad con mi habitación... en fin, por todos los conceptos, me cogió desprevenido, pues no tenía la más pequeña sospecha de que vuestras actividades teatrales hubieran adquirido un carácter tan importante. No obstante, parece que se ha montado un bonito tinglado, por lo que pude juzgar a la luz de las candelas, que acredita la habilidad del carpintero, mi buen amigo Cristóbal Jackson.

A continuación, sir Thomas hubiera querido variar de tema y sorber en paz su café, hablando de cuestiones familiares menos desagradables; pero Mr. Yates, carente de intuición para discernir el sentido implícito en las palabras de sir Thomas, o debido a que le faltase un mínimo de prudencia, o delicadeza, o discreción para permitir que éste dirigiera la conversación y esforzarse en estorbar lo menos posible, ya que se le admitía en el grupo, se empeñó en

machacar sobre el tópico del teatro, en atormentarle con preguntas y consideraciones relativas al mismo tema y, finalmente, en hacerle oír toda la historia de sus esperanzas defraudadas en Ecclesford. Sir Thomas le escuchó muy cortésmente, pero vio en ello mucha cosa que ofendía su concepto del decoro y que vino a confirmar la mala opinión que tenía formada del modo de pensar de Mr. Yates, desde el comienzo al fin de su relato; y, cuando hubo terminado, no pudo darle otro testimonio de simpatía que el que puede derivarse de una ligera inclinación.

—Éste fue, de hecho, el origen de *nuestro* cuadro escénico —dijo Tom, al cabo de unos momentos de reflexión—. Mi amigo Yates nos trajo la infección de Ecclesford, y se nos contagió... como siempre se contagian estas cosas, bien lo sabes, papá... prendiendo en nosotros con más fuerza, acaso, debido a que tú habías fomentado tantas veces en nosotros eso de la pronunciación y la declamación, años atrás. Fue como pisar de nuevo un terreno conocido.

Mr. Yates arrebató el tema a su amigo en cuanto le fue posible, e inmediatamente dio una referencia a sir Thomas de lo que habían hecho y estaban haciendo. Le contó el gradual desarrollo de sus proyectos, la feliz solución de sus primeras dificultades y el prometedor estado actual del asunto, relatándolo todo con un tan ciego entusiasmo, que le llevaba no tan sólo a una total inconsciencia de los movimientos de inquietud que hacían la mayoría de sus amigos en sus respectivos asientos (cambios de expresión, gestos de impaciencia, carraspeos...), sino que hasta le impedía ver el semblante que ponía la misma persona a quien se dirigía... las obscuras cejas fruncidas de sir Thomas, al mirar con interrogante gravedad a sus hijas y a Edmund, deteniéndose especialmente en el último, que sentía en el fondo de su alma el significado, la censura, el reproche que se traslucía en aquella actitud. Esto no lo acusaba con menor agudeza Fanny, que había corrido atrás su silla hasta colocarla en ángulo con el extremo del sofá en que se sentaba su tía y, así medio oculta en segundo término, veía muy bien todo lo que ocurría. Aquella mirada de reproche que a Edmund dirigió su padre, era algo que ella nunca hubiera podido sospechar; y saber que, en cierta parte, era merecida, lo hacía más sensible, en verdad. La mirada de sir Thomas expresaba claramente: «En tu buen juicio, Edmund, yo confiaba; ¿cómo hacías eso?». Ella se arrodillaba en espíritu ante su tío, y su pecho se hinchaba, pugnando por exclamar: «¡Oh, no; a él no! ¡Mirad así a los demás, pero no a él!»

Mr. Yates seguía hablando:

—A decir verdad, sir Thomas, estábamos en pleno ensayo cuando usted llegó. Íbamos representando los tres actos, y no sin fortuna, en su conjunto. Nuestra compañía ha quedado ahora tan dispersada, por haberse marchado a su casa los Crawford, que nada más podremos hacer esta noche; pero, si usted quiere honramos con su compañía mañana por la noche, estoy casi seguro de que no vamos a defraudarle con nuestra actuación; contando con su benevolencia, por supuesto, pues sólo somos jóvenes aficionados... Desde luego, contando con su benevolencia.

—Mi benevolencia no habrá de faltar, caballero —replicó gravemente sir Thomas—, con tal que no se haga ni un ensayo más.

Y, suavizando su expresión hasta esbozar una sonrisa, agregó:

—He vuelto a mi casa para ser feliz e indulgente.

A continuación, volviéndose a nadie en particular o a todos los demás en general, dijo sosegadamente:

—En las últimas cartas que recibí de Mansfield se mencionaba a Mr. y miss Crawford. ¿Les consideráis unos amigos recomendables?

Tom era el único, entre todos ellos, capaz de dar una respuesta; y, como no le guiaba ningún interés determinado con respecto a ninguno de los dos, como no le inspiraban celos ni por amor ni por su arte escénico, pudo hablar muy favorablemente de ambos:

—Mr. Crawford es un muchacho muy agradable, con toda la prestancia de un *gentleman;* y su hermana, una encantadora, linda, elegante y animada muchacha.

Mr. Rushworth no pudo callar por más tiempo:

—Yo no voy a decir que no tenga el aspecto de un caballero, hasta cierto punto; pero deberías contarle a tu padre que su estatura no pasa de los cinco pies con ocho, pues de lo contrario va a figurarse que se trata de un hombre bien parecido.

Sir Thomas no entendió muy bien esto y miró con cierta sorpresa al que acababa de decirlo.

—Si he de decir lo que pienso —prosiguió Mr. Rushworth—, en mi opinión es muy desagradable estar siempre ensayando. Es como tener demasiado de una cosa buena. Hacer comedia no me entusiasma tanto como al principio. Creo que empleamos mucho mejor el tiempo estando cómodamente sentados aquí en reunión, sin hacer nada.

Sir Thomas le miró de nuevo y, después, contestó con una sonrisa de aprobación:

—Celebro constatar que nuestros sentimientos al respecto sean tan idénticos. Esto me causa verdadera satisfacción. Que yo sea cauto y previsor y sienta muchos escrúpulos que mis hijos no sienten es perfectamente natural; y no lo es menor que mi aprecio de la tranquilidad doméstica, de un hogar refractario a las diversiones bulliciosas, exceda en modo al de ellos. Pero que a su edad tenga usted ese modo de sentir es algo que le favorece mucho a usted, así como a todos los que con usted se relacionan; y estoy persuadido de la importancia de tener un aliado de tanto peso.

Sir Thomas intentó expresar su opinión de Mr. Rushworth con mejores palabras de las que él mismo fue capaz de encontrar. Se daba cuenta de que no podía esperar un genio en Mr. Rusworth; pero como muchacho de buen criterio y formal, con mejor sentido del que podía acreditar su anterior elocución, estaba dispuesto a tenerle en un muy alto concepto. A la mayoría de los presentes les fue imposible dejar de sonreír. Mr. Rushworth apenas sabía qué hacer ante tanta significación; pero limitándose a mostrarse, como realmente se sentía, en extremo satisfecho con la buena opinión de sir Thomas, y no diciendo apenas nada, hizo lo mejor para conservar esa buena opinión por un poco más de tiempo.

CAPÍTULO XX

El primer objetivo de Edmund, a la mañana siguiente, fue entrevistarse a solas con su padre y darle una exacta referencia de todo el plan de hacer teatro casero, escudando su participación sólo hasta el punto que ahora, con mayor sensatez, consideraba que pudo servir a sus fines, y reconociendo, con absoluta sinceridad, que su concesión había dado tan pocos resultados como para que fuese muy dudoso el acierto de su decisión. Al justificarse, tuvo mucho empeño en no decir nada desagradable de los otros; pero, entre todos, sólo había una persona cuya conducta pudo mencionar sin necesidad de defensa o paliativos.

—A todos se nos puede censurar más o menos —dijo—... a todos, menos a Fanny. Fanny es la única que mantuvo un recto juicio en todo momento, la única que se mostró consecuente. Su espíritu estuvo firmemente en contra de lo que se hacía desde el principio hasta el fin. Nunca dejó de pensar en el respeto que a ti se te debía. Hallarás en Fanny todo lo que de ella pudieras esperar.

Sir Thomas juzgó toda la impropiedad de semejante proyecto entre semeante grupo y en semejante época, tan serenamente como su hijo pudiera suponer que habría de juzgar; le impresionó demasiado, sin duda alguna, para emplear en ello demasiadas palabras; y, después de estrechar la mano de Edmund, se propuso esforzarse en borrar la mala impresión y olvidar lo mucho que a él le habían olvidado, lo antes posible, en cuanto la casa quedara despejada de todo objeto que suscitara el recuerdo y en todas sus salas quedara restablecida la normalidad. No hizo reproche alguno a sus demás hijos: más prefería creer que sentían el error a correr el riesgo de una averiguación. La repulsa que significaba poner inmediato término a todo aquello, la barredura de todo preparativo, seria suficiente.

Había, sin embargo, en la casa una persona a la que él no podía dejar que se enterase de su modo de sentir a través, simplemente, de su modo de proceder. No pudo abstenerse de hacer a la señora Norris una insinuación, referente a que había confiado en que ella, con su consejo, se habría interpuesto para evitar lo que su criterio tenía sin duda que desaprobar. La gente joven había sido muy desconsiderada al formar el plan: ellos hubieran debido ser capaces de una mayor entereza; pero eran jóvenes y, exceptuando a Edmund, débiles de carácter, a su juicio; y mayor sorpresa tenía que causarle, por lo tanto, la aquiescencia de ella, de tía Norris, a sus incorrectas decisiones, el apoyo prestado a sus peligrosas diversiones, que el mismo hecho de que a ellos se les hubieran ocurrido tales planes y tales diversiones. La señora Norris quedó un poco confundida y más próxima a verse reducida al silencio de lo que se había visto en toda su vida; pues la avergonzaba confesar que en ningún momento había considerado que todo aquello fuera tan impropio como a todas luces lo era para sir Thomas, y no hubiera querido reconocer que su influencia era

insuficiente... que todas sus palabras hubieran sido en vano. Su único recurso fue soslayar el tema en cuanto pudo y torcer el curso de ideas de sir Thomas hacia una corriente más satisfactoria. No era poco lo que ella podía insinuar en propia alabanza, respecto de lo que había atendido, en *general,* a los intereses y al bienestar de la familia Bertram, de los muchos esfuerzos y sacrificios que habían de reconocérsele, en forma de precipitadas idas y venidas y súbitos desplazamientos de su hogar, y de las incontables advertencias que oportunamente había hecho a Lady Bertram y a Edmund para la buena economía de la casa y sobre la desconfianza que merecían ciertas personas, lo que en todo caso había reportado un considerable ahorro y hecho posible que más de un mal sirviente fuera sorprendido. Pero su principal fuerza residía en Sotherton. Su más firme apoyo y mayor gloria estaba en haber entablado relación con los Rushworth. *Ahí* su posición era inexpugnable. Se atribuía todo el mérito de haber conseguido que la admiración de Mr. Rushworth por María llegase a tener algún efecto.

—Si yo no me hubiese afanado —dijo—y empeñado en que me presentaran a su madre, y no hubiese convencido después a mi hermana para que hiciera la primera visita, es tan seguro como que ahora me encuentro aquí sentada que no se hubiera llegado a nada; pues Mr. Rushworth es el tipo de joven quieto, modesto, que necesita verse muy alentado, y no había pocas muchachas dispuestas a cazarle si nosotros nos hubiéramos dormido. Pero yo no dejé piedra por mover. Estaba dispuesta a remover cielo y tierra para convencer a mi hermana, y al fin lo conseguí. Ya sabes la distancia que nos separa de Sotherton. Era en pleno invierno y las carreteras estaban poco menos que intransitables, pero la convencí.

—Sé cuan grande, cuan grande y justificada es tu influencia sobre mi esposa y mis hijos, y tanto más he de extrañar que no la ejercieras para... —¡Querido Thomas, si hubieras visto el estado de las carreteras *ese* día! Creí que íbamos a quedar atascados en ellas para siempre, no obstante haber enganchado los cuatro caballos, desde luego; y el viejo cochero, el pobre, no quiso ceder su puesto: extremando su celo y su amabilidad, se empeñó en atendernos, a pesar de que apenas podía subir al pescante debido al reumatismo que yo le he estado tratando desde últimos de septiembre. Al fin logré curarle; pero estuvo muy mal durante todo el invierno. Y aquel día hacía un tiempo tan pésimo, que no pude evitar el dirigirme a su habitación momentos antes de partir, para aconsejarle que no se aventurara. Se estaba poniendo la peluca, y le dije: «Buen hombre, será mucho mejor que no nos acompañéis... ni vuestra señora ni yo hemos de correr peligro alguno; ya sabéis lo fuerte que es Esteban, y Charles ha llevado las riendas tan a menudo últimamente, que estoy segura de que no hay nada que temer». Pero, no obstante, pronto comprendí que todo sería inútil. Estaba empeñado en ir, y, como no me gusta ser pesada y entrometida, no dije más; pero mi corazón hubo de dolerse por él a cada bache, y cuando nos metimos por los fragosos caminos que se encuentran a la altura de Stoje, que con sus lechos de piedras cubiertos de nieve y escarcha eran algo mucho peor de lo que pueda caber en tu imaginación, mi angustia por él llegaba ya al paroxismo. ¡Y qué no voy a decirte de los caballos! ¡Había que ver cómo tiraban

los pobrecitos animales! Ya sabes lo mucho que siempre he compadecido a los caballos. Y, cuando llegamos al pie de la colina de Sandcroft, ¿qué dirías que hice yo? Vas a reírte de mí, pero es lo cierto que me apeé y subí la cuesta andando. De veras que lo hice. Puede que no les ahorrase mucho esfuerzo, pero siempre era algo; y yo no podía soportar eso de permanecer cómodamente sentada y dejarme arrastrar hasta la cima, a expensas de esos nobles animales. Cogí un tremendo resfriado, pero *esto* me tuvo sin cuidado. Mi objetivo se había logrado con la visita.

—Espero que siempre consideraremos la relación con esa familia, digna de todas las molestias que pudo ocasionar su establecimiento. No hay nada que resulte muy convincente en los modales de Mr. Rushworth, pero me causó satisfacción anoche con lo que parece ser su opinión en un asunto: su decidida preferencia por una tranquila reunión familiar, en vez del bullicio y la confusión inherentes al teatro casero. Parece que sus sentimientos corresponden exactamente a lo que uno pudiera desear.

—Sí, desde luego; y cuanto más le conozcas tanto mejor te parecerá el muchacho. No tiene una personalidad brillante, pero posee otras mil buenas cualidades; y siente por ti una tal veneración, que casi han llegado a reírse de mí por ello. «Le aseguro a usted, señora Norris», me dijo el otro día la señora Grant, «que aunque Mr. Rushworth fuera hijo suyo no le podría tener más respeto a sir Thomas».

Sir Thomas abandonó su propósito, vencido por las evasivas, desarmado por los halagos de su cuñada, y vióse obligado a darse por satisfecho con la convicción de que, cuando se trataba de una diversión inmediata para aquellos a quienes ella tanto amaba, su cariño se sobreponía a veces a su buen juicio.

Sir Thomas estuvo muy ocupado aquella mañana. Poco tiempo dedicó a conversar con unos y otros. Tenía que reintegrarse a las actividades habituales de su vida en Mansfield, entrevistarse con su administrador y su mayordomo, examinar, computar y, en los intervalos de su ocupación, recorrer sus cuadras, sus jardines y las plantaciones más próximas; pero, activo y metódico en su proceder, no sólo todo esto había hecho cuando volvió a ocupar su puesto de jefe de la familia en la mesa a la hora del almuerzo, sino que, además, había dejado al carpintero trabajando en derribar todo lo que tan recientemente había levantado en el salón de billar, y había despachado al escenógrafo, con suficiente antelación para que fuese justificada su grata creencia de que el hombre se hallaba ya ahora, por lo menos, en Northampton o más lejos aún. Sí: se había marchado el escenógrafo, después de haber ensuciado nada más que el enlosado de una habitación, estropeado todas las esponjas del cochero y conseguido que cinco de los criados inferiores se volvieran holgazanes y quedaran descontentos; y sir Thomas tenía la esperanza de que un par de días más bastarían para borrar todo signo externo de lo que allí hubo, y hasta para la destrucción de todas las copias sin encuadernar de «Promesas de Enamorados», pues en el acto quemaba todas las que descubría su mirada.

Mr. Yates empezaba a entender ahora las intenciones de sir Thomas, aunque estaba tan lejos como antes de entender sus motivos. Él y su amigo estuvieron fuera casi toda la mañana con sus escopetas de caza, y Tom aprovechó la

oportunidad para explicarle, con las oportunas excusas por la rareza de su padre, lo que debía esperarse. Mr. Yates lo sintió con toda la intensidad que es de suponer. Verse por segunda vez chasqueado en sus mismas ilusiones era ya un caso de mala suerte extremada; y fue tal su indignación que, de no haber sido por atención a su amigo, y a la hermana menor del mismo, se dijo que sin duda hubiera increpado a sir Thomas por lo absurdo de sus disposiciones y hubiera discutido con él hasta hacerle entrar en razón. Esto se decía con gran firmeza mientras se encontraba en los bosques de Mansfield y durante el camino de regreso a la casa; pero había algo en la presencia de sir Thomas, cuando estuvieron sentados en tomo a la misma mesa, que hizo pensar a Mr. Yates que era más prudente dejar que siguiera su camino, y lamentar su insensatez sin hacerle oposición. Había conocido a muchos padres desagradables hasta entonces, y había padecido las inconveniencias que los mismos ocasionan, pero nunca, en el curso de toda su vida, se había tropezado con uno que fuera tan ininteligiblemente moral, tan infamemente tiránico, como sir Thomas. Era un hombre que no se podía soportar más que en atención a sus hijos, y podía agradecerle a su hermosa hija Julia que Mr. Yates se dignase permanecer unos días más bajo su techo.

La tarde transcurrió en medio de una aparente apacibilidad, aunque casi todos los ánimos estaban soliviantados; y la música que sir Thomas pidió a sus hijas contribuyó a ocultar la falta de armonía real. No era poca la agitación de María. Para ella era de suma importancia que ahora Henry no perdiera tiempo en declararse, y la mortificaba que pasara aunque sólo fuese un día más sin apariencias de haberse adelantado nada en aquel punto. Había estado esperando verle durante toda la mañana, y por la tarde seguía esperándole aún. Mr. Rushworth había partido temprano, con las importantes nuevas, para Sotherton; y ella había acariciado la esperanza de que las cosas se *aclarasen* inmediatamente, de modo que él pudiera ahorrarse la molestia de volver jamás. Pero nadie de la rectoría se dejó ver... ni un alma viviente... ni se habían tenido de allí más noticias que unas amables líneas de felicitación e interés de la señora Grant para lady Bertram. Era el primer día, desde hacía muchas, muchas semanas, que habían pasado completamente separadas las dos familias. Nunca habían pasado veinticuatro horas hasta entonces, desde que empezó el mes de agosto, sin reunirse por un motivo u otro. Fue un día triste, angustioso. Y el siguiente, aunque distinto por la clase de infortunios, no los aportó en menor escala. A unos breves momentos de júbilo febril siguieron horas de agudo sufrimiento. Henry Crawford estaba otra vez en la casa: acudió con el doctor Grant, que sentía impaciencia por ofrecer sus respetos a sir Thomas, y a una hora bastante temprana fueron introducidos en el comedor de los desayunos, donde se hallaba casi toda la familia. No tardó en aparecer sir Thomas, y María vio con deleite y emoción cómo el hombre que ella amaba era presentado a su padre. Sus sensaciones eran indefinibles, y no lo fueron menos unos minutos después, cuando oyó que Henry Crawford, el cual se hallaba sentado entre ella y Tom, preguntaba a éste si había algún plan de reanudar lo de la función después de la presente y feliz interrupción (dirigiendo cortésmente una significativa mirada a sir Thomas), porque, en este caso, él se comprometía a

volver a Mansfield en el momento en que fuese requerida su presencia: ahora debía marchar inmediatamente, para reunirse sin demora con su tío, en Bath: pero, si existía algún proyecto de dar la representación de «Promesas de Enamorados», se consideraría positivamente obligado, rompería cualquier otro compromiso que pudiera adquirir, condicionaría totalmente la estancia con su tío a la eventualidad de reunirse con ellos en el momento que fuera preciso. La representación de la comedia no debía perderse porque él estuviera ausente.

—Desde Bath, Norfolk, Londres, York... cualquiera que sea mi paradero —dijo—... desde cualquier punto de Inglaterra me reuniré con vosotros, a la hora de recibir el aviso.

Fue una suerte que en aquel momento tuviera que hablar Tom y no su hermana. Él pudo decir inmediatamente, con natural soltura:

—Siento que te vayas; pero, en cuanto a nuestra comedia, *esto* se ha acabado ya... está completamente listo —mirando significativamente a su padre—. El escenógrafo quedó despedido ayer, y pocos vestigios quedarán del teatro mañana. Yo ya sabía que había de ser así, desde el primer momento. Es todavía pronto para ir a Bath. No encontraréis a nadie allí.

—Es, más o menos, la época en que suele ir mi tío.

—¿Cuándo piensas marchar?

—Es posible que hoy mismo me encuentre ya en Banbury.

—¿Qué cuadras usas cuando estás en Bath? —fue la siguiente pregunta de Tom.

Y, mientras esta derivación del tema ocupó el diálogo. María, que no carecía de orgullo ni de resolución, se preparó para intervenir en la conversación, cuando le tocara el turno, con un mínimo de calma.

No tardó Henry en volver el rostro hacia ella, para repetirle muchas de las cosas que ya había dicho, aunque con acentos más dulces y una marcada expresión de pesar. Pero... ¿qué importaban sus expresiones y sus acentos? Se iba; y, aunque no fuese voluntaria su partida, era su propia voluntad la que decidía permanecer alejado. Pues, exceptuando lo que pudiera deberse a su tío, todos los demás compromisos se los imponía a sí mismo. Podía hablar de obligaciones, pero ella conocía su total independencia. La mano que con tanta fuerza había aprisionado la suya contra su corazón... ¡la mano y el corazón aparecían ahora igualmente inertes e impasibles! A ella la sostenía su nervio, pero era grande el abatimiento de su espíritu. No tuvo que padecer muy largo tiempo el efecto que le producía un lenguaje que la actitud del mismo que lo empleaba venía a contradecir, o que ocultar la conmoción de sus sentimientos bajo el disimulo a que obliga el hallarse en compañía, ya que pronto los obligados formulismos de cortesía de todos los presentes en general reclamaron la atención de Henry, interrumpiendo las manifestaciones que por lo bajo estaba haciendo a María; y, en total, la visita de despedida, que bien claro quedaba ahora que había sido éste el motivo de su presencia allí, resultó muy breve. Se había ido: había estrechado su mano por última vez, se había inclinado al partir... y ella pudo ir inmediatamente en busca de todo el consuelo que le cupiera hallar en la soledad. Se había ido Henry Crawford... había dejado la casa y, antes de que transcurrieran un par de horas, dejaría la rectoría también;

y así acababan todas las ilusiones que su egoísta vanidad había despertado en María y en Julia Bertram.

Julia pudo alegrarse de que hubiera partido. Su presencia empezaba a serle odiosa. Y, si María no pudo conquistarle, ella se había enfriado lo bastante para prescindir de cualquier otra venganza. No sentía necesidad de añadir el escándalo a la deserción. Habiéndose marchado Henry Crawford, hasta era capaz de consolar a su hermana.

Con un más puro espíritu celebró Fanny la noticia. Se enteró durante el almuerzo, y lo consideró una bendición del cielo. Todos los demás lo comentaron con pesar y ensalzaron los méritos del ausente, con la debida graduación del sentimiento... desde la sinceridad de Edmund al expresar su consideración con excesiva parcialidad, hasta la indiferencia de su madre al hablar sólo por pura rutina formulista. Tía Norris empezó a mirar inquietamente a unos y a otros y a maravillarse de que, a pesar de lo que él se había enamorado de Julia, la cosa hubiera quedado en nada, y casi llegó a temer que ella había puesto poco empeño en fomentar aquel amor; pero, teniendo que velar por la felicidad de tantos, ¿cómo era posible que, aun siendo *tanta* su actividad, estuviera a la altura de sus deseos?

Al cabo de un par de días, Mr. Yates se había ido también. En la partida de éste tuvo sir Thomas un primordial interés: deseando estar solo con su familia, la presencia de un extraño superior a Mr. Yates le hubiera resultado molesta; pero tratándose de él, fruslero y atrevido, ocioso y derrochador, era algo vejatorio por todos los conceptos. De por sí, era ya un sujeto cargante, pero como amigo de Tom y admirador de Julia resultaba ofensivo. A sir Thomas le había sido totalmente indiferente que Mr. Crawford se fuera o se quedase; pero, al expresar a Mr. Yates sus buenos deseos de que tuviera un feliz viaje, lo hizo con auténtica satisfacción. Mr. Yates había permanecido allí hasta ver la destrucción de todos los preparativos teatrales llevados a cabo en Mansfield, la desaparición de todo lo concerniente a la representación; dejó la casa envuelta en la sobriedad que definía su carácter, y sir Thomas tuvo la esperanza, al verle abandonar sus paredes, de haberse librado del peor objeto relacionado con aquel proyecto y del último que forzosamente tenía que recordarle la existencia del mismo proyecto.

Tía Noms contribuyó a que desapareciera de la vista de su cuñado una de las cosas que podían causarle disgusto. El telón, cuya confección ella había dirigido con tanto talento y tanto éxito, se fue con ella a su casita, pues dábase la casualidad de que precisamente necesitaba tejido de bayeta verde para algunas aplicaciones.

CAPÍTULO XXI

La vuelta de sir Thomas introdujo un cambio impresionante en las costumbres de la familia, aparte la cuestión de «Promesas de Enamorados». Bajo su gobierno, Manfield parecía otro lugar. Se fueron algunos miembros del grupo, y otros muchos quedaron entristecidos. Todo aparecía monótono y gris, en comparación con el pasado... todo quedó reducido a un sombrío círculo familiar, raras veces animado. Había poco trato con los de la rectoría. Sir Thomas, enemigo de confianzas en general, se mostraba a la sazón particularmente desfavorable a toda frecuentación fuera de un sector: los Rushworth eran la única adición que podía admitir en su círculo hogareño.

Edmund no se extrañaba de que fueran éstos los deseos de su padre, y sólo podía lamentar la exclusión de los Grant.

—Es que ellos —comentaba con Fanny— tienen un derecho. Parece como si nos pertenecieran... como si formasen parte de nosotros. Me gustaría que mi padre se hiciera cargo de las muchas y grandes atenciones que tuvieron para mi madre y mis hermanas durante su ausencia. Temo que puedan sentirse desairados; y lo cierto es que mi padre apenas los conoce. No llevaban aquí un año todavía, cuando él se ausentó. Si los conociera mejor, apreciaría en lo que vale el trato de los Grant, ya que son precisamente la clase de personas que a él le gusta. A veces falta un poco de animación en casa: a mis hermanas parece que se les acabó el humor, y es evidente que Tom no se encuentra nada a gusto entre nosotros. El doctor Grant y su esposa nos traerian un poco de alegría y harían nuestras veladas más agradables, hasta para mi padre.

—¿Lo crees así? —dijo Fanny—. En mi opinión, a tu padre no le hace falta *nadie* más. Me parece que le encanta esa misma tranquilidad de que has hablado, que ese ambiente apacible en su círculo familiar es lo que más le agrada. Y no creo que estemos más serios de lo que solíamos estar antes... antes de que él se fuera, quiero decir. Por lo que puedo recordar, siempre fue más o menos igual. Nunca hubo muchas risas en su presencia. Y si alguna diferencia existe, no es mayor, creo yo, de la que una tan prolongada ausencia tiende a producir al principio. Es natural que se observe una cierta cortedad. Pero yo no recuerdo que antes fueran nunca alegres nuestras veladas, excepto cuando tu padre estaba en Londres. Supongo que, para la gente joven, nunca son alegres las veladas cuando las personas respetables están en casa

—Creo que tienes razón, Fanny —contestó él, al cabo de una breve reflexión–—. Creo que nuestras veladas, más que haber adquirido un nuevo carácter, vuelven a ser lo que antes fueron. La novedad estuvo en que se animaran. ¡Hay que ver la impresión que puede dejar en nosotros el transcurso de unas pocas semanas! Ya me estaba pareciendo que, antes, nuestra vida nunca había sido así.

—Sin duda yo soy más seria que otras personas —dijo Fanny—. A mí las veladas no me resultan largas. Me gusta escuchar a mi tío cuando habla de las Antillas. No me cansaría de oírle, aunque desarrollara el mismo tema durante una hora seguida. Para mí es un entretenimiento mucho mejor que el que he hallado en otras cosas; pero eso será que yo no soy como los demás.

—¿Por qué dices esto? —inquirió él, sonriendo—. ¿Quieres que te digan que tan sólo te diferencias de los demás por lo juiciosa y discreta? Pero ¿cuándo, ni

tú ni nadie, ha obtenido de mí una galantería, Fanny? Ve en busca de mi padre, si quieres que te regalen los oídos. Él te complacerá. Pregúntale a tu tío lo que opina, y no escucharás pocas lisonjas; y aunque éstas se refieran principalmente a tu persona, tendrás que resignarte a ello y confiar en que, al mismo tiempo, él considera tu alma igualmente hermosa.

Semejante lenguaje era tan nuevo para Fanny, que la dejó totalmente confundida.

—Tu tío te encuentra muy bonita, querida Fanny, y éste es el quid de la cosa. Nadie, excepto yo, le hubiera dado a esto mayor importancia, y cualquiera, menos tú, se ofendería de que antes no la considerasen muy bonita; pero lo cierto es que hasta ahora nunca te había admirado tu tío, y ahora sí. Ha mejorado tanto tu aspecto, ha ganado tanto tu rostro, y tu figura... que no, Fanny, no pretendas cambiar de conversación; se trata de tu tío. Si no puedes soportar la admiración de un tío, ¿qué va a ser de ti? En realidad, tienes que hacerte a la idea de que eres digna de que te miren. Debes procurar no preocuparte porque te conviertas en una mujer bonita.

—¡Oh, no hables así, no hables así! —exclamó Fanny, angustiada por mayor número de sentimientos de los que él podía suponer.

Viéndola afligida, Edmund abandonó el tema y sólo añadió, con más seriedad:

—Mi padre se siente predispuesto a complacerte en todo, y yo sólo desearía que le hablases más. Permaneces demasiado callada durante las veladas.

—Le hablo más de lo que antes solía; puedes estar seguro de ello. ¿No oíste cómo le pregunté por el tráfico de esclavos, anoche?

—Lo oí, y tuve la esperanza de que a esta pregunta seguirían otras. A tu tío le hubiera gustado que se le hicieran más preguntas sobre el tema.

—Y yo tenía grandes deseos de hacerlas... ¡pero había allí un silencio tan sepulcral! Y mientras mis primas estaban sentadas a nuestro lado sin decir una palabra, dando la impresión de que no se interesaban en absoluto por el asunto, no me pareció bien seguir preguntando. Pensé que parecería como si yo quisiera destacar a costa de ellas, mostrando por los relatos de tu padre un interés y un agrado que él hubiera deseado ver en sus hijas.

—Miss Crawford estuvo muy acertada en lo que dijo de ti el otro día: que parece asustarte tanto la distinción y el elogio, como a otras mujeres el olvido y el desdén. Estuvimos hablando de ti en la rectoría, y esas fueron sus palabras: «Tiene mucho discernimiento. No conozco a nadie que sepa distinguir mejor los caracteres. ¡Es notable, en una mujer tan joven!». Realmente, te comprende mejor ella que la mayoría de los que te conocen hace mucho tiempo; he tenido ocasión de notar (a través de agudas insinuaciones fortuitas, expresión de una espontaneidad irreprimible) que podría definir a muchas otras personas con el mismo acierto, de no impedírselo la delicadeza. Me pregunto qué debe pensar de mi padre. Tiene que admirarle como hombre de bella presencia, de modales perfectamente caballerosos, dignos, serenos; pero, acaso, para quien le haya visto raras veces, su reserva pueda resultar un tanto repelente. Si tuvieran ocasión de tratarse con frecuencia, estoy seguro de que se apreciarían mutuamente, a él le gustaría la vivacidad de Mary, y a ella no le falta talento para aquilatar las virtudes de mi padre. ¡Me gustaría que se vieran más a menudo!

Espero que Mary no supondrá que mi padre siente por ella alguna antipatía.

—Mary puede estar demasiado segura de la estimación de todos vosotros —dijo Fanny, exhalando un medio suspiro—, para sentir tales aprensiones. Y que sir Thomas desee estar sólo rodeado de su familia al principio, es algo tan natural, que a ella no puede extrañarle en absoluto. Yo diría que, dentro de poco, volveremos a reunimos como antes, con la única diferencia que imponga el encontramos en otra época del año.

—Este es el primer octubre que pasa en el campo desde su infancia. A Tunbridge o a Cheltenham no voy a llamarlos campo; y noviembre es un mes todavía más triste, y me he dado cuenta de que la señora Grant está muy inquieta porque teme que Mary encontrará Mansfield aburrido cuando llegue el invierno.

Fanny hubiese podido decir mucho tocante a este punto, pero era más seguro no decir nada y dejar intactos todos los recursos de miss Crawford: sus talentos, su espíritu, su importancia, sus amistades... no fuera a traicionarse con alguna observación que pareciera poco gentil. Las amables opiniones que sobre ella expresaba miss Crawford merecían, cuando menos, una agradecida indulgencia; así es que se puso a hablar de otra cosa:

—Mañana, según tengo entendido, mi tío come en Sotherton, y tú y Tom también. Poquitos quedaremos en casa. Espero que a tu padre le seguirá agradando Mr. Rushworth.

—Esto es imposible, Fanny. Tendrá que gustarle menos después de la visita de mañana, pues estaremos cinco horas en su compañía. Me asustaría pasar un día tan aburrido, aunque no le siguiera un mal mucho mayor: la impresión que habrá de dejar en mi padre. El no podrá seguir engañándose por mucho tiempo. Lo siento por todos ellos y daría cualquier cosa porque Rushworth y María no se hubieran encontrado nunca.

Respecto de este punto, desde luego, la desilusión era inminente para sir Thomas. Toda su buena voluntad por Rushworth y toda la deferencia de Rushworth por él, no pudieron evitar que pronto se le hiciera evidente algún aspecto de la verdad: que Rushworth era un joven inferior, tan ignorante de los negocios como de los libros, con opiniones vagas en general y sin que pareciera muy consciente de sí mismo.

Él había esperado un yerno muy distinto; y empezó a preocuparse por cuenta de María, intentando hurgar en sus sentimientos. Poco le fue necesario observar para comprender que la indiferencia era el estado más favorable en que podían hallarse. La actitud de ella hacia Mr. Rushworth era indiferente y fría. No podía quererle, no le quería. Sir Thomas decidió hablar seriamente con su hija. Por ventajosa que fuera la alianza, y por antiguo y público que fuera el compromiso, no debía sacrificarse a esto su felicidad. Tal vez María había aceptado a Mr. Rushworth sin haberlo tratado bastante y, al conocerle mejor, se estuviera arrepintiendo.

Con afable solemnidad habló a su hija sir Thomas; le contó sus temores, escudriñó sus deseos, le suplicó que fuera franca y sincera, asegurándole que se afrontarían todos los inconvenientes y se renunciaría al compromiso, si el mismo la hacía desgraciada. Él actuaría por cuenta de ella y le devolvería la

libertad. María tuvo una lucha momentánea. Cuando su padre hubo terminado, pudo contestarle inmediata, decididamente y sin agitación aparente. Le agradeció su gran interés, su paternal cariño; pero añadió que estaba del todo equivocado al suponer en ella el menor deseo de romper el compromiso, o que existía algún cambio en la intención o inclinación nacida al principio; que tenía en la mayor estima el carácter y las condiciones de Mr. Rushworth, y no podía dudar de que seria feliz con él.

Sir Thomas quedó satisfecho... demasiado contento, acaso, para estar satisfecho, para forzar la cuestión hasta donde su recto juicio pudiera haberse impuesto a otras consideraciones. Era una alianza de la que no hubiera prescindido sin dolor; y razonaba de esta suerte: Rushworth era lo bastante joven para mejorar... Rushworth tenía que mejorar, y mejoraría al estar bien acompañado; y si María se mostraba ahora tan segura de su felicidad con él (hablando, por cierto, sin el prejuicio, sin la ceguera del amor), había que creerla. Acaso no fueran vivos sus sentimientos; él nunca lo había supuesto. Pero las ventajas de orden material no contaban menos para el caso. Y si ella podía prescindir de ver en su marido un carácter brillante, emprendedor, era indudable que todo lo demás había de serle favorable. Una joven de buenos principios que no se casa por amor queda, por lo general, tanto más unida a sus padres; y la proximidad entre Sotherton y Mansfield mantendría lógicamente viva la tentación y sería, con toda probabilidad, constante motivo de las más gratas e inocentes diversiones. Tales, y otros parecidos, eran los razonamientos de sir Thomas, feliz al librarse de las embarazosas dificultades de una ruptura: el asombro, las observaciones, los reproches a que hubiera dado lugar...; feliz al ver asegurado un matrimonio que le aportaría un aumento de respetabilidad e influencia; y muy feliz al pensar que las disposiciones de su hija eran de lo más favorables al caso.

Para ella la conferencia terminó tan satisfactoriamente como para él. Su estado de ánimo la llevaba a alegrarse de haberse atado al carro de su suerte sin revocación... de haberse entregado de nuevo a Sotherton... de verse a salvo de la posibilidad de dar a Crawford el triunfo de gobernar sus acciones y destruir sus proyectos; y se retiró orgullosa de su resolución, dispuesta tan sólo a portarse en lo futuro con más cautela ante Mr. Rushworth, no fuera su padre a sospechar de ella otra vez.

De haberse dirigido sir Thomas a su hija dentro de los primeros tres o cuatro días siguientes a la partida de Henry Crawford, antes de que los sentimientos de María se hubieran amortiguado, antes de que ella hubiera abandonado toda esperanza con respecto a él, o de que hubiera resuelto soportar a su prometido, su contestación pudiera haber sido otra; pero pasados otros tres o cuatro días, sin que hubiera regresado, ni carta, ni mensaje, ni síntomas de corazón enternecido, ni esperanzas sobre la ventaja de la ausencia, su corazón se había enfriado lo bastante para buscar el consuelo que el orgullo y el desquite podían proporcionarle.

Henry Crawford había destruido su felicidad, pero no debía saber que había conseguido tal cosa; no debía, encima, destruir su fama, su prestigio, su porvenir. No debía imaginársela languideciendo en su retiro de Mansfield por *él,*

renunciando a Sotherton y a Londres, independencia y esplendor, por culpa de *él.* La independencia le era más necesaria que nunca, la carencia de la misma en Mansfield se le hacía ahora más sensiblemente penosa. Era cada vez menos capaz de soportar la sujeción impuesta por su padre. La libertad que la ausencia de éste había procurado, se había convertido ahora en algo totalmente indispensable. Tendría que escapar de él y de Mansfield lo antes posible y buscar consuelo en la fortuna y la ostentación, en el mundo y el bullicio, para su espíritu herido. Había tomado su resolución, y no la cambiaría.

Para unos tales sentimientos toda dilación, aun la dilación impuesta por los grandes preparativos, hubiera sido una tortura, y Mr. Rushworth apenas pudo mostrarse más impaciente por la boda que ella misma. En cuanto a la importante preparación del espíritu, ella estaba completamente a punto, pues iba al matrimonio preparada por su odio al hogar, a la sujeción y a la tranquilidad; por la amargura de un desengaño amoroso y por desprecio al hombre con quien iba a casarse. Lo demás podía esperar. La adquisición de nuevo mobiliario y nuevos coches podía aplazarse hasta la primavera, en Londres, donde podría emplear más libremente su propio gusto.

Estando los mayores completamente de acuerdo a este respecto, pronto se vio que muy pocas semanas bastarían para disponer lo necesario para la boda.

La señora Rushworth estaba dispuesta a retirarse y dejar libre el camino a la afortunada joven dama elegida por su querido hijo; y muy a principios de noviembre, con su doncella, su lacayo y su carruaje, eso es, con todo el rumbo de una viuda acaudalada, salió para Bath, donde alardearía de las maravillas de Sotherton en las tertulias vespertinas, gozándolas tan plenamente, acaso, en la animada conversación en tomo a una mesa de juego, como cuando vivía en el lugar. Y antes de que mediara el mismo mes se había celebrado la ceremonia que daba otra señora a Sotherton.

Fue una boda muy decorosa. La novia iba elegantemente vestida; las dos madrinas con más modestia, como correspondía; el padre hizo la cesión; su madre permaneció con el pomo de sales en la mano, con la esperanza de emocionarse; su tía procuró llorar, y el servicio fue leído con emotiva solemnidad por el doctor Grant. Nada pudo objetarse cuando en el vecindario se hicieron los pertinentes comentarios, excepto que el carruaje que condujo a la pareja de novios y a Julia desde la puerta de la iglesia hasta Sotherton, era el mismo calesín que míster Rushworth venía usando desde hacía un año. Por todo lo demás, la etiqueta del día podía resistir la crítica más exigente.

Ya estaba hecho, ya se habían marchado. Sir Thomas sentía lo que un padre afectuoso debe sentir, y experimentó sin duda muchas de las emociones que su esposa había temido para sí, pero de las que, por fortuna, había podido librarse. Tía Norris, en extremo feliz de poder atender a las necesidades del día, que pasó en el Parque Mansfield para levantar los ánimos de su hermana, y bebiendo a la salud de los desposados unas copas de propina, no cabía en sí de gozo y satisfacción; porque ella había hecho la boda... todo lo había hecho ella, y nadie hubiera podido suponer, ante su confiado triunfo, que hubiese oído hablar en su vida de infelicidades conyugales, o que pudiera tener la más remota noción de las inclinaciones naturales de la sobrina que había crecido bajo su

mirada.

El plan de la joven pareja era marchara los pocos días a Brighton y alquilar allí una casa por unas semanas. Todo lugar de moda era desconocido para María, y Brighton es casi tan alegre en invierno como en verano. Cuando se agotase allí el aliciente de la novedad, habría llegado el momento de trasladarse a la más amplia esfera de Londres.

Julia iría con ellos a Brighton. Desde que cesó entre las dos hermanas la rivalidad, habían ido recobrando gradualmente buena parte de su antigua compenetración y, cuando menos, eran lo bastante amigas para que cada una por su lado estuviera más que contenta de estar junto a la otra en aquella ocasión. Alguna compañía distinta de la de Mr. Rushworth tenía gran importancia para la esposa de éste; y Julia se sentía tan ávida de novedades y diversión como María, aunque no había luchado tanto para conseguirlo y podía soportar mejor una posición secundaria.

La partida de ambas produjo otro cambio material en Mansfield, un vacío que requería algún tiempo para ser llenado. El círculo familiar quedó notablemente reducido; y aunque últimamente poco contribuían las hermanas Bertram a alegrarlo, era forzoso que las echaran de menos. Hasta su madre las echaba en falta, y muchísimo más su tierna primita, que deambulaba por la casa, pensaba en ellas y sentía su ausencia, con un grado de afectuosa nostalgia que ellas jamás habían hecho gran cosa por merecer.

CAPÍTULO XXII

La importancia de Fanny creció con la ausencia de sus primas. Al convertirse, como entonces ocurrió, en la única jovencita presente en las veladas del salón, en el único elemento de ese importante sector de una familia, en el que hasta entonces había ocupado un tan humilde tercer lugar, le fue imposible evitar que la mirasen más, pensaran más en ella y la atendiesen mejor de lo que antes era habitual; y el «¿dónde está Fanny?» se hizo pregunta comente, hasta cuando nadie la requería por conveniencia personal.

No sólo en el seno del hogar aumentó su valor, sino también en la rectoría. En aquella casa, en la que apenas había entrado un par de veces al año desde la muerte de Mr. Norris, empezó a ser la visita más deseada, la invitada de honor; y en los tristes y fangosos días de noviembre, una compañía más que aceptable para Mary Crawford. Las visitas, que empezaron por casualidad, continuaron a requerimientos de los de la casa. La señora Grant, que en realidad estaba muy interesada en proporcionar algún aliciente a su hermana, pudo engañarse con facilidad, por gracia de la autosugestión, convenciéndose de que hacía a Fanny el más grande de los favores y le brindaba la mejor oportunidad de perfeccionar su trato social, al insistir en que menudearan sus visitas.

Un día, al dirigirse Fanny al pueblo con un recado de tía Norris, fue sorprendida por un aguacero junto a la rectoría; y al ser descubierta desde una ventana mientras buscaba protección bajo las ramas casi desnudas de un roble, ya fuera de su predio, viose obligada, aunque no sin ofrecer una discreta resistencia por su parte, a entrar en la casa. Se había negado a los ruegos de un atento criado; pero cuando salió el doctor Grant en persona con un paraguas, no tuvo más remedio que sentirse enormemente avergonzada y entrar lo más deprisa posible; y para la pobre miss Crawford, que precisamente había estado contemplando la triste lluvia con gran desaliento, suspirando por el derrumbe de todo su plan de ejercicio fisico para aquella mañana y de toda probabilidad de ver a una sola criatura humana fuera de los suyos durante las siguientes veinticuatro horas, el ligero bullicio en la puerta de entrada y la vista de miss Price chorreando en el vestíbulo fue algo delicioso. El valor de un acontecimiento en un día lluvioso, en el campo, se le manifestó del modo más concluyente. Al instante recobró su habitual animación y se puso en actividad para ser útil a Fanny, descubriendo que se había mojado bastante más de lo que ésta quería reconocer al principio y procurándole ropa seca. Y Fanny, después de verse obligada a aceptar todas esas atenciones, a dejar que la ayudaran y sirvieran señoras y criadas, viose también obligada, de vuelta a la planta baja, a permanecer en el salón de los Grant por espacio de una hora mientras seguía lloviendo, prolongando así la bendición que para Mary Crawford representaba tener algo nuevo que mirar y en que pensar, con lo que pudo levantar su ánimo hasta la hora de vestirse para el almuerzo.

Las dos hermanas se mostraron tan atentas y amables con ella, que Fanny hubiera gozado con la visita de no creer que se apartaba de su camino, y de haber podido prever con certeza que el cielo se aclararía una vez transcurrida la hora, evitándole el bochorno de que sacasen el coche y los caballos del doctor Grant para llevarla a casa, medida ésta con la que la habían amenazado. En cuanto a si en su casa pasaban pena debido a su prolongada ausencia con semejante tiempo, no tenía necesidad de inquietarse lo más mínimo por ello; pues como tan sólo sus dos tías estaban enteradas de su salida, sabía muy bien que ni la una ni la otra iban a preocuparse y que, cualquiera que fuese la choza en que tía Norris la supusiera guarecida durante el chubasco, tía Bertram aceptaría como cosa indudable que su sobrina se hallaba en la tal choza.

Empezaba a escampar cuando Fanny, observando que había un arpa en la habitación, hizo algunas preguntas con referencia a la misma que pronto condujeron a que quedasen de manifiesto sus grandes deseos de oírla tocar y a su confesión, que apenas pudieron llegar a creer, de que todavía no la había oído nunca desde que la habían traído a Mansfield. Para Fanny, esto parecía la cosa más natural y explicable. Apenas había estado en la rectoría desde la llegada del instrumento... ni había existido motivo para otra cosa; pero miss Crawford, recordando un antiguo deseo prontamente expresado sobre el particular, hubo de lamentar su gran descuido. Y enseguida, con el mejor deseo de complacer, formuló las preguntas.

—¿Quiere que toque ahora para usted? ¿Qué prefiere escuchar?

Inmediatamente inició la ejecución de la pieza elegida, contenta de tener una

nueva oyente, una oyente que, además, parecía tan agradecida y admirada de su ejecución y que demostraba no carecer de gusto. Siguió tocando hasta que los ojos de Fanny, desviándose hacia la ventana ante el evidente despejo de la atmósfera, expresaron lo que ella consideraba su deber.

—Otro cuarto de hora —dijo Mary—, y veremos cómo se presenta la cosa. No se vaya apenas comienza a levantarse el tiempo. Aquellas nubes son amenazadoras.

—Pero ya pasaron —replicó Fanny—. Estuve observándolas. Toda esa borrasca nos llega del sur.

—Venga del sur o del norte, yo conozco si una nube es negra cuando la veo; y usted no debe marcharse mientras aparezca tan amenazadora. Además, quiero tocar otra cosa aún para usted... una composición muy linda, la favorita de su primo Edmund. Tiene que quedarse y oír la pieza preferida de su primo.

Fanny comprendió que debía acceder; y aunque no había esperado a que surgiera aquella alusión para pensar en Edmund, tal mención avivó en ella particularmente su recuerdo, y se lo imaginó sentado un día y otro en aquella habitación, acaso en el mismo sitio que ocupaba ahora ella, escuchando con deleite constante su aire favorito ejecutado, según ella encontró, con técnica y expresión superiores; y aunque también a ella le pareció bellísima la composición y le complació que le gustara lo mismo que le gustaba a él, sintió una más auténtica impaciencia por marcharse cuando terminó que la que había sentido antes; y al quedar esto evidenciado le rogaron con tanta amabilidad que repitiera la visita, que entrara a saludarles siempre que pudiera durante sus paseos, que volviera para escuchar de nuevo el arpa... que acabó por decirse que seria necesario hacerlo así, si en su casa no ponían inconveniente.

Éste fue el origen de la especie de intimidad que se entabló entre ellas dentro de la primera quincena que siguió a la partida de las hermanas Bertram: intimidad principalmente derivada del deseo de algo nuevo por parte de miss Crawford, y que era poco real en los sentimientos de Fanny. Esta iba a verla cada dos o tres días. Era como una fascinación... no quedaba tranquila si no iba; y, sin embargo, no la quería, ni siquiera le gustaba como amiga, ni sentía la menor gratitud porque la buscara, ahora, cuando no podía buscar a nadie más, ni hallaba en conversación más placer que el de una eventual distracción, y aún, a veces, a costa de su criterio, cuando el motivo era bromear sobre personas o temas que ella deseaba ver respetados. Pero iba, a pesar de todo, y con frecuencia vagaban juntas durante más de media hora entre los arbustos de la señora Grant, ya que el tiempo era excepcionalmente benigno en aquella época del año, e incluso se aventuraban a veces a sentarse en uno de los bancos, entonces relativamente desabrigados, permaneciendo allí hasta que, en medio de una delicada exclamación de Fanny sobre lo prolongado de aquel otoño, veíanse obligadas, ante la súbita ráfaga de un aire frío que sacudía las últimas hojas amarillas todavía prendidas en sus ramas, a levantarse y pasear para entrar en calor.

—Es bonito, muy bonito —dijo Fanny, mirando en derredor, un día en que se hallaban así sentadas en un banco—; cada vez que vuelvo a encontrarme entre estos arbustos me sorprende más su desarrollo y belleza. Hace tres años, esto

no era más que un seto vivo que crecía descuidadamente a lo largo de la margen superior del campo, y que nunca se creyó que fuese algo, o que pudiera convertirse en algo digno de tenerse en cuenta; y ahora es un paseo del cual seria dificil decir si es más apreciable lo útil o lo decorativo. Y, acaso, dentro de otros tres años habremos olvidado... casi olvidado lo que antes fue. ¡Qué cosa tan asombrosa, tan enormemente asombrosa, la acción del tiempo y los cambios del pensamiento humano! —y siguiendo el curso de sus últimas ideas, poco después añadió—: Si alguna de las facultades de nuestra naturaleza puede considerarse *más* maravillosa que las restantes, yo creo que es la memoria. Parece que hay algo más claramente incomprensible en el poder, en los fracasos, en las irregularidades de la memoria, que en cualquier otro aspecto de nuestra inteligencia. ¡La memoria es a veces tan fiel, tan servicial, tan obediente y, otras, tan veleidosa, tan flaca... y otras aún, tan tiránica e ingobernable! Somos, indudablemente, un milagro en todos los aspectos; pero nuestra facultad de recordar y de olvidar me parece algo particularmente insondable.

Miss Crawford, impasible y distraída, no tuvo nada que decir; y Fanny, comprendiéndolo así, volvió al tema que consideraba más interesante para su interlocutora:

—Puede que parezca impertinente mi elogio, pero debo admirar el gusto que la señora Grant ha puesto en todo esto. Hay una tan apacible simplicidad en el trazado y detalles de este paseo... ¡y lo ha conseguido sin demasiado esfuerzo!

—Sí —replicó Mary descuidadamente—, queda muy bien para un lugar como éste. Una no piensa ver grandes cosas *aquí, y,* entre nosotras, hasta que vine a Mansfield nunca había imaginado que un párroco rural pudiera aspirar jamás a tener un paseo de arbustos, ni nada por el estilo.

—¡Me gusta ver cómo crecen y prosperan las siemprevivas! —dijo Fanny como respuesta—. El jardinero de mi tío dice siempre que esta tierra es mejor que la suya, y así parece, a juzgar por el desarrollo de los laureles y arbustos en general. ¡Y la siempreviva! ¡Qué bonita, qué grata, qué maravillosa, la siempreviva! Cuando se piensa en esto... ¡qué asombrosa variedad, la de la naturaleza! Sabemos que en algunos parajes la variedad está en el árbol que muda sus hojas, pero esto no hace menos sorprendente que el mismo suelo y el mismo sol nutran plantas diversas, que difieren en las reglas y leyes básicas de su existencia. Pensará usted que le estoy recitando una rapsodia; pero cuando me encuentro entre la naturaleza, en especial descansando, me entrego con gran facilidad a esta especie de arrebatos admirativos. No puedo fijar la mirada en el más simple producto de la naturaleza sin hallar motivo para una desbordada fantasía.

—Si quiere que le diga la verdad —replicó miss Crawford—, creo que soy algo parecida al famoso dux de la corte de Luis XIV, y puedo afirmar que no veo en este paseo de arbustos maravilla alguna que iguale a la de hallarme yo en él. Si alguien me hubiera dicho un año atrás que éste sería mi hogar, que iba a pasar aquí un mes y otro mes, como vengo haciendo, le aseguro que no lo hubiera creído. Ahora llevo ya aquí unos cinco meses... y es más aún: éstos constituyen los cinco meses más tranquilos que he pasado en mi vida.

—*Demasiado* tranquilos para usted, supongo.

—También yo hubiera pensado lo mismo, *en teoría,* pero —y sus ojos se iluminaron mientras hablaba—, entre una cosa y otra, nunca había pasado un verano tan feliz. Aunque —añadió con aire más pensativo y bajando la vozno puede una saber adónde conducirá todo esto.

El corazón de Fanny aceleró sus latidos y se sintió tan incapaz de suponer como de pretender nada más. Mary, sin embargo, no tardó en proseguir con renovada animación:

—Reconozco que me he acostumbrado a la vida en el campo mejor de lo que hubiera supuesto jamás. Hasta admito que pueda resultar agradable pasar en él *medio* año, si concurren determinadas circunstancias... Muy agradable, vaya que sí. Una casa elegante, de tamaño moderado, en el centro del propio mundo familiar; alternar continuamente con unos y otros; dirigir la mejor sociedad de los alrededores; ser considerada, quizá, más idónea para ejercer esta autoridad que otras de mayor fortuna, y desviarse del círculo cordial de esas diversiones para tan sólo, y sin nada peor, un *tête-à-tête* con la persona que una considera la más agradable del mundo. No es nada espantoso ese cuadro, ¿verdad, Fanny? No hay por qué envidiar a la nueva señora de Rushworth, aunque tenga una casa como *aquélla.*

—¡Envidiar a María! —fue todo cuanto Fanny se aventuró a decir.

—Vamos, vamos, sería muy poco bonito en nosotras el mostrarnos severas con ella, pues espero que le deberemos muchas horas alegres, esplendorosas, felices. Confio en que iremos todos con gran frecuencia a Sotherton otro año. Un casamiento como el que ha hecho María Bertram es una lección pública; pues el primer gusto de la esposa de Mr. Rushworth ha de ser el de llenar la casa y dar los mejores bailes del país.

Fanny permaneció silenciosa y miss Crawford volvió a sumirse en sus pensamientos hasta que, al cabo de unos minutos, levantó de pronto la mirada y dijo:

—¡Ah¡ Ahí le tenemos.

No era, sin embargo, Mr. Rushworth, sino Edmund quien apareció dirigiéndose hacia ellas en compañía de la señora Grant.

—Mi hermana con Mr. Bertram. No sabe usted cuánto me alegro de que se haya ausentado Tom, dando así lugar a que Edmund *sea* de nuevo *mister Bertram*[4]*.* Cuando hay que distinguirlo anteponiéndole el nombre de pila, eso de Mr. *Edmund* Bertram queda tan formalista, tan lastimoso, tan de hermano menor, que lo encuentro detestable.

—¡Qué distintos nuestros pareceres! —exclamó Fanny—. Para mí, la expresión «Mr. Bertram» ¡es tan fría y hueca, tan por entero desprovista de calor y de carácter! Denota que se trata de un caballero, pero nada más. En cambio, en el nombre de Edmund hay nobleza. Es un nombre que habla de heroísmo y de gesta; nombre de reyes, príncipes y grandes; y en él parece alentar el espíritu de la caballerosidad y los cálidos afectos.

—Le concedo que el nombre está bien en sí, y que *lord* Edmund o sir Edmund

[4] Tratamiento reservado para el primogénito en las familias inglesas, pero que se aplica al segundo hermano en ausencia de aquél. (N. del T.)

suena deliciosamente; pero húndalo bajo el frío, la aniquilación, de un *mister,* y entonces decir Mr. Edmund no será más que decir Mr. John o Mr. Thomas. Bueno, ¿qué le parece si vamos a su encuentro y les desbaratamos la mitad del sermón que nos tendrán preparado sobre el sentarse al aire libre en esta época del año, pues nos habremos puesto en pie sin darles tiempo a empezar?

Edmund se reunió con ellas particularmente complacido. Era la primera vez que las veía juntas, desde que entre ambas se había iniciado ese estrechamiento de la amistad, de la cual él había oído hablar con gran satisfacción. Una amistad entre dos seres tan queridos para él era exactamente cuanto hubiera podido desear; y para dar crédito al buen criterio del enamorado, conste que él no consideraba en modo alguno a Fanny como la única, ni siquiera la principal, beneficiada con aquella amistad.

—Bueno —dijo miss Crawford—, ¿y no nos riñe usted por nuestra imprudencia? ¿Para qué cree usted que estábamos aquí sentadas, sino para que nos hablara de ello, y nos rogara y suplicara que no volviéramos a hacerlo nunca mas?

—Acaso hubiera podido regañar —contestó Edmund—, si hubiera hallado aquí sentada, sola, a una de las dos; pero mientras hagan el mal juntas, puedo tolerar muchas cosas.

—No pueden haber estado sentadas mucho tiempo —observó la señora Grant—, porque cuando subí por mi pañolón las vi desde la ventana de la escalera, y estaban paseando.

—Y en realidad —añadió Edmund—, tenemos hoy un tiempo tan benigno que el sentarse por unos minutos casi no puede calificarse de imprudencia. Y es que no siempre deberíamos juzgar el tiempo por el calendario. A veces podemos tomamos mayores libertades en noviembre que en mayo.

—¡A fe mía —exclamó miss Crawford—, que son el par de buenos amigos más decepcionantes e insensatos que conocí jamás! ¡No hay manera de darles ni un momento de inquietud! ¡No pueden imaginarse lo que hemos sufrido, el frío que hemos llegado a padecer! Pero hace ya tiempo que considero a Mr. Bertram uno de los sujetos peor dotados para que una consiga excitarle con cualquier pequeña intriga contra el sentido común que pueda urdir una mujer. Pocas esperanzas puse en él, desde el primer momento; pero a ti, que eres mi hermana, mi propia hermana... a ti, creo que tenía derecho a alarmarte un poco.

—No te hagas ilusiones, querida Mary. No hay la menor probabilidad de que consigas conmoverme. Estoy alarmada, pero por otra causa; y si yo pudiera cambiar el tiempo, os hubiera enviado un viento del este bien afilado que no dejara de azotaros ni un momento. Porque Roberto se ha empeñado en dejar fuera algunas de mis plantas por ser las noches tan bonancibles, y bien sé yo cuál será el fin: que sobrevendrá un brusco cambio de tiempo, que nos traerá una repentina helada, cogiéndonos a todos (al menos a Roberto) de sorpresa, y me quedaré sin ellas. Y lo que es peor, la cocinera acaba de decirme que el pavo, que yo tenía especial empeño en no presentar hasta el domingo, porque sé que mi marido disfrutaría mucho más comiéndolo ese día, después de las fatigas del oficio, no aguantará más que hasta pasado mañana. Esto sí que son verdaderos contratiempos, que me hacen pensar que el tiempo es de lo más

impropio e inoportuno.

—¡Las delicias de ser ama de casa en una aldea! —dijo Mary, irónicamente—. Hazme una recomendación para tu jardinero y tu pollero.

—Verás, monina, hazme tú una recomendación para el traslado del doctor Grant al decanato de Westminster o de San Pablo, y estaré tan orgullosa de tus jardineros y polleros como puedas estarlo tú. Pero en Mansfield no tenemos gente de ésa. ¿Qué quieres que le haga?

—¡Oh!, tú no puedes hacer más que lo que siempre has hecho: mortificarte muy a menudo, y no perder nunca el buen humor.

—Gracias; pero no es posible evitar esas pequeñas molestias, dondequiera que vivamos. Cuando te hayas establecido en la capital y yo vaya a verte, apuesto a que te encontraré también metida en tus quebraderos de cabeza, a pesar del jardinero y del pollero, o quizás debido a los mismos. Su falta de interés y de puntualidad, o sus cuentas exhorbitantes y sus fraudes, te arrancarán amargas lamentaciones.

—Creo que voy a ser demasiado rica para tener que lamentarme o sufrir por nada parecido. Una gran renta es la mejor receta para ser feliz, y nunca he oído hablar de otra que la aventaje. Desde luego, con ella queda asegurada toda la parte de felicidad que dependan del pavo y el mirto.

—¿Piensa usted ser muy rica? —consideró Edmund poniendo una expresión que, a los ojos de Fanny, tenía mucho de profunda significación.

—Desde luego. ¿Y usted no? ¿No lo pensamos todos?

—Yo no puedo proponerme nada que sea tan por completo independiente del poder de mi voluntad. Por lo visto miss Crawford puede elegir su grado de riqueza. Le bastará con fijar el número de miles al año que le convenga, y ya no cabe la menor duda de que los obtendrá. Yo tan sólo me propongo no ser pobre.

—A base de moderación y economía, y limitando sus necesidades a la medida de sus ingresos, y todo eso. Le comprendo; y es un plan muy propio de una persona de su edad, que tiene unos medios tan limitados y unos deudos tan indiferentes. ¿Qué ha de pretender *usted,* sino un pasar decente? No le queda mucho tiempo por delante; y sus parientes no están en situación de hacer nada por usted o para mortificarle con el contraste de su propia riqueza e importancia... Sea pobre y honrado, de todos modos; pero no voy a envidiarle; ni estoy muy segura de respetarle siquiera. Respeto muchísimo más a los que son ricos y honrados.

—Su grado de respeto por la honradez, rica o pobre, es precisamente algo que no puede inquietarme. Yo no tengo el propósito de ser pobre. La pobreza es lo que he decidido combatir. La honradez, dentro de un nivel medio en cuanto a posibilidades económicas, es cuanto ansío que no desprecie usted.

—Pues la desprecio, si está menos alta de lo que pudiera. Debo despreciar todo lo que se conforma con la obscuridad cuando podría elevarse a un grado de distinción.

—Pero, ¿cómo puede elevarse? ¿Cómo podría, mi honradez al menos, alcanzar un grado superior?

Era ésta una pregunta no tan fácil de contestar y suscitó un «¡oh!» algo prolongado en la linda muchacha, hasta que pudo añadir:

—Debería figurar en el Parlamento, o haber ingresado en el Ejército hace diez años.

—Lo que es *eso* no viene ahora muy al caso; y en cuanto a lo de figurar en el Parlamento, creo que deberé esperar a que se convoque una asamblea especial para la representación de los segundones con escasos medios de vida. No, miss Crawford —añadió en tono más serio—, existen distinciones que, si yo creyese que no he de tener probabilidad... absolutamente ninguna probabilidad o posibilidad de conseguir, me consideraría muy desdichado; pero son de otra clase.

La significativa expresión de su mirada mientras esto decía, y la complicidad que parecía haber en la actitud de Mary al contestar con alguna de sus humorísticas salidas, fueron motivos de tristeza para la observación de Fanny; y sintiéndose ésta completamente incapaz de prestar a la señora Grant la atención debida, pues a su lado caminaba ahora siguiendo a la pareja, había casi decidido volver a casa inmediatamente, y esperaba tan sólo reunir el valor necesario para decirlo, cuando las campanadas del gran reloj de Mansfield Park, dando las tres, le hicieron darse cuenta de que, realmente, había estado ausente mucho más tiempo de lo que acostumbraba, y la llevaron a consultarse previamente si debía o no marcharse en el acto, y cómo hacerlo para conseguirlo sin demorarse más. Con resuelta decisión inició su despedida; y al mismo tiempo Edmund empezó a recordar que su madre había preguntado por ella, y que él había acudido precisamente a la rectoría con el fin de recogerla.

Creció la prisa de Fanny; y se hubiera apresurado a marcharse sola, sin esperar en absoluto que la acompañara Edmund; pero todos aceleraron la marcha y la acompañaron hasta la casa, por la cual era preciso pasar. El doctor Grant se hallaba en el vestíbulo y, al detenerse todos para saludarle, Fanny dedujo por la actitud de Edmund que éste se proponía ir con ella. También él se estaba despidiendo. No pudo por menos que estarle agradecida. En el momento de separarse, el doctor Grant invitó a Edmund para el día siguiente a comer con él un cordero; y Fanny tuvo apenas tiempo de sentir cierta desazón por tal motivo, cuando la señora Grant, como cayendo en la cuenta repentinamente, se volvió a ella y le rogó que les concediera también el gusto de su compañía. Era ésta una atención tan nueva, un caso tan perfectamente insólito en el discurrir de la vida de Fanny, que ya no pudo quedar más sorprendida y azorada; y mientras barboteaba su profundo agradecimiento y su... «aunque, de todos modos, creo que no estará en mi poder aceptar», miraba a Edmund en busca de opinión y ayuda. Pero Edmund, encantado de que ella recibiera tan feliz invitación, y adivinando con media mirada y media fiase que todo el reparo de la muchacha se limitaba a los obstáculos que pudiera poner su tía, pues no podía imaginarse que su madre tuviera inconveniente en prescindir de Fanny, dio en consecuencia, de modo decidido, su franco consejo en el sentido de que debía aceptar la invitación; y aunque Fanny no quería aventurarse, a pesar de esta alentadora actitud, a un vuelo de independencia tan audaz, se acordó enseguida que, de no darse aviso en contra, la señora Grant podía contar con ella.

—¿Y saben ustedes qué tendremos para comer? —dijo la señora Grant, sonriendo—; pavo, y les aseguro que un ejemplar estupendo; porque —y se

volvió a su esposo—, querido, la cocinera insiste en que el pavo habrá que aderezarlo mañana.
—Muy bien, muy bien —exclamó el doctor Grant—, tanto mejor; me alegro de saber que tienes algo tan bueno en casa. Pero yo diría que miss Price y Mr. Bertram se conformarán con lo que sea. Ninguno de nosotros desea conocer la minuta. Una reunión cordial y no una comida espléndida es lo que esperamos. Un pavo, un ganso o una pierna de cordero... o lo que tú y tu cocinera queráis disponer.
Los dos primos marcharon juntos a su casa; y, excepto por lo que se refiere a los comentarios que se hicieron en los primeros momentos sobre este convite, del cual Edmund habló con la más cálida satisfacción, considerándolo especialmente deseable para ella como estrechamiento de la amistad que con tanta satisfacción veía él entablada, el paseo fue silencioso; porque, agotado este tema, Edmund quedó pensativo y poco dispuesto a iniciar otro.

CAPÍTULO XXIII

—¿Pero por qué tenía que invitar a Fanny, la señora Grant? —preguntábase lady Bertram—. ¿Cómo se le ocurrió invitar a Fanny? Fanny nunca come allí, bien lo sabéis, en ese plan. Yo no puedo prescindir de ella, y estoy segura de que ni ella misma desea ir... Fanny, tú no quieres ir, ¿verdad?
—Si se lo preguntas así —protestó Edmund, impidiendo que hablara su prima—, Fanny va a decir que no, en el acto; pero yo estoy seguro, querida madre, de que a ella le gustaría ir; y no veo razón alguna que la obligue a rehusar.
—No puedo explicarme cómo pudo ocurrírsele a la señora Grant invitar a Fanny. Nunca había hecho tal cosa. Solía invitar a tus hermanas de vez en cuando, pero nunca a Fanny.
—Si no puede usted prescindir de mí... —dijo Fanny con abnegación. —Pero si mi padre estará a su lado toda la tarde.
—Sin duda alguna.
—¿Y si consultaras el caso con él, a ver lo que opina?
—Esto está bien pensado. Así lo haré, Edmund. En cuanto llegue, le preguntaré a sir Thomas si puedo pasar sin ella.
—Como te parezca, mamá; pero yo me refería a la opinión de mi padre en cuanto a lo *correcto* de aceptar o no aceptar la invitación; y creo que le parecerá bien tratándose de la señora Grant, así como de Fanny, que siendo la *primera* invitación, se acepte.
—No sé. Se lo preguntaremos. Pero quedará muy sorprendido de que a la señora Grant se le haya ocurrido invitar a Fanny.
No había más que decir, o que pudiera ser dicho con algún provecho, en tanto

no se presentara sir Thomas; pero la cuestión, puesto que estaba relacionada con la mayor o menor comodidad de que ella pudiera disfrutar el siguiente día por la tarde, se hizo tan predominante en la mente de lady

Bertram, que media hora después, al ver a su marido que asomó un momento la cabeza al interior al pasar por allí, mientras se dirigía del plantío a su habitación, lo hizo retroceder, cuando había ya casi cerrado la puerta, llamándole así:

—Thomas, atiende un momento; tengo algo que decirte.

Su tono de apacible languidez —pues nunca se tomaba la molestia de levantar la voz—, se hacía siempre escuchar y atender; sir Thomas retrocedió. Ella empezó a referirle el caso y Fanny se deslizó inmediatamente fuera de la habitación; porque escuchar, sabiéndose ella misma el tema de cualquier discusión con su tío, era más de lo que sus nervios podían soportar. Estaba ansiosa, se daba cuenta... más ansiosa, quizás, de lo que hubiera debido estar, ya que... ¿qué importaba, en definitiva, si iba o se quedaba? Pero... si su tío estuviera largo rato considerando y sin decidirse, dando unas miradas muy serias, y estas graves miradas se dirigieran a ella, y, al fin, decidiera contra ella, probablemente no hubiera sido capaz de mostrarse debidamente sumisa e indiferente. Entretanto su pleito iba bien. Así se inició, por parte de lady Bertram:

—Tengo que decirte algo que te sorprenderá. La señora Grant ha invitado a Fanny a comer.

—Ya —dijo sir Thomas, como esperando más para llegar a sorprenderse.

Edmund desea que vaya. Pero, ¿cómo voy a prescindir de ella?

—Llegará tarde —dijo sir Thomas, sacando el reloj—; pero, di: ¿cuál es la dificultad que querías exponerme?

Edmund se vio obligado a hablar y llenar las lagunas del relato de su madre. Lo contó todo, y ella sólo tuvo que añadir:

—¡Es tan raro! Porque la señora Grant jamás tuvo la costumbre de invitarla.

—Pero, ¿no es muy natural? —observó Edmund— que la señora Grant quiera procurar a su hermana una compañía tan agradable?

—Nada puede ser más natural —dijo sir Thomas, al cabo de una breve reflexión—, y aunque no existiera tal hermana, para el caso, creo yo que nada podría ser más natural. Que la señora Grant se muestre cortés con miss Price, la sobrina de lady Bertram, es algo que no necesita explicación. Lo único que podría sorprenderme seria que ésta fuese la *primera* muestra de su cortesía. Fanny estuvo muy correcta al dar sólo una respuesta condicional. Ello demuestra que siente como debe. Pero como adivino que desea ir, puesto que la gente joven gusta de hallarse reunida, no veo razón para negarle este favor.

—Pero, ¿podré pasar sin ella, Thomas?

—Sin duda alguna, creo yo.

—Bien sabes que siempre prepara ella el té cuando no está mi hermana.

—Acaso sea posible convencer a tu hermana para que pase el día con nosotros y yo estaré, desde luego, en casa.

—Muy bien, pues; Fanny puede ir, Edmund.

Las buenas nuevas pronto llegaron a ella. Edmund llamó a la puerta de su habitación, de paso para la suya.

—Bueno, Fanny, todo ha quedado felizmente resuelto, y sin la menor vacilación por parte de tu tío. No tuvo más que una opinión: debes ir.

—Gracias, estoy tan contenta... —fue la instintiva reacción de Fanny, aunque cuando se hubo separado de él y cerrado la puerta, no pudo menos que decirse—: Y, sin embargo, ¿por qué he de estar contenta? ¿Acaso no estoy segura de ver u oír algo que habrá de apenarme?

No obstante, a despecho de este convencimiento, estaba contenta. Por intrascendente que la tal invitación pudiera aparecer a los ojos de otras personas, constituía para ella algo nuevo e importante, pues excepto el día pasado en Sotherton, apenas si había comido nunca fuera; y aunque ahora iría sólo a una distancia de media milla, para reunirse sólo con tres personas, no por esto dejaba de ser una comida fuera de casa, y toda la serie de pequeñas preocupaciones relacionadas con los preparativos constituían ya, de por sí, una diversión. Ella no tuvo la simpatía ni la ayuda de los que hubieran debido compartir sus sentimientos y orientar su gusto; pues lady Bertram jamás pensaba en ser útil a nadie y tía Norris, cuando llegó al día siguiente, respondiendo a una temprana llamada e invitación de sir Thomas, estaba de un pésimo humor y parecía estar sólo dispuesta a aminorar el placer de su sobrina, así presente como futuro, todo lo posible.

—A fe mía, Fanny, que es grande la suerte que tienes; ¡encontrarte con tanta atención de una parte y tanta condescendencia de la otra! Deberías estarle agradecidísima a la señora Grant por haber pensado en ti, y a tu tía por permitir que vayas, y deberías considerar todo esto como algo extraordinario; pues espero que te darás cuenta de que no existe verdadero motivo para que alternes de ese modo en sociedad, ni siquiera para que vayas a comer invitada fuera de casa, y que es algo que no debes esperar que vaya a repetirse nunca. Ni tampoco debes hacerte la ilusión de que esta invitación signifique ninguna fineza particular hacia *ti;* la fineza va dirigida a tu tío, tía y a mí. La señora Grant considera que *nos* debe la cortesía de hacerte algún caso, ya que de lo contrario nunca le hubiera pasado por la cabeza semejante idea, y puedes estar completamente segura de que si tu prima Julia estuviera aquí, no te habrían invitado para nada.

Tía Norris había desvirtuado con tanto ingenio toda la parte del favor atribuible a la señora Grant, que Fanny, viendo que se esperaba que dijera algo, pudo sólo expresar que estaba muy agradecida a su tía Beitiam por avenirse a prescindir de ella, y que procuraría dejar la labor de la tarde para su tía dispuesta de modo que no hubiera lugar a echarla de menos.

—¡Oh, no lo dudes! Tu tía puede pasar muy bien sin ti, de lo contrario no te hubiera dejado ir. *Yo* estaré aquí, de modo que puedes estar completamente tranquila por tu tía. Y espero que pases un día muy *agradable* y lo encuentres todo extraordinariamente *delicioso.* Pero he de observar que cinco personas es el número de comensales más desastroso que soñarse pueda para sentarse en tomo a una mesa; y forzosamente ha de sorprenderme que una dama tan *elegante* como la señora Grant no lo haya combinado mejor. ¡Y alrededor de esa enorme mesa que tienen ellos, nada menos, tan ancha, que llena el comedor tan horriblemente! Si el doctor Grant se hubiera conformado con la mesa que yo

dejé al abandonar la rectoría, como hubiera hecho cualquier persona en sus cabales, en vez de poner esa otra suya tan absurda, que es más grande, positivamente mayor, que la del comedor de aquí, cuánto mejor, infinitamente mejor, hubiera hecho, y cuánto, cuánto más se le respetaría. Porque a la gente nunca se la respeta cuando se sale de su esfera. No olvides *esto,* Fanny. ¡Y pensar que cinco, nada más que cinco, van a sentarse en tomo a aquella mesa! No obstante, yo diría que van a servir comida para diez.

La señora Norris tomó aliento y prosiguió así:

—La necedad y pretensión de la gente que se sale de su esfera para aparentar más de lo que es, me hace pensar en la oportunidad de insinuarte algo a propósito, ahora que vas a alternar en sociedad; he de rogarte y suplicarte que no hagas nada por destacar, y que no hables ni expreses tu opinión como si fueras una de tus primas... como si fueras mi querida María, o Julia. Esto no quedaría nada bien, créeme. Recuérdalo: dondequiera que estés, debes ser tú la más modesta y la última; y aunque Mary Crawford está como en su casa en la rectoría, tú no estás en el caso de ella. Y en cuanto al regreso por la noche, debes aguardar hasta el momento que Edmund considere oportuno. Deja que sea él quien decida sobre este punto.

—Sí, señora; nunca se me hubiera ocurrido otra cosa.

—Y si llegara a llover, cosa que me parece más que probable, pues en mi vida vi un tiempo que amenazara lluvia para la tarde de un modo tan inequívoco, deberás arreglarte lo mejor que puedas, sin esperar que manden el coche por ti. Lo cierto es que yo no vuelvo a casa esta noche y, por lo tanto, el coche no saldrá por mi causa; así es que debes prevenirte por lo que pudiera ocurrir, y llevarte lo necesario para el caso.

Su sobrina consideró que era perfectamente razonable. Tasaba su derecho a gozar de comodidades tan por bajo como pudiera hacerlo tía Norris; y cuando, al cabo de un momento, sir Thomas dijo al tiempo que abría la puerta:

—Fanny, ¿a qué hora quieres que pase a recogerte el coche? —quedó hasta tal punto asombrada, que le fue imposible pronunciar una palabra.

—¡Querido Thomas! —exclamó tía Norris, roja de ira—. Fanny puede andar.

—¡Andar! —repitió sir Thomas, con la más inconfundible dignidad y adentrándose más en la habitación—. ¡Mi sobrina acudir a pie a una invitación, en esta época del año...! ¿Te conviene a las cuatro y veinte?

—Sí, tío —contestó humildemente Fanny, sintiéndose casi tan culpable como un criminal ante tía Norris; y no pudiendo soportar la violencia de permanecer junto a ella en lo que podía parecer una situación triunfante, salió de la habitación siguiendo a su tío, retardándose sólo lo suficiente para oír estas palabras, pronunciadas con airada agitación:

—¡Completamente innecesario!... ¡Excesivamente amable! Aunque también va Edmund... Sí, claro, es por él. Recuerdo que estaba afónico el martes por la noche.

Pero esto no pudo engañar a Fanny. Se daba cuenta de que el coche se disponía para ella, sólo para ella; y la atención de su tío, a seguido de las tendenciosas consideraciones de su tía, le costó unas lágrimas de gratitud en cuanto estuvo sola.

El coche llegó al minuto de la hora fijada; al cabo de otro minuto bajó el caballero; y como la dama, en su escrupuloso temor de retrasarse, llevaba ya bastantes minutos sentada, aguardando, en el salón, sir Thomas pudo verles salir con toda la puntualidad que sus correctos hábitos requerían.

—Ahora deja que te mire, Fanny —dijo Edmund, con la amable sonrisa de un hermano cariñoso—, y te diga lo mucho que me gustas; realmente, por lo que puedo juzgar con esta luz, estás muy linda. ¿Qué te has puesto?

—El vestido nuevo que tu padre tuvo la bondad de regalarme para la boda de María. Espero que no vista demasiado; pero pensé que debía ponérmelo en cuanto pudiera, y que tal vez no se me presentará otra ocasión en todo el invierno. Quisiera que no me consideraras demasiado engalanada.

—Una mujer nunca resulta demasiado engalanada si viste toda de blanco. No, no veo nada excesivo en tu atavío... nada que no sea perfectamente adecuado. Me parece muy bonito tu vestido. Me gustan esos lunares satinados. ¿No tiene miss Crawford un vestido bastante parecido?

Al acercarse a la rectoría pasaron junto al establo y la cochera.

—¡Hola! —dijo Edmund—. ¡Tenemos compañía! Aquí hay un coche. ¿Quién se habrá sumado a la reunión? —y bajando el cristal de la ventanilla para distinguir mejor, añadió—: ¡Es el de Crawford... el birlocho de Crawford, seguro! Ahí están sus dos criados empujándolo al lugar que ocupaba anteriormente. Él estará aquí, desde luego. Esto sí que es una sorpresa, Fanny. Me alegraré mucho de verle.

No era ocasión, ni había tiempo, para que Fanny dijera cuánto diferían sus sentimientos; pero al pensar que había un personaje más, y nada menos como aquél, dispuesto a observarla, aumentó en gran manera el azoramiento con que llevó a cabo la horrible ceremonia de entrar en el salón.

Y en el salón estaba, en efecto, Henry Crawford, que justamente había llegado con tiempo suficiente para estar ahora ya preparado para la comida; y las sonrisas y la expresión complacida de los otros tres, que le rodeaban, mostraban la buena acogida que se dispensaba a su repentina decisión de pasar con ellos unos días al término de su estancia en Bath. El encuentro con Edmund fue muy cordial; y, exceptuando a Fanny, todos estaban satisfechos; y hasta para *ella* podía resultar en cierto modo ventajosa su presencia, ya que todo aumento en el grupo más bien había de favorecer su acariciado deseo de que se le permitiera estar callada y pasar inadvertida. Pronto tuvo ocasión de comprobar que así era; pues si bien debía resignarse, según le indicaba su justo criterio y a despecho de los juicios de tía Norris, a ser la primera dama en aquella ocasión y a que se la hiciera objeto de todas las pequeñas atenciones pertinentes, se encontró, al sentarse a la mesa, con que predominaba una feliz comente de conversación en la que no se le requirió que tomara parte para nada. Eran tantas las cosas que había que contar entre hermano y hermana acerca de Bath, tantas entre los dos jóvenes sobre caza, tanto sobre política entre Henry y el doctor Grant, y de todo y de todos entre Henry y la señora Grant, que a Fanny se le ofreció la magnífica perspectiva de sólo tener que escuchar en silencio y de pasar un día muy agradable. Sin embargo, no pudo halagar al recién llegado con la menor muestra de interés ante el proyecto de prolongar su estancia en Mansfield y de llamar a

sus monteros que le aguardaban en Norfolk, cosa que, sugerida por el doctor Grant, recomendada por Edmund y acogida con caluroso entusiasmo por las dos hermanas, pronto se adueño de su espíritu y pareció que deseaba que Fanny le animara también a resolverse. Buscó la opinión de ésta con respecto a la probable continuación del buen tiempo, pero ella se limitó a contestar con toda la brevedad e indiferencia que permitía la buena educación. No podía desear que se quedara, y mil veces hubiera preferido que no le hablase.

El recuerdo de sus dos primas ausentes, especialmente de María, predominaba en su mente al ver ahora a Henry, cuyo ánimo no aparecía alterado, en cambio, por ningún recuerdo turbador. Aquí estaba de nuevo, en el mismo lugar donde todo había sucedido y, a lo que parecía, tan dispuesto a quedarse y ser feliz sin las hermanas Bertram como si no hubiese conocido un Mansfield distinto al de ahora. Fanny le oyó hablar de ellas de un modo indirecto, generalizado, hasta que fueron a reunirse todos en el salón, donde Edmund entabló conversación aparte con el doctor Grant sobre algún tema particular que parecía absorber por completo su atención, y la señora Grant se ocupó en disponer la mesa para el té: entonces Henry empezó a hablar más concretamente de las dos hermanas, dirigiéndose a Mary. Con sonrisa significativa, lo que hizo que Fanny casi le odiara, dijo:

—De modo que Rushworth y su hermosa novia se hallan en Brighton, según tengo entendido... ¡Hombre feliz!

—Sí, allí estuvieron... unos quince días, ¿verdad, Fanny? Y Julia se fue con ellos.

—Y Mr. Yates no estará lejos, supongo.

—¡Mr. Yates! ¡Bah!, nada más hemos sabido de míster Yates. No creo que se cuenten muchas cosas suyas en la correspondencia que se recibe en Mansfield Park, ¿no es así, Fanny? Me imagino que Julia sabe muy bien lo que le conviene y no hará perder el tiempo a su padre hablándole de Mr. Yates.

—¡Pobre Rushworth, con sus cuarenta y dos parlamentos! —prosiguió Crawford—. Nadie podrá olvidarlos jamás. ¡Pobre muchacho! Me parece verle ahora... atribulado, desesperado. Vaya, me sorprendería mucho que su dulce María llegara a desear alguna vez que le hiciera a ella cuarenta y dos parlamentos —añadió, con momentánea seriedad—: ella es muy superior para un hombre como él... excesivamente superior.

Después, cambiando de nuevo el tono para imprimirle un carácter de delicada galantería, y dirigiéndose a Fanny, dijo:

—Usted fue la mejor amiga de Mr. Rushworth. Su amabilidad y paciencia nunca podrán olvidarse; su infatigable paciencia al intentar que a él le fuera posible aprenderse su papel... en el intento de dotarle de un cerebro que la naturaleza le ha negado... de combinar para él una inteligencia a base de la que a usted le sobra... Puede que él no tenga comprensión suficiente para apreciar su gran amabilidad, pero me atrevo a afirmar que ésta fue merecidamente estimada por todos los restantes elementos del grupo.

Fanny se ruborizó y permaneció callada.

—¡Fue un sueño, un delicioso sueño! —exclamó Henry, reanudando el tema después de haber quedado unos momentos pensativo—. Siempre recordaré

nuestras actividades teatrales con exquisito placer. ¡Era tanto el interés, el entusiasmo, la ilusión que se había difundido entre todos! Todos sentíamos lo mismo. Todos nos movíamos con gran actividad. Había trabajo, ilusión, afán, bullicio durante todas las horas del día... siempre había alguna pequeña dificultad, alguna pequeña duda, algún pequeño problema que resolver. Jamás fui tan feliz.

Con callada indignación, Fanny repitió para sí: «jamás fui tan feliz!... ¡Jamás tan feliz como cuando hacías lo que debieras saber que no tiene justificación!... ¡Nunca tan feliz como cuando te estabas comportando tan cruel e ignominiosamente! ¡Oh, qué espíritu tan depravado!»

—Tuvimos mala suerte, miss Price —prosiguió él, bajando la voz para evitar que pudiera oírle Edmund, y sin sospechar en absoluto lo que ella sentía en aquellos momentos—, muy mala suerte, en verdad. Una semana más, sólo otra semana, nos hubiera bastado. Creo que si hubiera estado en nuestras manos la ordenación de los acontecimientos, si Mansfield Park hubiera poseído el gobierno de los vientos, sólo por espacio de una o dos semanas en torno al equinoccio, la cosa hubiera sido diferente. No es que nosotros fuéramos a intentar que corriese algún grave riesgo durante la travesía, desencadenando un furioso temporal, sino que sólo hubiéramos recurrido a la persistencia de un viento contrario, o a una calma absoluta. Creo, miss Price, que también nosotros nos habríamos conformado con una semana de calma en el Atlántico, en esta estación.

Parecía decidido a conseguir una respuesta; y Fanny, desviando el rostro, dijo con un tono más firme del que solía emplear:

—Por lo que a mí respecta, caballero, no hubiera querido que su regreso se aplazara ni un solo día. Mi tío desaprobó todo aquello de un modo tan absoluto a su llegada que, en mi opinión, las cosas se habían llevado ya demasiado lejos.

Hasta aquel momento, nunca le había contestado con tanta decisión a él ni tan airadamente a nadie; y cuando hubo terminado, quedó temblorosa y se sonrojó ante su propio atrevimiento. Él quedó sorprendido; pero después de observarla en silencio por un instante, replicó empleando un tono más reposado y grave, como obedeciendo sinceramente a una conclusión a la que hubiera llegado, convencido por ella:

—Creo que tiene razón. Era algo más agradable que prudente. Empezábamos a alborotar demasiado.

Después, cambiando de conversación, hubiera querido interesarla en otro tema cualquiera, pero ella contestaba con tanta esquivez y desgana, que a él le fue imposible conseguir su propósito.

Miss Crawford, que había estado echando continuas ojeadas al doctor Grant y a Edmund, observó:

—Esos caballeros deben de estar discutiendo algún punto muy interesante.

—El más interesante del mundo —replicó su hermano—: el modo de hacer dinero, de convertir una buena renta en otra mejor. El doctor Grant está dando instrucciones a Edmund para la vida que éste pronto ha de iniciar. Me enteré de que va a ordenarse dentro de pocas semanas. De ello hablaron antes en el comedor. Me alegra saber que Edmund estará tan bien. Tendrá un bonito

ingreso para criar patos y patas, y lo ganará sin gran esfuerzo. He sabido que no bajará de setecientas libras al año. Setecientas libras anuales es algo estupendo para un segundón; y como, naturalmente, seguirá viviendo en su casa, podrá destinarlo todo para satisfacer sus *menus plaisirs;* y un sermón por Pascua y otro por Navidad será, me imagino, la suma total de sus sacrificios.

Su hermana intentó bromear a despecho de sus sentimientos diciendo:

—Nada me divierte tanto como la facilidad con que los hombres sitúan en la abundancia a los que tienen mucho menos que ellos. No pondrías tú cara de pascuas, Henry, si tus *menus plaisirs* tuvieran que limitarse a setecientas libras anuales.

—Puede que no; pero tú sabes bien que todo eso es muy relativo. Los derechos de nacimiento y el hábito es lo que vale para centrar el caso. Edmund se ha situado indudablemente bien como segundón, aunque lo sea de una casa baronial. A la edad de veinticuatro o veinticinco años dispondrá de setecientas libras anuales, sin que deba hacer nada para ello.

Miss Crawford *pudo* haber dicho que algo habría que hacer y sufrir para ello, lo cual no podía considerar ella tan sencillo; pero se contuvo y lo dejó pasar, procurando aparecer tranquila e indiferente cuando los dos caballeros se unieron al grupo poco después.

—Edmund —dijo Henry Crawford—, me propongo venir a Mansfield para oírle predicar su primer sermón. Vendré a propósito para alentar a un joven principiante. ¿Para cuándo será eso? Miss Price, ¿no se unirá usted conmigo para animar a su primo? ¿No se compromete usted a escucharle con los ojos puestos fijamente en él mientras dure el sermón, como yo pienso hacer, para no perder una sola de sus palabras, o a lo sumo bajando sólo un momento la mirada para anotar alguna frase singularmente bella? Iremos provistos de lápiz y cuartillas... ¿Cuándo será? Debe usted predicar en Mansfield, desde luego para que lady Bertram y sir Thomas puedan oírle.

—Procuraré librarme de usted, Crawford, en tanto pueda —dijo Edmund—, pues lo más probable es que consiguiera usted desconcertarme, y me apenaría más que se lo propusiera usted que otro cualquiera.

«¿Es que no tendrá sensibilidad para apreciar esto? —pensó Fanny—. No, es incapaz de sentir nada de lo que debiera.»

Como ahora se hallaban todos reunidos y los principales conversadores se atraían mutuamente, Fanny pudo gozar de tranquilidad. Terminado el té se formó una mesa de *whist* (preparada en realidad para esparcimiento del doctor Grant por su atenta esposa, aunque se convino en no considerarlo así) y Mary se acogió al arpa, de modo que Fanny no tuvo que hacer más que dedicarse a escuchar; y su tranquilidad ya no sufrió alteración en el resto de la velada, excepto en las ocasiones en que Mr. Crawford le hacía alguna pregunta y observación, a las que se veía obligada a contestar. Miss Crawford estaba demasiado mortificada por lo que había ocurrido para que su humor pudiera adaptarse a otra cosa que no fuera la música. Con ella se consolaba y recreaba a su amiga.

La seguridad de que Edmund iba a ordenarse tan pronto, cayó sobre ella como un golpe que estuvo suspendido en el aire y que hasta se tuvo por incierto y

distante, y lo acusó con resquemor y mortificación. Estaba irritada contra él. Había creído que su influencia pesaba más. Había empezado a pensar en él —se daba cuenta de ello— con gran preferencia, con intención casi decidida; pero ahora se encontraba con la frialdad de sus sentimientos. Era claro que él no podía estar animado de serias intenciones, ni la quería de veras, pues que se decidía por una situación a la que bien sabía que ella no se sometería jamás. Ella aprendería a igualarle en indiferencia. En adelante admitiría sus atenciones sin otro propósito que el de la diversión inmediata. Si él podía dominar así sus sentimientos, no iba ella a sufrir con los propios.

CAPÍTULO XXIV

Henry Crawford había ya resuelto a la mañana siguiente pasar otra quincena en Mansfield; y en cuanto hubo mandado por sus monteros y escrito unas líneas de explicación a su almirante, diose la vuelta para mirar a su hermana mientras pegaba el sello en el sobre, y viendo que no había por allí ningún otro miembro de la familia, dijo, sonriendo:

—¿Y cómo te figuras que pienso divertirme, Mary, los días que no vaya de caza? Empiezo a ser ya demasiado viejo para salir más de tres veces por semana; pero tengo un plan para los días intermedios. ¿Adivinas en qué consiste?

—En pasear conmigo a pie y a caballo, seguramente.

—No es esto exactamente, aunque me encantará hacer ambas cosas; pero eso sería ejercicio para el cuerpo nada más, y debo cuidar de mi espíritu. Además, eso sería en suma recreo y abandono, sin la saludable aleación del trabajo, y a mí no me gusta comerme el pan de la holgazanería. No. Mi plan consiste en hacer que Fanny Price se enamore de mí.

—¡Fanny Price! ¡Qué absurdo! No, no. Deberías estar satisfecho con sus dos primas.

—No puedo estar satisfecho sin Fanny Price... sin abrir un pequeño boquete en el corazón de Fanny Price. Parece que no os habéis dado exacta cuenta del derecho que tiene a que se la admire. Anoche, cuando entre nosotros estuvimos hablando de ella, me pareció que nadie había notado aquí de qué modo tan extraordinario ha mejorado su aspecto en el curso de las seis últimas semanas. Vosotros la veis todos los días, y por esto no os dais cuenta, pero yo te aseguro que se ha convertido en una criatura completamente distinta de lo que era en otoño. Entonces era simplemente una muchacha callada, modesta, aunque de aspecto nada vulgar, pero ahora es francamente bonita. Yo solía pensar que no tenía figura ni un rostro atractivo; pero en esa tez suave que ella posee, que tan a menudo se tiñe de rubor, como sucedía ayer, hay positiva belleza; y después de haber observado sus ojos y su boca, no desespero de que sean capaces de

mostrarse lo bastante expresivos, cuando ella tenga algo que expresar. Y además, su aire, su manera, su *tout ensemble...* ¡ha mejorado de un modo tan indescriptible! Por lo menos ha crecido dos pulgadas desde octubre.

—¡Bah! ¡Bah! Esto es sólo porque no había ninguna mujer alta con quien compararla, y porque se puso un traje nuevo, y tú no la habías visto nunca tan bien vestida. Es exactamente la misma que en octubre, créeme. Lo que ocurre es que no había en la reunión otra muchacha que pudiera atraerte, y tú siempre tienes que fijarte en alguna. Yo siempre la consideré bonita..., no cautivadoramente linda, pero «bastante bonita», según se dice corrientemente...; una clase de belleza que se hace apreciable a la larga. Sus ojos deberían ser más obscuros, pero es dulce su sonrisa; de todos modos, en cuanto a ese maravilloso perfeccionamiento de su fisico, puedes estar seguro de que todo se reduce a un modelo de traje más acertado y a que tú no tenías a nadie más en quien fijarte; por lo tanto, si decides cortejarla, nunca podrás convencerme de que sea en obsequio a su hermosura, ni de que tenga más base que tu frivolidad e insensatez.

Su hermano se limitó a contestar con una sonrisa a esta acusación, y poco después dijo:

—No sé exactamente cómo tratar a Fanny. No la comprendo. No puedo explicarme qué se proponía ayer. ¿Qué carácter tiene? ¿Es seria? ¿Es rara? ¿Es mojigata? ¿Por qué se apartaba y me miraba con tanta severidad? Apenas pude conseguir que hablara. ¡En mi vida estuve tanto tiempo al lado de una muchacha, procurando entretenerla, con tan mal resultado! ¡Nunca me había tropezado con ninguna que me mirara de un modo tan serio! Procuraré sacar de esto el mejor provecho. Sus miradas decían: «No quiero enamorarme de ti, estoy resuelta a no enamorarme de ti», pero yo digo que se enamorará.

—¡Tonto presumido! ¡De modo que éste es su atractivo, a fin de cuentas! ¡Es esto, que veas que no te hace caso, lo que le da esa tez tan suave, y la convierte en mucho más alta, y la adorna con todas esas gracias y encantos! He de desear que no la hagas realmente desgraciada; un «poco» de amor, acaso la anime y le haga algún bien; pero no quisiera que te arrojaras a fondo, porque es una excelente criatura, como no las hay, y en extremo sensible.

—Sólo puede durar quince días —replicó Henry—, y si una quincena puede matarla, es que tiene una constitución que no hay nada que pudiera salvarla. No, no quiero hacerle ningún daño, ¡pobre almita mía! Sólo quiero lograr que me mire con simpatía, que me sonría tanto como se ruboriza, que me guarde una silla a su lado dondequiera que nos encontremos y que se llene de alegría cuando yo la ocupe y me ponga a hablar con ella; que piense lo mismo que yo, que se interese por todo lo que poseo y por todo lo que me gusta, que trate de retenerme por más tiempo en Mansfield y sienta, cuando me vaya, que ya nunca más volverá a ser feliz. No deseo nada más.

—¡La moderación personificada! —exclamó Mary—. Ahora ya no me cabe duda alguna. En fin, tendrás bastantes ocasiones para aconsejarte a ti mismo, pues ahora nos reunimos muy a menudo.

Y sin otra amonestación, dejó a Fanny abandonada a su destino; un destino que, de no estar el corazón de Fanny guardado de un modo que Mary Crawford

no podía sospechar, hubiese sido algo más duro de lo que merecía; pues aunque sin duda existen muchachas de dieciocho años tan inconquistables (de lo contrario no se escribiría sobre ellas) que resulta imposible enamorarlas contra su buen juicio aun poniendo en juego toda la presión que el talento, el tacto, las atenciones y los halagos pueden ejercer, no me inclino en absoluto a creer que Fanny fuera una de ellas, o a pensar que con su natural propenso a la ternura, y con todo el buen gusto que formaba parte de su ser, hubiese podido escapar con el corazón íntegro del galanteo (aunque el asedio durase sólo quince días) de un hombre como Henry Crawford, no obstante tener que vencer la mala opinión previa que de él tenía, si no hubiera tenido ya su corazón depositado en otra parte. Sin mengua de la gran seguridad que el amor por otro y el desprecio por él confería a la paz espiritual de Fanny, que Henry pretendía alterar, sus constantes atenciones (constantes, pero no importunas, y adecuadas cada vez más a la sensibilidad y delicadeza del carácter de ella) la obligaron muy pronto a mirarle con menos aversión que al principio. Ella no había olvidado el pasado en modo alguno, y le consideraba tan mal como siempre; pero acusaba su influjo. Resultaba entretenido su trato, y sus modales habían mejorado tanto, eran tan corteses, tan severa e irreprochablemente corteses, que era imposible no mostrarse atenta con él en correspondencia.

Muy pocos días bastaron para conseguir esto; y al término de esos días sobrevinieron unas circunstancias que tendieron más bien a favorecer sus propósitos de hacerse agradable a Fanny, ya que proporcionaron a ésta un grado de felicidad como para predisponer su ánimo a mostrarse complaciente con todos. William, su hermano, el tiernamente querido hermano que tanto tiempo llevaba ausente, estaba de nuevo en Inglaterra. Tenía una carta suya, unas pocas líneas apresuradas y felices, escritas cuando el buque enfilaba el Canal y enviadas a Portsmouth en el primer bote que partió del Antwerp, anclado en Spithead; y cuando Henry Crawford se presentó con el periódico en la mano, con el cual esperaba dar la primera noticia, la encontró temblorosa de gozo por el contenido de la carta, y escuchando con expresión radiante, llena de gratitud, la invitación amable que su tío le estaba dictando como inmediata contestación.

Tan sólo el día anterior había quedado Crawford perfectamente enterado del caso, o había, de hecho, venido en conocimiento de que ella tuviera tal hermano y que estuviera en tal barco; pero el interés que entonces se despertó en él había de ser muy activo, ya que decidió, para cuando regresase a Londres, informarse sobre el probable regreso del Antwerp del Mediterráneo, etc.; y la buena suerte que le aguardaba a la mañana siguiente, al proceder muy temprano a la lectura de la información de la Marina, parecía la recompensa a su ingeniosidad, al saber hallar tales métodos para hacerse agradable a Fanny, como también a su atención respetuosa con el almirante, su tío, al haber leído durante tantos años el periódico que se consideraba mejor informado sobre cuestiones navales. Resultó, no obstante, que había llegado demasiado tarde. Todas aquellas deliciosas reacciones del primer momento, que él había tenido la esperanza de provocar, se habían dado ya. Pero su intención, la amabilidad de su intención, fue reconocida y se agradeció; y muy afectuosas y expresivas

fueron las muestras de gratitud, porque Fanny viose elevada por encima de su habitual timidez a impulsos de su cariño por William.

El hermano entrañable llegaría pronto. No cabía dudar de que obtendría permiso enseguida, ya que aún no era más que guardia marina; y como sus padres, puesto que vivían en el mismo Portsmouth, ya le habrían visto y acaso le veían a diario, sus inmediatas vacaciones debían con justicia, y sin vacilaciones, consagrarse a su hermana que era quien más le había escrito en el curso de aquellos siete años, y a su tío, que había hecho el máximo en su favor y para su progreso. En efecto, su contestación a la contestación de Fanny, anunciando su llegada para una fecha muy próxima, se recibió en el plazo más breve; y apenas habían transcurrido diez días desde que Fanny se viera agitada con motivo de haber sido invitada por primera vez a comer fuera de casa, cuando sintió otra excitación de naturaleza más elevada, vigilando desde el vestíbulo, desde el corredor, desde las escaleras, atenta al primer ruido del coche que había de traerle a su hermano.

Llegó felizmente cuando de ese modo le estaba ella aguardando; y al no existir ceremonia ni temor que pudiera retrasar el momento de encontrarse, ella entró ya con él en la casa, y los primeros momentos de exquisita emoción no se vieron turbados ni tuvieron testigos, a no ser que fuéramos a considerar como tales a los criados, atareados principalmente en abrir las puertas. Esto era exactamente lo que sir Thomas y Edmund se habían propuesto, cada uno por su lado, como se lo demostraron mutuamente al quedar de manifiesto la vivacidad con que ambos aconsejaron a tía Norris que permaneciera en donde estaba, en vez de precipitarse al vestíbulo en cuanto el rumor de la llegada alcanzara sus oídos.

William y Fanny no tardaron en presentarse; y sir Thomas tuvo el placer de recibir en su protegido a una persona muy diferente, por cierto, de la que él había equipado siete años atrás: a un joven de semblante franco, abierto y de modales naturales, libres de afectación, pero correctos y respetuosos, de suerte que se honró considerándole amigo.

Pasó algún tiempo antes de que Fanny pudiera sobreponerse a la desbordante alegría de aquella hora formada por los treinta últimos minutos de espera y los otros treinta que siguieron de fruición; y hasta tuvo que pasar algún tiempo para que pudiera decirse que su felicidad la hacía feliz, para que se desvaneciera la especie de desilusión inevitable ante el cambio operado por el tiempo en el aspecto fisico y pudiera ver en él al mismo William de antes, y hablarle como había anhelado su corazón durante tantos años. Este momento, sin embargo, fue llegando paulatinamente, empujado por el cariño del muchacho, tan ferviente como el de ella misma y mucho menos refrenado por una sujeción a los convencionalismos sociales o por la timidez. Ella era el primer objeto de su afecto, pero de un afecto que la vehemencia de su temperamento y su espíritu arrojado hacían que fuera para él tan natural expresarlo como sentirlo. A la mañana siguiente pasearon juntos con verdadero gozo, y las mañanas sucesivas renovar un *tête—à—tête* que sir Thomas no podía menos de observar complacido, aun antes de que Edmund se lo señalara.

Exceptuando los momentos de inefable delectación que, durante los últimos meses, le había proporcionado cualquiera de las marcadas o imprevistas

muestras de consideración de Edmund por ella, jamás había sentido Fanny tanta felicidad como en esas charlas libres de cortapisas y temores, de igual a igual con su hermano y amigo que le abría de par en par su corazón, exponiéndole todas sus esperanzas, proyectos y afanes respecto de la bendición de ese ascenso tan soñado, tan costosamente merecido y tan justamente apreciado. No podía darle noticias directas y minuciosas del padre, la madre, los hermanos y hermanas, de los cuales tan pocas nuevas le llegaban, pero él se interesaba por todas las ventajas y todas las pequeñas molestias de su permanencia en Mansfield, mostrándose de acuerdo en considerar a cada uno de los miembros de aquella familia según la opinión que ella expresaba sobre los mismos, o difiriendo a lo sumo en un juicio menos escrupuloso y una más decidida reacción de agravio contra tía Norris; con él, en fin, (y acaso era ésta la satisfacción más grata de todas ellas) todo lo malo y lo bueno de sus primeros tiempos podía desandarse otra vez, y todas las penas y alegrías juntas rememorarse con la más dulce evocación. Ventaja ésta, fortalecedora del cariño, ante la cual hasta los lazos conyugales están por debajo de los fraternales. Los hijos de una misma familia, de la misma sangre, con los mismos primeros hábitos y compañías, tienen en su poder ciertos recursos de disfrute mutuo que ninguna unión ulterior les podrá proporcionar; y habrá de producirse un desvío prolongado y antinatural, un divorcio que ningún ulterior enlace puede justificar, para que estos preciosos residuos de los afectos primeros queden totalmente desterrados. Con demasiada frecuencia, ¡ay!, sucede así. El amor fraternal, que lo es casi todo a veces, otras es peor que nada. Pero en William y Fanny Price era todavía un sentimiento en toda su plenitud y frescor, sin que se viera mermado por intereses contrapuestos ni enfriado por otros afectos independientes, y que el tiempo y la ausencia sólo contribuían a aumentar.

Un afecto tan cariñoso tenía que encarecer a ambos en la opinión de cuantos tenían corazón para apreciar algo bueno. Henry Crawford quedó tan impresionado como el que más. Apreciaba la efusiva, ruda ternura del joven marino que hacía a éste decir, mostrando con la mano tendida el peinado de Fanny:

—Pues sí, ya empieza a gustarme esa moda estrafalaria, aunque al principio, cuando me dijeron que en Inglaterra se llevaban semejantes cosas, no pude creerlo; y cuando en Gibraltar, en casa del Comisario, vi que se presentaban Mrs. Brown y las otras señoras con el mismo aderezo, creí que se habían vuelto locas; pero Fanny es capaz de hacer que me guste cualquier cosa.

Y Henry observaba, con viva admiración, el rubor que teñía las mejillas de Fanny, el brillo de sus *ojos,* el profundo interés, la absorta atención con que escuchaba a su hermano cuando éste describía alguno de los peligros inminentes o espantosas escenas que forzosamente se presentan durante un tan largo período en alta mar.

Era un cuadro que Henry Crawford tenía el suficiente gusto moral para apreciar. Los encantos de Fanny crecían... crecían hasta duplicarse; porque la sensibilidad que embellecía su expresión e iluminaba su rostro era ya un atractivo en sí. Él no pudo seguir dudando de la idoneidad del corazón de Fanny. Tenía capacidad de sentimiento, de auténtico sentimiento. ¡Valdría la pena ser

amado por una muchacha como aquélla, excitar las primeras pasiones de su alma tierna y candorosa! El caso le interesaba más de lo que había previsto. Una quincena no era suficiente. Su estancia en Mansfield se hizo indefinida.

William era a menudo requerido por su tío para que contara sus cosas. Sus relatos eran en sí amenos para sir Thomas, pero lo que éste principalmente buscaba al hacerle hablar era entender al narrador, conocer al joven muchacho por sus historias; y escuchaba sus claros, simples y arrebatados conceptos con plena satisfacción, al ver en ellos la prueba de unos buenos principios, conocimiento profesional, energía, valor, jovialidad... todo, en fin, cuanto merecía o prometía unos felices resultados. Aun siendo tan joven, William había visto mucho ya. Había estado en el Mediterráneo, en las Antillas, en el Mediterráneo otra vez... Había bajado a tierra con frecuencia por concesión del capitán, y en el curso de siete años había conocido toda la variedad de peligros que el mar y la guerra juntos pueden ofrecer. Con tales méritos en su haber tenía derecho a que se le escuchara; y aunque tía Norris tuviera a bien ajetrearse por la habitación y molestar a todo el mundo preguntando por dos hebras de hilo o por un botón de camisa usado, en medio del relato de su sobrino sobre un naufragio o una batalla, todos los demás escuchaban atentos; y ni siquiera lady Bertram podía oír tales horrores, sin conmoverse o sin levantar de vez en cuando *los ojos* de su labor para decir:

—¡Dios mío! ¡Qué desagradable! ¡No entiendo cómo hay quien sea capaz de embarcarse!

En Henry Crawford suscitaban toda clase de sentimientos. Suspiraba por haber surcado los mares, y haber hecho, visto y padecido lo mismo. Tenía el corazón ardiente, la imaginación exaltada y sentía un gran respeto por aquel muchacho que, antes de los veinte, había pasado por tantas penalidades fisicas y dado tales pruebas de valor. La gloria del heroísmo, de la utilidad, del esfuerzo, del sufrimiento, hacía que sus hábitos de abandono egoísta apareciesen en vergonzoso contraste; y hubiera deseado ser un William Price, distinguiéndose y labrando su fortuna y personalidad de una manera tan digna y con el mismo feliz entusiasmo que aquel muchacho, en vez de lo que era.

El deseo tenía más de impaciencia que de constancia. Le despertó de sus sueños sobre oportunidades pasadas y del pesar que le producía el no haberlas aprovechado, alguna pregunta de Edmund relativa a sus planes de caza para el día siguiente; y encontró que era también buena cosa ser ya hombre de fortuna, con caballos y palafreneros a su disposición. En un aspecto era todavía mejor, pues le proporcionaba el medio de brindar una atención donde quería que alguien se sintiera obligado. Con su viveza, valor y curiosidad por todo, William expresó su afición a la caza; y Crawford pudo ofrecerle cabalgadura sin el menor inconveniente por su parte, teniendo que salvar únicamente algunos reparos de sir Thomas, quien conocía mejor que su sobrino el valor de semejante préstamo, y que disipar algunos temores de Fanny. Ésta temía por William, en modo alguno convencida de que estuviese preparado para gobernar a un brioso caballo de los destinados a la caza del zorro en Inglaterra, a pesar de cuanto él le pudiera contar de su maestría adquirida en varios países en lo tocante a equitación, de las incursiones a caballo en que había tomado parte ascendiendo

por escarpados terrenos, de los caballos y mulos cerriles que había llegado a montar, o de las muchas veces que se había zafado de una tremenda caída poco menos que inevitable... Hasta que volvió sano y salvo, sin accidente ni descrédito, no pudo ella desechar sus temores ni sentir nada del agradecimiento que Mr. Crawford había plenamente confiado suscitar brindando su caballo. No obstante, cuando quedó demostrado que con ello William no había sufrido ningún daño, pudo Fanny admitir que aquello había sido una fineza, e incluso recompensar al propietario con una sonrisa cuando le fue devuelto el animal, y acto seguido con la mayor cordialidad y de un modo que no admitía resistencia, Henry lo puso de nuevo a la entera disposición del muchacho mientras permaneciera en Northamptonshire.

CAPÍTULO XXV

Durante este período la frecuentación de las dos familias llegó casi a restablecerse por completo, aproximándose más a lo que había sido en el último otoño, de lo que cualquier miembro del antiguo círculo íntimo había considerado probable. El regreso de Henry Crawford y la llegada de William Price tuvieron mucha parte en ello, pero mucho se debió también a la más que tolerancia de sir Thomas respecto de las sociables tentativas de la rectoría. Su ánimo, libre ahora de los cuidados que le abrumaron al principio, tuvo ocasión de apreciar que los Grant y sus jóvenes huéspedes eran realmente personas dignas de ser frecuentadas; y aunque estaba muy por encima de lo que pudieran ser planes o maquinaciones con vistas al más ventajoso compromiso matrimonial que pudiera preverse, según las posibilidades aparentes, de uno de los seres que él más quería, y, además, desdeñaba la ingenuidad de considerarse sagaz en estas cuestiones, no pudo menos de notar, en líneas generales e imprecisas, que Mr. Crawford distinguía un tanto a su sobrina, ni acaso evitar (aunque inconscientemente) la tendencia a dar un mayor asentimiento a las invitaciones, por tal motivo.

Sin embargo, su pronta conformidad en asistir a una comida en la rectoría cuando, al fin, decidieron aventurar la invitación general después de mucho debate y muchas dudas sobre si valdría la pena, «porque... ¡sir Thomas parecía tan mal predispuesto y lady Bertram era tan indolente!», se debió tan sólo a su buena educación y a su buena voluntad, sin que Mr. Crawford tuviera nada que ver en ello, como no fuera en el sentido de que era uno más en el seno de un grupo agradable; ya que precisamente fue en el curso de esta visita cuando empezó a pensar que cualquiera de esas personas habituadas a tal clase de fútiles observaciones *hubiera pensado* que Henry Crawford era el admirador de Fanny Price.

En general se tuvo por agradable la reunión, compuesta, respectivamente de

los que gustan de hablar y los que, en proporción acertada, gustan de escuchar; y la comida en sí se caracterizó por el buen gusto y la abundancia, de acuerdo con el estilo propio de los Grant y también, en mucho, de acuerdo con los hábitos peculiares a todos, de modo que, lógicamente, no hubo motivo para que nadie se impresionara, excepto tía Norris, incapaz de soportar pacientemente en ningún momento el espectáculo de la enorme mesa ni de las numerosas fuentes colocadas encima, y que de continuo se propuso acusar alguna molestia a causa del paso de los sirvientes por detrás de su silla, así como renovar su manifiesta convicción de que, entre tantas fuentes, era imposible que más de una no estuviera fría.

Por la velada se encontraron, según lo previsto por la señora Grant y su hermana, con que, una vez cubierta la mesa de *whist, y* lady Bertram no tardó en hallarse en la mesa de *whist,* quedaban bastantes elementos para un juego a la redonda; y como todos se mostraron tan dispuestos a complacer a los demás como desprovistos de una especial predilección por un juego determinado, como siempre ocurre en tales casos, se brindaron para la mesa «speculation» casi tan prestamente como para la de *whist;* y lady Bertram no tardó en hallarse en la crítica situación de tener que elegir entre los dos juegos, al ser consultada si prefería la mesa de *whist,* o la otra. Dudaba. Por fortuna, tenía a mano a sir Thomas.

—¿Qué me aconsejas, Thomas, *whist* o «speculation»?... ¿qué puede resultarme más divertido?

Sir Thomas, después de reflexionar un momento, recomendó «speculation». Él era jugador de *whist,* y acaso presintió que no se divertiría mucho teniéndola a ella de pareja.

—Muy bien —contestó ella, complacida—; entonces «speculation», por favor, señora Grant. No lo conozco en absoluto, pero Fanny me enseñará.

Aquí terció Fanny, sin embargo, con sus vehementes protestas alegando que lo ignoraba igualmente, que nunca en la vida lo había jugado ni visto jugar; y lady Bertram volvió a sentirse indecisa por un momento, pero al asegurarle todos que nada había tan fácil, que era el más sencillo juego de baraja, y al adelantarse Henry Crawford para rogarle con la mayor formalidad que le permitiera sentarse entre ella y miss Price para enseñar a las dos, quedó así acordado; y sir Thomas, tía Norris, el doctor Grant y su esposa se sentaron a la mesa de superior categoría y dignidad intelectual, mientras los otros seis, bajo la dirección de miss Crawford, se repartían en tomo a la otra. Fue una magnífica combinación para Henry Crawford, que se hallaba junto a Fanny y ocupadísimo en manejar las cartas de dos jugadores, además de las propias...; pues aunque Fanny dominaba ya a los tres minutos las reglas del juego, él tuvo que seguir inspirándole las jugadas, incitando su astucia y endureciendo su corazón, lo cual, especialmente teniendo a William por contrario, era labor que ofrecía alguna dificultad; y en cuanto a lady Bertram, tuvo que seguir encargándose de su suerte y prestigio durante toda la velada, pues si al iniciarse el juego la rapidez de Henry le ahorraba a la dama hasta el trabajo de mirar sus cartas, tuvo que guiarla en todo cuanto debía hacer con ellas hasta que terminó.

Él estaba de excelente humor, todo lo hacía con feliz desenvoltura, mos-

trándose superlativo en toda suerte de ocurrencias oportunas, rápidos recursos y atrevidas alusiones que pudieran hacer honor al juego; y la mesa redonda ofrecía, en conjunto, un contraste muy animado al lado de la rígida sobriedad y el ordenado silencio de la otra.

En dos ocasiones se había interesado sir Thomas por la diversión y los éxitos de su esposa, pero en vano; no había pausa lo bastante larga para el tiempo que su proceder mesurado requería; y muy poco pudo saberse de lo que le ocurría a la dama, hasta que la señora Grant, al finalizar el primer desempate, tuvo ocasión de acercarse a ella y hacerle un cumplido.

—Espero que le agradará a usted el juego.

—Oh, sí, querida. Muy entretenido, por cierto. Un juego muy curioso. No entiendo nada de lo que ocurre. Nunca llego a ver mis cartas; y Mr. Crawford hace todo lo demás.

—Bertram —dijo Henry, un momento después, aprovechando cierta languidez ' en el desarrollo de la partida—, aún no le he contado lo que me sucedió ayer al volver a casa.

Habían ido los dos de caza y, a la mitad de una buena batida, a cierta distancia de Mansfield, descubrió Henry que su caballo había perdido una herradura, lo cual le obligó a abandonar el terreno y efectuar el regreso lo mejor que pudiera.

—Le conté que había perdido el camino cuando hube dejado atrás aquella antigua granja de los tejos, porque soy acérrimo enemigo de preguntar; pero no le he contado a usted que con mi habitual buena suerte, pues nunca me equivoco sin salir ganando, me encontré en buena hora en el mismísimo lugar que tenía gran curiosidad de conocer. De pronto, al doblar el recodo de un suave declive, me encontré en medio de una pequeña aldea solitaria entre colinas de escasa elevación, ante un riachuelo que vadear, una iglesia levantada sobre una especie de loma a mi derecha (iglesia que me pareció sorprendentemente grande y hermosa para el lugar) y sin una mansión señorial o medio señorial por ninguna parte, excepto una (seguramente la rectoría) a tiro de piedra de las citadas loma e iglesia. En una palabra, me encontré en Thornton Lacey.

—Parece algo así —dijo Edmund—; pero ¿qué camino siguió usted después de pasar por la granja de Sewell?

—Yo no contesto esas preguntas insidiosas e inoportunas; mas, a pesar de todas las preguntas que pudiera hacerme durante una hora, jamás podría demostrarme que aquello *no* era Thornton Lacey... porque lo era, con toda seguridad.

—¿Lo preguntó, entonces?

—No, yo nunca pregunto, sino que le *dije a* un hombre que estaba enderezando un seto que aquello era Thornton Lacey, y él estuvo de acuerdo.

—Tiene usted una buena memoria. Yo no recordaba haberle contado nunca ni la mitad de cosas sobre el lugar.

Thornton Lacey era el nombre de la aldea donde Edmund tendría en breve su beneficio eclesiástico como muy bien sabía miss Crawford; y el interés de ésta por una sota que tenía William creció en el acto.

—Bien —prosiguió Edmund—, ¿y qué efecto le produjo aquello? ¿Le gustó?

—Muchísimo. Es usted un hombre afortunado. Allí habrá trabajo para seis

veranos al menos, antes de que la residencia sea habitable.

—No, no; no está tan mal como eso. Habrá que trasladar el patio de la granja, no lo niego, pero no veo que haga falta nada más. La casa no es mala, en modo alguno, y cuando haya desaparecido el patio, tendrá accesos muy tolerables.

—Hay que hacer desaparecer por completo el corral y planearlo de modo que quede fuera la tienda del herrero. La casa tiene que cambiarse, de modo que se oriente al Este en vez del Norte..., quiero decir que la entrada y las principales habitaciones deben estar en aquel lado, donde la vista es realmente deliciosa; estoy seguro de que se puede hacer. *Y allí* deberá estar el acceso, cruzando lo que ahora es jardín. Tiene usted que hacer un jardín nuevo en lo que ahora es parte trasera de la casa, lo que le dará el mejor aspecto del mundo con su declive hacia el sudeste. El terreno parece hecho a propósito para plantarlo. Anduve a caballo unas cincuenta yardas sendero arriba, entre la iglesia y la casa, para observar en torno, y aprecié que reunía todas las condiciones. Nada más fácil. Tas praderas que existen más allá de lo que *será* el jardín, así como lo que ahora lo es, que se extienden desde la callejuela donde yo estaba hacia el nordeste, eso es, hasta la carretera principal que atraviesa el pueblo, deben juntarse todas, desde luego; son muy bonitas esas praderas, primorosamente salpicadas de árboles. Supongo que pertenecen al beneficio eclesiástico; si no, debe usted comprarlas. Después, el riachuelo... Algo habrá que hacer con el riachuelo, pero no acabo de decidir el qué. Tengo dos o tres ideas.

—También yo tengo dos o tres ideas —replicó Edmund—, y una de ellas es que muy poca cosa de su plan para Thornton Lacey se pondrá jamás en práctica. Debo conformarme con bastante menos aparato y embellecimiento. Me parece que la casa y posesiones pueden hacerse acogedoras y adquirir el aspecto de la residencia de un señor prescindiendo de todo gasto oneroso; esto tendrá que bastarme y, espero, bastará a cuantos se interesan por mí.

Miss Crawford, algo recelosa y resentida por cierto tono de voz y cierta mirada a hurtadillas que subrayó la última esperanza por él expresada, puso precipitado término a sus tratos con William Price; y asegurándose la sota a un precio exorbitante, exclamó:

—¡Ea, voy a envidar el resto como una mujer valiente! La fria prudencia no se ha hecho para mí. Yo no he nacido para estar quieta sin hacer nada. Si pierdo la partida, no será porque no haya luchado por hacerla mía.

Suya fue la partida, aunque no le pagó lo que había entregado para asegurársela. Siguió otra mano, y Crawford empezó de nuevo con el tema de Thornton Lacey.

—Es posible que mi plan no sea el más acertado; no he tenido muchos minutos para formarlo. Pero usted debe hacer bastante allí. El sitio lo merece, y no quedará usted satisfecho si deja por hacer mucho de lo que se puede... Excúseme: señora, no puede usted mirar sus cartas; así, déjelas echadas delante de usted... Pues sí, el sitio lo merece, Bertram. Habla usted de darle el aspecto de una residencia señorial. Esto se conseguirá quitando el corral; pues, aparte tan horrible obstáculo, jamás vi una casa de ese tipo que tuviera en sí un aire tan señorial, que tanto diera la impresión de algo superior a una simple rectoría... muy por encima del presupuesto de unos centenares de libras al año.

No es una amontonada colección de habitaciones pequeñas y sencillas, con tantos tejados como ventanas; no está recluida en la compacta estrechez de esas granjas cuadradas; es una casa sólida, espaciosa, con aspecto de gran mansión, que suscita en uno la suposición de que una rancia familia campesina ha vivido allí de generación en generación, a lo largo de un par de centurias por lo menos, y que el tren de vida que ahora se lleva allí no baja de dos a tres mil libras anuales.

Mary Crawford escuchaba y Edmund se mostró de acuerdo con esto.

—Por lo tanto, un aspecto de residencia señorial no hay duda de que podrá dárselo usted, con tal de que haga algo. Pero se presta a mucho más... Déjame ver, Mary: lady Bertram ofrece doce por esa reina; no, no, una docena es más de lo que vale. Lady Bertram no quería ofrecer una docena. No hay más oferta. Sigan, sigan... Con algunas reformas parecidas a las que le he sugerido (yo no le pido precisamente que se base usted en mi plan, aunque, dicho sea de paso, dudo que nadie pueda concebir otro mejor) le conferiría usted un carácter más arrogante. Podría elevarla a la categoría de auténtica mansión señorial. De ser simplemente la residencia de un caballero puede convertirse, mediante unas juiciosas reformas, en la residencia de un hombre ilustrado, de gusto, costumbres modernas y bien emparentado. Todo eso se le puede imprimir, adquiriendo la casa un sello tal que su dueño sea considerado el mayor terrateniente de la parroquia por cualquier criatura humana que acierte a pasar por el camino, especialmente teniendo en cuenta que no hay allí otra casa importante que pueda disputarle el puesto; circunstancia ésta, dicho sea entre nosotros, que encarece el valor de tales condiciones, en cuanto a privilegio e independencia, por encima de todo cálculo... Usted piensa como yo, sin duda —añadió, con voz más suave, dirigiéndose a Fanny—. ¿Estuvo usted alguna vez en el lugar?

Fanny contestó con una rápida negativa, y trató de ocultar su interés por la cuestión concentrando ávidamente su atención en las proposiciones de su hermano, que estaba regateando de lo lindo para embaucarla lo más posible; pero Crawford intervino así:

—No, no; no debe usted desprenderse de la reina. La ha comprado demasiado cara, y su hermano no le ofrece ni la mitad de su valor. No, no, señor; fuera manos, fuera manos. Su hermana no cede la reina. Está completamente resuelta. La partida será suya —volviéndose de nuevo a Fanny—, es indudable que será suya.

—Y Fanny preferiría que la ganase William —dijo Edmund, sonriendo al mirarla—. ¡Pobre Fanny! No le permiten que se deje engañar, como ella quisiera.

—Mr. Bertram —dijo Mary, unos minutos después—, usted sabe que Henry es un proyectista tan capacitado, que no le será posible remover nada en Thornton Lacey sin aceptar su ayuda. ¡Piense tan sólo en lo útil que fue en Sotherton! Bástele recordar las grandes cosas que allí se hicieron gracias a aquella visita en que todos le acompañamos, un cálido día de agosto, para recorrer los terrenos y ver cómo se alumbraba su genio. Allí fuimos, nos volvimos a casa... ¡y no es para dicho lo que allí se hizo!

Los ojos de Fanny se habían vuelto hacia Crawford por un instante, con expresión más que grave, hasta de reproche; pero al tropezar con su mirada, los retiró al instante. Con cierta intención, agitó él la cabeza mirando a su hermana y replicó, riendo:

—No puedo decir que se hiciera gran cosa en Sotherton; pero el día fue caluroso, y todos nos dedicamos a pasear, unos en pos de otros, desorientados —tan pronto como pudo ampararse en el murmullo general, añadió en voz baja, hablando tan sólo a Fanny—: Sentiría que mis facultades de *proyectista* se juzgaran por lo de aquel día en Sotherton. Ahora veo las cosas de un modo muy distinto. No piense usted en mí según lo que podía parecer entonces.

Sotherton era palabra para atraer la atención de tía Norris, y como precisamente disfrutaba en aquel instante de la pausa feliz que le brindó el haber asegurado una baza entre sir Thomas, que llevaba el juego, y ella, contra los dificiles contrincantes que eran el doctor Grant y su esposa, exclamó de muy buen humor:

—¡Sotherton! Vaya, aquello sí que es una finca preciosa, y pasamos allí un magnífico día. William, la verdad es que no tienes buena suerte; pero la próxima vez que vengas espero que mis queridos Mr. y Mrs Rushworth estarán en su casa, y con seguridad puedo responder de que te recibirán los dos con gran simpatía. Tus primos no son de los que olvidan a sus parientes, y Mr. Rushworth es un hombre en extremo amable. Ahora se encuentran en Brighton, ¿sabes?, en una de las mejores casas de allí, como se lo permite la estupenda fortuna de Mr. Rushworth. No sé exactamente la distancia que puede haber, pero cuando regreses a Portsmouth, si no está muy lejos, deberías llegarte y presentarles tus respetos; y yo podría, por tu mediación, enviar un paquetito que deseo hacer llegar a tus primas.

—Sería para mí un gran placer, tía..., pero Brighton está casi por Beachey Head; y aunque tuviera posibilidad de ir tan lejos,, no podría aspirar a verme bien acogido en un sitio tan elegante como aquel... yo, que no soy más que un pobre y estropajoso guardiamarina.

Tía Norris empezaba a asegurarle con vehemencia que podía contar con que se le recibiría con mucho agrado, cuando fue interrumpida por sir Thomas, que dijo con autoridad:

—No voy a aconsejarte que vayas a Brigton, William, pues confio que pronto tendréis otras oportunidades más convenientes para encontraros; pero mis hijas tendrían mucho placer en ver a sus primos en cualquier parte, y a Mr. Rushworth lo encontrarás dispuesto a considerar a todos los parientes de nuestra parte como a los de la suya propia.

—Preferiría encontrarlo de secretario particular del Primer Lord, antes que nada —fue lo único que respondió William, en voz baja, sin intención de que le oyeran, y el tema quedó agotado.

Hasta entonces sir Thomas no había observado nada de particular en la conducta de Henry; pero al deshacerse la mesa de *whist,* una vez terminado el segundo desempate, y dejar que el doctor Grant y tía Norris discutieran su última jugada, se convirtió en un mirón del otro grupo y notó que su sobrina era objeto de atenciones, o más bien declaraciones, de carácter bastante significativo.

Henry Crawford estaba en el primer arrebato de otro proyecto sobre Thornton Lacey y, como no lograse captar la atención de Edmund, lo detallaba a su hermosa vecina con expresión de gran formalidad. Su proyecto consistía en alquilar él la casa para el próximo invierno, a fin de poder contar con un hogar propio en aquella vecindad; y no era únicamente para disponer de él durante la temporada de caza (como entonces le estaba diciendo a Fanny), aunque *este* aspecto pesaba también, ciertamente, considerando que, a despecho de la gran amabilidad del doctor Grant, era imposible instalarse él y sus caballos donde ahora estaban sin estorbar materialmente; pero su afición a aquellos alrededores no se fundaba en una diversión o una estación del año; él había puesto su ilusión en contar allí con algo adonde poder acudir en todo tiempo, un pequeño refugio a su disposición donde pasar todas las fiestas del año y poder continuar, mejorar *y perfeccionar* aquella íntima amistad con la familia de Mansfield Park que para él tenía cada día más valor. Sir Thomas le oía sin ofenderse. No había falta de respeto en las palabras del joven; y Fanny las acogía de un modo tan digno y modesto, tan sereno y poco incitante, que no encontró nada censurable en ella. Poco decía Fanny, asintiendo sólo de vez en cuando, y sin traslucir inclinación alguna a tomar para sí la menor parte del cumplido, ni fomentar los entusiasmos del galán por Northamptonshire. Al notar quién le observaba, Henry Crawford se dirigió a sir Thomas sin abandonar el tema, empleando un tono más corriente, pero todavía con sentimiento:

—Deseo ser vecino de usted, sir Thomas, como acaso me haya oído decir a Fanny. ¿Puedo contar con su aquiescencia, y con que no influenciará a su hijo en contra de un tal inquilino?

Sir Thomas, inclinándose cortésmente, replicó:

—Es el único modo en que no podría desear se estableciera usted como vecino permanente; pero espero y creo que Edmund ocupará su propia casa en Thornton Lacey. ¿Digo demasiado, Edmund?

Edmund, al ser requerido, tuvo que enterarse primero de qué se trataba; pero, una vez comprendida la pregunta, contestó sin vacilar:

—Ciertamente, no tengo otra intención que la de residir allí. Pero aunque le rechace como inquilino, Crawford, venga usted como amigo. Considere la casa como medio suya todos los inviernos, y añadiremos las cuadras a su plan de mejoras, así como todas las mejoras que puedan ocurrírsele a usted durante la primavera.

—Nosotros seremos los perjudicados —reanudó sir Thomas—. Al dejarnos Edmund, aunque sólo sea para establecerse a ocho millas de aquí, se producirá una poco grata reducción de nuestro círculo familiar; pero mucho más profundamente me mortificaría si cualquiera de mis hijos pudiera contentarse haciendo menos. Es perfectamente natural que usted no haya meditado mucho sobre el caso, Mr. Crawford. Pero una parroquia tiene necesidades y exigencias que sólo puede conocer un clérigo que resida permanentemente en ella, y que ningún substituto puede satisfacer en la misma medida. Edmund podría, como se dice vulgarmente, hacer el trabajo de Thornton... esto es, podría leer las plegarias y predicar, sin abandonar Mansfield Park; podría llegarse todos los domingos a caballo a una casa nominalmente habitada, y cumplir con el servicio

divino; podría ser el párroco de Thornton Lacey cada séptimo día, por tres o cuatro horas, si quisiera. Pero no, esto no le bastará. Sabe que la humanidad necesita más lecciones de las que puede contener un sermón semanal; y que si no viviera entre sus feligreses y no demostrara ser, con su constante interés, su bienhechor y amigo, haría tan poco para el bien de ellos como para su propio bien.

Mr. Crawford se inclinó, reconociendo las razones de su interlocutor.

—Nuevamente repito —añadió sir Thomas— que Thornton Lacey es la única casa de la vecindad en la que *no* me agradaría tener a Mr. Crawford como ocupante.

Mr. Crawford se inclinó, para agradecer.

—Es indudable —dijo Edmund— que mi padre entiende las obligaciones de un párroco. Hemos de esperar que su hijo demuestre que las conoce también.

Cualquiera fuese el efecto que la pequeña arenga de sir Thomas produjera realmente en Henry Crawford, lo cierto es que provocó cierta sensación de angustia en otras dos personas, dos de sus oyentes más atentas: Mary y Fanny. Una de ellas, como nunca había dado en pensar que Thornton Lacey iba a ser tan pronto y tan por completo la residencia de Edmund, estaba considerando, baja la mirada, lo que representaría *no* verle todos los días; y la otra, arrancada del grato mundo de fantasía a que se había abandonado unos momentos antes cediendo al poder descriptivo de su hermano, y no pudiendo ya, de acuerdo con el cuadro que se había formado de un Thornton futuro, excluir la iglesia, anular al clérigo y ver sólo la respetable, elegante modernizada y probable residencia de un hombre de fortuna independiente, iba considerando a sir Thomas, con decidida animadversión, como el destructor de todo aquello, y sufría aún más por la tolerancia que la condición y los modales del barón imponían, y por no atreverse a buscar alivio en un solo intento, siquiera, de ridiculizar su causa.

Todo lo agradable de su juego especulativo estaba listo por aquel día. Era llegado el momento de abandonar las cartas si habían de prevalecer los sermones; y se alegró de que fuera necesario poner punto final y de poder renovar su ánimo con un cambio de lugar y de vecino.

Los presentes se hallaban ahora, en su mayoría, reunidos irregularmente en tomo al fuego, esperando el momento de dar la velada por definitivamente terminada. William y Fanny eran los más separados del grupo. Se habían sentado los dos a la otra mesa de juego abandonada, y allí estuvieron hablando muy a gusto, sin pensar en los demás, hasta que alguien de los demás empezó a pensar en ellos. Henry Crawford fue el primero en orientar su silla en aquella dirección, y permaneció observándoles en silencio por espacio de unos minutos, mientras él, a su vez, era observado por sir Thomas, que estaba charlando, de pie, con el doctor Grant.

—Esta noche se celebra la reunión —decía William—. De hallarme en Portsmouth, acaso hubiera asistido.

—Pero tú no desearías hallarte en Portsmouth, ¿verdad, William?

—No, Fanny; te aseguro que no. Bastante me hartaré de Portsmouth y de bailar también, cuando no te tenga a mi lado. Y no sé qué podría buscar de nuevo en la fiesta, pues no encontraría pareja. Las jovencitas de Portsmouth

arrugan la nariz ante cualquiera que no tenga un empleo. Un guardiamarina es como si no fuera nada. Y uno no es nada, desde luego. ¿Recuerdas a las Gregory? Se han convertido en unas chicas asombrosamente guapas, pero apenas se dignan dirigirme la palabra, porque a Luzy la corteja un teniente.

—¡Oh, qué vergonzoso, qué vergonzoso! Pero no te preocupes por ello, William —y mientras esto decía, sus mejillas aparecían rojas de indignación—. No vale la pena tomarlo en consideración. No hay ofensas directa para ti, eso no es más que lo experimentado por todos los grandes almirantes en su tiempo, más o menos. Debes considerarlo así, has de procurar acostumbrarte a ello como una más de las penalidades que todos los marinos deben afrontar como el mal tiempo y la vida dura, pero con la ventaja de que esto tendrá un fin, de que llegará el día en que no tendrás que soportar nada parecido. Cuando seas teniente. Piensa sólo, William, en cuando seas teniente. ¡Qué poco te importarán esas tonterías!

—Empiezo a pensar que nunca llegaré a teniente, Fanny. Todos lo consiguen menos yo.

—¡Oh, querido William, no digas eso! No debes desanimarte así. Nuestro tío no dice nada, pero estoy segura de que hará cuanto pueda para que alcances la graduación. Sabe, tanto como tú, la importancia que tiene.

Se interrumpió al descubrir a su tío mucho más cerca de lo que sospechaba, y ambos consideraron necesario ponerse a hablar de otra cosa.

—¿Te gusta bailar, Fanny?

—Sí, mucho; sólo que pronto me canso.

—Me gustaría ir a un baile contigo y verte bailar. ¿No hay nunca bailes en Northampton? Me gustaría verte bailar... y bailar contigo, si tú *quisieras,* porque aquí nadie sabría quien soy, y me gustaría ser tu pareja una vez más. A menudo solíamos dar unas vueltas juntos, ¿te acuerdas?, cuando en la calle tocaba el organillo. Yo bailo bastante bien a mi modo, pero aseguraría que tú lo haces mejor —y volviéndose a su tío, que estaba ahora junto a ellos—. ¿No es cierto, tío, que Fanny baila muy bien?

Fanny, consternada por tan inaudita pregunta, no sabía adónde mirar ni cómo prepararse para la respuesta. Era de esperar que algún reproche muy grave, o al menos la más fría expresión de indiferencia, pondría en aprieto a su hermano y la dejaría a ella totalmente anonadada. Mas, por el contrario, en la contestación no hubo nada peor que esto:

—Siento hallarme en el caso de no poder contestar la pregunta. Nunca he visto bailar a Fanny desde que era niña, pero congo en que los dos opinaremos que se luce como una verdadera dama de salón cuando la veamos, y tal vez tengamos oportunidad de apreciarlo dentro de poco.

—Yo he tenido el placer de ver bailar a su hermana, Mr. Price —dijo Henry Crawford, adelantándose—, y me comprometo a contestar cuantas preguntas quiera usted hacer sobre el particular. Pero creo —añadió, viendo a Fanny turbada—, que deberá ser en otra ocasión. Está presente *una persona* a la que no gusta que se hable de miss Price.

Era bien cierto que había visto bailar a Fanny una vez, e igualmente cierto era que hubiese querido atestiguar ahora que ella se deslizaba con serena, grácil

elegancia y un ritmo admirable; pero en realidad no podía recordar, por su vida, el papel que Fanny había hecho en el baile, y si habló fue más porque daba por descontado que ella estuvo presente, que porque recordaba nada referente a ella.

Pasó, sin embargo, como un admirador de su modo de bailar; y sir Thomas, en modo alguno enojado, prolongó la conversación sobre el baile en general, y tanto se distrajo describiendo los bailes de la Antigua y escuchando lo que su sobrino podía contar de los diferentes estilos de danza que había observado por esos mundos, que cuando anunciaron su coche ni siquiera lo oyó, y hasta que tía Norris armó el consiguiente alboroto no tuvo conocimiento de ello.

—Vamos, Fanny, ¿qué significa esto? Nos vamos ya. ¿No ves que se marcha tu tía? ¡Pronto, pronto! No puedo sufrir esto de tener aguardando al viejo Wilcox. Tendrías que acordarte siempre del cochero y de los caballos. Mi querido Thomas, habíamos dispuesto que el coche regresaría por ti, Edmund y William.

Sir Thomas no pudo disentir, por cuanto él mismo lo había dispuesto y comunicado previamente a su esposa y a su hermana; pero *esto* parecía haberlo olvidado tía Norris, que quería hacerse la ilusión de que era ella quien lo había dispuesto todo.

Para Fanny, la última impresión de la velada fue de contrariedad, porque el chal que Edmund se disponía a tomar sin prisa de manos del criado para colocarlo sobre sus hombros, le fue arrebatado por la mano más rápida de Henry, y ella se vio obligada a agradecer a éste su más destacada atención.

CAPÍTULO XXVI

El deseo de William de ver bailar a su hermana, produjo en su tío una impresión más que momentánea. Al expresar sir Thomas la esperanza de que acaso se presentara una oportunidad, no lo hizo para no acordarse más de ello. Por el contrario, quería complacer a quien fuese que pudiera desear ver bailar a Fanny, y dar gusto a la gente joven en general; y habiendo meditado el asunto y tomado su resolución tranquilamente, con toda libertad, dio a conocer el resultado a la mañana siguiente, durante el desayuno, cuando, después de recordar y alabar lo que su sobrino había dicho, añadió:

—No quisiera, William, que abandonaras Northamptonshire sin esta satisfacción. Para mí sería un placer veros bailar a los dos. Hablaste de los bailes que puedan darse en Northampton. Tus primas habían asistido a ellos alguna vez. Pero ahora, por razones diversas, no son lo que nos conviene. Sería excesivamente fatigoso para tu tía. Creo que no debemos pensar en un baile en Northampton. Organizar uno en casa seria más aconsejable; y si...

—¡Ah, querido Thomas! —le atajó tía Norris—. Ya sé lo que piensas. Ya sé lo que ibas a decir. Si nuestra querida Julia estuviera en casa, o nuestra

queridísima María en Sotherton, de modo que existiera una razón, un motivo para una cosa así, te sentirías tentado a dar un baile en Mansfield para la gente joven. Sé que lo harías. Si *ellas* estuvieran en casa para adornar la fiesta, habría aquí baile estas mismas Navidades. Dale las gracias a tu tío, William; dale las gracias.

—Mis hijas —replicó sir Thomas, terciando gravemente— tienen sus diversiones en Brighton y, así lo espero, son muy felices; pero el baile que pienso dar en Mansfield será para sus primos. De poder hallarnos todos reunidos, es indudable que sería más completa nuestra satisfacción, pero la ausencia de unos no debe privar de distracción a los demás.

Tía Norris no pudo añadir una sola palabra. Vio decisión en la actitud de su cuñado y le fue preciso guardar unos minutos de silencio para que la sorpresa y el enojo no desbordaran su compostura. ¡Dar sir Thomas un baile en aquellas circunstancias! ¡Estando ausentes sus hijas, y sin consultarla a ella! Sin embargo, pronto tuvo a mano el consuelo. *Ella* tendría que ser el artífice de todo. A lady Bertram, desde luego, se le ahorrarla cuanto significase hacer, e incluso pensar, algo, y todo recaería sobre *ella.* Tendría que hacer los honores de la velada; y esta reflexión pronto le devolvió el suficiente buen humor para estar en condiciones de unirse a los otros, antes de que acabaran de expresar toda su dicha y gratitud.

Edmund, William y Fanny, cada uno a su modo, se mostraban tan gratamente complacidos, al hablar del baile prometido, como sir Thomas pudiera desear. Lo que en aquellos instantes sentía Edmund, era por cuenta de los otros dos. Nunca su padre había concedido un favor o mostrado una atención tan a satisfacción suya.

Lady Bertram se mantuvo perfectamente impasible y resignada, sin hacer objeción alguna. Sir Thomas se comprometió a ocasionarle muy pocas molestias; y ella le aseguró que las molestias no la asustaban en absoluto... ya que, en realidad, no podía imaginar que fuera a producirse ninguna.

Tía Norris se disponía a exponer sus sugerencias respecto de las salas que ella consideraba más apropiadas para el caso, pero se encontró con que todo estaba ya previsto; y cuando quiso iniciar sus conjeturas e insinuaciones acerca de la fecha, resultó que ya estaba fijada también. Sir Thomas se había entretenido en trazar un bosquejo muy completo, y en cuanto ella se resignó a escuchar pacíficamente pudo leer la lista de familias a invitar, de entre las cuales calculaba poder reunir, descontando las bajas inevitables dada la premura de la noticia, el elemento joven suficiente para formar doce o catorce parejas; y, asimismo, pudo exponer las consideraciones que le habían inducido a fijar el día 22 como fecha más conveniente. A William se le requería en Portsmourth el 24; por tanto, el 22 sería el último día de su estancia entre ellos; pero siendo tan pocos los días que faltaban, hubiera sido imprudente elegir una fecha más temprana. Tía Norris no tuvo más remedio que darse por satisfecha a base de opinar lo mismo exactamente, y de afirmar que estuvo a punto de proponer también ella el 22 como fecha mil veces más a propósito que otra cualquiera.

El baile era ahora ya cuestión resuelta y, antes de anochecer, cosa conocida de todos los interesados. Con gran diligencia se enviaron las invitaciones, y

muchas damiselas se acostaron aquella noche con la cabeza llena de felices preocupaciones, lo mismo que Fanny. Para ella, las preocupaciones fueron en algunos momentos algo casi al margen de la felicidad; porque, joven e inexperta, con escasos medios de elección y sin la menor confianza en su propio gusto, el «cómo voy a vestirme» se convirtió en un punto muy dificil y delicado; y el casi único adorno que poseía —una cruz de ámbar muy bonita que William le había traído de Sicilia fue causa de su mayor apuro, pues no tenía más que un trozo de cinta para sujetarlo; y aunque una vez ya había llevado la cruz de ese modo prendida, ¿sería ello admisible en tal ocasión, al lado de los ricos atavíos con que suponía se presentarían las demás señoritas, Pero, ¡no llevarla! William había querido comprarle también una cadena de oro, pero sus medios no alcanzaron; y, por lo tanto, si no se ponía la cruz podía lastimar sus sentimientos. Eran éstas abrumadoras consideraciones, suficientes para desanimarla aun ante la perspectiva de un baile organizado principalmente para su satisfacción.

Entretanto se llevaban adelante los preparativos, y lady Bertram seguía sentada en su sofá sin que le produjeran la menor molestia. El ama de llaves le hacía alguna visita extraordinaria, y la doncella trabajaba con bastante apresuramiento en la confección de un vestido nuevo para ella. Sir Thomas daba órdenes, y tía Norris corría de aquí para allá. Pero todo esto no la incomodaba a *ella,* pues, como había previsto, «todo aquello no podía, de hecho, acarrear molestia alguna».

Por aquel entonces estaba Edmund particularmente abrumado por serias preocupaciones, con el ánimo profundamente ocupado en la consideración de dos importantes acontecimientos, ahora al alcance de la mano, que iban a fijar su destino en la vida: la ordenación y el matrimonio; acontecimientos de carácter tan grave como para hacer que el baile, que pronto seria seguido de uno de ellos, apareciese como cosa más insignificante a sus ojos que a los de cualquier otro miembro de la familia. El día 23 se trasladarla a casa de un amigo, cerca de Peterborough, que se hallaba en la misma situación que él, y ambos tenían que recibir órdenes dentro de la semana de Navidad. La mitad de su destino se decidirla entonces, pero era muy probable que la otra mitad no quedase tan llanamente resuelta. Sus deberes quedarían establecidos, pero la mujer que habría de compartir, y estimular, y recompensar esos deberes, puede que fuera todavía inasequible. Conocía sus propias intenciones, pero no siempre estaba completamente seguro de conocer las de miss Crawford. Había puntos en los que no estaban totalmente de acuerdo, había momentos en que ella no parecía propicia; y aunque en el fondo confiaba en su afecto, tanto como para estar resuelto (casi resuelto) a obligarla a tomar una decisión en un plazo muy breve, tan pronto como se arreglaran los diversos asuntos que tenía para solucionar y supiera lo que podía ofrecerle, sentía no obstante muchas inquietudes y pasaba muchas horas dudando acerca del resultado. Su convicción de que ella le quería era a veces muy fuerte; podía recordar una larga serie de detalles alentadores, en la que ella aparecía tan perfecta por lo desinteresado de su afecto como en todo lo demás. Pero otras veces la duda y el temor se entremezclaban en sus esperanzas; y cuando pensaba en la reconocida falta de inclinación que ella

sentía por la intimidad y el aislamiento, en su decidida preferencia por la vida de Londres, ¿qué podía esperar sino una negativa terminante? A menos que fuera una aceptación que debiera implorarse y exigiera tales sacrificios de ocupación y estado por parte de él, que su conciencia habría de prohibírsela.

El resultado de todo dependía de una cuestión: ¿Le amaba ella bastante para prescindir de lo que solía considerar puntos esenciales? ¿Le amaba lo bastante para dejar de considerar esenciales aquellos puntos? Y esta cuestión, que él se estaba repitiendo continuamente a sí mismo, aunque las más de las veces era contestada con un «sí», obtenía otras un «no».

Miss Crawford iba a marcharse de Mansfield dentro de poco, y ante esta circunstancia el «no» y el «sí» habían alternado con gran frecuencia últimamente. Él había visto brillar sus ojos cuando hablaba de la carta de una amiga querida que la reclamaba en Londres para pasar con ella una larga temporada, y de la amabilidad de Henry al comprometerse a permanecer donde estaba hasta enero, a fin de poder acompañarla allá; la había oído hablar del placer de tal viaje con una animación que era un «no» en todos los tonos. Pero esto ocurrió el primer día en que así se acordó, en la primera explosión por la alegría recibida, cuando ante sí no tenía más que las amistades a quienes iba a visitar. Después, la había oído expresarse de un modo distinto, en otro tono... un tono más moderado. La había oído decir a la señora Grant que la dejaría con pena; que empezaba a creer que ni las amistades ni las diversiones que iba a buscar podrían compensarla de las que dejaba allí; y que, aunque comprendía que debía ir, y sabía que lo pasaría bien una vez se encontrara en Londres, estaba ya deseando volver de nuevo a Mansfield. En todo esto... ¿no había un «sí»?

Con esta serie de cuestiones que sopesar, ordenar y coordinar, Edmund no podía, por su parte, pensar mucho en la velada que reclamaba la atención del resto de la familia, no esperarla con el mismo grado de fuerte interés. Aparte la alegría que proporcionase a sus primos, la velada no tenía para él más valor del que pudiera tener otro motivo cualquiera de reunión de las dos familias. En todo encuentro había esperanza de ver una confirmación del afecto de Mary Crawford; pero el torbellino de un salón de baile no era, acaso, especialmente favorable al estímulo o expresión de sentimientos serios. Comprometerla pronto para los dos primeros bailes era el único recurso para su personal felicidad que tenía en la mano y el único preparativo para la fiesta en que pudo tomar parte, a pesar de cuanto ocurría a su alrededor, con referencia a la misma, desde la mañana hasta la noche.

El 22, día del baile, era jueves; y el miércoles por la mañana, Fanny, que no había hallado todavía una solución satisfactoria en cuanto a lo que debería ponerse, decidió buscar consejo en las personas más competentes y acudió a la señora Grant y a su hermana, cuyo reconocido buen gusto podría sin duda aplicarse a ella sin reproche; y como Edmund y William se habían ido a Northampton, y tenía motivos para creer que Henry había salido también, bajó hasta la rectoría sin mucho temor de que le faltara ocasión para conferenciar aparte sobre aquel punto; y que la tal conferencia fuese reservada era para Fanny uno de los aspectos más importantes, ya que estaba más que medio

avergonzada de su petición de ayuda.

Se encontró a unas yardas de la rectoría con Mary Crawford, que precisamente acababa de salir para visitarla; y como le pareció que su amiga, si bien se vio obligada a insistir en que estaba dispuesta a entrar de nuevo en la casa, no deseaba perderse el paseo, le explicó en el acto lo que la traía allí y manifestó que, si tenía la amabilidad de darle su opinión, podían hablar de ello lo mismo fuera que dentro de la casa. Mary pareció agradecida por la atención y, al cabo de una breve reflexión, de un modo mucho más cordial que antes, rogó a Fanny que entrara con ella, proponiéndole subir a la alcoba, donde podrían hablar tranquilamente sin molestar al doctor Grant y a su esposa, que estaban en el salón. Era precisamente el plan que convenía a Fanny; y rebosando ésta gratitud por tan pronta y amable atención, entraron, subieron y pronto estuvieron entregadas de lleno a la interesante cuestión. Miss Crawford, complacida por el requerimiento, le brindó cuanto había en ella de buen gusto y ponderación, lo simplificó todo con sus sugerencias, y procuró que todo apareciese delicioso con sus alentadoras palabras. Una vez resuelto lo del traje en sus líneas generales, dijo Mary:

—Pero, ¿qué se pondrá usted a modo de collar? ¿No piensa lucir la cruz de su hermano?

Y al tiempo que esto decía iba deshaciendo un paquetito que Fanny ya había observado en sus manos cuando se encontraron. Fanny confesó sus dudas y deseos al respecto: no sabía cómo ponerse la cruz, ni cómo dejar de llevarla. La contestación que le dio Mary consistió en presentarle un joyerito e invitarla a que escogiera entre las varias cadenas de oro y gargantillas que contenía. Aquel era el paquete de que iba provista miss Crawford, y tal el objeto de su proyectada visita; y del modo más amable rogó entonces a Fanny que aceptara una para la cruz y la guardara como recuerdo, diciendo cuanto se le ocurrió para obviar los escrúpulos que al principio hicieron retroceder a Fanny con expresión de horror ante el ofrecimiento.

—Ya ve usted que tengo una colección —le decía—... más del doble de las que uso y pienso usar jamás. No las ofrezco como nuevas. No le ofrezco más que una gargantilla vieja. Debe usted perdonarme la libertad y hacerme este favor.

Fanny se resistía aún, y de corazón. El obsequió era demasiado valioso. Pero Mary perseveraba, arguyendo con tal afectuosa seriedad a propósito de William, de la cruz, del baile y de ella misma, que al fin triunfó. Fanny se vio obligada a ceder para que no la tacharan de orgullosa, o displicente, o de cualquier otra mezquindad; y aceptando con humilde renuencia la proposición, procedió a escoger. Buscaba y buscaba, ansiando descubrir la que tuviera menos valor; y al fin se decidió, al imaginarse que una de las gargantillas se le ponía ante sus ojos con más frecuencia que las demás. Era de oro, primorosamente trabajada; y aunque Fanny hubiese preferido una cadenilla más larga y sencilla por considerarla más apropiada al caso, supuso, al fijarse en aquélla, que elegía la que a miss Crawford menos le interesaba conservar. Mary sonrió en muestra de completa aprobación, y se apresuró a completar su obsequio colocándole la cadenilla alrededor del cuello y haciéndole ver el buen efecto que producía.

Fanny no halló una sola palabra que objetar a su propiedad y, excepto lo que restaba de sus escrúpulos, quedó en extremo complacida con una adquisición tan a propósito. Acaso hubiera preferido agradecérsela a otra persona; pero esto era un sentimiento innoble. Mary Crawford se había anticipado a sus deseos con una buena voluntad que la acreditaba como auténtica amiga.

—Siempre que lleve esta gargantilla me acordaré de usted —dijo— y de su gran amabilidad.

—Tiene que acordarse también de alguien más, cuando lleve esta gargantilla ––replicó miss Crawford—. Tiene que pensar en Henry, porque él fue quien la eligió en primer lugar. Me la regaló él, y con la gargantilla le transfiero la obligación de recordar al donante original. Ha de ser un recuerdo familiar. No habrá de acudir la hermana a su memoria sin traerle consigo al hermano también.

Fanny, llena de asombro y confusión, hubiese querido devolver el presente en el acto. Aceptar lo que había sido el regalo de otra persona, de un hermano nada menos... ¡imposible! ¡No podía ser! Y con una impaciencia y una turbación que divirtieron a su compañera, depositó de nuevo la gargantilla sobre el algodón y pareció resuelta, o bien a tomar otra o a no aceptar ninguna. Miss Crawford pensó que jamás había visto una escrupulosidad más gentil.

—Pero, criatura —dijo, riendo— ¿qué es lo que teme? ¿Cree que Henry le reclamará la gargantilla como mía, o se imagina que no pasa a ser de su pertenencia honradamente? ¿O acaso se figura que se pondrá demasiado hueco cuando vea alrededor de su lindo cuello un adorno que con su dinero adquirió hace tres años, antes de que supiera que en el mundo existía ese cuello, O, tal vez —añadió, mirándola sutilmente—, ¿sospecha una confabulación entre nosotros, y que lo que ahora hago es con el conocimiento y por deseo de mi hermano?

Con el más intenso rubor, Fanny protestó contra tal pensamiento.

—Pues bien, entonces —replicó Mary con mayor seriedad, pero sin creerla en absoluto—, para convencerme de que no sospecha usted ninguna estratagema, y de que es usted tan digna de confianza como yo siempre la consideré, tome la gargantilla y no hable más de ello. Que sea un regalo de mi hermano no ha de suscitar el menor inconveniente en su decisión de aceptarla, pues le aseguro que tampoco influye para nada en mi decisión de prescindir de ella. Continuamente me hace regalos de estos. Son innumerables los presentes que de él tengo recibidos; tantos, que me resulta totalmente imposible hacer mucho caso, y a él acordarse, ni de la mitad de ellos. En cuanto a esta gargantilla, creo que no la habré llevado ni media docena de veces. Es muy bonita, pero nunca me acuerdo de ella; y aunque yo le hubiera cedido con el mayor agrado otra cualquiera que usted hubiese elegido en mi joyero, ha dado la casualidad que se ha fijado usted en la misma que, de escoger yo, hubiera seleccionado antes que otra para verla en posesión de usted. No diga más en contra, se lo suplico. Semejante bagatela no vale la pena de tantas palabras.

Fanny no se atrevió a oponer más resistencia, y de nuevo aceptó la gargantilla, renovando su agradecimiento, aunque con menos satisfacción, pues en los ojos de Mary había una expresión que no la podía satisfacer.

Era imposible que ella no hubiera notado el cambio de actitud de Henry Crawford. Hacía tiempo que se había dado cuenta. Era evidente que trataba de agradarle... Era galante, era atento, era algo de lo que había sido para sus primas; se proponía, según ella imaginaba, quitarle el sosiego engañándola como las había engañado a ellas. ¡Y acaso tuviera alguna incumbencia en lo de la gargantilla! Ella no podía estar convencida de que no la tuviera, pues Mary Crawford, complaciente como hermana, era despreocupada como mujer y como amiga.

Reflexionando, dudando y sintiendo que la posesión de lo que tanto había anhelado no le procuraba mucha satisfacción, volvía a casa, habiendo cambiado más que disminuido sus preocupaciones desde su reciente paso por aquel sendero.

CAPÍTULO XXVII

Al llegar a casa, Fanny subió enseguida para depositar aquella inesperada adquisición, ese bien dudoso de la gargantilla, en alguna caja favorita del cuarto del este que contenía todos sus pequeños tesoros; pero al abrir la puerta, cuál no seria su sorpresa al encontrar allí a su primo Edmund, escribiendo en su mesa. Aquel espectáculo, que nunca se le había ofrecido antes, resultó para ella tan extraordinario como grato.

—Fanny —dijo él al instante, abandonando el asiento y la pluma para ir a su encuentro con algo en la mano—, te ruego que me perdones por hallarme aquí. Acudí en tu busca, y después de aguardar un poco con la esperanza de verte llegar, hice uso de tu tintero para exponer el motivo de mi vista. Ahí encontrarás el comienzo de un billete dirigido a ti; pero ahora puedo explicarte personalmente mi intención, que es, simplemente, rogarte que aceptes esta pequeña bagatela..., una cadena para la cruz de William. Debía tenerla hace una semana, pero hubo un retraso debido a que mi hermano no llegó a la ciudad hasta unos días más tarde de lo que yo esperaba; y ahora acabo de recoger el paquetito en Northampton. Espero que la cadenilla te gustará, Fanny. Procuré tener en cuenta la simplicidad de tu gusto; aunque de todos modos sé que apreciarás mis intenciones y lo considerarás, como así es, una prueba de cariño de uno de tus más antiguos amigos.

Y apenas terminó estas palabras se alejó precipitadamente, antes de que Fanny, abrumada por mil sensaciones de pena y de alegría, pudiese decir nada; pero espoleada por un imperioso deseo, gritó enseguida:

—¡Edmund, espera un momento... aguarda, por favor!

El se dio vuelta.

—No intentaré darte las gracias —prosiguió ella, hablando con gran agitación––; mi gratitud está fuera de toda duda. Siento mucho más de lo que podría

expresar. Tu bondad al acordarte de mí de esta forma, escapa a...

—Si esto es cuanto tienes que decirme, Fanny... —la atajó él, sonriendo y alejándose de nuevo.

—No, no, no es esto. Deseaba consultarte.

Casi inconscientemente, ella había desenvuelto el paquete que Edmund acababa de poner en sus manos; y al encontrarse ante una auténtica cadenilla de oro sin adornos, perfectamente sencilla, con el bello marco de un estuche de joyería, no pudo evitar un nuevo estallido de entusiasmo:

—¡Oh, ésta sí que es bonita! ¡Es lo más acertado, exactamente lo que deseaba! Es el único adorno que siempre tuve el deseo de poseer. Combinaría perfectamente con la cruz. Deben llevarse juntas, y así será. Ha llegado, además, en un momento tan oportuno... ¡Oh, Edmund, no sabes tú con cuánta oportunidad!

—Querida Fanny, pones demasiado sentimiento en estas cosas. Me hace muy feliz que te guste la cadenilla y que haya llegado a tiempo para mañana; pero tu agradecimiento está muy fuera de lugar. Créeme, no hay para mí en el mundo satisfacción mayor que la de contribuir a la tuya. Sí, con seguridad puedo afirmar que no existe para mí placer más completo, más puro, más perfecto.

Ante tales expresiones de afecto, Fanny hubiese podido permanecer una hora sin añadir una palabra más. Pero Edmund, después de aguardar un momento, la obligó a que su pensamiento descendiera de su vuelo por las regiones celestes, diciendo:

—Pero, ¿qué es lo que quieres consultarme?

Se trataba de la gargantilla, que ahora ansiaba devolver a toda costa, y esperaba que él aprobase su proceder. Le contó la historia de su reciente visita... y entonces su embeleso hubo de tocar a su fin; porque Edmund quedó tan impresionado por el relato, tan encantado por lo que Mary Crawford había hecho, tan complacido por aquella coincidencia de conducta entre los dos, que Fanny tuvo que reconocer el poder superior, sobre el espíritu de Edmund, de otro placer, aunque no fuera tan perfecto. Pasaron algunos minutos antes de que Fanny pudiera centrar la atención de su primo sobre el plan expuesto, u obtener alguna respuesta a su demanda de opinión: él estaba sumido en un ensueño de tiernas reflexiones, y sólo de vez en cuando pronunciaba algunas frases de encomio; pero cuando despertó y entendió, se opuso con gran decisión a lo que ella pretendía.

—¡Devolver la gargantilla! No, querida Fanny, de ninguna manera. Esto la mortificaría cruelmente. Dificilmente puede haber una sensación más desagradable que la de encontramos en las manos, devuelto, lo que hemos entregado con una esperanza razonable de contribuir con ello a la felicidad de un amigo. ¿Por qué privarla de una satisfacción de la que ha demostrado ser tan merecedora?

—Si fuera un objeto destinado a mí en primer lugar —dijo Fanny—, no hubiera pensado en devolverlo; pero tratándose de un regalo de su hermano, ¿no es justo suponer que ella preferiría no desprenderse, ya que no lo preciso?

—Ella no ha de suponer que no lo precisas; o, al menos, que no lo aceptas. Y que en su origen fuera un regalo de su hermano no modifica en absoluto el

estado de las cosas; pues si esto no impidió que ella te lo ofreciera y tú lo aceptaras, lógicamente no puede ser obstáculo para que lo conserves en tu poder. Sin duda, es más bonita que la mía y más apropiada para lucir en un salón de baile.

—No, no es más bonita, en modo alguno, dentro de su estilo; y para lo que yo la quiero, no resulta ni la mitad de adecuada. La cadenilla jugará incomparablemente mejor con la cruz de William que la gargantilla.

—Por una noche, Fanny, por una sola noche, si ello representa un sacrificio, estoy seguro que, en cuanto lo hayas reflexionado, harás este sacrificio antes que apenas a quien se ha presentado con tanta solicitud a solucionar tus problemas. Las atenciones de Mary para contigo han sido... no diré que mayores de las que tú justamente mereces (sería yo la última persona que pensara tal cosa), pero han sido invariables; y corresponder a ellas con lo que tendría cierto aire de ingratitud, aunque sé que jamás podría envolver este significado, es algo que no forma parte de tu modo de ser, me consta. Ponte mañana la gargantilla, como así te has comprometido a hacer, y guarda la cadenilla, que no fue encargada expresamente para el baile, para otras ocasiones más corrientes. Éste es mi consejo. No quisiera ver una sombra de frialdad entre las dos personas cuya intimidad he venido observando con la mayor complacencia, y en cuyos caracteres hay tanto de común, en cuanto a auténtica generosidad y delicadeza natural, que hace que las escasas diferencias, debidas principalmente a las respectivas posiciones, no puedan ser obstáculo razonable que se oponga a una perfecta amistad. No quisiera que apareciese una sombra de frialdad —repitió, bajando un poco la voz—, entre los dos seres que más quiero en el mundo.

Con estas últimas palabras desapareció, y allí quedó Fanny, haciendo esfuerzos para tranquilizar su ánimo todo lo posible. Ella era uno de los dos seres que él más quería... Aquello debía sostenerla. Pero la otra... ¡la primera! Nunca, hasta aquel momento, le había oído hablar tan abiertamente; y aunque sus palabras no le descubrieron nada que ella no hubiera notado ya desde hacía mucho tiempo, fueron un golpe, porque hablaban de su convicción e intención. Estaba decidido: se casaría con Mary Crawford. Fue un golpe, a pesar de que lo venía esperando desde largo tiempo; y no tuvo más remedio que repetirse una y otra vez que era ella una de las dos personas que él más quería, para que estas palabras llegaran a producirle alguna impresión. De poder creer que miss Crawford era digna de él, el caso sería... ¡oh, qué distinto sería!... ¡cuánto más tolerable! Pero Edmund se engañaba con ella: le concedía méritos que no tenía; sus defectos eran los mismos de siempre, pero él ya no los veía. Hasta que hubo vertido muchas lágrimas por aquella decepción, no pudo Fanny dominar la agitación de su espíritu; y del abatimiento que siguió sólo pudo rehacerse con fervientes plegarias por la felicidad de él.

Era su intención, que al mismo tiempo consideraba su deber, procurar sobreponerse a todo cuanto fuera excesivo, a todo cuanto rozara el egoísmo, en su afecto por Edmund. Calificar o considerar aquello como una pérdida, un desengaño, sería una presunción, para censurar la cual no encontraba ella palabras lo bastante enérgicas, que satisficieran su humildad. Pensar en él del

modo que en Mary estaba justificado, seria una locura. Para ella, Edmund no podía significar nada... nada para ser más querido de lo que pueda serlo un amigo. ¿Por qué tal idea se le había ocurrido, aunque sólo fuera para reprobarla y prohibírsela? No debía haber rozado siquiera los confines de su imaginación. Procuraría ser razonable, merecer el derecho de juzgar la personalidad de miss Crawford y el privilegio de dedicar a él una auténtica solicitud, con la mente sana y el corazón limpio.

Ella contaba en principio con todo el heroísmo necesario, y estaba resuelta a cumplir con su deber; pero como tenía también muchos de los sentimientos inherentes a la juventud y al sexo, no vayamos a asombramos demasiado si decimos que, después de hacerse todos esos buenos propósitos en cuanto a autodominio, cogió el pedazo de papel en que Edmund había empezado a escribirle como si se tratara de un tesoro que escapara a toda esperanza de ser alcanzado, leyó con la más tierna emoción estas palabras: «Mi muy querida, Fanny: tienes que hacerme el favor de aceptar...» y lo guardó junto con la cadenilla, como la parte más preciada del obsequio. Era la única cosa parecida a una carta que jamás había recibido de él; acaso nunca volvería a recibir otra; era, incluso, imposible que jamás recibiera otra que le causara tanta satisfacción, por el motivo y por la forma. Jamas surgieron de la pluma del más distinguido autor, dos líneas más apreciadas... nunca se vieron tan felizmente recompensadas las pesquisas del biógrafo más apasionado. Y es que el entusiasmo del amor femenino supera aún al de los biógrafos. Para ella, para la mujer, el manuscrito en sí, con independencia de lo que pueda expresar, es una bendición. ¡Nunca unos caracteres fueron perfilados por ningún otro ser humano como aquellos que había producido la más corriente caligrafla de Edmund! Aquel modelo, a pesar del apresuramiento con que fue escrito, no tenía defectos; y era tan perfecta la fluidez de las primeras cuatro palabras, la combinación de «Mi muy querida Fanny», que las hubiera contemplado eternamente.

Una vez ordenados sus pensamientos y confortado su espíritu por aquella feliz mezcla de raciocinio y debilidad, se halló en condiciones de bajar a la hora de costumbre y reanudar su tarea habitual al lado de tía Bertram, haciéndole los cumplidos de costumbre sin aparente falta de ánimo.

Llegó el jueves, predestinado al gozo y a la ilusión; y empezó para Fanny con unas perspectivas más agradables que las que esos días obstinados, ingobernables, suelen ofrecer; pues terminado el desayuno se recibió un amistoso billete de Mr. Crawford para William, exponiendo que, como se veía obligado a marcharse a Londres a la mañana siguiente para unos días, no había sabido prescindir de buscarse un compañero y, por lo tanto, esperaba que si William se decidía a abandonar Mansfield medio día antes de lo previsto, aceptaría un puesto en su coche. Mr. Crawford se proponía llegar a la capital a la hora en que su tío acostumbraba hacer su última comida, y William quedaba invitado a comer con él en casa del almirante. La proposición era muy agradable para el mismo William, a quien ilusionaba la idea de hacer el viaje en un coche tirado por cuatro caballos y en compañía de un amigo tan jovial y simpático; y como le gustaba viajar con rapidez, al momento se puso a expresar cuanto su imaginación pudo

sugerirle para subrayar su dicha y satisfacción. Y Fanny, por motivo distinto, se puso contentísima; porque el plan primitivo era que William partiese de Northampton en el correo a la noche siguiente, lo que no le hubiera permitido descansar ni una hora antes de coger el coche de Portsmouth; y aunque este ofrecimiento de Mr. Crawford le robaba muchas horas de su compañía, era demasiado feliz con lo de que William se ahorraría las fatigas de tal viaje, para pensar en nada más. Sir Thomas lo aprobó por otra razón. La presentación de su sobrino al almirante Crawford podía ser útil. El almirante tenía influencia, indudablemente. La comunicación fue acogida con gran alegría. El ánimo de Fanny se alimentó de ella durante media mañana, contribuyendo en algo al aumento de su alegría el hecho de que se marchara también el mismo que la había escrito.

En cuanto al baile, ya tan próximo, eran demasiadas las inquietudes, demasiados los temores que la embargaban, para que sintiera ni la mitad de la ilusión que hubiera debido sentir, o que debían suponer que sentía las muchas damiselas que aguardaban el mismo acontecimiento con mayor tranquilidad, pero sin que pudiera tener para ellas la novedad, el interés, los motivos de personal satisfacción, en fin, toda una serie de circunstancias que atribuirían a su caso. Miss Price, conocida sólo de nombre por la mitad de los invitados, iba a hacer su primera aparición y tenía que ser mirada como la reina de la fiesta. ¿Quién podía ser más feliz que miss Price? Pero miss Price no se había formado para el oficio de *presentarse;* y de haber sabido bajo qué aspecto era en general considerado el baile, mucho hubiera disminuido su relativa tranquilidad y aumentado el temor que ya tenía de hacerlo mal y ser observada. Bailar sin que se fijaran mucho en ella y sin fatigarse excesivamente, tener fuerzas y parejas para media velada, bailar un poco con Edmund y no mucho con Harry, ver divertirse a William y poder mantenerse a distancia de tía Norris, era el máximo de su ambición y parecía abarcar sus más amplias posibilidades de felicidad. Como éstas eran sus más grandes esperanzas, no podían prevalecer en todo momento; y en el decurso de una larga mañana, empleada casi toda al lado de sus tías, estuvo a menudo bajo la influencia de presentimientos menos optimistas. William, decidido a que su último día fuera de diversión completa, había salido a cazar agachadizas; Edmund se hallaba sin duda en la rectoría (ella tenía sobrados motivos para suponerlo así); y ella, teniendo que soportar sola el malhumor de tía Norris (que estaba furiosa porque el ama de gobierno quería preparar la cena a su antojo) y a la que no podía eludir como, en cambio, podía el ama de gobierno, acabó por pensar que todos los males estaban relacionados con el baile; y cuando la mandaron a que se vistiera con una frase molesta, se dirigió a su alcoba tan mustiamente, y se sintió tan incapaz de divertirse como si se lo hubieran prohibido.

Mientras subía lentamente la escalera pensaba en el día anterior: alrededor de aquella misma hora había vuelto de la rectoría y hallado a Edmund en el cuarto del este. «¡Si hoy le encontrase también allí!», díjose, cediendo con gusto a la ilusión.

—Fanny —dijo en aquel momento una voz a su lado.

Dio un respingo y, al levantar los ojos, vio en el corredor que acababa de

alcanzar al mismísimo Edmund, al pie de otro tramo de escalera. Se dirigió hacia ella.

—Tienes aspecto de cansada, Fanny. Habrás dado un paseo demasiado largo.

—No, ni siquiera he salido.

—Entonces te has fatigado dentro de casa, lo que es peor. Hubieras hecho mejor en salir.

Fanny, que no gustaba de quejarse, halló más fácil no contestar; y aunque él la miraba con su habitual ternura, ella creyó que pronto había cesado de pensar en su cansancio. No parecía estar muy animado; algo que no tenía relación con Fanny debía marchar mal. Ambos siguieron escalera arriba, pues sus habitaciones estaban en el mismo piso superior.

—Vengo de casa del doctor Grant —dijo Edmund entonces—. Puede adivinar lo que me trae aquí, Fanny —parecía tan convencido, que Fanny sólo pudo pensar en algo que la ponía demasiado enferma para que pudiera hablar de ello—. Deseaba comprometer a Mary Crawford para los dos primeros bailes —fue la explicación que siguió y que devolvió la vida a Fanny, capacitándola para, al ver que él esperaba que hablase, articular algo parecido a una pregunta sobre el resultado.

—Sí —contestó él—, se ha comprometido a bailarlos conmigo; pero —añadió, con una sonrisa un tanto forzada—, dice que será la última vez que bailemos juntos. No lo dice en serio. Creo... espero... estoy seguro de que no hablaba en serio; pero hubiera preferido no escucharlo. Dice que nunca ha bailado con un clérigo, y que nunca lo hará. Lo que es por mí, hubiera deseado que no hubiese baile, justamente cuando... quiero decir, no esta semana, precisamente hoy... mañana voy a partir.

Fanny hizo un esfuerzo por hablar, y dijo:

—Siento mucho que haya ocurrido algo que te aflija. Hoy debería ser un día alegre. Así lo deseaba tu padre.

—¡Ah, sí, sí! Y lo será. Todo acabará bien. Mi contrariedad será pasajera. En realidad, no es que considere el baile inoportuno. ¿Qué tiene que ver? Pero, Fanny —aquí la detuvo cogiendo su mano, para hablarle más bajo y con mucha gravedad—, tú sabes lo que esto significa. Tú lo ves, y podrías decirme, acaso mejor que yo a ti, cómo y por qué estoy contrariado. Deja que te hable un poco. Tú eres una oyente bondadosa, y más que bondadosa. Me han afligido sus modales de esta mañana, y no puedo considerarlos bajo un prisma más favorable. Conozco sus condiciones para ser tan dulce e intachable como tú misma, pero la influencia de las personas de que antes estuvo rodeada hace que parezca..., da a su conversación, a sus opiniones personales, en ciertos momentos, un matiz de incorreción. No pensará mal, pero habla mal... habla así en plan de travesura; y aunque sé que sólo es travesura, me duele en el alma.

—Es efecto de la educación recibida —dijo Fanny, benévolamente. Edmund tuvo que mostrarse de acuerdo.

—¡Sí, aquellos tíos! Estropearon el más admirable espíritu. Porque a veces, Fanny, te lo confieso, parece que no son tan sólo sus modales; parece como si hasta su espíritu estuviera contaminado.

A Fanny le pareció que esto era un llamamiento a su criterio, y por tanto, después de una breve reflexión, dijo:

—Si sólo me necesitas como oyente, Edmund, seré todo lo útil que pueda; pero no soy competente como consejera. No me pidas a *mí* consejo. No sirvo para ello.

—Tienes razón, Fanny, al protestar contra tal oficio, pero no debes temer. Es un tema sobre el cual nunca pediré consejo; es precisamente el tema sobre el cual nadie debería pedirlo nunca; y pocos serán, me imagino, los que lo pidan, a no ser que quieran ser influenciados contra su propia conciencia. Yo sólo quiero hablar contigo.

—Otra cosa, aún. Perdona la libertad..., pero ten cuidado en *cómo* me hablas. No me cuentes ahora nada que después puedas sentir haberme dicho. Puede llegar el día...

—¡Queridísima Fanny! —exclamó Edmund, oprimiéndole la mano con sus labios, casi con el mismo calor que si hubiera sido la de Mary—. ¡Eres toda consideración! Pero no es necesaria en este caso. Ese día nunca llegará. Lo que tú insinúas no ocurrirá nunca. Empiezo a considerarlo como lo más improbable... las posibilidades van menguando; y aunque llegara a ser, nada habría que pudiésemos recordar, ni tú ni yo, con recelo, pues nunca he de avergonzarme de mis propios escrúpulos; y si éstos desaparecieran, sería debido a unos cambios que vendrían a enaltecer sus virtudes en comparación con sus antiguos defectos. Tú eres el único ser sobre la tierra a quien podía decir lo que he dicho; pero tú siempre supiste la opinión que de ella tengo; tú puedes atestiguar, Fanny, que nunca fui ciego. ¡Cuántas veces hemos hablado de sus pequeños errores! No debes temer..., casi he abandonado toda idea seria acerca de ella; pero sería un zoquete, desde luego, si, cualquiera que sea mi destino, fuera capaz de pensar en tu voluntad y simpatía sin la gratitud más sincera.

Edmund había dicho lo suficiente para conmover una experiencia de dieciocho años; había dicho lo bastante para brindar a Fanny unas emociones más venturosas que las conocidas últimamente; y con un mayor brillo en la mirada pudo responder ella:

—Sí, Edmund, estoy convencida de que *tú* serías incapaz de otra cosa, aunque algunos, acaso, no lo fueran. No temo escuchar nada de lo que desees decirme. No te abstengas. Dime lo que quieras.

Se encontraban ahora en el segundo piso, y la presencia de una sirvienta les impidió continuar la conversación. Para el bien presente de Fanny habría terminado, quizás, en el momento más oportuno. Si él hubiera podido hablar durante otros cinco minutos, nada impide creer que hubiera empezado a enumerar todos los defectos de miss Crawford y a expresar su desesperación. En cambio, de este modo, se separaron, él, con miradas de agradecido afecto y ella, con el corazón lleno de gratas impresiones. No había sentido nada parecido desde hacía horas. Desde que la primera alegría por la comunicación de Henry a William se había desvanecido, su ánimo había permanecido en un estado de desasosiego: sin hallar consuelo en derredor, ni esperanza en su fuero interno. Ahora todo sonreía. La buena suerte de William volvió a su mente, y le pareció que tenía más valor que al principio. Además, el baile... ¡aquella velada de

placer ante sí! Ahora, sí que estaba animada, y empezó a vestirse con mucho del feliz aturdimiento que corresponde a un baile. Todo resultaba bien; no le desagradó su propio aspecto; y cuando llegó al capítulo de las gargantillas su buena suerte le pareció completa, porque en la práctica, la que le había regalado miss Crawford no pudo pasarla de ningún modo por la anilla de la cruz. Había decidido llevarla por complacer a Edmund; pero era demasiado gruesa para el caso. Por lo tanto, tendría que usar la de él. Y cuando, con deliciosa emoción, hubo juntado la cadenilla y la cruz, aquellos recuerdos de los dos seres más caros a su corazón, aquellas prendas carísimas hechas a su cuello, vio y percibió cuán saturadas estaban de William y de Edmund... y entonces pudo decidirse, sin que le costara ningún esfuerzo a llevar también la gargantilla de Mary Crawford.

Reconoció que era lo justo. También miss Crawford tenía un derecho; y puesto que ya no usurpaba ni se interponía a otros derechos más fuertes, al cariño más auténtico de otra persona, pudo hacer a Mary esta justicia hasta con placer. En realidad, la gargantilla hacía un magnífico efecto. Y Fanny abandonó su alcoba al fin, felizmente satisfecha de sí misma y de todo.

Tía Bertram se acordó de ella en esta ocasión con un desvelo inusitado. Nada menos se le ocurrió, de pronto, que Fanny, al prepararse para un baile, se alegraría de tener mejor asistencia que las criadas del piso superior; y, una vez ella vestida, le mandó en efecto su doncella particular para que la atendiera... aunque demasiado tarde, por supuesto, para que le fuera de alguna utilidad. La señora Chapman llegó al ático precisamente cuando miss Price salía de su habitación completamente vestida, y sólo hubo necesidad de algunos cumplidos; pero Fanny concedió a la atención tanta importancia como pudieran concederle la misma lady Bertram o la señora Chapman.

CAPÍTULO XXVIII

Su tío y ambas tías estaban en el salón cuando Fanny bajó. Con gran interés la observó el primero, que vio con satisfacción la elegancia de su aspecto en general, así como su acentuado atractivo. La distinción y propiedad de su vestido fue cuanto se permitió alabar delante de ella, pero en cuanto Fanny abandonó de nuevo la habitación poco después, habló de su belleza con decidido elogio.

—Sí —dijo lady Bertram—, luce muy bien. Le mandé mi doncella.

—¡Que luce bien! Oh, claro —exclamó tía Norris—; tiene motivos para lucir bien, con tantas ventajas; habiéndosela formado en el seno de esta familia como se ha hecho, beneficiándose de los ejemplares modales de sus primas. Piensa sólo, mi querido Thomas, en lo extraordinarias que han sido las ventajas que tú y yo hemos podido proporcionarle. El mismo traje que le has alabado es el propio

regalo que generosamente le hiciste cuando la boda de nuestra querida María. ¿Qué hubiera sido de ella si no la hubiéramos acogido?

Sir Thomas no dijo más; pero cuando se sentaron a la mesa, las miradas de los dos muchachos le dieron la seguridad de que el tema podría ser tocado de nuevo discretamente cuando se retirasen las señoras, con más éxito. Fanny notó que su aspecto merecía la aprobación de los presentes, y al notar que producía buen efecto lucía aun mejor. Se sentía feliz por diversos motivos, y pronto se sintió más feliz aún, pues al salir de la habitación siguiendo a sus tías, Edmund, que mantenía abierta la puerta, le dijo al pasar junto a él:

—Tendrás que bailar conmigo, Fanny; tienes que reservarme dos bailes... los que tú quieras, excepto los primeros.

Ella no podía desear más. Ni casi había estado nunca tan cerca de la felicidad, en toda su vida. La alegría que tiempo atrás apreciara en sus primas el día de un baile, ya no la sorprendía ahora. Consideró que, realmente, era algo encantador; y a continuación se dedicó a ensayar sus pasos por el salón en tanto pudo evitar que la observara tía Norris, la cual estuvo al principio entregada por completo a la tarea de arreglar de nuevo, o desbaratar más bien, el magnífico fuego preparado por el mayordomo.

Transcurrió media hora que, en otras circunstancias, le hubiera parecido, cuando menos, lánguida; pero en su ánimo prevalecía aún la felicidad. Era sólo cuestión de pensar en su conversación con Edmund. ¿Y qué importaba el desasosiego de tía Norris? ¿Qué importaban los bostezos de lady Bertram?

Los caballeros se reunieron con ellas; y poco después empezó a reinar como una grata expectación ante la posible llegada de algún coche. Parecía haberse difundido una predisposición general a la alegría y el desenfado, todos estaban de pie hablando y riendo, y cada momento tenía su encanto y aportaba una ilusión. Fanny comprendía que bajo la jovialidad de Edmund tenía que haber lucha, pero era delicioso ver cómo triunfó su esfuerzo.

Cuando en realidad se oyó la llegada de los coches, cuando los invitados empezaron a presentarse en realidad, la alegría de su corazón quedó muy amortiguada; la presencia de tantos extraños hizo que se replegara en sí misma; y, además de la gravedad y formalidad del primer gran círculo, que los modales de sir Thomas y de lady Bertram no podían contribuir a rebajar, se veía obligada de vez en cuando a soportar algo peor. Su tío la presentaba aquí y allá, poniéndola en el caso de tener que hablar, y hacer cortesías, y hablar de nuevo. Era un pesado deber y nunca se sometía a él sin mirar a William, que se paseaba tranquilamente en último término, ansiando poder estar a su lado.

La entrada de los Grant y los Crawford fue una coyuntura favorable. Pronto cedió el envaramiento de la reunión ante su trato más democrático y sus mayores demostraciones de confianza. Formáronse pequeños grupos y todos se sintieron más a gusto. Fanny acusó la ventaja; y, al eludir las fatigas de la cortesía, hubiera sentido nuevamente la más completa dicha de haber podido evitar que sus ojos se posaran alternativamente, ya en Edmund, ya en Mary. Ésta estaba realmente encantadora... ¿y cuál no seria el resultado? Sus meditaciones quedaron interrumpidas al descubrir ante sí a Mr. Crawford, y sus pensamientos se encauzaron en otro sentido al pedirle éste, casi al instante, que

le reservara los dos primeros bailes. La felicidad que sintió en aquel momento fue muy humana y diversa. Tener asegurada la pareja para el principio era una ventaja de suma importancia, pues el momento de iniciarse el baile se avecinaba a pasos agigantados; y ella estaba tan lejos de reconocer sus propias prendas como para imaginarse que, de no haberla solicitado Henry, hubiese sido la última que habrían ido a buscar y sólo hubiera conseguido pareja a través de una serie de pesquisas, alborotos y meditaciones, lo cual hubiera sido terrible; pero, al mismo tiempo, en el modo de hacer Henry la petición había cierta agudeza que a ella no le gustó; y, además, notó que echaba una ojeada a su gargantilla... con una sonrisa (ella creyó ver una sonrisa) que la hizo enrojecer y sentirse desventurada. Y aunque no hubo una segunda ojeada que la inquietase, aunque la intención de Henry parecía entonces no ser otra que la de hacerse sencillamente agradable, ella no conseguía salir de su azoramiento, que aumentaba al pensar que él se daba cuenta, ni pudo sosegarse hasta que él se alejó para hablar con algún invitado. Entonces consiguió elevarse paulatinamente al grado de auténtica satisfacción que le producía el tener pareja, una pareja voluntaria, asegurada antes de que el baile diera comienzo.

Al pasar los reunidos al salón de baile, Fanny se encontró por primera vez junto a miss Crawford, cuyos *ojos* y sonrisas se dirigieron más inmediata e inequívocamente que los de su hermano a la gargantilla, y que empezaba a referirse al tema cuando Fanny, deseando abreviar, se apresuró a darle una explicación sobre la gargantilla número dos... la auténtica cadenilla. Miss Crawford escuchaba, y todos los cumplidos e insinuaciones que pensaba hacerle quedaron olvidados. Sólo una impresión la dominaba. Y demostrando que sus *ojos,* a pesar del brillo que tenían unos momentos antes, podían brillar aun con más fulgor, exclamó con vehemente satisfacción:

—¿Esto hizo... esto hizo Edmund? Esto refleja exactamente su carácter. A nadie se le hubiera ocurrido. ¡No encuentro palabras para alabarlo!

Y miró en derredor, como impaciente por decírselo a él. Pero no estaba cerca; en aquel momento acompañaba a unas señoras fuera del salón; y como llegara la señora Grant y las cogiese del brazo, llevando una a cada lado, siguieron al resto de la concurrencia.

Fanny tenía el corazón oprimido, pero no había ocasión para ocuparse largo rato.... ni siquiera de los sentimientos de miss Crawford. Se hallaban en el salón de baile, sonaban los violines y en su ánimo había una inquietud que le impedía concentrar sus pensamientos en cosas serias. Tenía que estar pendiente de los preparativos generales y fijarse en cómo había que hacer las cosas.

A los pocos minutos se le acercó sir Thomas y le preguntó si tenía el baile comprometido.

—Sí, tío, con Mr. Crawford —dijo Fanny.

Ésta era exactamente la contestación que él deseaba escuchar. Mr. Crawford no se hallaba lejos; sir Thomas lo condujo hasta ella, al tiempo que le decía algo que reveló a Fanny que era *ella* quien debía encabezar y abrir el baile... Una idea que jamás se le había ocurrido. Siempre, al pensar en las minucias del baile, había dado por descontado que Edmund lo abriria con miss Crawford; y su impresión fue tan fuerte, que a pesar de que su *tío* decía lo contrario, no pudo

evitar una exclamación de sorpresa, una insinuación sobre su incapacidad, hasta un ruego de que la relevasen del compromiso. Que llegara a argumentar en contra de la opinión de sir Thomas era prueba de lo extremo del caso; pero fue tal su horror, a la primera insinuación, que hasta pudo mirarle al rostro y expresarle su esperanza de que podría arreglarse de otro modo. En vano, no obstante. Sir Thomas sonrió, trató de animarla y luego dijo con suficiente decisión y poniéndose demasiado serio para que ella se atreviera a aventurar otra palabra:

—Tiene que ser así, querida.

Y al instante se vio conducida por Mr. Crawford al extremo del salón, donde aguardaron a que se le juntaran las demás parejas, una tras otra, a medida que se formasen.

Apenas podía creerlo. ¡Ella colocada a la cabeza de tantas damiselas elegantes! La distinción era excesiva. ¡La trataban como a sus primas! Y sus pensamientos volaron hacia aquellas primas ausentes con el más auténtico y tierno pesar porque no estaban en casa y no podían ocupar su puesto en el salón y participar de un placer que sería tan delicioso para ellas... ¡Tantas veces como las había oído suspirar por un baile en casa, como cifrando en él la mayor de las felicidades! ¡Y hallarse ausentes cuando el baile se daba! ¡Y tener que abrir *ella* el baile... y con Mr. Crawford, nada menos! Suponía que ellas no le envidiarían *ahora* tal distinción. Pero al recordar el estado de cosas en el pasado otoño, lo que cada cual había sido respecto de los otros cuando una vez se bailó en aquella casa, la presente combinación era algo que pasaba casi de lo que ella podía comprender.

El baile empezó. Constituyó más bien un honor que una dicha para Fanny, al principio cuando menos. Su pareja estaba de excelente humor e intentaba comunicárselo a ella; pero estaba demasiado asustada para disfrutar mientras no pudiese suponer que ya no la observaban. Joven, bonita e ingenua, no cometía sin embargo una torpeza que no resultara una gracia, y pocas eran las personas que no estuvieran dispuestas a elogiarla. Era atractiva, era modesta, era la sobrina de sir Thomas... y pronto corrió la voz de que era admirada por Mr. Crawford. Motivos suficientes para merecer el favor general. El propio sir Thomas observaba cómo se desenvolvía en la danza grandemente complacido; estaba orgulloso de su sobrina, y sin atribuir todo su encanto personal a su trasplante a Mansfield, como al parecer hacía tía Norris, estaba satisfecho de sí mismo por haberle proporcionado lo demás... la educación y los modales, que esto sí le debía.

Mientras sir Thomas permanecía así de pie contemplando a su sobrina, era a su vez observado por miss Crawford, que adivinaba buena parte de sus pensamientos; y como, a pesar de todo lo que él la perjudicase con sus conceptos, prevalecía en ella como un deseo general de acreditarse a sus ojos, aprovechó la oportunidad de pasar por su lado para decirle algo agradable sobre Fanny. El elogio fue caluroso, y él lo acogió como ella podía desear, suscribiéndolo con todo el entusiasmo que consentían la discreción, la cortesía y la mesurada lentitud de su lenguaje; y, por cierto, aventajando en mucho a su esposa, que se mostró menos expresiva sobre el particular cuando, unos

momentos después, al descubrirla Mary muy cerca, sentada en un sofá, dio ésta media vuelta antes de empezar un baile para hacerle un cumplido respecto de lo encantadora que estaba Fanny.

—Sí, es verdad que está muy encantadora —fue la plácida respuesta de lady Bertram—. Mi doncella Chapman la ayudó a vestirse. Yo se la mandé.

En realidad, no es que no le causara satisfacción el hecho de que admirasen a Fanny; pero mucho más la conmovía su propia bondad de enviarle a la señora Chapman, hasta el punto de que no podía quitárselo de la cabeza.

Miss Crawford conocía demasiado bien a la señora Norris para que se le ocurriera complacerla alabando a Fanny; para ella eligió una frase adecuada al caso:

—¡Ah, señora, cuánto echamos de menos a nuestra querida María Rushworth y a Julia esta noche!

Y tía Norris correspondió con todas las sonrisas y palabras corteses para las que pudo hallar tiempo en medio de tantas ocupaciones como se había buscado, tales como organizar mesas de juego, hacer insinuaciones a sir Thomas y procurar que todas las acompañantas se trasladasen a un extremo más conveniente del salón.

Miss Crawford erró por completo el tiro, en cambio, en sus intenciones de complacer a la misma Fanny. Pretendía infundir a su corazoncito un aleteo de emoción y llenarla de gratas sensaciones al hacerla consciente de su propia importancia; y dando una interpretación errónea al rubor de Fanny, persistió en la misma idea cuando se dirigió a ella al término de los dos primeros bailes y le dijo, con mirada significativa:

—¿Acaso usted podría decirme por qué mi hermano se marcha mañana a Londres? Dice que tiene allí asuntos que resolver, pero no me dice cuáles. ¡Es la primera vez que me niega su confianza! Pero esto es lo que nos ocurre a todas. A todas nos suplantan, tarde o temprano. Ahora, para informarme, tengo que acudir a usted. Por favor, ¿qué va a buscar Henry en Londres?

Fanny protestó, alegando su ignorancia, con toda la energía que le permitió su turbación.

—Pues bien, entonces —replicó Mary, riendo—, debo suponer que va por el placer de acompañar a su hermano y hablar de usted durante el camino.

Fanny quedó confusa, pero con la confusión del disgusto; mientras, Mary se asombró de que no sonriera y la consideró excesivamente inquieta y muy rara, o cualquier cosa antes que insensible a las atenciones de su hermano. Fanny gozó mucho en el transcurso de la velada; pero las atenciones de Henry tuvieron muy poco que ver. Mucho más hubiera preferido no verse solicitada de nuevo por él tan pronto, así como hubiera deseado no verse obligada a sospechar que las preguntas que él había formulado previamente a tía Norris, relativas a la hora de la cena, tenían como único objetivo el asegurarse un puesto a su lado en aquella parte de la velada. Pero no podía evitarlo. Forzosamente tenía que notar que él la hacía objeto de todas sus preferencias, aunque no podía decir que resultara enfadoso, que hubiera indelicadeza ni jactancia en sus maneras; y a veces, cuando hablaba de William, no era en realidad desagradable, y mostraba un entusiasmo que le honraba. Pero, a pesar de todo, no contribuyeron esas

atenciones de Henry a su satisfacción. Ella era feliz siempre que miraba a William y veía lo muy a gusto que se estaba divirtiendo, siempre que encontraba cinco minutos para dar con él una vuelta por el salón y podía escuchar lo que contaba de sus parejas; ella era feliz al saberse admirada; y ella era feliz al tener todavía por delante los dos bailes con Edmund durante casi toda la velada, pues su mano velase requerida con tanta asiduidad que su indefinido compromiso con él seguía en continua perspectiva. Y hasta fue feliz cuando los dos bailes tuvieron lugar; pero no porque de él se desprendiera alguna corriente de animación, ni debido a unas expresiones de tierna galantería como las que habían hecho su felicidad por la mañana. Edmund tenía el ánimo decaído, fatigado, y la felicidad de Fanny se fundaba ahora en el hecho de ser ella la persona amiga cerca de la cual pudiera hallar reposo.

—Estoy exhausto de cortesías —dijo él—. He estado hablando incesantemente toda la noche, sin tener nada que decir. Pero en ti, Fanny, he de hallar reposo. No necesitarás que te hable. Permitámosnos el lujo del silencio.

Fanny casi prefirió abstenerse incluso de expresar su conformidad. Una lasitud que provenía en gran parte, seguramente, de los mismos sentimientos que él había confesado aquella mañana, merecía especialmente ser respetada, y ambos se comportaron a lo largo de sus dos bailes con tan formal sobriedad como para convencer a cualquier observador de que sir Thomas no había criado una esposa para su hijo menor.

La velada había procurado a Edmund poca satisfacción. Mary Crawford se mostró muy alegre al bailar con él, pero no era aquella alegría lo que podía hacerle bien; antes abatió que levantó su ánimo. Y después (porque se sintió impelido a buscar de nuevo) llegó a afligirse por completo con su modo de hablar de la profesión que él estaba ahora a punto de abrazar. Habían hablado y habían permanecido callados; él razonaba, ella ridiculizaba; y se habían separado al fin mutuamente ofendidos. Fanny, incapaz de reprimir por completo su impulso de observarlos, había visto lo bastante para estar medianamente satisfecha. Era salvaje sentirse feliz cuando Edmund estaba sufriendo; aun así, cierta felicidad le producía, y tenía que producirle, la misma convicción de que él sufría.

Cuando hubieron terminado sus dos bailes con Edmund, sus deseos de seguir bailando y su resistencia habían tocado igualmente a su fin; y como sir Thomas la viera pasear, más que danzar, hacia el ocaso de sus fuerzas, sin aliento y con una mano en el costado, ordenó que se sentara definitivamente. A partir de aquel momento, Henry Crawford permaneció sentado también.

—¡Pobre Fanny! —exclamó William, llegándose a su lado para estar un momento con ella y manejando el abanico de su pareja como para resucitarla—. ¡Qué pronto se ha rendido! ¡Vamos, si el deporte empieza justamente ahora! Espero que aún podremos resistir un par de horitas. ¿Cómo has podido cansarte tan pronto?

—¡Tan pronto! Mi buen amigo —dijo sir Thomas, sacando el reloj con toda la prevención necesaria—, son las tres, y su hermana no está acostumbrada a esta clase de horario.

—Pues bien, entonces, Fanny, mañana no deberás levantarte antes de que yo

parta. Duerme cuanto puedas y no te preocupes por mí.

—¡Oh, William!

—¡Cómo! ¿Pensabas estar levantada para la hora de la despedida?

—¡Oh, sí, tío! —exclamó Fanny, abandonando el asiento con ansiedad para acercarse a sir Thomas—. Debo levantarme y desayunar con él. Será la última vez, ¿sabe usted?... la última mañana.

—Sería mejor que no lo hicieras. Tiene que haberse desayunado y estar a punto de marcha a las nueve y media. Mr. Crawford: creo que vendrá usted a buscarle a las nueve y media, ¿no es cierto?

Sin embargo, Fanny mostraba un deseo demasiado ferviente y había en sus ojos demasiadas lágrimas para negarle aquella satisfacción; y la cosa terminó con un benévolo «bueno, bueno», que era una autorización.

—Sí, a las nueve y media —dijo Crawford a William, al tiempo que éste se alejaba—; y seré puntual, porque allí no habrá hermana cariñosa que se levante por *mí* —y en tono más bajo, dirigiéndose a Fanny—: sólo habrá una casa desolada de donde huir. Su hermano encontrará mañana mi concepto del tiempo muy distinto del suyo.

Al cabo de una breve reflexión, sir Thomas rogó a Crawford que les acompañara en el desayuno por la mañana, en vez de tomarlo solo. También él, el propio sir Thomas, asistiría. Y la prontitud con que su invitación fue aceptada le convenció de que sus sospechas, nacidas en gran parte de aquel baile, tenía que confesárselo, eran fundadas. Mr. Crawford estaba enamorado de Fanny. Y él preveía con agrado lo que había de suceder. Su sobrina, entretanto, no pudo agradecerle lo que acababa de hacer. Había esperado tener a William dedicado exclusivamente a ella, la última mañana. Hubiera sido una complacencia inefable. Pero aunque sus deseos se vieran desbaratados, no había ánimo de queja en su interior. Por el contrario, estaba tan poco acostumbrada a que consultaran su gusto, o a que las cosas salieran a la medida de sus deseos, que se sintió más propensa a maravillarse y congratularse por haber conseguido tanto, que a lamentar la contrariedad posterior.

Poco después, sir Thomas volvió a entrometerse un poco en sus preferencias, al aconsejarle que fuera a acostarse inmediatamente. «Consejo» fue la palabra, pero era el consejo del poder absoluto, y ella no tuvo más remedio que levantarse y, con el adiós muy cordial de Henry, dirigirse mansamente a la puerta del salón, donde se detuvo, como «the Lady of Branxholm—Hall», *un momento nada más,* para contemplar el cuadro feliz y echar un último vistazo a las cinco o seis incansables parejas que seguían todavía entregadas de lleno al ejercicio; y después, empezó a subir lentamente por la escalera principal, perseguida por la incesante danza, campestre, agitada por esperanzas y temores, con un resabio entre dulce y amargo, fatigada y con los pies doloridos, desvelada e inquieta, pero sintiendo, a pesar de todo, que un baile era algo realmente delicioso.

Al mandarla así a la cama, puede que sir Thomas no pensara meramente en su salud. Acaso consideró que mister Crawford había permanecido ya bastante rato sentado junto a ella, o quizás tuviera la intención de recomendarla como esposa poniendo de manifiesto su docilidad.

CAPÍTULO XXIX

Había terminado el baile. Pronto terminó el desayuno también, sonó el último beso y William se fue. Mr. Crawford, conforme a su advertencia, había sido muy puntual y el refrigerio fue breve y agradable.

Después que hubo contemplado a William hasta el último instante, Fanny regresó a la salita donde habían desayunado con el corazón afligido, para dolerse del triste cambio; y su tío tuvo la amabilidad de dejarla allí llorar en paz, imaginando, acaso, que las sillas vacías de los dos muchachos fomentaban por igual su tierna expansión, y que los fríos restos de huesos de cerdo con mostaza en el plato de William se repartían los sentimientos de la niña con las cáscaras de huevo que quedaban en el de Henry Crawford. Ella lloraba por amor, como su tío suponía; pero el amor que suscitaba su llanto era fraternal, y no otro. William se había ido, y ahora le parecía a ella que había desperdiciado la mitad del tiempo que duró su visita entre inquietudes ociosas y preocupaciones egoístas en relación con él.

La índole de Fanny era tal, que no podía imaginar siquiera a tía Norris en la estrechez y tristeza de su casita sin reprocharse alguna falta de atención hacia ella la última vez que estuvieron juntas; mucho menos podía estar convencida de haber hecho, dicho y pensado acerca de William todo lo debido, durante una quincena completa.

Fue un día pesaroso, melancólico. Poco después del almuerzo, Edmund se despidió por una semana, montó en su caballo para Peterborough... y allí quedó ella, sin ninguno de sus más entrañables afectos. De la última noche no quedaban sino recuerdos, que con nadie podía compartir. Habló a tía Bertram... tenía que hablar del baile con alguien; pero su tía estaba tan poco enterada de lo que había pasado, y sentía tan poca curiosidad, que la cosa se convirtió en un trabajo pesado. Lady Bertram no estaba segura del vestido de nadie ni del lugar que nadie ocupó en la mesa, fuera del suyo propio. No podía recordar lo que le habían dicho acerca de una de las jóvenes Maddoxe, ni lo que lady Prescott había observado en Fanny; no podía asegurar si el coronel Harrison se refería a Mr. Crawford o a William cuando dijo que era el joven más apuesto del salón; alguien le había susurrado algo..., pero se había olvidado de preguntar a sir Thomas qué podía ser. Y estas fueron sus frases más largas y sus más claras informaciones. El resto no pasó de unos lánguidos «sí... sí... muy bien... ¿esto tú?... ¿él?... *esto* no lo vi... no sabría distinguir al uno del otro». Aquello era desastroso. Tan sólo podía considerarse mejor al lado de lo que hubieran sido las mordaces contestaciones de tía Norris; pero ésta se había ido a su casa, con todas las jaleas sobrantes para cuidar a una criada enferma, de modo que hubo paz y buen humor en el pequeño círculo familiar, aunque no pudiera haber

bullicio además.

La velada resultó tan enfadosa como el resto del día.

—No llego a comprender lo que me pasa —dijo lady Bertram—. Estoy de lo más torpe. Será debido a que ayer me acosté tan tarde. Fanny, tienes que hacer algo para que no me duerma. Trae la baraja. Siento una torpeza enorme. No puedo trabajar.

Fanny trajo los naipes *y* estuvo jugando al *cribbage* con su tía hasta la hora de acostarse; y como sir Thomas leyese para sí, pasaron dos horas sin que en la habitación se oyese más que los tanteos del juego.

—Y con esto suman treinta y uno... cuatro en mano y ocho en el montón. A usted le toca repartir, tía; ¿lo hago por usted?

Fanny pensaba y volvía a pensar en el cambio que veinticuatro horas habían imprimido a la habitación y a toda aquella parte de la casa. La noche anterior hubo esperanzas y sonrisas, movimiento y animación, ruido y esplendor, en el salón, fuera del salón y por todas partes. Ahora, todo era languidez y nada más que soledad.

Una noche de buen reposo mejoró sus ánimos. Al siguiente día pudo pensar en William con más alegría; y como la mañana le brindó la oportunidad de comentar la noche del jueves de un modo muy agradable con la señora Grant y miss Crawford, con todas las sublimaciones de la imaginación y todas las risas del divertimiento, tan esenciales en la evocación de un baile que ya pasó, pudo después, sin gran esfuerzo, reintegrar su mente a la cotidiana normalidad y conformarse fácilmente con la tranquilidad de una plácida semana.

En realidad, formaban ahora el grupo más reducido que Fanny había visto allí a lo largo de un día entero. Se había ausentado *aquel* de quien principalmente dependían el gozo y la satisfacción de todas las reuniones y comidas familiares. Pero esto, había que aprender a soportarlo. Pronto los dejaría, de todos modos; y Fanny agradecía el poder sentarse ahora con su tío en la misma habitación, escuchar su voz, sus preguntas, y hasta contestarlas sin verse atormentada por aquellos sentimientos que tan desgraciada la hicieron al principio.

—Echamos de menos a nuestros dos muchachos —fue el comentario que hizo sir Thomas, lo mismo el primer día que el segundo, al formarse el pequeño círculo después de la comida; y en consideración a los ojos anegados en lágrimas de Fanny, nada más se añadió el primer día, excepto un brindis a la salud de ambos; pero al día siguiente la cosa se llevó un poco más lejos. William estaba recomendado y había que esperar su ascenso. Y hay motivos para suponer —agregó sir Thomas—, que en adelante sus visitas serán bastante frecuentes. En cuanto a Edmund, debemos acostumbramos a prescindir de él. Éste será el último invierno que nos pertenezca como hasta ahora.

—Sí —dijo lady Bertram—, pero yo desearía que no se fuera. Pienso que todos se nos van. Preferiría que se quedaran en casa.

Este deseo se refería principalmente a Julia, que acababa de pedir permiso para trasladarse a Londres con María; y como sir Thomas consideró que sería mejor para sus dos hijas conceder el permiso, lady Bertram, aunque con su buen natural no lo hubiera impedido, se lamentaba del cambio que ello introducía en el previsto regreso de Julia, que de otro modo se hubiera efectuado por

entonces. A esto siguió una buena cantidad de argumentos llenos de sentido por parte de sir Thomas, tendentes a reconciliar a su esposa con lo acordado. Todo lo que unos padres considerados *debieran* sentir quedó expuesto para que ella se lo aplicara; y cuanto una madre amorosa tiene que sentir al aumentar el goce de sus hijos fue atribuido a su natural. Lady Bertram mostróse de acuerdo con todo ello con un plácido «sí»; y al cabo de un cuarto de hora de muda reflexión, observó espontáneamente:

—Thomas, estuve pensando; y me alegro mucho de haber acogido a Fanny, como hicimos, pues ahora que los otros se ausentaron tocamos las ventajas.

Sir Thomas mejoró en seguida esta «lisonja», añadiendo:

—Muy cierto. Damos a Fanny una prueba de lo buena chica que la consideramos alabándola en su presencia. Ahora es muy valiosa su compañía. Si nosotros pudimos favorecerla a ella, ahora es ella indispensable para nosotros.

—Sí —dijo entonces lady Beitiam—, y es un consuelo pensar que *ella* no nos dejará nunca.

Sir Thomas hizo una pausa, sonrió a medias, miró a su sobrina, y después replicó gravemente:

—Espero que no nos dejará nunca... hasta verse solicitada en otra casa que pueda brindarle, razonablemente, una felicidad mayor que la hallada aquí.

—Y esto no es muy probable, Thomas. ¿Quién podría invitarla? A María le gustará mucho, sin duda, tenerla de vez en cuando en Sotherton, pero no se le ocurrirá pedirle que viva allí; y estoy segura de que aquí está mejor... y, además, yo no puedo prescindir de ella.

La semana que transcurría tan reposada y apaciblemente en la gran mansión de Mansfield, tuvo en la rectoría un signo muy distinto. A las dos jóvenes de las respectivas familias, cuando menos, les procuró unas sensaciones muy opuestas. Lo que para Fanny era tranquilidad y consuelo, era tedio y enojo para Mary. Ello era debido en parte a la diferencia de carácter y hábitos: una, tan fácil de contentar, la otra, tan poco acostumbrada a sufrir; pero aún más podía atribuirse a la diferencia de circunstancias. En algunos puntos de interés, las respectivas posiciones eran completamente opuestas. Para el espíritu de Fanny, la ausencia de Edmund era en realidad, teniendo en cuenta motivo y tendencia, un alivio. Para Mary era dolorosa por muchos conceptos. Acusaba la falta de su compañía cada día y casi a todas horas, y la necesitaba demasiado para sentir otra cosa que no fuese irritación al considerar el objeto de su viaje. No hubiese podido Edmund planear nada más a propósito que aquella semana de ausencia para encarecer su importancia, al marcharse exactamente al mismo tiempo que su hermano, y que William Price, completando así aquella especie de deserción general de un círculo que estuvo antes tan animado. Ella lo acusaba agudamente. Ahora no eran más que un miserable trío, confinado en casa por una racha de lluvias y nevadas, sin nada que hacer y sin novedades que esperar. Indignada como estaba con Edmund por lo aferrado a sus ideas y porque procedía, dentro de las mismas, desafiándola a ella (y tal había sido su indignación que, al separarse en el baile, apenas quedaron amigos), durante su ausencia pensaba continuamente en él, sin poderlo evitar, deteniéndose en

considerar su valía y afecto y suspirando otra vez por los encuentros casi diarios de los últimos tiempos. Su ausencia era innecesariamente larga. Él no debió planear aquel viaje; no debió ausentarse del hogar por una semana, cuando su separación de Mansfield estaba tan próxima. Después empezó a reprocharse las propias faltas. Lamentaba haber hablado tan acaloradamente en su última conversación con él. Temía haber usado algunas expresiones duras, desdeñosas, al hablar del clero, *y aquello* no hubiera debido ocurrir; era de mala educación; no estaba bien. Deseaba de todo corazón no haber dicho tales palabras.

Su desazón no terminó con la semana. Aquellos días fueron malos, pero más tuvo que soportar aun cuando el calendario volvió el viernes sin que Edmund volviera; cuando el sábado llegó sin que Edmund llegara tampoco; y cuando, con motivo del breve contacto que el domingo pudo establecer con la otra familia, se enteró de que Edmund había precisamente escrito a los suyos aplazando el regreso, por haber prometido prolongar unos días la estancia en casa de su amigo.

Si ella había sentido hasta entonces impaciencia y pesar, si deploró haber dicho ciertas cosas, temiendo que produjeran en él un efecto demasiado fuerte, ahora lo sentía y lo temía diez veces más. Además, tenía ahora que luchar con otro sentimiento totalmente nuevo para ella: los celos. Mr. Owen, el amigo de Edmund, tenía hermanas; podía ser que él las encontrara atractivas. Pero, en cualquier caso, la prolongación de su ausencia en el momento en que, de acuerdo con los planes previstos, ella debía trasladarse a Londres, significaba algo que se le hacía insoportable. De haber vuelto Henry, como había insinuado, al cabo de tres o cuatro días, ella habría ya abandonado Mansfield. Se le hizo absolutamente necesario comunicarse con Fanny y procurar saber algo más. No podía seguir viviendo en aquel aislamiento desventurado; y emprendió el camino del Parque, arrostrando las dificultades del sendero que una semana antes hubiera considerado impracticable, por si acaso podía obtener alguna noticia ampliatoria, para oír, cuando menos, su nombre.

La primera media hora transcurrió inútilmente, porque Fanny y lady Bertram estaban juntas y en tanto no pudiera disponer de Fanny para sí nada había que esperar. Pero, al fin, lady Bertram salió de la habitación, y entonces, casi inmediatamente, miss Crawford empezó así, regulando su voz lo mejor que pudo:

—¿Y qué efecto le produce a *usted* la prolongada ausencia de su primo Edmund? Siendo la única persona joven de la casa, considero que es *usted* la más perjudicada. Tiene que echarle de menos. ¿Le sorprende que demore su regreso?

—No sé —dijo Fanny con indecisión—. Sí, no es que lo esperase, precisamente.

—Acaso siempre tarde en volver más de lo que dice. Es lo que suelen hacer todos los jóvenes.

—Él no lo hizo la otra vez que fue a visitar a Mr. Owen.

—La casa le habrá parecido más agradable, *ahora.* Él es un muchacho muy... muy simpático, y no puedo evitar cierta tristeza por no verle antes de marcharme

a Londres, como sin duda ocurrirá. Estoy esperando que Henry llegue de un momento a otro, y en cuanto se presente ya nada podrá detenerme en Mansfield. Me hubiera gustado verle otra vez, lo confieso. Pero tendrá usted que transmitirle mis recuerdos. Sí, creo que han de ser recuerdos. ¿No falta algo, miss Price, en nuestro idioma... algo entre recuerdos y... y cariño..., que se adapte a la especie de relación amistosa que hemos mantenido? ¡Son tantos meses de trato! Pero los recuerdos son suficientes para el caso. ¿Era larga su carta? ¿Cuenta mucho de lo que hace? ¿Son las diversiones de las próximas Navidades lo que le retiene allí?

—Yo sólo conozco parte de la carta. Era para mi tío. Pero creo que era muy corta; en realidad, estoy segura de que sólo contenía unas líneas. Lo único que sé es que su amigo le pidió con gran insistencia que se quedara unos días más, y que él accedió. *Pocos* días más, o *unos* días más...; no lo recuerdo exactamente.

—¡Ah! Sí escribió a su padre...; pero yo pensé que podía haberse dirigido a lady Bertram, o a usted. Ahora bien, si escribió a su padre no es de extrañar la concisión. ¿Quién le escribiría una plática a sir Thomas? Si le hubiese escrito a usted habría más detalles. Le hubiera referido bailes y reuniones. Le hubiera enviado una descripción de todo y de todos. ¿Cuántas son las hermanas Owen?

—Tres, mayores.

—¿Les gusta la música?

—No lo sé en absoluto. Nunca me lo contaron.

—Ésta es la primera pregunta, ¿sabe usted? —dijo Mary, tratando de mostrarse alegre y despreocupada—, que hacen indefectiblemente todas las mujeres que tocan, al referirse a otra. Pero es una gran bobada hacer preguntas acerca de jovencitas..., acerca de tres hermanas que acaban de convertirse en mujeres; pues una sabe exactamente cómo son, sin que se lo digan: todas muy modosas y agradables, y *una* muy bonita. En cada familia hay una beldad; es algo que no falla. Dos tocan el piano y una el arpa; y todas cantan, o cantarían si hubieran aprendido, o cantan lo mejor que pueden por no haber aprendido; o algo por el estilo.

—Yo no sé nada de las hermanas Owen —dijo Fanny quedamente.

—Nada sabe y menos le importa, como se dice vulgarmente. Jamás habló nadie en un tono que expresara más claramente la indiferencia. En realidad, ¿qué pueden importarle a una aquellas personas a las que ni siquiera ha visto nunca? En fin, cuando su primo regrese encontrará un Mansfield muy tranquilo..., los más bulliciosos se habrán ido: su hermano, el mío y yo misma. No me gusta la idea de dejar a mi hermana, ahora que la fecha se aproxima. Sentirá que me vaya.

Fanny se vio obligada a decir algo.

—No puede usted dudar que muchos la echarán de menos —manifestó—. Muchos, la echarán a usted de menos.

Miss Crawford volvió hacia ella la mirada, como necesitando oír o ver algo más, y luego dijo, riéndose:

—¡Oh, sí! Lo mismo que se echa de menos un ruido desagradable cuando cesa..., esto es, se nota una gran diferencia. Pero no estoy pescando; quiero

decir, que no es necesario que me halague. Si, en realidad me echan de menos, bien se verá. Fácilmente podrán encontrarme los que necesiten verme. No habrá que buscarme en ningún paraje incierto, o lejano, o inaccesible.

Fanny, después de esto, no consiguió hablar, y miss Crawford se sintió defraudada; pues esperaba escuchar algo agradable, una seguridad acerca de su influjo, de labios de una persona que, según ella creía, debía conocerlo; y volvió a nublarse su humor.

—Volviendo a las hermanas Owen —dijo poco después—..., suponga que ve a una de ellas instalada en Thornton Lacey; ¿le gustaria? Cosas más extrañas se han visto. Yo diría que ellas lo intentan. Y hacen muy bien, pues para ellas seria una bonita colocación. No me asombro ni las censuro en absoluto. Es el deber de cada cual, hacer cuanto se pueda en pro de uno mismo. Un hijo de sir Thomas Bertram es alguien; además, ahora se encontrará en su ambiente, entre los Owen. El padre de las muchachas es clérigo, el hermano es clérigo..., en suma, todos son clérigos. O sea, que pueden considerar a Edmund como cosa propia... Les pertenece, sin ningún género de dudas. No habla usted, Fanny... miss Price, no dice usted nada. Pero, vamos a ver, honradamente, ¿no cree que hay que esperar esto más que otra cosa?

—No —dijo Fanny, resueltamente—. No lo espero, en absoluto.

—¡En absoluto! —exclamó Mary con presteza—. Esto me sorprende. Pero, yo diría que usted sabe de cierto... siempre he creído que está usted... acaso no considera usted probable que se case siquiera... al menos por ahora.

—No, no lo considero probable —dijo Fanny en voz baja, con la esperanza de no equivocarse en tal suposición ni en el conocimiento de causa.

Su compañera le dirigió una aguda mirada; y cobrando nuevos ánimos por el rubor que tal mirada provocó, acto seguido, dijo tan sólo:

—Es mejor para él.

Y cambió de tema.

CAPÍTULO XXX

Miss Crawford se sintió muy aliviada con esta conversación, y regresó a la rectoría con el ánimo de resistir casi otra semana en círculo tan reducido y con el mismo mal tiempo, de haberse tenido que someter a esta prueba; pero como aquella misma tarde volvió de Londres su hermano con su completa, o más que completa, jovialidad habitual, no tuvo ella necesidad de medir su resistencia. El hecho de que él siguiera negándose a contarle por qué había ido a Londres fue tan sólo motivo de diversión. Un día antes, pudiera haberla irritado tal actitud, pero ahora resultaba una broma muy chocante, que sólo daba lugar a la sospecha de que ocultaba algo planeado como una grata sorpresa para ella. Y la sorpresa la tuvo el día siguiente. Henry había dicho que se llegaría tan sólo a

saludar a los Bertram y que estaría de vuelta a los diez minutos; pero llevaba ya más de una hora fuera; y cuando su hermana, que había estado esperándole para pasear juntos por el jardín, le encontró al fin a la vuelta del camino, le gritó, llena de impaciencia:

—¡Mi querido Henry! ¿Dónde pudiste estar metido todo este tiempo?

Él sólo pudo contestar que había estado departiendo con lady Betttam y con Fanny.

—¡Charlando con ellas una hora y media! —exclamó Mary.

Pero esto no era más que el comienzo de la sorpresa.

—Sí, Mary —dijo él cogiéndola del brazo; y se puso a pasear como sin saber dónde se hallaba—. No pude marcharme antes... ¡Fanny estaba tan deliciosa! Estoy completamente resuelto, Mary; mi decisión está tomada. ¿Te sorprenderá? No; tienes que haberte dado cuenta de que estoy decidido a casarme con Fanny Price.

La sorpresa fue entonces completa; porque, a despecho de cuanto pudiera esperarse de él, nunca se había infiltrado en la imaginación de su hermana la sospecha de que abrigara tales propósitos, y su semblante reflejó con tanta fidelidad el asombro que la invadía, que él se vio obligado a repetir lo dicho con más vehemencia y mayor formalidad. Su determinación, una vez admitida, no fue mal acogida. En la sorpresa había incluso satisfacción. El actual estado de ánimo de Mary, la llevaba a alegrarse de emparentar con la familia Bertram y a no ver con desagrado que su hermano se casara un poco por debajo de sus posibilidades.

—Sí, Mary —fue la concluyente afirmación de Henry—, he picado con todas las de la ley. Tú sabes con qué frívolas intenciones comencé; pero aquí acabaron. No son pocos, y de ello me envanezco, los progresos que he hecho en su corazón; pero el mío está completamente determinado.

—¡Feliz, feliz muchacha! —exclamó Mary, en cuanto pudo hablar—. ¡Qué partido para ella! Queridísimo Henry, éste tenía que ser mi primer sentimiento; pero el segundo, que he de expresarte con la misma sinceridad, es que apruebo tu elección con toda mi alma y que preveo tu felicidad tan cordialmente como la quiero y deseo. Tendrás una deliciosa mujercita, toda gratitud y devoción. Exactamente lo que tú mereces. ¡Qué asombroso casamiento para ella! La señora Norris habla con frecuencia de su buena suerte; ¿qué va a decir, ahora? ¡Será la delicia de toda la familia! Y entre sus miembros cuenta ella con algunos verdaderos amigos. ¡Cuánto se alegrarán! Pero cuéntamelo todo. Cuenta, y no acabes. ¿Cuándo empezaste a pensar seriamente en ella?

Nada podía haber más imposible que contestar semejante pregunta, aunque nada pudiera ser más agradable que escucharla. «Cómo se había apoderado de él la dulce plaga», no podía decirlo; y sin dejar que acabara de expresar por tercera vez, con ligera variación de palabras, la misma convicción de su ignorancia, su hermana le interrumpió exclamando, con ánimo de averiguar:

—¡Ah, querido Henry, y esto es lo que te llevó a Londres! ¡Era éste el asunto a resolver! Preferías consultar con el almirante antes de decidirte.

Pero esto lo negó él rotundamente. Conocía demasiado bien a su tío para consultarle sobre un proyecto matrimonial. El almirante odiaba el matrimonio y lo

consideraba imperdonable en un joven acaudalado e independiente.

—Cuando conozca a Fanny —prosiguió Henry—, la querrá hasta la chochez. Es exactamente la mujer que puede disipar los prejuicios de un hombre como el almirante, porque es exactamente la mujer que él se figura que no existe en el mundo. Es la misma imposibilidad personificada, que él describiría... si tuviera, desde luego, suficiente delicadeza de lenguaje para dar cuerpo a sus ideas; pero hasta que la cosa no esté completamente decidida... decidida de modo que no pueda dar lugar a ninguna ingerencia, no habrá de saber nada del asunto. No, Mary; estás completamente equivocada. No has descubierto todavía el motivo de mi viaje a Londres.

—Bueno, bueno, ya estoy satisfecha. Ahora ya sé con quién está relacionado y no tengo la menor prisa por conocer lo demás. Fanny Price... ¡Maravilloso! ¡Realmente maravilloso! ¡Que Mansfield hubiera de influir tanto en..., que *tú* hubieras de hallar tu destino en Mansfield! Pero tienes mucha razón; no pudiste elegir mejor. Una muchacha mejor no existe en el mundo, y a ti no te hace falta dinero; y en cuanto al parentesco, es más que bueno. Los Bertram son, sin duda alguna, una de las familias principales de esta región. Ella es sobrina de sir Thomas Bertram; cara al mundo, esto sería suficiente. Pero sigue, sigue. Cuéntame más. ¿Cuáles son tus planes? ¿Está ella enterada de su suerte?

—No.

—¿A qué esperas?

—A que... a que se presente muy poco más que una ocasión. Mary, ella no es como sus primas; pero creo que no la requeriré en vano.

—¡Oh, no! Esto es imposible. Aunque fueras menos agradable... y suponiendo que ella no te quiera ya (y acerca de esto, por otro lado, pocas dudas me caben), podrías estar seguro. La mansedumbre y gratitud naturales en ella la asegurarían como tuya en el acto. Estoy profundamente convencida de que ella no se casaría contigo sin amor: esto es, si en el mundo existe una muchacha capaz de no dejarse llevar por la ambición, he de suponer que es ella; pero pídele que te quiera y jamás tendrá valor para negarse.

Tan pronto como la vehemencia de Mary pudo reposar en silencio, fue Henry tan feliz contándole detalles como ella escuchándolos; y siguió una conversación casi tan profundamente interesante para ella como para él mismo, aunque, en realidad, él no tenía nada que contarle fuera de sus propias sensaciones, ni nada que detallarle excepto los encantos de Fanny. La hermosura del rostro y la figura de Fanny, las graciosas actitudes y el buen corazón y ternura de su carácter fueron apasionadamente amplificadas; esa ternura que constituye una parte tan esencial del valor de toda mujer, a juicio del hombre, que aunque a veces ama a quien no la posee, nunca puede creer que carezca de ella. En cuanto a Fanny, con razón podía él confiar en su carácter y alabarlo. Con frecuencia lo había visto sometido a prueba. ¿Es que existía alguien en la familia, exceptuando a Edmund, que de una u otra forma no la hubiera obligado de continuo a extremar su paciencia y su tolerancia? La intensidad de su corazón igualaba a su ternura? ¿Podía haber algo más alentador para un hombre que aspiraba a su amor? Después, su inteligencia era, sin lugar a dudas, clara y pronta; y sus maneras eran el espejo de su propio espíritu,

modesto y elegante. Pero esto no lo era aún todo. Henry Crawford poseía una dosis excesiva de buen sentido para no apreciar el valor de los buenos principios en una esposa, aunque era demasiado poco dado a la seria reflexión para conocerlos por sus propios nombres. Pero cuando afirmaba que en Fanny había aquella firmeza y regularidad de conducta, aquel alto concepto del honor, aquella observancia del decoro que podía garantizar a cualquier hombre una seguridad plena en su rectitud e integridad, no hacía más que expresar lo que le inspiraba el conocimiento de que ella era persona devota y de arraigados principios.

—Podría confiar en ella total y absolutamente —dijo Henry—, y esto es lo que yo necesito.

Bien podía Mary congratularse de los proyectos de su hermano, creyendo, como creía, que semejante opinión sobre Fanny Price apenas excedía la realidad de sus merecimientos.

—Cuanto más pienso en ello —decía Mary—, más convencida quedo de tu cabal acierto; y aunque nunca hubiera señalado a Fanny como la muchacha con mayores probabilidades de atraparte, ahora estoy persuadida de que es ella la indicada para hacerte feliz. Tu perversa intención de atentar contra su tranquilidad ha dado lugar a un noble sentimiento. En él hallaréis ambos el consiguiente bien.

—Estuve mal, muy mal, en mi intento de perjudicar a semejante criatura; pero entonces no la conocía. Y ella no tendrá motivos para lamentarse de la hora en que se me ocurrió la idea. Voy a hacerla muy feliz, Mary..., más feliz de lo que ella haya sido nunca, y hasta de lo que haya visto que lo era cualquiera. No me la llevaré de Northamptonshire. Dejaré Everingham y alquilaré una mansión por estos alrededores; tal vez en Stanwix Lorge. Daré Everingham en arriendo por siete años. Estoy seguro de encontrar un inquilino excelente, sólo con abrir la boca. Ahora mismo podría nombrar a tres personas que darían lo que les pidiera y quedarían agradecidas.

—¡Ah! —exclamó Mary—. ¡Establecidos en Northamptonshire! ¡Esto es delicioso! Así estaríamos todos reunidos.

Cuando lo hubo dicho se dio cuenta, y lamentó que se le hubiera escapado; pero no había porqué azorarse, pues su hermano sólo veía en ella al supuesto huésped de la rectoría de Mansfield, y replicó nada más que para invitarla a su propia casa futura del modo más cariñoso y para reclamar su derecho preferente sobre ella.

—Tendrás que dedicarnos más de la mitad de tu tiempo —dijo él—. No puedo admitir que los Grant tengan las mismas pretensiones sobre ti que Fanny y que yo; porque los dos tendremos derechos sobre ti. ¡Fanny será para ti una hermana tan verdadera!

Mary tuvo que mostrarse agradecida y asegurar que le complacería, en general; pero ahora estaba completamente decidida a no ser huésped del hermano ni de la hermana por un número de meses mucho mayor.

—¿Repartiréis el año entre Londres y Northamptonshire?

—Sí.

—Esto está bien; y en Londres, naturalmente a base de casa propia y nada de

seguir con el almirante. Queridísimo Henry, será una ventaja librarte del almirante antes de que tus modales se estropeen por el contagio de los suyos, antes de que contraigas alguna de sus disparatadas ideas o aprendas a prolongar las sobremesas, como si en ello estuviera la mayor felicidad de la vida. Tú no te das cuenta de lo que vas a ganar, porque tu veneración por él te ha cegado; pero, en mi apreciación, el casarte pronto puede ser tu salvación. Si viera que te ibas pareciendo al almirante en palabras o hechos, gesto o figura, me afligiría muchísimo.

—Bueno, bueno, en esto no estamos totalmente de acuerdo. El almirante tendrá sus defectos, pero es muy buena persona y para mí ha sido más que un padre. Pocos padres me hubieran dejado hacer mi voluntad ni la mitad de lo que él me lo ha permitido. No debes predisponer a Fanny contra él. Deseo que los dos se quieran mutuamente.

Mary se abstuvo de decir lo que sentía: que no podían existir dos personas cuyos caracteres y modales estuviesen más en desacuerdo. El tiempo se encargaría de demostrárselo; pero no pudo evitar *esta* reflexión acerca del almirante:

—Henry, tengo en tan alto concepto a Fanny Price, que si pudiera suponer que la futura señora Crawford iba a contar con la mitad de los motivos que tuvo mi pobre y desventurada tía para aborrecer al mismo nombre, yo impediría la boda, si pudiera. Pero te conozco: sé que la mujer que tú *ames* será la más feliz de las esposas, y que aun cuando cesaras de amarla, ella seguiría encontrando en ti la liberalidad y la buena educación de un caballero.

La imposibilidad de no hacer él cualquier cosa para asegurar la felicidad de Fanny Price, o de cesar de amar a Fanny Price, fue naturalmente, el argumento de su elocuente réplica.

—Si la hubieras visto esta mañana, Mary —prosiguió él—, atendiendo con aquella paciencia y aquella delicadeza inefables todas las exigencias de la estupidez de su tía, trabajando con ella y para ella, bellamente coloreadas sus mejillas al inclinarse sobre la labor; volviendo después a su asiento para terminar una nota que previamente se había comprometido a escribir por cuenta de esa estúpida mujer; y todo eso con una gentileza tan espontánea... tanto, como si fuera la cosa más lógica y natural que ella no pudiera disponer de un momento para sí; peinada pulcramente, como siempre, con un pequeño rizo cayéndole hacia delante mientras escribía, y que sacudía de vez en cuando para atrás; y en medio de todo esto aún me hablaba a intervalos, o me escuchaba, como si le fuera grato prestar atención a lo que yo decía. Si la hubieras visto así, Mary, no hubieras supuesto la posibilidad de que algún día llegue a cesar su poder sobre mi corazón.

—¡Queridísimo Henry! —exclamó Mary y añadió, después de una breve interrupción y sonriéndole—: ¡Cuánto me alegro de verte tan enamorado! Es algo que me encanta. Pero, ¿qué dirán Julia y la joven señora Rushworth?

—No me importa lo que digan ni lo que sientan. Ahora verán qué clase de mujer es la que puede cautivarme, la que puede cautiva a un hombre de buen sentido. Deseo que el descubrimiento pueda hacerles algún bien. Y ahora verán a su prima tratada como hubiera debido serlo; y deseo que se

avergüencen sinceramente de lo abominable de su actitud desatenta y desdeñosa. Se pondrán furiosas —añadió, después de una breve pausa y en tono más frío—; María, la joven señora Rushworth, se pondrá muy furiosa. Será una amarga píldora para ella... es decir, como otras píldoras amargas: un momento de mal sabor; después se traga y se olvida; pues no soy tan vanidoso como para imaginar que sus sentimientos han de ser más perdurables que los de otras mujeres, aunque fuera yo el causante de los mismos. Sí, Mary, mi Fanny habrá de notar una diferencia, vaya que Sí... cada día, cada hora que pase, notará una diferencia en el comportamiento de cuantos se le aproximen; y será la consumación de mi felicidad el saber que ello se debe a mí, que soy yo quien reivindico para ella la importancia que tan justamente le corresponde. Ahora está subordinada, desamparada., sin amigos, desdeñada, olvidada.

—Eso no, Henry; no de todos. No todos la tienen olvidada. Su primo Edmund nunca la olvida.

—¡Edmund! Es verdad, creo que (hablando en términos generales) es cariñoso con ella; y también sir Thomas, a su modo... pero es al modo de un tío rico, superior, conceptuoso, arbitrario. ¿Qué pueden hacer sir Thomas y Edmund juntos... qué hacen por la felicidad, el bienestar, la dignidad y el prestigio social de Fanny, comparado con lo que yo haré?

CAPÍTULO XXXI

Henry Crawford estaba de nuevo en Mansfield a la mañana siguiente y a una hora más temprana de lo que es propio en las visitas normales. Las damas de la casa se hallaban ambas en el comedor de los desayunos y, afortunadamente para él, lady Bertram estaba a punto de salir. La encontró casi en la puerta, y como ella no estuviera en modo alguno dispuesta a molestarse en vano, acabó de salir después de recibirle cortésmente, pronunciar una breve frase relativa a que la esperaban y ordenar un «pasen aviso a sir Thomas», a un sirviente.

Henry se alegró muchísimo de que se fuera, se inclinó y esperó a que hubiera desaparecido; a continuación, sin perder un momento, se volvió hacia Fanny y, sacando unas cartas, dijo con alegre expresión:

—No tengo más remedio que quedarle eternamente agradecido a quien sea que me brinde tal oportunidad de verla a usted a solas. Lo deseaba más de lo que puede usted llegar a imaginar. Sabiendo, como yo sé, cuáles son sus sentimientos de hermana, apenas hubiese podido tolerar que nadie más en la casa compartiese con usted el primer conocimiento de las noticias que le traigo. Es un hecho. Su hermano es ya teniente. Me cabe la inmensa satisfacción de felicitarla por el ascenso de su hermano. Aquí están las cartas que lo anuncian, llegadas hace un momento. Acaso le guste a usted leerlas.

Fanny quedó sin habla, pero a él no le hacía falta que hablase. Ver la

expresión de sus ojos, la trasmutación de su semblante, su creciente emoción, su mezcla de perplejidad, confusión y dicha, era suficiente. Ella tomó las cartas que él le ofrecía. La primera era del almirante, informando en pocas palabras a su sobrino de que había logrado su objetivo: el ascenso del joven Price; e incluyendo otras dos cartas, una del secretario del Primer Lord a un amigo, a quien el almirante había encargado la gestión del asunto, y la otra, de dicho amigo para él, donde quedaba de manifiesto que el Primer Lord había tenido nada menos que un gran placer en atender la recomendación de sir Charles; que sir Charles estaba muy encantado de haber tenido ocasión de demostrar al almirante Crawford la gran consideración en que le tenía, y que el cometido desempeñado por Mr. William Price como segundo teniente en la corbeta de Su Majestad «Thrush» había llenado de satisfacción a un extenso círculo de gente importante.

Mientras sus manos temblaban al sostener estas cartas, corrían sus ojos de una a la otra y se henchía su alma de emoción, Crawford prosiguió así, para expresar su interés por el acontecimiento con sincero entusiasmo:

—No voy a hablarle de mi propia dicha, aun siendo tan grande, porque sólo pienso en la que usted debe sentir. En comparación con usted, ¿quién tiene derecho a sentirse feliz? Casi he llegado a reprocharme la prioridad en conocer lo que hubiera debido saber usted antes que nadie. Sin embargo, no he perdido un momento. Esta mañana llegó tarde el correo; pero después no ha existido otro momento de retraso. No intentaré describirle lo impaciente, lo ansioso, lo frenético que me tuvo este asunto... ¡la tremenda mortificación, el cruel desencanto que sufrí al no poder dejarlo resuelto durante mi estancia en Londres! Allí aguardé día tras día con la esperanza de conseguirlo, pues nada más querido que lograr este objetivo podía retenerme en la capital. Pero, aunque mi tío compartió mi anhelo con todo el afecto e interés que yo hubiera deseado, y se aprestó a ayudarme inmediatamente, surgieron dificultades motivadas por la ausencia de un amigo y los compromisos de otro, y al fin me sentí incapaz de seguir aguardando hasta que se resolvieran; y sabiendo que dejaba el asunto en tan buenas manos, el lunes partí, confiando que no pasarían muchos correos sin que me siguieran unas cartas como éstas. Mi tío, que es la mejor persona del mundo, se ha preocupado, como yo sabía que no podía dejar de hacerlo habiendo conocido a su hermano. Estaba encantado con él. Ayer no me hubiera permitido decirle lo encantado que quedó el almirante, ni repetirle la mitad siquiera de lo que dijo en su alabanza. Preferí aplazarlo hasta que se demostrara que sus elogios eran los de un amigo, como ahora queda demostrado. Ahora puedo decir que ni siquiera yo podía aspirar a que William Price despertara un mayor interés, o que se viera acompañado de mejores deseos ni altas recomendaciones que las que le ha otorgado mi tío con toda espontaneidad, después de la tarde que pasaron juntos.

—Entonces... ¿todo esto ha sido obra de usted? —exclamó Fanny—. ¡Dios mío! ¡Qué amable, qué amabilísimo! En realidad usted... ¿fue porque usted lo deseó? Ruego que me perdone, pero estoy aturdida. ¿De modo que el almirante Crawford lo solicitó? ¿Cómo pudo ser...? Estoy perpleja.

Henry tuvo la gran satisfacción de hacérselo más inteligible, partiendo de un

punto anterior y deteniéndose muy especialmente en lo que él había hecho. Su último viaje a Londres lo había efectuado con el solo objeto de presentar a su hermano en Hill Street, y convencer a su tío para que se valiera de toda la influencia que pudiera tener para conseguir el ascenso. Este había sido su negocio. No lo había comunicado a nadie; no había susurrado a nadie una sílaba sobre el particular, ni siquiera a Mary; mientras no tuvo el éxito asegurado, no quiso que nadie compartiera sus sentimientos. Pero éste había sido su negocio. Y hablaba con tal vehemencia de lo intenso que había sido su afán, y empleaba unas expresiones tan arrebatadas, abundando tanto en el más profundo interés, en el doble motivo, en los propósitos y anhelos que no cabía expresar, que Fanny no hubiese podido mostrarse insensible ante aquella riada, de haberse hallado en condiciones de prestar atención; pero su corazón estaba tan colmado y sus sentidos tan pasmados aún, que no llegaba a enterarse más que de un modo imperfecto de cuanto le decía, incluso cuando se refería a William, y decía tan sólo, cuando Henry hacía una pausa:

—¡Qué amable, qué amabilísimo! ¡Oh, Mr. Crawford, le quedamos eternamente agradecidos! ¡Mi William, mi queridísimo William!

De pronto, se puso en pie de un salto y corrió hacia la puerta, exclamando:

—Voy al encuentro de mi tío. Mi tío debe saberlo cuanto antes.

Pero esto Henry no pudo permitirlo. La ocasión era demasiado propicia, y sus ansias demasiado impacientes. Fue tras ella inmediatamente. «No debía irse, tenía que concederle cinco minutos más.» Y la tomó de la mano, y la condujo de nuevo a su asiento, y ya estaba a la mitad de la subsiguiente explicación cuando ella se dio cuenta de por qué la había retenido, sin que hasta aquel momento lo hubieraa sospechado siquiera. No obstante, al comprenderlo y ver que Henry pretendía hacerle creer que ella había despertado en su corazón unas sensaciones que hasta entonces no había conocido, y que cuanto había hecho por William había que relacionarlo con su enorme e incomparable devoción por ella, se sintió en extremo disgustada y, por unos instantes, incapaz de hablar. Lo consideró todo como tontería, como simple frivolidad y galanteo, con el único propósito de hallar un pasatiempo temporal; no pudo menos de sentirse incorrecta e indignamente tratada, de un modo que no merecía; pero él y esta forma de proceder venían a ser una misma cosa, formando una sola pieza con lo que antes había tenido ella ocasión de ver; y ahora se abstendría de mostrarle ni la mitad del disgusto que sentía, porque por otra parte le debía una gratitud que ninguna falta de delicadeza podía convertir en bagatela. Mientras el corazón le saltaba aún de alegría y reconocimiento por lo de William, no podía acusar un grave resentimiento por nada que tan sólo a ella la injuriase; y después de haber retirado por dos veces la mano, y por dos veces intentado en vano apartarse de él, púsose en pie y dijo, con gran agitación:

—No siga, Mr. Crawford, por favor. Le ruego que no continúe. Este modo de hablarme es muy desagradable para mí. Debo irme. No puedo soportarlo. Pero él seguía hablando, describiendo su afecto, solicitando una correspondencia y, finalmente, con palabras tan claras que no podían tener más que un significado hasta para ella, le ofreció su persona, su nombre, su fortuna... todo, en fin; y aunque seguía sin poder suponer que hablara en serio, apenas

podía resistirlo. Él le exigía una contestación.

—¡No, no, no! —exclamó ella, ocultando el rostro—. Todo esto es absurdo. No me torture. No puedo escucharle más. Su amabilidad en el caso de William me obliga con usted más de lo que cabe expresar con palabras; pero no quiero, no puedo soportar, no debo escuchar esas... No, no; no piense en mí. Aunque ya sé que no piensa en mí en realidad. Sé muy bien que no hay nada de esto.

Acababa de soltarse de él y, en aquel preciso instante, se oyó la voz de sir Thomas hablando a un criado camino de la habitación donde se encontraban. No había tiempo para más argumentos o más súplicas, aunque fuese una cruel necesidad separarse de ella en el momento en que, para el espíritu confiado y presuntuoso de Henry, parecía ser tan sólo la modestia lo que se oponía en el camino de la felicidad perseguida. Fanny salió precipitadamente por una puerta opuesta a aquella por donde iba a entrar sir Thomas; y estaba ya paseándose arriba y abajo de su cuarto del este en medio de la mayor confusión de sentimientos encontrados, antes de que sir Thomas hubiera terminado sus cortesías y excusas, o de que empezara a enterarse de las gratas nuevas que su visitante venía a comunicarle.

Fanny estaba emocionada, preocupada, temblorosa por todo; agitada, feliz, angustiada, profundamente agradecida, sumamente irritada. ¡Era algo increíble! ¡Él se había portado de un modo imperdonable, incomprensible! Pero eran tales sus hábitos, que no podía hacer nada sin mezclar un poco de maldad. Previamente la había hecho la más feliz de las criaturas humanas, y ahora la insultaba... No sabía qué pensar, cómo enjuiciarlo, cómo considerarlo. Hubiera preferido que no hablase en serio; y, sin embargo, ¿qué podía excusar la utilización de tales palabras y ofrecimientos, si era sólo con el propósito de burlarse?

Pero William era teniente. Esto era un hecho sin lugar a dudas, y sin posible engaño. Fanny se proponía recordar, en adelante, sólo esto y olvidar todo lo demás. Era de creer que Mr. Crawford no volvería a hablarle de aquel modo; y en tal caso... ¡cómo le apreciaría por su bondad con William!

Fanny decidió no alejarse de su cuarto del este hasta más allá de la meseta de la escalera principal, en tanto no estuviera segura de que Mr. Crawford había abandonado la casa; pero en cuanto estuvo convencida de que había salido, bajó con impaciencia para ir al encuentro de su tío y gozar de la alegría que éste sintiera tanto como de la propia, así como de sus informes o conjeturas respecto del probable destino de William. Sir Thomas estaba tan contento como ella pudiera desear, y muy amable y comunicativo; y sostuvo con él una conversación tan agradable acerca de su hermano, que llegó a sentirse como si nada hubiera ocurrido ofensivo para ella, hasta que se enteró, hacia el final, de que Mr. Crawford se había comprometido a volver para comer con ellos aquel mismo día. Era esta una noticia sumamente desagradable, pues aunque tal vez él no pensaría para nada en lo ocurrido, para ella sería muy penoso verle de nuevo tan pronto.

Procuró resignarse lo mejor que pudo. Al acercarse la hora de la comida se esforzó mucho en sentir y mostrarse como de costumbre; pero le resultó totalmente imposible no aparecer más tímida y agobiada cuando el invitado

entró en la habitación. Nunca hubiera supuesto que el mismo día de tener conocimiento del ascenso de William concurrieran unas circunstancias capaces de producirle tantas impresiones desagradables.

Mr. Crawford no solamente estaba en la habitación: pronto estuvo junto a ella. Tenía que entregarle un billetito de parte de su hermana. Fanny no tuvo el valor de mirarle, pero en su voz no había reticencia alusiva a su reciente desatino. Ella desdobló el papel, contenta de poder hacer algo, y con la satisfacción, al ponerse a leer, de notar que el tráfago de tía Norris, que también comía allí, le servía un poco de pantalla y así pasaba más inadvertida.

«Mi querida Fanny..., pues ahora podré llamarla siempre así, para inmenso alivio de una lengua que ha estado tropezando con el miss Price durante, al menos, las seis últimas semanas: no puedo dejar partir a mi hermano sin enviarle unas líneas para hacerle extensiva mi felicitación y darle, con el mayor júbilo, mi consentimiento y aprobación. Adelante, mi querida Fanny, y sin miedo; no puede haber inconvenientes dignos de mención. Me he permitido suponer que la seguridad de mi consentimiento representará algo; así es que puede dedicarle esta tarde sus más dulces sonrisas, y devolvérmelo más feliz incluso de lo que se fue.

Suya afectísima,

M.C.»

No eran éstas expresiones que pudieran hacer a Fanny ningún bien; pues aunque leyó la nota con demasiada precipitación y aturdimiento para formar un claro juicio de lo que Mary quería decir, era evidente que se proponía cumplimentarla por la inclinación de su hermano, y hasta aparentar que creía formal la tal inclinación. Fanny no sabía qué hacer ni qué pensar. Había desdicha en la idea de que fuese formal; era algo que la llenaba de confusión e inquietud en todo caso. Se sentía mortificada cada vez que le hablaba Mr. Crawford, y le hablaba demasiado a menudo; y temía que en la voz y en el gesto de Henry al dirigirse a ella hubiese un algo muy distinto de cuando se dirigía a los demás. Para ella no hubo tranquilidad durante la comida de aquel día... Apenas probó nada; y cuando sir Thomas, de buen talante, observó que la alegría le quitaba el apetito, fue tal su vergüenza que hubiera querido hundirse bajo tierra, por temor a la interpretación de Mr. Crawford; pues aunque nada hubiese podido inducirla a volver sus ojos hacia la derecha, donde se sentaba Henry, notó que los de él se volvían inmediatamente para mirarla.

Fanny estuvo más callada que nunca. Apenas intervino en la conversación, ni siquiera cuando era William el tema de la misma, pues su nombramiento procedía también del lado derecho, y resultaba angustiosa esta relación.

Le pareció que lady Bertram tardaba más que nunca en abandonar la mesa, y empezaba a desesperar de que llegara el fin de aquella situación cuando, por fin, se trasladaron a la salita y formaron las señoras grupo aparte. Entonces tuvo ocasión de pensar libremente, mientras sus tías agotaban el tema del ascenso de William, comentándolo a su manera.

Tía Norris parecía acusar tanta satisfacción por el ahorro que ello supondría

para sir Thomas, como por cualquier otro aspecto del caso. Ahora, William estaría en condiciones de mantenerse, lo que representaría una gran ventaja para su tío, pues no se sabía lo que había llegado a costarle; y, desde luego, también sería un alivio para ella, en cuanto a obsequios. Estaba muy contenta de haber dado a William lo que le dio al partir. Muy contenta, por supuesto, de haberlo podido hacer, sin sacrificio de orden material, precisamente en aquella ocasión... de haber podido darle algo de alguna importancia (esto es, para ella, teniendo en cuenta la limitación de sus medios), porque ahora todo podría serle de utilidad, ayudándole a equipar su camarote. Bien sabía ella que el muchacho tendría que hacer algún gasto, que muchas cosas las tendría que comprar... aunque seguramente sus padres le orientarían de modo que pudiera conseguirlo todo muy barato; pero ella estaba muy contenta de haber aportado su óbolo para aquel fin...

—Me alegro de que le dieras algo importante —dijo lady Bertram, con la calma menos sospechosa—, pues yo sólo le di diez libras.

—¡Vaya! —exclamó tía Norris, enrojeciendo—. A fe que se habrá marchado con los bolsillos bien forrados... ¡y sin costarle nada el viaje hasta Londres!

—Thomas me dijo que diez libras eran suficientes.

Tía Norris, no sintiéndose en absoluto inclinada a discutir la suficiencia de esa cantidad, optó por desarrollar el tema partiendo de otro punto.

—Es asombroso —dijo— lo mucho que cuestan los jóvenes a aquéllos que les quieren..., ¡lo que cuesta educarlos y darles un camino! Poco se imaginan ellos lo que representa, lo que sus padres o sus tíos y tías tienen que gastar por ellos en el transcurso de un año. Mira, ahí tienes a los hijos de nuestra hermana: me atrevo a decir que nadie creería lo que todos ellos, en conjunto, cuestan al año a sir Thomas, para no hablar de lo que yo hago por ellos.

—Es muy cierto, hermana, lo que dices. Pero... ¡pobres criaturas!, ellos no pueden remediarlo; y tú sabes que eso significa muy poco para sir Thomas.

Fanny: espero que William no se olvide de mi chal si va a las Indias Orientales; y también le encargaré algo más que valga la pena tener. Me gustaría que fuese a las Indias Orientales; así podría traerme el chal. Me parece que tendré dos chales, Fanny.

Fanny, entretanto, hablando sólo cuando no podía evitarlo, trataba ansiosamente de averiguar lo que Mr. Crawford y su hermana se proponían. Todo lo del mundo inducía a creer que no eran sinceros, excepto sus palabras y modo de proceder. Cuanto pudiera considerarse natural, probable, razonable, estaba en contra: así todos los hábitos y opiniones generales de los dos hermanos, como los pocos merecimientos de ella misma. ¿Cómo podía ella provocar un sentimiento formal en un hombre que había conocido a tantas, tenido la admiración de tantas, y flirteado con tantas, infinitamente superiores a ella; que parecía tan poco propenso a dejarse impresionar seriamente, hasta cuando alguien penaba por él; que se había mostrado tan ligero, indiferente e insaciable en este aspecto; que lo era todo para todos, y parecía no encontrar a nadie indispensable para él? Y además, cómo era posible suponer que su hermana, con todas sus elevadas y mundanas ideas sobre el matrimonio, iba a favorecer algo que tuviera un sentido formal por aquél lado? Nada podía ser menos

natural, tanto en el uno como en la otra. Fanny se avergonzó de haberlo puesto en duda siquiera. Cualquier cosa era posible imaginar antes que una inclinación sincera, o la aprobación de la misma, hacia ella. De esto estaba plenamente convencida antes de que sir Thomas y Mr. Crawford se reunieran con ellas. La dificultad estuvo en mantener tal convicción de un modo tan absoluto una vez Henry se hubo instalado allí; ya que por una o dos veces fijó en ella una mirada, como involuntariamente, que no supo clasificar entre las de significado comente. En otro hombre cualquiera, al menos, ella hubiera dicho que significaba algo muy serio, muy concreto. No obstante, siguió tratando de creer que no pasaba de lo que él había expresado a menudo a sus primas y a otras cincuenta mujeres.

Pensó que él deseaba hablarle sin que le oyeran los demás. Se imaginó que lo estaba intentando, a intervalos, durante toda la velada, siempre que sir Thomas salía de la habitación con tía Noms, y puso mucho cuidado en evitar toda ocasión.

—Por fin —para la inquietud de Fanny resultó un por fin, aunque no era demasiado tarde— empezó él a hablar de marcharse; pero el consuelo de aquella decisión quedó anulado al volverse acto seguido Henry hacia ella para decirle:

—¿No tiene que enviarle usted nada a Mary? ¿No hay contestación a sus líneas? Quedará defraudada si no recibe nada de usted. Por favor, escríbale, aunque sea una sola línea.

—¡Oh, sí, claro! —exclamó Fanny, levantándose apresuradamente, con el apresuramiento del agobio y de las ganas de escabullirse—. Le escribiré enseguida.

Se dirigió, por tanto, a la mesa donde solía escribir por cuenta de su tía y preparó el material, sin saber ni remotamente qué iba a decir. Había leído la esquela de Mary una sola vez; y dar contestación a algo tan imperfectamente comprendido constituía un verdadero apuro. Nada práctica en esa clase de correspondencia a través de billetes, si le hubiera quedado tiempo para detenerse en escrúpulos y temores respecto del estilo, los hubiera sentido en abundancia; pero era preciso escribir algo en el acto, y con un solo propósito decidido (el de no dar la impresión que meditaba algo realmente intencionado), escribió lo que sigue con mano temblorosa, reflejo de la inquietud de su espíritu:

«Le quedo muy agradecida, mi querida miss Crawford, por su amable felicitación, en cuanto se relaciona con mi queridísimo William. El resto de su nota, bien lo sé, no significa nada; de todos modos, soy yo tan inferior para una cosa de esas, que espero querrá excusarme si le pido que no haga más caso del asunto. Conozco demasiado a su hermano para no comprender sus prácticas; si él me comprendiera tan bien a mí, seguramente que se portaría de otro modo. No sé lo que escribo, pero me haría usted un gran favor si no volviera a mencionar jamás este particular. Con gracias por haberme honrado con sus líneas, quedo, querida miss Crawford», etc., etc.

El final apenas era inteligible, debido a su creciente pavor, pues notó que Mr.

Crawford, so pretexto de recoger la nota, se aproximaba a ella.

—No vaya a creer que vengo a darle prisa —dijo en voz baja, apreciando el pasmoso azoramiento con que ella puso fin al escrito—, no vaya a suponer que fuera éste mi propósito. No se apresure, se lo ruego.

—No, gracias. Ya he terminado, ahora mismo... al momento estará listo... le quedaré muy agradecida... si tiene la bondad de entregar esto a Mary.

Fanny sostenía el billete, y él tuvo que tomarlo; y como ella se dirigió inmediatamente, y desviando la mirada, a la chimenea para reunirse con los demás, él no tuvo más remedio que marcharse sin aguardar otro momento.

Fanny pensó que nunca había conocido un día tan lleno de impresiones, lo mismo de inquietud que de satisfacción; pero, afortunadamente, la satisfacción no era de las que mueren con el día, pues todos los días se renovaría el conocimiento del ascenso de William, mientras que la inquietud, así lo esperaba, no volvería ya. No le cabía la menor duda de que su billete les parecería excesivamente mal escrito, que su lenguaje avergonzaría a un párvulo, pues la zozobra no le había permitido arreglarlo; pero al menos les convencería a los dos de que no la engañaban ni la complacían las atenciones de Mr. Crawford.

CAPÍTULO XXXII

Fanny no había olvidado en modo alguno a Mr. Crawford cuando se despertó a la mañana siguiente; pero recordaba también el sentido de su contestación escrita y no se sentía menos optimista en cuanto a sus efectos que la noche anterior. Con tal de que Mr. Crawford quisiera marcharse... Éste era su más ferviente deseo: que se fuera y se llevara a su hermana consigo, como estaba previsto, ya que por ello había vuelto a Mansfield. Y por qué no lo había hecho ya, era algo que ella no podía explicarse, pues lo cierto era que miss Crawford no deseaba retrasar la partida. Fanny había esperado, durante la visita del día anterior, que se citara la fecha; pero él sólo habló del viaje como de cosa lejana.

Como había quedado tan satisfactoriamente convencida del efecto que producirían sus líneas, no pudo menos de asombrarse cuando, por casualidad, vio a Mr. Crawford dirigirse nuevamente a la casa, y a una hora tan temprana como el día anterior. Su visita no tendría nada que ver con ella, pero haría todo lo posible para evitar su presencia; y como en aquel momento se dirigía al piso superior, decidió permanecer arriba mientras durase la visita, a menos que la reclamasen; pero teniendo en cuenta que tía Norris estaba aún en la casa, parecía no haber mucho peligro de verse requerida.

Permaneció algún tiempo sentada, llena de agitación, escuchando, temblando y temiendo a cada instante que la llamara; pero como no oyese pasos acercarse al cuarto del este, fue recobrando gradualmente la tranquilidad, se sintió capaz de ocuparse en algo y concibió la esperanza de que Mr. Crawford hubiera

acudido y se marchara sin obligarla a ella a saber nada de lo tratado.

Casi media hora había transcurrido y se sentía cada vez más segura cuando, de pronto, se oyó el ruido progresivo de unos pasos que se acercaban... unos pasos fuertes, mesurados, insólitos en aquella parte de la casa. Eran de su tío. Los conocía tan bien como su voz; tanto como ésta la había hecho temblar en otro tiempo, la hacía ahora temblar de nuevo el pensar que subía para hablarle, cualquiera que fuese el tema. Fue, en efecto, sir Thomas quien abrió la puerta, al tiempo que preguntaba si ella estaba allí y si se podía entrar. El terror de sus antiguas visitas ocasionales a aquella habitación pareció renovarse totalmente en Fanny, que tuvo la sensación de que iba a examinarla nuevamente de francés e inglés.

Ella estuvo, no obstante, perfectamente atenta colocando una silla para él y procurando mostrarse honrada con la visita; pero en su aturdimiento no tuvo siquiera en cuenta las deficiencias del aposento hasta que él, deteniéndose en seco apenas acababa de entrar, dijo con gran extrañeza:

—¿Por qué no tienes hoy fuego en la chimenea?

Las tierras estaban cubiertas de nieve y Fanny se abrigaba con un chal. Vaciló, antes de contestar:

—No tengo frío. Nunca permanezco aquí mucho tiempo en esta época del año.

—¿Pero tienes fuego, corrientemente?

—No, tío.

—¿Cómo se explica esto? Aquí tiene que haber algún error. Yo tenía entendido que hacías uso de esta habitación a fin de que pudieras encontrar en ella todas las comodidades. En tu dormitorio, ya sé que no puede haber fuego. Aquí ha habido un enorme error que debe rectificarse. No es nada conveniente para ti permanecer aquí sentada, aunque sólo sea media hora al día, sin calefacción. No eres fuerte. Estás helada. Tu tía no debe haberse dado cuenta de esto.

Fanny hubiera preferido guardar silencio; pero al verse obligada a hablar, no pudo abstenerse, para hacer justicia a la tía que le era más querida, de decir algo en que las palabras «tía Norris» fueron distinguibles.

—Ya comprendo —dijo su tío, recordando y no queriendo saber más—. Ya comprendo. Tu tía Norris siempre abogó, y muy juiciosamente, porque se educara a la juventud sin concesiones innecesarias; pero en todo debe haber moderación. Ella es también muy severa consigo misma, lo cual tiene que influir, desde luego, en su opinión acerca de las necesidades de los demás. Y en otro aspecto, lo comprendo también perfectamente. Bien sé cuales fueron siempre sus sentimientos. Su teoría era buena en sí, pero puede que en tu caso se haya llevado, y yo creo que se ha llevado, demasiado lejos. Me consta que a veces, en algunos puntos, se ha establecido injusta distinción; pero es demasiado bueno el concepto en que te tengo, Fanny, para suponer que vayas a guardar jamás resentimiento por ello. Tienes una comprensión que te impedirá considerar las cosas sólo en parte, a juzgar con parcialidad los resultados. Debes considerar el pasado, en todo su conjunto, tener en cuenta tiempos, personas y probabilidades, y apreciarás que no eran menos amigos tuyos los

que te educaban y preparaban para esa condición de mediocridad que parecía ser tu destino. Aunque tales precauciones pudieran resultar prácticamente innecesarias, la intención era buena; y de esto puedes estar segura: todas las ventajas de la opulencia las tendrás dobladas gracias a las pequeñas privaciones y limitaciones que se te impusieron. Estoy seguro de que no defraudarás la opinión que de ti he formado, tratando siempre a tu tía Norris con el respeto y la atención que se le debe. Pero basta de eso. Siéntate, querida. He de hablarte unos minutos, pero no quiero retenerte mucho tiempo.

Fanny obedeció, bajando los ojos y sonrojándose. Después de una breve pausa, sir Thomas, procurando reprimir una sonrisa, prosiguió:

—Tal vez no estés enterada de que esta mañana he tenido una visita. Poco tiempo llevaba en mi despacho, después del desayuno, cuando introdujeron a Mr. Crawford. Acaso puedas conjeturar el motivo de su embajada.

El sonrojo de Fanny aumentaba más y más; y su tío, notando que estaba aturdida hasta el punto de hacérsele imposible hablar, tanto como levantar los ojos, desvió su propia mirada y, sin detenerse más, procedió a referir su entrevista con Mr. Crawford.

Mr. Crawford había venido a declararse enamorado de Fanny, hacer concretas proposiciones sobre ella y pedir la autorización de su tío, que parecía estar en el lugar de sus padres; y lo había hecho todo tan bien, mostrándose tan franco, tan liberal, tan correcto, que sir Thomas, considerando además que sus propias réplicas y observaciones habían sido muy del caso, tuvo sumo gusto en contar los pormenores de la conversación; y, lejos de adivinar lo que ocurría en el interior de su sobrina, se figuraba que con semejantes detalles se deleitaba ella mucho más que él mismo. Así es que estuvo hablando por espacio de varios minutos sin que Fanny osara interrumpirle. Apenas si alcanzaba a desearlo. Era excesiva la turbación de su espíritu. Había cambiado de postura; y con la mirada estática, fija en una de las ventanas, escuchaba a su tío, llena de congoja y tribulación. Él calló un momento, pero ella apenas había llegado a darse cuenta de la pausa cuando sir Thomas, poniéndose en pie, dijo:

Y ahora, Fanny, desempeñada una parte de mi cometido y una vez tú enterada de que todo esto se apoya sobre una base totalmente segura y satisfactoria, voy a completarlo induciéndote a que me acompañes abajo, donde encontrarás a alguien más digno de ser escuchado, aunque puedo presumir de haber sido un interlocutor nada desdeñable. Mr. Crawford, como tal vez hayas previsto, está todavía aquí. Se encuentra en mi despacho, con la esperanza de verte.

Al escuchar esto, puso Fanny una expresión, dio un respingo, lanzó un grito, que dejaron atónito a sir Thomas; pero, cuál no sería su asombro al oírla exclamar:

—¡Oh, no, tío! No puedo, de veras que no puedo ir abajo, a su encuentro. Mr. Crawford debiera saber... tiene que saberlo; ayer le dije bastante para que quedara convencido... ayer me habló de ello... y le dije sin rebozo que era un tema muy desagradable para mí, y que no estaba en mi poder corresponderle.

—No alcanzo a comprenderte —dijo sir Thomas, sentándose de nuevo—. ¡Que no puedes corresponderle! ¿Qué significa esto? Ya sé que te habló ayer y, según tengo entendido, halló en ti todo el ánimo para seguir adelante que

pudiera darle una muchacha prudente. A mí me gustó mucho tu comportamiento durante la velada; fue prueba de una discreción altamente recomendable. Pero ahora, cuando él ha hecho su declaración tan correcta y honestamente... ¿cuáles pueden ser tus escrúpulos, ahora?

—¡Se engaña usted, tío! —exclamó Fanny, impelida por la ansiedad del momento a decirle, hasta a su tío, que estaba en un error—. Está completamente equivocado. ¿Cómo ha podido Mr. Crawford decir tal cosa? Yo no le di ánimos ayer. Al contrario, le dije... no puedo recordar las palabras exactas, pero estoy segura que le dije que no quería escucharle, que era muy desagradable para mí por todos los conceptos, y que le rogaba que no volviera jamás a hablarme de aquel modo. Estoy segura de que le dije todo esto, y más; y más le hubiera dicho aún de haber tenido la absoluta certeza de que se proponía algo en seno; pero a mí no me gustaba... yo no podía... atribuir a sus palabras un sentido más formal del que pudieran tener. Yo creí que, para él, todo eso quedaría en nada.

No pudo decir más; había quedado casi sin aliento.

—¿He de interpretar —dijo sir Thomas, rompiendo un corto silencio— que tienes la intención de rechazar a Mr. Crawford? —Sí, señor.

—¿Le rechazas?

—Sí, señor.

—¡Rechazar a Mr. Crawford! ¿Con qué pretexto? ¿Por qué razón?

—Yo... yo no puedo quererle bastante, tío, para casarme con él.

—¡Es muy extraño! —dijo sir Thomas, con mesurado tono de disgusto—. Aquí hay algo que mi comprensión no alcanza a descifrar. He aquí a un joven enamorado de ti, poseedor de cuanto puede acreditar a un pretendiente: no sólo posición social, fortuna y personalidad, sino también una simpatía poco comente, un trato y una conversación gratos a todo el mundo. Y no se trata de un conocido de hoy; hace bastante tiempo que le conoces. Su hermana, además, es una íntima amiga; y él hizo por tu hermano aquello, lo cual me hizo suponer que habría de ser para ti recomendación suficiente, de no existir otra. Quién sabe cuándo hubiera sacado a William adelante con mi influencia. Él lo ha conseguido ya.

—Sí —dijo Fanny con voz desfallecida, baja la mirada y enrojeciendo de nuevo; y se sintió casi avergonzada de sí misma, después del cuadro que había trazado su tío, por no gustarle Mr. Crawford.

Tenías que darte cuenta —reanudó sir Thomas—, tenías que notar, de un tiempo para acá, cierta particularidad en la actitud de Mr. Crawford hacia ti. Esto no puede haberte cogido de sorpresa. No podían pasarte inadvertidas sus atenciones; y aunque siempre las recibiste dignamente (nada tengo que reprocharte por este lado), jamás noté que te resultaran desagradables. Casi me inclino a creer, Fanny, que no conoces exactamente tus propios sentimientos.

—¡Oh, sí, tío! Sí que los conozco. Sus atenciones eran siempre... lo que no me gustaba.

Sir Thomas la miró más sorprendido aún.

—Esto está fuera de mis alcances —dijo—. Esto requiere una explicación. Joven como eres, sin haber tratado apenas a ningún hombre, es casi imposible

que tu corazón...

Se interrumpió y la miró fijamente. Vio en sus labios formado un no, aunque la palabra no llegó a articularse, pero su rostro se riñó de escarlata. Esto, sin embargo, en una muchacha tan modesta, podía ser muy compatible con la inocencia; y decidiendo al menos mostrarse satisfecho, añadió rápidamente:

—No, no; Ya sé que esto está fuera de toda duda... que es completamente imposible. Bien, no hay más que decir.

Y nada dijo por espacio de unos minutos. Se puso a meditar profundamente, mientras su sobrina meditaba también, tratando de templarse y prepararse contra ulteriores interrogatorios. Hubiera preferido morir antes que confesar la verdad; y esperaba, con un poco de reflexión, hallar la suficiente fortaleza para no traicionarse.

—Aparte del interés que la elección de Mr. Crawford parece justificar —dijo sir Thomas, empezando de nuevo con gran serenidad—, el hecho de que desee casarse tan pronto le acredita a mis ojos. Soy un defensor de los casamientos a temprana edad, cuando existen medios adecuados, y me gustaría que todos los hombres, disponiendo de ingresos suficientes, fijaran su vida lo antes posible a partir de los veinticuatro años. Tanto es así, que me apena pensar cuán poco probable es que mi hijo mayor, tu primo Tom, se case pronto; pero, al presente, me parece que el matrimonio no entra en sus cálculos ni pensamientos. Desearía verle más inclinado a establecerse —aquí echó una ojeada a Fanny—. A Edmund, teniendo en cuenta sus tendencias y hábitos, lo considero mucho más propenso a casarse joven que su hermano. Es indudable que él, según ha deducido últimamente, ha descubierto a la mujer en quien podría depositar su amor; lo cual, estoy convencido de ello, no le ha ocurrido a mi hijo mayor. ¿No es así? ¿Estás de acuerdo conmigo, querida?

—Sí, señor.

Lo dijo débilmente, pero con tranquilidad, y sir Thomas quedó aliviado por lo que a los primos se refería. Pero la desaparición de su alarma no sirvió de nada a Fanny. Al confirmarse lo inexplicable de su actitud, aumentó el disgusto de su tío; éste se puso en pie y empezó a pasear por la habitación con un ceño que Fanny pudo imaginar, ya que no se atrevió a levantar la mirada, para decir poco después, con tono autoritario:

—¿Tienes alguna razón, criatura, para pensar mal del carácter de Mr. Crawford?

—No, señor.

Hubiera querido añadir: «... pero de sus principios, si que la tengo»; no obstante, le faltó el valor ante la aterradora perspectiva de discutir, explicar y, probablemente, no convencer. El mal concepto en que le tenía se fundaba principalmente en observaciones que, por consideración a sus primas, apenas podía atreverse a mencionar ante el padre. María y Julia, y especialmente María, estaban tan estrechamente ligadas al mal comportamiento de Mr. Crawford, que Fanny no podía describir la personalidad de éste sin traicionarlas. Ella había concebido la esperanza de que para un hombre como su tío, tan sagaz, tan caballeroso, tan bueno, el simple conocimiento de una decidida aversión por parte de ella sería suficiente. Grande fue su pena al encontrarse con que no era

así.

Sir Thomas se acercó a la mesa ante la que estaba ella sentada, temblando de angustia, y con acentuado tono de fría severidad dijo:

—Me doy cuenta de que es inútil hablar contigo. Mejor hubiera sido poner fin a esta enojosa conferencia. No debemos tener aguardando por más tiempo a Mr. Crawford. Por lo tanto, sólo añadiré, considerando que es mi deber exponer mi opinión sobre tu conducta, que has defraudado todas mis esperanzas y que demuestras tener un carácter completamente opuesto a lo que yo había imaginado. Pues yo tenía, Fanny, y supongo que mi comportamiento lo habrá demostrado, una muy favorable opinión de ti, desde que regresé a Inglaterra. Te consideraba particularmente libre de terquedades, engreimientos y de toda propensión a ese espíritu de independencia tan preponderante en estos tiempos modernos, hasta entre las jóvenes, y que en las jóvenes resulta más ofensivo y desagradable que cualquier ofensa vulgar. Pero ahora me has demostrado que puedes ser voluntariosa y egoísta, que puedes y quieres decidir por tu cuenta, sin la menor consideración o deferencia hacia aquellos que tienen ciertamente algún derecho a guiarte... sin pedirles siquiera consejo. Te has mostrado muy distinta de lo que yo había imaginado. Las ventajas o desventajas para tu familia... para tus padres, para tus hermanos y hermanas, parece que ni por un momento te has detenido a considerarlas en esta ocasión. Lo mucho que ellos podrían beneficiarse, lo mucho que ellos habrían de alegrarse de semejante colocación, nada significa para ti. Piensas sólo en ti misma; y sólo porque no sientes exactamente por míster Crawford lo que una imaginación joven, exaltada, se figura que es indispensable para ser feliz, decides rechazarlo en el acto, sin pedirte siquiera un poco de tiempo para considerarlo... sin dejar un poco más de margen a la fría reflexión, a un concienzudo examen de tus verdaderas inclinaciones... y, en un inconcebible arrebato de insensatez, estás desechando una oportunidad de casarte con un partido deseable, honroso, digno, como acaso nunca más se te vuelva a ofrecer. Aquí tienes a un hombre joven de buen sentido, con temperamento, carácter, modales y fortuna, que te quiere de sobra y que pretende tu mano del modo más noble y desinteresado; y deja que te diga, Fanny, que acaso vivas otros dieciocho años sin que te pretenda otro hombre con la mitad del patrimonio de Mr. Crawford ni con la décima parte de sus cualidades. Contento le hubiera yo cedido cualquiera de mis propias hijas. María se casó dignamente; pero si Mr. Crawford me hubiera pedido la mano de Julia, se la hubiera concedido con mayor y más profunda satisfacción de la que me ocupo al conceder la de María a Mr. Rushworth —después de una breve pausa añadió—: Y me hubiera sorprendido muchísimo que alguna de mis hijas, al recibir una proposición de casamiento, en cualquier ocasión, y aun siendo sólo la mitad de deseable que ésta, se hubiera opuesto de un modo inmediato y perentorio, y sin tener la delicadeza de consultar mi opinión o mi criterio, con una rotunda negativa. Me hubiera sorprendido y me hubiera lastimado mucho tal proceder. Lo hubiera considerado una grosera violación del respeto y del deber. A ti no hay que aplicarte la misma regla. Tú no me debes la sumisión de una hija. Pero, Fanny, si en tu corazón puede caber la ingratitud...

Se interrumpió. Fanny sollozaba en aquellos momentos tan amargamente que,

a pesar de lo irritado que él estaba, no quiso insistir más sobre aquel punto. Ella sentía que se le destrozaba el corazón con aquella descripción del concepto que merecía a su tío... ¡con aquellas acusaciones, tan duras, tan múltiples, alzándose en tan espantosa progresión! Voluntariosa, obstinada, egoísta... y desagradecida. Todo eso la consideraba su tío. Ella había defraudado sus esperanzas, había destruido el buen concepto en que la tenía... ¿Qué sería de ella?

—Lo siento mucho —dijo Fanny de un modo inarticulado, entre sollozos—; de veras que lo siento mucho.

—¡Lo sientes! Sí, espero que lo sientas; y seguramente tendrás motivo de lamentar, por mucho tiempo, lo decidido este día.

—Si me fuera posible obrar de otro modo... —dijo ella, haciendo otro gran esfuerzo—; pero estoy completamente convencida de que nunca podría hacerle feliz, y de que yo misma me sentiría miserable.

Nuevo torrente de lágrimas; pero, a despecho de esta nueva riada, y a despecho de la funesta palabra «miserable» que sirvió para provocarla, sir

Thomas empezó a pensar que acaso tuviera alguna parte en ello cierta tendencia conciliatoria, cierto principio de rectificación, y a inferir que sería favorable la súplica personal del joven pretendiente. Sabía que Fanny era extremadamente tímida y nerviosa, y se dijo que no era del todo improbable que su estado de ánimo fuese tal, que un poco de tiempo, un poco de presión, un poco de paciencia..., una juiciosa mezcla de todo ello por parte del galán, pudiera producir los acostumbrados efectos. Si el caballero estuviera dispuesto a perseverar..., con tal que su amor fuera suficiente para llevarle a perseverar... Sir Thomas empezaba a sentirse nuevamente esperanzado. Y después de hacerse estas reflexiones que confortaron su ánimo, dijo, empleando un tono convenientemente grave, pero menos colérico:

—Bueno, bueno criatura, enjuga tu llanto. De nada sirven estas lágrimas; nada pueden arreglar. Ahora, debes acompañarme abajo. Mr.Crawford lleva ya demasiado tiempo esperando. Debes darle tu respuesta personalmente: no puedes esperar que vaya a conformarse con menos; y sólo tú puedes explicarle la razón de esa errónea interpretación de tus sentimientos en que, desgraciadamente para él, ha incurrido. Yo soy totalmente incapaz de ello.

Pero Fanny mostró tal renuencia, tal aflicción ante la idea de acudir a su lado, que sir Thomas, después de considerarlo un poco, juzgó que sería mejor condescender. Sus esperanzas respecto de la proyectada entrevista sufrieron, por tanto, una ligera depresión; pero al mirar a su sobrina y ver el estado de su ánimo y su rostro a consecuencia del llanto vertido, pensó que había tanto a perder como a ganar con una inmediata entrevista. En consecuencia, diciendo algunas palabras desprovistas de especial significación, marchóse él sólo, dejando a su pobre sobrina llorando por lo ocurrido, sumida en un mar de infelicidad.

En el ánimo de Fanny todo era desorden. El pasado, el presente, el futuro, todo se le aparecía terrible. Pero la cólera de su tío era lo que le causaba la pena más honda. ¡Egoísta y desagradecida! ¡Que él la considerase así! Ya siempre seria desgraciada. No tenía a nadie que se pusiera de su parte, que la

aconsejara, que hablase por ella. Su único amigo estaba ausente. El hubiese podido aplacar a su padre. Pero todos, quizás todos, la considerarían egoísta y desagradecida. Tendría que soportar el reproche un día y otro; tendría que oírlo, o verlo, o reconocer su existencia en cuanto se relacionase con ella. No pudo menos que sentir cierto resentimiento contra Mr. Crawford; sin embargo, ¡y si la amaba realmente, y era desgraciado también! Todo era un conjunto de desventuras.

Al cabo de un cuarto de hora, aproximadamente, volvió su tío; al verle, Fanny estuvo a punto de desmayarse. Pero le dirigió la palabra apaciblemente, sin severidad, sin reproches, y ella revivió un poco. Además, había también consuelo en sus palabras, tanto como en su tono, pues empezó diciendo:

—Mr. Crawford se ha ido; acaba de dejamos. No es necesario repetir lo que ha ocurrido. No quiero agravar tu sentimiento, refiriéndote lo que ha sentido él. Baste con decir que se ha conducido del modo más noble y caballeroso, y me ha confirmado en la favorabilísima opinión que me merece su entendimiento, corazón y temple. Ante mi exposición de lo que tú estabas sufriendo, inmediatamente, y con la mayor delicadeza, abandonó su pretensión de verte por el momento.

Aquí Fanny, que había alzado la mirada, la bajó de nuevo.

—Desde luego —prosiguió su tío—, como no podías dejar de suponer, ha pedido hablar contigo a solas, aunque sólo sea por espacio de cinco minutos; una petición muy natural, una aspiración demasiado justa para no satisfacerla. Pero no se ha fijado el momento; acaso mañana o cuando tu espíritu esté lo bastante sosegado. De momento, lo único que debes hacer es tranquilizarte. Reprime ese llanto; sólo contribuye a agotarte. Si, como quiero suponer, deseas hacerme algún caso, no te abandonarás a esas crisis emocionales, sino que procurarás razonar y mostrar una mayor entereza de ánimo. Te aconsejo que salgas; el aire te hará bien. Date un paseo de una hora por los caminos enarenados, entre los matorrales; nadie te estorbará allí, y será lo mejor para tomar el aire y hacer ejercicio. Y, Fanny —añadió, volviéndose otra vez por un momento—, abajo no haré mención alguna de lo sucedido; ni siquiera se lo contaré a tía Bertram. No es ocasión de divulgar el contratiempo; no digas tú nada tampoco.

Era ésta una orden para ser obedecida con la mayor alegría; era un proceder bondadoso que Fanny agradecía en el alma. ¡Ahorrarle los interminables reproches de tía Norris! La dejó con el corazón inflamado de gratitud. Cualquier cosa podía resultar más soportable que tales reproches. Ni siquiera la perspectiva de entrevistarse con Mr. Crawford podía abrumarla tanto.

Salió enseguida, como le había recomendado su tío, y siguió al pie de la letra su consejo, hasta donde le fue posible: contuvo su llanto y con el mayor celo trató de apaciguar sus ánimos y fortalecer su espíritu. Quería demostrar a sir Thomas que deseaba complacerle y ansiaba reconquistar su favor; pues él le había dado otro poderoso motivo para esforzarse, al ocultar a sus tías la totalidad de aquel asunto. No despertar sospechas a través de su aspecto o porte constituía ahora su objetivo que valía la pena conseguir; y se sintió capaz de casi cualquier cosa que la pusiera a salvo de tía Norris.

Quedó impresionada, profundamente impresionada, cuando, de vuelta de su paseo, lo primero que vio al entrar en su cuarto del Este fue un magnífico fuego ardiendo, llameando en la chimenea. ¡Tenía lumbre! Casi era demasiado. Que le hiciera semejante favor, justamente en aquellos momentos, provocaba en ella una gratitud hasta aflictiva. Se maravilló de que sir Thomas tuviera tiempo de acordarse de aquella menudencia; pero no tardó en enterarse, por la espontánea información de una criada que acudió para atizar el fuego, de que así seria todos los días. Sir Thomas había dado las oportunas órdenes en tal sentido.

—¡Tendría que ser yo una fiera, realmente, para sentir ingratitud! —exclamó en un soliloquio—. ¡Que el cielo me impida ser ingrata!

No vio más a su tío, ni a tía Norris, hasta que se reunieron para comer. La actitud de su tío con respecto a ella fue lo más parecida posible a lo normal. Estaba segura de que él no pretendía mostrarse nada distinto, y de que era sólo su propia conciencia lo que la llevaba a imaginar que existía alguna diferencia; pero su tía pronto empezó a mostrarse belicosa con ella; y al constatar lo mucho y lo desagradablemente que la simple cuestión de haber salido a pasear sin el permiso de su tía podía apurarse, diose cuenta Fanny de cuán grande era su razón al bendecir la bondad de sir Thomas, que le ahorraba las censuras de aquel mismo espíritu de reproche aplicado a una cuestión de mayor transcendencia.

—De haber sabido que salías, te hubiera encargado que te llegaras hasta mi casa con algunas instrucciones para Nanny —dijo tía Norris—; pero, al ignorarlo, y aun representando para mí un gran inconveniente, me he visto obligada a ir a hacerlo yo misma. Apenas disponía de tiempo para ello, y tú pudiste ahorrarme la molestia sólo con que hubieras tenido la amabilidad de hacerme saber que salías. A ti te hubiera dado lo mismo, supongo, pasear por el plantío de arbustos que llegarte a mi casa.

—Recomendé a Fanny los arbustos, por ser el lugar más seco —terció sir Thomas.

—¡Oh! —exclamó tía Norris, quedando momentáneamente cortada—; fue una gran amabilidad, Thomas; pero no sabes lo seco que es el camino que lleva a mi casa. Por ese lado, Fanny hubiera dado un paseo igualmente saludable, con la ventaja de hacer algo útil y complacer a su tía. Suya es toda la culpa. Cuando menos, podía decirme que iba a salir. Pero hay algo en Fanny... Ya lo he observado en varias ocasiones: le gusta hacer las cosas a su antojo, no quiere que la guíen, va a pasear por su cuenta, siempre que puede; es evidente que hay en ella cierto espíritu de misterio, de independencia e insensatez, del cual le aconsejaría que se desprendiese.

Sir Thomas pensó que, como reflexión general sobre Fanny, nada podía ser más injusto, a pesar de que él mismo, aquel mismo día, había expresado los mismos conceptos; y procuró cambiar la conversación. Lo procuró repetidas veces antes de conseguirlo, porque tía Norris carecía del discernimiento necesario para notar, ni entonces ni nunca, hasta qué punto sir Thomas consideraba bien a su sobrina, o lo lejos que estaba de desear que se ensalzaran los méritos de sus propias hijas a costa de rebajar los de Fanny. Tía

Norris estuvo hablando a Fanny y lamentando su paseo secreto hasta la mitad de la comida.

Calló, sin embargo, al fin; y la velada se presentó con un cariz más apacible para Fanny y una mayor cordialidad de lo que ella hubiera podido esperar después de aquella mañana tan tormentosa; pero, tenía, ante todo, la certeza de haber procedido rectamente, de que no la habían cegado sus propias convicciones... De la pureza de sus intenciones podía responder. Y, en segundo lugar, alimentaba la esperanza de que el disgusto de su tío iba cediendo, y cedería más aún cuando examinara el caso con más ecuanimidad y reconociera, como un hombre bueno debe reconocer, lo calamitoso e imperdonable, lo irremediable y vil que sería casarse sin amor.

Cuando la entrevista que la amenazaba para la mañana siguiente hubiese terminado no podría menos de hacerse la ilusión de que el asunto había concluido por fin; y de que, una vez lejos Mr. Crawford de Mansfield, todo quedaría pronto como si no se hubiera dado el caso. No quería, no podía creer que lo que Mr. Crawford sintiera por ella le atormentase mucho tiempo; su espíritu no era de esa clase. Londres le curaría pronto. En Londres aprendería pronto a maravillarse de sus apasionamiento, y le agradecería a ella su sano juicio, que le salvaba de las malas consecuencias.

Mientras Fanny estaba concibiendo estas esperanzas, a su tío, poco después del té, le reclamaron fuera de la habitación; caso éste demasiado corriente para que ella pudiera sorprenderse, y ni siquiera se acordó más de ello hasta que, a los diez minutos, reapareció el mayordomo y se dirigió directamente hacia ella para decirle:

—Sir Thomas desea hablar con usted, señorita, en su despacho.

Entonces se le ocurrió de qué podía tratarse; por su mente cruzó una sospecha que se llevó el color de sus mejillas. Pero se puso en pie inmediatamente, dispuesta a obedecer, cuando tía Norris la llamó:

—¡Aguarda, aguarda, Fanny! ¿Qué te ocurre? ¿Adónde vas? No te precipites así. Puedes estar segura que no es a ti a quien llaman; es a mí, no lo dudes —mirando al mayordomo—; lo que pasa es que tienes mucho afán de colocarte delante de todo el mundo. ¿Para qué iba a necesitarte sir Thomas? Es a mí, Baddeley, a quien se refiere usted; voy al momento. El recado era para mí, Baddeley, estoy segura; sir Thomas me llama a mí, no a miss Price.

Pero Baddeley se mantuvo firme.

—No, señora, es a miss Price; estoy seguro de que es a miss Price.

Y acompañó a sus palabras de una media sonrisa que quería decir: «No creo que usted sirviera para el caso, en absoluto».

Tía Norris, muy contrariada, tuvo que calmarse antes de poder reanudar la labor; y Fanny, agitada por la certeza de lo que la esperaba, salió para encontrarse un minuto después, como había supuesto, a solas con Mr. Crawford.

CAPÍTULO XXXIII

La entrevista no fue tan corta ni tan decisiva como había previsto. El galán no se conformó tan fácilmente. Estaba dispuesto a perseverar, tanto como pudiera desearlo sir Thomas. Tenía una vanidad que le llevaba decididamente, en primer lugar, a creer que ella le amaba, aunque tal vez sin saberlo; y después, al verse finalmente obligado a reconocer que ella sabía cuáles eran sus propios sentimientos, a estar convencido de que con el tiempo podría lograr que esos sentimientos llegaran a ser lo que él quería.

Estaba enamorado, muy enamorado; y era el suyo un amor que, al actuar sobre un espíritu vivo, vehemente, más ardiente que delicado, hacía que el cariño de Fanny le pareciese más importante por serle negado, y le llevó a la decisión de conseguir el triunfo, tanto como la felicidad, al obligarla a que le amase.

No desesperaría, no iba a desistir. Tenía bien fundados motivos para una firme constancia; la sabía poseedora de todas las virtudes que pudieran justificar la más ardiente esperanza de hallar a su lado una perdurable felicidad; su misma conducta de aquella ocasión, al poner de manifiesto el desinterés y delicadeza de su carácter (cualidades que él consideraba muy raras, desde luego), contribuía a avivar sus deseos y a confirmarle en su decisión. No sabía que atacaba a un corazón ya comprometido. De eso, no tenía la menor sospecha. Más bien la consideraba una muchacha que no había nunca detenido lo bastante su pensamiento en esas cosas para estar en peligro; que de ello la había protegido su juventud..., una juventud espiritual tan encantadora como la de su cuerpo; a quien la modestia había impedido entender el sentido de las atenciones que él le prodigara, y que estaba todavía aturdida por lo repentino de unos requerimientos tan absolutamente inesperados, así como por la novedad de una situación que su fantasía nunca había llegado a soñar.

¿No se desprendía de ello, lógicamente, que cuando fuese comprendido habría de triunfar? Él lo creía a pies juntillas. Un amor como el suyo, en un hombre como él, podía contar con que, perseverando, se vería correspondido, y a no muy largo plazo; y le entusiasmaba hasta tal punto la idea de obligarla a quererle en muy poco tiempo, que apenas se dolía de que no le quisiera ya. Tener que vencer una pequeña dificultad no era un mal para Henry Crawford; era algo que más bien le espoleaba. Ya había comprobado su actitud para ganar corazones con excesiva facilidad. Ahora se hallaba ante una situación nueva y excitante.

Para Fanny, sin embargo, que demasiadas contrariedades había conocido durante su vida para ver en ello el menor encanto, todo eso era ininteligible. Le veía empeñado en perseverar. Pero cómo podía ser capaz, después de haberla oído expresarse en el lenguaje que ella se consideró obligada a emplear, no alcanzaba a comprenderlo. Le dijo que no le amaba, que no podía amarle, que estaba segura de que no le amaría jamás; que semejante cambio en sus sentimientos era totalmente imposible; que era una cuestión muy dolorosa para

ella; que había de rogarle que nunca volviese a mencionarla, que la dejara marchar sin retenerla más y considerase el asunto terminado para siempre. Y como él siguiera presionando, añadió que, en su opinión, tenían unos gustos tan opuestos, que hacían incompatible un mutuo afecto; y que no podían ser el uno para el otro debido al carácter, formación y hábitos respectivos. Todo esto le había dicho, con la buena fe de la sinceridad; pero no bastó, pues acto seguido negó él que hubiera la menor incompatibilidad de caracteres, ni nada en sus gustos que les impidiera congeniar, y declaró categóricamente que seguiría amándola y no abandonaría la esperanza.

Fanny conocía bien su propio sentir, pero no podía juzgar el efecto que producía su modo de expresarlo; su modo era irremediablemente suave, y no se daba cuenta de hasta qué punto dejaba oculta la firmeza de su propósito. Su apocamiento, gratitud y dulzura hacían que toda expresión de indiferencia pareciese casi un sacrificio de abnegación... Parecía, al menos, que le diera a ella misma tanta pena como a él. Mr. Crawford ya no era el Mr. Crawford que, como admirador clandestino, insidioso, traidor de María Bertram, se había ganado su aborrecimiento; aquél cuya sola presencia se le había hecho insoportable; en quien ella no podía creer que existiese una sola cualidad buena, y cuyos poderes, incluso el de resultar agradable, ella apenas había reconocido. Ahora era el Mr. Crawford que se le dirigía con ardiente, desinteresado amor; cuyos sentimientos se habían convertido, al parecer, en cuanto pueda haber de noble y recto; cuyos proyectos de felicidad se cifraban todos en un casamiento por amor; que estaba expresando lo mucho que apreciaba las virtudes que la adornaban y describía su afecto una y otra vez, demostrando, hasta dónde puede demostrarse con palabras y, además, con el lenguaje, el tono y el espíritu de un hombre de talento, que la quería por su dulzura y su bondad; y, para que nada faltara... ¡era ahora el Mr. Crawford que había conseguido el ascenso de William!

Existía un cambio, y existían unos favores que forzosamente habían de producir algún efecto. Ella hubiera podido desdeñarle con toda la dignidad de la virtud ofendida en los terrenos de Sotherton o en el teatro de Mansfield Park; pero ahora se le acercaba con unos derechos que reclamaban un tratamiento distinto. Tenía que mostrarse cortés y compasiva. Debía considerarse honrada, y lo mismo pensando en ella que en su hermano, tenía que sentir una profunda gratitud. Efecto de todo ello fue un modo de expresarse tan doliente y turbado, con unas palabras entremezcladas con su negativa tan expresivas de gratitud y pesar, que, para un temperamento fatuo y creído como el de Crawford, la autenticidad o al menos el grado de su indiferencia podía muy bien ser discutible; de modo que no estuvo él tan falto de lógica como Fanny le consideró, en sus manifestaciones de que estaba dispuesto a perseverar sin desmayo, en vez de mostrarse desengañado, y que pusieron término a la entrevista.

Sólo de mala gana se resignó Henry a separarse de ella; pero al despedirse no había en su aspecto el menor síntoma de desesperación que desmintiera sus palabras, o que diera esperanzas a Fanny de que sería más razonable de lo que se mostraba.

Ella quedó enojada. No pudo evitar cierto resentimiento ante aquella perseverancia tan egoísta y poco generosa. Ahí estaba de nuevo aquella falta de delicadeza y consideración que anteriormente la había impresionado y ofendido. Ahí estaba de nuevo algo de aquel mismo Mr. Crawford que había repudiado. ¡Cómo se evidenciaba una grosera falta de sensibilidad y humanitarismo cuando quería satisfacer sus deseos! Y, ¡ah, cómo se notaba que nunca existieron unos principios para suplir, como deber, lo que le faltaba de corazón! Aunque ella tuviera el suyo tan desocupado... como acaso debiera tenerlo, nunca hubiese podido Henry conquistarlo.

Así pensaba Fanny con absoluta sinceridad y serena tristeza en el curso de sus meditaciones, sentada ante aquella condescendencia y aquel lujo excesivos de tener fuego en su cuarto del este, considerando el pasado y el presente, preguntándose qué iba a ocurrir ahora, en un estado de nerviosa agitación que le impedía ver nada claro, excepto la imposibilidad de poder llegar nunca, en ningún caso, a querer a Crawford, y la felicidad de tener el calor de un fuego ante el que poder sentarse y meditar.

Sir Thomas se vio obligado, o se obligó a sí mismo, a aguardar hasta la mañana para saber lo ocurrido entre los jóvenes. Entonces vio a Crawford, que le dio su referencia. La primera sensación fue de desencanto; había esperado algo mejor; había creído que una hora de súplicas por parte de un joven como Henry Crawford tenía que producir un cambio mayor en una muchacha de carácter tan dócil como Fanny Price; pero halló inmediato consuelo en los decididos propósitos y ansias de perseverar del enamorado; y viendo tan confiado en el éxito al primer interesado, no tardó sir Thomas en confiar también.

Por su parte no omitió cortesía, cumplimiento o amabilidad que pudiera ayudar al proyecto. Honró la firmeza de Mr. Crawford, ensalzó a Fanny y puso de manifiesto que aquellas relaciones seguían siendo lo más deseable del mundo. En Mansfield Park, Mr. Crawford sería siempre bien recibido; no tenía más que consultar su propio juicio y sus sentimientos en cuanto a la frecuencia de las visitas, lo mismo ahora que para el futuro. En todos los familiares y amigos de su sobrina sólo podía caber una opinión, un deseo, con referencia al caso; la influencia de todos los que la querían había de inclinarla en aquel sentido.

Dijo cuanto podía dar aliento, Henry lo acogió con agradecida satisfacción y los dos caballeros se separaron como los mejores amigos.

Satisfecho de que la causa siguiera ahora un curso tan propio y prometedor, sir Thomas resolvió abstenerse de importunar más a su sobrina y de mostrar una clara ingerencia. Consideró que la benevolencia seria el mejor camino para influir en su ánimo. Las súplicas procederían de un solo sector. La abstención de la familia en un punto respecto del cual ella no podía dudar de los deseos que todos habían de sentir, sería el medio más seguro de conseguir algún progreso. De acuerdo con este principio, sir Thomas aprovechó la primera ocasión para decir a Fanny con indulgente gravedad, a propósito para dominarla:

—Bueno, Fanny, he visto nuevamente a Mr. Crawford, y por él he sabido exactamente cómo están las cosas entre vosotros. Es el joven más extraordinario, y cualquiera que sea el resultado, debes darte cuenta de que has creado un afecto de carácter nada corriente; aunque, por ser tú tan joven y tener poco

conocimiento de la pasajera, variable, inconstante naturaleza del amor, como generalmente se da, no puede sorprenderte, como a mí, cuanto hay de maravilloso en una perseverancia semejante contra el descorazonamiento. En su caso, todo es cuestión de sentimiento; él no pretende que se le reconozca ningún mérito por ello; acaso no tenga derecho a ninguno. No obstante, por haber elegido tan bien, su constancia tiene un carácter muy encomiable. De no haber sido tan intachable su elección, yo hubiera condenado su perseverancia.

—Desde luego —dijo Fanny—, siento mucho que Mr. Crawford continúe con... Ya sé que me hace un gran honor, y me considero inmerecidamente honrada; pero estoy tan convencida, y así se lo he dicho, de que jamás podré...

—Querida —la interrumpió sir Thomas—, no es ocasión para esto. Conozco tan bien tus sentimientos como tú debes conocer mis deseos y mi pena. No hay más que decir ni que hacer. A partir de este momento, el tema no habrá de renovarse entre nosotros. No tendrás nada que temer, ni que preocuparte por ello. No puedes suponerme capaz de intentar convencerte para que te cases contra tus inclinaciones. Tu felicidad y conveniencia es cuanto tengo presente, y nada se te pide fuera de que soportes los intentos de Mr. Crawford para convencerte de que esa felicidad y conveniencia no son incompatibles con las de él. Corre con su propio riesgo. Tú pisas terreno seguro. He accedido a que te vea siempre que nos visite, lo mismo que si nada de eso hubiera ocurrido. Le verás, estando rodeada de todos nosotros, como antes, y procurando desechar todo recuerdo desagradable. Por otra parte, va a marcharse tan pronto de Northamptonshire, que ni siquiera este pequeño sacrificio se te pedirá muchas veces. El futuro puede ser muy incierto. Y ahora, querida Fanny, este asunto ha terminado entre nosotros.

La promesa de que él partía, fue lo único en que pudo pensar Fanny con gran satisfacción. Sin embargo, fue también sensible a las amables expresiones de su tío y a su tono condescendiente; y al considerar cuán lejos estaba él de conocer toda la verdad, reconoció que no tenía derecho a asombrarse de la línea de conducta que había adoptado. De él, que había casado una hija con Mr. Rushworth... ciertamente no cabía esperar románticas delicadezas. Ella tenía que cumplir con su deber, y confiar que el tiempo haría su deber más llevadero.

Aunque sólo contaba dieciocho años, no podía suponer que el afecto de Mr. Crawford fuese a durar para siempre; no podía menos de imaginar que una resuelta y constante indiferencia por su parte tendría que acabar a la larga con las ilusiones del galán. Cuanto tiempo concedía ella, en su fantasía, al predominio de las mismas, es ya otra cuestión. No sería correcto averiguar en una damisela la exacta estimación de sus propias gracias.

A despecho de su proyectado silencio, sir Thomas viote obligado a mencionar una vez más el asunto a su sobrina, a fin de prepararla brevemente sobre la notificación del mismo a sus tías; medida que él hubiera querido evitar todavía, pero que se hizo necesaria ante la total oposición de Mr. Crawford a todo procedimiento secreto. No tenía él el menor propósito de ocultarlo a nadie. Era totalmente conocido en la rectoría, donde gustaba de hablar sobre el futuro con sus dos hermanas, y sería muy grato para él tener testigos de excepción atentos al progreso de su conquista. Al enterarse de esto sir Thomas, comprendió la

necesidad de hacer partícipes del caso a su esposa y a su cuñada, sin dilación; aunque, por cuenta de Fanny, casi temía tanto como ella el efecto que la comunicación produciría a tía Norris. Consideraba fuera de lugar su erróneo aunque bien intencionado celo. Sir Thomas, en realidad, no estaba por entonces muy lejos de clasificar a tía Norris como una de esas personas bien intencionadas que están siempre cometiendo desaciertos y cosas muy desagradables.

Tía Norris, sin embargo, le quitó un peso de encima. Él hizo presión para que observara la indulgencia y el silencio más estrictos hacia su sobrina; y ella no sólo lo prometió, sino que cumplió su promesa. Lo único que hizo fue mostrar su creciente malquerencia. Estaba indignada, amargamente indignada; pero era mayor su indignación por haber recibido Fanny semejante ofrecimiento, que porque lo hubiera rechazado. Era una injuria y una afrenta para Julia, que hubiera debido ser la elegida de Mr. Crawford; y, con independencia de esto, estaba disgustada con Fanny porque había prescindido de ella; que ella hubiera querido desvirtuar la sensación de encumbramiento en la persona que siempre había intentado humillar.

Sir Thomas le concedió en aquel caso un crédito de discreción mayor del que merecía; y Fanny hubiese llegado a bendecirla por limitarse a mostrarle su desagrado, sin obligarla a escucharlo.

Lady Bertram lo tomó de otro modo. Había sido una belleza, y una belleza afortunada, toda su vida. Belleza y fortuna era cuanto excitaba su respeto. La noticia de que Fanny era requerida en matrimonio por un hombre rico, bastó para que ésta se elevara mucho en su opinión. Convencida por ello de que Fanny era muy bonita, cosa de la que había dudado hasta entonces, y de que se casaría ventajosamente, hasta sintió una especie de orgullo al llamar a su sobrina.

—Bueno, Fanny —dijo, tan pronto estuvieron solas... y, por cierto, había conocido algo parecido a la impaciencia por encontrarse a solas con ella; y su rostro, mientras hablaba, traslucía una extraordinaria animación—. Bueno, Fanny, esta mañana he tenido una sorpresa muy agradable. Debo hablarte de ello una vez siquiera; le dije a Thomas que debía hablarte, aunque sólo fuera una vez... y, después, ya estaré satisfecha. Te felicito, mi querida sobrina —y mirándola con satisfacción añadió——: ¡Hum...! Desde luego, somos una hermosa familia.

Fanny se ruborizó y, de momento, no supo qué decir; pero enseguida, con la esperanza de cogerla por su punto flaco, contestó:

—Querida tía, usted no podía desear que hubiese sido otra mi decisión, estoy segura. Usted no puede desear que me case; porque me echaría de menos, ¿no es cierto? Sí, estoy segura de que sería demasiado lo que me echaría de menos, para desear que me case.

—No, querida; no iba a pensar en lo que te echaría de menos cuando te sale al paso una proposición como esa. Podría muy bien prescindir de ti, si te casaras con un hombre de posición tan espléndida como la de Mr. Crawford. Y debes tener presente, Fanny, que es deber de toda muchacha aceptar un ofrecimiento tan excepcional como este.

Era acaso la única norma de conducta, el único consejo que Fanny había recibido de su tía en el curso de ocho años y medio. Esto la hizo callar. Comprendió lo inútil de una discusión. Si los sentimientos de su tía estaban contra ella, nada podía esperarse de una llamada a su entendimiento. Lady Beitiam estaba muy locuaz.

—Algo quiero decirte, Fanny —prosiguió—: estoy segura de que se enamoró de ti la noche del baile; estoy segura de que la cosa se enredó aquella noche. Tu aspecto era magnífico. Todo el mundo lo dijo. Así lo dijo sir Thomas. Y ya sabes que dispusiste de la Chapman para que te ayudara a vestir. Le diré a Thomas que estoy segura de que todo viene de aquella noche.

Y siguiendo este curso de animados pensamientos, añadió poco después:

—Y algo más voy a decirte, Fanny... Es más de lo que hice por María: la próxima vez que Pug tenga cría te regalaré un cachorro.

CAPÍTULO XXXIV

Edmund había de enterarse de grandes cosas a su regreso. Muchas sorpresas le aguardaban. La primera no fue la de menos interés: la presencia de Henry Crawford y su hermana, que paseaban por la carretera cuando él llegó en el coche. Había creído, teniendo en cuenta los propósitos de ellos, que se encontrarían muy lejos de allí. Había prolongado su ausencia más de una quincena a propósito, para eludir a Mary Crawford. Volvía a Mansfield con el ánimo dispuesto a alimentarse de recuerdos melancólicos y tiernas evocaciones, y se encontraba de pronto ante la linda muchacha en persona, apoyada en el brazo de su hermano; y se veía, además, acogido con una bienvenida francamente amistosa por parte de la mujer en quien pensaba unos momentos antes, considerándola a setenta millas de distancia y más lejos, mucho más lejos de él por sus inclinaciones de lo que cualquier distancia pudiera expresar.

La acogida que le dispensó no hubiera llegado a soñarla de haber esperado encontrarla allí. Volviendo de cumplir un propósito como el que había motivado su ausencia, Edmund hubiera esperado cualquier cosa antes que una actitud de satisfacción y unas palabras de sentido puramente agradable. Fue bastante para enardecer su corazón y hacer que llegara a casa en el estado más propicio para apreciar todo el valor de las otras gratas sorpresas que le aguardaban.

Pronto quedó enterado del ascenso de William, con todos los detalles; y teniendo en su pecho aquella secreta provisión de optimismo para contribuir a su alegría, halló en ello una fuente de gratisimas sensaciones y sostenida animación durante la comida.

Después, cuando quedó a solas con su padre, supo la historia de Fanny; y entonces vino en conocimiento de todos los grandes acontecimientos de la última quincena y del actual estado de cosas en Mansfield.

Fanny sospechó lo que ocurría. Tanto prolongaban su permanencia en el comedor, que tuvo la seguridad de que estaban hablando de ella; y cuando al fin el té los sacó de allí, y pensó que Edmund iba a verla otra vez, se sintió terriblemente culpable. Edmund se aproximó a ella, se sentó a su lado, le cogió una mano y se la estrechó con cariño; y en aquel momento pensó Fanny que, de no ser por la ocupación y atenciones que el servicio del té requería, se hubiera traicionado dejándose arrastrar por la emoción a un exceso imperdonable.

Sin embargo, con aquella acción, Edmund no se proponía darle el estímulo y la incondicional aprobación que ella dedujo de la misma. Sólo quería expresarle que se hacía partícipe de cuanto a ella pudiera interesar, y testimoniarle que lo que acababan de decirle avivaba sus sentimientos afectivos. Él estaba, de hecho, enteramente del lado de su padre en aquella cuestión. Su sorpresa no fue tan grande como la de su padre, al enterarse de que ella había rechazado a Crawford, porque, lejos de suponer que sintiera por él nada parecido a una preferencia, siempre había creído más bien lo contrario, y pudo imaginar perfectamente que el caso la había cogido desprevenida; pero ni el propio sir Thomas era más partidario que él de aquellas relaciones. A su juicio, ya no podía ser más recomendable aquel enlace; y mientras ensalzaba a Fanny por lo que había hecho dada su actual indiferencia, alabándola en unos términos bastante más entusiastas que los que sir Thomas hubiera podido suscribir, esperaba muy de veras, lleno de confianza, que al fin habría boda y que, unidos por un mutuo afecto, resultaría que sus caracteres eran tan exactamente adecuados el uno para el otro como él empezaba seriamente a considerarlos. Crawford había procedido con demasiada precipitación. No le había dado a ella tiempo de sentirse atraída. Había comenzado al revés. No obstante, con las condiciones que él poseía y con el buen natural de ella, Edmund confiaba en que todo contribuiría a una feliz conclusión. Entretanto, bastante vio lo muy turbada que estaba Fanny para guardarse muy bien de provocar nuevamente su inquietud con una sola palabra, una mirada o un ademán.

Crawford les visitó el día siguiente, y en atención al regreso de Edmund, a sir Thomas le pareció más que natural invitarle a comer. Era, en realidad, un cumplimiento obligado. Henry aceptó, desde luego, lo que proporcionó a Edmund una magnífica oportunidad para observar cómo adelantaba con Fanny y qué margen de confianza inmediata podía deducir para sí de la actitud de ella; y fue tan poco, tan poquísimo (toda eventualidad, toda probabilidad alentadora, se apoyaba tan sólo en su turbación; de no existir motivo alguno de esperanza en su confusión, no cabria ponerla en nada más), que casi estuvo dispuesto a maravillarse de la perseverancia de su amigo. Fanny lo merecía todo; la consideraba digna de cualquier extremo de paciencia y de todo esfuerzo mental; pero pensó que él no se vería capaz de insistir cerca de mujer alguna sin algo más para alentarle de lo que pudo descubrir en los ojos de su prima. Puso su mejor voluntad en creer que Henry veía más claro que él; y ésta fue la conclusión más consoladora para su amigo a que pudo llegar, una vez observado todo lo ocurrido antes, durante, y después de la comida.

Durante la velada se dieron algunas circunstancias que consideró más prometedoras. Cuando él y Crawford entraron en el salón, lady Bertram y Fanny

estaban sentadas en silencio, dedicadas con tanta atención a la labor como si nada más hubiera de importancia en el mundo. Edmund no pudo menos de notar la profunda calma que reinaba allí.

—No estuvimos tan calladas todo el rato —replicó su madre—. Fanny estuvo leyendo para mí, y sólo dejó el libro cuando les oyó llegar.

Y, en efecto, sobre la mesa había un libro que parecía acabado de cerrar: un tomo de Shakespeare.

—A menudo me lee pasajes de esos libros —agregó lady Bertram—; y estaba a la mitad de un magnífico parlamento de ese personaje... ¿cómo se llama, Fanny?... cuando oímos sus pasos.

Crawford tomó el volumen.

—Concédame el placer de acabarle ese parlamento, señora —dijo—; lo encontraré enseguida.

Y abriendo con cuidado el libro, dejando que las hojas siguieran su propia inclinación, lo encontró... o se equivocó sólo en una o dos páginas, acertando lo bastante para satisfacer a lady Bertram, la cual aseguró, en cuanto le oyó nombrar al cardenal Wolsey, que había dado con el mismísimo parlamento en cuestión. Ni una mirada, ni un ofrecimiento de ayuda había brindado Fanny; ni pronunció una sílaba en pro o en contra. Concentraba toda su atención en la labor. Parecía haberse propuesto no interesarse por nada más. Pero la afición podía más en ella. No consiguió abstraer su mente ni cinco minutos; se vio empujada a escuchar. Henry leía magistralmente, y a ella le gustaba en extremo escuchar a un buen lector. A lectores *buenos,* sin embargo, estaba ya acostumbrada a escucharlos: su tío leía bien, sus primos todos... Edmund, muy bien; pero en el modo de leer de Henry Crawford había una variedad de matices excelentes, superior a lo que jamás había tenido ocasión de conocer. El Rey, la Reina, Buckingham, Wolsey, todos fueron desfilando por turno; pues con el más feliz acierto, con las mayores facultades para amoldarse y con la mayor intuición, siempre daba, a voluntad, con la mejor escena o el menor parlamento de cada personaje; y lo mismo si se trataba de dignidad u orgullo, ternura o remordimiento, o lo que hubiere que expresar, sabía hacerlo con idéntica perfección. Había auténtico dramatismo. Su modo de actuar en escena enseñó primero a Fanny el placer que cabe hallar en una representación, y su modo de leer hacía que evocase todo lo sentido al verle actuar; aunque acaso lo saboreaba ahora con mayor delectación, por ser cosa imprevista, al par que desprovista del mal efecto que en ella solía producir el espectáculo de Henry Crawford con María Bertram en el escenario.

Edmund observaba el progreso de su atención, y era divertido y grato para él ver cómo Fanny gradualmente descuidaba la labor que, al principio, parecía absorberla por entero; cómo le iba resbalando de las manos mientras permanecía inmóvil, inclinada sobre la misma; y, finalmente, cómo su mirada, que tan empeñada pareció en evitarle durante todo el día, se volvía para fijarse en Crawford... para fijarse en él durante varios minutos, para fijarse en él, en fin, hasta que su atracción hizo volver la de Henry hacia ella, y el libro se cerró, y quedó roto el encanto. Entonces ella se recluyó otra vez en sí misma, enrojeció y se puso a trabajar con tanto afán como antes; pero aquello fue suficiente para

dar ánimos a Edmund en cuanto a las probabilidades de su amigo; y al darle cordialmente las gracias, creyó expresar también los íntimos sentimientos de Fanny.

—Esa debe de ser una de sus obras preferidas —dijo—; la lee como si la conociera muy bien.

—Creo que será mi preferida desde ahora —replicó Crawford—; pero no recuerdo haber tenido en las manos un tomo de Shakespeare desde antes de cumplir los quince años. Vi representar una vez «Enrique VIII», o me habló de ello alguien que lo había representado... No recuerdo exactamente si fue esto o aquello. Pero uno se familiariza con Shakespeare sin saber cómo. Forma parte de la naturaleza de todo inglés. Sus pensamientos y bellezas están tan esparcidos que uno los respira por doquier; se intima con él por instinto. No hay hombre con un poco de cerebro que se ponga a leer al azar un buen pasaje de cualquiera de sus obras sin entrar en el acto en la corriente de su significado.

—Sin duda está uno familiarizado con Shakespeare, hasta cierto punto —dijo Edmund—, desde los tiernos años. Sus célebres pasajes los cita todo el mundo; se encuentran en la mitad de los libros que leemos, y todos hablamos a lo Shakespeare, empleamos sus símiles y definiciones; pero de esto a darle su exacto sentimiento, como usted le dio, va mucha diferencia. Conocerle por fragmentos y frases sueltas es bastante corriente; conocer su obra de cabo a rabo, tal vez no sea nada extraordinario; pero leerlo bien en voz alta denota un talento nada común.

—Caballero, me hace usted un gran honor —fue la contestación de Henry, que acompañó de una grave reverencia burlesca.

Ambos caballeros echaron una ojeada a Fanny, para ver si le arrancaban una palabra de elogio, aunque presintiendo ambos que no podía ser. Su elogio estuvo en su atención; podían contentarse con ello.

Lady Bertram expresó su admiración, y no a medias:

—Realmente, me parecía estar en el teatro —dijo—. Lamento que mi esposo no estuviera presente.

Crawford quedó en extremo complacido. Si Lady Bertram, con toda su incompetencia y languidez, pudo sentir así, la inferencia de lo que su sobrina, despierta e ilustrada, tuvo que sentir, era alentadora.

—Tiene usted grandes condiciones de actor, se lo aseguro, Mr. Crawford —agregó lady Bertram, poco después—; y he de decirle que estoy convencida de que, un día u otro, se arreglará usted un teatro en su casa de Norfolk.

—¿De veras, lo cree usted? —replicó él con presteza—. No, no; eso no será nunca. Está usted completamente equivocada. ¡Nada de teatro en Everingham! ¡Oh, no!

Y miró a Fanny con expresiva sonrisa, que evidentemente quería significar: «Esa dama nunca admitiría un teatro en Everingham».

Edmund lo vio todo, y vio a Fanny tan determinada a *no* verlo, como para darse perfecta cuenta de que lo dicho por Henry bastaba para que ella entendiera el exacto sentido de la protesta; y aquella rápida percepción de la galantería, aquella inmediata comprensión de lo insinuado, le pareció algo más bien favorable que negativo.

La conversación se prolongó sobre el tema de la lectura en voz alta. Los dos jóvenes eran los únicos que hablaban, de pie, junto a la chimenea, comentando la comente, demasiado comente, falta de preparación; el total descuido de este aspecto en los sistemas ordinarios de enseñanza en las escuelas para niños; el consiguientemente natural (aunque en algunos casos casi innatural) grado de ignorancia y torpeza en ciertos hombres, hasta en hombres sensibles e instruidos, al verse de pronto en la precisión de leer en voz alta, como había ocurrido en varios casos que les eran conocidos; citando ejemplos de dislates y omisiones, analizando las causas secundarias, la falta de educación de la voz, de justeza en la entonación y la modulación, de sutileza y discernimiento... debido todo a la causa principal: la falta, desde un principio, de estudio y hábito. Y Fanny escuchaba de nuevo con gran interés.

—Hasta en mi carrera —dijo Edmund, sonriendo— ¡qué poco se estudia el arte de leer! ¡Qué pocas veces se consigue un estilo claro y una buena dicción! No obstante, más he de referirme al pasado que al presente. Ahora existe un amplio espíritu de superación; pero entre los que se ordenaron hace veinte, treinta o cuarenta años, en su mayoría, a juzgar por sus demostraciones, debían creer que leer era leer y predicar era predicar. Ahora es distinto. Existe un criterio más justo sobre la cuestión. Se considera que la claridad y la energía pueden pesar en la predicación de las verdades más sólidas; además, se ha generalizado el espíritu de observación y el buen gusto, existe un juicio crítico más difundido que antaño; en cada congregación ha aumentado la proporción de los que entienden un poco en la materia y están en condiciones de juzgar y criticar.

Edmund ya había practicado una vez el servicio religioso desde su ordenación; y al quedar esto de manifiesto, le dirigió Crawford una serie de preguntas relativas a sus impresiones y a su éxito; preguntas hechas, si bien con la viveza de un amistoso interés y una pronta curiosidad, sin rasgo alguno de aquel espíritu zumbón o tono de liviandad que Edmund sabía lo ofensivo que era para Fanny, de modo que las contestó con sumo placer; y cuando Crawford consultó su opinión y dio la propia acerca del modo más adecuado de recitar ciertos pasajes del oficio, demostrando haber pensado antes en aquella cuestión, y haberlo hecho con discernimiento, Edmund sintió una satisfacción mucho mayor todavía. Este era el camino para llegar al corazón de Fanny. A ella no se la conquistaba con todo lo que la galantería, la agudeza y el buen humor juntos pudieran hacer; o, al menos, no sería posible conquistarla con todo eso tan pronto, sin apoyo de sentimiento y sensibilidad, y seriedad en las cuestiones serias.

—Nuestra liturgia —observó Crawford— posee bellezas que ni siquiera un estilo descuidado, negligente, en la lectura puede destruir; pero contiene también redundancias y repeticiones que requieren una lectura correcta para no ser notadas. Por lo que a mí respecta, al menos, debo confesar que no siempre estoy lo atento que debiera —aquí dirigió una breve mirada a Fanny—, que de cada veinte veces, diecinueve me pongo a pensar en cómo tal o cual plegaria debería leerse, y me dan unos enormes deseos de leerla yo mismo. ¿Decía usted algo —preguntó ansiosamente, acercándose a Fanny y suavizando la voz;

y como ella contestara negativamente, añadió—: ¿Está segura de que no dijo algo? Vi un movimiento en sus labios. Me figuré que acaso iba a decirme que *debería* estar más atento, y no *permitir* que divagara mi pensamiento. ¿No iba a decirme esto?

—No, desde luego; conoce usted muy bien su obligación para que yo... aun suponiendo...

Se interrumpió; notó que se metía en un embrollo y no hubo manera de que añadiese otra palabra, ni aun recurriendo a súplicas y esperas durante varios minutos. Entonces él volvió a coger el hilo, prosiguiendo como si no hubiera existido la dulce interrupción:

—Menos corriente es todavía escuchar un buen sermón que una lectura de oraciones. Un sermón bueno en sí no es cosa rara. Más dificil es hablar bien que componer bien; es decir, las reglas y trucos de la composición son a menudo objeto de estudio. Un sermón absolutamente bueno, absolutamente bien *dicho,* es un verdadero deleite para el espíritu. Nunca he podido escuchar uno de esos sin el mayor respeto y admiración, y sin sentirme más que medio decidido a ordenarme y predicar yo mismo. Hay algo en la elocuencia del púlpito, cuando hay realmente elocuencia, digno del más alto encomio y honor. El predicador que sabe conmover e impresionar a una masa de oyentes tan heterogénea, con tiempo y temas limitados, ya gastados por su vulgarización; que sabe decir algo nuevo o sorprendente, algo que cautive la atención, sin ofender el buen gusto ni herir los sentimientos de sus oyentes, es hombre al que, por sus públicas funciones, nunca podría uno honrar como se merece. A mí me gustaría ser este hombre.

Edmund se rió.

—Sí, me gustaría. En mi vida he escuchado a un predicador notable sin sentir una especie de envidia. Pero yo necesitaría un auditorio de Londres. No podría predicar más que a gente educada... a los que fueran capaces de apreciar mi peroración. Y no sé si me gustaría predicar a menudo; de cuando en cuando... tal vez una o dos veces en la primavera, después de ser esperado con ansiedad seis domingos seguidos; pero no de modo constante. Si tuviera que hacerlo constantemente, no me resultaría.

Aquí, Fanny, que no podía menos de escuchar, agitó la cabeza involuntariamente, y en el acto se trasladó Crawford de nuevo a su lado para rogarle que le explicara el significado de su ademán; y como Edmund se diera cuenta, al ver que su amigo corría la silla para sentarse junto a Fanny, de que iba a iniciarse un ataque a fondo, con empleo de bien escogidas miradas y palabras a media voz, se deslizó con todo el disimulo posible hacia un rincón, les volvió la espalda y tomó un periódico, deseando sinceramente que la pequeña Fanny se dejara convencer y explicara su movimiento de cabeza a satisfacción del ardiente enamorado; y formalmente se propuso ahogar todo rumor de la conversación bajo murmuraciones propias acerca de anuncios varios, como: «Maravillosa finca en el Sur de Gales...» «A los Padres y Tutores...» y «Caballo de Caza perfectamente entrenado». Fanny, entretanto, enojada consigo misma por no haber permanecido tan inmóvil como callada, y sintiendo en el alma ver las combinaciones de Edmund, intentaba, con todos los recursos de su natural

modesto y dulce, rechazar a Henry y esquivar sus miradas tanto como sus preguntas; y él, imperturbable, insistía en las dos cosas.

—¿Qué significado tenía ese movimiento de cabeza? —preguntaba—. ¿Qué quería expresar? Su desaprobación, me temo. Pero, ¿de qué? ¿Qué dije yo que pudiera desagradarle? ¿Le pareció que hablaba de ese tema impropiamente, con ligereza o con irreverencia? Dígame sólo si fue así. Dígame al menos si estuve mal. Me gustaría rectificar. Vamos, vamos, se lo suplico; deje por un momento la labor. ¿Qué significaba ese movimiento de cabeza?

En vano repetía ella una y otra vez:

—Por favor, no insista usted... Por favor, Mr. Crawford.

Y en vano trataba de apartarse. Siempre en voz baja, siempre con el mismo tono vehemente y la misma proximidad, seguía él insistiendo con las mismas preguntas. La agitación y el disgusto de Fanny eran cada vez mayores.

—¿Cómo se atreve usted? —dijo—. Llega usted a asombrarme... me sorprende que sea usted capaz...

—¿Se asombra usted? —replicó él—. ¿Está sorprendida? ¿Hay algo en mi ruego que usted no comprenda? Voy a explicarle enseguida todo lo que hace que insista de ese modo, todo lo que hace que me interese por cuanto usted hace e insinúa, y excita ahora mi curiosidad. No permitiré que su asombro dure mucho tiempo.

Aun a pesar suyo, Fanny no pudo evitar una media sonrisa; pero no dijo nada.

—Agitó usted la cabeza al confesar yo que no me gustaría comprometerme en las obligaciones de un clérigo para siempre, de un modo constante. Sí, ésta fue la palabra: constante... Es una palabra que no me asusta. La deletrearía, la leería, la escribiría ante quien fuese. No veo nada alarmante en la palabra. ¿Cree usted que deberia alarmarme?

—Tal vez —dijo Fanny, hablando al fin por aburrimiento—, tal vez pensé que era una lástima que no se conociera usted siempre tan bien como pareció que se conocía en aquel momento.

Crawford, encantado de haber conseguido que hablase como fuera, se propuso mantener el diálogo en pie; y la pobre Fanny, que había esperado hacerle caer con aquel reproche extremo, vio con tristeza que se había equivocado, y que sólo habían pasado de un motivo de curiosidad y de un juego de palabras a otro. Henry siempre encontraba algo para suplicar que le fuera explicado. La ocasión era única. No se le había presentado otra igual desde que la viera en el despacho de su tío; ninguna otra se le ofrecería antes de abandonar Mansfield. Que lady Bertram estuviera sentada al otro lado de la mesa era una bagatela, pues siempre se la podía considerar medio dormida; y los anuncios que leía Edmund seguían siendo de primera utilidad.

—Bien —dijo Crawford, al cabo de un conjunto de rápidas preguntas y forzadas contestaciones—, soy más feliz de lo que era, porque ahora entiendo con mayor claridad la opinión que tiene de mí. Me considera usted inconstante... que con facilidad cedo al último capricho; que fácilmente me entusiasmo... y fácilmente abandono. Teniendo de mí esta opinión no es extraño que... Pero, ya se verá. No es con protestas como he de intentar convencerla de que es injusta conmigo; no es diciéndole que son firmes mis sentimientos. Mi conducta hablará

por mí... La ausencia, la distancia, el tiempo hablarán por mí. Ellos le demostrarán que, en la medida que alguien pueda merecerla, yo la merezco a usted. Es usted infinitamente superior a mis méritos; todo eso lo sé. Posee usted cualidades que antes no había yo supuesto que existieran en tal grado en ninguna criatura humana. Tiene usted ciertos rasgos angélicos superiores a... no solamente superiores a lo que uno ve, porque nunca se ven cosas así, sino superiores a lo que uno pudiera imaginar. Pero aun siendo así no temo. No es por igualdad de méritos por lo que cabe ganar su corazón. Ni siquiera se debe pensar en ello. Aquel que mejor comprenda y honre sus virtudes, que la ame con más devoción, será quien más derecho tendrá a ser correspondido. Sobre esta base se asienta mi confianza. Éste es el derecho que me asiste para merecerla, y se lo demostraré; y la conozco demasiado bien para, una vez convencida de que mi afecto es tal cual ahora le declaro, no abrigar la más ardiente esperanza. Sí, querida, dulce Fanny. Bueno... —viendo que ella se echaba para atrás, incomodada—, perdóneme. Tal vez no tenga aún derecho. Pero, ¿de qué otro modo podré llamarla? ¿Supone usted que la tengo de continuo presente en mi imaginación con otro nombre: No; es en mi «Fanny» en quien pienso todo el día y sueño toda la noche. Le ha conferido usted al nombre una tal realidad de dulzura, que nada podría describirla a usted con tanta fidelidad.

Fanny apenas hubiera podido resistir allí sentada por más tiempo, cuando menos sin intentar escabullirse, a despecho de la oposición excesivamente pública que preveía, de no haber llegado a sus oídos el rumor del socorro que se aproximaba, aquel rumor que hacía rato esperaba y que, según a ella le parecía, se retrasaba de un modo extraordinario.

La solemne procesión, encabezada por Baddeley, de la mesa del té, el jarro y el servicio de pasteles, hizo su aparición y la liberó de un penoso cautiverio de cuerpo y espíritu. Crawford se vio obligado a apartarse. Fanny recobró la libertad, debía atarearse, estaba protegida.

A Edmund no le pesó verse de nuevo admitido entre los que podían hablar y oír. Pero, aunque la conferencia le pareció muy larga y como al mirar a Fanny, vio en ella más bien un rubor que enojo, se inclinó a creer que no pudo decirse y escucharse tanto sin algún provecho para el orador.

CAPÍTULO XXXV

Edmund había llegado a la conclusión de que correspondía por entero a Fanny decidir si entre ellos debía mencionarse su posición con respecto a Crawford; y había resuelto que si no partía de ella la iniciativa, nunca aludiría él al asunto. Pero al cabo de un par de días de mutua reserva, su padre le indujo a cambiar de idea y a probar la eficacia de su influencia a favor de su amigo.

La fecha, y una fecha muy próxima, se había fijado ya para la partida de Crawford; y sir Thomas pensó que no sería de más hacer otro esfuerzo en pro del enamorado antes de que abandonara Mansfield, de modo que todas sus profesiones y promesas de afecto inalterables contaran con un mínimo de esperanza para sostenerse lo más posible.

Sir Thomas sentía el más cordial anhelo de que el carácter de Mr. Crawford fuese perfecto en ese punto. Deseaba que fuese un modelo de constancia, e imaginaba que el mejor medio de conseguirlo sería no someterlo a una prueba demasiado larga.

A Edmund no le costó dejarse convencer para que interviniera en la cuestión: anhelaba conocer los sentimientos de Fanny. Ella solía consultarle en todas sus dificultades, y él la quería demasiado para resignarse a que le negara ahora su confianza. Esperaba serle útil, estaba seguro de que le sería útil. ¿A quién más podía ella abrir su corazón? Aunque no necesitaba consejo, sin duda necesitaría el consuelo de la conversación. Fanny se apartaba de él, silenciosa y reservada; era un estado de cosas antinatural... una situación que él había de forzar, pudiendo además creer que esto era lo que ella más ansiaba.

—Hablaré con ella, padre; aprovecharé la primera oportunidad para hablarle a solas —fue el resultado de tales consideraciones; y al informarle sir Thomas de que precisamente entonces estaba ella paseando sola por los arbustos, fue inmediatamente a su encuentro.

—He venido a pasear contigo, Fanny —le dijo—. ¿Me dejas? —añadió, tomándola del brazo—. Hace mucho tiempo que no hemos dado juntos un agradable paseo.

Fanny asintió más bien con la mirada que de palabra. Tenía el ánimo abatido.

—Pero, Fanny —agregó él a continuación—, para que el paseo sea agradable, es preciso algo más que pisar juntos esta grava. Tienes que hablarme. Sé que algo te preocupa. Sé en qué estás pensando. No puedes suponer que no estoy enterado. ¿Es que todos me hablarán de ello menos la propia Fanny?

Fanny, a la vez agitada y desalentada, replicó:

—Si todos te hablaron ya de ello, nada quedará que pueda contarte yo.

—Respecto de los hechos, tal vez no; pero sí de los sentimientos, Fanny. Nadie más que tú podría revelármelos. No pretendo obligarte, sin embargo. Si es que no lo deseas tú misma, ya he terminado. Imaginé que podía ser un alivio para ti.

—Me temo que pensemos de modo demasiado distinto para que yo encuentre alivio hablando de lo que siento.

—¿Supones que pensamos diferente? No lo creo yo así. Me atrevería a decir que, si cotejáramos nuestros respectivos puntos de vista, resultarian tan coincidentes como en todo solían ser. Concretando: considero la proposición de Crawford como la más ventajosa y deseable, de poder tú corresponder a sus sentimientos; considero lo más natural que toda tu familia desee que pudieras corresponder a los mismos; pero siendo así que no puedes, has hecho exactamente lo que debías al rechazarle. ¿Puede haber ahí alguna discrepancia entre nosotros?

—¡Oh, no! Pero yo creía que me censurabas. Me imaginaba que estabas contra mí. ¡Qué gran consuelo!

—Este consuelo pudiste tenerlo antes, Fanny, si lo hubieras buscado. Pero, ¿cómo pudiste suponer que estaba contra ti? ¿Cómo pudiste imaginar que fuese yo un defensor del matrimonio sin amor? Y aunque en general fuese un despreocupado respecto de esas cuestiones, ¿cómo pudiste imaginarme así, siendo tu felicidad la que estaba en juego?

—Tu padre me juzgó mal, y yo sabía que te había hablado.

—Hasta este momento, Fanny, creo que has hecho perfectamente bien. Puedo lamentarlo, puedo estar sorprendido... Aunque esto apenas, porque sé que no has tenido tiempo siquiera de enamorarte; pero considero que has hecho perfectamente bien. ¿Es que cabe ponerlo en duda? Seria para nosotros ignominioso dudarlo. Tú no le amas; nada hubiese podido justificar que le aceptaras.

Habían pasado días y días sin que Fanny hallara un tan gran consuelo.

—Así de intachable ha sido tu conducta, y estaban completamente equivocados los que deseaban que obraras de otro modo. Pero el asunto no termina aquí. No es el de Crawford un afecto comente; persevera con la esperanza de crear aquella estimación que antes no creó. Esto, bien lo sabemos, tiene que ser obra del tiempo. Pero —y aquí sonrió afectuosamente—, deja que triunfe al fin, Fanny..., deja que triunfe al fin. Has demostrado tu integridad y desinterés; demuestra ahora que eres agradecida y tierna de corazón. Entonces serás el modelo de la mujer perfecta, para lo cual creí que habías nacido.

—¡Oh, nunca, nunca, nunca! ¡Jamás conseguirá ese triunfo!

Y esto lo dijo ella con una vehemencia que dejó atónito a Edmund e hizo que se ruborizara al acordarse de sí misma, cuando vio la sorpresa de su primo y le oyó replicar:

—Jamás! Fanny... ¡tan categórica y absoluta! Esto no parece propio de ti, de tu modo de ser racional.

—Quiero decir —exclamó ella corrigiéndose, pesarosa— que creo que nunca, hasta donde cabe prever lo futuro... creo que nunca corresponderé a su estimación.

—He de esperar mejores resultados. Me consta más de lo que pueda constarle el propio Crawford, que el hombre que pretenda tu amor (estando tú debidamente enterada de sus intenciones), habrá de desarrollar una muy ardua labor, pues ahí están todos tus antiguos afectos y costumbres alineados en orden de batalla; y antes de que consiga ganar para sí tu corazón, tendrá que desprenderlo de los lazos que le unen a una serie de motivos circundantes, animados e inanimados, que se han ido reforzando a lo largo de tantos años, y que, de momento, han de resistirse considerablemente a la sola idea de separación. Ya sé que la aprensión de verte obligada a abandonar Mansfield reforzará por algún tiempo tu ánimo contra él. Hubiese preferido que él no se sintiera obligado a decirte lo que pretendía. Hubiera deseado que él te conociera tan bien como yo, Fanny. Dicho sea entre nosotros, creo que te habríamos ganado. Mis conocimientos teóricos y los suyos prácticos, aunados, no hubiesen podido fallar. Tenía él que ajustarse a mis planes. No obstante, debo esperar

que el tiempo, al demostrar (como firmemente creo que así será) que es digno de ti por lo invariable de su afecto, le dará su recompensa. No puedo suponer que no tengas el deseo de amarle: el deseo natural de la gratitud. Debes tener algún sentimientos por el estilo. Tienes que estar apenada por tu propia indiferencia.

—Somos tan dispares —dijo Fanny, eludiendo una respuesta directa—, somos tan dispares, tanto, en todas nuestras inclinaciones y costumbres, que considero completamente imposible que juntos llegásemos nunca a ser ni siquiera medianamente felices, aun cuando pudiese quererle. Nunca existieron dos seres más opuestos. No tenemos un solo gusto en común. Seríamos desgraciados.

Te equivocas, Fanny. La diferencia no es tan grande. Hasta os parecéis bastante. Vuestros gustos coinciden en más de un caso. Tenéis los mismos gustos en moral y en literatura. Ambos poseéis un corazón ardiente y bondadosos sentimientos; y, Fanny, quien le haya oído leer a Shakespeare y te haya visto escucharle la otra noche, ¿creerá que no podéis ser el uno para el otro? Te olvidas de ti misma. Hay una marcada diferencia en vuestros caracteres, lo admito: él es animado, tú eres seria; pero tanto mejor: su ánimo sostendrá el tuyo. Es en ti natural dejarte abatir con facilidad e imaginar las dificultades mayores de lo que son. Su jovialidad vendrá a neutralizar esa tendencia. Él no ve dificultades en nada y su optimismo y alegría será un constante soporte para ti. Que en este aspecto seáis diferentes, Fanny, no pesa lo más mínimo contra vuestras posibilidades de mutua felicidad. No te lo figures. Yo mismo estoy convencido de que es una circunstancia más bien favorable. Estoy persuadido de que es mejor que sean diferentes los caracteres; quiero decir, diferentes en la exteriorización del humor, en los hábitos, en la mayor o menor preferencia por reunirse en sociedad, en la propensión a charlar o a estar callado, a estar serio o alegre. Cierto contraste en este aspecto, de ello estoy plenamente convencido, contribuye a la felicidad conyugal. Excluyo los extremos, desde luego; y una coincidencia demasiado exacta en todos esos puntos sería el camino más seguro para llegar a un extremo. Una oposición, suave y constante, es la mejor salvaguardia de los modales y de la conducta.

Fácilmente pudo Fanny adivinar dónde tenía él puesto ahora su pensamiento. El poder de Mary Crawford se manifestaba de nuevo con toda su pujanza. Edmund hablaba de ella con satisfacción desde su retomo al hogar. Aquello de esquivarla había terminado ya. Precisamente el día anterior había comido en la rectoria.

Después de darle ocasión de que se entregara a tal dulces pensamientos por unos minutos, Fanny, considerando que a ella correspondía hacerlo, volvió al tema de Mr. Crawford y dijo:

—No es sólo por su genio por lo que le considero inadecuado para mí... aunque, en este aspecto, creo que la diferencia que nos separa es demasiado grande, y mas que demasiado. Su alegría me abruma con frecuencia. Pero hay algo en él que repudio más aún. Debo decirte, Edmund, que no puedo aprobar su modo de ser. No le tengo en buena consideración desde los ensayos de la comedia. Entonces le vi comportarse, según mi opinión, de un modo tan

indecoroso y cruel (me permito hablar de ello ahora, porque todo pasó)... tan incorrecto con el pobre Mr. Rushworth, sin que al parecer le importase ponerle en evidencia y ofenderle y dedicando a mi prima María unas atenciones que... en una palabra, recibí entonces una impresión que nunca se me borrará.

—Mi querida Fanny —replicó Edmund, sin apenas escucharla hasta el final—, no queramos, ninguno de nosotros, que se nos juzgue por lo que parecíamos en aquel período de general locura. La época del teatro casero, es la época que con más aversión puedo recordar. María se portó mal, Crawford se portó mal, todos juntos nos portamos mal; pero nadie tanto como yo. En comparación conmigo, todos los demás tenían disculpa. Yo estuve haciendo el loco, teniendo abiertos los ojos.

—Como simple espectadora, acaso vi más yo de lo que tú pudiste ver; y creo que Mr. Rushworth estuvo a veces muy celoso.

—Muy posible. No es extraño. Nada podía ser más impropio que todo aquel tinglado. Me horroriza pensar que María fuese capaz de secundarlo; pero si ello pudo presentarse, no debe sorprendemos el resto.

—Tendría que estar yo muy equivocada si no fuese cierto que, antes de lo del teatro, creía Julia que Mr. Crawford se dedicaba a ella.

—¿Julia! A alguien le oí decir que estaba enamorado de Julia; pero nunca pude ver nada de eso. Sin embargo, Fanny, aunque espero hacer justicia a las buenas cualidades de mis hermanas considero muy posible que desearan, una o las dos, atraerse la admiración de Crawford, y que acaso mostrasen tal deseo de un modo más ostensible de lo que era prudente. Recuerdo muy bien que tenían una marcada predilección por su compañía; y viéndose así alentado, un hombre como Crawford, gallardo, y puede que un poco irreflexivo, no es extraño que llegase a... No pudo haber nada muy profundo, pues está claro que él no llevaba ninguna intención: su corazón estaba reservado para ti. Y debo decirte que esto ha hecho que ganara muchísimo en mi opinión. Es algo que le honra grandemente; demuestra la justa estima en que tiene la bendición de un hogar feliz y un puro afecto. Prueba que su tío no le ha echado a perder. Prueba, en fin, que él es exactamente lo que yo a menudo quería creer que era, y temía que no fuese.

—Tengo la convicción de que no piensa como debiera sobre cosas serias.

—Di, mejor, que nunca ha pensado en cosas serias; creo que es éste el caso. ¿Cómo podría ser de otro modo, con tal educación y tal consejero? Teniendo en cuenta lo pernicioso del ambiente que respiraron, ¿no es maravilloso que sean como son? Estoy dispuesto a reconocer que, hasta aquí, Crawford se ha dejado guiar en exceso por sus sentimientos. Por fortuna, esos sentimientos han sido, en general, buenos. Tú aportarás el resto. Desde luego, no puede haber un hombre más afortunado que él al enamorarse de semejante criatura..., de una mujer que, firme como una roca en sus principios, posee una suavidad de carácter tan ideal para recomendarlos. Ha sabido elegir su pareja, vaya que sí, pero tú harás de él lo que te propongas.

—¡No me comprometería a desempeñar semejante cargo! —exclamó Fanny, con marcado acento de inhibición—... ¡semejante cometido de tan alta responsabilidad!

—¡Cómo siempre, convencida de tu incapacidad para lo que sea! ¡Siempre imaginándolo todo demasiado importante para ti! Bien, si yo no puedo persuadirte de que han de modificarse tus sentimientos, confio que tú misma te persuadirás. Sinceramente confieso mi anhelo de que lo consigas. No es poco el interés que tengo en los progresos de Crawford. Por estar tan ligada a tu felicidad, Fanny, la suya reclama mis mejores votos. Ya ves que no puede ser pequeño mi interés por la bienandanza de Crawford.

Demasiado bien lo veía Fanny para tener nada que decir, y ambos siguieron paseando unas cincuenta yardas, silenciosos y abstraídos. Edmund fue el primero en empezar de nuevo:

—Ayer quedé muy complacido al ver como ella hablaba de este asunto; quedé particularmente complacido, porque no estaba seguro de que lo considerase todo bajo un punto de vista tan justo. Sabía que él estaba muy enamorado de ti, pero no obstante temía que ella no se tomara como merece tu valía para que te quisiera su hermano, y que lamentase que él no se hubiera fijado con preferencia en una mujer de abolengo o fortuna. Temía que se manifestara en ella la influencia de esas máximas mundanas que con demasiada frecuencia habrá escuchado en su vida. Pero no fue así. Habló de ti, Fanny, como debía. Desea este enlace tan ardientemente como tu tío o como yo mismo. Estuvimos hablando de ello largamente. Yo no hubiera mencionado el asunto, aunque ansiaba conocer sus sentimientos; pero no llevaba aun cinco minutos en la habitación cuando ella lo enfocó con aquella franqueza y aquella delicadeza que le son peculiares, con ese espíritu y esa sinceridad que en tan gran parte informan su mismo ser. La señora Grant se rió de ella por su rapidez.

—Entonces... ¿estaba también presente la señora Grant?

—Sí; cuando llegué a casa, encontré juntas a las dos hermanas; y una vez hubimos empezado, ya no dejamos de hablar de ti, Fanny, hasta que entraron Henry y el doctor Grant.

—Hace más de una semana que no he visto a Mary Crawford.

—Sí; y ella lo lamenta, aunque reconoce que acaso haya sido mejor. La verás, sin embargo, antes de que se vaya. Está muy enfadada contigo, Fanny; debes estar preparada para eso. Ella dice que está muy enfadada, pero ya puedes imaginar su enojo. Es el pesar y la desilusión de una hermana que cree a su hermano con derecho a poseer cuanto pueda desear, desde el primer instante. Está dolida, como tú lo estarías por William; pero te aprecia y te quiere de todo corazón.

—Ya me figuraba que estaría muy enfadada conmigo.

—Queridísima Fanny —dijo Edmund, estrechando su brazo para atraerla hacia sí—, no vaya a apenarte la idea de su enojo. Es un enfado más de palabra que de sentimiento. Su corazón se hizo para el amor y la ternura, no para el rencor. Me hubiese gustado que oyeras su tributo de alabanza; que hubieras podido ver la expresión de su rostro cuando dijo que tú debías ser la esposa de Henry. Observé que al nombrarte decía siempre «Fanny», cosa que antes no solía hacer; y sonaba a fraternal cordialidad.

—Y la señora Grant... ¿qué decía?... ¿hablaba también?... ¿estuvo allí todo el rato?

—Sí, se mostró completamente de acuerdo con su hermana. La sorpresa ante tu negativa, Fanny, parece que fue inmensa. Que pudieras rechazar a un hombre como Henry Crawford, parece que es más de lo que ellas pueden llegar a comprender. Dije por ti cuanto pude; pero, la verdad, tal como ellas consideran el caso, debes demostrarles que estás en tus cabales lo antes posible, mediante un cambio de actitud; nada más conseguirá satisfacerlas. Pero esto es coaccionarte. Ya he terminado; no te separes de mí.

—Yo hubiera creído —dijo Fanny, cerrando una pausa durante la cual se esforzó en concentrarse—, que toda mujer tenía que admitir la posibilidad de que un hombre no fuese aceptado, no fuese amado por otra mujer, por una al menos, por agradable que él sea para la generalidad. Aunque reúna todas las perfecciones del mundo, creo que no debería dejarse sentado como indudable que un hombre tiene que ser aceptado por todas las mujeres que a él se le ocurra querer. Pero, aun suponiéndolo así, concediendo a Mr. Crawford todos los derechos que sus hermanas le atribuyen, ¿cómo iba a estar yo preparada para acogerle con algún sentimiento de correspondencia a los suyos? Me cogió de sorpresa. Yo no había sospechado que su modo de portarse conmigo anteriormente tuviera algún significado; y es natural que yo no me hiciera el propósito de quererle, sólo porque hacía de mí un caso de ociosa distracción, al parecer, a falta de otra mejor. En tal ocasión hubiera sido el colmo de la vanidad hacerme ilusiones respecto de Mr. Crawford. Estoy segura de que sus hermanas, que tan alto lo valoran, lo hubieran considerado así, suponiendo que él nada les hubiera insinuado. ¿Cómo podía entonces sentir... sentirme enamorada de él en el instante en que me dijo que él lo estaba de mí? ¿Cómo iba yo a tener un afecto a su disposición, para el momento en que él lo requiriese? Sus hermanas deberían considerarme tan bien como a él. Cuanto más altos sus merecimientos, tanto más impropio de mí haber pensado siquiera en él. Y... y... tenemos unas ideas muy distintas sobre la naturaleza del sexo femenino, si ellas pueden suponer a una mujer capaz de corresponder tan pronto a un afecto como el que éste parece implicar.

—Mi querida, queridísima Fanny: ahora conozco la verdad. Sé que es ésta la verdad; y muy dignos de ti son estos sentimientos. Ya antes te los había atribuido. Pensé que sabía interpretarte. Has dado ahora exactamente la misma explicación que yo aventuré por ti ante tu amiga y la señora Grant, y ambas quedaron más satisfechas, aunque tu vehemente amiga se resistió un poco más a aceptarla debido a la fuerza de su cariño por Henry. Les dije que tú eras la criatura humana en quien más dominaba la costumbre y menos la novedad; y que el mismo carácter de novedad en la declaración de Crawford era desfavorable para él; que por ser tan nueva y reciente no podía favorecerle; que tú no podías tolerar cosa alguna a la que no estuvieras acostumbrada... y otras muchas cosas con el mismo propósito, a fin de darles una idea de tu natural. Mary nos hizo reír con sus planes para estimular a su hermano. Sugirió que habría que inducirle a perseverar con la esperanza de verse amado algún día, y de conseguir que sus declaraciones fueran acogidas más favorablemente al cabo de unos diez años de matrimonio feliz.

Fanny pudo con dificultad esbozar la sonrisa que aquí se esperaba de ella. Sus

sentimientos estaban revueltos. Temía haber hecho mal, hablando demasiado, exagerando la cautela que había considerado necesaria... Guardándose de un peligro para exponerse a otro. Y que le repitieran las gracias de miss Crawford en aquel momento, y sobre aquel asunto, era un amargo agravante.

Edmund vio fatiga y angustia en su rostro, y en el acto resolvió abstenerse de toda insistencia y no volver a mencionar siquiera el nombre de Crawford, excepto en cuanto pudiera tener relación con lo que había de resultarle agradable a ella. Basándose en este principio, dijo poco después:

—Se marchan el lunes. Por lo tanto, puedes tener la seguridad de que verás a tu amiga, bien mañana o el domingo. Realmente, se van el lunes; ¡y pensar que estuve en un tris de dejarme convencer para quedarme en Lessingby hasta ese mismo día! Casi lo había ya prometido. ¡Qué distinto hubiera sido todo! Esos cinco o seis días más en Lessingby, quizás los hubiera sentido toda la vida.

—¿Tan a punto estuviste de quedarte allí?

—Tanto. Me lo pedían con la más amable insistencia, y casi había accedido. De haber recibido alguna carta de Mansfield informándome de cómo seguíais por aquí, creo que me hubiera quedado, en efecto; pero nada sabía de lo sucedido aquí en el transcurso de una quincena, y me pareció que llevaba ya bastante tiempo ausente.

—¿Lo pasaste bien allí?

—Sí; es decir, fue por culpa de mi estado de ánimo si no lo pasé mejor. Eran todos muy agradables. Dudo que ellos pensaran lo mismo de mí. Llevaba dentro una especie de desazón, de la que no pude librarme hasta que me encontré de nuevo en Mansfield.

—Y las hermanas Owen... ¿te resultarían agradables, verdad?

—Sí, mucho. Son unas muchachas simpáticas, animadas, desprovistas de afectación. Pero yo ya no sirvo, Fanny, para departir con chicas corrientes. Esas jovencitas, con toda su alegría y naturalidad, no pueden resultarle a un hombre acostumbrado al trato de mujeres sensibles. Son dos modos distintos de ser. Tú y miss Crawford habéis conseguido que me vuelva demasiado exigente.

A pesar de todo, Fanny seguía aún abrumada y decaída; bien claro lo decía su aspecto. Era preferible no prolongar la conversación; y entendiéndolo así, Edmund la condujo, con la afable autoridad de un guardián privilegiado, al interior de la casa.

CAPÍTULO XXXVI

Edmund creía haberse enterado de cuanto Fanny pudiera contar, o dejar entrever, acerca de sus sentimientos, y quedó satisfecho. Como él había supuesto antes, Crawford había procedido con demasiada precipitación, y era preciso dejar que el tiempo se encargara de que ella se familiarizase con la idea,

primero, y le resultara después agradable. Tendría que acostumbrarse a considerar que Henry la amaba, y entonces ya no estaría lejos de corresponderle con su afecto.

Dio a su padre esta opinión como resultado de la conversación sostenida, y recomendó que nada más le dijera a ella, que no se intentara coaccionarla o persuadirla, sino que se dejara todo a la asiduidad de Crawford y a la reacción natural de su propio espíritu.

Sir Thomas prometió que así lo haría. Le pareció justa la apreciación de Edmund en cuanto al ánimo de Fanny. Suponía que eran éstos los sentimientos de ella, pero consideraba como una desgracia que los tuviera; porque, menos inclinado que su hijo a confiar en el futuro, no podía evitar el temor de que si era preciso conceder a Fanny tanto tiempo para familiarizarse, no se decidiría a acoger favorablemente las declaraciones del enamorado antes de que a éste se le acabasen los deseos de hacerlas. Nada podía hacerse, sin embargo, sino aceptar así las cosas con resignación y esperar lo mejor.

La prometida visita de «su amiga», como Edmund llamaba a miss Crawford, representaba una tremenda amenaza para Fanny, y hacía que viviera en un continuo terror. Como hermana, tan parcial e irritada, y tan poco escrupulosa en el hablar, y por otro lado tan triunfante y segura... era por muchos conceptos un motivo de angustiosa alarma. Su descontento, su agudeza y su felicidad era un conjunto espantoso que afrontar; y la confianza en que otras personas estarían presentes cuando se encontraran era el único consuelo para Fanny ante aquella perspectiva. Se apartaba lo menos posible de lady Bertram, no se acercaba a su cuarto del este y no daba ningún paseo solitario por los arbustos como precaución, para evitar una súbita arremetida.

Lo consiguió. Se hallaba a seguro en el comedor para los desayunos con su tía, cuando llegó miss Crawford. Pasado el primer susto, y viendo que en la actitud y las palabras de Mary había una expresión mucho menos intencionada de lo que había esperado, Fanny empezó a concebir la esperanza de que no se vería en el caso de tener que soportar nada peor que una media hora de moderada inquietud. Pero con esto esperaba demasiado. Miss Crawford no era una esclava de la oportunidad. Estaba decidida a hablar con Fanny a solas, y en consecuencia le dijo, sin esperar más que lo prudente, en voz baja:

—Necesito hablar unos minutos con usted, donde sea.

Palabras que Fanny sintió correr por todo su cuerpo, en todos sus pulsos y en todos sus nervios. Negarse era imposible. Sus hábitos de pronta sumisión, por el contrario, la llevaron a ponerse en pie casi en el acto y a guiarla fuera de la habitación. Lo hizo con profundo disgusto, pero era inevitable.

Apenas llegaron al vestíbulo cesó toda contención por parte de Mary Crawford. Agitó la cabeza mirando a Fanny con sutil, aunque afectuosa, expresión de reproche, le cogió una mano y parecía dispuesta a empezar allí mismo, casi incapaz de poderlo evitar. Sin embargo, dijo tan solo:

—¡Perversa, más que perversa! No sé cuándo acabaré de reñirla.

Y tuvo discreción bastante para reservarse lo demás hasta que pudieran estar seguras entre cuatro paredes para ellas solas. Fanny, naturalmente, subió la escalera y condujo a su invitada hasta el aposento que ahora estaba siempre

dispuesto confortablemente; no obstante, abrió la puerta con el corazón afligido, sintiendo que la esperaba una escena más angustiosa que cuantas habían tenido por testigo aquel mismo lugar. Pero el ataque que iba a desencadenarse contra ella quedó al menos aplazado, gracias al súbito cambio de ideas en la mente de miss Crawford, gracias a la profunda impresión de su espíritu al encontrarse de nuevo en el cuarto del este.

—¡Ah! —exclamó, con pronta animación—. ¿Estoy otra vez aquí? ¡El cuarto del este! Sólo una vez había estado en esta habitación —y después de una pausa para mirar en derredor y, a lo que parecía, rehacer mentalmente lo que había pasado allí, añadió—: sólo una vez. ¿Lo recuerda? Vine para ensayar. Su primo vino también. Y ensayamos. Usted era nuestro público y nuestro apuntador. Fue un ensayo delicioso. Nunca lo olvidaré. Aquí estábamos, precisamente en este lado de la habitación; aquí estaba su primo, aquí yo, aquí las sillas. ¡Ah! ¿Por qué esas cosas no pueden durar siempre?

Afortunadamente para su compañera, no esperaba contestación alguna. Tenía la mente totalmente ocupada por sus propios recuerdos. Estaba entregada a un ensueño de dulces evocaciones.

—¡La escena que ensayábamos era tan especial! El tema de la misma tan... tan... ¿cómo diría yo? Él tenía que hacerme la descripción del matrimonio y recomendármelo. Me parece verle ahora, procurando mostrarse tan formal y sosegado como corresponde a un Anhalt, a lo largo de sus dos extensos parlamentos. «Cuando dos corazones afines se encuentran en la vida matrimonial, puede llamarse al matrimonio vida feliz.» Me imagino que, por mucho tiempo que pase, jamás se me borrará la impresión que guardo de sus miradas y su voz al pronunciar esas palabras. ¡Fue curioso, muy curioso, que nos correspondiera representar semejante escena! Si yo tuviera la facultad de poder recordar una sola semana de mi existencia, sería esa semana, la semana de los ensayos, la que recordaría. Diga usted lo que quiera, Fanny, habría de ser *esa,* pues nunca, en ninguna otra, conocí una felicidad tan exquisita. ¡Ver como llegaba a doblegarse su firme voluntad! ¡Fue algo tan delicioso que ni se puede expresar! Pero, ¡ah!, al finalizar aquella tarde se acabó todo. Con la noche llegó su tío, en mala hora. ¡Pobre sir Thomas! ¿quién tenía deseos de verte?... Ahora bien, Fanny, no se imagine que me propongo hablar irrespetuosamente de sir Thomas, aunque es verdad que le odié por espacio de bastantes semanas. No, ahora le hago justicia. Es exactamente cual debe ser el jefe de una familia como ésta. Nada, con toda sinceridad, que ahora creo que les quiero a todos.

Y habiendo dicho esto, con un grado de ternura y convicción como Fanny nunca había visto en ella, y que ahora le pareció muy decoroso, se apartó un momento para serenarse.

—Me ha dado un pequeño arrebato al entrar en este cuarto, como habrá notado —dijo a continuación, sonriendo con travesura—, pero ya pasó. De modo que lo mejor será que nos sentemos y charlemos amigablemente; pues para reñirla, Fanny, que es a lo que vine con decidida intención, no tengo valor cuando llega el momento —y abrazándola efusivamente, añadió—: ¡Mi buena y dulce Fanny! Cuando pienso que la veo por última vez hasta no sé cuándo, me siento totalmente incapaz de hacer nada más que quererla.

Fanny se emocionó. No había previsto nada de aquello, y sus sentimientos raras veces podían resistir la melancólica influencia de la palabra «última». Se puso a llorar como si quisiera a Mary más de lo que en realidad podía; y ésta, más suavizada aún al verla tan impresionada, se apoyó en ella con ternura y dijo:

—Me resulta odioso tener que dejarla. Donde voy, no he de encontrar a nadie que sea ni la mitad de afectuoso. ¿Quién dice que no seremos hermanas? Yo sé que lo seremos. Siento que hemos nacido para ser familia; y estas lágrimas me convencen de que lo siente usted así también, Fanny.

Fanny salió de su marasmo y, contestando sólo en parte, dijo:

—Pero si usted sólo va de un grupo de amigos a otro. Se instalará en la casa de una amiga muy íntima.

—Sí, muy cierto, la señora Fraser ha sido mi íntima amiga durante años. Pero no siento los menores deseos de estar con ella. Sólo puedo pensar en los amigos que dejo..., en mi excelente hermana, en usted y en los Bertram en general. Hay entre ustedes mucho más *corazón* del que una suele encontrar por esos mundos. Aquí me dan todos la impresión de que se puede confiar en ustedes, cosa que, en el trato corriente, es totalmente desconocida. Preferiria haber convenido con la señora Fraser que no iría a su casa hasta después de Pascua, época mucho mejor para el caso; pero ahora ya no puedo saltarme el compromiso. Y cuando la deje a ella he de ir a casa de su hermana, lady Stomaway, porque más bien era *ésta,* de las dos, mi amiga íntima; pero no me he ocupado mucho de ella en estos tres años últimos.

Después de este discurso, las dos muchachas permanecieron silenciosas por espacio de unos minutos, dejándose llevar de sus respectivos pensamientos..., meditando Fanny sobre las distintas clases de amistad, Mary sobre algo de tendencia filosófica. Ésta fue la primera en romper el silencio:

—¡Qué perfectamente recuerdo mi decisión de buscarla aquí arriba, dispuesta a dar con el cuarto del Este, sin tener la menor idea de dónde pudiera hallarse! ¡Qué bien recuerdo lo que iba pensando al venir, y el momento en que asomé la cabeza y la vi a usted aquí, sentada a esta mesa trabajando, y después el asombro de su primo cuando abrió la puerta y se encontró aquí conmigo! No diga, que ocurrírsele a su tío volver precisamente aquella tarde... jamás hubo en mi vida unos días como aquellos!

De nuevo se abandonó a un breve arrebato de abstracción; cuando, sacudiéndolo de pronto, de este modo acometió a su compañera:

—Vamos, Fanny; la veo a usted en un completo arrobamiento... pensando, espero, en alguien que siempre piensa en usted. ¡Oh, si pudiera llevármela por algún tiempo a nuestro círculo de Londres, para que se diera cuenta de la impresión que causa allí su poder sobre Henry! ¡Oh, las envidias y rencores de tantas y tantas docenas de fracasadas...; el asombro, la incredulidad que habrá de suscitar la noticia de lo que usted ha conseguido! Porque, quede esto en secreto. Henry es como el héroe de un romance antiguo y llega a gloriarse de sus cadenas. Tendría que venir a Londres para saber apreciar su conquista. ¡Si viera cómo le cortejan, y cómo a mí me cortejan por él! En realidad, sé muy bien que en casa de la señora Fraser no me dispensarán una acogida ni la mitad de

calurosa, a consecuencia de los propósitos de mi hermano. Cuando sepa la verdad, lo más probable es que desee que me vuelva a Northamptonshire. Porque el marido de mi amiga, Mr. Fraser, tiene una hija, de su primera esposa, que es ya mayor y está rabiosa por casarse, y quería pescar a Henry. ¡Oh!, ha intentado conseguirlo por todos los medios. Permaneciendo aquí, inocente y tranquila, no puede tener idea de la sensación que va usted a causar, de la curiosidad que habrá por verla, del sinfin de preguntas que habré de contestar. La pobre Margaret Fraser me acosará sin cesar, interesándose por sus ojos, y sus dientes, y la forma de su peinado, y quién le hace el calzado. Preferiría que Margaret se hubiera casado, para bien de mi pobre amiga; pues considero a los Fraser tan desgraciados, poco más o menos, como la mayoría de los matrimonios. Y, no obstante, fue un partido magnífico para Janet. Todos estábamos encantados. No podía hacer otra cosa que aceptarle, pues él era rico y ella no tenía nada; pero el hombre se muestra cada día más malhumorado y exigente, y quiere que una mujer joven, una linda y joven mujer de veinticinco años, sea tan seria como él. Y mi amiga no sabe manejarlo bien; parece que no sabe cómo encauzar las cosas para vivir lo mejor posible. Y hay entre ellos un espíritu de encono que, para no decir algo peor, es prueba de muy mala educación. En aquella casa recordaré con respeto los hábitos conyugales de la rectoría de Mansfield. Hasta el doctor Grant muestra una absoluta confianza en mi hermana y tiene en cierta consideración sus puntos de vista, lo que hace que una note que *hay* un mutuo afecto; pero entre los Fraser no verá nada de eso. Mi corazón quedará en Mansfield para siempre, Fanny. Mi propia hermana como esposa, sir Thomas Bertram como marido, son mis modelos de perfección. La pobre Janet se engañó lamentablemente; y, sin embargo, no es que obrase a la ligera; no se precipitó al matrimonio irreflexivamente; no hubo falta de previsión. Se tomó tres días para reflexionar, y durante esos tres días pidió consejo a todos los parientes cuya opinión valiera la pena, y acudió en especial a mi difunta tía, cuyo conocimiento del mundo hacía que su criterio fuese justamente reconocido por toda la gente joven relacionada con ella; y mi tía decidió a favor de la boda. Así es que parece que no hay nada que pueda asegurar una agradable vida matrimonial. Tanto no puedo decir respecto de mi amiga Flora, que dio calabazas a un estupendo muchacho en el Blues, para unirse a ese horrendo de lord Stornaway, que tiene poco más o menos, Fanny, la inteligencia de Mr. Rushworth, pero mucho peor aspecto y la índole de un tunante. Yo *tuve* mis dudas entonces en cuanto a lo acertado de su elección, pues él no tiene siquiera el aire de *un gentleman;* pero ahora estoy segura de que se equivocó. A propósito Flora Ross se moría por Henry el primer invierno que apareció en sociedad. Pero si fuera a enumerarle todas las mujeres que yo sé que se han enamorado de él, no acabaría nunca. Sólo usted, nada más usted, insensible Fanny, es capaz de pensar en él con una especie de indiferencia. ¿Pero es, en realidad, tan insensible como se muestra? No, no, ya veo que no.

Era, en efecto, tan intenso el rubor que en aquellos momentos cubría el rostro de Fanny, como para convertir en certidumbre la sospecha de una mente predispuesta.

—¡Excelente criatura! No quiero atormentarla. Todo seguirá su curso. Pero,

querida Fanny, debe usted reconocer que no estaba tan desprevenida cuando se le planteó la cuestión como se figura su primo. A la fuerza tuvo que dar cabida a algunos pensamientos acerca de ello, a algunas suposiciones en cuanto a lo que pudiera ser. Forzosamente había de notar que él trataba de complacerla dedicándole cuantas atenciones podía. ¿No estuvo, en el baile, por entero consagrado a usted? Y aun antes del baile: ¡la gargantilla! ¡Oh!, la recibió usted apreciando su significado, tan a sabiendas como pudiera desearlo un corazón, lo recuerdo perfectamente.

—¿Quiere usted decir, entonces, que su hermano sabía de antemano lo de la gargantilla? ¡Oh, miss Crawford! Eso no fue leal.

—¡Sí lo sabía! Todo fue obra suya, idea suya. Me avergüenza decir que a mí no se me había ocurrido; pero me encantó intervenir a propuesta suya, en beneficio de los dos.

—No diré —replicó Fanny— que no sintiera algún temor en aquella ocasión, pues noté algo en su mirada que me asustó; pero no al principio. Nada sospeché al principio... nada, en absoluto. Es esto tan cierto como que ahora estoy sentada aquí. Y de haberlo sospechado, nada hubiese podido inducirme a aceptar el presente. En cuanto al comportamiento de su hermano, en efecto, noté algo especial. Lo venía notando desde hacía poco tiempo, quizá dos o tres semanas; pero consideré que no significaba nada; interpreté simplemente que era su modo habitual, y estaba tan lejos de suponer como de desear que se hiciera algún pensamiento serio con relación a mí. Yo no fui, miss Crawford, una observadora poco atenta de lo que ocurría entre él y cierta persona de esta familia, durante el verano y el otoño pasados. Estuve callada, pero no ciega. Y pude ver que Mr. Crawford se permitía galanterías que no significaban nada.

—¡Ah! No puede negarlo. Se ha entregado de vez en cuando a lamentables devaneos, importándole muy poco el estrago que puede causar en los corazones femeninos. Muchas veces le he reñido por ello; pero es su único defecto. Y he de decir que muy pocas jovencitas merecen que sus sentimientos sean tenidos en cuenta. Por otra parte, Fanny, ¡qué gloria la de tener cautivo al hombre a quien tantas niñas casaderas han lanzado el anzuelo, la de tenerlo una en su poder para ajustarle todas las cuentas contraídas con nuestro sexo! ¡Oh!, estoy segura de que no cabe en la idiosincrasia femenina rechazar semejante triunfo.

Fanny meneó la cabeza.

—No puedo considerar bien a un hombre que juega con los sentimientos de cualquier mujer; con ello se causan a menudo sufrimientos mayores de que lo pueda suponer un observador circunstancial.

—No le defiendo: lo dejo por entero a merced de usted; y cuando él la tenga en Everingham, no me importa que le predique tanto como quiera. Pero una cosa debe tener en cuenta: que su defecto, eso de gustarle que las chicas se enamoren un poco de él, no es ni la mitad de peligroso para la felicidad de una mujer que una propensión a enamorarse él mismo, cosa a la que nunca tuvo afición. Y creo, seriamente y de verdad, que ha quedado prendado de usted como nunca lo estuvo de ninguna; que la quiere con todo su corazón. Si hubo alguna vez un hombre que amase para siempre a una mujer, creo que a Henry

le ocurrirá lo mismo con usted.

Fanny no pudo evitar una débil sonrisa, pero nada quiso decir.

—No recuerdo haber visto nunca a Henry tan feliz —prosiguió Mary— como cuando hubo conseguido el ascenso de su hermano.

Con esto acababa de lanzar un certero ataque sobre los sentimientos de Fanny.

—¡Ah, sí! ¡Qué amable, qué amabilidad la suya!

—Me consta que hubo de poner en ello un gran empeño, porque sé cuáles eran las piezas que tenía que mover. Al almirante le disgusta tener que molestarse y le irrita que le pidan favores; y hay tantas peticiones de muchachos que atender, que de no intervenir una amistad y una energía muy decididas nada se consigue. ¡Qué feliz debe sentirse William! ¡Si pudiéramos verle!

El ánimo de Fanny se vio arrastrado al más angustioso de sus cambiantes estados. El recuerdo de lo que hizo en favor de William era siempre el más poderoso obstáculo para toda decisión contra Mr. Crawford; y quedó meditando sobre ello hasta que Mary, que se había limitado, primero, a contemplarla con satisfacción y, después, a murmurar algo sin especial interés, reclamó de pronto su atención diciendo:

—Me pasaría aquí el día sentada charlando con usted, pero no debemos olvidar a las señoras de abajo; de modo que, adiós, mi querida, mi dilecta, mi excelente Fanny, pues aunque nominalmente nos separemos en el salón, aquí debo despedirme de usted en particular. Y me despido, anhelando una feliz reunión y confiando que, cuando volvamos a encontramos, será en unas circunstancias que permitan a nuestros corazones abrirse sin un resto de reserva.

Un efusivo, muy efusivo, abrazo y cierta afectación en el acento acompañaron estas palabras.

—Veré pronto a su primo en la capital; él dice que irá sin tardar mucho; y creo que sir Thomas también, en el curso de la primavera; y a su primo mayor, y a los Rushworath, y a Julia estoy segura de que les veré una y otra vez; a todos, menos a usted. Dos favores he de pedirle, Fanny: uno, la correspondencia. Tiene que escribirme, y el otro, que visite con frecuencia a mi hermana y la consuele de que me haya marchado.

El primero, al menos, de esos favores, hubiera preferido Fanny que no se lo pidieran; pero le era imposible rehusar la correspondencia; hasta le era imposible no acceder con más prontitud de lo que su propio criterio le aconsejaba. No cabía resistencia ante un afecto tan manifiesto. Su natural estaba especialmente dotado para apreciar un trato cariñoso; y por haberlo recibido hasta entonces en pocas veces, tanto más la impresionaba el de miss Crawford. Además, sentía por ella gratitud por haber hecho de aquel *tête-à-tête* algo mucho menos penoso de lo que sus temores le habían pronosticado.

Había pasado ya, y ella había escapado sin reproche y sin pesquisas. Su secreto seguía siendo suyo; y mientras fuese así, se veía capaz de resignarse a casi todo lo demás.

Por la tarde hubo otra despedida. Henry Crawford acudió y estuvo un rato con ellos; y como el estado de ánimo de Fanny no fuera previamente el más tenso,

por unos momentos se enterneció su corazón al verle allí, pues en realidad parecía sufrir. Muy distinto a su habitual modo de ser, apenas dijo nada. Era evidente que se sentía abrumado; y Fanny tuvo que apiadarse de él, aunque con la esperanza de que no volviera hasta que fuera el marido de otra mujer.

Cuando llegó el momento del adiós, si él le hubiera cogido la mano, ella no se hubiera negado; sin embargo, nada dijo Henry, o nada que ella pudiera oír; y cuando hubo salido de la habitación, quedó ella más contenta de que aquel rasgo de amistad no se hubiera manifestado.

Al día siguiente, los Crawford se habían ausentado de Mansfield.

CAPÍTULO XXXVII

Una vez ausente Mr. Crawford, el primer objetivo de sir Thomas fue que se le echara de menos; y concibió éste grandes esperanzas de que su sobrina encontrase un vacío en la pérdida de aquellas atenciones que antes había considerado, o imaginado, como un mal. Ahora sabía lo que era tener importancia, lo había gustado en la forma más halagadora; y él esperaba que la pérdida de aquella admiración, el hundirse otra vez en la nada, despertaría en el espíritu de Fanny unas muy saludables añoranzas. La observaba con esta idea, pero apenas podía decir con qué provecho. Dificil se le hacía apreciar si había en su ánimo alguna mutación. Era ella siempre tan dulce y reservada que sus emociones escapaban de sir Thomas. No la comprendía; de ello se daba perfecta cuenta. Y por tanto acudió a Edmund para saber hasta qué punto la afectaba la actual situación y si era más o menos feliz que antes.

Edmund no apreciaba en ella síntoma alguno de pesar, y consideró a su padre un tanto irrazonable por suponer que tres o cuatro días bastasen para ello.

Lo que principalmente sorprendía a Edmund era que su prima no echara de menos, de un modo más evidente, a la hermana de Henry, a la compañera y amiga que tanto había significado para ella. Le extrañaba que Fanny hablara tan poco de ella y tan poco tuviera que decir, espontáneamente, en cuanto a su pena por la separación.

¡Ay! Aquella hermana, aquella amiga y compañera, era el principal tormento contra su tranquilidad. Si ella hubiera podido considerar el destino de Mary tan desligado de Mansfield como estaba decidida a que lo fuera el de su hermano; si le hubiera cabido la esperanza de que ella tardaría en volver tanto como muy inclinada estaba a creer que tardaría Henry, se le hubiera aligerado el corazón, sin duda. Pero cuanto más recordaba y observaba, tanto más profundo era su convencimiento de que todo seguía ahora un curso más favorable que nunca para el casamiento de Edmund con miss Crawford. Por parte de él la inclinación era más fuerte; por la de ella, menos equívoca. Los prejuicios, los escrúpulos de Edmund basados en su integridad, parecían todos desechados..., nadie podía

saber cómo; y las dudas y vacilaciones de Mary, motivadas por su ambición, se habían igualmente superado, y también sin razón aparente. Sólo cabía imputarlo a un creciente afecto. Los buenos sentimientos de él y los malos de ella se rendían al amor, y este amor tendría que unirlos. Él iría a Londres en cuanto dejara resuelto algún asunto relativo a Thornton Lacey..., quizá dentro de unos días. Hablaba de su viaje, le gustaba comentarlo; y una vez se reuniera con ella... Fanny no podía dudar del resto. La aceptación por parte de Mary era tan segura como la declaración de Edmund; y, no obstante, prevalecían en aquélla unos principios deplorables que hacían el proyecto penosísimo para Fanny, independientemente (ella creía que independientemente) de sus propios sentimientos.

En la misma conversación sostenida últimamente entre ambas, miss Crawford, a pesar de ciertas demostraciones de ternura y de su mucha amabilidad personal, siguió siendo miss Crawford, siguió mostrando una mente extraviada, y aturdida, y sin sospechar en absoluto que fuese así; ofuscada, y figurándose que irradiaba luz. Podía amar a Edmund, pero no le merecía por ningún otro sentimiento. Fanny apenas creía que pudiera unirles un segundo sentimiento afin; y los sabios más experimentados la perdonarían por considerar la posibilidad de un futuro mejoramiento de miss Crawford como una esperanza casi inútil, por creer que si la influencia de Edmund, en aquella época de enamoramiento, de tan poco había servido para desembrollar su juicio y centrar sus ideas, acabaría él por rendirse y agotar toda su valía al lado de aquella esposa, en unos años de matrimonio.

La experiencia hubiese previsto algo mejor para cualquier pareja de las mismas circunstancias, y la imparcialidad no hubiera negado en miss Crawford la participación de esa naturaleza común a todas las mujeres que habría de llevarla a adoptar, como propias, las opiniones del hombre que ella quería y respetaba. Pero como aquélla era la convicción de Fanny, mucho sufría por tal motivo y nunca podía hablar sin pena de miss Crawford.

Sir Thomas, entretanto, seguía con sus esperanzas y sus observaciones, considerándose todavía con derecho, dado su conocimiento de la naturaleza humana, a esperar que se le manifestara el efecto de la pérdida de influjo e importancia en el ánimo de su sobrina, y que las pasadas atenciones del enamorado produjeran en ella un regusto, un deseo de volver a gozarlas; mas, poco después, hubo que resignarse a no tener de momento una visión completa y exacta de todo ello, ante la perspectiva de otra visita, cuya sola presencia había él de considerar que bastaría para sostener los ánimos que tenía bajo observación. William había obtenido un permiso de diez días, que dedicaría a Northamptonshire, y allí se dirigía, convertido en el más feliz de los tenientes por ser su ascenso el más reciente, para mostrar su felicidad y describir su uniforme.

Llegó; y le hubiera encantado exhibir el uniforme allí también, de no haberle impedido las crueles ordenanzas usarlo fuera del servicio. De modo que el uniforme se quedó en Portsmouth, y Edmund conjeturó que antes de que Fanny tuviera ocasión de verlo, toda su lozanía, y toda la lozanía de la ilusión de su poseedor, se habría marchitado. Se habría convertido en símbolo afrentoso; porque, ¿qué puede haber más impropio o indigno que el uniforme de un

teniente que lleva de teniente uno o dos años, y ve que otros ascienden a capitán antes que él? Así razonaba Edmund, hasta que su padre le hizo confidente de un proyecto que permitía considerar la probabilidad de que Fanny viera al segundo teniente del «H. M. S. Thrush» en la plenitud de su gloria.

El proyecto consistía en que ella acompañase a su hermano a la vuelta de éste a Portsmouth y pasara algún tiempo con sus familiares. Se le había ocurrido a sir Thomas en una de sus graves meditaciones, como una providencia justa y deseable; pero, antes de decidirse por completo, consultó a su hijo. Edmund lo consideró por todos lados, y no vio en ello sino un total acierto. La cosa era buena en sí, y no podía ser más oportuno el momento; además, no cabía duda de que sería en extremo agradable para Fanny. Esto bastó para que se determinara sir Thomas; y un decisivo: «Pues así se hará» cerró aquella etapa de la cuestión. Sir Thomas quedó no poco satisfecho, previendo unos beneficios aparte y además de lo hablado con su hijo; pues su móvil principal al prepararle aquel viaje tenía muy poco que ver con la conveniencia de que ella viera a sus padres otra vez, y nada en absoluto con la idea de procurarle una dicha. Deseaba, ciertamente, que fuera con gusto, pero no menos ciertamente deseaba que llegara a estar francamente hastiada de su hogar antes de dar por terminada allí su estancia; que un poco de abstinencia de los refinamientos y lujos de Mansfield Park la llevase a penar más cuerdamente y la inclinara a justipreciar el valor de aquel otro hogar más estable, e igualmente amable para ella, que se le había ofrecido.

Era un plan curativo para el entendimiento de su sobrina, que él debía considerar actualmente enfermo. Una permanencia de ocho o nueve años en los lares de la riqueza y la abundancia habían desequilibrado algo su facultad de juzgar y comparar. La casa de su padre, con toda probabilidad, le enseñaría a apreciar el valor de una buena renta; y confiaba hacer de ella la mujer mas sensata y feliz para toda la vida mediante el experimento ideado.

De haber sido Fanny nada más que un poco aficionada a los raptos, le hubiera dado uno muy fuerte cuando vino en conocimiento del proyecto; al ver que su tío le brindaba la ocasión de visitar a sus padres y hermanos, de los que había permanecido alejada casi la mitad de su vida; la ocasión de volver por un par de meses al escenario de su infancia, con William como protector y compañero de viaje, y la seguridad de continuar al lado de su hermano hasta el último instante de su permanencia en tierra. De no poder evitar alguna vez una explosión de júbilo, ésta tenía que producirse en aquella ocasión, pues era inmenso su gozo; pero era la suya una clase de felicidad reposada, profunda, íntima; y aun sin pecar nunca de habladora, más se inclinaba todavía a callar cuando sentía con más fuerza. De momento pudo sólo agradecer y aceptar. Después, familiarizada ya con la alegre visión tan de repente abierta ante sus ojos pudo hablar más ampliamente a William y a Edmund de lo que sentía pero quedaban aún tiernas emociones que era imposible vestir con palabras. El recuerdo de sus antiguos goces y de lo que había sufrido al verse arrancada de los mismos volvió a ella con renovada fuerza, y le parecía como si la vuelta al hogar paterno fuera a remediar cuantas penas habían desde entonces atormentado su vida, aparte de la separación. Verse de nuevo en el centro de aquel círculo, querida de todos, y

hasta más querida por todos de lo que fuera jamás; sentir cariño sin temor ni limitación; sentirse igual a los que la rodeasen; verse libre de cualquier alusión a los Crawford, estar a salvo de cualquier mirada que pudiera ella suponer un reproche a propósito de los mismos... Era éste un proyecto para ser saboreado con una intensidad que sólo a medias podía traslucirse.

Y Edmund, además... Pasar dos meses alejada de él (y tal vez le permitiesen prolongar hasta tres meses la ausencia), tenía que ser para ella un gran bien. Con tierra por medio, sin el asedio de sus miradas y de sus bondades, a salvo de la perpetua tortura de estar leyendo en su corazón y de esforzarse en evitar sus confidencias, estaría en mejores condiciones para razonar más sensatamente; sería capaz de imaginárselo en Londres, arreglando allí todas sus cosas, sin sentirse tan desgraciada. Lo que en Mansfield hubiera sido duro de soportar, iba a convertirse en Portsmouth en una pena leve.

La única rémora estaba en la duda de si tía Bertram se conformaría a quedarse sin ella. A nadie más era Fanny imprescindible; pero su tía acaso la echara de menos hasta tal punto, que no quería ni pensarlo. Y esta parte de la cuestión fue, en efecto, la más dificil de resolver por sir Thomas; y la que sólo él, y nadie más, hubiese podido solventar.

Pero él era quien mandaba en Mansfield Park. Cuando de veras había tomado una decisión sobre cualquier medida a adoptar, conseguía siempre llevarla a efecto; también ahora, abundando en palabras sobre el tema, explicando y subrayando el deber que tenía Fanny de ver a su familia alguna vez, indujo a su mujer a que la dejara ir..., consiguiéndolo, no obstante, más por sumisión que por convicción; pues, fuera de que sir Thomas consideraba que Fanny debía ir, y por lo tanto tenía que ir, de muy poco más llegó a convencerse lady Beitiam. En la plácida soledad de su trasalcoba, en el curso de sus imparciales meditaciones, sin la coacción de los aturdidores argumentos de su marido, no podía reconocer la necesidad de que Fanny fuese para nada cerca de un padre y una madre que tanto tiempo habían podido pasar sin aquella hija, cuando ella tanto la necesitaba. Y en cuanto a no echarla de menos, que durante la discusión del caso con tía Norris fue el caballo de batalla, se opuso lady Bertram firmemente a admitir tal cosa.

Sir Thomas había apelado a su razón, a su conciencia, a su dignidad. Lo calificó de sacrificio, y como tal lo pidió a su bondad y abnegación. Pero tía Norris quería persuadirla de que se podía muy bien prescindir de Fanny (estando ella dispuesta a dedicar a su hermana todo el tiempo que fuera preciso) y, en fin, de que no podía en realidad necesitarla o echarla de menos.

—Puede que sea así —se limitó a responder lady Bertram—, y hasta diría que tienes mucha razón; pero yo estoy segura de que voy a echarla mucho de menos.

El paso siguiente fue ponerse en comunicación con Portsmouth. Fanny escribió ofreciendo su visita; y la contestación de su madre, aunque breve, fue tan cariñosa (en pocas líneas expresaba una tan espontánea y maternal alegría ante la perspectiva de volver a ver a su hija) que confirmó en Fanny todas sus previsiones de felicidad a su lado, y la convenció de que encontraría ahora a una tierna y cariñosa amiga en la «mamá» que, por cierto, antes nunca había

mostrado por ella una muy notable dilección pero fácilmente podía suponer que esto había sido culpa suya o fruto de su imaginación. Probablemente se había hecho extraña a su amor con la debilidad y displicencia de su carácter medroso, o había sido inmoderada al desear una participación de cariño mayor de la que a una sola podía corresponder, entre tantos. Ahora, que había aprendido a hacerse útil y a reprimirse mejor, y que su madre no estaría ya tan ocupada en las incesantes tareas de una casa llena de criaturas, habría tiempo y gusto para toda grata sensación, y ambas serían pronto lo que madre e hija deben ser, una para con otra.

El plan hizo a William casi tan feliz como a su hermana. Para él sería el mayor placer tenerla a su lado hasta el momento de embarcar, y acaso la encontraría aún allí al regreso de su primer crucero. Además, tenía grandes deseos de enseñarle el «Thrush» antes de que la nave abandonara el puerto. Era el «Thrush», realmente, la mejor corbeta en servicio. También en el arsenal se habían introducido varias mejoras que deseaba mostrarle.

No tuvo escrúpulos en añadir que tener a Fanny una temporada en casa sería una gran ventaja para todos.

—No sé a qué será debido —prosiguió—, pero en casa parece que hace falta alguien que tenga el esmero y el orden que tú pones en todas las cosas. La casa está siempre revuelta. Tú harás que las cosas vayan mejor, estoy seguro. Le dirás a nuestra madre cómo debería estar todo, y serás útil a Susana, y enseñarás a Betsey, y harás que los muchachos te quieran y te obedezcan. ¡Qué bien y qué acogedor quedará todo!

Cuando llegó la contestación de la señora Price, vieron que les quedaban ya muy pocos días de permanencia en Mansfield; y parte de uno de estos días lo pasaron nuestros jóvenes viajeros llenos de alarma a propósito del viaje, porque cuando llegó el momento de hablar del modo de realizarlo, y tía Norris vio que toda su ansiedad por ahorrar el dinero de su cuñado era en vano y que, a pesar de sus deseos e insinuaciones en favor de un medio de transporte menos caro por tratarse de Fanny, lo efectuarían en silla de posta; cuando vio que sir Thomas entregaba, en efecto, unos billetes de banco a William para tal fin, se le ocurrió la idea de que en el carruaje habría sitio para una tercera persona, y sintió de pronto unos fuertes deseos de ir con ellos... de acompañarles y visitar a su pobre y querida hermana, la señora Price. Dio a conocer sus pensamientos: «tenía que decir» que estaba más que medio decidida a partir con sus sobrinos; que seria para ella una gran satisfacción; que no había visto a su pobre y querida hermana desde hacía más de veinte años; que seria un descanso para los dos hermanos la compañía de una persona respetable y de experiencia durante el viaje ; y que no podía menos de pensar que su pobre y querida hermana la consideraría muy poco amable si no aprovechaba aquella oportunidad para ir a verla.

William y Fanny quedaron horrorizados ante semejante idea.

Todo el encanto de su encantador viaje quedaba deshecho en un momento. Se miraron con mutua expresión de pesar. Un par de horas duró la incertidumbre. Nadie intervino para animarla ni para disuadirla. Dejaron a tía Norris que resolviera por sí misma. La cosa acabó, para inmensa satisfacción de

sobrino y sobrina, al recordar que no era posible prescindir de ella en Mansfield Park en aquellos momentos; que era ella demasiado necesaria a sir Thomas y a lady Bertram para cargar con la responsabilidad de dejarlos, ni que fuera una sola semana, y por lo tanto debía sacrificar, desde luego, cualquier otro placer al de serles útil.

En realidad, se le había ocurrido que, aunque nada le costaría el viaje hasta Portsmouth, difícilmente podría evitarse los gastos de vuelta. De modo que dejó a su pobre y querida hermana abandonada al desencanto de ver que ella desaprovechaba semejante oportunidad, y así empezaron, acaso, otros veinte años de separación.

Los planes de Edmund se vieron alterados por este viaje a Portsmouth, esa ausencia de Fanny. También él tuvo que sacrificarse por Mansfield Park, tanto como su tía. Según lo proyectado debía encontrarse, por aquellas fechas, camino de Londres; pero no podía dejar a sus padres precisamente cuando los demás seres que mayor consuelo y alegría podían darles estaban todos ausentes; y con pesar, sentido pero no manifestado, aplazó por una o dos semanas el viaje que había preparado con la esperanza de que fijaría para siempre su felicidad.

Habló de ello a Fanny. Le dijo que sabía tanto ya, que debía saberlo todo. Fue, en substancia, otro discurso confidencial acerca de miss Crawford; y a Fanny le dolió tanto más porque se daba cuenta de que era la última vez que el nombre de miss Crawford se mencionaba entre los dos con algún resto de libertad. Aun otra vez le hizo Edmund alusión a ella. Lady Bertram había estado diciendo a su sobrina, a última hora de la tarde, que le escribiera pronto y a menudo, prometiéndole que ella le correspondería puntualmente; y Edmund, en el momento oportuno, añadió en un susurro:

—Y también yo te escribiré, Fanny, cuando tenga algo digno de contarte..., algo que supongo te gustará saber, y de lo que sin duda no te gustaría enterarte tan pronto por otro conducto.

Si Fanny hubiese podido dudar del significado de aquellas palabras mientras le escuchaba, la viva ilusión que observó en su rostro al levantar la mirada hubiera desvanecido toda duda.

Debía armarse de valor para cuando llegase aquella carta. ¡Que una carta de Edmund tuviera que ser motivo de terror! Empezó a darse cuenta de que no había pasado aún por todos los cambios de opinión y sentimiento que el transcurso del tiempo y la variación de circunstancias ocasionan en este mundo los cambios. Las vicisitudes del espíritu humano no se habían agotado todavía en ella.

¡Pobre Fanny! Aun partiendo con gusto e ilusión, sus últimas horas en Mansfield Park tenían que acarrearle infelicidad. Había en su corazón mucha tristeza al despedirse. Tuvo lágrimas para cada una de las habitaciones de la casa, y muchas más para cada uno de sus queridos moradores. No sabía arrancarse del lado de su tía, porque le constaba que iba a echarla de menos; besó la mano de su tío con mal reprimidos sollozos, porque le había disgustado; y en cuanto a Edmund, no pudo ella hablar, ni mirar, ni pensar, cuando a él se dirigió por último; y no fue hasta después que todo hubo pasado, cuando se dio

cuenta de que él acababa de darle el cariñoso adiós de un hermano.
Todo esto sucedió la noche anterior a la partida, pues el viaje debía emprenderse muy temprano a la mañana siguiente; y cuando los integrantes del pequeño círculo familiar, aun disminuido, se reunieron en tomo a la mesa del desayuno, de William y de Fanny se habló ya como suponiéndoles al término de la primera etapa.

CAPÍTULO XXXVIII

La novedad del viaje y la felicidad de estar junto a William no tardaron en producir el natural efecto en el ánimo de Fanny, en cuanto Mansfield Park hubo quedado atrás; y al término de la primera etapa, cuando tuvieron que abandonar el carruaje de sir Thomas, pudo ella despedirse del viejo cochero y encargarle los pertinentes saludos con serena cordialidad.
La agradable conversación entre hermano y hermana era sostenida sin solución de continuidad. Cualquier cosa era motivo de diversión para el radiante espíritu de William, que ponía de manifiesto su júbilo y buen humor en los intervalos de sus conversaciones sobre temas más elevados, las cuales acababan siempre, cuando no empezaban, con alabanzas al «Thrush», haciendo conjeturas sobre el posible destino que se le daría, planeando alguna acción victoriosa contra una fuerza superior que le daría ocasión, suponiendo «eliminado» al primer teniente (y aquí William se mostraba muy poco compasivo respecto del primer teniente), le daría ocasión, decíamos, de adelantar otro paso en su carrera lo antes posible; o especulando sobre las partes que le corresponderían del botón, que generosamente distribuiría entre los suyos, reservando sólo lo necesario para hacer cómoda y acogedora la pequeña villa donde pasaría con Fanny la edad madura hasta los últimos días de su vida.
Las cuestiones más inmediatas a Fanny, en cuanto se relacionaba con Mr. Crawford, no intervinieron para nada en la conversación. William sabía lo ocurrido y de corazón lamentaba que los sentimientos de su hermana hubieran de ser tan fríos para el hombre a quien él debía considerar el primero de los genios humanos; pero estaba en la edad en que ante todo cuenta el amor y no podía, por tanto, censurarla; y conociendo sus deseos al respecto, no quería afligirla con la más ligera alusión.
Ella tenía motivos para creer que Henry no la había olvidado aún. Repetidas veces había recibido noticias de su hermana durante las tres semanas transcurridas hasta que abandonaron Mansfield, y todas las cartas contenían unas líneas escritas por él, vehementes y decididas como sus palabras. Era una correspondencia que a Fanny le resultaba tan desagradable como había temido. El estilo de Mary, vivo y afectuoso, era un mal de por sí, aun aparte de lo que Fanny se veía obligada a leer, salido de la pluma del hermano, pues Edmund no

sosegaba hasta que ella le leía en voz alta lo esencial de cada escrito; y después tenía que escuchar las admiraciones que él prodigaba al lenguaje de Mary y a la intensidad de sus afectos. Había, en realidad, tanto de mensaje, de alusión, de reminiscencia... tanto de Mansfield en todas las cartas, que Fanny no podía menos de suponer que estaban escritas a propósito para que Edmund se enterase del contenido; y verse en el caso de tener que prestarse a aquellos fines, forzada a sostener una correspondencia que le traía las galanterías del hombre a quien no amaba y la obligaba a fomentar la pasión adversa del hombre amado, era una cruel mortificación. También en este aspecto le prometía alguna ventaja su desplazamiento. Al no hallarse ya bajo el mismo techo que Edmund, confiaba que miss Crawford no tendría para escribirle motivo de fuerza suficiente que la compensara de la molestia, y que una vez en Portsmouth, la correspondencia iría menguando hasta extinguirse.

Haciéndose tales reflexiones, entre otras mil, Fanny proseguía su viaje felizmente y con satisfacción, y con toda la rapidez que racionalmente podía esperarse en el fangoso mes de febrero. Atravesaron Oxford, pero sólo pudo echar una ojeada fugaz al colegio de Edmund, y no hicieron alto hasta llegar a Newbury, donde una apetitosa comida, unido almuerzo y cena, coronó las satisfacciones y fatigas de la jornada.

El nuevo día les vio partir a hora temprana; y sin percances ni demoras fueron avanzando con regularidad y alcanzaron los alrededores de Portsmouth cuando en el cielo había aún bastante luz para que Fanny, mirando en torno, pudiera maravillarse de los nuevos edificios. Cruzaron el puente levadizo y penetraron en la ciudad; y empezaba tan sólo a obscurecer cuando, a indicaciones de la potente voz de William, se internó el vehículo con su traqueteo por una estrecha calle, partiendo de High Street, para detenerse a la puerta de una modesta casa, actual domicilio de Mr. Price.

Fanny estaba llena de emoción e inquietud, de esperanza y recelo. Al momento de detenerse el coche, una sirvienta de aspecto astroso, que al parecer les esperaba en la puerta, se adelantó más dispuesta a facilitar noticias que ayuda y enseguida empezó a decir.

—El «Thrush» ha salido del puerto, señorito, y uno de los oficiales estuvo aquí para...

Fue interrumpida por un muchacho alto y delgado, de once años, que salió disparado del interior de la casa, empujó a la muchacha a un lado y, mientras William cuidaba de abrir él mismo la portezuela, gritó:

—¡Llegas justo a tiempo! Llevamos media hora esperándote. El «Thrush» salió del puerto esta mañana. Yo lo vi. Fue un espectáculo magnífico. Y creen que recibirá orden de zarpar dentro de un día o dos. Mr. Campbell estuvo aquí a las cuatro y preguntó por ti. Tiene en el muelle uno de los botes del «Thrush» para volver al barco a las seis, y dijo que esperaba que llegarías a tiempo para ir con él.

Un par de miradas a Fanny, mientras William la ayudaba a apearse, fue toda la espontánea atención que le dedicó este hermanito; pero no se opuso a que ella le diera un beso, aunque continuaba por entero entregado a la detallada descripción de la salida del «Thrush» fuera del puerto, cosa por la cual tenía un

muy legítimo derecho a interesarse, pues en aquella nave iba a empezar, entonces precisamente, su carrera de marino.

Un instante después, Fanny se encontró en el estrecho zaguán de la casa y en los brazos de su madre, que salió a su encuentro con expresión de auténtico cariño en su rostro, cuyas facciones le eran a Fanny tanto más queridas por cuanto le recordaban las de tía Bertram; y allí acudieron también dos hermanas: Susan, una linda muchacha de catorce años, de bonito desarrollo, y Betsey, la más joven de la familia, de unos cinco años; ambas contentas a su modo, de ver a Fanny, aunque sin la ventaja de unos modales para recibirla. Pero no eran modales lo que Fanny buscaba. Con tal que la quisieran se daría por satisfecha.

Acto seguido fue introducida en una salita, tan pequeña, que su primera impresión fue que se trataba de un cuarto de paso para otro mejor, y aguardó un momento a que la invitaran a seguir; pero al ver que no había otra puerta y observar algunos detalles indicativos de que allí estaba el salón, centró su pensamiento, se recriminó a sí misma y se dolió de que los otros hubieran podido sospechar algo en aquel sentido. Su madre, no obstante, no estaba ya junto a ella para tener ocasión de sospechar nada. Había vuelto a la puerta de la calle para dar la bienvenida a William.

—¡Oh, mi querido William! ¡Cuánto me alegra verte! Pero, ¿sabes lo del «Thrush»? Salió ya del puerto, tres días antes de lo que podíamos llegar a imaginar; y no sé qué voy a hacer con las cosas de tu hermano Sam. Es imposible dejarlas listas a tiempo; pues acaso llegue mañana la orden de zarpar. Me ha cogido totalmente desprevenida. Y tú, además, tienes que ir enseguida a Spithead. Campbell estuvo aquí, lleno de inquietud al ver que no comparecías; ¿y qué vamos a hacer, ahora? Yo que me había prometido una velada tan agradable junto a vosotros, y ahora, de pronto, todo se me viene encima.

Su hijo contestó jovialmente que los contratiempos sirven siempre para conseguir después algo mejor, y le quitó importancia al inconveniente que para él representaba verse obligado a marchar tan pronto, con tanta precipitación.

—Desde luego, hubiese preferido que el «Thrush» permaneciera en el puerto, a fin de poder pasar unas horas agradables en vuestra compañía; pero siendo así que hay un bote en el muelle, mejor será que me vaya enseguida, ya que no hay más remedio. ¿Hacia qué lado de Spithead se encuentra el «Thrush»? «Junto al «Canopus»? Pero no importa. Fanny está en la salita; ¿por qué hemos de permanecer nosotros en el corredor? Vamos, madre; apenas ha visto aún a su querida Fanny.

Ambos entraron; y la señora Price, después de besar otra vez a su hija cariñosamente y hacer algún comentario acerca de lo crecida que estaba, con solicitud muy natural empezó a condolerse de las fatigas y necesidades de los dos viajeros.

—¡Pobres hijos míos! ¡Qué cansados debéis estar! Y ahora, ¿qué vais a tomar? Empezaba a creer que no ibais a llegar nunca. Hacía media hora que Betsey y yo estábamos pendientes de vuestra llegada. ¿Llevaréis muchas horas sin haber probado nada? ¿Y qué quisierais tomar ahora? Yo no sabía si preferiríais algo de carne, o tan sólo una taza de té, después del viaje; de lo contrario hubiese tenido algo preparado. Y ahora temo que Campbell vuelva

antes de que haya tiempo de asar una tajada, y no tenemos ninguna carnicería cerca. Es muy incómodo no tener una carnicería en la misma calle. Estábamos mucho mejor situados en la otra casa. Tal vez os apetezca un poco de té en cuanto esté listo.

Ambos declararon que lo preferirían a cualquier otra cosa.

—Entonces, Betsey, querida, corre a la cocina y mira si Rebecca ha puesto el agua; y dile que traiga los cacharros para el té en cuanto pueda. Me gustaría tener arreglada la campanilla; pero Betsey es una pequeña mensajera que siempre se tiene a mano.

Betsey fue a cumplir el encargo con gran diligencia, orgullosa de mostrar sus habilidades ante su nueva y distinguida hermana.

—¡Dios mío! —prosiguió la ansiosa madre—. ¡Vaya fuego triste tenemos! Y diría que estáis los dos muertos de frío. Acerca más tu silla, querida. No sé en qué estaría pensando Rebecca. Estoy segura de haberle dicho que trajera algo de carbón, hace media hora. Susan, tú debías cuidar del fuego.

—Yo estaba arriba, mamá, trasladando mis cosas —replicó Susan, empleando un tono atrevido, de inhibición, que sobrecogió a Fanny—. Usted misma acaba de decirme que mi hermana Fanny y yo ocuparíamos la otra habitación; y no pude conseguir que Rebecca me prestase la menor ayuda.

Ruidos diversos impidieron que se alargara la discusión. En primer lugar, entró el cochero reclamando que se le abonara el importe del viaje; después, hubo una disputa entre Sam y Rebecca sobre la forma de subir al piso el baúl de Fanny, que él quería manejar a su antojo; y, por último, entró Mr. Price, que fue precedido de su potente voz al lanzar cierta exclamación de la familia de los ternos para apartar a puntapiés, en el corredor, el maletín de su hijo y la sombrerera de su hija, y reclamar una vela. Nadie, sin embargo, le procuró la vela y él entró en la salita a continuación.

Fanny, con alguna vacilación, se había puesto en pie para ir a su encuentro, pero volvió a sentarse al notar que él no la distinguía en la obscuridad ni pensaba en ella. Estrechando afectuosamente la mano de su hijo, y hablando con vehemencia, empezó en el acto Mr. Price su discurso:

—¡Ah! Bienvenido, muchacho. Celebro verte de nuevo. ¿Sabes las noticias? El «Thrush» salió del puerto esta mañana. La cosa va en serio, ya lo ves. ¡Voto a D..., llegas a punto crudo! Estuvo aquí el doctor, preguntando por ti: un bote le aguarda en el muelle y marchará a Spithead a eso de las seis, de modo que lo mejor será que vayas con él. Estuve en casa de Turner por lo del matalotaje; todo quedará arreglado. No me extraña que mañana se recibiera la orden de zarpar; pero es imposible navegar con este viento, si habéis de hacer rumbo al oeste; y el capitán Walsh cree, precisamente, que tomaréis esta dirección, junto con el «Elephant». ¡Voto a D..., ojalá podáis! Pero el viejo Scholey me decía ahora mismo que, según su parecer, primero os hartan acompañar al «Texel». Bueno, bueno: estamos dispuestos a lo que sea. Pero, ¡voto a D..., te has perdido un maravilloso espectáculo al no estar aquí esta mañana para ver al «Thrush» salir del puerto! Yo no me lo hubiera dejado perder ni por mil libras. El viejo Scholey vino corriendo a la hora del desayuno para decir que había soltado amarras y empezaba a deslizarse. Yo pegué un brinco y dando sólo un par de

zancadas me planté en el muelle. Si jamás existió una perfecta belleza flotante, ésta es el «Thrush»; y allí está, fondeando en Spithead, y no se encontraría un inglés que no lo tomase por uno de los veintiocho. Esta tarde me pasé dos horas contemplándolo desde el terraplén. Está junto al «Endymion», entre éste y el «Cleopatra», precisamente hacia el este de la chata de arbolar.

—¡Ah! —exclamó William—, ahí, ni más ni menos, es donde yo lo hubiera emplazado. Es el mejor amarradero de Spithead. Pero tenemos aquí a Fanny, padre —añadió, conduciéndole hacia donde ella se encontraba—; está esto tan oscuro que no la has visto siquiera.

Reconociendo que se había olvidado por completo de ella, Mr. Price saludó entonces a su hija; y después que le hubo dado un cordial abrazo, después de observar que se había hecho una mujer y que pronto necesitaría marido, pareció muy inclinado a olvidarla de nuevo.

Fanny volvió a sentarse, profundamente afligida por el lenguaje de su padre y por lo espirituoso de su aliento; y él siguió hablando tan sólo a su hijo, y tan sólo del «Thrush», a pesar de que William, no obstante lo mucho que le interesaba el tema, intentó varias veces hacerle pensar en Fanny, en su larga ausencia y en su largo viaje.

Después de permanecer todavía algún tiempo a obscuras, llegó una vela; pero, como el té no apareciera aún, según los partes que Betsey traía de la cocina, no había muchas esperanzas de verlo aparecer antes de una considerable espera, William decidió ir a cambiarse de traje y hacer los preparativos necesarios para embarcar, lo que le permitiría tomar después el té con tranquilidad.

Al salir él de la habitación, dos muchachos de cara sonrosada, sucios y andrajosos, de unos ocho y nueve años de edad, entraron atropelladamente. Acababan de regresar de la escuela y venían impacientes por ver a su hermana y contar que el «Thrush» había salido del puerto. Eran Tom y Charles. Charles había nacido después de la partida de Fanny, pero de Tom había cuidado a menudo, ayudando a su madre, y ahora sentía un placer particular al volverlo a ver. A los dos besó muy tiernamente, pero a Tom quería retenerlo junto a ella para reconstruir las facciones del bebé amado y para hablarle de su preferencia infantil por ella. Sin embargo, Tom no estaba dispuesto a soportar tal tratamiento. Llegaba a casa, no para estar quietecito y prestarse a que le hablaran, sino para correr y hacer ruido; pronto se soltaron de Fanny los dos muchachos y se pusieron a jugar en la entrada de la salita, dando portazos hasta que a ella le dolió la cabeza.

Ahora había visto ya a todos los que habitaban la casa. Quedaban aún dos hermanos entre ella y Susan, uno de los cuales era escribiente de una oficina pública en Londres y el otro guardiamarina a bordo de un buque que hacía el comercio con la India. Pero si bien había visto a todos los miembros de la familia, aún no había oído todo el ruido que eran capaces de hacer. En el transcurso de otro cuarto de hora pudo escuchar bastantes más. William no tardó en llamar a su madre y a Rebecca desde el descansillo del segundo piso. Estaba apurado porque no encontraba algo que había dejado allí. Se había extraviado una llave, Betsey fue acusada de haber cogido su sombrero nuevo, y se habían olvidado por completo de la ligera, pero esencial, reforma que le

habían prometido hacer en el corpiño de su uniforme.

La señora Price, Rebecca, Betsey... todas subieron para defenderse, hablando todas a la vez, pero Rebecca más alto que ninguna; y la cosa hubo de arreglarse, lo mejor posible, con toda precipitación, mientras William trataba en vano de mandar abajo de nuevo a Betsey o de impedir, al menos que estorbase donde estaba. Todo esto, como estaban abiertas casi todas las puertas de la casa, se oía muy bien desde la salita, excepto cuando lo sofocaba, a intervalos, el ruido más fuerte que hacían Sam, Tom y Charles persiguiéndose arriba y abajo por las escaleras, revolcándose y soltando gritos.

Fanny estaba aturdida. Lo reducido de la casa y el poco grueso de las paredes le acercaban tanto el ruido que, añadido a la fatiga del viaje y a sus recientes impresiones, se le hacía poco menos que insoportable. Dentro de la salita, sin embargo, había aún bastante tranquilidad, pues habiendo desaparecido Susan con los demás, sólo quedaron allí Fanny y su padre; y éste sacó el periódico, préstamo habitual de un vecino, para enfrascarse en su lectura sin acordarse, al parecer, que ella existiera. Sostenía la única vela disponible entre él y el periódico, prescindiendo en absoluto de que ella pudiera necesitar alguna luz; pero Fanny no tenía nada que hacer y se alegraba de tener aquella pantalla ante su dolorida cabeza, mientras permanecía allí sentada, triste y dolorida, en angustiosa contemplación.

Ya estaba en su casa. Pero, ¡ay!, no era aquel el hogar, no era aquella la acogida que... Se reprimió; no era razonable... ¿Qué derecho tenía a representar algo importante para su familia? Ninguno..., ¡hacía tanto tiempo que se había alejado! Los asuntos de William eran lo primero; siempre había sido así, y ella le reconocía todos los derechos. Sin embargo... ¡haberle dicho o preguntado tan poco acerca de ella! ¡No hacerle siquiera una pregunta interesándose por Mansfield! Le daba pena que se olvidaran de Mansfield; de los amigos que tanto habían hecho... ¡de sus caros, carísimos amigos! Pero allí, un solo tema lo absorbía todo. Acaso debía ser así. El destino del «Thrush» tal vez justificaba ahora un interés preeminente. En un par de días se vería la diferencia. A la corbeta debía echarse la culpa. No obstante, pensó que en Mansfield no hubiera sido así. No; en casa de tu tío se hubiera tenido en consideración el momento y el tiempo oportunos, se hubiera mantenido el tema dentro de sus justos límites, con una moderación, una propiedad y una atención para cada cual, al revés de lo que allí ocurría.

La única interrupción que sufrieron esos pensamientos en el curso de casi media hora, se debió a un súbito estallido de su padre, no muy a propósito para sosegarlos. Al alcanzar los gritos y porrazos en el pasillo una intensidad más extremada que de ordinario, exclamó:

—¡El diablo se lleve a esos perrillos! ¡Qué manera de cantar! ¡Hay que ver, y Sam grita más que todos juntos! Este muchacho tiene condiciones para contramaestre. ¡Eh... a ver, tú... Sam! Para este silbato si no quieres que vaya por ti.

Esta amenaza fue tan palpablemente despreciada que, si bien antes de que transcurrieran cinco minutos los tres muchachos irrumpieron juntos en la salita y se sentaron, Fanny sólo pudo atribuirlo a que por el momento estaban en

extremo cansados, como parecían indicar sus rostros encendidos y jadeantes respiraciones; especialmente teniendo en cuenta que todavía se coceaban unos a otros en las espinillas, para lanzar inmediatamente súbitos chillidos en las barbas de su mismo padre.

Cuando de nuevo se abrió la puerta fue para algo más grato: para dar paso al servicio de té, que Fanny había empezado casi a desconfiar que apareciese aquella noche. Susan, ayudada de una sirvienta, cuyo aspecto ínfimo hizo comprender a Fanny, con gran sorpresa, que la que antes había visto era la sirvienta principal, entró todo lo necesario para el refrigerio. Al tiempo que ponía la olla en la lumbre, Susan miraba a su hermana, como indecisa entre la satisfacción triunfante de mostrar su actividad y utilidad y el temor de que considerase que se rebajaba con el desempeño de semejantes oficios. Dijo que había estado en la cocina para dar prisas a Sally y ayudarla a preparar las tostadas y extender la mantequilla sobre el pan, pues de lo contrario no sabía cuando hubiesen tomado el té, y ella estaba segura de que su hermana necesitaría tomar algo después del viaje.

Fanny quedó muy agradecida. No pudo menos de confesar que tomaría muy a gusto un poco de té, y Susan se puso a prepararlo inmediatamente, como complacida de disponerlo todo ella sola; y con sólo algún que otro ruido innecesario y unos pocos intentos absurdos para que sus hermanitos guardaran mejor orden del que ella podía imponer, desempeñó muy bien su cometido. El espíritu de Fanny quedó tan confortado como su cuerpo; su cabeza y su corazón pronto se sintieron aliviados con aquella oportuna amabilidad. Susan tenía un aire franco y sensible; era como William, y Fanny tuvo la esperanza de que se mostraría, lo mismo que él, bien dispuesta y con buena voluntad hacia ella.

A este punto más plácido había llegado el estado de cosas, cuando reapareció William seguido de cerca por su madre y Betsey. Él, con su completo uniforme de teniente, que daba realce a su estatura, seguridad y prestancia a sus movimientos, y con la más feliz de las sonrisas, adelantó directamente hacia Fanny, que abandonó su asiento, quedó mirándole por un momento con muda admiración y después le echó los brazos al cuello para desahogar, sollozando, sus encontradas emociones de alegría y pesar.

Ansiosa porque no fueran a creer que estaba triste, pronto consiguió dominarse; y secándose las lágrimas, pudo observar con detenimiento y admirar una por una las llamativas prendas que constituían el uniforme, mientras se renovaba su ánimo al escuchar a su hermano, que con júbilo expresaba sus esperanzas de que todos los días tendría ocasión de pasar unas horas en tierra, antes de hacerse a la mar, y hasta de llevarla a Spithead para que viera la corbeta.

La siguiente barahúnda se produjo a la llegada de Mr. Campbell, médico del «Thrush», joven muy atento, que venía en busca de su amigo y para el cual se encontró una silla con dificultad, y una taza y un plato mediante un rápido lavado a cargo de Susan. Después de otro cuarto de hora de charla formal entre los caballeros, de ruido en ruido y de alboroto en alboroto, hasta verse al fin hombres y niños en revuelto movimiento, llegó el momento de la partida. Todo estaba dispuesto. William se despidió... y todos ellos salieron; porque los tres

muchachos, a despecho de los ruegos de su madre, decidieron acompañar a su hermano y a Mr. Campbell hasta la salida, y Mr. Price fue al mismo tiempo a devolver el periódico a su vecino.

Algo parecido a la tranquilidad podía esperarse entonces; y en efecto, en cuanto Rebecca se dejó convencer para que se llevara el servicio de té, y la señora Price hubo dado unas vueltas en torno a la habitación buscando una manga de camisa, que Betsey sacó al fin de un cajón de la cocina, la pequeña reunión compuesta por elementos del sexo femenino quedó bastante apaciguada; y la madre, después de lamentar una vez más que fuera imposible tener lo de Sam preparado a tiempo, quedó libre de otra ocupación para poder pensar en su hija mayor y en los amigos que acababa de dejar. Empezó a hacerle algunas preguntas, siendo una de las primeras:

—¿Cómo se arregla con el servicio mi hermana Bertram? ¿Tiene tan mala suerte como yo, que no puedo conseguir una criada medianamente aceptable?

Este tema pronto apartó su mente de Northamptonshire y la fijó en sus propias dificultades domésticas; y el carácter imposible de todas las sirvientas de Portsmouth, entre las cuales creía que las dos que tenía en casa eran las peores, llenó por completo su conversación. Los Bertram quedaron todos relegados al olvido, ocupada como estaba en detallar los defectos de Rebecca, contra quien Susan tuvo también mucho que declarar, y la pequeña Betsey mucho más, y que parecía tan absolutamente desprovista de un solo aspecto recomendable, que Fanny no pudo menos de aventurar, prudentemente, la suposición de que su madre se proponía despedirla en cuanto cumpliera el año de servicio en la casa.

—¡El año! —exclamó la señora Price—. Te aseguro que espero librarme de ella antes de que cumpla el año, porque no le cae hasta noviembre. Hay una crisis de sirvientas en Portsmouth, querida, que es un verdadero milagro pasar más de medio año sin cambiar de chica. Yo ya no tengo esperanzas de encontrar una definitiva; y si fuera a prescindir de Rebecca, sólo conseguiría algo peor. Y, sin embargo, no creo ser muy difícil de contentar; y te aseguro que aquí no tienen una carga nada pesada, pues siempre hay una muchacha auxiliar y a menudo hago yo misma la mitad del trabajo.

Fanny permanecía callada, pero no porque estuviera convencida de que no podía hallarse remedio para alguno de esos males. Mientras observaba a Betsey, no pudo menos de recordar particularmente a otra hermana, una muy linda pequeñina, que no era mucho más joven que la que ahora tenía delante cuando ella marchó a Northamptonshire, y que había muerto poco años después. Recordaba que tenía un algo singularmente afable y tierno. Fanny, en aquellos tiempos de su infancia, la prefería a Susan; y cuando la noticia de su muerte llegó por fin a Mansfield, estuvo muy afligida durante algún tiempo. La presencia de Betsey trajo de nuevo a su mente la imagen de la pequeña Mary, pero por nada del mundo hubiese querido apenar a su madre con alguna alusión a aquel recuerdo. Mientras Fanny la observaba haciéndose estas consideraciones, Betsey, a corta distancia, sostenía algo en alto para llamar la atención de su mirada, al tiempo que procuraba ocultarlo a la de Susan.

—¿Qué tienes ahí, cariño? —le preguntó Fanny—. Ven aquí, enséñamelo.

Era un cuchillo de plata. De un brinco se puso Susana en pie, reclamándolo como suyo y con la intención de quitárselo; pero la pequeña corrió en busca de protección junto a su madre, y Susan pudo sólo quejarse, lo que hizo con mucho calor y con la evidente esperanza de interesar a Fanny en su favor. Dijo que era muy triste que ella no pudiese tener su cuchillo; porque el cuchillo era *suyo;* su hermanita Mary se lo había dejado a ella, en su lecho de muerte, y lo natural hubiera sido que se lo dieran, para guardarlo con sus cosas, tiempo ha. Pero mamá no se lo permitía y siempre dejaba que Betsey lo cogiera; y al final resultaría que Betsey lo echaría a perder y se apropiaría de él, a pesar de que mamá le había prometido que Betsey no lo tendría en sus manos.

Fanny tuvo una fuerte impresión de disgusto. Todo sentimiento de deber, honor y ternura fue agraviado con la perorata de su hermana y la réplica de su madre.

—Vamos, Susan —exclamaba la señora Price, en tono de queja—, vamos, ¿cómo puedes ser tan regañona? Siempre estás riñendo por ese cuchillo. Quisiera que no fueras tan camorrista. ¡Pobrecita Betsey! ¡Qué regañona es Susan contigo! Pero tú no debiste cogerlo, querida, cuando te mandé buscar en el cajón. Ya sabes que te dije que no lo tocaras, porque Susan se pone tan pesada con esto... Tendré que esconderlo otra vez, Betsey. ¡Pobrecita Mary, poco podía imaginar que sería una causa de discordia cuando me lo dio a guardar, dos horas tan sólo antes de morir! ¡Pobre almita! Apenas se la podía oír cuando me dijo tan gentilmente: «Que se quede Susan con mi cuchillo, mamá, cuando yo esté muerta y enterrada». ¡Pobre corazoncito! Estaba tan encariñada con él, Fanny, que lo quiso tener junto a sí en la cama, durante toda la enfermedad. Se lo regaló su buena madrina, la anciana señora del almirante Maxwell, sólo seis semanas antes de que enfermara de muerte. ¡Pobre angelito mío! En fin, la muerte se la llevó para evitarle mayores sufrimientos... Lo que es mi pequeña Betsey —acariciándola— no ha tenido la suerte de una madrina tan ventajosa. Tía Norris vive demasiado lejos para acordarse de criaturitas como tú.

Fanny no traía por cierto más encargo de tía Norris que un mensaje, para expresar su esperanza de que su ahijada fuese una buena niña y aprendiese en su libro. Por un instante se había escuchado en el salón de Mansfield Park un ligero murmullo relativo al propósito de mandarle un libro de oraciones; pero no se produjo un segundo murmullo reiterativo de tal intención. Tía Norris, no obstante, trajo de su casa un par de viejos devocionarios de su esposo con esa idea; pero después de examinarlos se disipó su arrebato de generosidad. El uno resultó que tenía un tipo de letra demasiado menudo para los ojos de una pequeña, y el otro, que era demasiado pesado para acarrearlo Fanny por esos mundos.

Fanny, cada vez más fatigada, aceptó agradecida la primera invitación que se le hizo para ir a acostarse; y antes de que Betsey terminara de llorar por habérsele concedido permanecer levantada tan sólo una hora extraordinaria en honor de su hermana, había salido ya, dejándolo todo abajo otra vez en confusa algarabía: pidiendo los muchachos queso tostado, reclamando a gritos el padre su ron con agua, y sin encontrar nadie a Rebecca, que nunca estaba donde debía estar.

Nada había que pudiera levantar su ánimo en la reducida alcoba, pobremente amueblada, que habría de compartir con Susan. Ciertamente, la estrechez de las habitaciones del piso y de la planta, la angostura de la escalera y el corredor, la impresionaron más de lo que hubiese podido imaginar. Pronto aprendió a pensar con respeto en su pequeño ático de Mansfield Park, debiendo reconocer que era ésta una casa demasiado encogida para que nadie se hallara a gusto en ella.

CAPÍTULO XXXIX

Si hubiese podido sir Thomas ver cuáles eran los sentimientos de su sobrina cuando ésta escribió la primera carta a su tía, no hubiera desesperado; pues aunque una noche de buen reposo, la sonriente mañana, la esperanza de ver pronto a William de nuevo y el estado relativamente tranquilo de la casa, por haberse marchado Tom y Charles a la escuela, Sam a campar por sus respetos y su padre a regodearse con sus ocios consuetudinarios, le permitieron expresarse en un tono más animado sobre el tema del hogar paterno, acusaba aun en aquel favorable momento la rémora de otros muchos inconvenientes que cuidó de ocultar en su escrito. De haber conocido su tío la mitad tan sólo de las impresiones que ella recibiera antes de finalizar la primera semana, hubiera pensado que míster Crawford podía estar seguro de lograrla, y se hubiera felicitado de su propia sagacidad.

Antes de que terminara la semana fue todo desilusión. En primer lugar, William había partido. El «Thrush» había recibido la orden, el viento había cambiado y él hubo de embarcar a los cuatro días escasos de su llegada a Portsmouth; y durante esos días sólo le vio dos veces, de un modo circunstancial y precipitado, por haber desembarcado en misión de servicio. No había podido conversar libremente con él, ni pasear por las murallas, ni visitar el arsenal, ni ver el «Thrush»: nada de lo que habían planeado, con la seguridad de llevarlo a cabo, fue posible realizar. Por aquel lado todo le había fallado, menos el afecto de William. Su último pensamiento, al marchar, fue para ella. Ya en la calle, retrocedió hasta la puerta para decir:

—Cuide de Fanny, madre. Es delicada y no está hecha a pasar trabajos como nosotros. A usted la encomiendo: cuide de ella.

William se fue; y la casa donde la dejaba era (Fanny no podía ocultárselo a sí misma), en casi todos los aspectos, precisamente el reverso de lo que ella pudiera desear. Era la mansión del ruido, del desorden y de la incorreción. Nadie ocupaba el lugar que le correspondía, nada se hacía como era debido. No podía respetar a sus padres como había esperado. La confianza en su padre nunca había sido grande; pero lo encontró más despreocupado de la familia, de hábitos peores y modales más groseros de lo que había previsto. No carecía de

habilidad, pero sí de curiosidad y de conocimientos, aparte los de su profesión. No leía más que el periódico y el boletín de la Armada; no hablaba más que del arsenal, del puerto, de Spithead y del Motherbank; juraba y bebía, era sucio y basto. Ella no podía recordar nada parecido a la ternura en su modo de tratarla cuando niña. Sólo le había quedado una vaga impresión de aspereza y mal gusto; y ahora apenas si se había fijado en ella, excepto para hacerla objeto de una burda chuscada.

Mayor fue el desencanto en cuanto a su madre; de ella había esperado mucho, y apenas encontró nada. Todas las halagüeñas suposiciones de que representaría algo importante para ella pronto se vinieron al suelo. La señora Price no era adusta; pero en vez de ganarse su afecto y confianza y hacerse cada vez más querida, su hija nunca encontraba en ella una ternura mayor que la que pudo apreciar el día de su llegada. Su instinto natural quedó pronto satisfecho, y el afecto de la señora Price no tenía otro fundamento. Su corazón y su tiempo estaban ya totalmente ocupados; no tenía horas ni sentimientos libres que dedicar a Fanny. Sus hijas nunca habían representado mucho para ella. Estaba enamorada de sus hijos, especialmente de William; y Betsey fue la primera de las niñas que mereció su especial estimación. Para con ésta era indulgente hasta un extremo de imprudencia. William era su orgullo; Betsey su cariño; y John, Richard, Sam, Tom y Charles acaparaban el resto de su solicitud maternal, alternándose sus inquietudes y satisfacciones. Éstos se repartían su corazón; su tiempo lo dedicaba principalmente a la casa y a las criadas. Pasaba los días en una especie de lento ajetreo... Siempre atareada, sin adelantar; siempre retrasada y lamentándolo, sin modificar sus procedimientos; deseando ser económica sin plan ni método; descontenta de las criadas, sin habilidad para mejorarlas, y lo mismo al ayudarlas, que al reprenderlas, que al condescender, sin autoridad alguna para granjearse su respeto.

Comparándola con sus dos hermanas, la madre de Fanny se parecía mucho más a lady Bertram que a tía Norris. Era un ama de casa por necesidad, sin nada de la afición que tía Norris sentía por ello, ni nada de su característica actividad. Su disposición natural tendía a la indolencia y a la comodidad, como la de lady Bertram; y una vida semejante de opulencia y pasividad se hubiera ajustado mucho mejor a sus aptitudes que no este mundo de esfuerzos y abnegaciones en que la había colocado su imprudente boda. Hubiera desempeñado el papel de dama importante tan bien como lady Bertram, pero tía Norris hubiera sido una madre respetable de nueve hijos con escasos ingresos.

Mucho de esto, Fanny no pudo menos que advertirlo. Por escrúpulo no daba forma en su mente a las palabras; pero tenía que notar, y notaba, que su madre era parcial e injusta, que era persona sucia, desaliñada, que no enseñaba ni dominaba a sus hijos, cuya casa era el escenario del desbarajuste y la incomodidad de extremo a extremo, y que no tenía talento, ni conversación, ni afecto para ella, ni curiosidad por conocerla mejor, ni el menor deseo de ser su amiga, ni la menor inclinación a estar en su compañía que pudiera aminorar en Fanny el efecto de tales impresiones.

Fanny sentía verdadera impaciencia por ser útil y no dar la impresión de que estaba en un plano superior al del hogar de sus padres, o en cierto modo

incapacitada o mal dispuesta, debido a su distinta educación, a contribuir con su ayuda al bienestar general y, en consecuencia, se puso a trabajar enseguida para Sam; y trabajando desde primera a última hora del día, con perseverancia y gran presteza, consiguió adelantar tanto, que el muchacho pudo embarcar al fin con más de la mitad de su ropa blanca terminada. Fanny sintió una gran satisfacción al comprobar su utilidad, al tiempo que no podía concebir cómo se hubieran arreglado sin ella.

Fanny más bien sintió que se fuera Sam, no obstante lo turbulento y abrumador que era, pues era también listo e inteligente y con gusto se prestaba a que lo mandasen a cualquier recado por la ciudad; y si bien desdeñaba las amonestaciones de Susan, que eran muy razonables en sí, pero inoportunas y de una vehemencia impotente, empezaba a sentirse influido por los servicios y la suave persuasión de Fanny; y ésta diose cuenta de que el mejor de los tres hermanos menores se había ido al partir él, pues Tom y Charles estaban lejos, tan lejos al menos como pudiera justificarlo la diferencia de años que se llevaban con Sam, de esa edad en que la sensibilidad y la razón pueden sugerir medios para ganarse amigos y procurar mostrarse menos desagradables. Pronto desesperó de producirles la menor impresión; eran indomables, pese a cuantos medios habilidosos tuviera ella tiempo y humor de emplear. Todas las tardes, al regreso de la escuela, se libraban de nuevo a sus juegos desenfrenados por toda la casa; y Fanny no tardó en aprender a suspirar al aproximarse la media fiesta de todos los sábados.

Otro tanto ocurría con Betsey, criatura mimada, impulsada a considerar al alfabeto su mayor enemigo, a la que se consentía permanecer entre las criadas a su antojo para incitarla después a que contara todo lo malo que de ellas supiera, de modo que Fanny estaba casi tan a punto de perder la esperanza de poder quererla como de poder ayudarla. En cuanto al carácter de Susan, le inspiraba muchas dudas. Sus continuas discordias con su madre, sus irreflexivas querellas con Tom y con Charles y su impaciencia con Betsey eran tan desagradables para Fanny que, aun admitiendo que tales reacciones fuesen hasta cierto punto provocadas, temía que la disposición de quien podía llevarlas tan adelante estuviera muy lejos de ser amistosa, o de procurarle alguna tranquilidad.

Tal era el hogar que había de distraerla de Mansfield e inducirla a pensar en Edmund con sentimientos más moderados. Por el contrario, no podía pensar en otra cosa que en Mansfield, en sus queridos habitantes, en sus felices costumbres. Todo cuanto la envolvía en su actual residencia estaba en contraste con aquello. La elegancia, la corrección, el orden, la armonía y, acaso sobre todo, la paz y tranquilidad de Mansfield, volvían ahora a su recuerdo a todas horas del día, ante la preponderancia de todo lo contrario en el hogar de Portsmouth.

Vivir dentro de una constante algarabía era, para una naturaleza y un temperamento delicados y nerviosos como los de Fanny, un mal que ninguna añadidura de elegancia o armonía hubiese llegado a compensar por entero. Ésta era la mayor desdicha. En Mansfield jamás se oían ruidos de contienda, ni voces levantadas, ni explosiones abruptas ni violentas amenazas; todo seguía un curso

regular, dentro de un orden placentero; a cada cual se le reconocía la importancia debida; se tenían en consideración los sentimientos de cada uno. Si podía suponerse que faltaba ternura, el buen sentido y la buena educación suplían aquella falta; y en cuanto a las pequeñas irritaciones que introducía tía Norris, eran breves, eran bagatelas, eran como una gota de agua en el océano, comparadas con el incesante tumulto de su actual residencia. Aquí todos eran escandalosos, todas las voces eran estentóreas (excepto, tal vez, la de su madre, que se parecía a la blanda monotonía de la de lady Bertram, sólo que perjudicada por el mal humor). Cualquier cosa que se necesitara se pedía a gritos, y las criadas se excusaban a gritos desde la cocina. De continuo se cerraban las puertas con estrépito, nunca estaban las escaleras sin que alguien subiera o bajara por ellas, nada se hacía sin alboroto, nadie permanecía sentado en reposo y nadie podía imponer silencio al hablar.

Al analizar las dos casas, tal como se le aparecían antes de terminar la primera semana, Fanny estuvo tentada de aplicarles la célebre sentencia del doctor Johnson sobre el matrimonio y el celibato, diciendo que, aunque Mansfield Park pudiera entrañar alguna pena, Portsmouth no podía entrañar ningún placer.

CAPÍTULO XL

No tenía Fanny poca razón al suponer que ahora no le llegarían las noticias de miss Crawford a un ritmo tan acelerado como al iniciarse su correspondencia. La siguiente carta de Mary llegó después de un intervalo decididamente más largo que el anterior. Pero, en cambio, no acertó al suponer que aquella pausa representaría un gran alivio para ella. Se había producido en su espíritu otra extraña revolución. Tuvo, realmente, una alegría al recibir la carta. En su actual destierro de la buena sociedad, y alejada de todo aquello que solía interesarla, una carta de alguien que pertenecía al grupo donde vivía su corazón, escrita con afectuosidad y cierta elegancia, tenía que ser bien recibida. El argumento usual, alegando crecientes compromisos, servía de excusa por no haber escrito antes.

«Y ahora que he comenzado —decía a continuación—, no valdría la pena que usted lea mi carta, pues al pie de la misma no irá ninguna pequeña dedicatoria de amor, no irán las tres o cuatro líneas apasionadas del más rendido H. C. del mundo, porque Henry se encuentra en Norfolk. Sus asuntos le llamaron a Everingham hace diez días, o tal vez fingió que le llamaban, por aquello de viajar al mismo tiempo que usted lo hacía. Pero el caso es que allí está y, dicho sea de paso, su ausencia puede explicar bastante la negligencia de su hermana en escribir, pues no ha habido ningún "Bueno, Mary, ¿cuándo escribes a Fanny? ¿No es hora de que escribas a Fanny?" que me espoleara. Al fin, después de varias tentativas para encontramos, he visto a sus primas, "la querida Julia y la queridísima María". Ayer me encontraron en casa y estuvimos muy contentas de

volvemos a ver. "Parecíamos muy contentas" de vemos, y realmente creo que nos alegramos un poco. Tuvimos un sinfin de cosas que contamos. ¿Debo decirle qué cara puso la joven señora Rushworth cuando se mencionó el nombre de Fanny? Nunca me he inclinado a creer que ella carezca de serenidad, pero demostró no tener la suficiente para sus necesidades de ayer. En el aspecto general, Julia era la que estaba más favorecida de las dos... al menos después que salió a relucir el nombre de usted. María ya no se recuperó desde el momento en que hablé de "Fanny", y de igual modo que lo haría una hermana. Pero se acerca el día en que la joven señora Rushworth podrá lucir bien; nos mandó tarjeta de invitación a su primera fiesta, para el día 28. Entonces aparecerá en todo su esplendor, pues abre una de las mejoras casas de Wimpole Street. Yo estuve en ella hace un par de años, cuando pertenecía a lady Lascelle, y la prefiero a casi todas las que conozco en Londres; y de seguro que María tendrá entonces la sensación de que —para decirlo con frase vulgar–– ve recompensado su sacrificio. Henry no hubiera podido brindarle una casa semejante. Espero que lo tendrá presente y se conformará, lo mejor que pueda, con ser la reina de un palacio, aunque el rey parezca mejor en segundo término. Por todo lo que me han dicho y he conjeturado, el barón de Wildenheim continúa dedicando sus atenciones a Julia, pero no sé que ella haga nada para fomentar enserio esas ilusiones. Un pobre barón no es buena pesca, y no creo que pueda serlo en este caso; pues, quítele usted sus rentas y no le queda nada al pobre barón. ¡Qué diferencia puede representar el cambio de una vocal! ¡Si sus rentas fuesen al menos iguales a su declamación![5]. Su primo Edmund se mueve con lentitud, detenido tal vez por obligaciones parroquiales. Puede que haya alguna vieja en Thornton Lacey a quien convertir. Prefiero no considerarme descuidada por una *joven.* Adiós, mi querida, dulce, Fanny. Larga es esta carta de Londres. Contésteme con una suficiente para alegrar *los ojos* de Henry, cuando vuelva, y envíeme una referencia de los gallardos capitanes que usted desdeña por él.»

Había en esta carta abundante materia para la meditación, especialmente para desagradables meditaciones; y no obstante, con todo el desasosiego que proporcionaba la lectura, la ponía en contacto con los ausentes, le hablaba de personas y cosas por las cuales nunca había sentido tanta curiosidad como ahora, y contenta hubiera estado de tener asegurada una carta como aquélla todas las semanas. La correspondencia con lady Bertram era su único asunto de mayor interés.

En cuanto a las relaciones con que podía contar en Portsmouth, para distraerla de las deficiencias de su hogar paterno, no había una sola familia dentro del círculo de amistades de sus padres que le causara la menor satisfacción; no veía a nadie en cuyo obsequio deseara vencer su propia reserva y timidez. Los hombres todos le parecían ordinarios, petulantes todas las mujeres, unos y otras mal educados; y tan pocos motivos de satisfacción daba como recibía al serle presentados nuevos, lo mismo que antiguos, conocidos.

Las jovencitas que al principio se acercaban a ella con cierto respeto, en

[5] Juego de palabras intraducibles, integrado por las voces *rent* (renta) y *rant* declamación retumbante (N. T.)

consideración a que venía de la casa de un «barones», pronto se ofendían por lo que calificaban de «humos»; pues, como no tocaba el piano ni llevaba lujosas pellizas, en cuanto la habían observado mejor, no podían reconocerle ningún derecho de superioridad.

El primer consuelo verdadero que tuvo Fanny, en compensación de los males del hogar; el primero que su conciencia pudo aprobar por completo, y que le brindaba alguna perspectiva de estabilidad, fue un más exacto conocimiento de Susan, y la esperanza de poder prestarle algún servicio. Susan siempre se había mostrado amable para con ella, pero el definido carácter de sus modales en general la había asombrado y alarmado, y hubo de pasar al menos una quincena para que empezara Fanny a comprender una disposición tan diferente de la suya propia. Susan veía que muchas cosas iban torcidas en su casa y deseaba enderezarlas. Que una chiquilla de catorce años, guiada sólo por su razón privada de apoyo, equivocase el método con que introducir la reforma, no era de extrañar; y Fanny se sintió pronto más dispuesta a admirar la inteligencia natural de quien, siendo tan joven, tenía una tan exacta visión de las cosas, que a censurar con mucha severidad los defectos de comportamiento a que la conducía dicha cualidad. Susan no hacía más que obrar de acuerdo con las mismas verdades, y persiguiendo el mismo orden, que suscribía el criterio de la propia Fanny, pero que ésta, debido a su temperamento más condescendiente y resignado, no hubiera sido capaz de defender. Susan procuraba ser útil donde Fanny sólo hubiera podido retraerse y llorar. Y de que Susan prestaba una utilidad pudo Fanny darse cuenta; de que las cosas, aun con lo mal que marchaban, peor hubieran sido sin tal intervención, y de que lo mismo su madre que Betsey se veían frenadas en su tendencia a ciertos excesos de abandono y vulgaridad, ciertamente ofensivos.

En toda controversia con su madre, Susan llevaba siempre la ventaja a punto de razón, y nunca era de ver una terneza maternal para sobornarla. El ciego cariño, que tanto daño suscitaba a su alrededor, nunca lo había ella conocido. No existía gratitud por unas ternuras pasadas o presentes, que la ayudara a soportar mejor las prodigadas con exceso a los otros.

Todo esto se hizo gradualmente evidente, y Susan fue apareciendo a los ojos de Fanny como un motivo de respeto y compasión a la vez. Que, sin embargo, era incorrecto su proceder, muy incorrecto a veces, sus recursos con frecuencia mal elegidos e inoportunos, y su actitud y lenguaje muy a menudo indefendibles, Fanny no podía dejar de apreciarlo; Pero empezó a abrigar la esperanza de que todo ello podría corregirse. Veía que Susan la respetaba y deseaba ganarse su buena opinión; y no obstante lo nuevo que era para Fanny cualquier cosa parecida al ejercicio de una autoridad, no obstante lo nuevo que era para ella imaginarse capaz de guiar o enseñar a alguien, tomó la resolución de hacer a Susan eventuales insinuaciones y tratar de darle, en su beneficio, unas nociones más justas del respeto que era debido a cada cual, así como de lo que sería en ella un proceder más discreto; cosas que la educación de Fanny, más favorecida, había inculcado a su espíritu.

Su influencia o, por lo menos, su conocimiento y uso de ella, se originó mediante un acto de bondad para con Susan, el cual, después de muchas

vacilaciones impuestas por sus escrúpulos de delicadeza, decidió llevar a cabo. Muy al principio se le había ocurrido que una pequeña suma de dinero podría, tal vez, restablecer para siempre la paz en la penosa cuestión del cuchillo de plata, que se disputaban ahora de continuo; y los caudales que ella poseía (su tío le dio diez libras al partir), hacían que pudiera ser tan generosa como deseaba. Pero estaba tan poco habituada a hacer favores, excepto a los pobres de solemnidad, era tan inexperta en cuanto representase corregir males o conferir beneficios entre sus iguales, y estaba tan temerosa de dar la sensación de que se elevaba a un plano de gran señora dentro de su hogar, que necesitó algún tiempo para decidir si no sería una inconveniencia de su parte hacer tal regalo. Se decidió, sin embargo, al fin: compró para Betsey un cuchillo de plata, que fue aceptado con gran ilusión, pues la particularidad de ser nuevo le daba sobre el otro todas las ventajas que pudiera desearse. Susan entró en plena posesión del suyo, Betsey declaró lindamente que teniendo ahora uno mucho más bonito nunca pediría el de su hermana, y ninguna queja fue elevada a su madre, igualmente satisfecha, cosa que Fanny había considerado casi imposible. La acción respondió por completo: suprimió totalmente un motivo de altercados domésticos y fue el medio de que Susan le abriera el corazón, brindándole así un nuevo objeto en que poner su amor y su interés. Susan demostraba tener delicadeza: satisfecha como estaba de gozar en propiedad de aquello por lo que estuvo luchando lo menos dos años, temía sin embargo que el juicio de su hermana le fuera adverso y que, en el fondo, le hiciera el reproche de haber batallado hasta el punto de hacer necesaria aquella adquisición para la tranquilidad de la casa.

Su natural quedó de manifiesto. Reconocía sus excesivos recelos, se censuraba por haber puesto tanto empeño en la contienda; y a partir de aquel momento, Fanny, comprendiendo el valor de su buena disposición, y notando lo muy inclinada que estaba a consultar su opinión y someterse a su criterio, empezó de nuevo a sentir la bendición del efecto y a concebir la esperanza de ser útil a un entendimiento tan necesitado de ayuda y tan merecedor de ella. Le dio consejos, consejos demasiado justos para que pudiera oponerles resistencia una mente sana; y los daba, además, con tanta suavidad y consideración, que no hubiesen podido irritar a un carácter imperfecto. Y tuvo la dicha de observar con frecuencia sus buenos efectos. No esperaba más quien, teniendo en cuenta lo obligado y prudente que era mostrar sumisión y tolerancia, veía también, con perspicacia inspirada en una afinidad de sentimientos, todo lo que a menudo había de resultar intolerable para una jovencita como Susan. De lo que más llegó pronto a maravillarse fue, no de que ciertas provocaciones hubiesen llevado a Susan a mostrarse irrespetuosa e intolerante a pesar de su buen criterio, sino de que ese buen criterio, ese magnífico sentido, pudieran existir en ella; y de que, crecida en medio del abandono y el error, tuviera unas ideas tan justas acerca de lo que seria propio: ella, que no había tenido un primo Edmund que dirigiera sus pensamientos o fijara sus principios.

La mayor intimidad así iniciada entre ellas fue para ambas una ventaja principal. Permaneciendo las dos arriba, en su habitación, se ahorraban una buena parte de los alborotos domésticos. Fanny tenía paz y Susan aprendió a

considerar que no era una desgracia emplearse en algo con tranquilidad. Allí no tenían calefacción; pero *esto* era una privación familiar, hasta para Fanny, y la sufría mejor porque le recordaba su cuarto del Este. Era el único punto de semejanza. En cuanto al espacio, luz, mobiliario y vista, nada de común había entre las dos habitaciones; y a menudo exhalaba un suspiro recordando sus libros, cajas y demás alicientes de aquel rincón. Progresivamente, las dos jovencitas llegaron a pasar la mayor parte de todas las mañanas en el piso alto, dedicándose sólo al principio a hacer labores y charlar; pero después de unos días el recuerdo de dichos libros se hizo tan incoercible y acuciante, que Fanny no tuvo más remedio que tratar de conseguir nuevamente algunos. No los había en casa de su padre; pero la riqueza es fastuosa y osada, y parte de la de Fanny halló su campo de aplicación en una librería circulante. Se hizo suscriptora... asombrándose de ser algo *in propia persona,* asombrándose de sus propios actos en todos los sentidos. ¡Ser una *arrendadora,* una seleccionadora de libros! ¡Y proponerse el mejoramiento de alguien con su elección! Pero así era. Susan nunca había leído nada, y Fanny ansiaba hacerla partícipe de los primeros placeres que ella misma había sentido, e inspirarle una afición por la biografia y la poesía, que era lo que hacía sus delicias.

Con esta ocupación esperaba, además, enterrar algunos recuerdos de Mansfield, que con demasiada facilidad se adueñaban de su mente si ocupaba tan sólo sus dedos. Por aquellos días especialmente, esperaba que le sería provechoso distraer sus pensamientos de una persecución de Edmund en su viaje a Londres, para donde, según la autorizada información contenida en la última carta de su tía, sabía que había salido. No dudaba de lo que iba a seguirse. La prometida notificación pendía sobre su cabeza. Las llamadas del cartero por la vecindad empezaron a constituir un cotidiano terror; y si leyendo podía ahuyentar la idea, siquiera por espacio de media hora, algo ganaba con ello.

CAPÍTULO XLI

Había transcurrido una semana desde que supusiera a Edmund en Londres, y Fanny seguía sin saber nada de él. De este silencio cabía sacar tres consecuencias, entre las cuales fluctuaba su mente que consideraba, por turnos, como más probable la una que las otras. O su viaje había quedado aplazado de nuevo, o no había tenido aún ocasión de hablar a solas con Mary Crawford, o era demasiado feliz para dedicarse a escribir cartas.

Por entonces, cuando Fanny llevaba unas cuatro semanas ausente de Mansfield (este punto lo tenía ella siempre presente y contaba todos los días) y se disponía una mañana a subir como de costumbre al piso con Susan, las detuvo la llamada de un visitante, al cual comprendieron que no les sería dable esquivar

debido a la presteza con que Rebecca acudió a la puerta, obligación que siempre le interesaba más que ninguna.

Era la voz de un caballero; una voz que hizo palidecer a Fanny, al tiempo que Mr. Crawford entraba en el recibidor.

El buen sentido de Fanny siempre respondía cuando de veras era requerido; de modo que fue capaz de presentar a su madre al visitante y de justificar que recordaba su nombre como el de «el amigo de William» aunque previamente no se hubiera creído con valor para pronunciar una sílaba en tal momento. El saber que allí sólo era conocido como el amigo de William representaba para ella algún sostén. Después de la presentación, sin embargo, y una vez sentados todos de nuevo, el espanto que la acometió al preguntarse adónde podría conducir tal visita fue abrumador, hasta el punto de que creyó estar a punto de desmayarse.

Mientras se esforzaba por conservar el sentido, Henry, que al principio se le había acercado con el aire animado de siempre, desvió prudente y amablemente la mirada, dándole tiempo para recobrarse a la vez que se dedicaba por entero a la madre, hablándole y prestándole su atención con la mayor cortesía y propiedad, y también con cierto grado de intimidad, o cuando menos de interés, resultando perfectos sus modales.

Los de la señora Price estaban también en su mejor punto. Estimulada ante semejante amigo de su hijo, regulada por el deseo de darle una favorable impresión, se mostraba desbordante de gratitud, de auténtica gratitud maternal, y esto no podía resultar desagradable. Dijo que Mr. Price había salido y lo lamentaba muchísimo. Fanny se había recobrado lo suficiente para decirse que ella no podía lamentarlo; pues a sus muchos motivos de inquietud se añadía el muy grave de su vergüenza por el hogar en que él la encontraba. Podía reprocharse esta debilidad, pero no había reproche que sirviera para el caso. Estaba avergonzada, y más la hubiera avergonzado aún su padre que todo lo demás.

Hablaron de William, tema que nunca podía cansar a la señora Price; y los elogios de Mr. Crawford fueron tan entusiastas como pudiera desearlo hasta el corazón de la misma madre. Ésta se decía que en su vida había conocido un hombre tan agradable, y sólo se asombró de que, siendo tan importante y agradable, no hubiese rendido viaje a Portsmouth ni para visitar al almirante del puerto, ni al comisario, ni siquiera con la intención de llegarse a la isla o ver el arsenal. Ninguna de todas esas cosas, que ella siempre había considerado prueba de importancia, o modo de emplear la riqueza, le habían traído a Portsmouth. Había llegado a última hora de la noche anterior, se proponía pasar allí un par de días, se hospedaba en el Crown, se había encontrado casualmente con uno o dos oficiales de la marina conocidos, pero su viaje no obedecía a ninguno de aquellos motivos.

Después que hubo facilitado toda esa información, consideró que no era irrazonable suponer que podía ya dirigir la mirada y la palabra a Fanny; y ella se sintió bastante capaz de tolerar lo uno y lo otro, y enterarse de que había pasado media hora junto a su hermana la víspera de su salida de Londres; de que ella le enviaba sus más efusivas expresiones de afecto, pero no había tenido tiempo de

escribirle; de que él se consideró feliz de poder ver a Mary aunque sólo fuese media hora, habiendo permanecido escasamente veinticuatro en Londres, a su regreso de Norfolk y antes de partir de nuevo; de que Edmund se hallaba en la capital, donde permanecería unos días, según tenía entendido; de que no le había saludado personalmente, pero sabía que estaba bien y que había dejado bien a todos en Mansfield; se enteró, en fin, de que Edmund almorzaría, lo mismo que el día anterior, con los Fraser.

Fanny escuchó, impasible, hasta el último detalle mencionado; es más, le pareció un alivio para su fatigado espíritu llegar a una certeza; y las palabras: «así, a estas horas, estará ya todo arreglado» las dijo para sus adentros, sin traslucir más signo de emoción que un ligero rubor.

Después de hablar otro poco de Mansfield, tema por el cual el interés de Fanny era bien manifiesto, Crawford empezó a insinuar lo oportuno de un inmediato paseo matinal.

—La mañana es deliciosa —dijo— y en esta estación del año las mañanas radiantes se convierten tan a menudo en desapacibles, que lo más prudente sería aprovecharla sin demora.

Pero, como esas insinuaciones no consiguieron nada, acto seguido procedió a recomendar sin ambages ni rodeos a la señora Price y a sus hijas que dieran un paseo sin pérdida de tiempo. Entonces llegaron a un acuerdo. Resultó que la señora Price casi nunca se asomaba siquiera a la calle, excepto los domingos; manifestó que raramente podía, con tanta familia, disponer de un momento para salir a pasear.

—En tal caso —sugirió Henry—, ¿no podría usted convencer a sus hijas para que aprovecharan este tiempo tan espléndido, y concederme el placer de acompañarlas?

La señora Price se mostró muy agradecida y condescendiente. Dijo que sus hijas vivían muy recluidas, que Portsmouth era una ciudad muy aburrida y casi nunca salían, y que le constaba que debían hacer algunas compras y les gustaría mucho tener ocasión para ello.

La consecuencia fue que Fanny, por extraño que le pareciera... extraño, molesto y pesaroso, se encontró a los diez minutos caminando en dirección a High Street, acompañada de Susan y de Henry Crawford.

Pronto vino a sumarse una nueva angustia a su angustia, una nueva confusión a su confusión; pues, apenas habían alcanzado High Street, se tropezaron con su padre, cuyo aspecto no era mejor por ser sábado aquel día. El hombre se detuvo; y, a pesar de su facha poco distinguida, Fanny se vio obligada a presentarlo a Mr. Crawford. No podía ella dudar de la clase de impresión que recibiría Henry; seguro que sentiría vergüenza y disgusto a la vez. Pronto se alejaría de ella, y dejaría de sentir la menor inclinación por semejante boda. Y no obstante, a pesar de lo mucho que había deseado un remedio para aquel mal, era éste una especie de remedio que resultaba casi peor que la enfermedad; y creo yo que apenas se encontraría a una niña casadera en todo el Reino Unido que no prefiriese resignarse con la desgracia de ser pretendida por un hombre inteligente, agradable, a verle ahuyentado por la vulgaridad de sus parientes más próximos.

Mr. Crawford no pudo seguramente observar a su futuro suegro con la menor idea de tomarle por modelo en el arte de vestir; pero, según Fanny instantáneamente, y con gran alivio, constató, su padre se mostró como un hombre muy diferente, un Mr. Price muy distinto en su comportamiento ante aquel forastero que le merecía el mayor respeto, a lo que era en casa, en el seno de la familia. Ahora, sus modales, aunque no refinados, eran más que pasaderos: eran gratos, animados, varoniles; sus expresiones eran las de un padre afectuoso y de un hombre sensible; su costumbre de hablar en voz alta quedaba muy bien al aire libre de la vía pública, y no se le oyó un solo juramento. Tal fue su instintivo cumplido a las buenas maneras de Mr. Crawford; y, cualesquiera que fuesen las consecuencias, la inmediata sensación de Fanny fue muchísimo más grata.

El resultado de las cortesías entre ambos caballeros fue el ofrecimiento que hizo Mr. Price de enseñar a Mr. Crawford el arsenal; invitación que Henry, deseoso de aceptar como un favor lo que con tal intención se le brindaba (aunque había visto una y mil veces el arsenal), y con la esperanza de estar así más tiempo junto a Fanny, se mostró muy dispuesto a aprovechar, agradecido, siempre que las señoritas Price no temieran fatigarse; y como, de un modo u otro, se averiguase, o se infiriese, o al menos se las indujera a considerar que no sentían tal temor, decidieron ir todos al arsenal; y de no haberlo evitado Mr. Crawford, Mr. Price les hubiera llevado allá directamente, sin la menor consideración a las compras que sus hijas debían efectuar en High Street. No obstante, Henry cuidó de que se les concediera ir a las tiendas que pensaban visitar, ya que para ello habían salido ex profeso; y ello no les retardó mucho, porque Fanny era tan incapaz de suscitar impaciencias o de hacerse esperar, que antes de que los caballeros, mientras permanecían a la puerta, pudieran hacer más que empezar a ocuparse de las últimas disposiciones navales, o establecer el número de navíos de tres puentes entonces en activo, sus acompañantes estaban ya dispuestas a reanudar la marcha.

Terminadas las compras, emprendieron sin más rodeos el camino del arsenal; y el paseo se hubiera efectuado, en opinión de Mr. Crawford, de un modo muy singular, de haberse dejado por entero en manos de Mr. Price la conducción del grupo, pues diose cuenta de que no le importaba que las damiselas siguieran detrás sin alcanzarles, o intentándolo como pudieran, mientras ellos seguían adelante con paso acelerado. Consiguió introducir algunas mejoras ocasionales, aunque no del alcance deseado. No hubiera querido separarse en absoluto de ellas; y cuando, en cualquier cruce o aglomeración, Mr. Price no hacía más que gritar: «¡Aquí, muchachas, aquí! ¡Ven, Fan... Su... tened cuidado..., estad a la mira!», él hubiera querido prestarles su personal asistencia.

Una vez llegaron al arsenal, Henry empezó a fiar en la posibilidad de alguna conversación aparte con Fanny, al ver que se les juntaba un colega haragán de Mr. Price que acudía a dar su cotidiano vistazo al curso que seguían las cosas por allí, y que sin duda resultaría un compañero de charla más interesante que él para el padre de las niñas; y, en efecto, al cabo de unos momentos, parecían ambos muy satisfechos paseando juntos de un lado para otro y discutiendo asuntos de mutuo e inagotable interés, mientras los jóvenes se sentaban en las

cuadernas del astillero o hallaban asiento a bordo de algún navío de las gradas de construcción, que todos fueron a ver. Fanny estaba, muy convenientemente para él, necesitada de descanso. Crawford no hubiese podido desearla más fatigada o más dispuesta a sentarse; pero sí hubiera deseado verse libre de la hermanita. Una chiquilla avispada de la edad de Susan, era la peor tercera persona del mundo..., era exactamente lo contrario de lady Bertram... todo ojos y oídos. Ante ella, no había manera de enfocar la cuestión principal. Hubo de contentarse con mostrarse simpático en común, dejar que Susan tuviera su parte de diversión y permitirse, de vez en cuando, una mirada o una insinuación a Fanny, mejor enterada y más en el caso. De lo que más habló fue de Norfolk: había pasado allí una temporada, y todo iba adquiriendo una mayor importancia gracias a sus actuales proyectos. Un hombre como él no podía venir de ningún lugar, de ningún medio social, sin traer consigo algo divertido; sus viajes y sus relaciones, todo era aprovechable, y Susan se entretenía de un modo totalmente nuevo para ella. Para Fanny, el relato contenía algo más que la accidental amenidad de las reuniones a que él había asistido. Sus palabras explicaban el particular motivo, que mereció la aprobación de Fanny, de su viaje a Norfolk, inusitado en aquella época del año. Había ido realmente para activarse en cuestiones de interés, como la renovación de un arriendo, del cual dependía el bienestar de una numerosa y (creía él) industriosa familia. Había sospechado que su apoderado llevaba algún asunto bajo mano... que intentaba predisponerle contra personas merecedoras de todo respeto; y había determinado ir personalmente a investigar a fondo la realidad del caso. Había ido, su desplazamiento había sido más beneficioso aún de lo que había previsto, había sido útil a más personas de las que comprendiera su plan inicial, y ahora podía felicitarse por ello y sentía que al cumplir un deber había asegurado una porción de gratas reminiscencias para su espíritu. Se había presentado a varios arrendatarios que nunca había visto hasta entonces; había empezado a saber de la existencia de chozas que, a pesar de hallarse dentro de su misma propiedad, no conocía aún. Esto era hacer puntería, y buena puntería, sobre Fanny. Era un gusto oírle hablar tan decorosamente. En esto se había portado como debía. ¡Ser el amigo de los pobres y los oprimidos! Nada podía ser tan grato para ella; y estaba a punto de obsequiarle con una mirada de aprobación, que él mismo se encargó de anular al añadir algo demasiado intencionado, relativo a su esperanza de tener pronto una asistencia, una persona amiga, una guía para todos sus planes de utilidad o caritativos a desarrollar en Everingham; alguien que hiciera de Everingham, y todo lo relacionado con este lugar, algo más querido aún de lo que siempre fuera.

Ella volvió la cabeza, deseando que él no siguiera por aquel camino. Sentíase dispuesta a conceder que Henry tal vez tuviera mejores cualidades de las que ella había supuesto. Empezaba a considerar la posibilidad de que al fin se convirtiera en una buena persona; pero era y siempre sería totalmente incompatible con ella, y no debía pensar en ella.

Henry diose cuenta de que ya había dicho bastante sobre Everingham, de que mejor seria cambiar de tema, y volvió a Mansfield. No hubiese podido elegir mejor; era un tópico a propósito para atraerse de nuevo la atención y la mirada

de Fanny, casi al instante. Constituía para ella una auténtica satisfacción oír hablar de Mansfield. Por llevar ahora tanto tiempo separada de cuantos conocían el lugar, la voz que lo mencionaba le pareció la de un verdadero amigo, dando lugar a sus vehementes exclamaciones en alabanza de sus bellezas y delicias; y con el honroso tributo que dedicó a sus moradores, le brindó a ella la oportunidad de solazar su espíritu en el más encendido elogio, de hablar de su tío como del ser más inteligente y bueno, y de su tía atribuyéndole el más dulce de los dulces caracteres.

También él sentía un gran afecto por Mansfield; así lo decía. Miraba al porvenir con la esperanza de pasar mucho, muchísimo tiempo de su vida allí... siempre allí o en sus inmediaciones. En especial proyectaba pasar allí un verano y otoño muy felices, aquel mismo año. Notaba que seria así; estaba seguro de ello: un verano y un otoño mil veces superiores a los últimos; dentro de un medio igualmente animado, entretenido, social, pero en unas circunstancias de indescriptible sublimidad.

—Mansfield, Sotherton, Thornton Lacey... —prosiguió—; ¡qué sociedad abarcarán esas casas! Y acaso pueda agregarse una cuarta, por San Miguel... Un pequeño pabellón de caza en esas inmediaciones de todos tan queridas... porque en cuanto a compartir Thornton Lacey, como una vez insinuara Edmund Bertram, con buen humor, creo prever dos inconvenientes... dos inconvenientes auténticos, encantadores, insuperables, como objeción a ese plan.

Fanny calló por doble motivo; aunque, pasada la ocasión, lamentara no haberse esforzado por conocer una mitad de lo insinuado por Henry y no haberle animado a decir algo más de su hermana Mary y de Edmund. Era un tema del cual debía acostumbrarse a hablar, y la debilidad de querer eludirlo pronto sería en ella algo imperdonable.

Cuando Mr. Price y su amigo hubieron visto todo lo que quisieron o tuvieron tiempo de ver, los demás estaban dispuestos a regresar; y durante el paseo de vuelta, Crawford consiguió un minuto de charla privada con Fanny, a la que pudo decir que el único asunto que le traía a Portsmouth era verla a ella; que había acudido por un par de días por ella y nada más que por ella, porque no podía soportar una tan larga y absoluta separación. Esto apenó a Fanny, la apenó de veras; y no obstante, a pesar de esto y de las otras dos o tres cosas que hubiera preferido que él no dijera, le consideró en total muy mejorado desde la última vez que lo había visto. Era mucho más delicado, considerado y atento para con los sentimientos de los demás, de lo que jamás se había mostrado en Mansfield; nunca le había parecido tan agradable... tan *cerca* de resultarle agradable; su conducta respecto de Mr. Price no podía ofender, y en el caso que hizo de Susan había algo particularmente correcto y amable. Decididamente, había mejorado. Fanny deseaba que hubiese transcurrido ya el día siguiente, deseaba que él hubiese venido tan sólo por un día; pero no lo pasó tan mal como esperaba: ¡era tanto el placer de hablar de Mansfield!

Antes de separarse, ella tuvo que agradecerle otra bondad, y no pequeña. Su padre le pidió que les hiciera el honor de acompañarles en la comida, y Fanny tuvo sólo tiempo para un escalofrío de horror antes de que él manifestara su imposibilidad de aceptar, por haber contraído un compromiso con anterioridad.

Hablase comprometido ya para aquel día y para el siguiente: tratábase de la invitación de un amigo que encontró en el Crown, y no podía negarse; sin embargo, tendría el honor de visitarles de nuevo el día siguiente, etc. Y así se despidieron, sintiendo Fanny una verdadera felicidad por haberse salvado de tan terrible amenaza.

¡Tenerle allí, integrando semejante reunión familiar en tomo a la mesa durante la comida, hubiera sido horroroso! Los guisos de Rebecca, el servicio de Rebecca, el modo de comer de Betsey, sin contención y cogiéndolo todo a su antojo, era algo a lo que Fanny no estaba bastante hecha todavía para que sus comidas pudieran ser a menudo tolerables. Pero, *ella* era refinada tan sólo por delicadeza natural, mientras *él* se había educado en escuela de lujo y sibaritismo.

CAPÍTULO XLII

El día siguiente, acababan los Price de salir para la iglesia cuando de nuevo apareció Mr. Crawford. No les alcanzó con el único objeto de saludarles, sino para juntarse a ellos; le pidieron que les acompañase a la capilla de la guarnición, que era exactamente lo que él quería, y allá fueron todos juntos.

Ahora podía verse a la familia en su aspecto favorable. La naturaleza les había concedido una cantidad de belleza nada despreciable, y el domingo se encargaba siempre de vestirles con las galas de sus más limpias epidermis y sus mejores trajes. El domingo siempre traía este consuelo a Fanny, y en esta ocasión era mayor que nunca. Su pobre madre no parecía tan indigna de ser hermana de lady Bertram como era capaz de parecer. Con frecuencia le oprimía a Fanny el corazón pensar en el contraste que ofrecían la una respecto de la otra; pensar que donde la naturaleza había puesto tan poca diferencia, las circunstancias hubieran puesto tanta, y que su madre, tan hermosa como lady Bertram y algunos años más joven, tuviera una apariencia mucho más desgastada y mustia, tan desalentada, tan desaliñada, tan abandonada. Pero el domingo la convertía en una muy apreciable y tolerable señora Price, cuando salía a la calle con su bonita colección de criaturas, dándose un pequeño respiro al cabo de una semana de cuidados, sin descomponerse más que en el caso de ver a sus niños correr hacia un peligro o si Rebecca pasaba por su lado con una flor en el sombrero.

En la capilla hubo de dividirse el grupo, pero Mr. Crawford tuvo buen cuidado en no quedar separado de la fracción femenina; y a la salida continuó todavía con ellos, agregándose al paseo familiar por la muralla.

La señora Price daba su paseo semanal por la muralla todos los domingos con buen tiempo, a lo largo de todo el año. Siempre iba allí directamente una vez terminada la función matinal, para no regresar a casa hasta la hora de comer.

Era su lugar público: allí encontraba a sus conocidos, se enteraba de algunas noticias, hablaba de las malas que eran las criadas de Portsmouth y cobraba ánimos para los seis días siguientes.

Allá se dirigieron, pues, sintiéndose Mr. Crawford muy feliz por considerarse especialmente encargado de atender a las niñas de Price; y poco tiempo llevaban paseando cuando, sin que apenas se dieran cuenta... no hubiesen podido decir cómo... Fanny no podía creerlo, él se había situado ya entre las dos y había enlazado un brazo de cada una a los suyos, sin que ella supiera evitarlo o poner término a aquella situación. Esto la tuvo inquieta durante un rato; no obstante, lo mismo el día que el espectáculo que se abría a sus ojos, brindaban encantos que no podían dejar de pesar en su ánimo.

El día era singularmente delicioso. Era marzo en el calendario, pero era abril la templada atmósfera, la suave y constante brisa, el radiante sol, que en ocasiones se nublaba por un minuto; y todo aparecía tan hermoso bajo el influjo de aquel cielo, persiguiéndose los juegos de sombras proyectadas sobre los barcos de Spithead y más allá, en la isla, con los matices siempre cambiantes del mar, entonces en su creciente, danzando jubiloso y quebrándose en la escollera con un rumor tan grato...; todo ello brindaba a Fanny una combinación de encantos tan maravillosa, que poco a poco llegó casi a olvidarse de las circunstancias en que le era dado gozarlos. Es más: de no haber tenido aquel brazo en que apoyarse, pronto lo hubiera necesitado; pues carecía de fuerzas para vagar de aquel modo durante dos horas, al darse el caso, como generalmente ocurría, tras una semana de inactividad. Fanny empezaba a acusar el efecto de haber suspendido su ejercicio habitual y regular; había perdido fondo en cuanto a salud desde su llegada a Portsmouth; y de no ser por Mr. Crawford y el magnífico tiempo, pronto se hubiera rendido en aquella ocasión.

El hechizo del día y del paisaje lo acusaba él lo mismo que ella. A menudo se detenían obedeciendo a un mismo gusto y sentimiento, y se apoyaban en el muro durante unos minutos para mirar y admirar; y considerando que él no era Edmund, no pudo menos Fanny de reconocer que era bastante sensible a los encantos de la naturaleza y muy hábil para expresar su admiración. Ella se abandonaba de vez en cuando a un dulce arrobamiento, circunstancia que él pudo aprovechar en alguna ocasión para mirarla al rostro; y el resultado de tales observaciones fue la afirmación de que su rostro, aunque tan cautivador como siempre, no aparecía tan lozano como debía estar. Ella dijo que se encontraba muy bien, no gustándole que pudiera suponerse otra cosa; pero, en su apreciación de conjunto, él quedó convencido de que su actual residencia no podía satisfacerla y, por lo tanto, no podía ser saludable para ella; y empezó a mostrar impaciencia por un pronto regreso de Fanny a Mansfield, donde la felicidad de ella, y la de él al verla, habría de ser mucho mayor.

—Lleva ya un mes aquí, ¿no es cierto?

—No; no un mes completo. Mañana hará cuatro semanas que abandoné Mansfield.

—Es usted en extremo escrupulosa y honrada en sus cuentas. A eso, yo lo llamaría un mes.

—No se cumplirá hasta el martes al atardecer.

—Y se trata de una visita de dos meses, ¿no es cierto?

—Sí. Mi tío habló de dos meses. Supongo que no será menos.

—¿Y cómo va a efectuar el regreso? ¿Quién vendrá a recogerla?

—No lo sé. Todavía nada me ha comunicado referente a esto mi tía. Acaso me quede más tiempo. Puede que no convenga recogerme exactamente al término de los dos meses.

Tras una breve reflexión, Mr. Crawford replicó:

—Conozco Mansfield, conozco sus costumbres y conozco sus defectos respeto a usted. Conozco el peligro de que la echen al olvido, hasta el punto de sacrificar su bienestar a la imaginaria conveniencia de un solo ser de la familia. Me doy cuenta de que pueden dejarla aquí semana tras semana, en tanto a sir Thomas no le sea posible disponerlo todo para venir él mismo, o enviar a la sirvienta de su cuñada, sin que ello envuelva la más leve alteración del programa que pueda haber establecido para el trimestre siguiente. Esto no puede ser. Dos meses es mucho tiempo; seis semanas creo que bastarían. Hablo en consideración a la salud de su hermana —agregó, dirigiéndose a Susan—; pues opino que este confinamiento en Portsmouth no puede favorecerla. Ella necesita constante ejercicio y buen aire. Cuando usted la conozca tan bien como yo, dudo que estará de acuerdo en que le es indispensable, y nunca debería permanecer tanto tiempo alejada del aire puro y la libertad del campo. Por lo tanto —hablando de nuevo a Fanny—, si nota que se siente peor y surge alguna dificultad para su vuelta a Mansfield... sin aguardar a que se cumplan los dos meses: a este extremo no debe concederle la menor importancia; si se siente aunque sólo sea un poquitín más floja o abatida que lo normal, sólo debe ponerlo en conocimiento de mi hermana, insinuárselo tan solo: ella y yo acudiremos inmediatamente y la devolveremos a Mansfield. Ya sabe usted la facilidad y el placer con que lo haríamos. No ignora la ilusión a que ello daría lugar.

Fanny le dio las gracias, pero trató de tomarlo a broma.

—Lo digo muy en serio —replicó Henry—, como usted sabe perfectamente. Y espero que no ocultará usted cruelmente cualquier tendencia a una indisposición. No, no hará usted eso... no podría hacerlo; pues tan sólo mientras diga usted positivamente, en todas las cartas dirigidas a Mary, «sigo bien», y yo sé que no puede usted decir ni escribir una mentira, sólo mientras así lo haga consideraremos que no se resiente su salud.

Fanny le dio las gracias otra vez, pero estaba impresionada y afligida hasta tal punto, que le fue imposible decir gran cosa, y ni siquiera estaba segura de lo que debía decir. Esto ocurrió hacia el final del paseo. Henry las acompañó hasta el último instante, sin dejarlas hasta que, ya en la puerta de la casa, comprendió que iban a comer y se despidió pretextando que le esperaban en otra parte.

—Desearía verla menos fatigada —dijo, reteniendo todavía a Fanny cuando los demás ya habían entrado—. Desearía dejarla con mejor salud. ¿Puedo hacer algo por usted en Londres? Tengo medias intenciones de volver pronto a Norfolk. No estoy satisfecho de Maddison. Estoy seguro de que todavía procura engañarme, si puede, e intenta poner a un primo suyo en cierto molino que yo

tengo destinado a otra persona. Tendré que ir y entenderme directamente con él. He de hacerle saber que no me dejo embaucar en el sur de Everingham más que en el norte; que en adelante seré yo el dueño de mi hacienda. Antes no fui bastante explícito con él. El daño que un hombre como ese hace en una heredad, tanto respecto a la fama de su jefe como al bienestar de los pobres, es algo inconcebible. Casi estoy decidido a volver a Norfolk enseguida y arreglarlo todo de modo que no se preste a más extravíos. Maddison es un individuo inteligente; no me propongo desplazarlo, con tal que él no intente desplazarme a mí; pero seria tonto dejarme engañar por un hombre que no tiene sobre mí ninguna autoridad, y peor que tonto dejar que me introdujera allí a un sujeto desalmado y opresor, en vez de un hombre honrado, a quien ya di media palabra. ¿No seria peor que tonto? ¿Debo ir? ¿Me lo aconseja usted?

—Se lo aconsejo. Usted sabe perfectamente lo que está bien.

—Sí, cuando me da usted su opinión, siempre sé lo que está bien. Su juicio es mi regla de conducta.

—Oh, no; no diga usted eso. Todos llevamos en nosotros mismos un guía mejor de lo que pueda serlo otra persona. Adiós; deseo que tenga mañana un buen viaje.

—¿No hay nada que pueda hacer por usted en Londres? —Nada. Se lo agradezco muchísimo.

—¿No tiene ningún encargo para nadie?

—Mis afectuosos saludos para su hermana, se lo ruego; y cuando vea a mi primo... a mi primo Edmund... desearía que tuviera la amabilidad de decirle... que supongo no tardaré en recibir noticias suyas.

—Pierda cuidado; y si se muestra perezoso o negligente, yo mismo le escribiré sus excusas...

No pudo decir más, pues Fanny dio a entender que no estaba dispuesta a que la retuviera por más tiempo. Estrechó su mano, la miró y se fue. El fue a entretener el tiempo como pudo durante las tres horas siguientes, con otras amistades, hasta que el mejor ágape que una fonda importante pueda ofrecer estuvo dispuesto para deleite de los comensales; ella entró inmediatamente en busca de su comida, mucho más frugal.

Muy distinto era el carácter sus respectivos menús; y de haber tenido él conocimiento de las muchas privaciones, además de la del ejercicio, que ella padecía en casa de sus padres, se hubiera maravillado de que su aspecto no fuera mucho peor de lo que había advertido. Estaba tan poco hecha a los budines de Rebecca, a los gigotes de Rebecca, servidos a la mesa, como así ocurría, con aquel acompañamiento de platos medio limpios y cuchillos y tenedores ni medio limpios siquiera, que muy a menudo se veía obligada a diferir su mas grata comida hasta que podía mandar por la tarde a sus hermanos a comprar galletas y bollos. Habiéndose criado en Mansfield, era ya muy tarde para curtirse en Portsmouth; y aunque sir Thomas, de haberlo sabido todo, hubiese podido considerar que su sobrina se hallaba en el camino más prometedor para rendirse, acosada por las necesidades del cuerpo tanto como por las del espíritu, a una más justa apreciación de la buena compañía y buena fortuna de Mr. Crawford, probablemente hubiera temido llevar más lejos su

experimento, a menos de exponer a Fanny a morir en la cura.

Fanny quedó abatida para todo el resto del día. Aunque estaba relativamente segura de que no volvería a ver a Mr. Crawford, no podía evitar aquella postración. Era separarse de alguien que tenía el carácter de persona amiga; y aunque, bajo un aspecto, se alegraba de su partida, le parecía ahora como si la hubiese abandonado todo el mundo; era una especie de renovada separación de Mansfield; y no podía pensar que él regresaba a Londres, y con frecuencia departiria con Mary y Edmund, sin que la invadiera un sentimiento tan semejante a la envidia que se aborrecía a sí misma por darle cobijo.

Su melancolía no se vio aminorada por nada de lo que ocurría a su alrededor. Un par de amigos de su padre pasaron allí la larga, interminable velada, como sucedía siempre que su padre no iba a reunirse con ellos; y desde las seis hasta las nueve y media, el ruido y el *grog* se dieron casi sin tregua. Sentíase muy abatida. La asombrosa mejora que seguía imaginando en Henry era lo que más cerca estaba de proporcionarle algún consuelo dentro la corriente de sus pensamientos. Al no tener en cuenta lo distinto del medio en que poco a poco le había visto, ni lo mucho que podía atribuirse a efecto de contraste, estaba completamente convencida de que ahora era mil veces más delicado y considerado para con los demás que antes. ¿Y si así era en las cosas pequeñas, no había de serlo en las grandes? Viéndole tan ansioso porque ella no se perjudicase en su salud y bienestar, tan sensible como ahora se mostraba, y en realidad parecía, ¿no podía justamente suponerse que no seguiría mucho tiempo persistiendo en su empeño tan agobiante para ella?

CAPÍTULO XLIII

Se presumió que Mr. Crawford habría iniciado su viaje de regreso a Londres, a la mañana siguiente, pues no volvieron a verle en casa de Mr. Price; y, dos días después, ello fue para Fanny un hecho comprobado por la siguiente carta de Mary, que abrió y leyó por otro motivo con la más ansiosa curiosidad:

«Tengo que poner en su conocimiento, queridísima Fanny, que Henry ha estado en Portsmouth para verla a usted; que dio un paseo delicioso con usted por el arsenal el sábado pasado, y otro más digno de comentario aún el día siguiente, por la muralla, donde el aire balsámico, el centelleo del mar y las dulces miradas y conversación se conjugaron en la más deliciosa armonía y suscitaron emociones que provocan el éxtasis hasta al recordarlas. Ésta, según he podido deducir, es la substancia de mi información. Él quiere que le escriba esta carta, pero no sé qué más puedo comunicarle fuera de la citada visita a Portsmouth y de los dos paseos mencionados, y que fue presentado a su familia de usted, en especial a una encantadora hermanita, deliciosa muchacha de quince años, que formó parte del grupo en el paseo por las murallas y recibió,

supongo, su primera lección de amor. No tengo tiempo para escribirle muy largo; pero, además, hacerlo estaría fuera de lugar, pues ésta es una simple carta de negocios, pergeñada con el propósito de comunicarle una información necesaria, y que no podría aplazarse sin riesgo de grave daño. Querida, mi queridísima Fanny, si estuviera usted aquí ¡cuántas cosas le contaría! Podría escucharme hasta cansarse, y aconsejarme hasta cansarse más aún; pero es imposible trasladar ni una centésima parte de lo mucho que bulle en mi mente; así que me abstendré del todo, dejando que adivine usted lo que guste. No tengo noticias para usted. Es usted bastante sagaz, desde luego; y estaría muy mal que la atormentase con los nombres de la gente y la relación de las fiestas que ocupan mi tiempo. Debí mandarle un relato de la primera recepción de su prima, la señora Rushworth; pero tuve pereza, y ahora pasó ya demasiado tiempo; baste decir que todo fue exactamente como podía desearse, de un tono que todas sus relaciones pudieron atestiguar con agrado, y que el vestido y las maneras de ella la acreditaron por completo. Mi amiga, la señora Fraser, está loca por una casa como aquella, y tampoco a mí me disgustaría... Voy a trasladarme a casa de lady Stornaway después de Pascua; parece que se siente muy animada, y muy feliz. Me imagino que lord Stornaway es muy divertido y agradable en el seno del hogar, y no le considero tan mal parecido como antes... al menos, una ve cosas mucho peores. Al lado de su primo Edmund, no resulta, desde luego. ¿Qué diré del héroe que acabo de mencionar? Si omitiera por entero su nombre, parecería sospechoso. Entonces, diré que le hemos visto dos o tres veces, y que a mis amigas de aquí les ha impresionado mucho, con su aspecto tan distinguido. La señora Fraser (no juzgue usted mal) dice que no conoce en Londres más que a tres hombres que tengan tan buena presencia, tan buena estatura y tan buen porte; y debo confesar que, cuando comió aquí el otro día, no había ninguno que pudiera compararse con él, y formábamos un grupo de dieciséis personas. Afortunadamente, nadie puede basarse hoy en una diferencia de indumentaria para contar historias, pero..., pero..., pero... Suya afectísima.

»Casi me olvidaba (por culpa de Edmund, le tengo en la cabeza más de lo que me conviene) de algo muy importante, que debo decirle de parte de Henry y de la mía propia: me refiero a lo de llevarla a usted de nuevo a Northamptonshire. Mi querida criaturita, no vaya a permanecer en Portsmouth hasta perder su lindo aspecto. Esas perversas brisas del mar son la ruina de la salud y la belleza. Mi pobre tía siempre se sentía perjudicada cuando se hallaba a una distancia inferior a las diez millas de la costa, cosa que el almirante no creyó jamás, desde luego, pero que yo sé que es así. Estoy a disposición de usted y de Henry, con tal que me avisen con una hora de anticipación. Me gustaría el plan, y haríamos un pequeño rodeo para enseñarle a usted, de paso, Everingham, y acaso no le importaría a usted pasar por Londres y ver el interior de San Jorge, en Hannover Street. Sólo que, en tal ocasión, debería usted mantenerme separada de su primo Edmund: no me gustan las tentaciones. ¡Qué carta tan larga! Una palabra más. Veo que Henry tiene cierta intención de volver a Norfolk para algún asunto que usted aprueba; pero esto no será posible hasta mediada la próxima semana. Es decir, en todo caso no podré prescindir de él hasta pasado el día 14, pues

damos una fiesta ese día, por la tarde. El valor de un hombre como Henry en tales ocasiones es algo que no puede usted concebir; de modo que debe usted fiar en mi palabra si le digo que es inestimable. Verá a los Rushworth, y confieso que esto no me disgusta, pues siento alguna curiosidad; y creo que lo mismo le ocurre a él, aunque no quiere reconocerlo.»

Era ésta una carta para ser devorada con avidez, para ser leída con detenimiento; para dar mucho pábulo a la reflexión y para dejar en el ánimo una incertidumbre mayor que nunca. La única certeza que podía deducirse de ella era que todavía nada decisivo había tenido lugar. Edmund no había hablado aún. Lo que miss Crawford sentía en realidad; cómo se proponía obrar, u obraría, sin o contra su propósito; si la importancia de Edmund para ella era la misma que antes de la última separación; si, disminuida, era probable que disminuyese más, o bien que se restableciera... eran motivos de conjeturas sin fin, temas para ser meditados durante aquel día y muchos días más sin llegar a ninguna conclusión. La idea que se imponía más a menudo era que Mary, después de mostrarse más fría y vacilante, a consecuencia de su vuelta a las costumbres londinenses, se daría cuenta al fin de que estaba demasiado encariñada con él para no aceptarle. Trataría de ser más ambiciosa de lo que el corazón le iba a permitir. Vacilaría, coaccionaría, pondría condiciones, exigiria mucho, pero, finalmente, aceptaría. Esto era lo que con más frecuencia preveía Fanny. ¡Una casa en Londres! Eso, lo creía imposible. Sin embargo, no podía decirse lo que miss Crawford no seria capaz de pedir. La perspectiva era para su primo cada vez peor. Una mujer que podía hablar de él, refiriéndose sólo a su aspecto exterior... ¡qué cariño más indigno! Buscar apoyo en los elogios de la señora Fraser! ¡Ella, que le había tratado con intimidad durante medio año! Fanny se avergonzaba de ella. Los pasajes de la carta que se referían a Henry y a ella misma la hirieron, en comparación, escasamente. Que Henry volviese a Norfolk antes o después del 14 no era asunto que a ella le importase, desde luego, aunque, considerándolo todo, pensó que él debía querer ir sin dilación. Que Mary Crawford tratara de asegurarse un encuentro entre él y María Rushworth, era algo que entraba de lleno en su peor línea de conducta, algo tremendamente indelicado y censurable; pero esperaba que él no obraría impulsado por una curiosidad tan degradante. Él no reconocía tal impulso, y su hermana hubiera debido creerle dotado de mejores sentimientos que los de ella misma.

Fanny sintió aún más impaciencia que antes por recibir otra carta de Londres, a continuación de haber recibido ésta; y durante unos días la tuvo tan inquieta todo ello, lo que había ocurrido y lo que podía ocurrir, que sus habituales lecturas y conversaciones con Susan quedaron poco menos que suspendidas. No podía concentrar su atención como hubiera deseado. Si Mr. Crawford se había acordado del mensaje que ella le diera para su primo, creía probable, de lo más probable, que Edmund le escribiera en todo caso; nada más de acuerdo con su bondad habitual; y hasta que se hubo librado de esta idea, que poco a poco fue extinguiéndose al no llegar carta alguna en el curso de otros tres o cuatro días, vivió en un estado de extrema inquietud y ansiedad.

Al fin se impuso algo parecido a la calma. Era preciso dominar la impaciencia,

y no permitir que la abatiera y la dejase inútil para todo. El tiempo hizo algo, sus propios esfuerzos algo más, y así pudo reanudar sus atenciones a Susan, despertándose de nuevo el mismo interés por ellas.

Susan se estaba encariñando mucho con Fanny, y aunque sin nada de aquella temprana afición a los libros que tan fuerte había sido en ella, con una disposición mucho menos inclinada a las ocupaciones sedentarias, o al saber por el saber, era tan grande su deseo de no parecer ignorante que, unido a su fácil, clara comprensión de las cosas, la convertía en la más atenta, aprovechada y agradecida discípula. Fanny era su oráculo. Las explicaciones y observaciones de Fanny eran el más importante complemento para cualquier ensayo o capítulo de historia. Lo que Fanny le contaba de épocas pretéritas quedaba más grabado en su mente que las páginas de Goldsmith; y hacía a su hermana el obsequio de preferir su estilo al de cualquier autor impreso. Se notaba la falta de iniciación a la lectura desde los primeros años.

Sus conversaciones, sin embargo, no siempre giraban en tomo a temas tan elevados como la moral o la historia; otros tenían también su hora; y entre los de menor importancia, ninguno se repetía con tanta frecuencia ni tardaba tanto en agotarse como el de Mansfield Park: la descripción de las personas, los modales, las diversiones y las costumbres de Mansfield Park. Susan, con su gusto innato por todo lo elegante y acomodado, escuchaba con avidez, y Fanny no podía por menos de concederse el gusto de extenderse sobre un tema tan grato para ella. Esperaba que de ello no resultase ningún mal; aunque, al poco tiempo, la gran admiración de Susan por cuanto se hacía o se decía en casa de su tío y su fervoroso anhelo de ir a Northamptonshire, parecían casi condenar a Fanny por excitar sentimientos que no podía satisfacer.

La pobre Susan reunía unas condiciones no mucho más a propósito para adaptarse a su hogar que las de su hermana mayor; y como Fanny se iba dando exacta cuenta de esto, empezó a sentir que cuando llegase el momento de su propia liberación de Portsmouth, su dicha se vería no poco nublada por el hecho de dejar a Susan allí. Que una muchacha tan susceptible de mejoramiento tuviera que dejarse en tales manos era algo que la afligía más y más. Si ella llegara a disponer un día de un hogar para invitarla... ¡qué bendición! Y de haberle sido posible corresponder al amor de Henry Crawford, la probabilidad de que él estaría muy lejos de oponerse a tal propósito hubiera contribuido más que nada al aumento de su bienestar. Le consideraba realmente bonachón, e imaginaba que acogería un proyecto de aquella clase con el mayor agrado.

CAPÍTULO XLIV

De los dos meses, habían transcurrido casi siete semanas cuando la carta esperada, la carta de Edmund, llegó a manos de Fanny. Al abrirla y ver su

extensión, se dispuso a leer el minucioso detalle de su felicidad y una profusión de amorosas alabanzas dedicadas a la afortunada criatura que era la dueña de su destino. Éste era el contenido de la carta:

«Querida Fanny: Excúsame por no haberte escrito antes. Crawford me dijo que deseabas noticias mías, pero me resultó imposible escribirte desde Londres y me convencí de que comprenderías mi silencio. De haber podido mandarte unas pocas líneas felices, éstas no se hubieran hecho esperar; pero en ningún momento tuve motivo para hacer nada parecido. He vuelto a Mansfield en un estado de inseguridad mayor que cuando me fui. Mis esperanzas son mucho más débiles. Es probable que ya estés enterada de todo esto. Con el cariño que te tiene Mary, es lo más natural que te haya contado lo bastante de sus sentimientos para darte una regular idea de los míos. Ello no habrá de impedirme, sin embargo, comunicártelos yo mismo. En cuanto a lo de hacerte depositaria de nuestras respectivas confidencias no ha de haber antagonismo. No hago preguntas. Hay algo consolador en la idea de que tenemos la misma amiga, y que cualesquiera sean las divergencias de opinión que puedan existir entre ella y yo, los dos estamos unidos en nuestro cariño hacia ti. Será para mí un consuelo contarte cómo están ahora las cosas, y cuáles son mis planes en la actualidad, si puede decirse que tengo algún plan. Regresé a Mansfield el pasado sábado. Estuve tres semanas en Londres y la vi, para lo que es Londres, muy a menudo. Recibí de los Fraser cuantas atenciones podía razonablemente esperar. Diría, en cambio, que *no* fui razonable al abrigar esperanzas de una frecuentación tan constante como en Mansfield. Más me dolió su comportamiento, sin embargo, que la menor frecuencia de nuestras entrevistas. Si la hubiera ya visto así cuando partió de Mansfield, no hubiese tenido derecho a quejarme; pero desde el primer momento la encontré cambiada. Al recibirme se mostró tan distinta a cuanto yo había esperado, que estuve casi decidido a marcharme de Londres inmediatamente. No es necesario que me extienda en detalles. Tú conoces el punto flaco de su carácter y puedes imaginar los sentimientos y expresiones que fueron mi tortura. Estaba de muy buen humor y rodeada de aquellos que prestan a su espíritu, demasiado vivo, el apoyo de su insano juicio. No me gusta la señora Fraser. Es una mujer insensible, vana, casada nada más que por conveniencia y, aunque evidentemente infeliz en su matrimonio, no atribuye el desengaño a falta alguna de buen juicio o de carácter, o a la desproporción de edad, sino a que, después de todo, es menor su opulencia que la de algunas de sus amistades, en especial que la de su hermana, lady Stornaway, y es una partidaria decidida de todo lo mercenario y ambicioso, con tal que sea algo bastante mercenario y ambicioso. Considero la intimidad de Mary con esas dos hermanas como la mayor desgracia de su vida y de la mía. Hace años que la llevan extraviada. Si fuera posible apartarla de ellas... Y a veces no desespero de conseguirlo, pues, a lo que parece, son ellas principalmente las que la tienen en gran aprecio; pero ella, en cambio, estoy seguro de que no las quiere como te quiere a ti. Cuando pienso en el gran afecto que por ti siente, y en todo lo que hay de sensato y recto en su conducta como hermana, me parece una criatura muy diferente, capaz de todo lo noble, y me

siento inclinado a censurarme por mi interpretación demasiado severa de un carácter juguetón. No puedo dejarla, Fanny. Es la única mujer del mundo en quien podría pensar con la intención de hacerla mi esposa. Si no creyera que siente por mí alguna inclinación, no diría yo esto, desde luego; pero creo que sí la siente. Estoy convencido de que existe en ella una decidida preferencia. No tengo celos de nadie en particular. Es de la influencia del mundo elegante, en su conjunto, de lo que estoy celoso. Son los hábitos de la opulencia lo que temo. Sus ideas no exceden de lo que su propia fortuna puede garantizar, pero van más allá de lo que nuestras rentas, unidas, podrían consentir. Uno halla consuelo, sin embargo, hasta en esto. Podría soportar mejor el perderla por no ser bastante rico, que por causa de mi profesión. Ello probaría tan sólo que su afecto no llega al sacrificio, cosa que, en realidad, casi no tengo derecho a pedirle; y si me rechaza, creo que *éste* será el auténtico motivo. Sus prejuicios, estoy seguro, no son tan fuertes como antes. Aquí estoy vertiendo mis pensamientos a medida que brotan de mi cerebro; acaso sean a veces contradictorios, pero no por eso serán un reflejo menos fiel de mi ánimo. Una vez que he empezado, es para mí un placer contarte todo lo que siento. No la puedo dejar. Con los lazos que ya ahora nos unen y los que, espero, nos unirán, dejar a Mary Crawford seria renunciar a la intimidad de algunos de los seres que más quiero en el mundo, excluirme a mí mismo de las casas y amistades a las que, en cualquier otro caso de aflicción, acudiría en busca de consuelo. Debo considerar que la pérdida de Mary implicaría la pérdida de Henry y de Fanny. Si fuera cosa decidida, si ella me hubiera rechazado, espero que sabría soportarlo y vería el modo de aflojar su presa en mi corazón; y en el curso de unos pocos años... Pero estoy escribiendo tonterías. Si me rechazara, tendría que soportarlo; y mientras viva no podré dejar de pretenderla. Ésta es la verdad. El único problema es *¿cómo?* ¿Cuál será el medio más acertado? A veces pienso en volver a Londres después de Pascua, y a veces resuelvo no hacer nada hasta que ella vuelva a Mansfield. Aun ahora habla con ilusión devenir a Mansfield para junio; pero junio está muy lejos aún, y me parece que lo que haré será escribirle. Estoy casi decidido a explicarme por carta. Llegar pronto a una certidumbre es lo que más importa. Mi actual situación es tristemente enfadosa. Considerándolo bien, creo que una carta será el mejor medio para exponerle mis razones. Por escrito, me veré capaz de decir muchas cosas que no podía decirle de palabra, y ella tendrá tiempo de reflexionar antes de decidir su respuesta; y me asusta menos el resultado de una reflexión que un impulso repentino... Creo que me asusta menos. El mayor peligro para mí sería que consultase a la señora Fraser, encontrándome yo lejos, sin poder defender mi causa. Con una carta me expongo al grave perjuicio de esa consulta; y donde un criterio es algo deficiente en cuanto a lo de tomar decisiones acertadas, un consejero puede, en un momento funesto, conducir a una determinación que acaso después se tenga que lamentar. Tendré que pensarlo un poco mejor. Esta extensa carta, llena tan sólo de preocupaciones mías, sería suficiente para fatigar hasta la amistad de una Fanny. La última vez que vi a Henry Crawford fue en la reunión de la señora Fraser. Cada vez me satisface más todo lo que veo y oigo de él. No hay una sombra de vacilación. Está muy seguro de sus intenciones y obra de acuerdo

con su resolución: inestimable cualidad. No pude verle a él y a mi hermana mayor en la misma sala, sin recordar lo que tú me dijiste una vez, y reconozco que no se encontraron como amigos. Noté una marcada frialdad por parte de María. Vi que él retrocedía, sorprendido, y lamenté que la actual señora Rushworth conservara algún resentimiento por un antiguo y supuesto desaire inferido a la señorita Bertram. Desearás conocer mi opinión sobre el grado de felicidad de María como esposa. No hay apariencia de infelicidad. Espero que se lleven ambos bastante bien. Comí dos veces en Wimpole Street y hubiera podido hacerlo más a menudo, pero es fastidioso estar con Rushworth para tratarle como hermano. Julia, parece que se divierte mucho en Londres. Yo poco disfruté allí, pero menos me divierto aquí; formamos un grupo que no tiene nada de alegre. Es mucho lo que te echamos en falta. Yo siento tu ausencia más de lo que soy capaz de expresar. Mi madre te manda sus más cariñosas expresiones y espera recibir pronto tus noticias. Habla de ti casi a todas horas y a mí me apena tener que preguntarme cuántas semanas tardará aún en gozar de tu compañía. Mi padre tiene la intención de recogerte él mismo, pero no será hasta después de Pascua, cuando le reclamen sus asuntos en Londres. Espero que seas dichosa en Portsmouth; pero eso no debe convertirse en una visita de un año. Te necesito en casa, para contar con tu opinión acerca de Thornton Lacey. Tengo pocos ánimos para llevar a cabo grandes reformas, mientras no sepa si allí habrá un ama de casa algún día. Me parece que, en definitiva, le escribiré. Es cosa decidida que los Grant marchan para Bath; saldrán el lunes de Mansfield. Me alegro. No tengo humor suficiente para estar a gusto con nadie. Pero tu tía parece que se considera muy desafortunada por el hecho de que semejante información sobre las novedades de Mansfield salga de mi pluma en vez de la suya. Siempre tuyo, queridísima Fanny.»

—Nunca más... no, nunca, jamás, volveré a desear que me llegue una carta — fue la secreta declaración de Fanny, cuando hubo leído ésta—. ¿qué pueden traerme, sino penas y desengaños? ¡Hasta después de Pascua! ¿Cómo voy a soportarlo? ¡Y tía Bertram, la pobre, hablando de mí a todas horas!

Fanny reprimió como pudo la tendencia de esos pensamientos, pero estuvo a medio minuto de dar pábulo a la idea de que sir Thomas era muy poco amable, tanto respecto de su tía como de ella misma. En cuanto al tema principal de la carta, nada contenía que pudiera calmar su irritación. Estaba casi exasperada en su disgusto e indignación con Edmund.

—Nada bueno puede salir de este aplazamiento —decíase—. ¿Por qué no ha quedado ya resuelto? Él está ciego y nada conseguirá abrirle los ojos... no, nada podrá abrírselos, después que ha tenido tanto tiempo la verdad ante sí, completamente en vano. Se casará con ella, y será infeliz y desgraciado. «¡Con el cariño que me tiene Mary!» No puede ser más absurdo. Ella no quiere a nadie más que a sí misma y a su hermano. ¡Que sus amigas «la llevan extraviada hace años!» Lo más fácil es que *ella* las haya descaminado. Acaso todas han estado pervirtiéndose unas a otras; pero si es cierto que el entusiasmo de las otras por ella es mucho más fuerte que el de ella por las otras, tanto menos probable es que haya sido ella la perjudicada, excepto por las adulaciones. «La

única mujer del mundo en quien podría pensar con la intención de hacerla su esposa.» Lo creo firmemente. Es un cariño que le dominará toda la vida. Tanto si ella le acepta como si le rechaza, su corazón está unido a ella para, siempre. «Debo considerar que la pérdida de Mary significaría para mí la pérdida de Henry y de Fanny.» ¡Edmund, tú no me conoces! ¡Nunca emparentarán las dos familias, si no estableces tú el parentesco! ¡Oh!, escríbele, escríbele. Acaba de una vez. Pon término a esta incertidumbre. ¡Decídete, entrégate, condénate a ti mismo!

No obstante, tales sensaciones se acercaban demasiado al resentimiento para que guiaran por mucho tiempo los soliloquios de Fanny. Pronto estuvo más aplacada y triste. El tierno cariño de Edmund, sus expresiones amables, su trato confidencial, la impresionaban vivamente. Era demasiado bueno con todos. En resumen, se trataba de una carta que no la cambiaría por el mundo entero y cuyo valor nunca apreciaría bastante. En esto acabó la cosa.

Todos los aficionados a escribir cartas sin tener mucho que contar, grupo que comprende una gran parte del mundo femenino al menos, convendrán con lady Bertram en que estuvo de mala suerte en lo de que un capítulo tan importante de las actualidades de Mansfield, como la certeza del viaje de los Grant a Bath, se diera en un momento en que ella no podía aprovecharlo; y reconocerán que hubo de ser muy mortificante para ella ver que caía en la desagradecida pluma de su hijo, que lo trató con la mayor concisión posible al final de una extensa carta, en vez de serle reservado a ella, que hubiera llenado con ese tema casi una página de las suyas. Pues aunque lady Bertram brillaba bastante en el ramo epistolar, ya que desde los primeros tiempos de casada, a falta de otra ocupación y debido a la circunstancia de tener sir Thomas sus actividades en el Parlamento, se dedicó a cultivar y sostener una correspondencia con sus amistades, y había creado para su uso un respetable estilo amplificativo y copioso en lugares comunes, de modo que le bastaba un tema insignificante para desarrollarlo a placer..., sin embargo, le era indispensable tener algo sobre qué escribir, aun dirigiéndose a su sobrina; y estando tan cerca de perder el provechoso venero de los síntomas gotosos en el doctor Grant y de las visitas matinales de la señora Grant, fue muy duro para ella verse privada de uno de los últimos usos epistolares a que hubiese podido destinarles.

No obstante, se le preparaba una pingüe compensación. La hora de la suerte llegó para lady Bertram. A los pocos días de recibir la carta de Edmund, Fanny tuvo una de su tía que empezaba así:

«Mi querida Fanny: Tomo la pluma para comunicarte una noticia muy alarmante, que no dudo habrá de causarte gran pesar.»

Esto era mucho mejor que tomar la pluma para enterarla de todos los detalles del proyectado viaje de los Grant, pues la presente información era de una naturaleza que prometía a su misma pluma ocupación para muchos días en lo sucesivo, ya que se trataba, nada menos, de que su hijo mayor se hallaba gravemente enfermo, de lo cual habían tenido noticias por un propio pocas horas antes.

Tom había salido de Londres, con un grupo de jóvenes, para Newmarket, donde un amago desatendido y unos excesos en la bebida le habían producido fiebre; y cuando los demás se fueron, no pudiendo él seguirles, lo dejaron en casa de uno de aquellos jóvenes, abandonado a las delicias de la enfermedad y la soledad, sin más asistencia que la de los criados. En vez de sentirse pronto mejor, lo suficiente para seguir a sus amigos, se agravó considerablemente; y no pasaron muchos días sin que se diera cuenta de que estaba tan enfermo, que creyó oportuno, lo mismo que su médico, mandar aviso a Mansfield. Y lady Bertram, después de relatar el caso en substancia, observaba:

«Esta angustiosa noticia, como supondrás, nos ha afectado en extremo, y no podemos evitar que nos invada una gran alarma y aprensión respecto del pobre enfermo, cuyo estado teme mi esposo que sea muy critico. Edmund se ha brindado amablemente para ir a cuidar a su hermano; pero con satisfacción puedo añadir que tu tío no me dejará en esta triste ocasión, lo que sería una prueba demasiado dura para mí. A Edmund le echaremos mucho de menos en nuestro reducido círculo; pero espero y confio que encontrará al pobre enfermo en un estado menos alarmante de lo que se ha temido, y que podrá traerle en breve a Mansfield, cosa que sir Thomas cree debería hacerse, pues considera que sería lo mejor por todos los conceptos; y yo me hago la ilusión de que el pobrecillo paciente estará pronto en condiciones de soportar el traslado sin mucho inconveniente ni perjuicio. Y como no puedo dudar de que unes tu sentimiento al nuestro, querida Fanny, en esta triste circunstancia, volveré a escribirte muy pronto.»

El sentimiento de Fanny en tal ocasión era, desde luego, más profundo y genuino que el estilo literario de su tía. Por todos sentía verdadero pesar. Tom enfermo de gravedad, Edmund ausente para cuidarle y el reducido y triste círculo familiar de Mansfield, eran preocupaciones que desplazaban a todas las demás, o a casi todas. Sólo un pequeño resto de egoísmo pudo hallar en sí, nada más que para preguntarse si Edmund habría escrito a miss Crawford antes de que se le presentara aquel imperativo del deber; pero en ella no podía durar sentimiento alguno que no fuese puramente solidario y desinteresadamente ansioso ante la mala nueva. Su tía no se olvidó de ella: le escribió una y otra vez. En Mansfield se recibían frecuentes partes de Edmund, y esos partes se transmitían regularmente a Fanny, a través del mismo estilo difuso y la misma mezcla de suposiciones, esperanzas y temores, persiguiéndose y engendrándose unos a otros al azar. Era como si jugara a tener miedo. Los sufrimientos que lady Bertram no «veía» ejercían escaso dominio sobre su fantasía; y escribía muy cómodamente sobre inquietudes, ansiedades y pobres enfermos, hasta que Tom fue efectivamente trasladado a Mansfield y pudo ella, por sus propios ojos, contemplar lo alterado de su aspecto. Entonces, una carta que previamente había empezado para Fanny, fue terminada a través de un estilo muy distinto... de un lenguaje en el que había auténtico sentimiento y alarma; entonces, se expresó por escrito como lo hubiera hecho de palabra.

«Acaba de llegar, querida Fanny, y lo han subido arriba; he quedado tan apabullada al verle, que no sé qué hacer. Estoy segura de que ha llegado muy grave. ¡Pobre Tom! Me da mucha pena, y estoy muy asustada, lo mismo que su padre. ¡Cuánto me gustaría que estuvieras aquí para consolarme! Pero tu tío espera que mañana se encontrará mejor y dice que no debemos olvidar la fatiga que le habrá causado el viaje.»

La auténtica solicitud que ahora había despertado en su pecho maternal, no se desvaneció enseguida. La extremada impaciencia de Tom por ser trasladado a Mansfield y gozar los consuelos del hogar y la familia, de los que tan poco se acordara mientras no le faltó la salud, sin duda influyó en que se le llevara allí prematuramente, ya que volvió a un estado febril y más alarmante que nunca por espacio de una semana. Todos se asustaron muy de veras. Lady Bertram escribía sus cotidianos temores a su sobrina, de la que podía ahora decirse que vivía de cartas, y pasaba todo el tiempo entre la angustia que le producía la recibida hoy y la espera de la que habría de llegarle mañana. Sin que le tuviera un particular afecto a su primo mayor, su tierno corazón la llevaba a sentir que no podía prescindir de él; y la pureza de sus principios agudizaban su compasión al considerar cuán poco útil, cuán poco abnegada había sido (al parecer) su vida.

Susan fue su única compañera y confidente en ésta, como en la mayoría de las ocasiones. Susan estaba siempre dispuesta a escuchar y a simpatizar. Nadie más podía interesarse por un infortunio tan remoto como el de un enfermo en una familia residente a más de cien millas de distancia... Nadie, ni siquiera la señora Price, que se limitaba a hacer preguntas si veía a su hija con una carta en la mano, o la tranquila observación, de cuando en cuando:

—Mi pobre hermana debe de estar muy atribulada.

Con una separación de tantos años y situadas, respectivamente, en un plano tan distinto, los lazos de la sangre se habían convertido en poco más que nada. El mutuo afecto, en su origen tan reposado como el temperamento de una y otra, no era ya más que un simple nombre. La señora Price hacía tanto por lady Bertram como lady Beitiam hubiera hecho por la señora Price. Hubiesen podido desaparecer tres o cuatro de los Price, lo mismo algunos que todos, excepto Fanny y William, y lady Bertram no se hubiera preocupado mucho por eso; o tal vez hubiera escuchado de labios de su hermana Norris la gazmoñería de que había sido una gran suerte y una bendición para su pobre hermana Price tener una familia tan bien dotada para pasar a mejor vida.

CAPÍTULO XLV

Cuando llevaba alrededor de una semana en Mansfield, desapareció el peligro

inmediato de Tom, y tanto se habló de su mejoría que su madre se tranquilizó por completo; pues, acostumbrada a verle en aquel estado de gravedad y postración, sin que a sus oídos llegaran más que las noticias buenas y sin ir jamás con el pensamiento más allá de lo que oía; sin la menor predisposición a la alarma ni la menor aptitud para captar una insinuación, lady Bertram era la persona más a propósito para las pequeñas ficciones de los médicos. La fiebre había remitido; la fiebre había sido su mal; por lo tanto, pronto estaría restablecido. Lady Bertram no podía ser menos optimista, y Fanny compartió la seguridad de su tía hasta que recibió unas líneas de Edmund, escritas con el propósito de darle una idea más clara sobre el estado de su hermano, y darle a conocer las aprensiones de su padre y propias, teniendo en cuenta lo que había dicho el médico respecto de ciertos síntomas de tisis que parecían apoderarse de su organismo al desaparecer la fiebre. Juzgaban oportuno no atormentar a lady Bertram con alarmas que, era de esperar, resultarían infundadas; pero no había razón para que Fanny desconociera la verdad: temían por sus pulmones.

Unas pocas líneas de Edmund le hicieron ver al paciente y lo que era la habitación del enfermo bajo una luz más clara e intensa de lo que podían ofrecerle todos los pliegos de lady Bertram. Dificilmente hubiera podido encontrarse en la casa otra persona que no pudiera describirlo, según su apreciación personal, mejor que ella; otra persona que no fuera en ciertas ocasiones mas útil a su hijo. Ella no sabía hacer más que deslizarse quedamente y contemplarle; pero cuando el enfermo estaba en condiciones de hablar, de que le hablaran o le leyeran, Edmund era el preferido. Tía Norris le mortificaba con sus cuidados, y sir Thomas no sabía reducir el tono ni la voz al nivel de su extenuación e irritabilidad. Edmund lo era todo en todo. Al menos así quería considerarle Fanny, que notó que su estimación por él era más fuerte que nunca al saber cómo cuidaba, sostenía y animaba a su hermano enfermo. No era tan sólo la debilidad del reciente achaque lo que había que cuidar; también había, según pudo ahora Fanny descubrir, nervios muy alterados que calmar y ánimos muy abatidos que levantar; e imaginaba que había, además, un espíritu muy necesitado de un buen guía.

En la familia no había antecedentes de tisis, por lo que Fanny se inclinaba más a esperar que a temer por su primo..., excepto cuando pensaba en Mary Crawford; porque Mary le daba la impresión de ser la niña de la suerte, y para su egoísmo y vanidad sería una gran suerte que Edmund se convirtiera en el único hijo varón.

Ni siquiera en el cuarto del enfermo era olvidada la dichosa Mary. La carta de Edmund llevaba esta posdata:

«Sobre el asunto de mi interior, había ya empezado una carta cuando hube de ausentarme por la enfermedad de Tom; pero ahora he cambiado de idea, pues temo la influencia de sus amistades. Cuando Tom mejore, iré yo mismo.»

Tal era el estado de cosas en Mansfield, y así continuó, sin modificarse apenas, hasta Pascua. El renglón que a veces añadía Edmund en las cartas de su madre, bastaba para tener al corriente a Fanny. La mejoría de Tom era de

una lentitud alarmante.

Llegó Pascua... singularmente retrasada aquel año, como Fanny había advertido con pesar en cuanto se enteró de que no tendría oportunidad de abandonar Portsmouth hasta que hubiera transcurrido. Llegó la Pascua, y nada sabía aún de su regreso... ni siquiera de su marcha a Londres, que debía preceder al regreso. Su tía expresaba a menudo el deseo de tenerla a su lado; pero no llegaba aviso ni mensaje de su tío, del cual dependía todo. Suponía que no consideraba aún oportuno dejar a su hijo; pero era una cruel, una terrible demora para ella. Abril tocaba a su fin. Pronto se cumplirían tres meses, en vez de dos, que se había alejado de todos ellos, y que venía pasando sus días como en una condena, aunque les quería demasiado para desear que lo interpretaran exactamente así. Sin embargo, ¿quién podía decir hasta cuándo no habría ocasión para acordarse de ella o irla a buscar?

Su impaciencia, su anhelo, sus ansias de estar con ellos eran tales, que de continuo le traían a la memoria un par de líneas del «Tirocinium», de Cowper: *Con qué intenso deseo clama por su hogar,* era frase que tenía siempre en los labios como la más fiel descripción de un anhelo que no podía suponer más vivo en el pecho de ningún escolar.

Cuando iba camino de Portsmouth, gustaba de llamarlo su hogar, se deleitaba diciendo que iba a su casa; esta expresión le había sido muy querida, y lo era aún, pero tenía que aplicarla a Mansfield. *Aquél* era ahora su hogar. Portsmouth era Portsmouth; Mansfield era el hogar. Así lo había establecido hacía tiempo, en el abandono de sus meditaciones secretas; y nada más consolador que hallar en su tía el mismo lenguaje: «No puedo menos de decirte lo mucho que siento tu ausencia del hogar en estos momentos angustiosos, de verdadera prueba para mi espíritu. Confío y espero, y sinceramente deseo, que nunca más vuelvas a estar tanto tiempo ausente del hogar». Frases éstas que ya no podían ser más gratas para ella. Aun así, eran para saborearlas en secreto. La delicadeza para con sus padres hacía que pusiera mucho cuidado en no traslucir aquella preferencia por la casa de su tío. Siempre pensaba: «Cuando vuelva a Northamptonshire» o «cuando regrese a Mansfield, haré esto y aquello». Así fue durante largo tiempo; pero, al fin, el anhelo se hizo más intenso, desbordó toda precaución y Fanny se sorprendió de pronto hablando de lo que haría cuando volviese a casa, sin casi darse cuenta. Se lo reprochó interiormente, se puso colorada y quedó mirando al padre y a la madre, llena de temor. No hacía falta que se inquietara por eso. No dieron muestra de disgusto, ni siquiera de que la habían oído. No sentían nada de celos por Mansfield. Tanto les daba que prefiriese estar aquí o allí.

Era triste para Fanny perderse todo el encanto de la primavera. Antes, no sabía los placeres que le quedarían vedados si pasaba marzo y abril en una ciudad. No sabía, antes, hasta qué punto la habían deleitado el brote y el crecimiento de la vegetación. ¡Cuánto había fortalecido, así su cuerpo como su espíritu, contemplar el progreso de esa estación que no puede, a pesar de sus veleidades, dejar de ser cautivadora! ¡Y observar sus crecientes encantos, desde las primeras flores en los rincones más cálidos del jardín de su tía, hasta el verdecer en los plantíos de su tío y la gloria de sus bosques! Perderse tales

placeres no era una bagatela; verse privada de ellos por hallarse recluida en medio del ruido, gozando de aquel confinamiento, de mal aire y malos olores en sustitución de la libertad, la naturaleza, la fragancia y la vegetación, era infinitamente peor. Pero aún eran débiles estos estímulos de pesar comparados con el que le producía la convicción de que la echaban de menos sus mejores amigos y en anhelo de ser útil a los que la necesitaban.

De hallarse en casa hubiera podido prestar algún servicio a todos y cada uno de sus moradores. Tenía la seguridad de que hubiese sido útil a todos. A todos habría ahorrado algún esfuerzo, mental o manual; y aunque sólo fuera para sostener el ánimo de su tía Bertram, preservándola de los males de la soledad, o del mal todavía mayor de una compañera inquieta, oficiosa, demasiado propicia a exagerar el peligro con objeto de encarecer su importancia, habría sido una gran ventaja que ella estuviera allí. Se complacía en imaginar cuánto hubiese podido leer para su tía, cuánto hubiese podido hablarle, intentando al mismo tiempo hacerle comprender el bien que sin duda representaba lo que estaba ocurriendo, y preparar su ánimo para lo que pudiera ocurrir. ¡Y cuántos viajes arriba y abajo de la escalera le hubiera ahorrado, y cuántos recados le hubiera hecho!

A Fanny le causaba asombro que las hermanas de Tom pudieran continuar tranquilamente en Londres, en aquellas circunstancias; a lo largo de una enfermedad que, con distintas alternativas en cuanto a gravedad, llevaba ya un proceso de varias semanas de duración. *Ellas* podían volver a Mansfield cuando quisieran; para *ellas* el viaje no entrañaba ninguna dificultad, y Fanny no podía comprender cómo ambas permanecían ausentes. En caso de que a María Rushworth se le antojase que existían obligaciones incompatibles, no había duda de que Julia podía abandonar Londres en el momento que ella eligiera. A lo que parecía, según una de las cartas de tía Bertram, Julia había ofrecido volver si la necesitaban; pero esto fue todo. Era evidente que prefería quedarse donde estaba.

Fanny se sintió inclinada a considerar la influencia de Londres muy contrapuesta a todos los nobles afectos. Veía la prueba de ello en miss Crawford, tanto como en sus primas. El afecto de Mary por Edmund había sido noble, el aspecto más noble de sus sentimientos; en su amistad hacia la misma Fanny no hubo, cuando menos, nada censurable. ¿Dónde quedaba ahora uno y otro sentimiento? Llevaba Fanny tanto tiempo sin recibir carta de ella, que tenía algún motivo para no hacer gran caso de una amistad que daba tan pocas señales de vida. Llevaba varias semanas sin tener noticias de miss Crawford ni de sus demás conocidos residentes en la capital, excepto las que recibía a través de Mansfield, y empezaba a sospechar que nunca llegaría a saber si Mr. Crawford había marchado de nuevo a Norfolk, mientras no se encontrasen, y que nada más sabría de Mary aquella primavera, cuando vino la siguiente carta a resucitar viejas sensaciones y crear algunas nuevas:

«Perdóneme, querida Fanny, tan pronto como pueda, por mi largo silencio, y muéstrese como si pudiera perdonarme en el acto. Esta es mi humilde petición y mi esperanza, pues es usted tan buena que estoy segura de recibir mejor trato

del que merezco, y le escribo ahora para suplicarle una inmediata contestación. Necesito saber cuál es el estado de cosas en Mansfield Park; y usted, sin duda alguna, está en perfectas condiciones de contármelo. Bruto tendría que ser quien no se condoliera por la pena que les aflige; y por lo que me han dicho, es muy poco probable que el pobre Tom Bertram llegue a restablecerse por completo. Al principio, poco caso hice de su enfermedad. Le consideraba una de esas personas que se inquietan e inquietan a los demás por cualquier indisposición sin importancia; y me preocupé más que nada por los que debían cuidarle; pero ahora me han asegurado confidencialmente que se trata en realidad de algo grave, que los síntomas son de lo más alarmante y que parte de la familia, por lo menos, está en el caso. De ser así, es seguro que usted está incluida en esa parte de la familia, la de las personas con discernimiento, y por lo tanto le ruego que me diga hasta qué punto he sido bien informada. No hace falta que le diga cuánto me alegraría si resultara que ha habido algún error, pero la noticia me impresionó tanto que, lo confieso, todavía ahora me estremezco sin poderlo evitar. Ver segada la vida de un joven tan magnífico, en la flor de la juventud, es algo tristísimo. El pobre sir Thomas lo sentirá tremendamente. Yo misma siento una gran inquietud ante el caso. ¡Fanny, Fanny: ya veo que se sonríe maliciosamente! Pero, por mi honor, jamás he sobornado a un médico, en mi vida. ¡Pobre muchacho! Si es que ha de morir, habrá dos "pobres muchachos" menos en el mundo; y con el rostro muy alto, y sin temblor en la voz, diría ante quien fuese que ni la riqueza ni la dignidad podían caer en manos que más lo merecieran que las de Edmund. Fue una loca precipitación la de las pasadas Navidades, pero el mal de unos pocos días puede borrarse en parte. El barniz y los dorados pueden ocultar muchos borrones. No habrá más pérdida que la del "esquire" a continuación de su nombre. Con un afecto auténtico como el mío, Fanny, se podría parar por alto mucho más. Escríbame a la vuelta de correo; juzgue de mi ansiedad, y no se burle de ella. Cuénteme toda la verdad, puesto que usted la sabe de fuente original. Y ahora no se moleste en avergonzarse de mis sentimientos ni de los suyos. Créame, no sólo son naturales; son filantrópicos y virtuosos. Dejo a su conciencia que examine si no combinaría mejor con todas las posesiones de los Bertram un "sir Edmund" que cualquier otro "sir" imaginable. De haberse hallado los Grant en casa no la hubiese molestado a usted; pero actualmente es usted la única a quien puedo acudir para saber la verdad, pues a sus primas no las tengo a mi alcance. La joven señora Rushworth ha pasado la Pascua con los Aylmers, en Twickenham (como usted sabrá, sin duda), y todavía no ha vuelto; y Julia está con los primos que viven cerca de Bedford Square, pero he olvidado el nombre y la calle. Sin embargo, aun pudiéndome dirigir a ellas, siempre la preferiría a usted, pues me ha llamado la atención que sean tan enemigas de interrumpir sus diversiones como para cerrar los ojos a la verdad. Supongo que las vacaciones de Pascua de María Rushworth no se alargarán mucho ya; no hay duda de que habrán sido para ella unas vacaciones completas: los Aylmers son gente agradable y, teniendo ausente al marido, es indudable que se ha divertido. He de creer que ella misma ha sido quien ha animado a Mr. Rushworth para que fuera a Bath a recoger a su madre; pero ¿cómo van a congeniar ella y la suegra en la misma

casa? A Henry no le tengo a mano, de modo que nada puedo decirle de su parte. ¿No cree usted que Edmund hubiese venido a Londres hace tiempo, de no ser por la enfermedad de su hermano? Suya siempre,

MARY.»

«P. D.—Había ya empezado a doblar la carta cuando llegó Henry; pero no me trae ninguna información que me evite mandársela. María Rushworth sabe que se teme una recaída; Henry la vio esta mañana y me dice que hoy vuelve la joven señora Rushworth a su casa de Wimpole Street; la vieja ha llegado ya. Ahora no vaya a intranquilizarse con raras suposiciones, porque él había pasado unos cuantos días en Richmond. Lo hace así todas las primaveras. Tenga la seguridad de que no le importa nadie más que usted. En este mismo momento está loco por verla y preocupado tan sólo por hallar el medio de conseguirlo, y de conseguir que sus gustos lo sean para usted. Para demostrarlo repite, con más vehemencia, lo que le dijo en Portsmouth sobre lo de acompañarla a casa, y yo me sumo a él con toda mi alma. Querida Fanny, escribanos enseguida y díganos que acepta. Será magnífico para todos. Él y yo podemos alojamos en la rectoría, como usted sabe, y no causaremos la menor molestia a nuestros amigos de Mansfield Park. Sería realmente grato verles de nuevo a todos, y un pequeño aumento de personas con quien relacionarse podría ser de gran utilidad para ellos. En cuanto a usted se refiere, sin duda considera que es tanto lo que la necesitan allí, que no puede en conciencia (con lo concienzuda que es usted) mantenerse alejada, teniendo modo de acudir. No tengo tiempo ni paciencia para transmitirle la mitad de los mensajes que Henry me da para usted; bástele saber que el móvil de ambos y cada uno de nosotros es un inalterable afecto.»

El disgusto de Fanny por casi todo el contenido de esta carta, unido a su extrema renuencia a juntar, gracias a aquel viaje, a la autora con Edmund, la incapacitaban para juzgar imparcialmente si debía o no aceptar el ofrecimiento final. Para ella, particularmente, era de lo más tentador. Encontrarse, acaso a los tres días, trasladada a Mansfield, era una imagen que se le ofrecía como la mayor felicidad; pero hubiera representado un gran inconveniente deber esa felicidad a unas personas en cuyos sentimientos y conducta, especialmente ahora, veía aspectos tan condenables: los sentimientos de la hermana, la conducta del hermano; la desalmada ambición de ella, la insensata vanidad de él. ¡Mantener todavía la relación, acaso el flirteo, con la esposa de Rushworth! Se sintió abochornada. Había llegado a considerarle mejor. Afortunadamente, empero, no tuvo que seguir luchando, para decidirse, entre inclinaciones opuestas y dudosas nociones del deber; no era ocasión para determinar si debía mantener separados o no a Edmund y a Mary. Podía acudir a una regla que lo resolvería todo. Su temor de sir Thomas y el miedo a tomarse con él una libertad, le hicieron ver en el acto, claramente, lo que debía hacer. Debía rechazar de plano la proposición. Si su tío quisiera, mandaría por ella; y si Fanny ofreciera un regreso anticipado, sería por su parte una presunción que casi nada

podría justificar. Dio las gracias a miss Crawford, pero con una decidida negativa. Dijo que su tío, según ella tenía entendido, se proponía recogerla personalmente; y que puesto que la enfermedad de Tom se había prolongado tantas semanas, sin que durante ese tiempo la considerasen a ella necesaria en absoluto, había de suponer que su regreso no seria bien acogido en aquel momento y que sin duda resultaría un estorbo.

Lo que le contó respecto del actual estado de su primo se ajustaba exactamente a lo que ella creía sobre el particular, y por lo tanto supuso Fanny que esta información llevaría al exaltado espíritu de Mary a confiar en todo lo que estaba deseando. Al parecer perdonaría a Edmund su condición de clérigo bajo ciertas condiciones de riqueza; y ésta, sospechó Fanny, era toda la conquista sobre unos prejuicios, de la que Edmund estaba dispuesto a congratularse con tanta facilidad. Mary sólo había aprendido a pensar que nada importa sino el dinero.

CAPÍTULO XLVI

Como Fanny no podía dudar de que su negativa había de producir una verdadera decepción, estaba casi segura, conociendo el carácter de Mary, que insistirían de nuevo; y aunque transcurrió una semana sin que le llegara una segunda carta, seguía aún con la misma idea cuando la recibió.

Al tomarla en sus manos, pudo darse cuenta en el acto de que contenía muy poco texto y conoció que seria como una carta urgente de negocios. El objeto de la misma era incuestionable. Y un par de segundos bastaron para sugerirle la probabilidad de que se trataba simplemente de notificarle que los dos, Mary y Henry, estarían en Portsmouth aquel mismo día, y para sumirla en un mar de agitación ante la duda sobre lo que debería hacer en tal caso. No obstante, si dos segundos pueden rodeamos de dificultades, otro segundo puede dispersarlas; y antes de abrir la carta, la posibilidad de que Mr. y miss Crawford hubiesen recurrido a sir Thomas y obtenido su permiso empezó a tranquilizarla. La carta decía así:

«Un rumor de lo más escandaloso y perverso acaba de llegar hasta mí; y le escribo, querida Fanny, para prevenirla en el sentido de que no debe conceder a ese rumor el menor crédito, en caso de que llegue a propalarse por todo el país. Esté segura de que ha habido alguna confusión; un par de días bastarán para dejar las cosas en su punto y, en todo caso, para demostrar que Henry es inocente y que, pese a una momentánea *étourderie,* no piensa más que en usted. No diga una palabra de ello... no escuche nada, no suponga nada, no murmure nada; espere a que yo le escriba de nuevo. Estoy segura de que todas esas habladurías se acallarán y nada se probará sino la necedad de Rushworth.

Si se han ido, apostaría mi vida a que sólo se han ido a Mansfield, y Julia con ellos. Pero ¿por qué no nos permitió que fuéramos por usted? Deseo que no tenga que arrepentirse. Suya, etc.»

Fanny quedó perpleja. Como ningún rumor perverso ni escandaloso había llegado a ella, le fue imposible entender gran parte de la extraña carta. Pudo tan sólo inferir que se refería a Wimpole Street y a Mr. Crawford, y tan sólo conjeturar que alguna imprudencia de bulto se había cometido en aquel sector, como para escandalizar a la sociedad y provocar, según temía miss Crawford, los celos de la misma Fanny, si llegaba a enterarse. Mary no necesitaba preocuparse por ella. Fanny lo lamentaba únicamente por las partes interesadas y por Mansfield, si hasta allí habían de llegar los comentarios; pero esperaba que no fuese así. Si los Rushworth habían ido a Mansfield, según podía inferirse de lo que Mary decía, no era fácil que les hubiera precedido nada desagradable o, al menos, que pudiera causar alguna impresión.

En cuanto a Mr. Crawford, Fanny esperaba que el caso serviría para que él mismo se diera cuenta de sus disposiciones, para convencerle de que era incapaz de mantener un efecto constante por ninguna mujer del mundo, y avergonzarle de su insistencia en pretenderla a ella.

Era muy extraño. Fanny había empezado a creer que él la quería, realmente, y hasta a imaginar que con un afecto algo mayor que lo comente; y Mary, su hermana, aun insistía en que a él no le importaba ninguna otra mujer. Sin embargo, debió de haber una marcada exhibición de atenciones dedicadas a María Rushworth, debió cometer alguna tremenda indiscreción, pues Mary no era de las que pudieran dar importancia a una indiscreción venial.

Muy inquieta quedó Fanny; y así tendría que continuar hasta que Mary le escribiese otra vez. Le resultaba imposible borrar la carta de su pensamiento, y no podía desahogarse hablando de ella a ningún ser humano. No hacía falta que miss Crawford le recomendara el secreto con tanta insistencia; debió confiar en su buen sentido respecto del miramiento que había de tener con su prima.

Llegó el siguiente día, sin que llegara una segunda carta. Fanny quedó defraudada. Durante toda la mañana apenas si pudo pensar en otra cosa; pero cuando por la tarde volvió su padre con el periódico, como de costumbre, estaba tan lejos de esperar que le fuera posible elucidar algo por aquel conducto que, por un momento, llegó incluso a olvidarse del asunto.

Estaba sumida en otras cavilaciones. El recuerdo de su primera tarde en aquella habitación, de su padre con el periódico, se adueñó de su mente. No se precisaba ahora bujía alguna. El sol estaba todavía a una hora y media sobre el horizonte. Diose cuenta de que había pasado, realmente, tres meses allí. Y los rayos del sol, que entraban de lleno en la habitación, en vez de alegrarla, aumentaban aún su melancolía; pues la luz solar se le aparecía como algo totalmente distinto en la ciudad que en el campo. Aquí, su poder era tan sólo un resplandor, un resplandor sofocante y enfermizo, que sólo servía para hacer resaltar las manchas y las suciedad que de otro modo hubieran pasado inadvertidas. No había salud ni alegría en el sol de la ciudad. Fanny hallábase envuelta en una llamarada de opresivo calor, en una nube de polvo movedizo; y su mirada podía sólo vagar de las paredes, manchadas por la marca que en

ellas había ido dejando la cabeza de su padre, a la mesa, cortada y mellada por sus hermanos, donde estaba la bandeja del servicio de té, nunca completamente limpia, las tazas y los platos a medio secar, la leche, mezcla de grumos flotantes ligeramente azulados, y el pan con mantequilla, que por momento se volvía más grasiento aún de lo que había salido de manos de Rebecca. Su padre leía el periódico y su madre se lamentaba como de costumbre, mientras se preparaba el té, de lo raída que estaba la alfombra, y expresaba su deseo de que Rebecca la remendase. Y Fanny no despertó de su ensimismamiento hasta que su padre le dirigió una fuerte llamada, después de murmurar y reflexionar sobre un párrafo determinado.

—¿Cuál es el nombre de tus primos casados, que viven en Londres? —preguntó.

Una breve reflexión le permitió responder:

—Rushworth, padre.

—¿Y no viven en Wimpole Street?

—Sí, señor.

—Entonces, el diablo anda metido entre ellos, está visto. Ahí lo tienes —alargándole el periódico—; mucho bien te harán esos parientes distinguidos. No sé qué pensará sir Thomas de esas cosas; puede que sea de esos caballeros demasiado cortesanos y refinados para querer menos a su hija. Pero, ¡voto a...!, si fuera hija mía, le estaría dando con la correa hasta agotar mis fuerzas. Una buena paliza a los dos seria el mejor medio de prevenir esas cosas.

Fanny leyó para sí que «con infinito pesar el periódico debe comunicar al mundo un escándalo matrimonial en la familia de Mr. R, de Wimpole Street; la bellísima señora de R., cuyo nombre había figurado no hace mucho en el capítulo de "bodas", y que prometía convertirse en la figura que daría el tono al mundo elegante, ha abandonado la casa de su esposo en compañía del conocido y seductor Mr. C., íntimo amigo y asociado de Mr. R., sin que se sepa, ni siquiera en la redacción de este periódico, adónde se han dirigido.»

—Es un error, padre —dijo Fanny al instante—; tiene que ser un error... no puede ser verdad... se refería a otras personas.

Hablaba con el instintivo deseo de aplazar la vergüenza; hablaba con la resolución que brota de la desesperanza, porque decía lo que no creía, lo que no podía creer. Fue el choque de la convicción ante la lectura. La verdad se precipitó sobre ella; y después fue para ella misma motivo de asombro que hubiera sido capaz de hablar, o siquiera de respirar, en aquellos momentos.

A Mr. Price le importaba muy poco la noticia para convertirla en motivo de discusión.

—Puede que todo sea mentira —concedió—; pero hay tantas señoras distinguidas cargadas de líos hoy en día, que uno no se puede fiar de nadie.

—Desde luego, espero que no sea verdad —dijo la señora Price con voz plañidera—; ¡sería tan espantoso! Si no le he dicho una vez a Rebecca lo de la alfombra, se lo habré dicho lo menos cien veces: ¿no es verdad, Betsey? Y no le costaría más que diez minutos de trabajo.

El horror que se apoderó del ánimo de Fanny, al tener la convicción de que se había cometido aquella falta y empezar a concebir algo de los sufrimientos que

acarrearía, difícilmente puede describirse. Al principio quedó sumida en una especie de estupefacción; pero a cada instante se precipitaba en ella la percepción del horrible daño. No podía dudar; no se atrevía a abrigar la esperanza de que el suelto fuera falso. La carta de miss Crawford, cuyo texto había releído varias veces como para recordar de memoria todos sus renglones, coincidía de un modo escalofriante con la nota del periódico. La vehemente defensa que Mary hacía de su hermano, su manifiesta esperanza de que se *acallaran los rumores, su* evidente inquietud, todo se correspondía por entero con algo muy grave; y si existía en el mundo una mujer de carácter definido que pudiera considerar una bagatela aquel pecado de primera magnitud, que pudiera tratar de disculparlo y desear que quedara impune, Fanny podía contar con que miss Crawford era esa mujer. Ahora se daba cuenta de su equivocación respecto de *quienes* se habían ido. No se trataba de Mr. Rushworth y su esposa, sino de esta esposa y Mr. Crawford.

A Fanny le parecía que nunca, hasta ahora, había recibido una fuerte impresión. No podía sosegar. Pasó la tarde sin un momento de respiro en su aflicción; pasó la noche completamente desvelada. No hacía más que pasar de sensaciones de repugnancia a estremecimientos de horror. El caso era tan espantoso, que hubo momentos en que su corazón lo rechazaba como imposible, en que se decía que no podía ser. Una mujer que llevaba tan sólo seis meses de casada; un hombre que se confesaba enamorado, hasta *comprometido* con otra, siendo esta otra una pariente tan próxima de aquella; toda la familia, ambas familias, tan estrechamente unidas con múltiples lazos, tan amigas, tan íntimas... Era una mezcla de culpas demasiado horrible, una concentración de perversidad demasiado vil para que la naturaleza humana fuera capaz de ella, no hallándose en un estado de completa barbarie. Sin embargo, su juicio le decía que era así. La inconsistencia de los afectos de Henry, oscilando al dictado de su vanidad, la decidida inclinación de María y la insuficiencia de principios en ambos, apuntaban la posibilidad; la carta de Mary sellaba el hecho.

¿Cuál sería la consecuencia? ¿A quién no ofendería? ¿Qué designios no iba a alterar? ¿La paz de quien no quedaria truncada para siempre? La misma Mary... Edmund... Pero acaso fuera peligroso calar tan hondo. Fanny se ciñó, o intentó ceñirse, al aspecto simple, indudable, de la desgracia familiar que habría de envolverlo todo, si, en efecto, había culpa comprobada y escándalo público. Los sufrimientos de la madre, los del padre... Aquí detuvo Fanny su pensamiento; los de Julia, los de Tom, los de Edmund... En este punto se detuvo más tiempo aún. Eran los dos —sir Thomas y Edmund— a los que el caso afectaría más tremendamente. La paternal solicitud, el alto sentimiento del honor y el decoro de sir Thomas; la rectitud de principios, el carácter confiado y la genuina intensidad de sentimientos de Edmund, hacían pensar a Fanny que apenas les sería posible conservar la vida y la razón ante semejante ignominia; y le parecía que, por lo que únicamente a este mundo se refiere, el mayor bien para todos los consanguíneos de María Rushworth sería una inmediata aniquilación.

Nada acaeció el día siguiente, ni al otro, que amortiguara el horror de Fanny. Dos correos pasaron sin traer refutación alguna, pública ni privada. No llegaba

una segunda carta de miss Crawford con una explicación que desvirtuara el efecto de la anterior; no llegaba noticia alguna de Mansfield, aunque había pasado tiempo suficiente para que su tía volviera a escribirle. Ello era un mal presagio. Fanny apenas conservaba una sombra de esperanza que aliviase su espíritu y quedó reducida a un estado de abatimiento, palidez y temblor que a ninguna madre afectuosa, excepto a la señora Price, le hubiera pasado inadvertido. Al tercer día pudo oírse en la puerta el aldabonazo de los tormentos y otra carta fue depositada en sus manos. Llevaba el matasellos de Londres y era de Edmund.

«Querida Fanny: Ya conoces nuestra presente desgracia. ¡Que Dios te ayude a soportar tu parte! Llevamos aquí dos días, pero no hay nada que hacer. No hemos podido dar con la pista. Puede que no conozcas el último golpe: la fuga de Julia. Se ha marchado a Escocia con Yates. Abandonó Londres pocas horas antes de llegar nosotros. En cualquier otro momento esto nos hubiera parecido espantoso. Ahora nos parece que no es nada; sin embargo, es una grave complicación. Mi padre no ha quedado deshecho. No cabía esperar más. Todavía es capaz de pensar y hacer; y te escribo, obedeciendo a su deseo, para proponerte que vuelvas a casa. Está impaciente porque vuelvas allí a causa de mi madre. Yo estaré en Portsmouth a la mañana siguiente de recibir tú la presente, y espero encontrarte dispuesta para emprender el regreso a Mansfield. Mi padre desea que invites a Susan para que te acompañe por unos meses. Arréglalo como gustes; dile lo que consideres oportuno. Estoy seguro de que apreciarás esta prueba de cariño en tales momentos. Haz justicia a su intención, aunque yo me exprese confusamente. Ya puedes imaginar mi estado actual. No tiene fin la desgracia que se ha desencadenado sobre nosotros. Llegaré temprano, en el correo. Tuyo», etc.

Jamás estuvo Fanny tan necesitada de un cordial consuelo. Nunca había conocido otro igual al que le brindaba aquella carta. ¡Mañana! ¡Abandonar Portsmouth mañana! Estaba, notaba que estaba, en peligro de sentirse exquisitamente feliz, cuando tantos eran desgraciados. ¡Un mal que le procuraba tanto bien! Temía acostumbrarse a ser insensible a él. Marcharse tan pronto, enviada a buscar tan amablemente, reclamada como un consuelo y con libertad de llevarse a Susan, era en suma tal combinación de favores, que inflamó su corazón y, por cierto espacio de tiempo, pareció alejar las penas y hacerla incapaz de compartir propiamente el dolor, hasta el de aquéllos que más tenía en el pensamiento. La fuga de Julia sólo podía afectarla relativamente poco. Le causó sorpresa y asombro; pero era algo que no podía apoderarse de ella, que no podía detenerse en su mente. Tuvo que obligarse a reflexionarlo y reconoció que era terrible y cruel; pero con facilidad se distraía en medio de las ansiosas, urgentes, alegres ocupaciones relacionadas con la cita que ella tenía para el día siguiente.

No hay nada como la actividad, una premiosa, indispensable actividad, para ahuyentar las penas. Una ocupación, aun siendo melancólica, puede disipar la melancolía; y las ocupaciones de Fanny eran un compendio de ilusión. Tenía

tanto que hacer que ni siquiera la horrible historia de María Rushworth (confirmada ahora como cierta hasta el último extremo) la impresionaba como al principio. No tenía tiempo para estar triste. Esperaba estar en camino a las veinticuatro horas. Tenía que hablar con sus padres, preparar a Susan, disponerlo todo. Las cuestiones a resolver se presentaban en ininterrumpida sucesión; el día contaba apenas con suficientes horas. Por otra parte, la felicidad que ella proporcionaba a los demás, felicidad muy poco ensombrecida por la funesta noticia que brevemente precedió a la restante información...; el jubiloso consentimiento del padre y de la madre para que Susan la acompañara...; la general satisfacción que parecía acusarse ante la partida de ambas...; el éxtasis de la propia Susan...: todo contribuía al sostenimiento de su ánimo.

La aflicción de los Bertram fue poco sentida en el hogar de sus padres. La señora Price habló de su pobre hermana por espacio de unos minutos, pero la cuestión de cómo encontrar algo donde meter la ropa de Susan, pues Rebecca había usado y destrozado todas las maletas, la preocupaba mucho más. En cuanto a Susan, que se veía inesperadamente complacida en el supremo anhelo de su corazón, y que no conocía personalmente a los que había pecado ni a los que estaban penando, si pudo evitar el constante desbordamiento de su regocijo, era cuanto podía esperarse de la virtud humana a los catorce...

Como en realidad nada se dejó a la decisión de la señora Price ni a los buenos oficios de Rebecca, todo se llevó a cabo racional y convenientemente, y las dos hermanas quedaron dispuestas para salir al día siguiente. La ventaja de un largo sueño que las preparase para el viaje que iban a emprender, no pudieron tenerla. El primo que viajaba hacia ellas no podía menos de estar presente en el espíritu de ambas, lleno el uno de felicidad, moviéndose el otro entre constantes alternativas y una indescriptible turbación.

Hacia las ocho de la mañana estaba Edmund en la casa. Sus primas le oyeron entrar, desde arriba, y Fanny bajó. La idea de que iba a verle enseguida, unida al conocimiento de lo que él debía sufrir, hizo retroceder sus primeros impulsos. ¡Tenerle tan cerca, y tan afligido! Apenas podía dominar su emoción cuando entró en la salita. Edmund estaba solo y se dirigió a ella inmediatamente; y Fanny se sintió oprimida contra el corazón de su primo mientras escuchaba sólo estas palabras, apenas articuladas:

—¡Mi Fanny... mi única hermana... mi único consuelo, ahora!

Ella no pudo decir nada, y tampoco él pudo añadir más durante unos minutos.

Edmund se apartó para serenarse, y cuando habló de nuevo, aunque su voz vacilaba todavía, mostraba en su actitud el deseo de dominarse y la resolución de evitar toda ulterior alusión.

—¿Has desayunado ya? ¿Cuándo estarás dispuesta? ¿Viene Susan? —fueron preguntas que se sucedieron rápidamente.

Su mayor deseo era partir cuanto antes. Tratándose de Mansfield, el tiempo era precioso; y su estado de ánimo hacía que sólo hallara consuelo en el movimiento. Acordaron que avisaría para que el carruaje estuviera en la puerta media hora después. Edmund había desayunado ya y declinó la invitación de acompañarlas mientras ellas lo hacían. Dijo que daría un paseo por las murallas y volvería a recogerlas con el coche... Se había marchado de nuevo, contento de

librarse hasta de Fanny.

Parecía muy enfermo; era evidente que sufría bajo las más violentas emociones, que estaba decidido a reprimir. Fanny comprendía que era así, pero era terrible para ella.

Llegó el coche y Edmund entró de nuevo en la casa inmediatamente, con el tiempo justo para dedicar unos minutos a la familia y ser testigo (aunque nada vio) de la tranquilidad con que se separaban las hermanas, y muy a punto para evitar que las niñas se sentaran a la mesa del desayuno, la cual, gracias a una gran e inusitada actividad, estaba ya completamente dispuesta cuando Fanny empezó a alejarse en el coche.

Que su corazón quedó henchido de gozo y gratitud al pasar las barreras de Portsmouth, y que en el rostro de Susan campeaban las más amplias sonrisas, fácilmente puede concebirse. Sin embargo, como iba sentada delante y la protegía el ala de su sombrero, esas sonrisas no fueron vistas.

Parecía que iba a ser un viaje silencioso. Fanny percibía con frecuencia los profundos suspiros de Edmund. De haberse encontrado a solas con ella le hubiera abierto su corazón, a pesar de todas las resoluciones; pero la presencia de Susan le contenía, y pronto no pudo soportar sus propios intentos de hablar sobre temas diversos.

Fanny le observaba con inagotable solicitud; y a veces, al tropezarse sus miradas, renovaba en él una afectuosa sonrisa que la consolaba. Pero el primer día de viaje transcurrió sin oírle una palabra acerca de los motivos que le deprimían. La mañana siguiente dio ocasión para algo más. Un momento antes de partir de Oxford, mientras Susan, tras los cristales, observaba con atención concentrada a una numerosa familia que salía de la fonda, los otros dos permanecían de pie junto al fuego; y Edmund, particularmente impresionado por lo desmejorada que aparecía Fanny y atribuyéndolo, por ignorar los cotidianos perjuicios sufridos en casa de sus padres, en una proporción excesiva... atribuyéndolo *todo* al reciente suceso, tomó su mano y le dijo en voz baja, pero con acento expresivo:

—No me extraña... Tienes que sentirlo... tienes que sufrir. ¡Cómo se concibe que un hombre, después de quererte, pueda abandonarte! Pero el *tuyo...* tu caso era reciente comparado con... ¡Fanny, considera el *mío!*

La primera parte del viaje ocupó una larga jornada y los había dejado, casi extenuados, en Oxford; pero la segunda terminó mucho más temprano. Mucho antes de la hora habitual de la comida estaban en los alrededores de Mansfield, y al acercarse al amado lugar los corazones de las dos hermanas desfallecieron un poco. Fanny empezaba a temer el encuentro con sus tías y con Tom, bajo aquella espantosa humillación; y Susan a sentir con alguna preocupación que sus mejores modales, todos sus conocimientos últimamente adquiridos acerca de las costumbres que imperaban allí, estaban a punto de ser puestos a prueba. Ante ella surgían visiones de buena y mala crianza, de antiguas vulgaridades y nuevos refinamientos; y mucho meditaba sobre tenedores de plata, servilletas y lavamanos de cristal. Fanny acusaba a cada paso lo que había cambiado el campo desde febrero; pero cuando penetraron en el parque su percepción y su placer culminaron en intensidad. Hacía tres meses, tres meses completos, que

lo había abandonado, y la diferencia correspondía a la que media entre el invierno y el verano. Su mirada descubría por todas partes céspedes y plantíos del verde más tierno; y los árboles, aunque no del todo vestidos, se mostraban en ese delicioso estado en que el perfeccionamiento de la belleza se presiente próximo, y en que, aun cuando es ya mucho lo que se ofrece a la vista, queda más todavía para la imaginación. Su gozo, empero, era sólo para ella. Edmund no podía compartirlo. Ella le miraba, pero él se reclinaba en el respaldo, sumido en una tristeza más honda que nunca y con los ojos cerrados, como si le abrumara presenciar la satisfacción de alguien y tuvieran que omitirse las deliciosas perspectivas hogareñas.

Esto hizo que Fanny se entristeciera de nuevo; y el conocimiento de lo que allí debía sufrirse revestía hasta la misma casa (moderna, aireada y bien situada como estaba) de un aspecto melancólico.

Una de las personas pertenecientes al grupo de los que allí penaban les esperaba con una impaciencia como nunca había conocido hasta entonces. Apenas acababa Fanny de pasar ante los graves criados, cuando lady Bertram, procedente del salón, salió a su encuentro, no ya con paso indolente; y cayendo en sus brazos, dijo:

—¡Fanny, querida! Ahora tendré un consuelo.

CAPÍTULO XLVII

Las tres personas que, de la familia, había en la casa formaban un grupo realmente triste, creyéndose cada una de ellas más desgraciada que las otras dos. Sin embargo, tía Norris, por ser la más afecta a María, era en realidad la que más sufría. María era su favorita, la más querida de todos; el casamiento había sido obra suya, como ella misma constantemente sentía y decía con tanto orgullo en el corazón, y aquel funesto resultado la dejó prácticamente anonadada.

Era una criatura transformada, callada, estupefacta, indiferente a cuanto ocurría. La ventaja de quedarse con su hermana y su sobrino, con toda la casa bajo su cuidado, la había desaprovechado por completo; era incapaz de dirigir o mandar, y hasta de considerarse a sí misma útil para algo. Al acusar una auténtica aflicción, se habían entumecido todas sus energías activas; y ni lady Bertram ni el propio Tom habían recibido de ella la menor ayuda o intento de ayuda. No hizo por ellos más de lo que cada uno de ellos hiciera por los otros dos. Todos se habían sentido solitarios, abandonados, desamparados por igual; y ahora, la llegada de los otros no hacía más que poner de relieve su mayor desventura. Su hermana y su sobrino sintieron alivio, pero no lo hubo para ella. Edmund fue casi tan bien recibido por su hermano como Fanny por tía Bertram. Pero tía Norris, en vez de hallar consuelo en la presencia de alguno de los dos,

se sintió aún más irritada a la vista de la persona a quien, en la ceguera de su cólera, hubiese sido capaz de acusar de espíritu maligno, culpable de la tragedia. Si Fanny hubiese aceptado a Henry Crawford, *aquello* no hubiera sucedido.

La presencia de Susan era, también, un agravio. Tía Norris no tuvo ánimos para dedicarle más que unas miradas de reprobación, pero la consideró una espía, una intrusa, una sobrina indigente y todo cuanto pudiera haber de más odioso. Su otra tía recibió a Susan con suave amabilidad. Lady Bertram pudo no dedicarle mucho tiempo ni muchas palabras, pero apreciaba que, como hermana de Fanny, tenía unos derechos en Mansfield y se dispuso a besarla y a quererla; y Susan quedó más satisfecha, pues llegaba sabiendo perfectamente que de tía Norris no podía esperarse sino mal humor; e iba tan bien provista de felicidad, contaba tanto, dentro de aquella dicha suprema, la suerte de ahorrarse otros muchos males que tenía por ciertos, que hubiera podido soportar una cantidad de indiferencia mucho mayor de la que halló en los demás.

La dejaban mucho tiempo sola, dándole ocasión de familiarizarse con la casa y sus alrededores como pudiera, y pasaba sus días felizmente haciéndolo así, mientras aquellos que en otro caso la hubieran atendido permanecían encerrados u ocupados, cada cual con la persona que, por entonces, dependía completamente de ellos en todo lo que pudiera representar un consuelo: Edmund, tratando de enterrar sus sufrimientos en el esfuerzo de aliviar los de su hermano; Fanny, consagrada a tía Bertram, volviendo a sus antiguos menesteres con más que su antiguo celo y pensando que nunca podría hacer bastante por quien tanto parecía necesitarla.

Hablar del tremendo caso con Fanny, hablar y lamentarlo, era todo el consuelo de lady Bertram. Escucharla y conllevar sus penas, y brindarle la voz del cariño y la simpatía en respuesta, era cuanto Fanny podía hacer por ella. Intentar consolarla de otro modo era por demás ocioso. El caso no admitía consuelo. Lady Bertram no tenía profundidad de pensamiento; pero, guiada por sir Thomas, juzgaba con acertado criterio todos los puntos importantes. Veía, por lo tanto, en toda su enormidad lo que había ocurrido; y no quería ella, ni pretendía que Fanny se lo aconsejara, quitarle importancia a la culpa y a la infamia.

Sus afecciones no eran agudas ni su espíritu tenaz. Pasado algún tiempo, Fanny vio que no sería imposible encauzar sus pensamientos hacia otros temas y resucitar algún interés por sus ocupaciones habituales; pero siempre que lady Bertram volvía sobre el caso, sólo podía verlo a una luz única que le mostraba la pérdida de una hija y un estigma imborrable.

Fanny se enteró por ella de todos los detalles que se habían traslucido ya. Su tía no era una narradora muy regular; pero con la ayuda de algunas cartas de y para sir Thomas, más lo que ya sabía y lo que pudo racionalmente conjeturar, pronto estuvo en condiciones de comprender cuanto podía desear respecto de las circunstancias inherentes a la historia.

La joven señora Rushworth había marchado a Twickenham para las fiestas de Pascua, invitada por una familia con la que había intimado últimamente: una familia animada y placentera y, probablemente, de una moral y una discreción a propósito, ya que en aquella casa tenía entrada Mr. Crawford a todas horas. Que

éste se encontraba en las cercanías de la misma localidad, era ya conocido de Fanny. Mr. Rushworth había marchado por entonces a Bath, para pasar unos días con su madre y traerla consigo a su regreso a Londres, y María quedó con esos amigos sin cohibición alguna, sin la compañía de Julia siquiera, pues ésta se había trasladado dos o tres semanas atrás de Wimpole Street a casa de unos parientes de sir Thomas; traslado que sus padres atribuían ahora a ciertas medidas de conveniencia relacionadas con Mr. Yates. Muy poco después del regreso de los Rushworth a Wimpole Street, sir Thomas recibió una carta de un viejo e íntimo amigo de Londres, el cual, habiendo visto y oído una serie de cosas más que alarmantes por aquel lado, escribía a sir Thomas recomendándole que se desplazara él mismo a la capital y, poniendo a contribución su influencia cerca de su hija, acabase con una intimidad que estaba ya dando lugar a comentarios desagradables y, evidentemente, intranquilizaba a Mr. Rushworth.

Sir Thomas se disponía a obrar según la carta, sin comunicar su contenido a nadie en Mansfield, cuando recibió otra, urgente, del mismo amigo, que le revelaba la situación en extremo desesperada a que se había llegado en la cuestión de los jóvenes. La joven señora Rushworth había abandonado la casa de su esposo; Mr. Rushworth había acudido lleno de cólera y aflicción a *él* (Mr. Harding) en busca de consejo; Mr. Harding temía que se hubiera cometido, *al menos,* alguna flagrante indiscreción. La doncella de la vieja señora Rushworth amenazaba de un modo alarmante. Él hacía cuanto estaba a su alcance para aquietarlo todo, con la esperanza de que volviese la esposa, pero veía sus esfuerzos hasta tal punto contrarrestados en Wimpole Street por la influencia de la madre de mister Rushworth, que eran de temer las peores consecuencias.

Esta aterradora información no pudo ocultarse a la familia. Sir Thomas partió y Edmund quiso acompañarle. Los demás quedaron en un estado de calamitosa postración, inferior tan sólo al que siguió al recibo de las sucesivas cartas de Londres. Todo era ya del dominio público, no había remedio. La sirvienta de la señora Rushworth, madre, tenía el escándalo en la mano y, sostenida por su señora, no iba a callarse. Las dos damas, incluso dentro del corto lapso que estuvieron juntas, no habían podido congeniar; y el rencor de la suegra contra la nuera podía, acaso, atribuirse tanto a la falta personal de respeto con que fue tratada, como a su sentimiento por su hijo.

Como quiera que fuese, no había forma de gobernarla. Pero, aunque hubiera sido menos obstinada, o menos influyente en su hijo (el cual siempre se dejaba llevar del último que le hablaba, de la persona que podía cogerlo por su cuenta para hacerse con su voluntad), el caso hubiera sido igualmente desesperado, pues la joven señora Rushworth no reaparecía y todo llevaba a la conclusión de que estaba oculta en alguna parte con Mr. Crawford, que se había marchado de casa de su tío, como para un viaje, el mismo día que ella se ausentó de la suya.

Sir Thomas, no obstante, prolongó todavía un poco su permanencia en Londres, con la esperanza de descubrir su paradero y arrancarla de una continuada inmoralidad, aunque todo se había perdido por el lado de la reputación.

Fanny podía apenas dejar de pensar en el actual estado de sir Thomas. Sólo

uno de sus hijos no constituía a la sazón para él una fuente de aflicción. Los males de Tom habían empeorado mucho con la impresión recibida por la conducta de su hermana; y su convalecencia había experimentado un retroceso tal, que hasta lady Bertram se sorprendió ante la marcada diferencia y no dejaba de transmitir regularmente sus temores a su marido; y la huida de Julia, golpe adicional que recibió sir Thomas a su llegada a Londres, aunque de momento quedara amortiguado su efecto, tenía que ser, Fanny lo sabía, muy doloroso para él. *Veía* que lo era. Sus cartas expresaban cuánto lo deploraba. En cualquier caso hubiera sido desagradable una alianza con Yates; pero tramarla de aquel modo clandestino y elegir aquel momento para consumarla, mostraba los sentimientos de Julia a una luz que no podía ser más desfavorable y añadía los más serios agravantes a la locura de su elección. Sir Thomas lo calificaba de mala cosa, hecha de la peor manera y en el momento peor; y aunque Julia fuera más perdonable que María, en la misma proporción en que la locura lo es más que el vicio, su padre no podía menos de considerar que el paso que había dado abría camino a las peores probabilidades, en el sentido de un fin como el de su hermana para lo futuro. Tal era su opinión en cuanto a la pendiente por la que ella se había lanzado.

Fanny compadecía de todo corazón a sir Thomas. No le quedaba más consuelo que el de Edmund. Sus otros hijos tenían que desgarrarle el corazón. Fanny confiaba que el disgusto que ella misma le causara, por diferenciarse sus razonamientos de los de tía Norris, habría desaparecido ya. Ella quedaba justificada. El propio Mr. Crawford la absolvía plenamente por su conducta al rechazarle; pero esto, aunque de capital importancia para ella, poco había de servirle de consuelo a sir Thomas. Los disgustos de su tío eran un tormento para ella; pero ¿qué podían su justificación, su gratitud o su cariño hacer por él? Su apoyo no podía estar más que en Edmund.

Se equivocaba, sin embargo, al suponer que Edmund no era también motivo de aflicción para su padre en aquellos momentos. Era una pena de naturaleza mucho menos aguda que la que le causaban los demás; pero sir Thomas consideraba la felicidad de su hijo en extremo comprometida por el delito de su hermana y de su amigo, que le obligaba a alejarse de la mujer a quien pretendiera con indudable afición y grandes posibilidades de éxito, y quien por todos los conceptos, excepto por el de tener un hermano tan ruin, hubiera representado una alianza sumamente deseable. Sir Thomas diose cuenta de lo mucho que Edmund tenía que sufrir por su cuenta, como añadidura a todo lo demás, cuando estuvieron en Londres; había visto o conjeturado cuáles eran sus sentimientos; y teniendo motivos para suponer que había tenido lugar una entrevista con miss Crawford, la cual sólo había servido para aumentar las penas de Edmund, puso gran empeño, tanto por ésta como por las otras razones, en que abandonara la capital y le encargó de recoger a Fanny para llevarla a casa, junto a su tía, con el propósito de beneficiarle y aliviarle a él tanto como a los demás. Fanny no estaba en el secreto de los sentimientos de su tío, como sir Thomas no estaba en el secreto de la índole de miss Crawford. Si a él le hubieran hecho confidente de la conversación que ésta sostuvo con su hijo, no hubiera deseado que se casaran, aunque las veinte mil libras de ella fueran

cuarenta mil.

Para Fanny no había duda de que Edmund quedaba para siempre apartado de miss Crawford; y sin embargo, en tanto no supo que él pensaba lo mismo, no le bastó a Fanny su propia convicción. Creía que él pensaba así, pero necesitaba asegurarse de ello. De haber querido Edmund hablarle ahora con la misma franqueza de antes, que a veces había resultado excesiva para ella, hubiera sido un gran consuelo. Pero esto, bien lo veía Fanny, no había que esperarlo. Le veía raras veces, y nunca solo; probablemente evitaba encontrarse a solas con ella. ¿Qué podía inferirse de tal actitud? Que su juicio sometía por entero su privativo e íntimo dolor a la parte de amargura que le correspondía en aquella aflicción familiar; o bien que lo sentía con demasiada agudeza para hacerlo objeto de la menor confidencia. Éste debía ser el estado en que se hallaba. Se sometía, pero dentro de unas agonías que no admitían palabras. Mucho, mucho habría de esperar hasta que el nombre de Mary volviera a salir de sus labios o se renovara aquel intercambio confidencial que antes existiera entre ellos.

Y muy larga se le hizo la espera a Fanny. Habían llegado a Mansfield en jueves y no fue hasta el domingo por la tarde cuando Edmund empezó a hablarle del asunto. Era una lluviosa tarde de domingo, momento ideal como no existe otro para, si se tiene a mano a una persona amiga, sentir la necesidad de abrir el corazón y contarlo todo. Edmund estaba sentado junto a ella. Nadie más había en la habitación, excepto lady Bertram, que después de escuchar un emotivo sermón había llorado hasta dormirse... Era imposible no hablar; y así, con sus habituales preámbulos, sin relación apenas con lo que iba a decir, y su habitual declaración de que si quería escucharle unos minutos, sería muy breve y nunca más volvería a abusar de aquel modo de su amabilidad (Fanny no había de temer una reincidencia: sería un tema rigurosamente prohibido), se entregó al lujo de relatar circunstancias y sensaciones de primordial interés para él, a la persona de cuya afectuosa simpatía estaba plenamente convencido.

Fácil es imaginar cómo le escuchaba Fanny, con qué atención y curiosidad, con qué pena y qué gusto, cómo observaba la alteración de su voz y con qué cuidado fijaba los ojos en cualquier parte, menos en él. El comienzo fue alarmante. Había visto a Mary Crawford. Se le había invitado a verla. Había recibido un billete de lady Stornaway rogándole la visita; e interpretando que ello quería significar la última, definitivamente la última entrevista con ella en nombre de una amistad, y atribuyendo a Mary todos los sentimientos de vergüenza y desventura que la hermana de Crawford hubiera debido conocer, a ella había acudido con el ánimo tan propenso a la ternura y la adhesión, que Fanny, llevada de sus temores, consideró por un momento imposible que fuera aquella la última entrevista. Pero al avanzar él en su relato se disiparon esos temores. Ella le había recibido, dijo Edmund, con un semblante serio... sí, realmente serio... y hasta afligido; pero antes de que él fuera capaz de pronunciar una frase inteligible, ella había ya enfocado el tema de un modo que, lo confesaba, le había dejado perplejo.

«Me enteré de que estaba usted en Londres», me dijo. «Deseaba verle. Hablemos de este triste asunto. ¿Hay algo que pueda igualarse a la locura de nuestros dos parientes?» Yo no pude contestar, pero creo que mi actitud habló

por mí. Ella se sintió censurada. ¡Qué aguda es a veces su sensibilidad! Entonces, con un aire y un tono más graves, añadió: «No pretendo defender a Henry a costa de su hermana». Así empezó; pero lo que dijo a continuación, Fanny, no se presta... casi no se presta a que te lo repita. No recuerdo todas sus palabras. Ni me detendría en ellas si pudiera recordarlas. En substancia, fueron la expresión de un gran berrinche por la *locura* de los fugitivos. Reprochaba a su hermano la necedad de dejarse arrastrar por una mujer que siempre le tuvo sin cuidado, de haberse prestado a lo que le haría perder a la mujer que adoraba; pero censuraba, aún más la insensatez de María por haber sacrificado su magnífica posición, sumergiéndose en un mundo de dificultades, con la ilusión de ser realmente amada por un hombre que ya mucho antes le había mostrado su indiferencia. Figúrate cuál no seria mi impresión. Oír a la mujer a quien... ¡Calificarlo de *locura* nada más! ¡Examinarlo todo con aquella complacencia, con tanta ligereza, con tanta frialdad! ¡Nada de repugnancia, ni horror, ni femineidad! ¿He de decir, acaso, sin púdica aversión? Esto es lo que el mundo consigue. ¿Pues dónde, Fanny, encontraríamos una mujer mejor dotada por la naturaleza? ¡Estropeada, echada a perder!

Después de una breve reflexión, prosiguió con una especie de calma desesperada.

—Te lo contaré todo y habré terminado para siempre. Mary lo veía sólo como una locura, y una locura infamada sólo por el escándalo. La falta de una elemental discreción, de precaución; que él fuera a Richmond para todo el tiempo que ella estuvo en Twickenham; que ella pusiera su fama en manos de una sirvienta... En una palabra, era el descubrimiento... ¡Oh, Fanny! ¡Era la falta de reserva, no la misma falta, lo que ella censuraba! Era la imprudencia, que había llevado las cosas a un extremo, obligando a su hermano a abandonar sus proyectos más queridos para huir con ella.

Hizo una pausa.

—¿Y qué —preguntó Fanny, creyéndose obligada a expresar algo—, qué pudiste tú decir?

—Nada, nada que resultara comprensible. Estaba como atontado. Ella continuó; empezó a hablar de ti... sí, entonces empezó a hablar de ti, lamentando, lo mejor que pudo, la pérdida de semejante... Sobre esto habló con mucho discernimiento. Pero es que a ti siempre te hizo justicia. «Henry se ha perdido una mujer», dijo, «como nunca volverá a encontrarla. Ella le habría sujetado; ella le hubiera hecho feliz para siempre». Fanny amadísima, espero que te cause más placer que dolor esta mirada retrospectiva a lo que pudo haber sido... pero que ya jamás podrá ser. ¿No deseas que me calle? Si lo deseas, dímelo con una palabra, con una mirada, y habré terminado.

No hubo palabra ni mirada.

—¡Alabado sea Dios! —suspiró Edmund—. Todos deseábamos averiguarlo, pero parece haber sido un misericordioso designio de la Providencia que el corazón que nunca conoció el engaño no tenga que sufrir. Mary habló de ti con gran elogio y cálido afecto; sin embargo, aún en esto hubo un resabio... un rasgo de concesión al mal. Pues en medio de sus encomios, se atrevió a exclamar: «¿Por qué no había de aceptarle? Ella tiene toda la culpa. ¡La muy boba! Nunca

se lo perdonaré. Si le hubiera aceptado, como debía, ahora estarian a punto de casarse, y Henry sería demasiado feliz y estaría demasiado atareado para desear otras cosas. No se hubiera tomado la molestia de ponerse nuevamente en tratos con la joven señora Rushworth. Todo hubiera terminado en un flirteo normal, estancado, en encuentros anuales en Sotherton y en Everingham». ¿Hubieras tú podido creer esto de ella? Pero el encanto está roto. He abierto los ojos.

—¡Es cruel! —dijo Fanny—. ¡Muy cruel! ¡En tales momentos permitirse bromear, hablar con ligereza! ¡Y contigo! ¡Es una perfecta crueldad!

—¿Crueldad, dices? En esto discrepamos. No, su naturaleza no es cruel. No considero que se propusiera herir mis sentimientos. El mal yace más adentro..., en su total ignorancia, en no tener siquiera sospecha de tales sentimientos, en una perversión de la mentalidad que hace que para ella sea natural tratar el caso como lo hizo. Habló, ni más ni menos, como de costumbre ha oído siempre hablar a los otros, como se imagina que hablaría cualquiera. Sus defectos no son de fondo. Ella no querría por gusto afligir a nadie innecesariamente; y aunque acaso me engañe, no puedo menos que pensar que, por mí, por mis sentimientos, ella hubiera... Sus defectos hay que achacarlos a falta de principios, Fanny; a un embotamiento de la sensibilidad y a una mente corrompida, inficionada. Tal vez sea mejor para mí, ya que poco puedo lamentar el haberla perdido. No es así, empero. Con gusto me sometería al dolor más completo que pudiera representar su pérdida, antes de tener que pensar de ella como pienso. Así se lo dije. —¿Se lo dijiste?

—Sí, esto fue lo que le dije al marcharme.

—¿Cuánto tiempo estuvisteis hablando?

—Veinticinco minutos. Sí, ella dijo a continuación que todo lo que ahora se podía hacer era arreglar un casamiento entre los dos. Hablaba de ello, Fanny, con una voz más firme de la que a mí me puede salir.

Edmund se vio obligado a interrumpirse más de una vez en el curso de su relato.

«Debemos convencer a Henry para que se case con ella», me dijo; «cosa que, teniendo en cuenta su honor, más su propia certeza de que para siempre se ha quedado sin Fanny, no desespero de que se consiga. De Fanny tiene que prescindir. No creo que, ni siquiera él, pueda aspirar ahora a que le sonría el éxito con una muchacha del temple de Fanny Price; y, por lo tanto, creo que no habremos de tropezar con ninguna dificultad insuperable. Mi influencia, que no es poca, se empleará toda en tal sentido; y una vez casados y convenientemente apoyada por su misma familia, que es gente respetable, podrá recobrar su puesto en la sociedad, hasta cierto punto. En determinados círculos, ya lo sabemos, nunca será admitida; pero dando buenos convites y grandes fiestas, no serán pocos los que se sientan satisfechos de tratarse con ella. Y hoy en día hay sin duda más liberalidad y candor para estas cosas que en otros tiempos. Lo que yo aconsejo es que su padre se mantenga quieto. No deje usted que vaya a perjudicar su propia causa con injerencias. Convénzale de que lo mejor que puede hacer es dejar que las cosas sigan su curso. Si mediante sus esfuerzos oficiosos induce a María a que deje a mi hermano, habrá muchas

menos probabilidades de que Henry se case con ella que si permanece a su lado. Yo sé cómo se le puede influir. Que tenga sir Thomas confianza en su honor y compasión, y todo acabará bien; pero si se lleva a su hija, nos destruirá el mejor asidero.»

Después de repetir estas palabras de Mary, quedó Edmund tan abatido que Fanny, contemplándole con silenciosa pero tierna compasión, casi lamentó que se hubiera tocado aquel tema. Tardó bastante Edmund en poder continuar. Al fin dijo:

—Ahora, Fanny, pronto habré terminado. Te he repetido en substancia todo lo que ella me dijo. En cuanto me fue posible hablar, le repliqué que no había supuesto posible, dado mi estado de ánimo al entrar en aquella casa, que pudiera ocurrir algo capaz de hacerme sufrir todavía más, pero que ella se había encargado de abrirme una herida más honda mediante cada una de sus frases; que, aun cuando a lo largo de nuestro trato había yo acusado a menudo cierta divergencia en nuestras opiniones, así como en alguna apreciación momentánea, nunca había llegado mi imaginación a concebir que la discrepancia pudiera ser tan enorme como ahora acababa ella de demostrar; que su modo de tratar el horrendo crimen cometido por su hermano y mi hermana (en cuál de los dos estaba la mayor perversión no pretendía yo decirlo)..., su modo de hablar del crimen en sí, aplicándole todos los reproches menos el justo; considerando sus malas consecuencias sólo en el sentido de que habrían de ser afrontadas o arrostradas con un desafio a la decencia y con impúdico descaro; y por último, y sobre todo, recomendándonos una complicidad, un compromiso, una aquiescencia para la continuidad del pecado, en prenda a la eventualidad de un casamiento que, pensando como ahora pienso de su hermano, más bien debería impedirse que buscarse... Todo esto me convenció, muy dolorosamente, de que nunca la había comprendido hasta entonces, y de que, en lo que atañe al espíritu, había sido en la mujer creada por mi imaginación, no en miss Crawford, en quien yo había sido capaz de soñar durante tantos meses. Le dije que, acaso, fuera para mí mejor así: había menos motivos que lamentar en el sacrificio de una amistad, unos sentimientos, unas ilusiones que, de todos modos, hubiera tenido que arrancar ahora de mi alma; y que, no obstante, debía y quería confesarle que, de haber podido devolverla al lugar que siempre había ocupado en mi imaginación, lo hubiese preferido, con el consiguiente aumento de mi dolor por la separación, porque así me habría quedado el derecho a una ternura y una estimación por ella. He aquí lo que le dije, el extracto de mi réplica; pero, como supondrás, no fue con la calma y la mesura con que te lo he repetido. Ella quedó asombrada, enormemente asombrada... más que asombrada. Vi cómo cambiaba su semblante. Se puso intensamente colorada. Creí ver una mezcla de sentimientos diversos: una fuerte, aunque breve lucha, medio deseo de rendirse a la verdad, medio sentido de la vergüenza. Pero el hábito... el hábito se impuso. De haber podido, se hubiera echado a reír. Fue una especie de risa su contestación: «Estupendo discurso, a fe mía. ¿Es un fragmento de su último sermón? A este paso pronto habrá convertido a todo el mundo en Mansfield y en Thornton Lacey; y cuando vuelva a saber algo de usted, será porque se le cite como famoso predicador en

alguna importante sociedad de metodistas o como misionero en tierras extrañas». Mary intentaba hablar con despreocupación, pero no estaba tan despreocupada como quería dar a entender. Yo sólo le dije en respuesta que, desde el fondo de mi corazón, le deseaba felicidad y esperaba formalmente que pronto aprendiera a pensar con más rectitud, y que no tuviera que deber el conocimiento más preciado que se puede adquirir (el conocimiento de nosotros mismos y de nuestro deber) a las lecciones del sufrimiento; e inmediatamente salí de la habitación. Me había alejado unos pasos, Fanny, cuando oí que la puerta se abría detrás de mí. «Mr. Bertram», dijo Mary. Me di vuelta. «Mr. Bertram», repitió, con una sonrisa; pero era una sonrisa que no casaba con la conversación que acabábamos de sostener... Una sonrisa atrevida, juguetona, que parecía invitar para subyugarme; al menos así me pareció. Resistí; el impulso del momento me llevó a resistir... y seguí adelante. Desde entonces me he arrepentido algunas veces, por un instante, de no haber vuelto atrás; pero sé que hice bien. ¡Y éste fue el fin de nuestras relaciones! ¡Y qué clase de relaciones han sido! ¡Cómo me dejé engañar! ¡Tanto me engañé en el hermano como en la hermana! Te agradezco la paciencia, Fanny. Este ha sido el mejor alivio para mí. Y ahora, se acabó esta conversación.

Y tanto creía Fanny en sus palabras, que por espacio de cinco minutos estuvo convencida de que, en efecto, se había terminado. Después, sin embargo, volvieron los comentarios sobre lo mismo, o algo parecido; y fue preciso, nada menos, que lady Bertram se desvelara por completo para que de verdad se pusiera término a aquella conversación. Mientras esto no sucedió, continuaron hablando de Mary Crawford tan sólo, del gran afecto que le tenía a él, de los encantos que le había prestado la naturaleza, de lo excelente que hubiera sido de haber caído a tiempo en buenas manos. Fanny, que ahora tenía libertad para hablar con franqueza, consideró más que justificado añadir, a fin de que él conociera el auténtico carácter de Mary, alguna insinuación sobre la influencia que el estado de salud de Tom podía suponerse que tendría en ella para que deseara una completa reconciliación. No era ésta una indirecta agradable. La humana condición se resistió bastante a admitir tal posibilidad. Hubiera sido mucho más grato suponerla más desinteresada en su afecto; pero la vanidad de Edmund no era tan recia como para luchar largo rato contra la razón. Se resignó a creer que la enfermedad de Tom había influido en ella, reservándose tan sólo el consolador pensamiento de que, considerando la fuerte oposición ejercida por unos hábitos contrarios, su afecto por él había sido en realidad mayor del que podía esperarse, y por él, precisamente, había estado más cerca de obrar bien. Fanny pensaba exactamente lo mismo; y ambos estuvieron igualmente de acuerdo en cuanto al perdurable efecto, la indeleble impresión que semejante desengaño había de producir en el espíritu de Edmund. Sin duda el tiempo mitigaría un tanto sus sufrimientos, pero no dejaba de ser un caso del cual nunca llegaría a consolarse por completo; y en cuanto a encontrar un día otra mujer que lograra..., era algo que no podía mencionarse, en absoluto, sino con indignación. La amistad de Fanny era su único refugio.

CAPÍTULO XLVIII

Que se espacien otras plumas en la descripción de infamias y desventuras. La mía abandona en cuanto puede esos odiosos temas, impaciente por devolver a todos aquellos que no estén en gran falta un discreto bienestar, y por terminar con todos los demás.

Mi Fanny, por supuesto, tengo la satisfacción de poder afirmar que por entonces había de sentirse feliz, a pesar de todo. Tenía que ser una criatura dichosa a pesar de lo que sufriera, o creyese sufrir, por la aflicción de los que la rodeaban. Poseía manantiales de gozo que imponían su curso. Había vuelto a Mansfield Park, era útil, era querida, estaba a salvo de Mr. Crawford; y cuando regresó sir Thomas, de él recibió cuantas pruebas podía darle, dentro del melancólico estado de ánimo en que se hallaba, de su perfecta aprobación y creciente consideración; y con lo feliz que todo esto tenía que hacerla, aun sin nada de ello hubiera sido feliz, porque Edmund no era ya la incauta víctima de miss Crawford.

Cierto es que el propio Edmund estaba muy lejos de sentirse feliz. Sufría a causa del desengaño y la añoranza, doliéndose de que las cosas fueran así y suspirando porque fueran como no podrían ser jamás. Fanny lo comprendía, y le pesaba; pero era un pesar tan fundado en la satisfacción, con tal tendencia a una paz espiritual y tan en armonía con las más gratas sensaciones, que no pocos se hubieran considerado dichosos de poder cambiar por él sus mayores alegrías.

Sir Thomas, pobre sir Thomas... Era padre, y, consciente de los errores de su propia conducta como padre, era a quien más se le alargaría el sufrimiento. Comprendía que no hubiera debido autorizar aquella boda; que los sentimientos de su hija le eran bastante conocidos para incurrir en culpa al autorizarla; que al hacerlo había sacrificado la rectitud a la conveniencia y se había dejado gobernar por móviles egoístas y mundanos prejuicios. Eran éstas reflexiones que requerían algún tiempo para suavizarse; pero el tiempo lo consigue casi todo. Y aunque poco consuelo podría recibir del lado de María Rushworth para el disgusto que le había causado, había de hallar en sus otros hijos un consuelo mayor de lo que jamás supusiera. El casamiento de Julia se convirtió en algo menos desesperado de lo que él había considerado al principio. Ella se humilló, con el deseo de ser perdonada; y Mr. Yates, anhelando realmente verse acogido en el seno de la familia, se mostró dispuesto a respetarle y dejarse guiar por él. No era un personaje muy sólido, pero había esperanza de que se volviera menos vano..., de que resultara al menos tolerablemente doméstico y manso; y de todos modos fue consolador el descubrimiento de que sus bienes eran bastantes más y sus deudas muchas menos de lo que se temiera, y el hecho de que le tratase y consultase como al amigo más digno de confianza. También hallaba consuelo en su hijo Tom, que iba recobrando gradualmente la salud sin

recobrar la despreocupación y el egoísmo de sus pasadas costumbres. Había mejorado muchísimo gracias a su enfermedad. Había sufrido y aprendido a pensar: dos ventajas que antes nunca conociera; y como el reproche de que se hiciera objeto a sí mismo lo provocara el deplorable suceso de Wimpole Street, del cual se consideraba cómplice por las peligrosas intimidades a que había dado lugar con su injustificable teatro casero, produjo en su espíritu una impresión que, contando él veintiséis años y no estando falto de buen sentido ni buenas compañías, hubo de ser durable en sus beneficiosos efectos. Se convirtió en lo que debía ser: útil a su padre, formal y sensato, y dejó de vivir simplemente para sí.

Esto era realmente consolador. Y tan pronto como sir Thomas pudo confiar en tales motivos de optimismo, empezó Edmund a contribuir a la tranquilidad de su padre mejorando en el único aspecto en que, también *él,* le había causado pesar: mejorando su estado de ánimo. Después de pasarse el verano paseando por aquellos alrededores y sentándose a la sombra de los árboles en compañía de Fanny, hasta tal punto había conseguido con sus razonamientos infundir resignación a su espíritu, que volvió a ser un Edmund más que pasablemente jovial.

Éstas eran las circunstancias y las esperanzas que iban contribuyendo paulatinamente al alivio de sir Thomas, amortiguando su pena por lo perdido y reconciliándole en parte consigo mismo; aunque la zozobra que le producía la convicción de sus propios errores en la educación de sus hijas no podría nunca anularla por completo.

Demasiado tarde se daba cuenta de cuán desfavorable tiene que ser para la formación de la juventud el trato sumamente contradictorio que María y Julia habían siempre conocido en casa, donde los excesivos halagos e indulgencias de su tía habían contrastado de continuo con la severidad de su padre. Ahora veía lo equivocado que estuvo al esperar que los errores de tía Norris podría él contrarrestarlos haciendo todo lo contrario; claramente veía que no había hecho más que aumentar el mal, al acostumbrar a sus hijas a reprimirse en su presencia, de modo que nunca pudo saber cómo eran en realidad, mandándolas para todo lo que fueran indulgencias a la persona que sólo había podido atraérselas por la ceguera de su pasión y con sus excesivos elogios.

En esto había obrado con lamentable desacierto; pero, a pesar de todo, sir Thomas empezaba a considerar que no fue éste el mayor error en su plan educativo. Era indudable que se había prescindido de algo esencial, pues de lo contrario el tiempo se hubiera encargado de anular las malas consecuencias de aquel aspecto. Temía que se hubieran descuidado unos principios, unos principios básicos... que nunca se les hubiera enseñado debidamente a sus hijas a dominar las inclinaciones e impulsos de sus temperamentos, mediante ese sentido del deber que por sí solo puede bastar. Se las instruyó en la teoría de la religión, pero sin acostumbrarlas a practicarla en la vida cotidiana. El distinguirse por su elegancia y educación (legítimo anhelo de su juventud), no pudo ejercer en ellas una influencia útil en aquel sentido, un efecto moral en su espíritu. Quiso que fueran buenas, pero sus cuidados se habían dirigido a la inteligencia y a los modales, no a las inclinaciones; y en cuanto a humildad y abnegación, temía que

nunca hubiesen escuchado de unos labios que esas virtudes pudieran servirles de algo.

Con amargura deploraba una deficiencia que casi no comprendía cómo había sido posible. Tristemente reconocía que, a pesar de lo mucho que le había costado y preocupado darles una educación completa y cara, había educado a sus hijas sin que supieran nada de sus deberes esenciales, y sin que él conociera sus respectivos caracteres y temperamentos.

El arrebatado espíritu y las fuertes pasiones de María, en especial, era algo que sólo llegó a conocer a través de sus tristes efectos. No hubo manera de persuadirla para que dejara a Mr. Crawford. Esperaba casarse con él, y juntos continuaron hasta que hubo de convencerse de que era vana su esperanza, y hasta que el desengaño y el infortunio, consecuencia de esta convicción, la pusieron de un humor tan pésimo y le hicieron sentir por él algo tan parecido al aborrecimiento, que por un tiempo fueron ellos mismos su mutuo castigo, hasta producirse una voluntaria separación.

María, al vivir con Henry, sólo había conseguido que éste le reprochara el haber arruinado su felicidad con Fanny; y al dejarle no se llevó más consuelo que el de haberlos separado. ¿Qué miseria podría superar a la de semejante espíritu en una situación semejante?

Mr. Rushworth no tuvo inconveniente en facilitar un divorcio; y así terminó un matrimonio cuyas circunstancias, ya al contraerse, hacían prever que un final más venturoso sólo podría ser efecto de la buena suerte, no de la lógica. María le había despreciado y amaba a otro; y él se daba perfecta cuenta de que era así. Las indignidades de la estupidez y los desengaños de una pasión egoísta no pueden inspirar mucha piedad. El castigo sucedió a su conducta, como un castigo más grave sucedió al más grave delito de su esposa. Rushworth quedó desligado del compromiso, para sentirse mortificado e infeliz hasta que otra linda damisela pudiera atraerlo de nuevo al matrimonio, predisponiéndole a un segundo ensayo más afortunado, era de esperar, que el primero; si habían de engañarle, que le engañaran al menos con buen humor y buena suerte. Pero María tuvo que recluirse con sentimientos mucho más graves en un retiro obligado por el reproche de la sociedad, que no podría dar lugar a una segunda primavera para sus ilusiones ni su condición.

Dónde habría que colocarla fue tema de las más tristes y graves consultas. Tía Norris, cuyo afecto parecía aumentar con los desméritos de su sobrina, hubiese querido verla acogida en el hogar, apoyada por todos. Sir Thomas no quería oír hablar de ello; y el enojo de tía Norris contra Fanny fue tanto mayor, por considerar que el motivo estaba en que ella residía allí. Se empeñaba en atribuir los escrúpulos de su cuñado a la presencia de Fanny, aunque sir Thomas le aseguró con toda solemnidad que, de no haber existido allí jovencita alguna, ni otra gente joven de uno u otro sexo bajo su tutela, que pudiera correr un peligro con la compañía o verse perjudicada por la índole de María, en ningún caso hubiera él inferido a la vecindad un insulto tan mayúsculo como el de suponer que le mirarían la cara a su hija. Como tal, como hija (esperaba que hija penitente), habría de protegerla, de procurarle todo bienestar y alentarla con todos los estímulos a obrar bien, dentro de lo que permitían sus posiciones

relativas; pero no podía ir más lejos que *eso.* María había destruido su propia reputación, y él no quería, con un vano intento de restablecer lo que jamás podría restablecerse, prestarse a sancionar el vicio o, buscando aminorar sus calamidades, ser en todo caso cómplice de que se arrastrase a la familia de otro hombre al infortunio que él mismo había conocido.

La cosa acabó en la resolución de tía Norris de abandonar Mansfield para consagrarse a su desventurada María, y en disponer para las dos una residencia en otro paraje, remoto y escondido, donde, encerradas juntas y casi sin mas compañía, sin afecto por un lado y sin juicio por el otro, puede razonablemente suponerse que sus respectivos caracteres acabaron por ser su mutuo castigo. El traslado de tía Norris a otra parte fue el gran consuelo complementario en la vida de sir Thomas. La opinión que de ella tenía había ido perdiendo altura desde su regreso de Antigua. En todos los tratos que había tenido con ella desde entonces, en su cotidiano intercambio de ideas, en cuestiones de importancia o en la simple conversación, había ella ido perdiendo terreno, con regularidad, en su estimación, convenciéndole de que, o el paso del tiempo la había favorecido muy poco, o él había valorado en demasía su buen juicio y soportado su carácter con asombrosa paciencia. Llegó a constituir para él una constante rémora, tanto más enfadosa por cuanto parecía no haber posibilidad de que cesara sino con la vida; le parecía una parte de sí mismo que habría de soportar para siempre. Verse libre de ella era, por lo tanto, una felicidad tan grande que, de no haber dejado tras de sí motivos de amarga recordación, hubiera podido surgir el peligro de qué sir Thomas se sintiera tentado casi a celebrar un mal que le procuraba semejante bien.

Nadie la echó de menos en Mansfield. Nunca fue capaz de conquistarse siquiera el afecto de los que más quería; y desde la fuga de María se había agriado tanto su carácter que su presencia era un tormento para todos. Ni siquiera Fanny tuvo lágrimas para tía Norris..., ni siquiera cuando partió para siempre.

Si Julia escapó del desastre mejor que María, fue debido, hasta cierto punto, a una favorable diferencia de índole y circunstancias, pero mucho más a que no fue tanto la mimada de aquella misma tía, a que fue menos adulada y maleada por ella. Su belleza y merecimientos se mantuvieron siempre en segundo término. De siempre se había acostumbrado a considerarse a sí misma un poco inferior a María. Su carácter era por naturaleza más suave que el de su hermana; sus sentimientos, aunque vivos, eran más gobernables; y la educación recibida no le había conferido a ella un grado tan pernicioso de engreimiento.

Esto había hecho que soportara tanto mejor el desengaño de Henry Crawford. Pasada la primera amargura que le produjo la convicción de que era desdeñada, consiguió relativamente pronto estar en condiciones de no pensar más en él; y cuando el trato se renovó en Londres, y la frecuentación de la casa de Mr. Rushworth se convirtió en objetivo de Mr. Crawford, ella tuvo el acierto de salirse de allí y elegir aquel momento para dedicar unos días a sus otros amigos de la capital, a fin de guardarse contra el peligro de sentirse de nuevo excesivamente atraída. Este fue el motivo de su traslado a casa de sus primos. La conveniencia de Mr. Yates nada tuvo que ver con ello. Julia había aceptado sus atenciones

durante algún tiempo, pero estaba muy lejos de pensar en aceptarle algún día; y de no haberse producido el estallido que provocó la conducta de su hermana, lo que aumentó su temor al padre y al hogar, pues imaginó que ante lo ocurrido se ejercería sobre ella una mayor severidad y sujeción, y le hizo tomar la precipitada decisión de escapar a tales horrores a todo riesgo, es probable que Mr. Yates nunca hubiera conseguido su propósito. No se había fugado llevada de sentimientos peores que los de una alarma egoísta. Le pareció que era lo único que podía hacer. El delito de María había dado lugar al desatino de Julia.

Henry Crawford, estropeado por una emancipación prematura y malos ejemplos domésticos, abusó demasiado tiempo de los frívolos caprichos de una vanidad atroz. Una vez, su misma vanidad le había puesto, por una coyuntura imprevista e inmerecida, en el camino de la felicidad. De haberse conformado con la conquista del cariño de aquella tierna doncella, de haber puesto el suficiente entusiasmo para vencer la resistencia, para ganarse con su proceder la estimación y la ternura de Fanny Price, hubiera tenido de su parte todas las probabilidades de éxito y felicidad. Su afecto había ya conseguido algo. La influencia de ella sobre él le había ya dado a él alguna influencia sobre ella. De haber merecido más, no cabe la menor duda que más hubiera obtenido, en especial una vez celebrado aquel matrimonio que había de representar para él una gran ayuda, al comprender Fanny que debía sojuzgar su primera inclinación, y al darle ocasión de verla muy a menudo. De haber perseverado, y noblemente, Fanny hubiera sido su recompensa, una recompensa que se le hubiera ofrecido muy voluntariosamente, dentro de un prudente plazo a partir del casamiento de Edmund con Mary. De haber obrado como se proponía, y como sabía que era su deber, marchando para Everingham a su regreso de Portsmouth, hubiera decidido la felicidad de su destino. Pero se le hizo presión para que se quedase, para que asistiera a la fiesta de la señora Fraser; se quedó por el halago a su vanidad, y porque allí se encontraría con la joven señora Rushworth. Curiosidad y vanidad se dieron cita, y la tentación del placer inmediato fue demasiado fuerte para un espíritu no acostumbrado a sacrificar nada al deber. Decidió aplazar su viaje a Norfolk, resolvió que una carta serviria para el caso, o que el caso carecía en sí de importancia, y se quedó. Vio a la hermosa señora Rushworth, fue recibido por ella con una frialdad que hubiera debido parecerle repulsiva y establecer para siempre una aparente indiferencia entre los dos; pero se sintió mortificado, no pudo soportar eso de verse rechazado por la mujer cuyas sonrisas habían estado tan por completo rendidas a sus órdenes; debía esforzarse en dominar tan orgullosa exhibición de resentimiento; no era más que enojo a causa de Fanny; tenía que sacar ventaja de ello y hacer de la señora Rushworth otra vez aquella María Bertram, en cuanto al modo de tratarle.

Con este espíritu inició el ataque, y con optimista perseverancia pronto hubo restablecido la especie de trato familiar, de galanteria, de flirteo, que era a lo que se limitaba su propósito; pero al triunfar sobre la discreción que, aun fundada en la cólera, hubiese podido salvarles a los dos, quedó sometido a la fuerza de unos sentimientos más impetuosos en ella de lo que había supuesto. María le amaba: sin rebozo ponía de manifiesto que las atenciones que él le dedicaba tendiendo a retractarse, no la satisfacían. El quedó aprisionado en las redes de

su propia vanidad, sirviendo de excusa el amor tan poco como imaginarse pueda, y sin la menor inconstancia de pensamiento respecto a Fanny. Ocultar a ésta y a los Bertram lo que ocurría fue su principal objeto. El secreto no podía ser más importante para la fama de María de lo que él lo consideraba para la suya propia. A su regreso de Richmond, le hubiera gustado no ver ya más a la señora Rushworth. Todo lo que siguió fue el resultado de la imprudencia de ella; y si con ella huyó al fin, fue porque no pudo evitarlo, suspirando por Fanny, hasta en aquel momento, pero suspirando por ella mucho más cuando todo el escándalo de la intriga se hubo acallado, habiéndole bastado unos pocos meses para aprender, por la fuerza del contraste, a valorar todavía más alto su dulzura de carácter, pureza de pensamiento y excelencia de principios.

La condenación, la pública condenación de una falta, aunque afectase en una justa medida también a «él», no es, ya lo sabemos, una de las protecciones que la sociedad procura a la virtud. Los castigos de este mundo son menos eficientes de lo que pudiera desearse; pero aun prescindiendo de que más tarde fuera llamado a un juicio más severo, muy bien podemos suponer que, tratándose de un hombre de la sensibilidad de Henry Crawford, éste iba haciendo acopio de buenas provisiones de desazón y pesar, desazón que a veces habría de llevarle a reprocharse su propia conducta, pesar que a menudo se convertiría en desesperación, por haber correspondido en aquella forma a la hospitalidad, destruido la paz familiar, perdido su mejor, más digno y querido círculo de amistades, y haberse jugado de aquel modo el cariño de la mujer que había amado, no sin razón, tan sincera como apasionadamente.

Después de lo pasado, tan propio para lastimar e indisponer a las dos familias, la continuación de los Bettiam y los Grant en tan estrecha vecindad hubiera sido algo en extremo violento; pero la ausencia de los últimos, prolongada adrede durante unos meses, se resolvió muy felizmente con la necesidad o, al menos, la posibilidad de un traslado definitivo. Mr. Grant, gracias a una recomendación sobre cuya eficacia había casi dejado de hacerse ilusiones, logró una canonjía en Westminster, lo cual, al proporcionar la ocasión de abandonar Mansfield, una excusa para residir en Londres y un aumento de ingresos para hacer frente a los gastos del cambio, fue tan bien acogido por los que se iban como por los que se quedaban.

La señora Grant, que había nacido para querer y sentirse querida, hubo de alejarse con cierta nostalgia del escenario y las personas a que estaba acostumbrada; pero esa misma disposición feliz tenía que proporcionarle, en cualquier parte y en cualquier medio de relación plurales motivos de gozo y esparcimiento; y otra vez tendría una casa que poder ofrecer a Mary. Mary se había ya cansado bastante de sus amigos, de vanidades, ambiciones, amor y desengaños en el transcurso del último medio año, para sentir ahora la necesidad del verdadero cariño que hallaría en el corazón de su hermana, y de la serena tranquilidad de sus costumbres. Vivieron juntas; y cuando el doctor Grant fue llevado a una apoplejía y a la muerte por la implantación de tres comidas extraordinarias a la semana, ellas continuaron viviendo en común; porque Mary, aunque perfectamente resuelta a no enamorarse nunca más de un segundón, tardaba en hallar entre los partidos más convincentes o entre los vanos presuntos

herederos que estaban a las órdenes de su belleza y de sus veinte mil libras alguno que pudiera satisfacer el mejor gusto que ella había adquirido en Mansfield, alguno cuyo carácter y hábitos pudieran justificar la esperanza de una felicidad doméstica como la que allí había aprendido a amar, o que consiguiera quitarle suficientemente a Edmund de la cabeza.

Edmund la aventajaba mucho a este respecto. No tuvo que esperar y desear, huérfano de afectos, un objeto digno de substituirla a ella en su corazón. Apenas dejó de suspirar por Mary Crawford y de expresar a Fanny lo imposible que era para él volver a encontrar una mujer como aquélla, empezó ya a preguntarse si un tipo muy distinto de mujer no podría convenirle tanto, o acaso mucho más; si la propia Fanny no estaba convirtiéndose en algo tan querido, tan importante para él, en todas sus sonrisas y en todos sus aspectos, como antes lo fuera Mary Crawford; y si no habría de ser posible lanzarse a la esperanzada empresa de persuadirla de que el profundo y fraternal afecto que sentía por él seria base suficiente sobre la que cimentar su amor de esposa.

A propósito me abstengo de citar fechas en esta ocasión, dejando a cada cual en libertad de fijarlas a su gusto, convencida de que la cura de pasiones irremediables y la transferencia de insustituibles amores tienen que variar mucho, en cuanto a tiempo, según las personas. Unicamente ruego que todo el mundo crea que exactamente en el momento en que fue muy natural que así ocurriera, y no una semana antes, Edmund dejó de pensar en Mary y se sintió tan impaciente por casarse con Fanny como la propia Fanny pudiera desear.

Con la estimación que, ciertamente, de tanto tiempo le tenía, una estimación fundada en los más caros merecimientos de la inocencia y el desamparo, y completada por todos los incentivos de una creciente perfección, ¿podía haber algo más natural que el cambio en él operado? Amándola, guiándola, protegiéndola como siempre hiciera desde cuando ella contaba diez años; habiendo en tan importante proporción contribuido a una formación de su espíritu con sus desvelos; dependiendo de sus atenciones todo el bienestar que ella sintiera, lo que constituía para él un objetivo del más vivo y primordial interés, objetivo más querido que ninguno de los que pudiera tener en Mansfield, por lo mismo que le convertía en algo tan importante para ella... ¿qué podía añadirse ya, como no fuera que debía aprender a preferir unos claros y dulces ojos a unos negros y chispeantes? Y estando siempre con ella, siempre hablando confidencialmente, y hallándose sus sentimientos justamente en ese favorable estado que sucede a un reciente desengaño, esos dulces ojos claros no podían tardar mucho en conseguir la supremacía.

Una vez emprendido, y dándose cuenta de que así lo hacía, este camino en pos de la felicidad, nada hubo por el lado de la prudencia que pudiera detenerle o retrasar su marcha... ninguna duda en cuanto a los merecimientos de ella, ningún temor en cuanto a gustos opuestos, ni nada de esforzarse en bosquejar nuevas esperanzas de felicidad basándose en una disparidad de caracteres. El espíritu, la disposición, las opiniones y los hábitos de Fanny no requerían encubrimientos, ni que uno se hiciera vanas ilusiones en el presente, ni tuviera que fiar en un futuro mejoramiento. Hasta en el rigor de su reciente obcecación, había él reconocido la superioridad espiritual de Fanny. ¡Cuál no seria ahora su

apreciación de la misma! Ella era, desde luego, demasiado para lo que él merecía. Pero como nadie se figura nunca estar aspirando a más de lo que merece, Edmund se puso a perseguir muy formal y resueltamente aquel favor, y no hubo de pasar mucho tiempo sin que ella le alentara. Aun con lo tímida, prudente y recelosa que ella era, resultaba imposible que una ternura como la que guardaba en su corazón no diera lugar, a veces, a las más firmes esperanzas de éxito, aunque quedara para más tarde el revelarle toda la maravillosa y sorprendente verdad. Su felicidad al saberse amado desde hacía tanto tiempo por un corazón como aquél, debió de ser lo bastante grande para que podamos estar seguros de que hizo uso de un lenguaje tan arrebatado como se quiera para expresársela a ella o a sí mismo; debieron de ser unos momentos de inefable felicidad. Pero también la felicidad sentida por la otra parte fue de las que no caben en los límites de una descripción. Que nadie presuma de saber traducir los sentimientos de una mujer joven al obtener la seguridad de un amor para el que apenas se atreviera a guardar una esperanza.

Descubiertas sus mutuas inclinaciones, no surgió ninguna dificultad a continuación, no hubo inconveniente alguno de carácter económico ni por parte de los padres. Era un enlace que los deseos de sir Thomas hasta habían prevenido. Harto de parentescos ambiciosos e interesados, apreciando cada vez más los auténticos valores morales y espirituales, y deseoso, sobre todo, de sujetar con la mayor seguridad cuanto le quedaba de felicidad doméstica, había considerado con sincera satisfacción la más que eventual posibilidad de que los dos jóvenes hallaran en la fusión de sus corazones el mutuo consuelo de sus respectivos desengaños. El jubiloso consentimiento que dio a la petición de Edmund, la conciencia de haber realizado una gran adquisición al asegurarse a Fanny como hija, contrastaban no poco con sus antiguos prejuicios sobre el particular, cuando se debatió el asunto de la adopción de la pobre niña...; uno de esos contrastes que el tiempo siempre establece entre los planes y las obras de los mortales para experiencia de los mismos y diversión del prójimo.

Fanny era sin duda la hija que necesitaba. Su bondad caritativa había producido un caudal de inigualable consuelo para él mismo. Su liberalidad se veía recompensada con creces, y la nobleza que siempre había guiado sus intenciones respecto de ella lo merecía. Pudo haberle dado una niñez más feliz; pero fue sólo un error de criterio lo que le había hecho aparecer siempre tan severo, evitando que ella empezara antes a quererle; y ahora, conociéndose bien uno a otro, su mutuo afecto era muy fuerte. Después de establecerla en Thornton Lacey atendiendo con cariño a todo lo necesario para su bienestar, su objetivo de casi todos los días había pasado a ser el de trasladarse allí para verla, o para llevársela consigo.

El cariño egoísta que le profesaba lady Bertram desde hacía tanto tiempo, hacía que ésta no pudiera aceptar con gusto la separación. No había hijo ni sobrina cuya felicidad pudiera hacerle desear la boda. Pero la separación fue posible porque allí estaba Susan para sustituir a su hermana. Susan se convirtió en la sobrina de turno, encantada de serlo, estando tan capacitada para el caso por la viveza de su espíritu y su afición a la actividad, como Fanny lo fuera por la dulzura de su carácter y sus profundos sentimientos de gratitud. Nunca pudo

prescindirse de Susan. Primero como consuelo para Fanny, después como auxiliar y por último como sustituta, se había establecido en Mansfield con todas las apariencias de que su permanencia allí iba a ser igualmente por tiempo indefinido. Su carácter menos apocado y su temple más recio hacían que allí todo fuese fácil para ella. Dotada de sagacidad para comprender rápidamente el carácter de aquellos que debía tratar, y sin timidez natural que le impidiera expresar cualquier deseo importante, no tardó en hacerse simpática y útil a todos; y después de la partida de Fanny la sucedió con tan feliz acierto en el desempeño de sus funciones para procurar un constante bienestar a su tía, que a lo mejor se convirtiera gradualmente en la más querida de las dos. En la utilidad de Susan, en la excelencia de Fanny, en la invariable buena conducta y creciente gloria de William y en la general felicidad y prosperidad de los demás miembros de la familia, que mutuamente se ayudaban a progresar, acreditando así la protección y el apoyo que él les prestaba, sir Thomas veía motivos, constantemente repetidos motivos de satisfacción por lo que había hecho por todos ellos, motivos que le hacían reconocer las ventajas del esfuerzo y la disciplina en los primeros años, y veía también en todo ello el sentido de haber nacido para luchar y sufrir.

Con tan auténticas virtudes y tan auténtico amor, sin carecer además de amigos ni de fortuna, la felicidad de los primos casados ha de parecemos tan segura como pueda serlo la felicidad terrena. Igualmente formados en el amor a la vida familiar, y amantes de los goces de la vida en el campo, hicieron de su casa el hogar del cariño y el bienestar; y para completar el venturoso cuadro, la adquisición del beneficio eclesiástico de Mansfield, a la muerte del doctor Grant , se realizó justamente cuando llevaban de casados tiempo bastante para que empezaran a necesitar un aumento de ingresos y a considerar un inconveniente la distancia que les separaba de la casa paterna.

Con tal motivo se trasladaron a Mansfield; y la rectoría aquella, a la que, mientras perteneció tanto al uno como al otro de sus anteriores propietarios, nunca había podido Fanny aproximarse sin una sensación penosa de cohibición y temor, se convirtió pronto en algo tan querido a su corazón y tan perfectamente grato a sus ojos, como desde mucho antes lo fuera todo lo demás dentro del paisaje que se extendía bajo la protección de Mansfield Park.